

ALAN PAULS

El pasado



Premio Herralde de Novela (2003)

Desde hace tiempo me acostumbré a estar muerta.

JENSEN, *Grädiva*

Primera

Rímini estaba duchándose cuando sonó el portero eléctrico. Salió cubierto con una toalla de manos –la única que encontró en ese bazar de perfumes, gorras de plástico, cremas, sales, aceites, remedios y masajeadores en el que Vera había convertido el baño– y un reguero de gotas obedientes lo siguió hasta la cocina. «Correo», oyó que le decían entre dos rugidos de camiones. Rímini pidió que le pasaran la carta por debajo de la puerta y de golpe, como si la sombra de un intruso lo sorprendiera en una habitación que creía desierta, se vio desnudo, temblando, en la hoja vidriada de una puerta que un golpe de viento acababa de abrir. La clásica estampa de la contrariedad: trivial, eficaz, demasiado deliberada. Las volutas de vapor que venían flotando desde el baño –había dejado la ducha corriendo con la idea de que así abreviaría la interrupción– le provocaron algo parecido a una náusea. «Tiene que firmar», le gritaron por el portero eléctrico. Rímini, bufando, apretó la tecla y abrió, y vio impávido cómo el paisaje de su dicha se resquebrajaba entero.

La mañana en casa, la felicidad del rayo de sol que había estado acariciándole la cara mientras se duchaba, esa disponibilidad nueva, como de primer día de viaje, que sentía cuando despertaba y descubría que estaba solo y sus primeros movimientos, torpes y jóvenes, hacían crujir el silencio de toda una noche, la beligerancia vital, un poco ingenua, que solían dejarle las largas noches de amor con Vera –todo se desmoronaba. Aunque tal vez... Rímini escondió el auricular en la palma de la mano y permaneció unos segundos inmóvil, un poco encorvado contra la mesada, como tratando de volverse invisible. Pero el portero volvió a sonar y casi sin ruido, como en una película muda, los últimos cristales de su euforia matinal terminaron de astillarse. Rímini, que nada detestaba tanto como la forma en que el mundo, a veces, se ponía a calcar sus contrariedades privadas, esta vez no se sintió plagiado. Estaba en peligro. Ya no era víctima de una glosa sino de un complot. Pero se resignó y atendió igual, y mientras se miraba los pies –unos pies de gigante, alrededor de los cuales crecían dos minúsculos océanos humanos– alcanzó a

oír lo que desde el principio había temido que le dijeran: la puerta de calle estaba cerrada con llave.

Cuando llegó a la planta baja, después de sortear a la carrera los tres pisos interminables que maldecía todos los días («¡Genial: odio los ascensores!», había exclamado Vera el día en que vieron el departamento por primera vez, mientras admiraba la oscura espiral de la escalera), Rímini abrió la puerta, miró a todas partes, no vio a nadie. Sintió un furor tal que pensó que no lo resistiría. ¿Era posible? Una vieja camioneta cruzó en cámara lenta, poblada de brazos bronceados que sobran por las ventanillas. Sonó una bocina interminable. «¡Belleza!», le gritó una voz burlona, abriéndose camino entre la parva de brazos. Rímini volvió a mirarse los pies (la sandalia izquierda en el derecho, la derecha en el izquierdo: el típico enroque matutino), la toalla rosada, como de gladiador romano, cubriéndolo hasta la mitad de los muslos, el impermeable que se le humedecía en los hombros —pero por alguna razón no se dio por aludido. Estaba a punto de volver a entrar cuando una cara sonriente brotó del kiosco de al lado y lo frenó. Era un chico joven, flaco como un faquir; tenía esa delgadez fibrosa, llena de venas flagrantes, que el rock le había robado a Egon Schiele. Pero no era alto, y tampoco llevaba uniforme. «¿Rémini?», preguntó, barajando un sobre en el aire. Rímini iba a corregirlo pero prefirió tomar un atajo: «¿Dónde te firmo?» El otro le alcanzó la carta y una plantilla arrugada, llena de casilleros rectangulares donde florecían firmas y números de documentos. Rémini esperó: una birome, una lápiz, algo. Pero el cartero se limitó a mirarle las uñas de los pies que destellaban bajo el sol, y a producir con una pajita mordida extrañas burbujas sonoras en fon fondo vacío de una lata. «¿Tenés para escribir?», dijo Rímini. «Sabés que no. Qué loco, ¿no?», constesto el otro, como si esa mera declaración de asombro lo absolviera de su imbecilidad.

Diez minutos más tarde, en el colmo del malhumor (Rímini pidió prestada una birome en el kiosco, el kioskero sólo aceptó vendérsela, Rímini —cuyo vestuario de emergencia no incluía billetera — prometió pagársela después y reclamó la carta, el cartero-faquir la retuvo a modo de rehén, comprometándose, para obtenerla, a comprarle una rifa de Navidad. Rímini alegó que no tenía dinero encima, el cartero —guiñando un ojo cómplice hacia el kiosco— le sugirió que usara el crédito con el que acababa de comprar el birome), Rímini se dejó caer en un sillón y contempló la carta por primera vez. Sintió un alivio infinito, como si ese pequeño sobre apaisado, ahora en primer plano, fuera un único talismán capaz de conjurar una mañana de pesadilla.

La forma le llamó menos la atención que el papel, barnizado, suntuoso, como la seda y el color, un celeste anémico que algún tiempo atrás, en el

momento de comprarlo, podría haber sido lavanda. Como observando un protocolo de rigor el sobre a la nariz. El perfume (una mezcla de combustible, nicotina y chicle de frutilla o cereza) hacía menos juego con el papel y el color del sobre que con los dedos del cartero, parte de cuyas huellas digitales habían quedado grabadas a un costado. No había remitente; la caligrafía tampoco le dijo gran cosa. Las señas de Rímimi estaban escritas en mayúsculas de imprenta, demasiado impersonales para ser espontaneas (*no las ha dictado el corazón sino la astucia*, pensó, súbitamente trasapelado entre las páginas de una novela libertina); nada que tampoco pudieran explicar el azar o una escasa familiaridad con la práctica de escribir cartas. Lo que le resultó extraño fue el modo en que las habían acorralado en un ángulo del sobre, como si el autor de la carta hubiese reservado el espacio principal para algo que nunca llegó a ocurrírsele o que se arrepintió de escribir. Ahí había algo, pensó, y se le ocurrió que tal vez la destrucción de su felicidad matutina no sería del todo gratuita. Miró el sello del correo, leyó «Londres». Multiplicada por tres, una cara con peluca, insolente y consumida, lo contemplaba desde las estampillas. A duras penas descifró la fecha de despacho, cuyas cifras dibujaban un bigote ralo en una de las caras. Calculó un mes y medio. En una fracción de segundo, Rímimi imaginó las peripecias de un itinerario tortuoso, entorpecido por huelgas, carteros ebrios, buzones equivocados. Le pareció que un mes y medio de viaje era demasiado tiempo para una carta dirigida a alguien que no tenía la costumbre de recibirlas.

Rímimi, en rigor, ni siquiera sabía abrirlas. Quiso romper uno de los ángulos del sobre; algo se le resistió. Lo desgarró con los dientes, con una saña de perro, y al escupir el pedacito de sobre descubrió que también había mutilado una porción de su contenido. Era una foto en color: en el centro, exhibida en una vitrina, había una rosa roja acostada sobre un modesto pedestal negro; más abajo, en letras pequeñas pero legibles, una placa blanca decía: «In memoriam Jeremy Riltse, 1917-1995». Una ráfaga oscura lo sacudió: humedad, polvo, esas alquimias rancias que de golpe empiezan a filtrarse por la rendija de una puerta. Algo de su inocencia se desmoronó. Cuando dio vuelta la foto, Rímimi, que presentía lo que iba a encontrar, era menos joven que diez segundos antes.

Tinta azul negro fijo, letra microscópica, peinada hacia la derecha. Y la antigua compulsión de abrir paréntesis por cualquier motivo. Leyó: «*En Londres (como hace seis años), pero ahora la ventana del departamento (alquilado a una mujer china con un parche en un ojo) da a un patio sin flores donde unos perros (creo que siempre los mismos) rompen todas las noches las bolsas de basura y se gruñen por unos huesos tristes. (Tendrías que ver el paisaje con el que me despierto todas las mañanas.) Hace dos noches me*

desveló un sueño largo y dulce: me acuerdo poco, pero estabas vos, ansioso, como siempre, por algo que no tenía la menor importancia. Exactamente mientras yo soñaba (me enteré más tarde) se mataba J. R. Las cosas pasan; pasan por vocación, sin que nadie las envalentone. Podés hacer con esto lo que quieras. (Estoy cambiada, Rímini, tan cambiada que no me reconocerías.) Este papel parece hecho especialmente para vos: todo lo que escribís encima puede borrarse con el dedo, sin que deje marca. Puede incluso que cuando las recibas, estas líneas ya hayan desaparecido. Pero ni f R. ni la foto son culpables de nada. De haber estado en mi lugar (y estabas: mi sueño jura que estabas), vos también la habrías sacado. La única diferencia es que yo me atrevo a mandártela. Espero que la joven Vera no se ponga celosa de un pobre pintor muerto. Espero que sepas ser feliz. S.»

Rímini volvió a la foto y volvió a examinarla. Reconoció el museo y después, en el borde derecho, fuera del alcance del flash, la sombra de un cuadro de Riltse que antes no había notado. Ahora la vitrina parecía como nublada por una sobreimpresión. Acercó la foto a sus ojos y vio, reflejados sobre el cristal que protegía a la rosa, el fogonazo blanco, la pequeña cámara automática y por fin, deslumbrante como una corona de luz, el gran halo rubio del pelo de Sofía.

¿Qué lo sorprendía tanto? Lo último que había sabido de ella, unos seis meses atrás, al año y medio de haberse separado, también le había llegado a través de un mensaje escrito. No fue una carta, ni siquiera una hoja de papel, sino la mitad –cortada a mano, con ese breve sobrante en la parte superior que un tirón negligente o colérico suele dejar sobre la línea trazada con la uña del dedo pulgar– de una hoja amarilla en cuyo pie, huérfana de membrete, sobrevivía una dirección del barrio de Bel-grano.

Rímini cumplía años. Una vez más, había decidido no festejarlo, o reducir el festejo al placer solitario de ir listando en un bloc los nombres de los amigos que a lo largo del día iban dejándole saludos en el contestador automático. Pero Vera, que interpretaba su reticencia como una forma viril de la coquetería (y Vera acertaba), le robó en un descuido su catálogo de probadas lealtades telefónicas, las contó y reservó una mesa para doce en un restaurante del centro. (Sólo diez años separaban la franqueza de ella de la histeria de él: Rímini había nacido con la Revolución Cubana; Vera, con el primer alunizaje.) Víctor fue el primero en llegar; Rímini lo vio entrar, barrer el restaurante con una mirada apremiada y atravesar el salón desierto con el torso demasiado volcado hacia adelante, en ese equilibrio inestable que Rímini atribuía al tamaño de sus pies, desproporcionadamente chicos, y dedujo que sería el primero también en irse. Se sentó a su lado, resoplando, y no lo felicitó. Algo lo urgía. «¿Y Vera?», preguntó en voz baja. Rímini señaló hacia la barra, donde Vera, frotándose una pantorrilla con el empeine del pie, pasaba en limpio el menú de la noche con el *maitre*. «Me crucé con Sofía esta tarde», dijo Víctor. Rímini sintió de golpe una presión contra sus costillas, como si estuvieran asaltándolo, y bajó los ojos. El puño de Víctor se abrió: una flor delicada, carnívora, de pétalos largos y uñas esmaltadas. Rímini vio en la palma de su mano un trozo de papel que se desperzaba luego de un rato de cautiverio, y después de echar un vistazo hacia la barra (Vera ya se encaminaba hacia ellos) lo hizo desaparecer con un rápido pase de magia. «Perdoname», le susurró

Víctor, ya aliviado, mientras empezaba a incorporarse para saludar a Vera: «pero apenas supo que te iba a ver no hubo manera de pararla.»

Rímimi recién recordó esa secreta bomba de tiempo tres horas más tarde, en el baño, cuando trataba de disipar un mareo mirándose fijo en el espejo y buscaba una moneda para el expendedor de jabones. Rozó con las yemas de los dedos las llaves, el capuchón de la birrome que en ese mismo momento, acéfala, le destenía algún bolsillo del saco, un cospel de subte con el canto mellado y, por fin, el filo del papel. Ese simple contacto lo sobresaltó; le pareció que con sólo abrirlo desencadenaría una cascada de catástrofes. Pero era entonces o nunca. De modo que abrió el mensaje y lo leyó frente al espejo, apoyándose y alejándose del borde del lavatorio, bajo la luz que se había puesto a parpadear: *«Maldito. Feliz cumpleaños. ¿Cómo es posible que sigas cumpliendo años sin mí? Hoy me desperté temprano, demasiado temprano (no estoy segura, en realidad, de haber dormido), y recién cuando salí a la calle (sobretudo encima del camión, medias de lana, zapatillas) me di cuenta de por qué. ¡Otro 14 de agosto! Te compré algo (no pude evitarlo, te lo juro). Es una pavada, la tengo conmigo. No se la doy a Víctor porque me da vergüenza (y sabés bien que no quiero comprometerte adelante de mi sucesora), pero apenas se haya ido (tratalo bien, cuidá que la joven Vera lo trate bien, hacele acordar que tome los remedios) me voy a arrepentir, seguro, y ya será tarde. Si lo querés, llamame. Estoy siempre en el mismo lugar. S. (No tengas miedo: este mensaje se autodestruirá en quince segundos.)»*

Empujaron la puerta; Rímimi sintió un golpe en la espalda y, creyéndose descubierto, abrió la canilla para disimular. El papel se le escabulló entre los dedos y aterrizó en el fondo de la pileta, donde lo bautizaron tres hilitos tímidos de agua. «Miserable», oyó que le decía una voz conocida. Rímimi giró apenas, mientras la letra de Sofía se deshacía bajo el agua en volutas de tinta pálida. Era Sergio, uno de sus invitados. «Te la tomaste toda solito.» Rímimi sonrió: «Tengo derecho, ¿no? Era un regalo de cumpleaños.»

Esa compulsión a escribir no era nueva para él. ¿Cuántas veces la había padecido? ¿Cuántas veces a lo largo del tiempo que llevaba separado de Sofía, y cuántas durante los casi doce años que había pasado con ella? Enfrentados con un límite sentimental, ese punto sin retorno en el que una pasión imperiosa les exige que cambien de lengua, los personajes de las óperas dejan de hablar y cantan, los actores de las comedias musicales dejan de caminar y bailan. Sofía escribía. De chica había estudiado canto (el prototipo de la niña abrumada por actividades extracurriculares, siempre soñolienta y siempre feliz), y en el circuito de sus «investigaciones corporales» (como llamaba a la variedad de cursos y talleres a la que se había entregado al salir de la adolescencia) más de una vez le había tocado tropezar con la disciplina de la danza. Pero cuando el amor la ahogaba, cuando alguno de sus accidentes, el más feliz y el más desdichado, el éxtasis, por ejemplo, o la desesperación, cruzaba el umbral con que el amor limita la validez de las palabras y los gestos en vivo, Sofía enmudecía y se retiraba, como si para seguir adelante tuviera que desaparecer. Una hora, un día, a veces una semana más tarde, cuando ya la economía del amor había recuperado su equilibrio cotidiano y el «incidente», como Rímini bautizaba en privado a esos episodios de afasia, parecía haber cicatrizado espontáneamente, Rímini tropezaba de golpe con un mensaje, una carta, tres renglones apurados o páginas enteras de abnegación confesional que Sofía había redactado a solas, en los extraños intervalos en los que existía sin Rímini pero sólo para él: encerrada en un cuarto, en un bar, acodada a una mesa tapizada de servilletitas, o insomne en plena madrugada, sentada a la mesa de la cocina, mientras Rímini, durmiendo en diagonal, aprovechaba para ocupar toda la cama con el 4 perfecto que dibujaban sus piernas. Dos líneas románticas, deslizadas como por casualidad en medio de un inventario de verduras y productos de limpieza, lo asaltaban sin aviso cuando revisaba la lista de compras. Abría su billetera, de pie junto a la parada de colectivos, y entre dos billetes ajados descubría el borde intruso de un sobre, con sus iniciales

amorosamente labradas en el frente y, adentro, los frutos de la recapitulación pasional amontonados en una hoja de un recetario médico. Los mensajes de Sofía lo sorprendían en el botiquín del baño, en el fondo del bolsillo de un saco, en el bloc junto al teléfono, entre las páginas del documento que Rímini tenía que traducir (donde Sofía los dejaba caer como señaladores sigilosos) o incluso en la heladera, donde lo esperaban durante horas, ateridos pero estoicos, apoyados contra un cartón de leche o un envase de yogur.

Al principio Rímini los tomó como ofrendas de amor y se sintió halagado. Escritos casi siempre en el reverso de un papel ya escrito, como pedidos de auxilio o mensajes clandestinos, tenían algo de gemas domésticas, el encanto de una artesanía sentimental, anhelante y coyuntural, que conmueve tanto por su perspicacia como por sus negligencias. Apenas los encontraba, Rímini sentía la urgencia de leerlos, réplica tardía de la urgencia que Sofía habría experimentado al escribirlos, y con tal de paladear aquellas frasecitas intempestivas era capaz de abrir la llave de una hornalla y olvidarse de prenderla, interrumpir un trabajo por la mitad, detenerse en medio del cruce de una avenida o dejar flotando en el aire, con la descortesía clásica de los enamorados, la pregunta que alguien acababa de hacerle. Cada mensaje era un bálsamo, una descarga de felicidad, la pequeña dosis con que una droga absoluta, el amor que sentía por Sofía, revitalizaba su adicción cuando Rímini menos se lo esperaba, o cuando la costumbre —y la ausencia momentánea de Sofía— le había hecho creer que podría abstenerse de ella. No era el hecho de encontrarlos lo que lo conmovía; era el hecho de que ellos, infalibles, siempre lo encontrarán a él, atravesando y venciendo como mensajeros suicidas todos los obstáculos que el mundo interponía entre él y Sofía. Los leía de inmediato, a veces en las situaciones más comprometidas, cuando cualquier distracción podía perjudicarlo o ponerlo en peligro. Pero se creía invulnerable: las cartas —y sobre todo esa nube deliciosa en la que lo envolvían— eran su coraza y su antídoto. Y después de leerlas, casi siempre en voz baja, con la ilusión de que así la voz de Sofía se haría oír en las entrelíneas de la suya, Rímini hacía de cuenta que reanudaba la tarea que las cartas habían interrumpido y volvía a trabajar, a hablar, a caminar por la calle con la eficacia mecánica de un sonámbulo, abrigándolas largamente en el hueco de la mano, como a un talismán secreto. Y luego, al anoecer, cuando volvían a verse, Sofía ni siquiera tenía que preguntarle si las había leído, porque Rímini, adelantándosele, se dejaba caer en sus brazos, a la vez eufórico y vencido, y antes incluso de saludarla, arrebatado por la dicha de poder por fin corresponder al testimonio de amor que Sofía le había hecho llegar, la cubría de besos y, atropellándose, retomaba el mensaje desde el mismo punto en que

ella había decidido ponerle fin. Habían pasado apenas ocho, diez horas lejos, a veces incluso menos, pero la simple intervención de la carta, que Rímini, aun familiarizado como estaba con el sistema, siempre recibía con sorpresa y algún desamparo, como se reciben las intervenciones del azar, parecía dilatar el tiempo de la separación hasta límites insoportables y multiplicar la distancia entre los mundos en los que, a lo largo de esas horas, cada uno había vivido sin el otro. (Una vez, sorprendido por un mensaje mientras viajaba en subte, Rímini, al reconocer, rozándola con los ojos, la letra de Sofía, estuvo a punto de desmayarse: se descubrió creyendo que Sofía estaba muerta, muerta desde hacía años, y al mismo tiempo comprobando espantado cómo ese párrafo deslizado en una página furtiva de su agenda, igual que una voz del más allá o una inesperada señal de vida, hacía pedazos su creencia en el mismo momento en que se la inoculaba.) Era ese extraño *recrudescimiento* del amor, fruto, sin duda, más de la ilusión retrospectiva que del amor mismo, lo que explicaba el trance extremo y como desesperado en el que Rímini y Sofía se hundían al reencontrarse. No se abrazaban como amantes sino como víctimas, víctimas por fin liberadas, y las palabras de amor que exhalaban entre los besos, casi inaudibles, lejos de aludir a un distanciamiento fatal de la vida cotidiana, parecían celebrar, en cambio, la conclusión de un tormento atroz, el levantamiento de una condena que los hubiera mantenido separados por una eternidad.

Con el tiempo, Rímini llegó a tener una colección de mensajes considerable. Los guardaba en lugares secretos que cambiaba periódicamente, temiendo que Sofía los descubriera. Nunca los releía: le bastaba con poseerlos; pero pocas cosas lo excitaban tanto, sobre todo cuando sentía los pasos de Sofía acercándose, como husmear en una vieja caja de zapatos, un libro o el bolsillo de un saco que no usaba, para añadir una pieza nueva a su colección. (Rímini, que no condenaba el adulterio pero lo consideraba el colmo de lo ajeno, algo tan extravagante e inaccesible como la levitación, la astrología o la adicción a las drogas, había encontrado, sin embargo, una forma singular de ponerlo en práctica: engañar a su amada con las pruebas de amor que ella misma le dedicaba.) Los conservaba como otros conservan fotografías, mechones de pelo, posavasos de bares, entradas de teatro, tarjetas de embarque o postales de países extranjeros, reliquias en las que los amantes se ensimisman de tanto en tanto para recordar la dimensión histórica de una pasión cotidiana o bien para revitalizarla, para avivar su calor cuando, estancada en un remanso de languidez, tiende a confundirse con un horizonte de puras repeticiones.

Un día —un día como otros, sin presagios ni signos excepcionales— Rímini descubrió un mensaje y por primera vez postergó el momento de leerlo.

Llegaba tarde a alguna parte. Bajaba de tres en tres los escalones del subte, abriéndose paso en medio de una muchedumbre adormilada, cuando oyó que el tren se detenía en el andén. Buscó un cospel en el bolsillo; sus dedos, a ciegas, tuvieron que rescatarlo de entre los pliegues de papel donde se había atrincherado. Cruzó el molinete, sorteó un cordón de viajeros que se arrepentían y frenó el cierre de las puertas metiendo la mitad del cuerpo en el vagón. Viajó dos estaciones cabizbajo, avergonzado por su propio alarde de audacia, y cuando metió las manos en los bolsillos –para no abultar, como si con ese gesto de civismo, que nadie le reconoció, buscara reparar el desplante de su irrupción– volvió a tropezar con el mensaje. Se le ocurrió que leerlo ahí, en esa situación extrema, estampado contra las puertas del vagón, sería una prueba de amor irresistible, pero lo pensó mejor, y después de palpar los bordes con los dedos, como para aquietar esa voz muda que lo llamaba, lo dejó descansar en el bolsillo. Pero siguió llegando tarde, víctima de ese extraño efecto encadenado que desata una primera impuntualidad, y el resto del día, que recién empezaba, se le fue entero tratando de recuperar los diez o doce minutos que había perdido a la mañana. No lo consiguió. Tomó todas las decisiones equivocadas, confundió horarios y lugares de citas, protagonizó incidentes callejeros, almorzó y trabajó mal, crispado, encarnizándose con detalles insignificantes (leyó un ocho en vez de un tres en la cuenta y se consideró estafado; defendió, casi con escándalo, una nota al pie de una traducción que era indefendible). Y se olvidó por completo del mensaje de Sofía.

Dos días más tarde, mientras cenaban, Sofía le preguntó si lo había leído. Rímini sintió vértigo, como si se le levantara un viento en la boca del estómago. «Sí», alcanzó a decir, «claro.» Comieron unos minutos en silencio, sin mirarse. Rímini veía todo color blanco, ese blanco mate, infinito y culpable que a menudo cubre la memoria de un estudiante ante una mesa de examen. Jugó un poco con la comida y, casi sin darse cuenta, cruzó los cubiertos sobre el plato. Después, en la cama, fueron adormeciéndose mientras miraban una vieja película argentina por televisión. Rímini se encontró luchando por mantener los ojos abiertos; el sonido de la película le llegaba como un rumor sucio, en segundo plano, una especie de espuma antigua sobre la que se recortaba el vaivén de la respiración de Sofía. Ni siquiera se atrevía a mirarla. Acechaba su aliento, los más ínfimos estremecimientos de su cuerpo, el modo en que el brazo de Sofía, atravesado sobre su pecho, parecía volverse más pesado o más ligero. Le pareció, por un momento, que toda su vida dependía de quién de los dos sucumbiera primero al sueño, y que ese instante clave, que ellos solían esperar, confiados y felices, como una bendición amorosa, el

umbral de la noche en el que uno, el más débil, se entregaba por fin a la vigilia del otro, ahora se convertía en la batalla que decidiría una guerra desconocida.

Una mujer joven, de espaldas a cámara, se desnudaba ante los ojos lascivos de un escultor y casi al mismo tiempo moría envenenada, como en éxtasis. Soñaba con una imagen (una mano muy blanca, como de marfil, cuyos dedos se abrían y dejaban caer un diminuto frasco de veneno) cuando se despertó. Estaba solo. Era de mañana, más de las once, probablemente. Empezaba a vestirse cuando vio, colgando de una llave del armario, una percha con el pantalón que Sofía había rescatado de la tintorería la noche anterior. Decidió ponérselo. Hundió la mano en un bolsillo y reconoció en el fondo un pedazo de papel endurecido, rugoso, cuyos bordes se deshacían al tacto.

Decir que Riltse les gustaba hubiera sido un ultraje –el peor, el más mezquino, el ultraje filisteo por excelencia. Lo *adoraban*. Lo habían adorado siempre, desde que tenían uso de razón, una era cuyo comienzo solían fechar, para sí mismos y también, cada uno por separado, para los testigos incrédulos que accedieran a escucharlos, el día en que habían descubierto que se amaban. Rímini tenía dieciséis años; Sofía, siete meses más –una diferencia a la que Rímini nunca se terminaría de acostumbrar y que imaginaba tan inconsolable como los metros, pocos pero definitivos, que siempre separarían a Aquiles de la tortuga. Adoraban a Riltse y amaban a Tanguy, a Fauxpass, a Aubrey Beardsley, a toda esa sospechosa familia de artistas que los estudiantes ilustrados –esos profesionales de la ingenuidad y la petulancia– lucían en la portada de sus carpetas para humillar a sus enemigos, que las tapizaban con fotos de actores o de estrellas de rock. El tiempo no tardó en desengañoslos. Dos o tres años más tarde, los objetos derretidos, las estalactitas con forma de parejas de amantes, las camas antiguas, los ojos y sombreros suspendidos en cielos de un azul purísimo, todo ese repertorio de astucias, que siempre habían reverenciado como el colmo de la imaginación, era puro fraude y sólo les producía escándalo. Habían descubierto (aunque sólo se dieron cuenta después, cuando acababan de mudarse juntos a una diminuta madriguera alfombrada de Belgrano R y sus ex compañeros de colegio, en un típico arrebató de admiración ominosa, hablaban de ellos como de un par de «ancianos precoces») que la adolescencia no adora artistas ni obras sino sólo formas alternativas de familia, y que del otro lado de esa adoración indiscriminada acechaban decepciones igualmente indiscriminadas. La comprobación los hirió. Se sintieron irremediamente idiotas, porque los orgullos que la retrospectión exhuma como torpezas siempre valen doble, y en esa herida que ya empezaba a quemarles vieron consumirse una parte, menor pero valiosa, de su juventud. Fue esa juiciosa autocrítica, sin embargo, lo que los salvó; a ellos dos, del escarnio de los otros y del mundo, que siempre suelen adelantarse en

la detección de necesidades; a Riltse, del furor despechado con que Rímini y Sofía, después de haberlos idolatrado, terminaron deshaciéndose de toda aquella manga de estafadores.

Con Tanguy fueron expeditivos. El pintor los recompensó disipando las pocas cenizas de su gloria en el rocío que todavía hacía brillar las crestas de pasto. A Fauxpass lo quemaron todo en una sola tarde, en la jungla llena de moscas que una abuela de Sofía tenía en el fondo de su casa de City Bell. Ni siquiera perdieron tiempo contemplando cómo las llamas purificaban sus corazones traicionados. Max Brauner les dio menos trabajo: casi no tenían reproducciones de sus cuadros. Los conocían de segunda mano, por las descripciones exaltadas que figuraban en la autobiografía de un contemporáneo avisado, que había fracasado como pintor y cuarenta años después, cuando Brauner llevaba ya treinta pudriéndose en un cementerio polaco, era el *marchand* más rico y esquivo de la Unión Soviética. También acabaron con la autobiografía.

Era el turno de Riltse. Sofía reunió las láminas. Rímini, a esa altura un pirómano consumado, preparó el querosén y los fósforos. Hasta ese momento, menos por rencor que por superstición, habían negado a los condenados esa última mirada, que despide pero no absuelve jamás, con la que al menos se alivia el camino hacia el patíbulo. Con Riltse, sin embargo, Sofía vaciló, como si la rozara la sombra de una equivocación irreparable. Las láminas temblaron un instante sobre las llamas. Rímini, cuyos dedos ya empezaban a chamuscarse, las soltó. Entonces Sofía las puso a salvo y buscó una con desesperación, como quien busca entre papeles inútiles, todos muy parecidos entre sí, el salvoconducto que le permitirá cruzar una frontera. Rímini tuvo un arranque de protesta. Era terco; nada le costaba tanto como infringir las reglas que él mismo se imponía. Aprovechó que rumiaba su disconformidad para mirar unos segundos el fuego; después, dando por terminado el plazo que su mente le había dado a Sofía para retractarse, giró hacia ella y la encontró de espaldas, sentada en el pasto, los hombros agitados por un suave temblor. Se acercó, le preguntó qué le pasaba. Sofía lloraba en silencio: entre sus piernas, como pequeños cadáveres acunados, tenía las tres reproducciones de la serie de los *Suplicios*. Rímini contempló otra vez las tarimas redondas, los cuerpos colgados como reses, los largos costillares blancos, los trajes de etiqueta prolijamente colgados de los percheros rodantes, y sonrió. Y Riltse sobrevivió.

El primer viaje a Europa que hicieron fue sólo un pretexto para ver los originales del maestro. Sofía ya había viajado antes con sus padres, de modo que aprovechó esa segunda ventaja leve y obligó al padre de Rímini, uno de los inversores de la travesía, a calcar el itinerario sobre los rastros algo pasados de

moda pero inolvidables del anterior, que los padres de Sofía, a su vez, habían heredado de un matrimonio amigo «con mucho mundo», aficionado a la ropa deportiva (Rimini juraba que habían sido los pioneros del *jogging* —la ropa, la disciplina y la militancia— en Belgrano y acaso en la Argentina), las miniaturas de vidrio y los fascículos de arte españoles. De los setenta días que duraría el viaje, repartidos en media docena de países, quince transcurrirían sólo en Austria. A Rimini el porcentaje le sonó algo desproporcionado. No tenía nada contra Austria, pero le bastó mirar un mapa de Europa central, medir a ojo el tamaño del país y el de su ignorancia del alemán y proyectar esa medida sobre el lapso de dos semanas para darse cuenta de que no tenía todos los elementos de juicio necesarios para entender la situación. Sofía recién se lo confesó en el avión de ida, envalentonada por la botellita de vino que había pedido para acompañar la cena: el matrimonio amigo de sus padres era austríaco.

Rimini, con todo, se lo tomó como una rareza simpática, una de las muchas que teñían su relación con Sofía de la excentricidad levemente marchita que arrancaba respeto y malicia de sus amigos más cercanos. Más de la mitad de la división en la que habían terminado el colegio viajó a Europa ese mismo año. Pero con la excepción de César Lichter, cuyos anteojos Rimini creyó ver brillar detrás de una revista de autos deportivos en la estación donde habían bajado para corregir un malentendido ferroviario, en setenta días jamás tropezaron con ningún ex discípulo. En rigor, las Europas que recorrían sólo eran el mismo continente en las guías de turismo y los mapas de las agencias de viaje. Fels y Matheu zigzagueaban por Amsterdam atiborrados de drogas, bufandas y miniaturas pornográficas, Catania volvía a su Turín natal y entraba en un grupo de «discusión teórica» —embrión intelectual, como se sabría después, de las primeras células de las Brigate Rosse—, Bialobroda, con su legendario dúo de caninos —uno roto, el otro de oro—, ponía fin a dos décadas de vida intemperante colgándose de un cinturón en el Hotel du Vieux Paris, a dos cuerdas del Sena, en un cuarto que nunca se terminó de pagar, Maure dormía a la intemperie en Ibiza y Nepper, rubio, flaco como un palo, riquísimo, era detenido en el baño de un bar del barrio chino de Barcelona. Mientras tanto, Rimini y Sofía, preservados por el amianto de una Europa paralela, más alpina y menos inquietante, coleccionaban pueblitos medievales, montañas encapuchadas de nieve, plazas limpias como sanatorios, trajes típicos, tranvías, edredones sofocantes, fiestas de la cerveza, canciones folklóricas con ruseñores, colinas, cultivos, corazones, que media docena de chops bebidos con actitud enérgica bastaban para convertir en verdaderos himnos de guerra.

Más de una vez, mientras bajaba de un tren para tomar otro, mareado

por la promiscua puntualidad del Eurailpass, Rímini, cargado de valijas, maldijo su gamulán —contribución de último momento de su madre—, que lo obligaba a caminar como un muñeco de nieve entablillado, y tuvo la sospecha de estar haciendo el viaje equivocado. No tenía mucho que objetar: los trenes eran cómodos y el servicio eficiente; los nativos compensaban con amabilidad las dificultades de comunicación; en los cafés había diarios de todo el mundo esperando ¡deliciosas prensas de madera; la repostería era irresistible. Sofía, casi irreconocible por el abuso de abrigo, lo arrastraba de la mano por callejones sin salida, instigada por los recuerdos de su viaje anterior, generalmente imprecisos, que buscaba corroborar en la agenda de bolsillo donde decía haberlos anotado. «Esperá..., por acá había un negocio de encajes in-cre-íble..., lo tengo anotado... ¡Acá: encajes! "Al final de la Callecita de los Herreros"... Es por la que vamos, ¿no? "Pasando la pastelería Grillpärzer"... Ahí: eso es Grillpär... Debe ser por acá... Hacían un *strudel*..., después entramos... ¡Ahí! ¡Es ahí, me acuerdo perfecto! La vidriera era toda blanca...» «Es un negocio de música, Sofía.» «No seas negativo. Crucemos.» «¿Ves? Instrumentos antiguos.» «No puede ser.» «Viniste hace dos años, Sofía: acá las cosas cambian, también.» «¡Miró ese laúd! ¿No es precioso?» Pero el problema para Rímini no eran los encajes (que se agremiaban, como era previsible, en la calle de los Encajes), ni el *strudel* de Grillpärzer (exquisito), ni los laúdes (aunque el dueño del negocio, apenas entraron, les pidió que apagaran los cigarrillos, se sacudieran los zapatos afuera y bajaran la voz), ni nada de lo que le tocaba vivir. El problema era todo lo que *no vivía*, esa suerte de viaje negativo que de vez en cuando, entre tanta furtiva felicidad austríaca, lo interceptaba con insidia, como una deuda impaga, y le inspiraba recelos secretos. ¿No deberíamos estar un poco más sucios? ¿No tendríamos que haber perdido el pasaporte? ¿No deberíamos pelearnos un poco más? ¿La policía no tendría que mirarnos con desconfianza, pararnos, pedirnos documentos? ¿Dónde estaban las discotecas, la gente como nosotros, los albergues de la juventud, las jeringas?

Fueron sólo sospechas —el aleteo cercano de un pájaro distraído, demasiado fugaz, pensaba Rímini, para ser dañino— y no dejaron secuelas. Por lo demás, cada punto del itinerario parecía borrar las suspicacias inoculadas por el anterior. Salzburgo corregía los puntos ciegos de Innsbruck, Viena los de Salzburgo, y así sucesivamente. Y en Viena, por fin, una vez que Sofía emergió, bella y macilenta, del calvario gripal que la había tenido postrada cinco días, los cuadros de Klimt, Egon Schiele y Kokoshka, como aperitivos del éxtasis que soñaba con experimentar en Londres con los de Riltse, terminaron de aplacarlo. Hasta entonces, Rímini había permanecido en vela junto a la cama

donde Sofía volaba de fiebre, perdida entre las sábanas. El primer día le fue imposible distinguir cuándo dormía y cuándo estaba despierta. Se sacudía las sábanas como si le quemaran y cinco minutos más tarde, temblando de frío, las buscaba con desesperación en la penumbra del cuarto. Se incorporaba en medio de la noche, balbuceando con labios pálidos palabras en una lengua desconocida. Rímimi pidió por el médico del hotel; habló con la recepcionista, con el sereno de turno, con el *maître* del restaurante, con el gerente, por fin, y una vez agotado el elenco de anglófonos disponibles creyó entender, él también agotado, que «el doctor Kleber había dado parte de enfermo por primera vez en veinte años». Pero no lo abandonarían. Le subieron aspirinas, sopas casi frías (había seis pisos entre la cocina y el cuarto que ocupaban), juegos de toallas con el monograma de otro hotel, un termómetro anormalmente lento, algunos ejemplares atrasados de la revista de la compañía aérea austriaca. Rímimi iba y venía; nunca había abierto tantas veces una misma puerta, y nunca había sentido tanto desaliento al cerrarla. Cada vez que Sofía pasaba sin moverse diez minutos de corrido se sentía rejuvenecer de felicidad; se acercaba a la ventana descalzo, en puntas de pie, y festejaba el milagro mirando los copos de nieve caer, lentos e imbéciles, en una noche asombrosamente roja.

Al día siguiente la fiebre cedió unas líneas. Sofía ya empezaba a apreciar ciertas obsolescencias de la habitación cuando Rímimi, insomne pero lúcido, abrió la guía telefónica y encontró la dirección del Hospital Británico. Un rato después los atendía un médico joven, de modales distinguidos, vestido con un guardapolvo tan limpio que crepitaba. Para congraciarse con ellos, tal vez para practicar, pronunció ceceando algunas palabras en castellano –Rímimi dedujo que vacacionaba en España–, les recetó antibióticos –les hablaba a los dos, como si Rímimi estuviera tan enfermo como Sofía– y tuvo la deferencia de sugerirles una farmacia donde hablaban inglés. Salieron a la calle y se abrazaron. Inundados de gratitud, los dos tuvieron la impresión de que el que estaba a punto de largarse a llorar era el otro. Sofía propuso ir a comprar los remedios y, de regreso en el hotel, escribirle al médico una carta de agradecimiento. Tenía que saber, dijo, todo lo que había hecho por ellos: era algo que no podía *perdersse*. Rímimi, una vez más, la disuadió. A lo largo del viaje había abortado una media docena de raptos epistolares por el estilo, destinados a retribuir la generosidad de gondoleros, taxistas, guardianes de museos, mozos y cajeros de banco –salvadores anónimos cuyos méritos, en la gran mayoría de los casos, se reducían a deletrearles correctamente el nombre de una calle, preguntarles de dónde eran, sonreírles sin motivo o –simplemente– a no alzarles la voz.

Sofía mejoró. Ya empezaba a comer con ganas; después de limpiar su propio plato arremetía con las guarniciones de *spätzle* que Rímíni había dejado intactas. Al quinto día, cuando Rímíni ya no necesitaba asomarse a la ventana para describir todo lo que sucedía en la porción de esquina a la que daba el cuarto, Sofía le sugirió que saliera a dar una vuelta. Rímíni protestó. «Un rato», insistió ella: «una horita. Qué me va a hacer.» Rímíni aprovechó para visitar la casa de Freud, una ocurrencia que en el último mes y medio habían tenido tres docenas y media de argentinos, como le informó el libro de visitantes. Lo revisó con alguna curiosidad, pero no encontró ningún apellido conocido. Y sin embargo, apenas estampó su firma al pie de la lista –ningún comentario: sólo su nombre y su apellido, irreconocibles, deformados por el vértigo del trazo, y la fecha–, algo lo obligó a desviar los ojos sobre la página: una «irregularidad», algo indefinible que no estaba en su campo visual sino más bien en el borde, al acecho, y que de golpe parecía haberse sacudido como una rama negra, y después de barrer de abajo hacia arriba la columna de visitantes Rímíni rozó un nombre casi ilegible –Ezequiel, Rafael, Gabriel–, escrito con letras que eran tallos y flores, y lo descartó. Eran las cinco y media de la tarde cuando salió. Era noche cerrada. No nevaba, el aire estaba limpio, y las aureolas de bruma que solían envolver los focos de la calle habían desaparecido.

Rímíni sintió algo extraño. Una hora sin Sofía y ya tenía la impresión, no del todo desconocida, de que era el único ser vivo en toda la ciudad. Sintió una soledad atroz: justamente ahora, que Sofía había vuelto a la vida, el viaje se le apareció como una fatídica insensatez. Se le ocurrió llamar a Buenos Aires, preguntarle a su padre por qué había incluido Viena en el itinerario. Hostigado por el frío, quiso desoír un semáforo adverso y cruzar corriendo una avenida desierta, pero lo disuadieron los ladridos del *dachshund* que su dueña, una mujer encorvada y temblorosa, acababa de estacionar junto a un árbol. Diez o doce cuadras más tarde, un teléfono público rechazó su llamada a cobro revertido pero aceptó, sin devolverlas, las dos monedas de más que Rímíni había echado por temor a que la comunicación se cortara. Del otro lado de la línea, una empleada nueva, que repitió varias veces el nombre de Rímíni entre signos de interrogación, le informó con alguna desconfianza que su padre se había ido a pasar el fin de semana a Villa Gesell.

Pero dos días más tarde (los dos días que Viena, según los resultados de la contabilidad final, terminaría robándole a Londres), cuando entraron a la Osterreichische Galerie, al salón de los Klimt –Rímíni desafiante, Sofía débil y adorable, envuelta en un poncho como una beduina invernal, los dos alegrando el aire caldeado con las nubecitas blancas que traían de la calle–, Rímíni sintió el amparo de quien vuelve a una patria después de un largo exilio de tristezas.

Recorrió las salas, amodorrado por la suave luz amarillenta, y miró los cuadros con un desgano feliz, como si estuviera tan lejos de todo que ni la belleza pudiera malograr su bienestar. Se detuvieron ante *El beso* y lo contemplaron abrazados, víctimas de ese mimetismo que se apodera de los enamorados cada vez que miran la imagen que siempre han creído que los mira y les habla. «Ya pasó lo peor», pensó Rímini, y cuando quiso nombrar «lo peor», lo que le vino a la mente no fue Viena, ni los contratiempos del idioma, ni la fiebre, ni siquiera el dinero y el tiempo que el «error austríaco», como había pasado a llamarlo, les había robado, sino la simple posibilidad, que no vislumbraba en el futuro sino en el pasado, en ese par de horas que dos días atrás había pasado solo, de que Sofía, esa masa de calor pequeña y compacta que ahora se apretaba contra su cuerpo, hubiera desaparecido de su vida para siempre. Como el sobreviviente que cada noche, antes de dormirse, asiste una y otra vez al accidente que casi lo mata, y sólo después de revivir sus pormenores descubre que ese día no hubo distracciones, ni pavimentos mojados, ni autos fatales, y que ese accidente que nunca tuvo lugar aun así le ha robado una parte de su porvenir, abriéndole una herida horrenda en el alma, Rímini volvió a verse lejos de Sofía, se vio sin ella, y esa figura huérfana, como saqueada, lo heló de espanto. Acababa de ver lo que queda de un hombre cuando a todo lo que es, a todo lo que cree ser, se le resta la mujer que ama.

Las membranas del amor son frágiles; el roce más fortuito puede desgarrarlas. Si las sospechas de Rímini las habían afectado, exponiéndolas a esa infección que acecha, para el enamorado, en la tentación de vivir una vida distinta de la que vive, la experiencia de la catástrofe bastó para regenerarlas. Quizás ésa fuera la verdadera función de aquellas tragedias improbables, que sólo ocurrían en un mundo y un tiempo creados por la imaginación retrospectiva: hundirlo en el horror y rescatarlo enseguida; aniquilarlo y salvarlo y empequeñecer, casi hasta ridiculizarlas, las contingencias indeseables que en el futuro pudieran empañar su vida amorosa. Sofía no había desaparecido, no había muerto, estaba con él y todavía lo amaba: ¿qué era el resto, *cualquier* resto, sino pura frivolidad?

Esa mezcla de humildad y superstición, Rímini ya llevaba tres años cultivándola; era natural que la considerara consustancial a la relación, puesto que la había contraído a los seis meses de estar con Sofía. Entusiasmado, en una especie de trance, Rímini acababa de contarle la conversación que había tenido esa tarde con un amigo. Habían hablado, dijo, del «compromiso amoroso». El amigo descreía de la monogamia por completo. Aunque era un veterano precoz de la disipación, la vida amorosa de Rímini –su insólita regularidad, su profundidad, su lealtad laboriosa, como de orfebre– no dejaba de asombrarlo. ¿Seis meses con la misma mujer? Él a duras penas soportaba ver a la luz del día la cara de la mujer con la que había pasado la noche. ¿Cómo era posible? ¿No deseaba a otras? ¿No necesitaba otras? Rímini era consciente de que detrás de esa perplejidad había una teoría, pero jamás trataba de rebatirla. Esa tarde, como algunas otras antes, Rímini le dio la espalda y, como el figurante que pasa inadvertido durante casi tres actos y llega, por fin, al parlamento que lo redimirá, que fijará su rostro insípido en la memoria del espectador más desatento, lo abrumó con un monólogo sobre la confianza, sobre la forma espontánea y por lo tanto mágica en que la confianza, cuando era recíproca, podía suspender –Rímini se corrigió, quiso decir *abolir*, pero el verbo se resistió, se escabulló y ya no volvió a aparecer– las necesidades aparentemente más naturales.

Ése fue el elogio del amor que Rímini, de pie, acababa de reproducir ante Sofía, que lo había escuchado sentada en el borde de la cama –un monólogo torpe, arrebatado de ardor, con palpitaciones, como si por fin le hubiera tocado recitárselo a la persona a la que estaba verdaderamente dedicado. Pero al terminar, conmovido por su propio alegato, Rímini vio que Sofía permanecía en silencio, sin mirarlo, y que una oscura emoción le cruzaba la cara. «Confianza»... «Reciprocidad»... Rímini, como en un sueño, creyó oír su propia voz que huía, deshilachándose. «Rímini», dijo Sofía muy rápido, «me acosté con Rafael.» Durante un segundo, Rímini vio desfilar las posibilidades indignas que

se disputaban su pobre cuerpo de cornudo aturdido. Se moría. Vomitaba. Destrozaba su propio cuarto, hiriendo –accidentalmente, por supuesto– a Sofía. Perdía el habla para siempre. Una embolia lo fulminaba. Alguien entraba al cuarto por error y tenía que disimular. Las vio, pero las posibilidades se alejaron, como tentadas por algún otro candidato. Entonces abrió la boca y se puso a llorar, y alguien con labios menos trémulos que los suyos habló en su lugar y reclamó la satisfacción más trivial, más sórdida, más voluptuosa: los detalles de la traición. Sofía fingió no haberlo oído. «Vos sabés», dijo: «era algo que tenía pendiente. No habría podido seguir con vos si no lo hubiera hecho.» Sofía se puso de pie. Rímini, apoyado contra la ventana, miraba la fuente tres pisos más abajo, en el jardín, por entre un cortinado de lágrimas. Sintió la yema de los dedos de Sofía cerca de su cara, rozándole una mejilla, menos para consolarlo que para que la mirara, y una profunda vergüenza lo invadió. Dejó de llorar en el acto, como por arte de magia. Sofía lo miraba muy de cerca. Entonces Rímini supo que para que pudiera dejar alguna vez de amarla, algo más fuerte que otro hombre y que otra mujer, algo tan inhumano y ciego como un desastre, un accidente de avión, un terremoto, tendría que arrancarla de su lado y extirparla de su alma. Pero Sofía no lo miraba exactamente a él, y sin duda no lo miraba a los ojos: miraba, con una curiosidad casi lasciva, algo que Rímini tenía debajo de un ojo. Rímini, volviéndose hacia la ventana, se contempló en el vidrio y vio un punto oscuro, algo que parecía un lunar, la costra de una herida mínima, que ni siquiera recordaba haberse hecho. Sofía siguió absorta en el punto uno o dos segundos más, hasta que salió del trance y, ruborizada, le acarició muy suavemente una mano. «Llamame. Voy a estar en casa», le dijo.

Hasta los admiradores más recalcitrantes están de acuerdo: *Spectre's portrait* no es el mejor Riltse. Es un cuadro pequeño (Riltse siempre brilló en las grandes dimensiones) y oscuro (el maestro seguía pintando *contra* la luz de Cézanne), desgarrado por una tensión encaprichada: mientras sus formas se debaten en un fervor expresionista, el ánimo del pintor, en puntas de pie, intenta escabullirse por una puerta lateral. Un típico cuadro de transición, en el que las voces del pasado se niegan a morir y el futuro, con sus efusiones de luz y de maldad, no es más que un balbuceo desconcertado. Riltse quería volver a Londres. Tenía deudas de juego, el sol le resultaba intolerable, acababan de manifestársele los primeros síntomas de la enfermedad: dos placas violáceas en las piernas, temblores matutinos, cierta dificultad para recordar los hechos ocurridos en la última media hora. Sólo la relación con Pierre-Gilles, ya en su fase final, lo retenía en Aix-en-Provence. ¿Matarlo o matarse? ¿Matarlo y matarse? No había día ni hora del día en los que Riltse no examinara por un segundo esas alternativas. Se iba a pintar al campo con el único propósito de alejarse de su amante, tal vez con la esperanza, también, de que un cuadro nuevo o una insolación desalojaran para siempre esa espina de su corazón atormentado. A su manera infantil, *Spectre's portrait* ilustra el fracaso de esas tentativas. Aunque Riltse lo embadurne con capas y capas de un morado sucio, aunque reemplace la luz del mediodía por una oscuridad de caverna, el paisaje del cuadro sigue siendo el del campo, con su aire inmóvil, su horizonte de hastío y sus árboles, que, aunque irreconocibles, siguen preñados de frutos. Es como si Riltse pintara el campo *con sus ojos*, con los ojos de esos frutos, pero no en el estado en que estaban entonces, a principios de la primavera, cuando él los contemplaba, sino en una etapa ulterior, en la rápida putrefacción que la imaginación de Riltse parecía desearles. Hay dos manchas en primer plano, los dos únicos toques de claridad que rompen la monotonía del cuadro y que, a simple vista, podrían confundirse con los halos de luz de dos faroles, o con dos luciérnagas agigantadas por la cercanía. Mirándolas mejor, sin embargo, esa

impresión general de luminosidad se desvanece o se precisa, y ambas manchas revelan la misma estructura interior, hecha de delgadísimos anillos concéntricos que, como los de los troncos de los árboles, parecen irradiar desde un oscuro punto central. El efecto es esforzado pero, al cabo de unos instantes, bastante eficaz: el punto oscuro es una boca abierta que aúlla de espanto, los círculos son el eco de ese aullido y las manchas, por fin, los rostros que dibuja la reverberación del espanto. Un paso más y todo se define con nitidez, como las nervaduras de una hoja bajo una lupa que termina de hacer foco: en el punto oscuro de la boca asoman los dientes y la lengua; más arriba nace una nariz; los ojos, acompañando el espanto de la boca, están desorbitados y miran *directamente* al espectador, que a esa altura, si el sortilegio surtió efecto, ya debería tener la cara pegada contra el cuadro. El espectador entiende, cree entender que están pidiéndole auxilio y se compadece. Pero luego desvía los ojos hacia la placa de bronce, lee el título del cuadro y comprende, a la vez, la grosería de su error y la voluntad secreta del artista. *Spectre's portrait*. Es su propia cara la que inspira el espanto de las manchas. Él mismo es el espectro que Riltse ha retratado.

Fanáticos hasta la miopía, miraban el cuadro de tan cerca que habían empezado a empañar el vidrio con el aliento. Por un segundo, las dos aureolas de humedad borronearon las dos pequeñas manchas que los contemplaban con pavor. ¿Quién habría censurado esa devota impertinencia? Al fin de cuentas

a esa distancia, como el pintor había querido que se contemplara su cuadro. *Spectre's portrait*, por otra parte, era el *único* Riltse que había en exhibición. Alguien —un argentino, uno de esos repartidores de primicias fatídicas que los argentinos adoran interpretar cuando descubren a un compatriota en el extranjero— se los anticipó cuando subían, ebrios de euforia, las escaleras del museo: el resto de la obra (los dípticos, los trípticos, las fotografías retocadas, incluso el monumental *La mitad del acontecimiento*, repatriado después de un cuarto de siglo del ignominioso cautiverio alemán) había sido trasladado a un depósito oficial en los suburbios de Londres, donde dormiría los tres meses que le llevaría al Estado reformar el museo.

Mientras Sofía trataba de corroborar la noticia en la recepción del museo, Rímini se pasó veinte minutos al aire libre, protestando en voz alta y entorpeciendo deliberadamente el tránsito de los obreros entre los andamios. ¿Y todo aquel viaje para...? ¿Había derecho...? ¿No tenían al menos que haberles avisado...? Buscaba razones, algún consuelo; sólo se le ocurrían represalias. Creyó, de pronto, haber dado con la peor, la más agresiva: irse así, sin entrar. «Que se jodan...» «¿Te parece?», dijo Sofía, que ya se veía esa noche teniendo que aplacar el desconsuelo de su arrepentimiento: «Ya estamos acá,

Rímini. Mejor uno que nada: entremos.» Entraron. Rímini, para no dar el brazo a torcer, arrastraba los pies haciendo ruido, como un peregrino disconforme. Sofía sugirió hacer una parada en la cafetería del museo: tal vez tomar algo aliviaría su decepción. La de Rímini, al menos, recrudeció. Como el resto del museo, la cafetería era apenas la mitad, el cuarto de lo que alguna vez había sido; unos tabiques precarios dividían el sector habilitado, con su docena de mesas, sus luces parpadeantes, su piso cubierto de dobles páginas de diario, del área de trabajos, de donde venían el sonido metódico de los martillazos y unas joviales nubes de polvo blanco. Sofía, que jamás eludía la responsabilidad cuando tomaba una decisión desacertada, ofreció como compensación hacer la cola para buscar las bebidas. Rímini, extrañamente, aceptó. (Sofía, predispuesta a que no aceptara, como era costumbre en Rímini cada vez que ella le proponía sacrificarse por él, sintió algún desconcierto y se quedó inmóvil una fracción de segundo, como congelada en el punto exacto en el que las dos situaciones –una virtual, la otra real– acababan de cruzarse.) Rímini, en efecto, había sentido el llamado de la caballerosidad, pero estaba tan cansado –las desilusiones le hacían un efecto mucho más físico que moral o psicológico– que sólo podía pensar en librarse del peso inmenso de su cuerpo. Cinco minutos más tarde, cuando las palmas de sus manos, sus antebrazos y hasta la mejilla izquierda (que había posado un instante sobre la mesa) ya estaban completamente blancos, maquillados por el polvillo de la obra, Sofía apareció con una bandeja, dos vasos de telgopor con café y un platito de plástico con dos *brownies*. La seguía un hombre alto y flaco, de traje, con ese aire de decencia precaria –sostenida con pedacitos de hilo, cinta adhesiva, clips, broches de metal– que fraguan las personas que llevan semanas sin bañarse. De la mano le colgaba una botella de cerveza. Sofía se sentó. Al pasar junto a ellos, el hombre la saludó con una reverencia un poco anticuada. «¿Quién es?», preguntó Rímini, algo atontado por la estela de pestilencia que había dejado el desconocido. «No sé. Estaba en la cola. Pedía unas monedas para poder comprarse algo. Qué gente jodida, los ingleses: no sabés cómo lo miraban. Bah, ojalá lo hubieran mirado. Habría sido algo, por lo menos.» «¿Vos le diste?» «Sí.» «¿No era que habías decidido parar con las limosnas?» «Esto es diferente. Estoy segura de que es *alguien*. Mmm..., probó los *brownies*: están excelentes.» «¿Alguien?» Rímini empezaba a impacientarse. «¿Cómo sabés?» «Sé. Yo veo.» «Tendrías que oler, también.» «Quedé un poco resfriada de Viena.» Sofía se inclinó bruscamente y olfateó el plato, los vasos que humeaban. «¿Algo está feo? Lo cambiamos, ¿eh?» «Además, todo el mundo es alguien. ¿No es un requisito un poco débil para compadecer a un desconocido?» «Tonto. Alguien *importante*, quiero decir.» «El director del museo, por ejemplo», se burló Rímini. Sofía miró por encima

de su hombro y sonrió a lo lejos mientras masticaba, y luego se tapó la boca con el dorso de la mano. «No te des vuelta, pero estoy casi segura de que...» Rímini descubrió que se había ruborizado. «¿De qué?» «No, es una locura.» «Estás segura de qué.» «Nada, nada: no me hagas caso. ¿Quieres crema?»

Entraron a la sala cada uno por su lado, sin hablarse. De los dos, sólo Rímini era consciente de la situación. Como siempre que algo los distanciaba, Rímini era el único cuyo comportamiento quedaba como anclado en el episodio que había desencadenado la tensión, girando a su alrededor como un planeta ocioso, infantil, un poco ridículo. Sofía, en cambio, parecía olvidar el incidente enseguida, de modo que todo lo que hacía después —todo lo que, en el caso de Rímini, no era sino el fruto triste y estéril de la desavenencia— obedecía a otras causas y otros estímulos, probablemente menores pero nuevos. Mientras que para Rímini se había empacado en un punto fijo de dolor, obstinado y como insoluble, la vida, para Sofía, continuaba. Pero sólo Rímini notaba esa diferencia, y sólo él veía el abismo que se abría en ella. Como siempre que quería fingir indiferencia, su cuerpo se había convertido en un manojo de impulsos hostiles. Tenía calor, pero ya no le quedaba ropa que sacarse. Detectó unas migas de chocolate prendidas de una manga y se las espantó como si fueran venenosas. Alguien —alguien exactamente de su misma estatura— se interpuso entre él y un Turner, y él, con una fruición de la que ignoraba que fuera capaz, descargó contra su nuca un largo y mudo rosario de imprecaciones argentinas. Hasta que vio el Riltse. Lo descubrió de golpe, al mismo tiempo que Sofía lo descubría por su lado, y pensó con satisfacción que esa coincidencia pondría fin a la insultante autonomía en la que Sofía se había movido después del incidente de la cafetería. De modo que cuando ella se volvió y lo buscó, con el propósito evidente de invitarlo a que lo contemplaran juntos, él dio media vuelta y, simulando distraerse, a modo de venganza, la dejó sola frente al cuadro. Sólo después, aprovechando que ella le daba la espalda, Rímini lo miró.

Colgado ahí, solo entre cuadros enormes, de otros, parecía demasiado modesto o demasiado intimidado. Rímini no lo conocía. Los pocos visitantes que había en el museo —un contingente de turistas, una docena de escolares soñolientos, una pareja de amantes que iban, que saltaban de cuadro en cuadro abrazados, entrelazando sus piernas como gimnastas obscenos— pasaban de largo, como si no lo vieran. Rímini sintió un fervor nuevo, tan intenso que se inquietó; era el éxtasis, la felicidad mesiánica que siente el idólatra cuando su ídolo, en una situación desesperante, decide honrarlo y le encarga la tarea más difícil, más decisiva del mundo: redimirlo. Rímini no era un damnificado; era un elegido, y *Spectre's portrait* no era su consuelo sino su privilegio. Recorrió

toda la sala con una lentitud exhaustiva, deteniéndose en pinturas insípidas, siguiendo sílaba por sílaba los comentarios de los guías del museo y ayudando incluso a un par de escolares perdidos, con las narices perladas de mocos, a reunirse con sus compañeros antes de que el maestro que los guiaba detectara que faltaban. Sufriendo, Rímini mataba dos pájaros de un tiro: difería el placer de encontrarse de frente con el Riltse, con Sofía, y a la vez convertía ese encuentro en una forma de la casualidad.

Hechizada, Sofía ya empezaba a acercarse al cuadro cuando Rímini se detuvo a su lado. No se miraron, ni siquiera se dirigieron la palabra, pero Rímini sintió el halo de comunión en el que los envolvía el cuadro y depuso el rencor y se entregó. Así estaban, muy juntos, inclinados casi a noventa grados, con las narices enrojecidas contra el vidrio del cuadro, cuando los sobresaltó una voz a sus espaldas: «Yo que ustedes no me acercaría tanto.» Creyendo que era un guardia, abrieron los brazos instintivamente, en señal de inocencia, como se habían acostumbrado a hacer cada vez que salían de una tienda y las alarmas se ponían a sonar, y retrocedieron unos pasos. Rímini alzó apenas la vista y miró el ojo rojo de los sensores que parpadeaba. «No», dijo el hombre, riéndose con algún desdén, «ojalá fuera ése el problema.» Rímini tuvo la impresión de que la voz ahora estaba más cerca. Le llegó una ráfaga de olor inmundado, como de ropa mal enjuagada, una mezcla de lavandina y moho, el mismo olor que lo había atontado media hora atrás. Volvió con cautela la cabeza; no pretendía mirarlo —estaba demasiado intimidado por la brutalidad con que el otro había irrumpido en sus vidas—; se conformaba con incluirlo en una esquina de su campo visual y retratarlo rápido, sin mayores detalles, sólo para tener una idea de quién era y reemplazar el borrador fugaz que había compuesto en la cafetería. El desconocido se le adelantó. «Yo soy responsable de ese horror», dijo, señalando el cuadro de Riltse, en un inglés disgustado, como si sólo lo hablara porque no tenía más remedio. «¿Qué te dije? Yo veo, Rímini», le susurró Sofía. Rímini, tomado de sorpresa, se vio obligado a detenerse en el hombre. Era alto, de hombros asimétricos, pura piel y huesos bajo un traje que veinte años atrás ya estaba pasado de moda. Tenía el pelo largo, con restos de una vieja tintura, alisado por una capa de mugre; una barba de semanas le crecía en desorden sobre las mejillas, y las manos, tan pálidas que las venas azules brillaban como dibujadas, permanecían alzadas, inmóviles delante de la cara, como suspendidas antes o después de un gesto. Los dedos se agitaron y temblaron un segundo; Rímini alcanzó a verle los labios, muy rojos y brillantes, como los de los borrachos, moviéndose en silencio como si rezaran. El hombre lo miró de golpe, con algún asombro. «Yo soy...», empezó a repetir, como presentándose. «Usted, yo: todos», lo interrumpió Rímini, «ésa es la idea

del cuadro, ¿no?» El hombre agitó una mano en el aire, cerró y apretó los ojos con fuerza. Tenía escamas rojas y secas en los párpados, en la frente, a lo largo de la orilla donde le nacía el pelo. Una, en el tabique de la nariz, había empezado a sangrar. «¿La idea del cuadro?», repitió, mirando a Rímini. Rímini sintió un tirón en un codo y descubrió a Sofía a su lado con la boca contraída, como con una mordaza invisible, señalándole con el mentón algo en el piso. «¿La idea del cuadro?», oyó Rímini otra vez —pero el tono, ahora, había pasado del asombro a la contrariedad—, al mismo tiempo que bajaba los ojos y tropezaba con dos borceguíes sin cordones, los dos del mismo pie, el izquierdo, pero cada uno de un par diferente, y detrás de la lengüeta, volcada hacia adelante con una languidez casi calculada, veía directamente la piel, la piel desnuda del empeine, tatuada por otras escamas brillantes que trepaban hasta desaparecer bajo la botamanga de los pantalones. Cuando Rímini volvió a mirarlo, el hombre estaba muy cerca, prácticamente abrazándolos con su nube fétida. «No tiene derecho», lo amenazó, pero en su voz se abría paso una extraña congoja. «Sólo yo tengo derecho a mirar ese cuadro y a decir "Yo". Yo soy la cosa que miran esas dos caras espantadas. Yo, yo, yo. Hace cuarenta y dos años. Yo soy la cosa, la causa. Yo estuve ahí. Hermoso lugar. Ordeñaba vacas con la bosta hasta los tobillos mientras el sol... Hay que saber mirar... Todo está ahí. El campo, la ropa tendida en la soga, la hamaca, las frutas podridas, picoteadas por los pájaros... El canalla lo puso todo menos mi cara. ¿Por qué? Tóqueme. Vamos, tóqueme, no soy un monstruo. Vuelvo, eso es todo. Condenado a volver. La ley dice que no puedo acercarme a más de cien metros. Soy hombre de campo: "metros" no significa nada para mí. 45 por 45. Y la ley no dice nada sobre este cuadro. ¿O sí? Soy un hombre de campo: no sé nada de cuadros. El amor, señorita. *El amor es un torrente continuo*. Usted sabe de lo que hablo. Téngame esto, por favor. Es mi turno. Será un segundo, nada más.»

No fue uno, por supuesto, pero ¿quién tendrá la mezquindad de reprocharle un error de cálculo a un hombre que lleva casi cuarenta años con el corazón desgarrado? Por lo demás, nadie se toma un segundo para llevar a cabo el sueño de toda una vida, mucho menos cuando el sueño consiste en destrozarse a golpes de hacha el único cuadro de Jeremy Riltse expuesto en el museo más seguro de Londres. En rigor fueron tres minutos, contando desde el momento en que el pobre Pierre-Gilles (alias Douglas Durban, alias Stephen Stacy, alias Richard Right, alias otra media docena de identidades falsas —todas fieles a esa superstición cinematográfica, sin duda inoculada por Riltse, que asegura que repetir la misma inicial en el nombre y el apellido es garantía de gloria— que Pierre-Gilles usó a lo largo de cuarenta años, después de romper

con Riltse, para despistar a las autoridades inmigratorias de Inglaterra y asediar a su ex amante con una partida doble de despechos: Riltse –el corazón roto pero impasible de Riltse– desechó una y otra vez los amorosos; la justicia inglesa los legales, todos absolutamente disparatados) depositó su monedero en las manos de Sofía, extrajo la pequeña hacha (el mismo utensilio, según declaró después, con el que Riltse una vez casi zanja una de las muchas discusiones estériles que poblaban las siestas en el sur de Francia, y el mismo con el que él, Pierre-Gilles, en cumplimiento de una antigua promesa, se había decapitado su propio sexo sobre la mesa de carpintero de la galería, después de leer la carta donde Riltse le explicaba por qué lo dejaba para siempre) del bolsillo interno del saco e hizo trizas el cristal que protegía el cuadro, hasta el momento en que el personal de seguridad del museo, asistido por dos guardias de la sala, torpes pero corpulentos, consiguió por fin desarmarlo y reducirlo en el piso, en medio de un revuelo de vidrios rotos, jirones de tela pintada y trozos de marco y mampostería.

Creían en el modo en que se amaban, y esa creencia era más fuerte que cualquier naturaleza, que cualquier signo que el mundo les dirigiera para desmentirlos o ridiculizarlos. Eran arrogantes y modestos, altivos y extraordinariamente serviciales. No compartían sus problemas con nadie – había algo de mafioso, un espíritu de cuerpo y una discreción inflexibles, dictados por el amor pero avivados por una suerte de temor a la catástrofe, en la manera en que evitaban las filtraciones–, pero el pequeño departamento de Belgrano R no tardó en convertirse en la clínica sentimental, abierta las veinticuatro horas del día, por la que terminarían pasando prácticamente todos sus amigos. Todos: los que cada primero de enero les auguraban el final en secreto, los que trataban desesperadamente de copiarlos, los equidistantes, que aprobaban el prodigio pero cada tanto les exponían sus «reservas» –y también sus padres, sedientos de la claridad y la sabiduría que sus propios modos de amarse, al parecer, no estaban en condiciones de proporcionarles. Jamás juzgaban: escuchaban. Eran amplios, tolerantes, de una ecuanimidad intachable. Eso era quizá lo único de lo que después, una vez terminadas las «consultas», en privado, aceptaban jactarse: monógamos, conservadores, partidarios de una disciplina amorosa que exigía agua y aire y luz diarias, no les costaba nada entender a los amigos que militaban en la facción opuesta – pasiones efímeras, deseo insensato, discontinuidad, inconstancia–, aun cuando la ayuda que les prestaban fuera inconcebible en la dirección inversa. Salvo por la digresión de Sofía con Rafael, tan rápidamente asimilada a la mística de sinceridad de la relación que terminó siendo no un trauma sino un desafío saludable, una oportunidad para crecer, ir más lejos, consolidando en ellos, incluso, la idea que en un principio parecía haber pulverizado: que el amor era una fortaleza –ninguno de los dos tenía experiencia en materia de trampas, traiciones, triángulos. Y sin embargo, ajeno como parecía, era como si de ese mundo lo supieran todo. Conocían el mecanismo del ardor, la lógica del engaño, los resortes secretos de la dominación y del desprecio, todas las claves

que movían, daban brillo y a veces aniquilaban las vidas de los otros. Sus cuadros de situación eran precisos; rara vez fallaban al diagnosticar; y cuando aconsejaban —algo excepcional que sólo condescendían a hacer en los casos más graves o urgentes, a tal punto eran reacios a todo lo que pudiera confundirse con una manipulación emocional—, se cuidaban muy bien de las debilidades, los impulsos, las propensiones capaces de viciar la operación de parcialidad. Trataban con amigos íntimos cuyo sufrimiento los hacía sufrir, cuyas desdichas los volvían desdichados y a cuyos entusiasmos adherían sin condiciones; pero en las «consultas», esa cercanía, lejos de predisponerlos a la complicidad, parecía reforzar cierta política de sobriedad, incluso de desapego. Actuaban de manera desinteresada, lo que les permitía enunciar las verdades más crudas sin resultar hirientes. Era simple: no sentían que tuvieran que ser leales a los amigos, ni siquiera a sus sentimientos; debían toda su lealtad a la situación, a los ideales de la situación: amor, confianza, intimidad, respeto, profundidad —esas perfecciones por las que estaban dispuestos a sufrir, a romper lanzas, a sacrificarlo todo.

Casi no parecían humanos. Pero eran humanos —al menos Rímini. Cuántas veces él, ocupado en ventilar el living, vaciar los ceniceros de colillas reblandecidas por las lágrimas, arrancar del bloc del teléfono las hojas donde los amigos, en un raptó de automatismo cubista, bocetaban el retrato —cuadrados, triángulos, chimeneas: siempre el mismo— de sus padecimientos, cuántas veces había sentido en las piernas la fuerza de un cansancio injusto, y cuántas —como más de una vez le había sucedido durante el viaje a Europa— se le había dado por pensar si todo aquello, la disposición a escuchar, la equidistancia, esa especie de idoneidad existencial suprema, que combinaba la abnegación de un hospital público con la sabiduría remota de una pareja de gurúes, no escondía en el fondo alguna otra cosa, una borra oscura, desconocida, ante la que probablemente retrocedería espantado si la viera desnuda. Vivían en ese más allá donde viven los que tienen la impresión de participar de una experiencia única, o vivían la experiencia única que viven los que tienen la impresión de participar de un más allá que para la mayoría de los mortales es inaccesible. Cómo habían llegado hasta allí, eso no lo sabían. Si lo hubieran sabido, probablemente nunca habrían llegado. De modo que habían eliminado incluso la instancia de la llegada. Les gustaba imaginar que *siempre* habían estado allí, que él podía haber nacido en una clínica de Banfield y ella en una de Caballito, pero que *juntos* habían nacido allí, en ese más allá desde donde podían darse el lujo de comprenderlo todo sin tener la necesidad de experimentarlo. A veces Rímini flaqueaba, se distraía y huía de Sofía, avergonzado por el temor de no estar a la altura. Su propia debilidad lo

enfurecía.

Una vez lo habían contratado para subtitular a toda velocidad una película argentina que pretendía competir en un festival de cine europeo. Estuvo casi dos días sin dormir, absorto frente a un par de monitores de video, deletreándole a una editora de pelo en ve corta y cejas unidas la versión francesa de expresiones como «avisá, che» o «aguantá que es un minuto». Terminaron intoxicados de café, de cigarrillos, de las golosinas extravagantes que ella salía a comprar en medio de la noche, cuando sólo el ronquido del sereno perturbaba el silencio del estudio. Y a la madrugada, cuando se despidieron en la puerta del estudio, esquivando las oleadas de agua con que una vecina en pantuflas baldeaba la vereda de al lado, riéndose porque al despedirse, sin darse cuenta, habían usado dos de las peores frases de la película, y ella, llamada Maira o Mirna o de algún modo que Rímini siempre se encargaría de confundir, se apoyó en su antebrazo y lo besó en la comisura de los labios con una suavidad casual, menos con intención que por la torpeza de la hora y el sueño, Rímini creyó que el corazón literalmente se le *daba vuelta* y tuvo un atisbo leve, misericordioso, de todo lo que podía pasarle si por un momento, como el sereno del estudio, dejaba de vigilar y cedía al cansancio.

Sofía era fuerte. Podía no enterarse de los sobresaltos que cada tanto sufría el corazón de Rímini, pero los intuía y hasta los deseaba, convencida, como toda creyente, de que la fe que abrazaban no merecería ese nombre hasta que sobreviviera intacta, incluso fortalecida, a todos los contratiempos que la pusieran a prueba. No le interesaba saber: siempre ya sabía. Era como si los dieciséis, los veinte, los veinticinco, los veintiocho años, todas las edades con las que Rímini la había conocido fueran sólo las edades oficiales, visibles, de una vida inconmensurable y milenaria –una vida en la que había aprendido a saberlo todo. Así, Rímini era transparente. Sofía veía a través de él como a través de un cristal, o incluso mejor –porque el cristal, resignado a ser una materia inerte, se conformaba con no oponer resistencia, mientras que Rímini, que no podía evitar rebelarse contra esa condena, multiplicaba los fuegos de artificio, las cortinas de humo, las maniobras distractivas, creyendo que así ganaría algo de opacidad. Sofía lo dejaba hacer y festejaba sus trucos en silencio, como números de un malabarismo involuntario. Sabía todo, y es probable que entre todo lo que sabía estuviera el hecho de que Rímini jamás iría más lejos, en materia de amenazas, de lo que había ido al ofrecerle su mejilla a la editora en la puerta del estudio y, un rato después, ya en casa, extenuado, al rechazar la invitación de Sofía a desvestirse y meterse en la cama con ella, como si temiera que Sofía, viéndolo desnudo, pudiera detectar las huellas de la traición que no había cometido. Salvo una alusión a la editora, tan

extemporánea, tan innecesariamente sarcástica —«una chica torpe», dijo, sin que Sofía le hubiera preguntado nada: tan torpe que habían tardado «dos días en hacer algo que a lo sumo hubiera exigido uno»— que era evidente que era una pantalla, Rímini no dijo una palabra. Pero Sofía podía imaginar la escena con todo detalle: la luz débil de la madrugada, el aire fresco, la hipersensibilidad apoderándose de esos cuerpos adormilados, la falta de voluntad, la intimidad ilusoria pero eficaz que Rímini había compartido con la chica... No, no era una sensación agradable —Sofía sintió un pellizco de dolor—, pero la certeza de estar viendo la escena tal como había sido —de haberla visto incluso antes de que sucediera y ahora estar simplemente confirmándola— de algún modo la atenuaba y la endulzaba, al punto de convertirla en una de esas impresiones físicas confusas, difíciles pero excitantes, que son el precio a pagar por ciertas satisfacciones de orden superior.

Pero para ellos el amor era el orden superior. Rímini se lo imaginaba como un lugar pequeño y muy calefaccionado, tapizado de alfombras, con las paredes recubiertas de libros, donde los estremecimientos del mundo sólo entraban traducidos al dialecto mullido que era la lengua local. Salvo por algún toque oriental —alfombras también en las paredes, volutas de humo perfumado saliendo de alguna parte, cortinas para separar ambientes, una sensación general de abarrotamiento malsano—, que en su ensoñación era más pronunciado, se lo imaginaba exactamente como el living de la casa que compartía con Sofía. No, no le faltaba imaginación. Pero sabía reconocer la eficacia de lo real. ¿Por qué representarse de otro modo el orden del amor si vivía en él, envuelto en él, si era su medio ambiente cotidiano y podía describirlo de memoria, hasta el más mínimo detalle, sin equivocarse? Y, sin embargo, ¿era real? Ésa era la pregunta con que los amigos más escépticos siempre terminaban desafiándolo. Rímini se quedaba mirándolos perplejo, como si la pregunta lo convirtiera automáticamente en una criatura de una especie muy exótica, y después sólo atinaba a preguntar: «¿Me estás hablando en serio?» Porque ¿qué pensaban? ¿Que todo era una ilusión? ¿Que la forma de amor que cultivaban era una fachada? ¿Que Sofía y él vivían dormidos, narcotizados por alguna droga falaz? Promediaba la década del setenta. Rímini había llegado a pensar que esos reparos eran menos fruto de la observación, de las impresiones que suscitaba su vida conyugal, que de una de las teorías políticas más prominentes de la época, para la cual toda ideología era fatalmente la inversión de las condiciones reales de la existencia, y que para dismantelar sus efectos ilusorios bastaba con reinvertir el proceso original de inversión, poner al derecho lo que la ideología había puesto al revés, dar vuelta lo dado vuelta. A su manera, sin siquiera saberlo —no era necesario: estaba en el

aire de la época, como el virus de la gripe en invierno o las partículas del pérfido polen en primavera—, los objetores que acosaban a Rímimi también eran althusserianos, sólo que habían ampliado el campo de la reflexión, tradicionalmente compuesto por las regiones de la ideología, la religión, el arte, con una esfera que hasta entonces no se había mostrado muy permeable a la inspección política: la esfera del amor. Así, del mismo modo en que celebraban y promovían cualquier conflicto social, cualquier desgarramiento que pusiera en peligro a las instituciones burguesas, cualquier fisura por la que el orden real, profundo, invisible, filtrara sus oscuras disonancias en la superficie del orden visible, tan entusiasmados cuando los litigios se dirimían en su favor como cuando su resultado los perjudicaba, así también estaban dispuestos a celebrar cualquier incertidumbre que pudiera sacudir a Rímimi y a Sofía, a profundizar sus debilidades y hasta a favorecer, escudados en una suerte de moral higiénica, las oportunidades que los desviarán del camino de reciprocidad exclusiva que habían elegido.

Era en vano. Las grietas nunca eran lo suficientemente grandes, o la membrana que los protegía era demasiado resistente, o —escándalo máximo— el tiempo, enemigo clásico de toda persistencia amorosa, parecía en su caso de una benevolencia extraordinaria, a tal punto que sus famosos venenos —erosión, acostumbramiento, el sopor de una familiaridad sin dobles fondos—, en contacto con ellos, cambiaban de signo y se volvían remedios, pócimas extrañas que, mezclándose con el amor, lo volvían paciente, sólido, invulnerable. Tenían el tiempo de su lado. Ése era el secreto. Al cabo de los años, los amigos —todos, partidarios y detractores— fueron renunciando: siguieron cerca, la amistad no disminuyó, pero renunciaron a la ambición de poseer algo de ese secreto que sólo Rímimi y Sofía parecían poseer, incluso la parte ínfima pero decisiva que les permitiera aniquilar el orden superior en el que vivían, o bien robarlo y adoptarlo para sí, y el amor de ellos, ya no admirado ni envidiado ni detestado sino fijo, eterno como una piedra que el sol y el viento y el agua pulen y esculpen y hacen brillar todos los días un poco más, fue atravesando el tiempo, cumpliendo años y pasando de moda, como si la membrana que lo amparaba fuera también el conservante que lo mantenía intacto, separado de todo, inocente y rancio a la vez, vencido, como esos personajes de película de ciencia ficción que, un segundo antes de la catástrofe, consiguen acceder a un refugio antiatómico y permanecen años confinados, rumiando a solas el privilegio de la supervivencia, y cuando por fin salen otra vez a la superficie, creyendo que el peligro ha pasado y que el mundo ha vuelto a su lugar, descubren que la catástrofe nunca ocurrió, que si no se enteraron fue gracias, precisamente, al hermetismo y la profundidad del refugio, y que el

mundo, ahora, tantos años después de haber formado parte de él por última vez, está desfigurado, es irreconocible, es indiferente y los mira con el azoramiento divertido con que dentro de algunos años, no muchos, la población infantil del mundo contemplará todas las cosas que hoy son el emblema del presente.

Años más tarde, a sólo setenta y dos días (exactamente el tiempo que le llevó a Riltse pintar la primera de sus tres extraordinarias *Mitades de Pierre-Gilles*) de cumplir su duodécimo aniversario, Rímini y Sofía se separaban. Habían batido todas las marcas de longevidad conyugal que conocían. Aunque tuvieron la delicadeza de darla a conocer de un modo paulatino, en un proceso escalonado –de las amistades más nuevas a las más antiguas, de los amigos solteros a los que estaban en pareja, de la familia de él, divorcistas pioneros, a la de ella, que acababa de celebrar sus bodas de plata–, cuando la ruptura cobró estado oficial, sin embargo, todo el mundo trastabilló, como si un temblor sacudiera la tierra o un trueno astillara un silencio de siglos. No era posible. Algunos –los poquísimos que seguían jactándose de haber anticipado el desenlace– lamentaron la noticia con satisfacción y melancolía, como quien deplora la desaparición de una institución decrepita pero entrañable, que nadie frecuenta pero que ya forma parte de un patrimonio cultural atávico. Otros, sorprendidos, la comentaron con el tono que merecen los prodigios, como si Rímini y Sofía hubieran sido dos hermanos siameses que la cirugía acababa por fin de separar y, quizá, de aniquilar. Hubo un tercer grupo que se sintió traicionado y los odió sin consuelo y se negó a atenderlos por teléfono y dejó de verlos durante meses, hasta que la convalecencia llegó a su fin y todo volvió a una cierta normalidad. «Es como si de un día para el otro cambiáramos, no sé..., ¡de moneda!», sugirió alguien en uno de los tantos cónclaves privados que los amigos, entonces, dedicaban a debatir el milagro, la fatalidad, la catástrofe. Dada la inconstancia de la economía argentina de la época, la analogía lindaba con el cinismo, pero debió de ser atinada porque nadie la objetó.

Fueron días extraños, de una actividad febril. Olas de revisionismo se abatieron sobre ellos, sobre el caso en el que el tiempo había terminado por convertirlos –¡doce años de amor!, ¡esos doce años!–, en busca de la secuencia que explicara el desenlace. Ya no importaba si habían sido conservadores o de avanzada, hipócritas o necios, anticuados o pioneros. Importaba la lógica de los

acontecimientos, que de pronto empezaban a encadenarse y dibujaban tramas secretas donde un reguero de minúsculas profecías, pasadas por alto, en su momento, por obnubilación o torpeza, desmentía el carácter inesperado de la separación. Todo había empezado en algún momento —era evidente. Pero ¿cuándo? ¿Con la mudanza? ¿Con el viaje a Brasil? Era posible. Por alguna razón, Rímimi se resistió hasta último momento. Aceptó cuando se vio acorralado, pero intentó canjear San Salvador de Bahía —las *feijoadas*, las noches de macumba en la playa, el *pelourinho*, todos los sabrosos tormentos con que Sofía pretendía tentarlo— por Río de Janeiro. Esa exigencia menor, formulada, para colmo, después de ceder en el punto fundamental del litigio (Brasil), aleteó un instante en los oídos de Sofía y se disipó como el vuelo de un insecto venenoso pero poco dado a insistir. Cuando volvieron eran otros. Sofía estaba embarazada; Rímimi, prácticamente desfigurado por un brote de alergia y por las jaleas naturales —jojoba, mango, aloe vera— con que Sofía juró que Bahía, la misma Bahía que lo había enfermado, lo curaría.

Abortaron. Lo decían así pensando que el plural atenuaría la pesadumbre. Una mañana de sábado la madre de Sofía los acompañó hasta Vicente López y se quedó en el patio techado que hacía de sala de espera la hora y media que duró todo, cobijando una mano de Rímimi entre las suyas, dándole calor, como dijo, mientras la lluvia azotaba la chapa acanalada del techo y una enfermera en pantuflas regaba plantas macilentas con una pava. El aborto los detuvo pero no los separó. Maleable, el «orden superior» se las ingenió una vez más para absorberlo. ¿Acaso no habían tomado la decisión juntos? El matiz era leve pero decisivo: incorporaba el accidente exterior y su violencia al organismo del amor, y así, asimilándolos, reduciéndolos a una función interna, neutralizaba sus efectos más perjudiciales. Dos meses más tarde, cuando Rímimi y Sofía todavía hacían el amor con miedo, el aborto resplandecía en los anales de la relación como una batalla terrible pero ganada.

Tal vez el famoso «punto de inflexión» fuera entonces la separación temporaria, que, producida más o menos a los ocho años de la relación, nadie se animó a atribuir a ningún acontecimiento en particular. Más todavía: todo el mundo, mientras sucedía, daba por sentado que sería efímera. Duró ocho meses: un mes de separación por cada año de pareja —eran escrupulosos hasta en eso. Sofía se quedó en el cómodo departamento que había reemplazado a la madriguera de Belgrano R; Rímimi, asistido por uno de esos amigos nuevos y persuasivos que la corriente suele arrimar a las costas del separado, se mudó a un ex consultorio deprimente en los alrededores de la facultad de Medicina, donde pagaba poco, mataba el tiempo desprendiendo lonjas del viejo empapelado de las paredes y distraía la angustia contemplando piernas

ortopédicas y sillones de dentista en las vidrieras de los negocios de la zona. Hubo dos simulacros de amor por bando, ambos fogosos pero inconducentes. Mantenían contacto telefónico diario. Solían intercambiar regalos. De la docena de cartas que escribió, Sofía llegó a enviarle ocho; las otras cuatro se las leyó en persona cuando volvieron a vivir Juntos. Se veían entre una y tres veces cada quince días, casi siempre en casa de Sofía. Los encuentros, signados por esa extraña forma de amoralidad que supone engañar a una amante de días con una esposa de años, desembocaban en largos certámenes confesionales (Rímini por fin lloraba) o en sesiones de amor volcánicas que aprovechaban para enseñarse los trucos que habían aprendido lejos del otro.

No había roturas. Nada se había marchitado. Pasaban largas temporadas sin hacer el amor, es cierto, pero ni siquiera entonces la palabra «deterioro» parecía oportuna: el sexo nunca había tenido una importancia especial para ellos. Una noche —estaban en la cama: Sofía ya dormitaba, Rímini perseguía frases en un libro con la linterna-lapicera que ella le había regalado—, Sofía rodó sobre la almohada y, como gastando su último aliento de vigilia antes de sucumbir al sueño, lo contempló con ojos como ranuras y le sonrió con tristeza, con el desaliento que inspira algo muy bello y muy inservible, y cuando él quiso pedirle una explicación, iluminándola con la lapicera-linterna, ella giró y le dio la espalda y estuvo un rato maniobrando con el mentón y la mejilla sobre la almohada, como un animalito que se acomoda, hasta que de pronto, como si soñara en voz alta, murmuró: «Somos una obra de arte.»

Dos o tres noches más tarde fueron al cine a ver *Rocco y sus hermanos*, una película por la que competían con un fanatismo salvaje. ¿Cuántas veces la habían visto ya? ¿Doce? ¿Diecisiete? Unos segundos antes de llegar a la escena con Annie Girardot y Delon en el techo de la catedral —la escena en la que Rímini perdía el control y lloraba como un chico—, Sofía lo miró apenas, como escrutándolo en la oscuridad, y antes de que Rímini se desmoronara le acercó una mano abierta a la nuca y la mantuvo allí unos segundos, irradiando su calor, como uno de esos sana-dores que no necesitan hacer contacto con el cuerpo para curarlo. Habían reemplazado el consuelo por la prevención. La escena pasó, Annie Girardot se echó a correr por la terraza, Delon la persiguió, los dedos de Sofía temblaron apenas junto a la nuca de Rímini y Rímini, por supuesto, no lloró. No lloró esa vez ni volvió a llorar nunca, y *Rocco* quedó tragada en esa noche terrible. Habían alcanzado una rara forma de perfección. Vivían en el interior de un interior, uno de esos ecosistemas que reproducen por medios artificiales, entre cuatro paredes, detrás de un gigantesco tabique de cristal, para que los visitantes puedan admirar su realismo, la temperatura y la humedad y la presión y la fauna y la flora de medioambientes exóticos. No

había región de la burbuja que la membrana no hubiera recubierto. Rímini y Sofía respiraban normalmente, pero el exterior ya empezaba a volvérselos un poco borroso, empañado por las veladuras que al exhalar dejaban en las paredes de vidrio.

Lo habían hecho todo. Se habían desflorado y raptado de sus respectivas familias; habían vivido y viajado juntos; juntos habían sobrevivido a la adolescencia y luego a la juventud y asomado la cabeza a la vida adulta; juntos habían sido padres y llorado al muerto diminuto que nunca llegaron a ver; juntos habían conocido maestros, amigos, idiomas, trabajos, placeres, lugares de veraneo, decepciones, costumbres, platos raros, enfermedades –todas las atracciones que podía ofrecerles una versión prudente pero versátil de esa mezcla de sorpresa y fugacidad que se llama normalmente *vida*, y de cada una habían conservado algo, el rastro singular que les permitía recordarla y volver a ser por un momento los mismos que la habían experimentado. Y para que la colección estuviera completa, completa *definitivamente*, ellos mismos agregaron la pieza cumbre: la separación. Como todo, la planearon juntos, con el escrúpulo, la dedicación, la minuciosidad artesanal con que habían acuñado los trofeos del amor a lo largo del tiempo, y durante el mes y medio que les llevó organizarla, nada, ni una pizca de despecho o desconsideración, se atrevió a ensombrecer la pureza con la que habían decidido despedirse. La separación no era el más allá del amor: era su límite, su colmo, el borde interno de su confin; si se consumaba como ellos se proponían consumarla, amorosamente, era lo que le permitiría morir *bien*; es decir, en sus palabras, seguir viviendo *sin ellos* en el interior de la burbuja que habían creado.

Acordaron que Rímini se mudara. Todas las mañanas buscaba departamento en los avisos clasificados del diario y leía en voz alta los candidatos más atractivos. Sofía lo escuchaba con atención mientras preparaba el desayuno, intercalando de vez en cuando alguna suspicacia –«¿Te parece, irte al microcentro?», o «Mmm..., no te veo mucho en un departamento *atípico*», o «Llamá y preguntá cuántos años tiene el edificio»– que lo obligaba a precisar o revisar sus propias necesidades inmobiliarias. Como era previsible, el ejercicio de descifrar la jerga de los avisos no tardó en absorberlos; podían pasarse horas leyendo entre líneas, imaginando con desdén las alfombras turquesas, los revestimientos de madera, los azulejos estampados que acechaban detrás de la palabra «joya» o la grifería dorada que prometía la expresión «todo a nuevo». Era como si el tejido desgarrado del amor se reconstruyera a una velocidad inconcebible, solo, y sus hebras, siguiendo de memoria el diseño original, se trenzaran de nuevo hasta borrar todo rastro de la desgarradura. Una tarde, en la biblioteca del Instituto, mientras consultaba una bibliografía para la

traducción en la que estaba trabajando, Rímini, como pensando en voz alta, comentó que buscaba departamento, y un ex compañero de facultad –alguien completamente desconocido para él, con quien apenas habría cambiado diez palabras en cinco años de carrera– asomó la cabeza entre dos filas de libros y, con una sonrisa radiante, le dijo que estaba a punto de irse a vivir con su novia y que su novia dejaba un departamento «genial» a tres cuadras de la estación Colegiales.

Era raro que Sofía lo llamara al Instituto, pero esa tarde lo llamó. No tenía nada en particular que decirle; sólo «quería hablar». Bastó que lo dijera para que los dos se quedaran en silencio. Por fin, Rímini, con alguna torpeza, le confesó que estaba saliendo para ver un departamento. «Mirá qué rápido», dijo ella como para sí, y su voz trastabilló y Rímini casi pudo verla alejándose el tubo del teléfono de la cara para no delatarse. Después, ya recuperada, pasó revista con él a todos los requisitos que el departamento tenía que cumplir. Como era de prever, el departamento «genial» de la novia de su condiscípulo no satisfacía ninguno: era oscuro, ruidoso, y bastaba sacar una mano por la ventana para meterla en la del departamento vecino; las paredes sudaban bajo un empapelado floreado que la chica, mientras se lo mostraba, iba descascarando con la larga uña de su dedo índice para probarle que si no le gustaba no era un problema porque «salía fácil». Después le sirvieron un té frío y le dijeron algo acerca de las expensas, que eran altísimas o irrisorias. El aire de la calle lo despejó. Rímini sabía que ya no retrocedería.

Volvió de muy buen humor. Se descubrió desplegando ante Sofía los defectos del departamento con un grado de detalle insólito, como si su memoria se hubiera detenido en cosas que sus ojos nunca habían visto. Pero Sofía no lo escuchaba. Esa tarde, al cortar con él por teléfono, había tomado una decisión: ella también se mudaría. «No podría seguir acá», dijo, «rodeada de todas estas cosas.» Rímini enmudeció. Se sintió débil, bruscamente desvalido. No era la decisión de Sofía lo que lo afectaba, sino el hecho puramente estratégico –porque es en las separaciones, con la baja de la marea del amor, cuando sale a la luz, como un lecho de caracoles filosos, la lógica de fuerzas que el amor disimulaba– de que de golpe, apenas Rímini daba todas las señales de haberse decidido a cambiar de vida, Sofía, que hasta entonces había asumido el papel del que se queda, le hubiera arrebatado la iniciativa.

A la mañana siguiente, muy temprano, cuando abrió la puerta de calle, el diario no estaba sobre el felpudo. Le pareció un mal signo. Recorrió el departamento llamando a Sofía. El diario estaba en la cocina, junto a la jarra de café, pero las páginas de los avisos clasificados estaban aparte. Había tres avisos enmarcados en rojo y tres en azul. Rímini encontró esta nota debajo de

una taza: «*Los rojos son los míos; los azules, los tuyos. (Prefiero que no nos encontremos para alquilar el mismo departamento. Con lo que odio a los empleados de las inmobiliarias.) Yo que vos iría primero al de Las Heras, el de dos ambientes y medio. Parece estar muy bien. Y si yo alquilo el de Cerviño seríamos vecinos y quién te dice... (Me parece que el café me volvió a salir liviano.)*»

Pero Sofía no alquiló Cerviño. «Demasiado puesto.» No quería apurarse. Se quedaría un tiempo más en Belgrano y esperaría con calma su oportunidad. La renuncia le dejaba mucho tiempo libre, de modo que acompañó a Rímini a visitar Las Heras, aspiró regocijada el aroma de los tilos de la calle, celebró el balcón que daba al jardín del pulmón de manzana y discutió el valor del alquiler con la empleada de la inmobiliaria, una mujer pálida, atacada por un enjambre de tics nerviosos, que los seguía de cuarto en cuarto con un anotador en la mano, completamente desconcertada. «Tenés que alquilarlo», le dijo Sofía cuando estuvieron en la calle, «si vivieras acá no me molestaría visitarte.» Rímini recordó esas dos frases cuando pagaba la seña, y durante una fracción de segundo lo detuvo una sospecha atroz. ¿Y si Las Heras, y el portero de Las Heras, y la dueña de Las Heras, y el nuevo barrio, y los nuevos hábitos, y todo lo que él llamaba «mi nueva vida», con el entusiasmo torpe y desbordante que brotaba de su larguísima virginidad, no eran conquistas de él, ni emblemas de su flamante independencia, sino las primeras medidas con las que Sofía se aseguraba su control? ¿Y si, al creer que la dejaba atrás, Rímini sólo estaba hundiéndose cada vez más en ella? Pero pagó, y una semana más tarde, después de alegar toda clase de falacias para impedir que Sofía lo acompañara, firmó el contrato de alquiler. Rímini tuvo la impresión de que esa sencilla ceremonia jurídica, celebrada a media luz en una oficina vulgar, a las órdenes de un escribano que leía como si rezara, lo obligaba a cruzar un umbral, lo arrojaba lejos y lo ponía —ahora sí, y Rímini sintió que esta vez era para siempre— del otro lado de Sofía.

Contra lo que Rímini esperaba, no tuvieron problemas para repartirse los muebles. Los habían elegido y comprado siempre juntos, y la densidad sentimental que tenían, en muchos casos, había llegado a eclipsar por completo su valor funcional o estético. Eso, precisamente, era lo que hacía que a priori la tarea de repartirlos resultara imposible. Si eran frutos del amor, se preguntaba Rímini, si cada mueble era de algún modo el monumento que conmemoraba un episodio de la historia sentimental, ¿qué clase de vida podrían tener una vez que esa historia hubiera concluido? Sin embargo, a lo largo de los doce años que habían pasado juntos, Sofía, sin que Rímini lo supiera, se había dedicado a descifrar las afinidades secretas y recíprocas que cada uno había establecido con las cosas, de modo que ahora, mitigando la violencia del reparto por efecto

de una ley natural, espontánea, dictada por esas simpatías de la vida cotidiana que sólo eran visibles para sus ojos, Sofía podía reconocer a quién le correspondía qué sin la menor vacilación, con el mismo grado de certidumbre con que era capaz de identificar el origen de una muesca en una mesa de madera o un siete en el tapizado de un sillón.

Rímimi no puso objeciones: hubiera sido incapaz de elegir un criterio idóneo para el reparto, y la distribución de Sofía fue irreprochable. Liberado y todo, sin embargo, Rímimi empezó a sentir cierto empalagamiento, como si, de tan civilizada, la separación irradiara el perfume demasiado dulce de una fruta tardía. Era curioso: la extinción del amor no hacía sino multiplicar las formas, los cuidados, las atmósferas del amor. No hubo controversias sobre la sucesión de los muebles, pero más de una vez, en el transcurso de la mañana que pasó en Belgrano ejecutándola, Rímimi sintió que sudaba más de la cuenta, que se le encabritaba el corazón, que estaba a punto de desmayarse. Viajaban de habitación en habitación como una pareja de tasadores enternecidos, y Sofía, deteniéndose en algún mueble, evocaba con una exactitud fotográfica el momento y el lugar en que lo habían comprado, el tiempo que les había llevado encontrarlo, cuánto habían pagado por él, adónde habían ido después a festejar, todas las marcas que los años y el amor habían dejado en él. ¿Era posible recordar tanto, tan bien? ¿No estaría inventándolo todo? No, no, era tal cual. Aunque la exactitud de esas reconstrucciones le resultaba inconcebible, tan pronto como Sofía las desplegaba, sin embargo, Rímimi no podía no sentir, no reconocer, no seguir el camino hacia el pasado que esas huellas dibujaban. El negocio de muebles de roble de Escobar, el almuerzo en una parrilla de la ruta, el acento italiano del carpintero, la mecedora con asiento de mimbre, el espejo del perchero en el que se reflejaron sus dos caras triunfales, idiotas de felicidad... El reparto de bienes era como un concentrado, una esencia de amor, amor sin relato, simplemente cristalizado en una serie de puntos de inmovilidad. Sofía tenía razón: todo había sido así, todo era cierto —pero esos bloques de experiencia, miniaturas de amor, trofeos intactos de una coleccionista obsesiva, parecían bajar y pesar sobre Rímimi como densas nubes hipnóticas. Quería terminar, terminar de una vez con todo. Las mesitas de luz, las cortinas de junco, el mueble del equipo de audio, los cuadros —otro cesto de mimbre y se descomponía. Como le había pasado durante el primer viaje a Europa, tuvo la impresión de que a la escena le faltaba algo: forcejeos, una desinteligencia, una cuota de rencor, gritos, alguna irregularidad que afilara un poco esa especie de dulzura redondeada, protectora... Bruscamente, Rímimi dijo que tenía que irse. «Pero...», se alarmó Sofía. «Tengo que hacer. Está el camión abajo», dijo él, atropellando una frase con la otra. «Cada cosa tiene su etiquetita.

No hago falta.» Sofía oyó el temblor de miedo que había en su voz y aprovechó para decir: «Faltan las fotos. ¿Qué vamos a hacer con las fotos?» Rímini creyó ver una caja de cartón inmensa, como en falsa escuadra, deformada por un gran angular —era tan grande que sólo podía verla en versión maqueta—, donde millones de caras y lugares y épocas y animales domésticos y balnearios y autos y remeras y cortes de pelo y familiares y caminos alzaban sus pobres bracitos huérfanos para atraer su atención, suplicándole —en la media lengua que habla el pasado— que no los olvidara.

«Otro día. Tengo que hacer», dijo Rímini, terco como un chico, sin otra convicción que la que le daba la perspectiva terrorífica de perder pie y ahogarse en ese mar de obscenidades fotográficas. «Está bien, pero no dejemos pasar mucho tiempo», dijo Sofía. «No», dijo él. Se puso la campera. Calculó cuántos metros lo separaban de la puerta. «Llamame vos, ¿sí?», dijo ella, corrigiéndole el rumbo a una mano que insistía en meterse en la manga equivocada. «Sí, sí» —pero ya Sofía estaba cerca de él, rozándole la cara con los dedos, decidida a darle a la despedida la intensidad emocional que merecían doce años de amor. Sonó el timbre. Rímini la besó rápido, con un estudiado descuido, en un costado de la boca; Sofía quiso prolongar el contacto y empujó con sus labios cuando él ya retrocedía. Lo sujetó de la mano, le imploró: «¿Me vas a llamar?» «Claro», dijo Rímini, y abrió la puerta y salió. Y apenas salió, sudados y exhaustos antes de empezar a trabajar, como siempre, entraron los peones de la mudadora.

Rímini se zambulló en un taxi —el primero que pasó, un Dodge 1500 que humeaba en la tarde fría— y dio una dirección vaga, «al centro», como para que el taxista supiera que sólo quería estar lejos y pronto, lo más pronto posible. Acababa de cometer un error, la clase de imprudencia que, proyectada en una pantalla de cine, hace temblar de espanto y excitación al espectador menos impresionable y le arranca unos gritos de alarma que sólo recuerda haber lanzado de niño, en una remota función de títeres. Pero Rímini no era un cínico; nadie aterrorizado tiene tiempo para el cinismo: renunciar al reparto de fotos —porque el aplazamiento era sólo la máscara de algo más definitivo: una deserción— no era una cuestión de cálculo sino de supervivencia. *Huía*. Hay quienes huyen de un volcán, un terremoto, una plaga fatídica. Rímini, a su modo imprudente y traidor, desapegado y hasta ridículo, huía de algo tan convencional y doméstico como una escena de reparto de recuerdos, pero verse sentados en el piso con las piernas cruzadas, inclinados sobre la caja de fotos, exhumando imágenes que ella recordaba con la misma precisión con que él las había olvidado, de modo que lo que para ella eran caras conocidas para él eran misterios apremiantes —esa composición «amistosa» de la escena no la

volvía menos catastrófica, y si Rímini huía de ella era porque en esa parva de fotos ya no podía reconocer nada que le fuera propio, nada que probara que había existido y había sido feliz, y sí, en cambio, una *cantidad sentimental* que no estaba en condiciones físicas de soportar.

Pero había sido un error, y si hubiera abarcado con la mirada el horizonte que su deserción acababa de abrir en su vida, Rímini se habría bajado del taxi en marcha y habría vuelto corriendo al departamento donde los mudadores ya estaban rayando las paredes con las esquinas de los muebles. Habría aceptado la desazón, los estertores de ternura, la intimidad estéril de ese rito fúnebre y también, incluso, sus posibles efectos in mediatos: el consuelo, las caricias, ese maelström de temblor, labios congestionados y lágrimas que a menudo termina con una descarga amarga y desganada sobre la alfombra, con la ropa en desorden y las fotos adheridas a la piel de las nalgas, restos de un obsceno lecho de hojas mustias. Los muebles nunca son un problema en las separaciones. Por más embebidos que estén de significados, siempre *sirven*, y esa utilidad de algún modo les permite seguir viviendo, rehacer sus vidas en condiciones y contextos nuevos. Pero las fotografías, como la mayoría de esas nimiedades simbólicas que las parejas acumulan a lo largo del tiempo, lo pierden todo cuando el contexto que les daba sentido se disuelve: no sirven literalmente para nada, no tienen ninguna posteridad. En un sentido, sólo les quedan dos destinos: la destrucción –Rímini lo había pensado, pero lo desanimó verse paseando con fruición por un campo tapizado de fotos quemadas, como un Atila conyugal– y el reparto. El error de Rímini había sido no decidir nada: haberse limitado a renunciar. De modo que las fotos quedaron ahí, estancadas en la indeterminación, como amuletos que, retirados de circulación, no tuvieran otra cosa que hacer que acumular energía y sentido.

El mundo brillaba como un objeto flamante y Rímini, cansado pero feliz, con la voracidad del extranjero que acaba de aterrizar, después de un viaje interminable, en una ciudad desconocida, estaba demasiado concentrado en habitarlo como para distraerse con el pasado. No pensaba en Sofía. A veces, a las dos o tres de la mañana, cuando volvía a Las Heras y se derrumbaba en la cama, se daba cuenta de que en todo el día no había pensado una sola vez en Sofía ni en nada que tuviera que ver con ella y no lo podía creer. Era como si se la hubieran extirpado. Llegó a pensar que alguien, en algún momento —uno de esos tramos de tiempo que una máquina o un sabio loco roban de una secuencia y que luego, después de trabajar y atiborrarlo con toda clase de informaciones nuevas, reintroducen en la secuencia como si nada—, le había hecho una limpieza mental, un lavado de cerebro de última generación, absolutamente perfecto, porque su operativo de higiene incluía también órganos secundarios y a primera vista irrelevantes como el corazón, el estómago, la piel. Pero le bastaba comprobar la desaparición de Sofía para ponerse a pensar en ella, y en media hora —la última media hora que pasaba despierto, sin siquiera desvestirse, dando vueltas en la cama— reparaba los daños causados por su desaprensión. Como el condenado que pretende atenuar su pena con trabajos voluntarios, Rímini barajaba recuerdos, pensamientos, escenas imaginarias protagonizadas por Sofía, y se preocupaba por acompañar cada evocación con la clase de emoción que la habría escoltado si hubiera brotado espontáneamente. Así, cada noche, con un pie en la vigilia y otro en el sueño, Rímini se entristecía, tenía miedo, añoraba, se arrepentía; odiaba y desfiguraba y se reconciliaba con el pasado, y cada noche, como otros rezan una plegaria, rendía su tributo al amor muerto. Pero después amanecía y la primera brisa, entrando por la ventana que no había alcanzado a cerrar, le rozaba suavemente las mejillas, y Rímini entreabría los ojos y miraba sin ver la franja rojiza en el cielo, las vísperas frescas de un día caluroso. Temblaba un poco. Un estremecimiento de placer, casi doloroso, le corría por la piel al desvestirse,

como si sus dedos, al rozarla, la rasgaran, y una vez que se metía en la cama, embriagado por el fresco de las sábanas enredándose en sus piernas, casi dormido otra vez, se masturbaba lenta, larga, distraídamente.

Unos días después de la mudanza Sofía lo llamó y le preguntó –tratando de limar cualquier arista de reproche– si la había llamado. Se le había roto el contestador automático, dijo: pensó que tal vez Rímini le había dejado un mensaje creyendo que quedaba grabado y... Rímini, a su vez, pensó en aprovechar y mentir. No, dijo, no la había llamado. Hubo un silencio. «¿No habíamos quedado en eso?», dijo ella. «Sí», dijo él, y se disculpó, detallándole todas las cosas de las que había tenido que ocuparse. Sofía le preguntó cómo había dispuesto los muebles en el departamento. Recordaba perfectamente la distribución y el tamaño de los ambientes, y muchas de las correcciones que le hizo por teléfono, sin ver siquiera cómo había quedado el departamento, fueron absolutamente atinadas. Era como si la conversación tuviera dos fondos: uno técnico, dedicado a los detalles, problemas y soluciones, al aspecto anecdótico de sus nuevas vidas (una expresión que entre ellos sólo aparecía en boca de ella, y sólo para designar la vida de él); y el otro, el sentimental, un rumor inmenso que se oía en segundo plano, asordinado, como el reverso deteriorado de un mantel que se usa de un solo lado. «¿Y vos? ¿Conseguiste casa?», preguntaba Rímini, que trataba por todos los medios de aferrarse a los pormenores técnicos. No. Había dejado de buscar. No estaba de ánimo. Por otra parte, ¿dónde conseguiría un departamento mejor que el de decía Rímini, «como habías dicho...» «Sí», decía ella, de su voz pasaba de la apatía a una antesala de furor, «Pero ésta es mi casa, éste es el lugar donde yo quería vivir. ¿Por qué me voy a ir de acá? ¿Quién me está echando?» «No sé. Para cambiar...» «*No quiero* cambiar. Ya bastante cambiado está todo. Algo tiene que quedar como estaba, ¿no? Es cierto: todo está demasiado cargado, pero ¿qué tiene? *Yo* lo cargué. *Yo y vos* lo cargamos. ¿Por qué tendría que irme?» Era el problema de los pormenores –no duraban. El supermercado, los bares de los alrededores, la estación de subte cercana, la renguera del portero, la pareja de vecinos mellizos, la mujer del lavadero automático que leía a Mallea: esos tesoros anecdóticos, Rímini los buscaba, los recogía, los exponía con un entusiasmo desbordante, como si tratara de demostrarle que el solo hecho de que existieran probaba que nada se había terminado. Pero algo en ellos era frágil, efímero, poco convincente, o quizás se ponían así por algún fenómeno químico, al entrar en contacto con Sofía, o cuando Sofía o algo en Sofía –una cierta creencia en la densidad, la idea de que todo lo que no era denso era una traición a la experiencia–los recortaba contra el fondo sentimental de la conversación, donde se debilitaban como estrellas fugaces. Uno a uno Rímini

los veía brillar, alcanzar una rápida cima y desvanecerse en el aire, barridos por una noche espesa, y cuando Sofía entraba en calor, reconfortada por el triunfo de lo esencial sobre lo anecdótico («Tenemos que poder vivir con lo que fuimos, Rímini: ésa es la mejor lección que nuestro amor podría darnos»), Rímini sólo tenía una idea en la cabeza: colgar. Hablaban un rato más, hasta que cada palabra era un islote minúsculo, a la deriva en un mar de silencio y carraspeos, y Rímini, casi entumecido por la incomodidad, terminaba fraguando alguna urgencia para apurar la despedida. «Perdoname, me tocan el portero.» «No lo oí. ¿De dónde estás hablando?» «Del cuarto.» Otro silencio. Algo crepitaba en la voz de Sofía. «¿Es una chica?» «No sé», decía Rímini, riéndose, «no creo.» «¿Me vas a llamar?» «Sí, claro. Ya la semana que viene voy a estar...» «Mirá que me debés algo.» «¿Te debo...?» «Nos debés. Las fotos. Te lo debés también a vos. Estuve mirándolas ayer: debe haber, no sé, mil, mil quinientas fotos.»

Rímini no cumplió, y Sofía volvió a llamarlo una semana más tarde. Estaba contenta: se iba quince días a Chile con Frida Breitenbach, su maestra, a asistirle en un seminario para artistas con problemas de motricidad. Habían llamado al padre de Rímini por los pasajes. «Puedo, ¿no?», dijo ella, cómplice y sarcástica, «estamos separados, pero yo sigo pensando que es el mejor suegro del mundo.» Rímini la oyó tan feliz, tan poco *amenazada*, que pensó que si la veía en ese estado hubiera podido volver a enamorarse de ella. Le propuso que se vieran a la vuelta. Se sentía seguro: pensó que los detalles del viaje impedirían que la conversación se desbarrancara en sinceramientos sentimentales. «Dale, genial», dijo ella, «y de paso veo cómo está quedando tu casa.» «No vas a ver nada nuevo», retrocedió él, «mejor encontrémonos en el bar de Canning y Cabello.» «¿El de las sillas cromadas?» «Sí.» «Odio el cromo, ¿ya te olvidaste? Hay uno mejor, todo de madera, en Paunero y Cerviño.» Rímini aceptó, aunque había pasado una o dos veces por el lugar, de vuelta a su casa, y recordaba claramente el olor extraño —queso rancio, desinfectante, una vieja mezcla de ambos— que le había salido al cruce.

Un par de días más tarde, como si se hubiera pasado toda la noche macerándola, se despertó con una idea fija: cortarse el pelo. Decidió cortárselo mucho, bien corto, y, puesto que ponía fin a unos quince años de pelo largo, un dogma que su padre le había inoculado desde chico, envalentonado por la liberalización capilar de los años sesenta que su calvicie le impedía poner en práctica consigo mismo, pero que Sofía más tarde había refrendado y celebrado, durante todo el día estuvo reuniendo argumentos para sofocar el escándalo con que preveía que reaccionarían. Dudó. Pensó que no sería capaz y se sintió miserable. Para aligerar su peso, rebajó la decisión al grado de una

ocurrencia irreflexiva y se metió de golpe en un pequeño local de la galería que estaba junto al departamento de Las Heras, una peluquería por la que jamás pasaba sin preguntarse quién podía ser tan idiota como para entrar. Se sentó en un sillón —el único que no tenía forma de avión ni de kayak ni de elefante— y encontró su cara en el espejo, asustada entre calcomanías infantiles, y cuando el peluquero apareció, haciendo chasquear una tijera de mango rosado cerca de su cabeza, se limitó a decir: «Bien corto.» El resto —la media hora que pasó sudando debajo de un enorme babero cuadriculado, atormentado por la luz tórrida del local— lo dedicó a arrepentirse. Cada tanto echaba un vistazo hacia afuera y miraba con asombro a la gente que lo miraba con asombro: no podía creer que con él allí, cautivo, gradualmente jibarizado por un peluquero que insistía en hablarle con diminutivos, la gente siguiera caminando, mirando vidrieras, haciendo su vida normal. Y de pronto, entre todas esas caras asombradas, vio una que lo observaba con demasiada insistencia, casi provocándolo. Dos segundos después la reconoció: era Víctor. Entre volutas de talco, Rímini le hizo señas de que lo esperara afuera, como si disuadirlo de entrar le ahorrara una humillación suplementaria, y rechazó el espejo de mano y los caramelos media hora y pagó, decidido a borrar por las siguientes diez horas esa atrocidad que acababan de hacerle a su imagen en el espejo. «Epa», dijo Víctor, antes de que Rímini pudiera ponerlo al tanto de su plan. «Qué cambio.» Se abrazaron. Hacía tiempo que no se veían. En el cisma que la separación había abierto entre los amigos, Víctor había quedado del lado de Sofía. Era lógico: habían sido novios a los doce o trece años, y Rímini lo había conocido a través de ella. Pero Víctor, que no temía reconocer ante Rímini de qué bando formaba parte, tenía al mismo tiempo una extraña ecuanimidad, mezcla exacta de interés y distancia, de compromiso e imparcialidad, que Rímini rara vez encontraba en otros amigos. De pie en la galería —la separación era demasiado reciente para que fueran a tomar algo—, mientras Rímini miraba cómo el peluquero barría sus parvas de pelo con un escobillón y Víctor las catástrofes parecía les que las tijeras habían dejado en la cabeza de Rímini, hablaron de Sofía. Rímini le dijo que se verían cuando ella volviera de su viaje. «Sí, me contó antes de irse», dijo Víctor. Exagerando el entusiasmo, Rímini dijo que lo había sorprendido la responsabilidad que Frida había delegado en Sofía, y que para él era evidentemente una especie de «ascenso». «¿Te parece?», dijo Víctor. «Bueno, tiene cuántos: ¿cien, doscientos alumnos? Podría haber elegido a cualquiera.» «Sí, a cualquiera que aceptara un trabajo como ése.» «No es para tanto: están acostumbradas a tratar con discapacitados.» Víctor lo miró con algún asombro. Rímini insistió: «Lo decís porque es un seminario para actores con problemas, ¿no?» Víctor sonrió, incómodo, y la sonrisa se le desdibujó en

una mueca de inquietud. «Es Frida la que tiene problemas», dijo: «la operaron de la cadera hace dos meses. Sofía no va por el seminario: va de acompañante terapéutica. De muleta.»

Volvió una semana antes de lo previsto. «No me interesó: todo era muy elemental», le dijo por teléfono. Tenía una voz enfática y tensa, el tipo de voz con que alguien trata de convencerse de algo usando a su interlocutor como banco de pruebas. Adelantaron la cita. Rímimi iba a proponerle que cambiaran de bar. «Te traje algo, ¿sabés?», le dijo Sofía, con ese ciego sentido de la oportunidad que infunde la desesperación. Por poco no se reconocen. Sofía, ojerosa, estaba muy bronceada por el sol chileno –ese sol invernal, de esquidores, que parece untar la piel con una pátina de maquillaje naranja– y tenía en un labio un herpes que le deformaba media boca. Los primeros diez minutos de la cita los pasó contemplando absorta la cabeza de Rímimi, sin atreverse a tocarla –llegó a hacer el gesto, pero sus dedos, como repelidos por una descarga eléctrica, se replegaron antes de dar en el blanco–, mientras hacía girar entre sus manos un ídolo de terracota lleno de cintitas de colores y trozos de cuerda y el largo alegato de Rímimi, con su pedido apócrifo –«No muy corto, por favor»–, su descripción exhaustiva y malintencionada del peluquero y su decisión, también apócrifa, de no pagarle el corte en represalia, languidecía sin rozar siquiera sus oídos. Por fin empujó el ídolo hacia Rímimi con una exánime determinación, como quien invierte todo lo que le queda en un solo acto antes de internarse en un desierto. Dijo: «Es una especie de Ekeko chileno. Dicen que trae suer» –y se puso a llorar. «Nunca más. Nunca más», repetía entre sollozos. «Te pido por favor, Rímimi: la próxima vez que te diga... No me dejes... No importa lo que te... Vos no me dejes. Nunca, nunca más, Dios mío. Y encima me aparece esta cosa monstruosa en la boca... No, no me mires, por favor.»

Una semana de pesadilla. Frida sufría dolores continuos, la habitación de hotel – una sola para las dos, con una sola cama– estaba en un tercer piso por escalera, el hotel estaba completo, con los cinco pisos ocupados por una delegación de voleibolistas cubanos que jamás se acostaban antes de las cuatro y media de la mañana. Desde el principio, prevenida por uno de esos rumores aviesos que circulan en Buenos Aires, Frida se había negado a consumir mariscos y pescados. «Estos chilenos no van a envenenarme», decía. Sólo comía papas al natural. Con los días empezó a hincharse, a pasar las noches en vela y a maltratar a sus alumnos. Eran cinco. Dos desertaron al tercer día, después de presentar en la dirección del centro donde se dictaba el seminario una protesta formal contra la profesora invitada, a la que describían como una «psicópata profesional». A un tercero, un hombre joven, epiléptico, que

hablaba en voz muy baja y había sido estrella de la televisión chilena, lo había casi obligado a hacer un ejercicio de *rebirthing*, según Sofía, uno de los más comprometidos, de regreso del cual habían tenido que internarlo en plena crisis convulsiva. El seminario se suspendió. Aprovecharon para pasar un día al sol, en la montaña, y esa misma noche Sofía sintió el primer escozor en el labio. Frida, muy alterada, le reprochó su debilidad. ¿Cómo era posible que una discípula de Frida Breitenbach tuviera las defensas tan bajas? La amenazó: si el herpes llegaba a florecer, apenas volvían a Buenos Aires la cambiaba de grupo. Empezaría cuarto año otra vez, desde el principio. Repetiría tercero, si era necesario. El seminario nunca se reanudó, el centro sólo pagó los días que había dictado clase y Frida, alegando «razones de fuerza mayor», eliminó a Sofía de su lista de gastos. Esa noche las echaron del hotel, después de que el preparador físico del equipo de vóleybol denunciara a Frida (o a su sosías de traspase, al que describió, en presencia de una pareja de intrigados carabineros, como «un monstruo jadeante, salpicado de pecas, con los pelos como electrificados, que avanzaba hacia mí vomitando obscenidades en un idioma satánico») por acoso sexual y amenazas con bastón en un tramo de escalera particularmente oscuro entre el segundo y el tercer piso. «Tendría que haber seguido mi intuición», le dijo Frida en el vuelo de regreso, acariciándole misericordiosamente la cara: «Sos demasiado pichona: no estás preparada para este nivel de experiencia.»

«Bueno, ya pasó», dijo Rímini, y estiró una mano y le revolvió un poco el pelo. Fue un gesto extraño: medido y afectuoso pero demasiado profesional, como de enfermero. Pero, apenas sintió la caricia, Sofía, que tenía la cara hundida entre sus antebrazos, levantó la cabeza y le ofreció el paisaje completo de su desolación, los ojos irritados, el desbande del rímel, la nariz roja que goteaba, la pequeña oruga púrpura sobre el labio. Como si ejecutara un golpe de karate —el golpe de un karate amoroso, concebido para reconquistar a un viejo amante—, Sofía interceptó bruscamente en el aire la mano de Rímini, que pretendía volver a su base, y se la llevó a los labios y la besó: una vez en la palma, dos en el canto, tres en el dorso, y la dio vuelta y, forzándola a abrirse, porque la mano se había cerrado como un erizo, volvió a besarla, como adorándola, en el centro de la palma, y Rímini, que había quedado paralizado, tuvo la impresión de que lo sometían a un tratamiento vagamente esotérico, como si una boca con herpes pudiera curar, besándola un número estipulado de veces, una mano sana. «Pero no estuvo tan mal», dijo Sofía, sonriendo por primera vez, mientras Rímini recuperaba su mano con el pretexto de llamar al mozo. Lo miró. Lo miró con decisión, con calma, con un aplomo inmortal, como si una semana de desdicha junto a Frida Breitenbach en Santiago,

traducida al sistema métrico que medía sus emociones, se multiplicara en una experiencia de siglos y le confiriera la autoridad de una divinidad egipcia. «Tuve tiempo para pensar, sabés», le dijo. «Pensé mucho en nosotros, en lo que nos pasó...» Rímini asintió mecánicamente con la cabeza. Sofía volvió a sonreír y lo miró con aire interrogativo, como invitándolo a algo. «Qué», dijo Rímini, «qué pasa.» «Vos», dijo ella, «¿pensaste algo?» Rímini buscó, buscó, buscó, pero el cuarto estaba completamente a oscuras. «Todo es demasiado reciente», dijo. «Dale», dijo Sofía, acercando un poco la cabeza hacia él como si le buscara el centro, «algo tenés que haber pensado.» «No sé, no podría decirte.» «Ey. Soy yo, Sofía. No te va a pasar nada, ¿eh?» Se quedaron unos segundos en silencio, inmóviles, ella muy cerca de él, mirándolo desde abajo, siempre esperando, mientras él fingía distraerse con las sombras que cruzaban cada tanto el fondo quemado de la calle. Algún plazo secreto debió de cumplirse, porque Sofía, suspirando, abrió la cartera y dijo: «Te escribí una carta.»

Son las tres y diez de la mañana, la Bruja acaba de dormirse y yo bajé al bar del hotel con tu viejo ejemplar de Ada (no lo busques más: quedó en casa, te lo olvidaste o no te animaste a reclamármelo, ahora es mío y no tenés derecho a protestar), la tarjeta con el espectro de Riltse y mi cuadernito Gloria, a escribirte, casi a oscuras, una carta capaz de decir todo lo que te diría si por una vez hubieras dejado de escaparte y estuviéramos en Buenos Aires, juntos, vos y yo, Rímini, Rímini y Sofía, juntos. (No veo bien, esta letra es un desastre: prometo mañana pasar todo en limpio.) Desde que te fuiste de casa lleno cuadernos con cosas que se me ocurren, recuerdos, frases, cosas que leo («El olvido es un espectáculo que se representa cada noche», Ada, pág. 263). Me hace tan bien escribir, Rímini. No sé por qué cuando escribo tengo la idea de que estás cerca, mirándome, y muchas veces me descubro haciendo como en el colegio, cuando levantaba la tapa del cuaderno para que la tarada de Venanzzi no se copiara. ¿No te estás olvidando de mí? Decime que no, por favor, Rímini. No lo soportaría. Decime que me odiás, que te gustaría pegarme, hacerme sangrar, que te enamoraste de otra mujer, que te vas a vivir a otro país, pero no me digas que te estás olvidando de mí. Es criminal. Son doce años, Rímini. (¡Casi la mitad de nuestras vidas!) Nadie (no se nota, me falla la bic, pero «nadie» está subrayado dos veces) puede olvidarse doce años así, de un día para el otro. Podés tratar, si querés (yo traté, Rímini, no te creas que no, pero no pude, es así de simple), podés hacer todos los esfuerzos del mundo, pero no tiene sentido. No vas a poder. (El hotel está lleno de cubanos voleibolistas. Los vi jugando hoy en la calle frente al hotel y me acordé. No, no me acordé. Te vi, Rímini. Te vi saltando al lado de una red en una playa, rubio y flaco, tan jovencito que me dieron ganas de llorar. (Perdoname. Creo que Ada me hace mal. Riltse me hace mal. Todo me hace mal.)

Pero Rímini no la leyó. Dobló el sobre en dos y se lo guardó en un bolsillo, como haría luego cada vez que Sofía le entregara en mano algo que había escrito, y Sofía lo miró con tristeza y decepción, como haría luego cada vez que Rímini la privara de su placer más sublime: contemplar su cara mientras leía lo que le había escrito sin él, lejos de él, sólo a él. No leyó delante de ella la carta que le había escrito en Chile, ni la que le escribió tiempo después en la sala de espera del consultorio de su homeópata («Estamos decididos, Rímini: vamos a ir con el herpes hasta el final»), ni la que se le ocurrió más tarde, con todo el labio inferior colonizado por la oruga púrpura, cuando el subte que la llevaba a un dermatólogo fanático de los corticoides se detuvo veinte minutos entre dos estaciones («¿Dónde estás, mi amor? Me decís que puedo contar con vos, pero ¿dónde estás ahora, cuando te necesito?»), ni la que empezó a redactar mentalmente en lo de Frida la noche en que maestra y discípula se reconciliaron, bendecidas por un documental inglés sobre el lenguaje de los sordos («Apoyo la mano en mi corazón y después en el tuyo: la Bruja dice que dos personas como nosotros no pueden separarse»), y tampoco los diez renglones sedientos, completamente desesperados, con la tinta azul de media docena de palabras borroneada por las lágrimas, que Sofía juraba haberle escrito casi quince años antes, luego de contarle que se había acostado con Rafael, que nunca le había dado a leer y que sin embargo había conservado en el mismo alhajero donde guardaba el mechón de pelo de Rímini de los seis años.

Una tarde se cruzaron en la calle por casualidad. Llovía a cántaros. Mientras lo asilaba bajo su paraguas, Sofía le propuso que fueran a tomar algo. Una vez más, Rímini se sorprendió y admiró su eterna condición ociosa; era como si, después de la separación, Sofía tuviera todo el tiempo libre para el amor. Se disculpó: llegaba tarde a algún lado. Pero fue extremadamente amable, como siempre que estaba apurado, y observó con curiosidad el trocito de gasa y cinta adhesiva que habían desalojado al herpes en el labio de Sofía. Se había operado. «¿Se operan los herpes?», preguntó él. Ahora que sabía que

tenía que irse, un interés inexplicable pero genuino lo retenía junto a ella. Sofía lo miró con tristeza «¿Leíste mi carta?», dijo. «Sí, claro», dijo Rímimi, y preguntó: «¿Anestesia local o total?» «¿Leíste mi carta?», repitió ella. «Sí. Te acabo de decir. ¿Te cosieron?» «Entonces ¿por qué me preguntás todo lo que ya te conté en la carta?» Discutieron bajo la lluvia, acorralados por el exiguo perímetro de protección del paraguas. Rímimi hizo gestos ampulosos y le golpeó el mentón, muy cerca de la herida, y le pidió perdón. Dos hombres que corrían con portafolios sobre la cabeza tuvieron que bajar a la calle para esquivarlos. Rímimi oyó entre la lluvia uno de esos insultos teñidos de envidia que a menudo maldicen una escena romántica con el pretexto de considerarla inoportuna, como si un contexto inclemente —diluvio, viento, vereda estrecha, microcentro— exacerbara de manera imperdonable el exhibicionismo de un hombre y una mujer que se muestran juntos, muy cerca uno del otro, en público. Terminaron de pie junto a la barra de una cafetería sombría, de paredes vagamente amarillas, rodeados de cadetes y oficinistas que bebían y comían mirando para todas partes, como prófugos de algún desfalco. Alzando la voz por sobre el estrépito de la máquina de café, Sofía le recordó la cuestión pendiente de las fotos y le dio un ultimátum. Mientras el pico del paraguas goteaba sobre el empeine de su zapato, Rímimi se defendió con franqueza. Y dijo que no se sentía capaz. Era eso, simplemente. Pensaba en la tarea que tenían por delante y le parecía imposible, material_ mente imposible. No porque fueran mil quinientas fotos. Eso al revés, facilitaba las cosas. Le bastaba pensar en una, una sola foto, y no de las más significativas, una foto cualquiera, de las que suelen perderse sin dejar el menor rastro, para sentir que la empresa era una locura, que el pasado era un bloque único, indivisible, y que había que poseerlo o abandonarlo así, en bloque, como un todo. Hubo un silencio. El paraguas había dejado de gotear. Rímimi pensó que iba a llorar y desvió rápido los ojos. Fue un acto reflejo; sabía que no tenía la menor chance de disimular: para los signos del amor —y en el amor ella incluía también todo lo que venía antes y después del amor, todo lo que lo escoltaba, lo que quedaba a su paso, lo que flotaba como una nube a su alrededor, lo que el amor había desalojado y lo que había desalojado al amor: todo—, los ojos de Sofía eran tan rápidos y certeros como son los de los croupiers para ese alfabeto de manos, números y colores con que se escriben todas las noches los paños de las mesas de ruleta. Sofía, como transportada, acercó una mano a la mano de Rímimi y le buscó los ojos —él sintió una especie de tirón en el cuello, como si algo diminuto pero tenaz reptara bajo la piel rumbo a su cara— y después metió dos dedos en el hueco que había entre la manga de su camisa y su muñeca. «Ya lo sé», dijo Sofía. «¿Te creés que a mí no me pasa lo mismo?» Rímimi sintió algún alivio.

Giró apenas y empezó a mirarla de a poco, como si quisiera familiarizarse despacio con lo que vería. «Pero tenemos que hacer algo, Rímini. Vos solo no podés; yo tampoco. Tenemos que hacer algo los dos. Aunque sea lo último. Por favor. No me dejes sola con este muerto. Me voy a volver loca.»

«Soy yo. Son las seis y media: hace una hora que tendrías que haber llegado. Estoy preocupada, Rímini. ¿Hola? ¿Hola? No estás ahí... Bueno, no sé. Te estoy esperando. Llamame, por favor. A cualquier hora. Me quedo en el estudio...» Rímini estiró una mano para bajar el volumen del contestador y en el camino, arrebatado por una especie de ráfaga que soplaba dentro de su cuerpo, chocó contra una esquina del escritorio y derribó una botella de agua mineral, un portalápices de acrílico, una pila de libros. La voz de Sofía se empequeñeció hasta desaparecer del todo, como tragada por un pozo muy profundo. Mientras ordenaba el desastre —el tercero del día: comparado con los otros dos, un accidente menor—, Rímini tuvo la impresión de que sentía algo parecido a la culpa, pero lo sentía de un modo remoto, apaciguado por la lejanía, del mismo modo en que la piel, cuando está anestesiada, reduce el dolor de una incisión a un cosquilleo superfluo. Más que sentirla, en realidad, la registraba. La cocaína lo convertía en una máquina de registrar, ubicua y vigilante, como un radar o una de esas cámaras de televisión que miran sin ver durante días una playa de estacionamiento. Y si pensaba en la culpa era casi por reflejo, simplemente por fidelidad a la experiencia, no porque reconociera en él sus efectos morales. La consideraba como una idea, una construcción intelectual, como si la viera desollada detrás de un vidrio, en un museo, privada por completo de cualquier capacidad de afectarlo.

No había tenido ninguna intención de dejarla plantada. Pero ya no necesitaba intenciones para hacer las cosas. Y ahora, que descubría que efectivamente lo había hecho, pensaba: «Claro. ¿Cómo hubiera podido ir?» Todo le parecía ajeno y fatal, como escrito en un libro que no había leído, y esa fatalidad era el lecho suave y mullido en el que había aprendido a descansar su cuerpo maltrecho. Todo lo que sucedía —todo lo que no le importaba: todo *menos* traducir y, en los últimos diez días, recibir las visitas de Vera—, sucedía en algún otro plano, una dimensión paralela de paredes acolchadas, insonorizada, donde los acontecimientos, más que producirse, se representaban con

languidez ante un público aburrido. Rímini entraba a ese teatrillo desierto, hacía que husmeaba y se iba, y esa fugaz concesión al mundo de los hechos se le aparecía después, cuando se inclinaba sobre los libros y reanudaba su trabajo, como una distracción imperdonable.

Hacía apenas una semana que había empezado a drogarse, pero ya la vida se le presentaba como una batalla sin matices. Sólo quería traducir. El resto – lavarse los dientes, comer, salir, hablar por teléfono, vestirse, ver gente, abrirle la puerta al fumigador– eran obstáculos, interferencias, tentativas de sabotaje. En una semana, como si su encuentro con la droga no hubiera sido una novedad, el principio de algo, sino más bien la coronación de un proceso largo pero imperceptible, Rímini lo había aprendido prácticamente todo. Hablaba con su vendedor con soltura, en el idioma neutro y sin acentos que manejan las transacciones, lejos de la jerga que sólo hablan, para convencer y convencerse de que están incluidos, los excluidos de la práctica de la droga. Llamaba y decía: «Hola, soy Rímini. ¿Puedo pasar?» Eso era todo. Jamás se le ocurría nombrar la cocaína por teléfono, tentación irreprimible de los advenedizos que, excitados más por el peligro que por el polvo, multiplican sinónimos y alias para congraciarse con los vendedores y desconcertar, de paso, a los oídos policiales supuestamente apostados en la línea. Era discreto y rápido. Pagaba exactamente lo que compraba. Tenía un único lema: no deber. La primera vez que compró terminó de picar las piedritas y armó las líneas con una rapidez profesional, y sólo se detuvo un instante cuando, al zambullirse sobre el vidrio para aspirar la primera raya, vio unas manchas de colores y luego un color de piel y luego algo que parecía una boca, un rostro que trataba desesperadamente de formarse debajo del suyo, que se reflejaba en el vidrio, y por fin se dio cuenta de que la bandeja en la que había armado las rayas de droga era una foto enmarcada de Sofía, el único retrato que había conseguido burlar el cierre masivo de sus fronteras. Eran las once de la mañana, Rímini todavía estaba sobrio, pero la simultaneidad de la aparición del retrato de Sofía y su debut en la cocaína, comprada con su propio dinero a un vendedor que acababa de incluirlo en su nómina de clientes –ese hecho fortuito, que en otro momento lo habría inducido a considerar las cosas desde un punto de vista sentimental, psicológico o simplemente histórico–, ya aparecía sin embargo determinado por la lógica misma de la droga, que lo cortaba en dos mitades para desechar una, el sentido del hecho, por irrelevante, y quedarse con la otra, el hecho, por su mera eficacia de hecho: el vidrio era grande, limpio, perfecto; seis rayas cabían sin molestarse.

Todo había sido vertiginoso: la aparición de Vera, la droga, las traducciones: en quince días, esa miriada de posibilidades que la vida de Rímini

había sido desde su separación de Sofía había precipitado en un fondo denso, compacto, extraordinariamente concentrado, donde todas las promesas que antes creía reconocer, lanzadas desde el porvenir, eran traducidas al lenguaje ensimismado de un presente que nunca terminaba de pasar. Quince días antes salía a la calle con una excitación voraz, como quien entra a un parque de diversiones para jugar a todos los juegos a la vez, y, no importa lo que el día le ofreciera, ese entusiasmo lo alimentaba durante horas, al punto incluso de ahogarlo, hasta que volvía y se encerraba en Las Heras y recapitulaba no lo que le había sucedido, porque el inventario de hechos, variable de un día al otro, era contingente, sino todo lo que habría podido sucederle, inventario fatalmente infinito y por lo tanto esencial, y que él se había dado el lujo de dejar pasar. Ahora ya nada era posible: todo era actual. Tomaba un papel de cocaína por día, a veces dos. Veía a Vera día por medio. Traducía tres libros al mismo tiempo, para tres editoriales distintas, a un ritmo de cuarenta páginas diarias. Ya no se ahogaba: era un obrero feliz.

Vera, en cambio, era joven y arisca. Cuando la vio por primera vez, un viernes por la tarde, veinticuatro horas antes de entrar en la cocaína, estaba sola, hablando por un teléfono inalámbrico que sostenía entre la mejilla y el hombro, dando zancadas enérgicas del otro lado de la vidriera del negocio en el que trabajaba. Un animal, pensó Rímimi: un animal preso en una jaula de vidrio, recién robado de una selva a la que nunca volvería, tratando de respirar un aire extranjero. Se acercó a la vidriera, fingió desear una repugnante pulsera de caracoles y estuvo contemplándola unos minutos con la punta de la nariz pegada contra el cristal, mientras su profética imaginación iba encadenando las fases de una escena completamente imposible: él, Rímimi, humillado de antemano, entrando al local, moviéndose con torpeza en esos diez metros cuadrados de alfombra, lámparas dicróicas y estantes de falso mármol, rumiando las primeras palabras que diría y casi en un ataque de pánico, como un ajedrecista mal preparado, luchando por prever las que ella le contestaría, todo para llegar por fin al consuelo de un diálogo trivial y una transacción insensata, al cabo de lo cual la chica volvería a marcar el mismo número con el que discutía antes y Rímimi se desvanecería como una exhalación, con los bolsillos empobrecidos y un sobrecito de repugnante papel dorado con el premio de su osadía en la mano, el anillo de rodocrosita, o el amuleto de ónix, o la clave de sol de peltre que un mendigo con olfato encontraría más tarde al explorar la basura de la galería.

Jamás había cometido esa locura: hablar con una mujer de la que lo ignorara todo. Para dar cualquier paso exigía un prólogo, un mínimo stock de pasado común, algún contexto que le sirviera de preparación y de amparo.

Pero el peltre, la rodocrosita y el huevo de ónix se borronearon en un manchón ciego y Rímimi alzó apenas los ojos y la miró –Vera giraba una y otra vez, como si esquivara golpes o los lanzara, el teléfono siempre calzado entre el hombro y la cara–, y en un momento, uno de los pocos en que pudo verla bien, descubrió la ve corta que el pelo le dibujaba en la frente y se decidió a entrar. Todo le resultó hostil: el calor, la proximidad con las cosas, la peculiar hospitalidad de las artesanías (el lomo dentado de un dinosaurio de vidrio casi le corta un dedo, y por salvar a un hipocampo en peligro estuvo a punto de tirar al piso un caserío peruano de cerámica) y, sobre todo, su propia falta de sentido de la oportunidad. Vera hablaba por teléfono, se peleaba por teléfono con alguien cuyo nombre, mordido, llegaba a los oídos de Rímimi de un modo irreconocible, bajaba la voz y volvía a alzarla en súbitas exclamaciones de escándalo, se encogía, como preservando de la mirada de Rímimi su pequeño litigio privado, y gesticulaba, y cada tanto entraba en unos paréntesis de helada lucidez y reclamaba detalles a propósito de una escena confusa, exigía horas, lugares, nombres de testigos, duraciones, y repetía con ira cada respuesta que le daban, como si al escucharlas de su propia boca terminara de convencerse de que eran falsas. Una sola vez, distraídos por un vendedor que se asomó para ofrecerle café, sus ojos barrieron rápidamente el local, se toparon con la cara intimidada de Rímimi y la atravesaron como si fuera de cristal. Rímimi creyó ver que eran verdes y resistió. Dio otra vuelta, dudó entre un apagacigarrillos de piedra y un portalápices de mimbre –¿por qué todo lo que veía en el local tenía un nombre compuesto? «¿Te creés que soy idiota?», gritaba Vera al teléfono. «¿Que no tengo ojos, que no veo, que no oigo?» Se preguntó por qué seguía quedándose. ¿Para humillarla? Un poco sofocado, miró hacia afuera: apoyada contra el marco de la puerta del negocio de enfrente –una feria de ropa hindú–, una mujer lo miró con desconfianza mientras se limaba las uñas. «¿Más pruebas?», oyó. «¿Qué? ¿Querés que te haga seguir? ¿Querés fotos, como en las películas? ¿Fotos tuyas cogiendo? ¿Con esa conchudita?» Rímimi, de espaldas, oyó cómo la voz se quedaba sin aire. «Miserable. Sos un miserable. Desaparecé de mi vida. Quiero verte muerto.» Vera lloraba. «No», agregó, «ni siquiera eso: no quiero verte más. Ni siquiera muerto.» Rímimi oyó un golpe sordo sobre la alfombra y se volvió. Vio el teléfono en el piso, con la lucecita verde todavía prendida, y a Vera que lloraba inmóvil, sin ruido, como una imagen de cine a la que le hubieran quitado el sonido. Mientras avanzaba hacia ella, Rímimi vio unas manchitas rojizas que tomaban posición en sus mejillas pálidas. Le pareció tan bella que estuvo a punto de ponerse a llorar, él también. «Cuánto..., cuánto es?» Vera desvió los ojos del pecho de Rímimi, donde habían quedado fijados, y los clavó en el portalápices. Dejó de llorar en el acto; Rímimi hubiera jurado que

las lágrimas volvían a subir por su cara para reabsorberse en sus lagrimales, como si viera toda la secuencia proyectada al revés. «Nada: es gratis», dijo ella. «Llévatelo.» Abrió un cajoncito del mostrador, sacó los pocos billetes chicos que había, los metió en una cartera transparente y, antes de irse, le dijo: «Llévate lo que quieras.»

Diez minutos más tarde, en el bar donde la descubrió, sentada en la mesa más inhóspita y de espaldas al mundo, como si cumpliera con una penitencia, Rímini se detuvo a su lado y le entregó el manojo de llaves con las que había cerrado la puerta del negocio. «Te las olvidaste puestas», explicó como disculpándose. Ella arrastró las llaves sobre la mesa y las dejó caer en la cartera. Después vació de un trago su vaso —coñac, pensó él, o alguno de esos licores anónimos que sólo existen cuando todos los demás se han acabado, para emborrachar a gente desesperada—, dijo «Pero...», como si encadenara la frase con un párrafo anterior, del que Rímini no había sido testigo y que ya llevaba, según le pareció, días, meses o años enteros transcurriendo en silencio dentro de su cabeza, y se puso a hablar y habló sin parar, durante media hora. Rímini la escuchó sin decir una palabra, primero de pie junto a la mesa, cambiando cada tanto el punto de apoyo de su cuerpo, después, aprovechando la parada en la que ella, con una voz frágil y mendicante que no parecía la suya, pidió que volvieran a llenarle el vaso, sentado a su lado, mirando la blancura de sus manos infantiles y sus cutículas despellejadas. La oyó reconstruir como en sueños un calvario atroz, salpicado de señales, avisos menospreciados, evidencias que había dejado pasar como una idiota y que ahora evocaba y volvía a desplegar como quien dispone sobre un paño las piezas de un juego, un juego cuyas reglas ignoraba y que jugó igual y que perdió y que ahora, que ya no tiene secretos para ella, pretende revivir con el único propósito de confirmarse que tenía razón, que todo estaba perdido desde el principio. Rímini estaba ahí, muy cerca de ella (el roce casual de los dos antebrazos le había erizado la piel), pero no se hacía ilusiones: Vera no le hablaba a él; hablaba *ante* él, esa instancia abstracta e ideal ante la que comparece el que alega en una corte, y en la precisión con que recuperaba cada detalle del pasado había menos despecho que una especie de objetividad terca, insobornable, mucho más jurídica que sentimental. Era de una lucidez extraordinaria. Recordaba todo: llegadas tarde, cambios de ropa, marcas en el cuello, explicaciones contradictorias, el perfume de un baño reciente, citas canceladas a último momento, nombres nuevos pronunciados con un tono casual, páginas arrancadas de la agenda, y con todos esos signos que repatriaba sin emoción iba tejiendo su telaraña, avanzaba sobre el canalla que los había emitido y lo envolvía, enfrentándolo con la verdad desnuda de la traición. Rímini sintió una

especie de vértigo, como si de golpe se descubriera en el aire, suspendido de un hilo muy fino; se debatió o hizo que se debatía unos segundos y en el primer descuido aprovechó y le propuso que se vieran esa misma noche. Ella dejó de hablar y lo miró parpadeando rápido, varias veces, como si la niebla que hasta entonces le velaba los ojos se hubiera disipado bruscamente y recién ahora pudiera verlo. Él la miró sonreír. Le pareció que rejuvenecía y se volvía tímida, friolenta, asustadiza. «Perdóname un minuto», dijo Vera de golpe, y, parpadeando otra vez, inclinó la cabeza hacia adelante y se llevó las dos manos a la cara. Rímimi desvió los ojos, como negándose a asistir a otra escena privada. Al cabo de unos segundos, cuando quiso volver a mirarla, algo lo tomó de sorpresa, como si durante ese breve intervalo de pudor una especie de ilusión óptica, sutil pero eficaz, se hubiera corregido. No supo qué hacer, a qué atribuir su extrañeza. No había cambios visibles pero todo era distinto, como en las series fantásticas que habían atormentado su infancia. Pero logró vencer la aprensión, la miró bien, y casi al mismo tiempo que notaba la diminuta lente brillando en la yema de uno de sus dedos, descubrió que el iris verde de su ojo derecho ya no era verde sino ámbar.

Pero la ve corta del pelo en la frente era auténtica. Por lo demás, Rímimi había sucumbido a algo mucho menos falsificable que un color de ojos: el acorralamiento, la prisión, el tormento delicioso y casi exótico de los celos. Cuánto habría pagado por ser capaz de despertar ese interés insomne, por ser el blanco de esas avalanchas de furor. Qué no habría dado por estar en el corazón de la telaraña, viendo cómo la sombra de Vera se le acercaba lentamente para vengarse. Esa noche, en casa de Sergio, mientras Vera, como un naufrago entre nativos ruidosos, lo buscaba con desesperación en un tumulto de rostros desconocidos, Rímimi, un poco tambaleante, se encerraba en el baño y, con una destreza insólita para un novato, además borracho, aprendida en parte de todas las versiones de la escena que había visto en el cine y en parte, también, de la escuela sigilosa que forman los deseos que desconocemos que tenemos, que poco a poco nos inoculan el saber que recién pondremos en práctica mucho más tarde, cuando por fin salgan a la superficie, arrasaba con un par de inhalaciones decididas las dos rayas que un hombre acababa de peinar sobre el mármol negro de la mesada del lavatorio. Rímimi se incorporó de un golpe, arrebatado por el impulso de la última inhalación, y sintió que todo el cuerpo se le dilataba, como estremecido por una ración suplementaria de sangre. Recién después, disipado el estallido de lucidez que acababa de enceguecerlo, miró a su alrededor y vio que además del hombre que había armado las rayas había una chica. Tuvo la impresión de que el baño era muy chico o ellos eran demasiado grandes y que nadie podría moverse sin

tocar al otro. Estaban tan cerca que Rímini llegó a ver, mientras la chica se inclinaba sobre el mármol para tomar su ración, la cicatriz redonda, del tamaño de una lágrima, que brillaba en la base de su nuca como un diamante entre dos hebras de pelo. Rímini no salía de su asombro. Esa intimidad con desconocidos, que en otro momento le habría resultado intolerable, ahora sólo le daba protección y calma. Estaba tan disponible como antes, pensó, pero esas caras sin nombre que tenía enfrente eran también su límite, una especie de horizonte dentro del horizonte, menor, más portátil, que de algún modo apaciguaba su vértigo y su miedo. El hombre deslizó un dedo sobre el mármol y limpió los restos de polvo. Abrió la canilla y empezó a lavarse las manos. «¿Vos no tomás?», le preguntó Rímini. «No», contestó, mientras se ponía de perfil y se examinaba en el espejo: «Me cae mal.» Rímini lo miró de reojo, un poco amedrentado. No, no había ninguna clase de intimidad con él: si Rímini y la chica eran planos, el hombre era tridimensional, o viceversa. Sergio se lo había presentado un poco al pasar, sin darle importancia o disimulando. «Un amigo de...», dijo. Rímini olvidó su nombre y el del amigo, pero a lo largo de la noche tropezó una o dos veces con él y no pudo evitar observarlo con alguna sospecha. Le llamaba la atención la distancia que parecía separarlo de los demás, la sobriedad desapegada con que se movía en la fiesta, siempre solo, con un vaso de agua mineral en la mano, y cómo unos minutos después, locuaz, encendido, pasaba a ser el centro de atracción de los mismos invitados que lo habían ignorado. No flotaba en la misma dimensión que los demás sino en una un poco superior, controlada y eficiente, una dimensión que Rímini, a veinte centímetros de él, en el baño, por alguna razón imaginaba como un gran gimnasio ensordecido de música, poblado de gente como él, vestida de negro, que no paraba de sudar, de templar frenéticamente sus músculos, de entrenarse. «Salgan ustedes primero», oyó que les decía, y Rímini sintió su voz como una mano pesada pero amistosa que se le posaba en un hombro.

Salieron —primero la chica, con el lápiz de labios todavía en la mano, después Rímini, que dio dos pasos y, como asomando a la superficie después de nadar en el fondo de una pileta helada, completamente reparadora, sintió el impulso de abrazar a las cincuenta o sesenta personas que bailaban en la penumbra. Vera, alta y huérfana, estaba a punto de abandonar su búsqueda cuando dio vuelta la cara y lo vio saliendo del baño, precedido por la chica pelirroja que se retocaba los labios a ciegas. Todo sucedió demasiado rápido. Rímini no la reconoció o fue reconociéndola de a poco, por partes, según el ritmo con que la luz estroboscópica desmenuzaba su huida. Vio primero unos ojos que se clavaban en él y pensó que *podía* ser ella, pero cuando la buscó ya había desaparecido. Vio el contorno de un cuerpo desplazarse hacia la puerta,

pero cuando creyó reconocer el pelo, la vincha, el envi6n un poco deportivo con que se abría paso entre la gente, algo se interpuso entre la imagen y 6l, un idiota que meneaba las caderas, y volvi6 a perderla. Veía todo con nitidez, pero sólo podía leerlo con un segundo de demora, como esas películas en las que el sonido llega un poco más tarde que la imagen, de modo que cuando creía estar seguro de que era ella, ella ya no estaba ahí para confirmárselo. Vio brillar una cartera blanca junto a la puerta, vio la puerta entreabierta y, después, casi enseguida, una mano que la cerraba con dos vueltas de llave. Pero todo eso que vio recién supo que lo había visto diez o quince minutos más tarde, cuando, después de buscarla por toda la casa, irrumpió en el cuarto de los abrigos y Sergio, asomando la cabeza entre camperas, le dijo que le parecía haberla visto irse.

Al día siguiente, después de una serie de llamados inútiles, Rímini por fin la localizó. «Rápido, por favor: estaba saliendo», le dijo ella, envuelta en un frenesí de llaves. Tenía una ira altiva y ensimismada, de esas que necesitan autoalimentarse continuamente para no derrumbarse. Rímini le preguntó por qué se había ido así. «¿Por qué? ¿Así?», dijo ella. Tenía un oído fino, como todo enfermo de celos, y lo usaba más que nada como un resaltador de la crueldad ajena, para hacer brillar las causas de su sufrimiento en las palabras del que acababa de infligírselo. «Sí», insistió 6l, «por qué, así», pero cuando quiso seguir tuvo la impresión de que un ejército avanzaba hacia 6l por la línea del teléfono. Oyó una observación criminal sobre las pelirrojas, otra, tan obscena que lo ruborizó, sobre el nivel del atraso de las empresas de cosméticos, que seguían sin poder fabricar lápices de labios a prueba de eyaculaciones, y después, enseguida la descripción fría, casi hastiada, del complot evidente que Rímini había orquestado con la complicidad de Sergio para ponerla en ridículo. «Pero ¡si no la conocía!», protestó Rímini. «No la conocías. ¡Peor!», gritó Vera, «mucho peor!» y le cortó. Rímini volvi6 a llamarla una, tres, diez veces, y a cada llamada dejaba que el teléfono sonara un poco más, como si la duración de los timbres encerrara alguna clave amorosa. Estaba seguro de que Vera seguía ahí, junto al teléfono, y la satisfacción que podía imaginar que sentía ella — el goce de dejarlo llamando solo o el de verlo, gracias a esa especie de videncia que proporcionaba el despacho, marcando inútilmente el mismo una y otra vez — multiplicaba de manera incalculable la que sentía 6l, solo, indefenso, ya atrapado en la telaraña del amor.

Vera nunca atendió. Rímini logró dar con ella a la nohcecita, recién vuelto de su primera excursión de comprador. Tenía en una mano el papel y en la otra el tubo del teléfono. Temblaba. Nunca le había parecido tan evidente hasta qué punto el entusiasmo está hecho de terror, del terror puro, vulgar, que

hace temblar, que moja las palmas de las manos y reseca la boca. Se puso el tubo entre el hombro y el pómulo, como la había visto hacer a Vera en el negocio, y empezó a marcar el número mientras usaba la otra mano para desplegar cuidadosamente el papel. Vera contestó enseguida. Parecía deprimida, sedada o quizá las dos cosas. Rímini la imaginó recostada en una cama sin hacer, con las persianas bajas y el televisor prendido sin volumen, rodeada de platos con restos de comida y ceniceros sucios. Hablaron largamente. Vera tradujo su alegato del mediodía al idioma civilizado de la fatalidad. Había pasado el tiempo: eso era todo; la conversación no había cambiado. Rímini, calificado de «sexópata de baño», se descubría un talento para la promiscuidad que jamás había sospechado que tuviera, y también descubría, sonriendo como ante un milagro, que la materia prima del amor no tenía por qué ser una creencia compartida, incondicional y continua; podía ser exactamente lo contrario: la incredulidad radical, la desconfianza, el recelo. Se rió y negó todo. Vera aceptó sus razones con el único propósito de pasar a otra cosa, pero debajo de su docilidad Rímini, que, como todo blanco de celos, también empezaba a afinar su oído, a sincronizarlo con las frecuencias casi inaudibles en que transcurren las ruminaciones de los celosos, seguía detectando las escaramuzas de la sospecha. «Esperá», tuvo que decirle en un momento. Dejó de hablar, como doblado por un dolor. Pero no era exactamente un dolor sino algo más desconocido: era como si lo hubiesen despellejado, y el contacto entre él y todo lo que estaba afuera de él —la voz de Vera en primer lugar— se efectuara sin mediación, directamente, como el contacto entre dos organismos en carne viva. Se quedó unos segundos quieto, con los ojos cerrados. Después, tapando el tubo con una mano, se inclinó sobre el rostro joven y bronceado de Sofía y aspiró la larga raya que había armado. «No estás con alguien, ¿no?», le preguntó Vera cuando volvió a oírlo. Rímini no tuvo problemas en tranquilizarla. Envalentonado por la droga, cuyos efectos, quizá por ser la primera dosis que compraba, le parecían esta vez mucho más intensos que la noche anterior, habló mucho, mucho y con una rara precisión, atento al menor matiz, como si quisiera *ocupar* con sus palabras todos los pequeños abismos que la incertidumbre abría en Vera. No era muy consciente de lo que decía, pero algo en él que no era su voluntad, ni su sentido de la prudencia, sino tal vez una mezcla de devoción amorosa, cinismo y control, exactamente el tipo de elementos diversos que la cocaína se especializa en amalgamar, a tal punto que, una vez amalgamados, nadie diría que podrían existir separados —algo le dictaba dónde apoyar los pies, dónde hacer presión y dónde ceder, cuándo tomar la iniciativa, qué declarar y qué ocultar, y a medida que hablaba, maravillado, Rímini iba confirmando en el

silencio de Vera la eficacia extraordinaria de sus palabras. Como el guardavidas que devuelve la costa a un bañista demasiado aventurado, salvándolo de ahogarse pero también neutralizando los golpes, los pataleos, la resistencia que su inconsciencia o su vergüenza le oponen, Rímini fue repatriándola del remolino de odio en el que se debatía y acercándola a esa franja intermedia, que ya no es mar abierto pero tampoco, todavía, la tierra firme de la costa, donde los celos, cansados de ser feroces, vuelven a la matriz de la que alguna vez los desterró el rencor: la matriz del desamparo. Entonces, cuando después de monologar largamente volvió a oírla, ya no hostil sino trémula, indefensa, como alguien que, enterado del desastre que acaba de ocasionar, se niega a reconocer del todo su responsabilidad pero evita mostrarse en público, y ella, con un hilo de voz, primero le preguntó y luego le pidió, le *exigió*, con esa calidad conmovedora que tienen las exigencias formuladas en condiciones de extrema debilidad, que, en el caso de que deseara a otra mujer, de que *hubiera* otra mujer, se lo dijera sin rodeos, porque, como dijo, lo que le resultaba intolerable no eran la traición ni el abandono sino la ignorancia, no saber — entonces Rímini dijo que sí, prometió y juró que sí, que se lo diría, aunque dudaba que eso pudiera suceder, y tuvo la certeza de que su vida realmente había empezado a cambiar.

Al poco tiempo, cuando, alarmados por la frecuencia con que se veían, empezaban a experimentar cada uno por su lado, sin consultarse, esa peculiar avidez que distingue a las relaciones promisorias de las efímeras, y que es menos una impresión sentimental que un efecto físico, parecido al que deben de sentir los pulmones cuando, después de un intervalo de ahogo, vuelven a recibir una inyección de aire, Rímini pudo comprobar hasta qué punto las palabras *dichas*, que para cualquier enamorado, por comprometidas que sean, siempre retienen una dosis de levedad que les permite cambiar, sufrir correcciones, incluso contradecirse, sin hacer zozobrar el contrato amoroso en el cual fueron proferidas — hasta qué punto para el celoso, sobre todo cuando aluden a la hipótesis del engaño, corazón último del drama, son graves, lapidarias, y no pertenecen tanto a la dimensión aérea del amor como a esa otra, tan familiar para el celoso, tan desconcertante para todos los demás, que es la dimensión legal, suerte de «derecho de amor» en el que toda promesa es un juramento y toda declaración un compromiso.

Un día se encontraron por casualidad, cerca de Las Fieras. Durante unos segundos no supieron muy bien qué hacer. Eran las dos de la tarde: salvo el día en que se conocieron, nunca antes se habían visto a la luz del sol. Se miraban como dos personas que trabajan juntas y se encuentran por primera vez sin uniforme, con ropa de calle. Además, unas horas antes, por teléfono, habían

quedado en que Vera pasaría por lo de Rímini al anochecer, lo que lo confundía todo un poco más. ¿Qué hacer? ¿Mantener la cita original y despedirse hasta más tarde? ¿Unir el encuentro casual con la cita? ¿Y si descubrían que el amor era sólo una ilusión nocturna? Pero los dos estaban famélicos, y cuando se quedaron en silencio, intimidados, como si estuvieran desnudos, el estómago de él emitió un ruidito en espiral, nítido como los de los dibujos animados, y el de Vera le hizo eco, y los dos se rieron y desviaron los ojos en la misma dirección. Descubrieron, con ese asombro lunático, totalmente desproporcionado, con que las personas ensimismadas descubren de golpe que están en el sitio donde era obvio que estarían, que estaban junto a una rotisería. Compraron comida, mucha, raciones como para una larga reclusión que iban pidiendo por turnos, primero él, después ella, menos pensando en que tendrían que comerlas diez minutos más tarde que en desplegar ante el otro el repertorio ilustrado de sus gustos personales, y subieron a lo de Rímini, y mientras Rímini desparramaba las pequeñas bandejas de cartón en la cocina, Vera, gritándole de el living, le pidió permiso para poner música. Una canción había estado hostigándola toda la mañana. Quería oírla con quería saber si le gustaba. «Poné lo que quieras», dijo Rímini. Ocupado en organizar el almuerzo, sintió que Vera seguía hablándole pero su voz empezaba a perderse, como si se alejara. Abrió la heladera, buscó todo lo que sabía que no tenía y volvió a cerrarla de un golpe. «Pensé que tenía mostaza...», se disculpó en voz alta. «O mayonesa... O ketchup... O manteca...», iba diciendo, a medias para sí, a medias para Vera, como exhibiendo el espectáculo de su desazón, mientras lavaba de urgencia dos vasos y vacilaba entre usar un cuchillo de plástico –botín de algún vuelo de cabotaje– y cortar con el tenedor. «No te dejes impresionar por el lujo...», dijo. Le pareció entonces que su voz había sonado demasiado *sola*. Se quedó quieto, escuchando. No se oía nada: ni música, ni pasos, nada. Una ráfaga de terror lo sacudió. Recapituló a toda velocidad: había bajado a la calle en pleno trabajo, pensando que volvería pronto, sin compañía; acababa de inaugurar su papel del día; no había tomado ninguna precaución –dejó la bandeja en el living y fue en puntas de pie hasta el cuarto donde trabajaba: Vera estaba de pie ante el escritorio, completamente inmóvil. Rímini se acercó despacio. Estaba muy pálida, pero ya una manchita roja atacaba una mejilla y otra el mentón. No parpadeaba; de tanto apretarla, la correa de la cartera le cavaba unos surcos rojos en la mano. «¿Quién es?», preguntó por fin con una voz de ultratumba. Rímini vio el retrato sobre el diccionario, haciendo de señalador; vio primero los rastros de cocaína dispersos, como vestigios de nubes, y sólo después tropezó con el primer plano radiante de Sofía, el mechón de pelo atravesado sobre el ojo izquierdo, la trama

azul del cielo, el vértice de la bandera roja asomando por un costado, el lunar en el hombro derecho...

Había que actuar rápido. Rímimi pesó y contrapesó razones y decidió pasar a Sofía a la clandestinidad —precisamente la opción que en su debate mental había descartado. ¿Por qué? ¿Por qué —si estaba seguro de que la historia había terminado y Sofía ya no representaba una amenaza? Y sin embargo, apenas la tomó, Rímimi experimentó una satisfacción inmediata, como si la decisión, pese a su irracionalidad, o quizá a causa de ella, hubiera encajado perfectamente en el molde de la incertidumbre que había empezado a asediado en los últimos tiempos. Hasta ese momento no había hecho más que postergarla, con la esperanza de que una política disuasiva desalentaría en Sofía cualquier ilusión. Ahora, de golpe, todo había cambiado. Ahora *borraría* a Sofía de su vida. Vera sería su Causa —Vera, cuyos celos, por perturbadores que fueran, no hacían sino corroborar uno de los pocos principios que Rímimi reconocía en su vida sentimental: no es de muerte natural como muere un amor genuino, sino bañado en sangre, bajo los golpes que le asesta otro no necesariamente genuino —porque allí las leyes del amor, ciegas a los títulos de nobleza, no tienen ninguna misericordia—pero sí oportuno y, sobre todo, impulsado por esa crueldad entusiasta que anima a todas las emociones jóvenes.

Los días, la cocaína, las horas absortas en las traducciones y las visitas de Vera hicieron el resto. La extirpación, al principio brutal, no tardó en volverse cotidiana. Sofía llamaba y Rímimi la dejaba hablando en la cinta de su contestador automático, lanzando preguntas y reproches para una posteridad imposible. Más adelante, al ver que no cedía, decidió poner en cero el volumen del aparato. Recopilaba los llamados del día a las dos o tres de la mañana, cuando Vera dormía atravesada en su cama y él, insomne por la droga, se ponía a traducir otra vez. Apenas detectaba la voz de Sofía, apretaba la tecla de *forward* y pasaba al mensaje siguiente. Casi ni tenía que escucharla para saber que era ella; le bastaba con reconocer el silencio que inauguraba todos sus mensajes, ese vacío tenso y desalentado —Rímimi podía oír cómo contenía la respiración— en el que Sofía, contrariada por el hecho de tener que hablar por enésima vez con la máquina, revisaba el mensaje que había preparado, con sus proporciones equilibradas de gravedad y ligereza, y decidía reemplazarlo por los lamentos desvalidos que finalmente dejaba grabados en la cinta. Las fotos, las fotos. Siempre terminaba volviendo a las fotos. Se enfurecía, y su cólera, directa y reactiva, tenía toda la inmediatez del dolor. Pero también probaba dejando mensajes de serena madurez; decía entender perfectamente la desaprensión de Rímimi —porque ella también, *si quería*, podía actuar como él:

no le costaba nada— y le concedía los mismos márgenes de gracia que las madres conceden a sus hijos adolescentes cuando los sorprenden en flagrante delito. Ella también, *sí quería*, podía desentenderse de todo: le bastaba con saber que alguien que no era ella estaba ocupándose de todo. Pero la comprensión don que exige respuesta. Si no produce alguna forma de intercambio se extingue sin remedio, y cuando se extingue, en el mismo suelo donde antes florecía la tolerancia, nace la dureza seca y árida de la guerra. «Hola, soy yo otra vez. Veo que no estás otra vez. Me hacés el favor de llamarme. Tenemos asuntos pendientes. Hoy voy a estar en casa entre siete y nueve, nueve y media. No, siete y nueve. Tenés dos horas.» Concisión, idioma telegráfico, el grado cero de la emoción —todo teñido del fastidio menor, indigno, que produce un contratiempo completamente superfluo. Pero «asuntos pendientes» era demasiado general, demasiado vago: nadie comparecía por unos «asuntos pendientes». Las fotos, en cambio, justificaban una citación: tenían un carácter material, eran un capital, un bien, podían dividirse y cambiar de manos. Rímini siempre podía no comparecer, como de hecho hacía, pero cada vez que faltaba a la cita ponía en evidencia el carácter interesado y arbitrario de su decisión, y su falta de respuesta ya no era el ejercicio de un derecho sino un desacato injustificable. Rímini sabía que estaba en deuda, pero ¿qué podía hacer? Nadie interrumpía una cirugía por la mitad. Había que seguir, aunque seguir fuera mancharse de sangre, de la vieja sangre conocida, y la cosa extirpada también siguiera allí, en alguna parte, recordándole su monstruoso crimen. Y además estaba Vera. Si una sola foto de Sofía la había puesto al borde de la catatonía, ¿qué no harían con ella las mil que todavía esperaban su turno? ¿Y cómo haría para soportar la larga tarde de intimidad desgarrada en la que Rímini y Sofía se las repartirían? Una foto era la diferencia absoluta, el umbral que separaba la felicidad del infierno.

Esa tarde, la tarde del encuentro casual, la de la foto, Rímini probó aplacar el llanto de Vera con un resumen de su pasado con Sofía, una sinopsis seca, sin carne, sin alma, sin emoción. Pero sólo lo consiguió con una promesa: deshacerse del retrato. Vera no dejó de llorar, pero alzó los ojos y lo miró por primera vez en mucho tiempo. Rímini le repitió la promesa silabeándola, como si hablara con una extranjera. Vera moqueó, sacudió la cabeza, se apretó el pañuelo —el mismo que usaba desde los seis años— contra la nariz enrojecida. «No-te-cre-o», dijo entre hipos. «Te lo juro», dijo él, y le despegó una larga hebra de pelo húmedo de un pómulo. Vera reprimió un sollozo tardío: «, Harías eso?» «Claro», dijo él. Una especie de éxtasis lo inundó; sintió que estaba a punto de desmayarse. «¿Ahora?», dijo ella.

El retrato siguió ahí, pero ya no tuvo una vida sino dos: una vida diurna y

útil en el escritorio, entre libros y diccionarios, que Rímini renovaba cada vez que vertía los pequeños montículos de polvo blanco sobre el vidrio; una vida nocturna, estéril, sofocante, que empezaba puntualmente a las siete de la tarde, cuando Vera tocaba el portero eléctrico y Rímini, antes incluso de atender, se apuraba para disimularlo entre las páginas de algún libro particularmente ilegible y extraviaba el libro en el lugar más inaccesible de la biblioteca. Y sin embargo Rímini se había deshecho de él. La prueba es que esa tarde, mientras rodaban vestidos sobre la cama y caían y hacían el amor en el piso, enardecidos por la resistencia que les oponía la ropa, como si los cierres relámpago, las camisas, los bordes elásticos de la bombacha, el broche del corpiño, los pantalones, todos esos obstáculos textiles les hubieran devuelto una especie de ferocidad torpe y virginal, el retrato de Sofía boqueaba en el tacho de basura de la cocina. Allí lo descubrió Rímini media hora más tarde, cuando, después de despedir a Vera, todavía temblando, entró a la cocina para tomar algo y al abrir la heladera golpeó con la puerta el tacho y lo volcó, y entre la selva de cáscaras de fruta y hojas de lechuga y papeles vio asomar una punta brillante y dura. Recién un poco después llegó a la idea de que era el retrato. Lo primero que percibió, en realidad, fue una incongruencia escandalosa: el contraste de la imagen —el vidrio y los restos de comida, el marco de metal y la basura, el rostro impreso a todo color y la descomposición orgánica— tenía algo monstruoso, como de pesadilla. Reprimiendo una náusea, Rímini rescató la foto enseguida, como si una demora de segundos pudiera comprometer su supervivencia. No, no la había salvado por una cuestión de afecto ni de fidelidad, sino más bien para corregir esa especie de aberración casual; pero si después, cuando Rímini reconoció que en efecto era el retrato, decidió conservarlo, desafiando por partida doble el joven equilibrio que había reestablecido en su relación con Vera, primero porque al conservar la foto preservaba la posibilidad de lastimarla, segundo y principal porque violaba secretamente el compromiso que acababa de asumir ante ella, fue en realidad por superstición. Rímini pensó: «Ni Sofía ni la existencia de mi pasado con Sofía dependen de esta foto.» Pensó: «La existencia de mi relación con Vera depende de esta foto.» Pensó: «Hay algo más profundo, que no es mi pasado con Sofía ni mi relación con Vera, que depende de esta foto.» No podía definir exactamente qué. Pero lo cierto es que limpió el retrato con cuidado, como si reparara la ofensa infligida, y cinco minutos después, sentado en el escritorio, con todo listo para reanudar el trabajo, su nariz volvía a carretear sobre el vidrio para inhalar una larga raya de polvo.

Fue el período más exaltado de su vida. Se sentaba a trabajar a las dos de la tarde, después de un desayuno tardío, desnudo, en un estado de excitación ya inconcebible. Los libros, las teclas de la máquina de escribir, los papeles en los que anotaba variantes a medida que traducía, el escritorio mismo, con su madera mórbida y sus irregularidades —todo le parecía incandescente y voluptuoso, como hecho de carne, secretamente recorrido por millones de filamentos nerviosos. Sentarse ya era un delicioso ritual masoquista: las nalgas marcadas por los listones de madera del asiento, los filos verticales del respaldo mordién-dole los riñones... Rímini se sentía en el epicentro de un cataclismo sexual. Abría el primer cajón del escritorio, rescataba el papel de cocaína del tarjetero donde lo escondía y liberaba el retrato de Sofía de su cautiverio en la biblioteca. Sentía el primer hormigueo cuando, después de desplegar el papel plateado, acumulaba un poco de droga en una esquina y la volcaba, ayudándose con golpecitos suaves, sobre la superficie de vidrio. Después, mientras armaba las primeras líneas, el hormigueo se convertía en un tirón y el tirón, gradualmente, en una erección portentosa. Con la punta de la verga podía tocar la parte de abajo del cajón central del escritorio. Tomaba la primera línea, siempre la más larga de todas, y una especie de émbolo brutal, activado por la droga, limpiaba su cabeza de todo lo que la había poblado desde la última toma, al anochecer del día anterior. Esa suerte de abolición selectiva del pasado fue uno de los primeros efectos que lo impresionaron. Al revés de la marihuana, que, por la naturaleza digresiva de su influencia, induce siempre a la distracción, a pensar en otra cosa, la cocaína era autorreferencial: eliminaba literalmente todo lo que no era ella. Más que el papel, con su lujo de plata y sus pliegues, y que el polvo, la droga, en el caso de la cocaína, era la *toma* misma. Más de una vez, a lo largo de una fase de reclusión casi completa que duró seis meses, Rímini hubiera dado *cualquier cosa* por ella —no por conseguir la mejor droga, la más pura y cara, sino por gozar de la toma más larga, una toma cuya duración absorbiera la existencia misma del mundo. De ahí que la primera raya

del día fuera crucial: *editaba* ese punto particular del presente con el último punto análogo registrado en el pasado, la frase que Rímini tenía ahora ante los ojos, intacta, velada por la piel de su lengua original, con la última frase que había traducido la noche anterior, la que, después de oír el sonido del portero eléctrico, había puesto fin a su jornada de trabajo. Entonces, a medida que empezaba a traducir, que su lengua materna iba percibiendo y reconociendo los olores de la otra lengua, punto de partida de una persecución y, enseguida, de una cacería que día tras día Rímini emprendía ciegamente, empujado por una fuerza desconocida, y de la que al final de cada jornada salía completamente alienado, exhausto, sólo con fuerzas para prometerse lo que se prometía siempre y no cumplía nunca, que nunca más volvería a aceptar esa forma despiadada de la esclavitud que es traducir —la erección cedía, el hormigueo alrededor del ano y la bolsa de los huevos raleaba, y un desgano indolente, al principio extremadamente agradable, reemplazaba la crispación sexual del comienzo, cubriendo toda la zona con un suave y helado rocío. Traducía y tomaba, traducía y tomaba. Sólo cambiaba de postura para ir al baño a mear, lo que hacía siempre con impaciencia, sacudiéndose repetidamente la verga y dilatando el esfínter para acelerar el proceso, a menudo, incluso, dando por terminada la micción antes de tiempo, lo que explicaba el reguero de gotas en el piso de madera, señal del regreso prematuro al trabajo o, también, del viaje a la cocina, adonde iba a renovar las botellas de agua mineral que consumía sin pausa, una tras otra, directamente del pico —la presencia de un vaso lo habría sacado de quicio por completo—, en tragos que a veces se llevaban un cuarto de la botella —y todo eso en un estado de exasperación límite. En ocasiones se incorporaba y volvía a desplomarse en la silla, incapaz de tenerse en pie. Se le dormían las piernas, cosa de la que Rímini recién se daba cuenta cuando se acordaba de usarlas, pero también las nalgas y los genitales, y cuando se dejaba caer en la silla, inerte aunque ya ofuscado por el tiempo que tendría que esperar antes de que sus miembros reaccionaran y él retomara el control sobre ellos, tiempo completamente muerto, como lo consideraba él, lo que en su estado era lo peor, lo peor sin discusión alguna, creía comprender, al menos por un momento, lo que debían de sentir, o más bien no sentir, los inválidos a los que de chico, saliendo del colegio, veía a través del alambrado patrullando en sus sillas de ruedas las canchas de básquet del Instituto del Lisiado —no dolor, no atrofia, ni siquiera extrañeza: la nada total. Pero ese adormecimiento de la carne, fruto de la inmovilidad y el olvido en que la hundía el estado ensimismado de Rímini, mal que mal siempre terminaba pasando, y al cabo de unos minutos que intentaba abreviar con pellizcos, pinchándose con puntas de biromes o, en los casos más extremos, azotándose con una larga regla de

acrílico, probablemente el único recuerdo que conservaba del colegio secundario, Rímimi entraba otra vez en posesión de su propio cuerpo. Había otra somnolencia, menos drástica, sin duda, aunque también más inquietante, que duraba más y que, igual de sigilosa que aquélla, porque aquélla, más ostensible, a menudo la eclipsaba y porque Rímimi tampoco la percibía, enfrascado como estaba en la traducción, era sin embargo mucho más profunda y parecía actuar en un plano orgánico central. Más que somnolencia, en realidad, era un sopor, extraña duermevela en la que entra un miembro cuando recibe una dosis suave de anestesia: el miembro no ha desaparecido de la percepción, sigue siendo sensible a los estímulos externos, ¿quién podría asegurar que, puesto frente a la necesidad de actuar, moverse, dar respuesta, será capaz de cumplir de manera satisfactoria? Esos efectos no eran nuevos; Rímimi ya los había experimentado las primeras veces, cuando, después de aspirar una raya, copiando deliberadamente la operación que muchos años atrás le había visto hacer a un ex jefe, publicista a los efectos de la supervivencia pero escritor y editor de escritores huérfanos, como le gustaba definirse, y sobre todo alguien que quedaría en la memoria de Rímimi como el primero, el primero no sólo en tomar cocaína en su presencia sino también en usar zapatos náuticos y escribir con el modelo retro de las estilográficas Montblanc, tres hábitos en los que, dada la época, mil novecientos setenta y siete, tal vez setenta y ocho, en todo caso principios de la dictadura militar, era sin duda un pionero, recogía en la yema de un dedo los sobrantes de droga y, frotándose con ellos las encías, se entumecía la boca en cuestión de segundos, al extremo de que si la droga, por un desliz, había entrado en contacto también con los labios, Rímimi ya no era capaz de beber de la botella sin derramarse el agua encima, de modo que debía contentarse, como alguna clase de enfermo, con los sorbos minúsculos que cabían en una cucharita de té. Hubiera aceptado esas consecuencias ingratas como fruto de un suplicio odontológico, no de su libre decisión de estimularse, de modo que no tardó en abandonar la práctica. Gracias a ella, sin embargo, Rímimi había podido formarse una idea bastante concreta de la acción propiamente química que la droga ejercía sobre su cuerpo, y también de su carácter paradójico: por un lado hiperactividad, reservas inagotables de energía, máxima concentración, voluntad de extenuar las posibilidades del presente; por otro anestesia, quita, desafección, supresión de sensibilidad. Y, familiarizado con esa clase de efecto, que al circunscribirse a las encías adquiría una nitidez formidable, descubrirlo en otra región de su cuerpo, ejercido a distancia, sin que mediara una aplicación directa, no fue algo que lo tomara de sorpresa. Traducía y tomaba, traducía y tomaba. La carne, los huesos, la sangre –todo eso parecía formar parte de una dimensión antigua y

superada, donde la complejidad todavía era un valor y la diversidad la ley encomiable de las cosas. Con la droga, todo se había vuelto liso, homogéneo, uniforme: sólo era cuestión de abandonarse a esa especie de furor que iba consumiendo frases, páginas, horas. Y, sin embargo, el cuerpo volvía —o del cuerpo, más bien, volvía lo peor: la evidencia de que había desaparecido. Todo iba bien mientras Rímini quemaba palabras, mientras avanzaba sobre la traducción con fluidez, como un bólido de noche en una carretera desierta. Pero en algún momento algo lo obligaba a frenar, una irregularidad, un accidente, algo que la primera lectura de Rímini, ese rastrillaje general pero atento con el que prologaba el momento de la traducción propiamente dicho, no había detectado, y, obligado a resolverlo, no ya por el desafío mismo de disipar la dificultad, menos por el de borrarla en el pasaje a la otra lengua sin que deje huellas, sino sólo por la urgencia de reanudar la marcha, seguir adelante lo más rápido posible, por la lógica misma del accidente, que interrumpe la continuidad de las cosas y trabaja, por lo tanto, insertando tiempo en el tiempo, Rímini recordaba de golpe que había algo llamado cuerpo, un territorio propio, en efecto, pero como abandonado, del que el frenesí de la traducción llevaba horas distrayéndolo. Así, mientras consultaba diccionarios, manuales de uso, brevarios de dificultades y versiones anteriores, mientras alteraba, invertía y flexionaba de mil maneras la frase que le oponía resistencia, con la misma energía avasalladora con que un minuto atrás devoraba la frase siguiente, sólo que frenada, quieta, forzada de algún modo a funcionar en el vacío de un mismo punto, Rímini, confuso, como si despertara de un colapso, iba recuperando gradualmente la conciencia de sus pies, sus tobillos, sus rodillas. Y tan pronto como los recuperaba descubría, en un breve flash de espanto, que no le servían, que estaban como vaciados. Como el que se toca el bolsillo que una mano veloz acaba de saquear, Rímini se llevaba una mano a la verga y se la palpaba para cerciorarse de que seguía ahí, entre sus piernas, y se preguntaba si era *así* como debía sentir la pija, así de chica y de blanda. Se la rozaba con los dedos, tironeaba suavemente del prepucio, la alzaba y la dejaba caer sobre la madera de la silla. Sí, sentía todo, pero lo sentía *lejos*, superficialmente, como se siente una lengua extranjera cuando se la desconoce por completo: el dibujo del sonido sí, nítido, pero del plan que lo rige, ni rastros —como alguna vez, acostado boca abajo en una camilla forrada de cuerina negra, después de recibir una dosis de anestesia, había sentido la punta y el filo de uno o varios instrumentos quirúrgicos tironeando del quiste que le había crecido en la base de la nuca. Entonces, de pronto, recordaba que Vera pasaría a verlo esa noche y miraba el reloj. Nunca era tarde, pero tampoco era temprano. Faltaban tres, cuatro horas para que llegara —hacia dos o tres que traducía y tomaba. Estaba

en el medio y pensaba si la droga no le habría vaciado la verga. A las cuatro de la tarde empezaba a masturbarse —máximo cuatro y media. Iba al baño y, de pie ante el inodoro, posición que elegía por comodidad, para no tener que ocuparse luego de limpiar el semen, y también por el parentesco que reconocía entre el semen y otras excrecencias humanas, se apoyaba contra la pared, forcejeaba con la pija, con ese pescado inerte que hubiera dado todo por poder llamar pija, y después de un rato, desalentado, volvía al escritorio, miraba otra vez el reloj, y rastreaba en la biblioteca una edición de bolsillo de *Las once mil vergas*, uno de los pocos *souvenirs* que conservaba precisamente de su paso por la agencia de publicidad, donde, además de trabajar en campañas que nunca veían la luz pública, redactar guiones jamás filmados y crear, a instancias del director, productos imaginarios para necesidades imaginarias, había empezado a traducir algunos clásicos de literatura pornográfica, *Las once mil vergas* entre otros, para una colección que el pionero en el uso de zapatos náuticos pretendía vender en kioscos, de a tres, envueltos en sachets. Volvía al barío. Hojeaba el libro, que conocía bien, buscando a toda velocidad los pasajes cuya densidad sexual no estuviera del todo neutralizada por la comicidad general del tono, y recién reanudaba las fricciones cuando se establecía en una página, de la que sólo se retiraba al eyacular, mucho tiempo después, a veces hasta diez o quince minutos. Muy pronto, la frase que inaugura la secuencia de la orgía que el vicecónsul de Serbia celebra en el primer piso de la sede diplomática, en la que el protagonista se inmiscuye sin haber sido invitado, *Llegado ante la puerta del viceconsulado de Serbia, Mony meó largamente contra la fachada y luego tocó el timbre* — muy pronto fue para Rímini el salvoconducto que le franqueaba el acceso a una escena irresistible y le aseguraba, en un plazo sensato, la resurrección plena de su verga y su deseo sexual. Limpiaba entonces la tapa del inodoro con dos o tres hojas superpuestas de papel higiénico, cuidando de no pasar por alto la menor salpicadura, y volvía aliviado y se sentaba al escritorio acomodándose la verga, que ya empezaba a distenderse, para ratificar que aun después de la eyaculación seguía despierta. Se inclinaba sobre el libro, localizaba el nudo que lo había forzado a detenerse, señalado en el texto con la misma regla de acrílico que usaba para despabilarse las piernas cuando se le dormían, y después de resolverlo, lo que lograba con una facilidad milagrosa, como si alguien, mientras él regaba con su esperma la loza blanca, hubiera aprovechado su ausencia para simplificar el problema, Rímini, a modo de recompensa o, quizá, para estrenar con brío la nueva fase del día que había inaugurado la eyaculación, tomaba dos rayas seguidas, largas, la primera con la fosa derecha, la segunda con la izquierda, y se abalanzaba sobre la máquina de escribir. Traducía sin parar, prácticamente sin moverse, durante una hora y media; sólo

se tomaba un respiro para abastecer sus fosas nasales con toques rápidos que se daba al pasar, sin siquiera interrumpir el trabajo. Hubiera podido pasarse así años, siglos. En un sentido, cuando lo pensaba, la cocaína, en ese contexto, le parecía una redundancia. La droga, la verdadera droga, era traducir: la verdadera sujeción, el anhelo, la promesa. Tal vez todo lo que Rímini sabía de la droga, ni mucho ni poco, pero completamente desproporcionado, sin duda, respecto de su condición de recién llegado, lo había aprendido sin darse cuenta traduciendo. Tal vez traducir había sido su escuela de droga. Porque ya antes, mucho antes de tomar cocaína por primera vez, en la adolescencia, cuando Rímini, los domingos soleados de primavera, mientras sus amigos ganaban las plazas, uniformados con los colores de sus equipos de fútbol favoritos, bajaba las persianas de su habitación, sintonizaba la radio en la estación que transmitía el partido más importante de la jornada y a oscuras, apenas iluminado por una lámpara de escritorio, en salto de cama, como un tuberculoso, literalmente arrasaba libros con su voracidad de traductor, los liquidaba pero al mismo tiempo se sometía a ellos, como si algo encerrado entre los pliegues de esas líneas lo llamara, lo obligara a comparecer ante ellas, a arrancarlas de una lengua y llevarlas hacia otra, ya entonces Rímini había descubierto hasta qué punto traducir no era una tarea libre, elegida sin apremios, en estado de discernimiento, sino una compulsión, la respuesta fatal a una orden, un mandato, una súplica alojadas en el corazón de un libro escrito en otra lengua. El simple hecho de que algo estuviera escrito en otra lengua, una lengua que él conocía pero no su lengua materna, bastaba para despertar en él la idea, completamente automática, por otra parte, de que ese libro, artículo, relato o poema estaba *en deuda*, debía algo inmenso, imposible de calcular y por lo tanto, naturalmente, de pagar, y que él, Rímini, el traductor, era quien tenía que hacerse cargo de la deuda *traduciendo*. Así, traducía para pagar, para liberar al deudor de las cadenas de su deuda, para emanciparlo, y por eso la tarea de traducir implicaba para el traductor el esfuerzo físico, el sacrificio, la subordinación y la imposibilidad de renuncia de un trabajo forzado. Le preguntaban, sobre todo los amigos de sus padres, si era difícil traducir. Rímini, desalentado, contestaba que no, pero pensaba qué importancia podía tener si era difícil o no. Le preguntaban cómo se hacía para traducir, y Rímini decía que no, que no, que traducir no era algo que se hacía sino algo que no se podía dejar de hacer. Ya entonces, a los trece, catorce años, con su experiencia de aprendiz, corta pero de una intensidad sorprendente, había enfrentado la evidencia que tarde o temprano enfrenta todo traductor: se está traduciendo todo el tiempo, las veinticuatro horas del día, sin cesar, y todo lo demás, lo que en general se llama vida, no es más que la módica serie de treguas y vacaciones que sólo el

traductor con voluntad de hierro logra arrancarle a ese aparato de sojuzgamiento continuo que es la traducción. En un fin de semana, desde las diez u once de la noche del viernes, cuando empezaba, hasta la madrugada del lunes, dos o tres horas antes de vestirse, completamente atontado por el sueño, para ir al colegio, cuando ordenaba los libros, diccionarios y cuadernos y borraba toda huella de la fiebre que lo había consumido, Rímmini era capaz de traducir un libro completo y llegar no a una versión provisoria, hecha al correr de la pluma y postergando las cuestiones de detalle para una revisión ulterior, sino definitiva, con todas las notas, correcciones y ajustes necesarios para su eventual publicación. Prácticamente no levantaba la cabeza del libro. Ya entonces, cuando la cocaína no era para él nada, cualquier interrupción, un llamado telefónico, el portero eléctrico, la necesidad incluso de comer o mear, cualquier presencia humana, su madre o el marido de su madre, presencias de todos modos raras, ya que, instigados por Rímmini, pasaban la mayoría de los fines de semana en una casa de campo alquilada, la menor interferencia del mundo exterior bastaba para sacarlo de quicio. Oía el teléfono y aullaba desde la habitación. Pateaba muebles, arrojaba objetos al piso cuando en la cocina sonaba el portero eléctrico. Así, veinte años más tarde, la cocaína no había agregado nada, apenas formalizado, puesto por escrito, como se dice, el carácter abismal de la tarea de traducir y, sobre todo, su principal factor de adicción: el costado cuenta regresiva. El libro tenía principio y fin, como los tenían los fines de semana de encierro de su adolescencia, y, también, como la serie del diez al uno, y cada frase traducida, cada hora gastada en traducir frases, iban abreviando inexorablemente la distancia que lo separaba del punto final. Diez, nueve, ocho, siete, seis... *Tenía* que terminar. Pero una hora y media más tarde, cuando los efectos de la última toma, luego del shock inicial, se habían disuelto en una languidez orgánica general, agravada además por el cansancio derivado de horas de actividad ininterrumpida, Rímmini volvía a tener miedo. Faltaban dos horas para la llegada de Vera y volvía a tener un gran agujero entre las piernas, ahí donde un rato antes, reflejadas en los viejos azulejos amarillos del baño, sus manos, alternándose, le habían arrancado un suave gemido de placer. Al entumecimiento de la droga se agregaba ahora el de la descarga, la satisfacción. Qué si Vera se adelantaba. La imaginó en el cuarto, esperándolo, y se buscó la verga para establecer, hacer más explícita la conexión entre esa imagen y el fondo sordo donde dormía su deseo. Buscó y buscó y diez segundos después se dio cuenta de que hacía rato que la tenía en la mano. Ni siquiera pesaba. Sintió la boca muy seca, un temblor como de fiebre. Buscó el ejemplar de *Las once mil vergas*, volvió a instalarse en el baño y durante un rato, más que masturbarse, simplemente estuvo frotándose,

amasando su materia genital, como si antes de abocarse a su satisfacción, un poco aterrado, tuviera necesidad de reconocer los órganos que se la proporcionarían. Pero *Vibescu se acercó despacio y, deslizándose su hermosa pija entre las grandes nalgas de Mira, la insinuó en la concha entreabierta y húmeda de la muchacha*, y a Rímini le pareció sentir que un estremecimiento lejano, breve como un parpadeo, avivaba muy tímidamente la arcilla informe que amasaba. A esa altura le llevaba un cuarto de hora convertir ese despreciamiento en una erección razonable, y otros diez o quince minutos acabar, lo que en este caso, a diferencia de la primera vez, abortó como estaba en llegar por fin a ese punto, hacía sin tomar ninguna clase de precauciones, entregado al azar de los espasmos, enchastrando indiscriminadamente las baldosas de granito, el borde y la tapa del inodoro, algún azulejo desprevenido. Qué podía importarle limpiar, arrodillarse en el piso helado, donde siempre corría peligro de estamparse una gota perdida, y rastrear cada salpicadura para borrarla, de modo de asegurarse que Vera no se cruzaría con ninguna, si Rímini había probado que no era un muerto en vida, que seguía habiendo sangre y nervios en su cuerpo y que su sexo, debidamente estimulado, y Rímini descontaba que ni las más desenfrenadas aventuras del protagonista de *Las once mil vergas* podían compararse con la atracción que Vera ejercía sobre él, era capaz de funcionar de manera perfectamente normal. Había que celebrar, Rímini barría con las rayas ya armadas sobre el retrato, el miedo se disipaba. Pero había que armar nuevas, armar de inmediato, no tanto para seguir tomando como para saber que en caso de necesitarlas ahí estaban, perfectamente alineadas, y para evitar la imagen del vidrio del retrato vacío, por lejos la peor imagen posible para Rímini en la tarde consagrada a traducir, y después de desplegar el papel metalizado, al verter su contenido sobre el vidrio, Rímini, sacudiendo el papel en el aire, comprendía que la minúscula montañita de polvo que veía allí, blanqueando por casualidad la pupila del ojo derecho de Sofía, era *toda* la droga que le quedaba. Si era mucho o poco, Rímini nunca podía decirlo. La cocaína le ofrecía sólo dos alternativas: o la tenía *toda*, que era, hubiera comprado un gramo o diez, treinta dólares o trescientos, la impresión indefectible con la que se iba del lugar donde la compraba, un departamento interno en la esquina de Rivadavia y Bulnes, siempre iluminado con la luz blanca, nocturna, de dos tubos fluorescentes, amueblado con esos sillones y mesas de madera amarilla y barata, muy nudosa, que suelen venir incluidos en el alquiler de los departamentos, o ya no tenía *nada*, que era la revelación terrible que lo sacudía cuando, entre las seis y las seis y media de la tarde, por lo general, se daba cuenta, con una brutalidad un poco inexplicable, como si la dosis que al mediodía había sacado del cajón del escritorio no hubiera ido raleando

progresivamente, aspirada por sus propias fosas nasales, sino de golpe, por alguna clase de pase instantáneo y mágico. La cantidad de droga sólo se le presentaba como algo relevante, algo que de hecho alteraba su ánimo, su humor, incluso su estado orgánico, cuando la reconocía como cantidad *amenazada* y cuando, correlativamente, comprendía hasta qué punto, con qué increíble convicción él, el necesitado de droga que él era, había creído que su ración de cocaína no se acabaría *nunca*. La cantidad siempre era un problema retrospectivo, que existía sólo en esa mezcla extraña de retrospectión y anticipación en la que se hundía Rímimi cuando, antes aun de terminar su dosis, ya la contemplaba desde la perspectiva del que la ha agotado toda. Qué hacer. Comprar más —fuera de discusión. A más tardar Vera llegaría en una hora, y Rímimi jamás tomaba en su presencia. No soportaría tener un gramo esperándolo en el cajón del escritorio y no poder usarlo. Qué hacer. Una posibilidad era fraccionar lo que le quedaba en rayas pequeñas pero numerosas y tomarlas escalonadamente, a intervalos más o menos regulares, de modo de cubrir el lapso de tiempo y de trabajo que faltaba hasta la llegada de Vera. La otra, repartirlo en dos rayas opulentas y terminárselas de una sola vez, ahora, ya, en una toma apoteótica que clausurara el día. Como nunca podía decidirse por un solo criterio, Rímimi alternaba. Cuando fraccionaba, tomaba la primera raya y, aunque insatisfecho, porque sus ganas de inhalar siempre eran inversamente proporcionales a la cantidad de droga que iba quedando en el retrato, se ponía otra vez a trabajar, y la tarea de traducir, con su manera propia de drogarlo, al principio parecía dilatar providencialmente los efectos de la toma. Pero aun así lo exiguo de las rayas, agravado por su ansiedad, hacía que el espacio entre toma y toma fuera abreviándose, de modo que Rímimi, en sólo media hora, había traducido a duras penas treinta líneas, en el mejor de los casos una página, y casi siempre con toda clase de errores, zonas de confusión y soluciones provisionarias, lo que lo obligaba a revisarlas y a veces a rehacerlas enteras al día siguiente, cuando todo volvía a empezar, pero había acabado por completo con el hexagrama de polvo blanco que había armado en el vidrio de la fotografía. Entonces, como poseído, se metía bajo la ducha y después de vaciarse la nariz de restos de droga, limpiándose el interior de las fosas con agua y jabón, de modo de evitar que Vera, al hurgar en ellas con la lengua, como ya había sucedido, se encontrara con el sabor amargo que alguna vez había confundido con novocaína, se quedaba largo rato enjabonándose el cuerpo de arriba abajo, masajeándose los músculos, revitalizando las partes más afectadas por la acción anestésica de la droga y las que, suponía, más necesitaría cuando Vera llegara, en primer lugar las manos lentas, como pinchadas desde adentro por millones de alfileres diminutos, luego toda la región de boca y

nariz, donde la piel parecía habersele secado por completo y los músculos, de tan tirantes que los sentía, habersele acortado, y por fin la lengua, espesa, pesada, y la verga, ese embutido flácido, sin la más mínima huella de vida, que cabía entero dentro de su mano cerrada, de la que tironeaba primero distraídamente, con la esperanza de que ese estímulo, sumado los masajes de la ducha, alcanzara para reanimarla, y a la que luego se abocaba con exclusividad y encarnizamiento, lubricándola con la espuma del jabón y sometiéndola a toda clase de operaciones, hasta arrancarle, al cabo de veinte minutos de trabajo y en medio de un ardor atroz, sin duda ocasionado por el contacto del jabón con la piel irritada del glande, de un rojo ya casi sangriento, tres o cuatro gotas de un semen anormalmente espeso, casi gris comparado con el blanco de la espuma, que permanecían un segundo quietas, adheridas a la piel que un pulgar e índice, y luego eran barridas por la corriente de agua. Fraccionada la droga en dosis cortas o consumida de una sola vez, en una inhalación larga, interminable, al cabo de la cual se quedaba un instante quieto, en estado de máxima tensión, con las venas del cuello hinchadas, y ya después, porque sabía que se había quedado definitivamente sin droga, le era imposible seguir traduciendo, en los dos casos la ducha siempre era número puesto, la ducha y también, desde luego, la última masturbación bajo la ducha, acometida casi al filo de la hora de llegada de Vera y por lo tanto en el colmo de la ansiedad. Moribundas y todo, sin embargo, esas últimas gotas de esperma, y sobre todo la erección, tardía pero firme y ardiente, le inyectaban una extraña vitalidad, el tipo de entusiasmo y bienestar de una pieza, compuestos sólo de satisfacción, que se experimentan a veces después de un ejercicio físico agotador, y Rímini salía del baño con una toalla anudada a la cintura, se acostaba en el piso de madera del living, junto a los parlantes del equipo de música, y se dejaba envolver, literalmente aplastar, dado el volumen en el que las escuchaba, por el quinteto de abortos sonoros que encabezaban la lista de ventas de la estación de radio más rastrera de todo el dial, cuyas melodías parecían estremecer su corazón directamente, sin pasar por el oído, y cuyas letras, de tanto oír las, había llegado a conocer de me cantaba primero suavemente, dejándose llevar por la corriente de la música y eclipsar por las voces de los cantantes, después más fuerte, como si librara una batalla con lo que oía, y por fin a voz en cuello, directamente a los alaridos, mientras golpeaba el parquet con los talones para marcar mejor sus entradas, en un estado de desenfreno tal que más de una vez el vecino había subido a golpearle la puerta para quejarse, hasta que el sol caía y una mancha púrpura restallaba en el paño apaisado de cielo que veía por la ventana y el portero eléctrico se ponía a sonar y Rímini, tendido en el piso, se decía con alivio: Es ella, es Vera.

Una noche, Rímini terminó de revisar los mensajes del día y se dio cuenta de que faltaba algo. Ningún soplido, ningún silencio sospechoso, ningún teléfono colgado con fastidio, ninguna grabación insultante. (En la última, sobre el fondo de una emisión radial de tango, una voz desorbitada le auguraba toda clase de padecimientos exóticos.) Recapituló; hacía una semana que su contestador no le deparaba sorpresas. Le pareció que esa falta se contagiaba al aire de la noche y desnudo, sentado junto al escritorio, prestó atención. El ronquido de Vera llegaba desde el cuarto, infantil, sobresaltado cada tanto por inspiraciones que eran como hipos. Desde el living, continuo, venía flotando el zumbido del equipo de música. Habían cruzado las lanzas de sus respectivas perezas, con un triste empate como resultado: ninguno de los dos aceptó levantarse para apagarlo. Rímini era el vértice donde se encontraban todos los sonidos de la casa.

Sintió alivio –con el teléfono «limpio», quizás ahora pudiera rebobinar los llamados del día en presencia de Vera–, pero más que nada una especie de euforia triunfal, extrañamente magnánima, la clase de orgullo que debe de inundar a los médicos cuando el remedio que prescribieron, que llenó de escándalo a sus pacientes y que en un primer momento, lejos de disipar la enfermedad, agravó de manera alarmante sus síntomas, demuestra la eficacia en la que sólo ellos confiaban. Tal vez Sofía había recapacitado. Rímini dejaría pasar un tiempo, el suficiente para que el nuevo estado de cosas se asentara, y luego probablemente la llamaría. Para entonces, pensó, el reparto de las fotos sólo sería un trámite.

Días después, un viernes, su padre cumplía años. Rímini, sin avisarle, decidió pasar por su oficina y llevárselo a almorzar. Caminó un rato por Florida buscando algo para regalarle. Comparada con el brillo que despedía en su recuerdo, la calle, con sus negocios de saldos, sus tiendas de abrigos de cuero, sus librerías para turistas, sus mendigos, sus locales de comida rápida y sus vendedores, que, hartos de ver sus salones vacíos, salían a la calle a interceptar

clientes con modales imperiosos, susurrando sus ofertas de carteras y visones con el mismo tono clandestino con que más allá, a cuatro o cinco cuadras, donde Florida cambiaba bruscamente de estatuto social, los tarjeteros intentaban sin éxito reclutar interesados para un sauna o un continuado de *striptease*; la calle lo impresionó por su vulgaridad. Llegó a Viamonte y decidió volver. El olor a fritura recrudecía; muy cerca, distorsionada por un megáfono, una mujer amenazaba a los transeúntes con una variante particularmente despiadada, pero evitable, de castigo divino. Ya empezaba a pensar en posponer el regalo cuando vio en una vidriera un pulóver grueso, con cierre relámpago y parches de cuero cosidos a los codos. Lo compró. Apenas salió, con el pulóver envuelto en el fondo de una bolsa de papel, un enjambre de dudas lo asaltó. El color —un borravino fuerte, casi morado— no parecía muy para su padre; fuera del negro, el gris, el blanco y el beige, su máxima concesión a la estridencia, todo le resultaba chillón, extravagante o femenino; también la participación de un cierre relámpago en un pulóver lo desconcertaría, y los parches —una palabra completamente ajena, *pitucones*, cruzó por su cabeza y desapareció, dejando el aire lleno de vibraciones mínimas. Pero cuando llegó hasta el edificio donde trabajaba su padre, Rímini juntó todas las objeciones contra el pulóver que lo habían acosado en las últimas tres cuadras y decidió convertirlas en las *razones* por las que había decidido comprarlo y regalárselo.

Sonó una chicharra. Rímini forcejeó con la puerta y se encaminó hacia la oficina de su padre, el último de una serie de boxes desmontables, todos iguales. Entró directamente, sin golpear y lo primero que vio fue un manchón borravino moviéndose frente a él. Quedó paralizado junto a la puerta, la mano muerta en el picaporte. Por un segundo creyó que estaba alucinando: veía a dos metros de distancia el pulóver que descansaba en el fondo de la bolsa. Pero era su padre, que resoplaba y forcejeaba con el cierre relámpago de un pulóver de lana gruesa, color borravino, con parches, hermano gemelo del que Rímini acababa de comprarle. Logró subirse el cierre y, con el aire de azorado triunfo de los que han sorteado una torpeza pero jamás sabrán cómo, lo miró sonriendo y abrió los brazos, exhibiéndose, y dijo: «¿Qué tal?» Le quedaba perfecto. Así, exactamente así había imaginado Rímini su regalo en el cuerpo de su padre, suponiendo que hubiera accedido a probárselo. Pero frunció la boca y dijo: «Mmm... No sé. Ese color. Además, ¿desde cuándo te gustan los pulóveres con cierre relámpago?» «No me gustan», dijo su padre, concentrado en estirárselo: «Me lo acaban de regalar. Pero no está mal, ¿no? Si tuviera un espejo...» Cruzó ante él y salió al pasillo. Rímini alcanzó a leer la etiqueta que le colgaba del cuello: el mismo negocio. Salió tras él en pleno ataque de

malhumor. Su padre posaba frente a un espejo vertical, lo suficientemente angosto para reflejar sólo un brazo por vez. «Feliz cumpleaños», dijo Rímíni, escondiendo instintivamente la bolsa con su regalo. «*Nada* mal», repitió su padre satisfecho, y, mirándose los codos, agregó: «Incluso los pitucones...» «¿Los qué?» Dos o tres cabezas giraron alarmadas hacia él: Rímíni se dio cuenta de que había gritado. «Esto», dijo su padre, señalándose los parches de gamuza: «se llaman pitucones.» Rímíni quiso sonreír, pero una mueca indefinible se le adelantó. «En serio. Me lo dijo Sofía», y luego, bajo y muy rápido, agregó: «Ella me lo regaló» —como solía dejar caer las cosas que no quería callar pero tampoco que causaran daño. «Qué bueno que viniste», dijo, mientras lo empujaba otra vez rumbo a la oficina. Rímíni lo miró directo a los ojos: «¿La viste a Sofía?» «Se acaba de ir. Cinco minutos antes y te la cruzabas.» Cerró la puerta; fingió no advertir la bolsa que Rímíni escondía detrás de sus piernas. «Te debo el regalo», dijo Rímíni, «pero te invito a almorzar.» «Bárbaro. .Cómo está afuera?» «Fresco.» «Entonces salgo con el pulóver.» «Vas a tener calor.» «Entonces sacaré.» Salían. «No te molesta, ¿no?» «Qué cosa.» «Que salga con el pulóver.» «Papá, qué decís.» «No sé. No toda la ente reacciona de la misma manera.» Pasaron junto a la recepcionista. «Vuelvo a las tres», dijo su padre. Esperaron el ascensor; su padre se acariciaba el pulóver con las palmas de las manos, como alisándolo. «La vi linda. Más linda que la última vez, por lo menos. Me dejó un beso para vos.»

Sentados en la mesa del fondo de un restaurante italiano, amenazados, como siempre, por el afiche gigantesco que colgaba sobre ellos, donde un puente de Brooklyn hecho de bombitas de colores se prendía y apagaba con regularidad, los extrañó que hubiera tan poca gente. Se lo comentaron al mozo, el mismo que llevaba años atendiéndolos. Sí, la clientela había bajado, admitió, lo que era perfectamente normal luego de los incidentes de la semana pasada. «¿Incidentes?», preguntó el padre de Rímíni. Un par de turistas se sentaban a una mesa vecina. El mozo se inclinó y, bajando la voz, en tono confidencial, dijo: «Entraron ladrones. Tres: dos gordos y una mujer. De pura casualidad había un policía en el baño. Cuando salió sacó el arma reglamentaria y les apuntó. La mujer disparó primero. *Madonna santa*. Tiroteo total. Yo mandé al diablo los *rigattoni* de la mesa dieciséis y cuerpo a tierra. Aquí, aquí mismo. Se la regalo. Saldo: un cliente muerto, otro herido, el policía con herida leve, un delincuente abatido y dos prófugos. ¿*Due spaghetti carbonara*, como siempre?»

Apenas el mozo se fue, el padre, como celebrando la intimidad recuperada, golpeó cariñosamente una mano de Rímíni y le dijo: «Bueno, contame.» Era la forma imperiosa y desigual que habían adoptado sus encuentros desde que Rímíni se había separado de Sofía. Durante años había

sido exactamente al revés: Rímini, desde la cima de su inmovible estabilidad sentimental, ponía sus oídos y su infinita capacidad de comprensión a disposición de su padre, divorciado profesional que hacía y deshacía noviazgos, cambiaba de casa como de camisa, se peleaba y volvía a reconciliarse, negociaba con abogados, se casaba vía Paraguay o México y emprendía sorprendentes lunas de miel, frecuentaba garitos privados donde jugaba —él decía «invertía» al póquer y esquilma o era esquilma por los mismos gerentes y comisarios de a bordo que de día, amnésicos, lo interceptaban para saludarlo en el microcentro, o descargaba su pasión haciendo visitas raudas al Casino. Rímini, otra vez «soltero» —es decir: *sin Sofía*, el único factor que su padre parecía tener en cuenta para determinar su estado civil—, ahora había pasado a ser una fuente potencial de relatos de aventuras. Pero en la invitación a contar con que su padre abría el juego cada vez que se encontraban, Rímini creía percibir, además de la expectativa, una especie de magnanimidad que lo irritaba, como si su padre creyera que la responsabilidad del cambio de Rímini era suya, o más bien de su decisión de cederle el privilegio de llevar una vida más o menos azarosa, y no de la lógica propia de la vida de Rímini. Rímini, con todo, obedecía y pasaba los partes. Había temas de eficacia garantizada: la autogestión doméstica, la disponibilidad, la falta de límites en la vida cotidiana. Y por supuesto la relación con Vera, a la que su padre decía querer conocer con poca convicción, como si sospechara que podía ser un invento de Rímini, de la timidez o la ansiedad de Rímini, y no quisiera confirmarlo ni poner a su hijo en evidencia.

Esa tarde, Rímini tuvo la impresión de que su padre no lo escuchaba. Asentía y lo contemplaba con sus viejos ojos húmedos, y cada tanto golpeaba la mesa con la palma de la mano para declarar escándalo o asombro. Pero detrás de todos esos signos de atención, que eran automáticos, no había nada. Revolvían al mismo tiempo sus tazas de café. Rímini ya había hablado de Vera, de la avalancha de trabajo que se le había venido encima, incluso de su experiencia con la cocaína, cuya frecuencia y cuyas dosis creyó prudente reducir, cuando miró a su padre y vio que entrecerraba los ojos y cabeceaba, como si estuviera durmiéndose. Lo vio viejo, aislado y protegido a la vez por ese mundo de digestiones lentas, escalofríos, somnolencias inoportunas, donde el pulóver flamante brillaba como un turista adinerado en un país pobre. Entonces le golpeó la mano con cariño, despertándolo, y le preguntó por Sofía. Su padre reaccionó en el acto, como si ésa fuera la única pregunta capaz de despabilarlo, pero quiso despachar la cuestión con un par de frases de compromiso. «Papá», lo detuvo Rímini, arrancándole una sonrisa incómoda. «No, es que no quiero que...», empezó a disculparse. «No querés qué», dijo

Rímíni, «¿estuviste todo el almuerzo con el pulóver puesto y ahora te hacés el reticente?»

No, no la había encontrado bien. Nada bien. Ojerosa, dijo su padre. Como si no durmiera lo suficiente. Alternaba unos ataques de entusiasmo inexplicables con largos momentos de silencio y de inmovilidad. Irradiaba el aire descuidado del que hace días que no pasa por su casa. Su mano temblaba al sostener una taza de café. Se le quebraba la voz, como si acabara o estuviera a punto de llorar. Su padre no podía asegurarlo, pero le pareció que por momentos se ponía estrábica. «¿Hablaron de mí?», preguntó Rímíni. «Algo, así, al pasar», dijo su padre. «¿Qué te dijo?», insistió él. «Nada.» «Papá...» «Lo que dicen todas las mujeres cuando uno se separa: que la evitás. Que te borraste.» Hicieron silencio. Rímíni sintió el peso de los ojos de su padre. «Hago mi vida. Después de doce años tengo derecho, ¿no?» «No sé», dijo su padre. «Después de todo ese tiempo, encontrarse con eso. Debe ser duro», dijo su padre. «Eso es textual de ella, ¿no?» Rímíni empezaba a enfurecerse. Miró el tejido del pulóver, el grosor deliberadamente anacrónico de la lana, los bordes de los parches gastados a propósito... Tuvo ganas de pedirle que se lo sacara. «¿Qué te cuesta?», dijo su padre. Rímíni alzó una mano para pedir la cuenta. «Yo sé cómo es. No te digo que la veas. Un llamado de vez en cuando, nada más. Hasta que todo se acomode. Es una fase, vas a ver. Después pasa. Y todo se pone en su lugar.»

Rímíni quería irse. Quería volver de inmediato a Las Heras, donde lo esperaban un papel de cocaína intacto, treinta páginas para traducir y el armario donde por fin podría deshacerse del pulóver gemelo. Se despidió de su padre en la calle, junto a la entrada del edificio de oficinas. Tenía la costumbre de que_ darse mirándolo, sin moverse, hasta verlo desaparecer. Estirándose el ruedo del pulóver, su padre llegó hasta los ascensores, se detuvo, metió una mano en un bolsillo y dio media vuelta y fue otra vez hacia él. Rímíni creyó que iba a darle dinero, como hacía todos los viernes quince años atrás, cada vez que se despedían. Pero lo que sacó del bolsillo fue una pequeña foto blanco y negro. «Me dio esto para vos», le dijo –pero Rímíni, tomado de sorpresa, ya estaba contemplando la foto antes de aceptarla, ya retrocedía en el tiempo diez, veinte, treinta años, ya se convertía otra vez en esa criatura de uniforme, pantalones cortos y zapatos abotinados que hundía su joven cara ávida entre los barrotes de una jaula del zoológico.

Volvió a Las Heras alarmado, después de un viaje en taxi muy parecido a una pesadilla. De la cintura para abajo todo era hipersensibilidad: el simple roce del calzoncillo contra la piel de los muslos le arrancaba unos gemidos ambiguos, a mitad de camino entre el dolor y el deleite. Por un momento todo

vaciló: Rímini entró, cerró la puerta con dos vueltas de llave, puso la radio a todo volumen, como si quisiera ensordecer a un ejército de micrófonos clandestinos, se metió en la cama vestido y recién entonces, tapado hasta el mentón, se atrevió a mirar otra vez la foto, a darla vuelta y a leer lo que habían escrito del otro lado: *No quiero hablar con el culpable que confunde vivir con huir, esconderse, «protegerse» de lo que ama (y de lo que lo ama). Quiero hablar (porque lo conozco, porque me conmueve, porque está antes que todo) con el inocente que a los siete años (tenías siete, ¿no?) iluminaba las tardes con su curiosidad y se cubría de polvo los zapatos. Si todavía vive, si está todavía en algún lado (y yo creo que sí, que está), que golpee tres veces esta foto y yo le voy a abrir la puerta.*

Rímini miró el dorso de la foto de cerca y comprobó lo peor: estaba escrita en lápiz. Un clásico de Sofía: una de sus maneras preferidas de aparecer, intervenir y marcar el mundo dejándole una muesca respetuosa, casi imperceptible, pero mismo tiempo decisiva, puesto que, exigente como era, basta que hubiera una mirada capaz de detectarla, una sola, para que su sentido, como esos animales deshidratados que de ser minúsculos, por obra del agua, pasan a llenar peceras enormes, cobrara dimensiones extraordinarias. Al escribir con lápiz, lápiz blando y, en consecuencia, fácil de borrar, Sofía le daba a elegir entre una gama de opciones: leer el mensaje y no hacer nada, leerlo y borrarlo, borrarlo directamente, sin leerlo, pero siempre preservando la integridad de la foto. Una vez más, Rímini sentía que había *caído*. Que Sofía lo llamara por teléfono, le enviara cartas o hechizara a su padre con sus malabarismos patéticos —a su padre, que, después de tres divorcios, seguía saliendo de cada derrumbe amoroso con la certeza de que él era el *verdadero culpable*—, ése no era el problema. El problema era el ojo de Rímini: su olfato, su intuición, su sensibilidad a la forma sutil, como en puntas de pie, que tenía Sofía de asomarse al horizonte de su vida. ¿Qué sentido tenía hacerse a un lado, bajar el contestador automático, ignorar los atentados telefónicos, si Sofía no necesitaba confirmarlo para saber que sí, que su mensaje, y no sólo las palabras y lo que significaban sino también, y sobre todo, el hecho de haber sido escritas con la idea de que una de las suertes que podía tocarles era la desaparición, y, en vez de hacer todo lo posible por impedirla, hacer todo lo posible por *permitirla* —su mensaje había llegado, había dado en el blanco, había sido descifrado como ella, sin declararlo, lo reclamaba? Qué no hubiera dado por un poco de indiferencia. Tiritando en la cama, Rímini se sentía débil, expuesto, pero sobre todo desanimado, como el convaleciente que, luego de unas semanas de progreso continuo, ya casi sin síntomas, cuando, si no fuera por el camisón de hospital que usa, los demás internos, los enfermeros y hasta los médicos lo confundirían con un visitante sano, sufre una recaída, vuelve al

estado de postración que creía haber dejado atrás para siempre y descubre, menos con horror que con desasosiego, que lo que llamaba salud es algo tan precario, frágil y efímero que, como la primera piel que crece sobre una herida, basta la más mínima presión para resquebrajarla.

Rímini no cedió. Típica venganza del que se abstiene de actuar, se complacía pensando que si Sofía no hubiera elegido esa forma indirecta, descaradamente sentimental, de intervenir en su vida, él probablemente la habría llamado o habría respondido de algún modo a alguna de las señales que recibía de ella. Llegaba incluso a mentirse; citaba impulsos —llamarla, por ejemplo, o devolverle alguna carta— que nunca había tenido. Todo lo sometía a una especie de reescritura maniática, todo el tiempo. No era que Sofía hubiera reabierto una llaga que seguía viva en él, a pesar de él, contra esa vida «cicatrizada» que él llevaba adelante; imperdonablemente, Sofía había sacrificado una oportunidad, y Rímini, favorecido por el veredicto de esa discutible justicia retrospectiva, ahora podía hacer lo que hasta entonces, por amor o por miedo, había evitado hacer: olvidarla del todo.

Puso la foto en un estante de la biblioteca, reclinada contra los lomos de los libros. Esa tarde, más de una vez, a lo largo de las seis horas que pasó traduciendo, drogándose y, en tres ocasiones, masturbándose en el baño con un frenesí tal que, al cabo de la tercera vez, la más trabajosa y también la más desesperada, un tenue hilo de sangre, fruto del adelgazamiento de la piel del glande ocasionado por la fricción, tiñó de rojo la insignificante partida de semen que había logrado arrancarse, Rímini se descubrió alzando los ojos y contemplándola con una oscura inquietud. Algo en la foto parecía esconderse cada vez que Rímini la miraba —algo que, invisible pero agazapado, hacía que la foto no fuera del todo suya. De regreso del baño, mientras se deshacía del ejemplar de *Las once mil vergas*, se le ocurrió una idea que lo alarmó: si la foto estaba poseída? Tal vez ella no estaba restituyéndole nada, pensó: tal vez la foto era simplemente el vehículo, el único que Rímini no había frenado o ignorado, por medio del cual Sofía buscaba entrar en la nueva vida de Rímini, entrar y establecerse en ella sin tener que moverse, como si la foto fuera su agente a distancia o su fantasma.

Vera llegó cuando anocheceía y él, con el envión de la cocaína, que convierte al adicto en un monarca y al resto del mundo en una vasta colección de provincias anexables, sometió la idea a su consideración. «¿Fotos poseídas?» Vera sonrió, apuntándole un dedo perspicaz: había descubierto a qué dedicaba sus famosas tardes «de trabajo». Rímini vaciló y se quedó muy quieto, como si estuviera al borde de un precipicio. «¡A ver cine fantástico!», exclamó ella, y avanzó, lo hizo caer en el sillón y lo inmovilizó clavándole una rodilla en el

pecho. Vera –una amazona de brazos flacos y cutículas roídas, víctima del rubor, la ira, la belleza, Rímini sintió que era extraordinariamente afortunado. Cinco minutos atrás, antes de que Vera llegara, el mundo le parecía un lugar inhóspito, envejecido por el rencor y la intriga, lleno de dobles fondos inservibles. Ahora, mientras fingía debatirse y sacudía la cabeza de un lado a otro, como una doncella a punto de ser violada, avasallado por el vigor de ese cuerpo que no le temía, Rímini sentía como si le hubiesen dado una prórroga milagrosa. «Me hago pis», dijo Vera, y así como lo había tumbado se apartó y desapareció rumbo al baño. Rímini quedó tendido en el sillón. Era la hora más indecisa de su vida de drogado: ya no volvería a tomar hasta el día siguiente y las últimas rayas, fraccionadas al máximo por la necesidad de racionamiento, empezaban a quedar atrás, pero su corazón, su percepción de las cosas y sobre todo su sentido del tiempo estaban todavía bajo los efectos de la cocaína, de modo que su relación con el mundo cambiaba minuto a minuto. La huida de Vera, por ejemplo, había sido un suceso casi sobrenatural, algo súbito como un relámpago y largo, a la vez, como un paso de nubes en el cielo, sólo que concentrado en una porción mínima de espacio –algo que al principio sólo atinó a contemplar impávido, como si tuviera lugar en una dimensión inaccesible, y que sólo después, cuando descubrió que la sombra amarilla de su vestido tardaba demasiado en volver, lo hizo reaccionar, incorporarse en el sillón y precipitarse inquieto en dirección al baño, tratando de imaginar lo que la demoraba. Un metro antes de llegar, cuando pasaba por el escritorio, uno de sus pies desnudos pisó algo que casi lo hace resbalar. Era más que «algo»: un trozo de su cara, de la cara que había tenido a los siete años, pero ya no estaba en condiciones de iluminar nada. Se agachó y reconoció en otro pedazo unos barrotes cortados y, más allá, parte de un codo o una rodilla, y un pedazo de cielo, y un lóbulo de oreja que asomaba bajo unas hebras de pelo rubio, y un muñón de frase («ardes con su / vía vive, si está / pee tres veces») que casi lo hizo llorar de dolor. El sonido del ascensor lo sobresaltó. Subía. Vera no estaba en el baño sino afuera, en el palier, llorando con la cara pegada contra la puerta de reja del ascensor. «¿Por qué?», dijo Rímini. Quiso tocarle un brazo. Vera se apartó con violencia. Rímini volvió a tocarla, como queriendo cerciorarse de que estaba ahí y era real. «Sacame la mano de encima», dijo ella, «sos una basura, un hijo de puta.» «Era yo», decía Rímini, «yo a los siete años, en el zoológico. Me la sacó mi padre con una Kodak Instamatic.» Vera se volvió y lo miró con espanto, como si viera a un monstruo. «No puede ser que seas tan cínico», dijo. «Íbamos todos los sábados a la tarde. Yo llevaba un bloc de hojas Canson...» Se abalanzó sobre él y, como una máquina que de pronto pusiera en marcha todas sus funciones al mismo tiempo, empezó a golpearlo en la cara, a

arañarlo, a tirarle del pelo, mientras lo empujaba y lo obligaba a retroceder. La puerta del departamento de enfrente se abrió: dos cachorros de husky se pusieron a ladrarles, a tironear de sus correas amarillas, y arrastraron al palier a un hombre de jogging de tela de avión, con matas de pelo rojizo peinadas hacia adelante, que al ver a Rímimi en bata apartó los ojos con pudor. Rímimi vio la cara de Vera muy cerca de la suya, enorme, desencajada, monstruosa. Entonces le pegó: un cachetazo suave y rápido. Vera quedó paralizada. Hasta los huskies enmudecieron. El ascensor acababa de llegar, bañándolos con su luz cuadriculada. «... y una caja de Stabylo de 36 colores que me había regalado mi abuela...», dijo Rímimi, y la golpeó por segunda vez. Vera retrocedió y chocó con la puerta del ascensor, espantando al perro que pretendía olfatearle los zapatos. «Comprábamos esas galletitas con forma de animales y yo las ponía sobre el papel y les pasaba el lápiz negro por los bordes para dibujar los contornos...» El tercer golpe no llegó a destino: Vera ya se había vuelto hacia el ascensor, de modo que la mano de Rímimi golpeó tristemente contra un costado de su cartera y fue a meterse en uno de los huecos de la puerta de rejas, justo en el momento en que Vera la abría de un tirón. Rímimi aulló, como si una tijera le hubiera rebanado la mano. Vera saltó adentro del ascensor y tras ella, otra vez enardecidos, se encolumnaron los perros y el hombre de jogging, que al pasar junto a Rímimi lo cubrió con una larga mirada de desprecio. Recién entonces, cuando el vecino y Vera sincronizaron sus movimientos, uno cerrando la primera puerta de un golpe, la otra cerrando la segunda y apretando el botón de la planta baja, Rímimi pudo recuperar su mano en llamas.

Tres o cuatro días después, parado a un metro de donde habían sucedido los hechos, Rímimi sostenía con la mano vendada una planilla de correo y con la otra, la izquierda, garabateaba una farsa de firma en el casillero vacío junto a su apellido, y a cambio de ese alarde de invalidez y recursos un cartero asmático le entregaba un pequeño sobre acolchado. Esta vez, la foto tenía bordes dentados: Rímimi viajaba lento, lentísimo, casi inmóvil, por el lago del Rosedal, la cabeza apoyada contra el pecho de su padre, que era el que pedaleaba la bicicleta acuática. Esta vez no había texto. Tampoco lo hubo unos días más tarde, cuando otro cartero le entregó otro sobre con otra foto en la que a Rímimi ya no le resultó tan fácil reconocerse. Tenía seis años, estrenaba el corte de pelo que se había hecho él mismo, sin otra ayuda que la tijera que había robado de un costurero durante una siesta y que por milagro no le había cortado una oreja, y si en la foto estaba solo, apartado de los demás chicos, con las manos en los bolsillos, absorto en la forma y el tamaño de cada ramita que hacían crujir sus pies, no era por las represalias que se había ganado, que, salvo obligarlo a recoger los restos de pelo y tirarlos a la basura, nunca llegaron a

tener una forma definida, sino más bien por convicción, por lealtad a la imagen de atormentada precocidad que había inaugurado con esa media docena de tijeretazos brutales.

Era evidente que Sofía había recapacitado, o al menos cambiado de estrategia: reemplazaba el asedio por una presencia reguiar, benévola, que de paso resolvía la cuestión del reparto de las fotos. Rímimi, por su parte, recuperaba su patrimonio, de infancia y de fotos. No había cedido, pero tampoco se hacía ilusiones. Aunque gozaba de la tolerancia con que Vera trataba de purgar su desplante, ya sabía que nunca podría compartir con ella nada que formara parte de su pasado, una palabra que Vera no podía pronunciar sin tragar saliva, con la que designaba no la vida ya transcurrida de Rímimi en general, sino la vida de Rímimi *sin ella*, que incluía al Rímimi adulto, sexual y sentimentalmente activo pero también, por inofensivos que fueran, al Rímimi recién nacido, al lactante, al desdentado, al temeroso de la oscuridad, al infatigable retratista de animales, al disléxico estacional, al fanático de *Los intrépidos en sus máquinas voladoras*, *Chiti Chiti Bang Bang* y *Un dólar marcado*, y que probaba que ella no siempre le había sido indispensable. De modo que Rímimi recibió las dos fotos y casi sin pensarlo, como si el incidente del ascensor hubiera dividido su vida en dos etapas, paralelas pero mutuamente indiferentes, procedió a guardarlas en una caja que compró especialmente para la ocasión, y sin emoción alguna, menos ocultándola que poniéndola en su lugar natural, guardó la caja en la gaveta más alta del placard del dormitorio. Y mientras cerraba la puerta con un empujón, Rímimi, levemente excitado, se preguntaba: ¿Cómo será la próxima? ¿Cuántos años tendré? ¿A qué estaré jugando?

Pero no hubo más fotos. Una mañana, Rímimi se bañaba y Vera, envuelta en la bata de él, le leía el diario a vuelo de pájaro mientras mordisqueaba una tostada. Era una rutina a la que se rendían con placer: a Rímimi le gustaba recibir el diario a la mañana pero no leerlo, y a Vera, en quien las noticias, a menos que fueran verdaderamente extravagantes, no despertaban la menor curiosidad, le encantaba leer cosas en voz alta, lo que hacía con una dedicación y un entusiasmo extraordinarios, perfeccionando su dicción como una profesora de idiomas y pronunciando *todos* los sonidos de las palabras. Rímimi trataba de capturar el jabón, una especie de ladrillo cremoso inmenso, carísimo, que le había hecho comprar su amigo farmacéutico cuando le pareció oír la palabra «Riltse». El jabón terminó de escabullírsele, pegó dos saltos en la pista de azulejos, golpeó contra la cortina y se deslizó hasta caer parado en el piso. Vera se lo alcanzó mientras seguía leyendo: «... este jueves, cerrando la *tournée* internacional que comenzó hace nueve meses en el Palazzo Pitti de Florencia, siguió en el Centro Beaubourg de y pasó por la Galería Sperone de Nueva

York, llega al Museo de Bellas Artes *La mano menor*, la muestra que reúne dibujos, bocetos, esbozos y otras obras "privadas" del extraordinario artista inglés...».

Igual que algunos sueños persistentes, que además de atormentarlo mientras duerme siguen acompañando al que los sueña una vez que despierta, la reaparición de Riltse tiñó el día de Rímini de un color sombrío. No volvió a pensar en él, pero en alguna parte de la cabeza nunca dejó de sentir la presión discreta pero incesante de una presencia extraña, monótona como el eco de un dolor. Se sumergió en el trabajo. Traducía, o más bien reescribía, una antología de ensayos ilegibles sobre la perversión, anhelando la llegada de cada historia clínica como los lectores de verano las escenas de sexo en un novelón de ambiente asiático. Se drogó como nunca. El cuarto del papel del día anterior, que no había alcanzado a tomar porque Vera había adelantado inesperadamente su visita, lo liquidó unos segundos después de despedirla, en una sola toma, sin siquiera cambiar de orificio nasal. La mezcla de ardor e insensibilidad que lo invadió era tan intolerable que tuvo que masturbarse cuatro veces en tres horas, y para llevar la última a buen término, dado el estado de infertilidad en el que lo habían dejado las tres anteriores, debió envolverse la verga en una de las bombachas que Vera, de un tiempo a esa parte, había empezado a olvidarse en el departamento con alguna regularidad.

De todos los efectos de la separación, al menos de todos aquellos de los que tenía alguna conciencia, el único que verdaderamente seguía tomándolo de sorpresa era el hecho de que los signos del amor que había quedado atrás, signos «de la otra vida», como a menudo le gustaba llamarla, hubieran sobrevivido a la catástrofe y siguieran viviendo en medio de la vida nueva más o menos ilesos, preñados del mismo significado de siempre. ¿Cómo era posible que todo cambiara *menos* eso? ¿Qué clase de criaturas podían tener la fuerza, la obstinación necesarias para atravesar ese verdadero cambio de era geológica que era la extinción de un amor de doce años? A veces, mientras caminaba por la calle, le pasaba que alzaba de pronto los ojos y descubría o se llevaba por delante, literalmente, un cartel con el nombre de un bar, el afiche de una marca de ropa, la boca de una estación de subte, la portada de un libro exhibido en una mesa en la vereda, una revista colgando de un kiosco, una raza de perro, una playa promovida en la vidriera de una agencia de viajes, y sentía que de la mano de uno solo de esos signos banales un bloque entero de pasado, surgiendo de la noche sin aviso, hacía crujir su alma con una violencia brutal, como si fuera a partirla en dos. Entonces, en medio de esa zozobra física, fruto del choque de dos magnitudes de tiempo y no de dos experiencias sentimentales, Rímini pensaba que, de haber algún recurso quirúrgico que le

garantizara el vaciado completo de todos y cada uno de aquellos signos, su restitución a un estado de opacidad original, él se habría sometido al procedimiento sin chistar, con los ojos cerrados, o soñaba entristecido con un mundo que promoviera el uso personal y voluntario de la amnesia, una vida en la que cualquiera fuera capaz, mediante algunos pases sencillos, de extirpar de los signos todos los sentidos que el paso del tiempo hubiera hecho caducar, así como cualquiera elimina de un año a otro los nombres y números que ya no necesitará del índice telefónico de su agenda.

A las seis, seis y media, acosado por el dolor de cabeza, con la boca tan seca que parecía de arena, Rímini se levantó del escritorio y fue a reanimarse a la cocina. Se sentía deshecho. El menor movimiento le arrancaba una serie de bufidos malhumorados. Por primera vez la perspectiva de drogarse le resultaba un juego de niños mezquino, insatisfactorio. Aunque el alcohol nunca había sido una tentación, lo alivió descubrir una botella de whisky en el fondo de la alacena. Ni siquiera recordaba haberla comprado. Se sirvió dos dedos y vació el vaso de un trago. Tuvo escalofríos; un reguero de fuego viajaba por sus venas a toda velocidad. Estaba sirviéndose el segundo vaso cuando lo sobresaltó la sacudida del ascensor que se ponía en marcha. Se alarmó. Echó un poco más de whisky en el vaso, pero luego, de golpe, levantó apenas el pico de la botella en el aire, de modo que el alcohol se balanceó en una línea horizontal, dentro de la botella, hasta quedarse completamente quieto, y se detuvo. El ascensor subía. Lo estremeció el roce del borde de la mesada de mármol contra su sexo, que asomaba exangüe entre los bordes de la bata. Sintió que despertaba de un sueño infinitesimal. Pero cuando quiso cambiar el foco de atención lo detuvo un presentimiento: la idea, no tan descabellada, por otra parte, de que algo importante podía depender de que él estuviera o no allí, velando en la cocina. El ascensor subía acompañado por una nota continua, muy baja, menos un sonido que una profunda vibración interna, y a cada piso por el que pasaba emitía una especie de chasquido metálico, como si cruzara una barrera. Rímini se puso a contar los pisos mentalmente. Tenía palpitaciones. «Segundo... Tercero... Cuarto...» —pero interrumpió la cuenta cuando creyó oír, recortada contra el estrépito, una voz de mujer que tarareaba una melodía. Otra sacudida, esta vez muy cerca, y la vibración desapareció, y todos los demás ruidos del edificio se alborotaron un instante, hasta que el silencio los devoró. Rímini no se movió: desconfiaba de todo. ¿Era en su piso? ¿Más abajo? ¿Por qué no se oía nada? Se sintió *visto*; el pudor lo obligó a cerrarse la bata y atársela con el cinturón. Entonces oyó las puertas del ascensor que se abrían. Tuvo el impulso de correr y pegar un ojo a la mirilla, pero le pareció que ya no tenía tiempo, que lo más importante a esa altura era no delatarse. Alzó los ojos —el único

movimiento mudo del que se sentía capaz— como para distraerse, miró a través del vidrio sucio la ventana de la cocina del departamento de enfrente, un piso más arriba, y descubrió una cara lampiña, de anteojos, que lo miraba. Del otro lado de la puerta, lentamente, unos pies como de enfermo se arrastraron en círculos, como si evaluaran todas las puertas antes de decidirse a llamar a alguna. Después, al cabo de unos segundos, el timbre sonó una vez seco y corto, pero no afuera, en el aire, sino en el interior mismo de su cabeza. Contrajo el estómago y contuvo el aliento. El segundo timbre sonó más fuerte pero también más lejos, mezclado con el ruido de una llave que hurgaba en la cerradura de una puerta vecina. Rímini reconoció las manos de los huskies rasguñando las baldosas, los ladridos afónicos, el susurro con que su dueño intentaba calmarlos. Después, una mano segura aunque un poco cansada golpeó tres veces a su puerta. «Insista, que está en casa», oyó que decía el vecino mientras los perros cargaban contra las puertas del ascensor. Oyó también un agradecimiento y, luego, cinco golpecitos frágiles, ahora ligeramente arrítmicos, contra la puerta. El ascensor bajaba, llevándose al delator con sus sabuesos. A Rímini le dolían las piernas; un principio de calambre empezaba a endurecerle el arco de un pie y tenía la espalda bañada en sudor. Tuvo que mirar la botella de whisky que sostenía para recordar que tenía una mano. Contestaría, pensó. Abriría la puerta y listo. Dio unos pasos vacilantes, los primeros que le parecía dar en años, y salió de la cocina. Posó una mano en el picaporte de la puerta; estaba a punto de abrirla cuando uno de sus pasos hizo crujir el piso. Se quedó quieto; tuvo la impresión de que del otro lado de la puerta hacían lo mismo. Pero después de unos segundos oyó un roce de ropa, ese susurro que acompaña a un cuerpo que se agacha, y cuando bajó la vista vio la punta de un pequeño sobre color lavanda abriéndose paso por debajo de la puerta.

Sí, te odio. Sí, te perdono.

El amor es un torrente continuo.

Como sé que no vas a ser capaz de ir solo a la muestra de Riltse (ya estoy oyéndote: demasiados «recuerdos» —las comillas son tuyas), el jueves a las siete voy a estar en la puerta del museo.

Soy la chica baja y ojerosa de impermeable amarillo (si llueve), o la que acaba de bajarse sin aliento de su bicicleta verde (si el tiempo está bueno).

No podés equivocarte.

Odio tener que decirlo, pero es tu última oportunidad.

Llovió durante veinte horas, desde la madrugada hasta bien entrada la noche, sin interrupción, y tanto, con una violencia tan intensa y pareja, que un estrépito continuo, parecido al de una escuadra de aviones, ensordeció el aire a lo largo de todo el día. Las partes más bajas de la ciudad quedaron anegadas por completo; verdaderos ríos naturales, usando a modo de cauce el recorrido de las calles, arrastraban automóviles a lo largo de cuadras enteras hasta estrellarlos contra algún monumento o directamente embutirlos en las recepciones de los edificios más elegantes del bajo. Rímini había asistido al principio del diluvio. Insomne, leía en el sillón del living con la música muy baja, para no despertar a Vera, cuando vio que dos o tres cajas de discos apiladas sobre la mesa se ponían a vibrar, frotándose entre sí, hasta que una, la que estaba más cerca del borde de la mesa, cayó por fin al piso. Recién entonces oyó, lejano pero inmenso, el estremecimiento subterráneo que se acercaba. Miró por la ventana y en dos minutos, no más, vio pasar el cielo del negro pleno y sin matices de la noche a un gris rojizo, y de ahí, en menos de treinta segundos, a un amarillo malsano, como de piel enferma, estriado por fugaces descargas de electricidad. Abrió la ventana: una brisa ardiente le envolvió la cara. Vio salir gente a los balcones, hombres atontados cerrar postigos, mujeres abrochándose batas o calmando bebés en sus brazos, y esos instantes de complicidad y anonimato, extrañamente suspendidos en medio de la noche, le recordaron el efecto de comunión que de chico le gustaba reconocer en las películas de cine catástrofe. Recién entonces, cuando comprendió que lo que había tomado por un temblor subterráneo era el reflejo de un estremecimiento del cielo, Rímini tuvo una idea de la magnitud de la tormenta. Estalló un trueno fenomenal, de esos que parecen hacer añicos el mundo, y recibió en la cara el golpe de las primeras gotas. En pocos minutos, ese goteo irregular, un poco vacilante, se convirtió en una cortina de lluvia feroz que impedía ver a dos metros de distancia. Rímini se fue a dormir con la imagen de una mancha amarilla flotando en su cabeza —no el impermeable

prometido por Sofía sino esos pilotos de goma que los motoristas usan para hacer sus repartos los días de lluvia.

Cuando despertó, tarde, las columnas de agua eran tan densas y caían con tanta regularidad que parecían quietas. Vera se había ido. Se arrastró hasta el baño, aplastando con los talones el borde de las pantuflas, y se detuvo ante el lavatorio. Cuando alzó los ojos casi pega un salto: en vez de su cara, en el espejo del botiquín había un mensaje de despedida pegado con cinta scotch. Reconoció la letra de Vera, didáctica, llena de rizos, y arrancó el papel sin leerlo. Odiaba recibir sorpresas al despertar, cuando sólo la rutina más monótona le garantizaba un buen pasaje a la vigilia. Pero además estaba el hecho desgraciado, e inconfesable, de que los mensajes de Vera, parientes jóvenes, románticos y saludables pero parientes al fin, no podían no caer en la órbita de la cadena de escritos de Sofía, cuya máxima —*poner por escrito lo que el amor vuelve imposible de decir*— parecían compartir, y Rímini, que por principio era enemigo de las comparaciones, no podía evitar verlos como imitaciones condenadas al fracaso. De modo que salió del baño y empezó a drogarse antes de tiempo, sin haber desayunado y antes incluso de lavarse los dientes, operación completamente mecánica que veía, sin embargo, como la verdadera frontera entre la noche y el día. Antes de las dos de la tarde, la hora en la que pensaba, como de costumbre, sentarse a traducir, ya había liquidado el papel que tenía que durarle todo el día. Llamó al vendedor, avisó que pasaría en quince minutos, colgó antes de que pudieran contestarle. Salió del edificio fuera de sí, en un estado de impaciencia extrema, y recién entonces, cuando se vio con el agua a la altura de los tobillos, recordó el temporal que llevaba casi ocho horas enloqueciendo a la ciudad. Sólo circulaban camiones, y a una velocidad tan reducida que Rímini, caminando a la par, podía sacarles amplias ventajas en una sola cuadra. A las cuatro menos cuarto, completamente empapado y aterido de frío, llegó al departamento de Bulnes y Rivadavia. Un gran pedazo de mampostería, seguramente aflojado por la acción continua del agua, se desplomó junto a él y no lo lastimó de milagro cuando recorría el largo pasillo interno rumbo al segundo cuerpo del edificio.

Le abrieron la puerta. La luz prendida en todos los ambientes, la estufa de gas con su calor dulce y perfumado, el rostro sonriente del vendedor y las dos presencias que advirtió en el departamento, que interrumpieron un segundo la conversación para mirarlo y después, con la misma sonrisa del vendedor, la reanudaron —todo le produjo un efecto de reconciliación, como si la escena, armada con elementos que en cualquier otra circunstancia Rímini habría objetado, en primer lugar la estufa de gas, sin salida al exterior, conectada al pico de gas del zócalo por una manguera de goma, después el

mayor de los dos hombres que conversaban animados alrededor de la mesa, un cantante relativamente célebre, de pelo muy lacio, cortado en forma escalonada, cuyo nombre Rímini no recordaba pero cuya cara había visto varias veces en un programa de televisión de los sábados, donde ejecutaba siempre el mismo repertorio de canciones románticas y agradecía con sus dientes deslumbrantes los aullidos que le dedicaban sus admiradoras apiñadas en las primeras filas de la platea del estudio, y donde, más de una vez, Rímini lo había visto declarar el asco visceral que le despertaba el flagelo de la droga y vanagloriarse de los conciertos que solía dar a beneficio de las instituciones que, igual que él, estaban empeñadas en combatirlo hasta el final —como si esa escena conservara, para el testigo demudado en el que el diluvio había convertido a Rímini, los restos de una civilización que afuera acababa de extinguirse. Le alcanzaron una toalla seca, una taza de café, y lo invitaron a sumarse a la conversación, al fogón, en palabras del cantante, que cada tanto reanimaban inclinándose al unísono sobre las rayas armadas en una bandeja de acrílico transparente, cortesía de la casa, según dijo el vendedor. Apenas Rímini se sentó, el cantante, sin mirarlo ni interrumpir el relato en el que se había embarcado, un informe detallado sobre los caprichos sexuales de un colega con el que salía de gira a menudo, empujó la bandeja en su dirección. «Dos rayas», pensó Rímini: «dos rayas y me voy.» No podía evitar el disgusto que le provocaba el cantante, ahora agravado por la saña con que lo veía sacar a la luz la intimidad obscena de su colega y por la piel de su rostro, que, más de cerca, iluminada por la lámpara que colgaba, al estilo garito, sobre la mesa, tenía el brillo correoso de la piel de lagarto y estaba sembrada de pequeños pozos, pero tampoco quería ser descortés, de modo que aspiró las dos primeras líneas y esperó. Dejaría pasar unos minutos, compraría su dosis y se despediría. Pero los minutos se dilataron, y la impresión de desagrado que le había producido el cantante cedió a la curiosidad, luego al interés y por fin a una cierta forma de confianza, que sellaba de manera instantánea la clase de intimidad a la que cualquier relación amistosa sólo podía acceder al cabo de años. Rápidamente se trataron como amigos de la infancia. El cantante exhumaba anécdotas remotas de su carrera profesional y Rímini, que las ignoraba por completo, siempre tenía en la punta de la lengua la réplica justa, campo fértil donde la anécdota se ramificaba en mil derivaciones entusiastas. Coincidían en todo; se sacaban, como se dice, las palabras de la boca, y cada coincidencia la celebraban como el indicio de algo más profundo que alguna vez, más tarde, se dedicarían quizás a develar. Rímini, de golpe, parecía conocer todas las canciones que el otro traía a colación, por lo general para explayarse sobre los discos de platino que había ganado, los festivales en los que había cosechado premios o las admiradoras

con las que, aprovechándose del hechizo en que las sumían sus melodías, fornicaba en su camarín, la kombi que lo trasladaba o las suites de los hoteles donde paraba cuando salía de gira. Ya se reían a carcajadas. El cantante sacudía todo su cuerpo; Rímini golpeaba la mesa con la palma de la mano y el piso con el pie. Fue como una fiebre. A las cinco y media de la tarde, cuando quiso pararse, Rímini sintió que tendría que deshacer una especie de capullo de algodón que lo envolvía de pies a cabeza. ¿Era su cuerpo o las emanaciones de la estufa? «Voy a echarme un meo», dijo en voz alta. Tuvo que pasar por detrás del cantante, que se acomodaba con dos dedos el pelo detrás de las orejas, y al bajar los ojos vio las cicatrices que recorrían como senderos de hormigas los bordes de su cuero cabelludo. En el baño se demoró buscándose la verga, que la droga había jibarizado al máximo, y contemplando la increíble variedad de toallas limpias y la colección de fijadores, jaleas, tinturas y aerosoles para pelo que ocupaba los dos estantes que corrían bajo el espejo. Salió precipitadamente, como queriendo subsanar la demora; con la premura no terminó de abrir la puerta del todo y se dio la frente contra el canto. Ni el vendedor ni el cantante lo vieron; estaban en la cocina, hablando en voz baja. Rímini cruzó ante ellos y murmuró un saludo confuso. El vendedor lo detuvo cuando llegaba a la puerta. «¿Te vas a ir así, con las manitos vacías?», oyó que decía a sus espaldas. Rímini se rió de su propia torpeza. Compraría dos gramos. El vendedor se sentó a la mesa, levantó del piso una caja fuerte roja, del tamaño de un neceser de baño, la abrió y sacó dos papeles de color turquesa metalizado. Rímini descubrió que no le alcanzaba el dinero. Se quedó con los billetes en la mano, mirando al vacío. «Llevá uno», le sugirió el vendedor, quedándose con uno de los papeles. «No seas grasas», intervino el cantante, que aprovechó que se ponía el impermeable para sacar un fajo de billetes de un bolsillo. «Vas a hacer problema por un papelito.» Rímini no reaccionó. El vendedor dejó caer el otro papel en la palma de su mano. «Es una invitación: no me debés nada», dijo el cantante, cerrándole los dedos sobre el papel. Y preguntó: «¿Te acerco?»

Seguía lloviendo, el cielo era una bóveda negra, las calles desiertas resplandecían. Viajaron unos minutos en silencio, en un auto japonés que se limitaba a zumbar. «¿Música, querés?», preguntó el cantante, mientras metía dos dedos en un cenicero lleno de colillas. «No», dijo Rímini, y vio rescatar un resto de cigarrillo de marihuana. El perfume de la droga no tardó en mezclarse con el olor a desinfectante que flotaba en el auto. Rímini sintió un ligero mareo. El cantante, reteniendo el humo en los pulmones, le ofreció la colilla prendida. Rímini negó con la cabeza; contemplaba la medalla de la Virgen que se balanceaba, colgada del espejo retrovisor. Bajaron por Billinghamurst,

baldeando las veredas a medida que pasaban, y tomaron Las Heras. A medida que se acercaban a la casa de Rímíni, el cantante que había disminuido la velocidad casi al nivel del paso humano y contemplaba, absorto pero sin emoción alguna, más bien con una curiosidad burlona, la negrura que desfilaba a los costados del auto, se puso a evocar la inundación, el maremoto, como decía, que treinta y cinco años atrás había borrado literalmente del mapa a Fortín Tiburcio, la localidad de la provincia de Buenos Aires en la que había nacido. Ese agujero del orto bonaerense, como lo llamaba, donde decía haberse aburrido hasta lo indecible y de donde había huido a los quince años, el cantante, que tenía doce años, lo había visto sucumbir a tres días de lluvia torrencial y convertirse en una laguna hedionda donde las vacas y ovejas muertas, colchones, árboles arrancados de cuajo por el viento y hasta cuerpos humanos flotaban en círculos, atraídos por un desagüe imaginario, y difundían su pestilencia a veinte kilómetros a la redonda. Si fuera por él, por el cantante, Fortín Tiburcio podía haber desaparecido bajo el agua para siempre. Comparando con esa pocilga donde todos los santos días, en cualquier época del año, entre las cinco y las siete de la tarde, una nube inmunda, mezcla de estiércol, animales en descomposición, agua estancada y gallineros, bajaba sobre el caserío y se instalaba como una maldición. Junín, la ciudad en la que había recalado junto con todos los evacuados, le había parecido el colmo de la civilización y la prosperidad. Como todos los evacuados, sin embargo, apenas bajaron las aguas el cantante había vuelto a Tiburcio, y había vuelto, por supuesto que contra su voluntad, para reconstruirlo. Pero dos días después, con la cabeza envenenada por las canciones que los cabecillas de la reconstrucción vecinal, su propio padre entre ellos entonaban para animarse, el cantante huyó de Tiburcio y nunca volvió.

Llegaron. El edificio de Rímíni, como toda la cuadra, estaba hundido en las tinieblas. El cantante se inclinó sobre Rímíni como para mirar a través de la ventanilla. «¿En qué piso vivís?», preguntó. «Sexto», dijo Rímíni. «Pobrecito», dijo el cantante. «¿No querés pasar la noche en casa? Tengo grupo electrógeno.» Estaban muy cerca uno del otro. El cantante lo miraba desde abajo, en una extraña actitud de sumisión, y Rímíni podía ver los diminutos cristales de caspa brillar intermitentemente en las hombreras de su saco. «No, te agradezco», dijo Rímíni. «Cuántos no, corazón: ¿nunca decís que sí?» Rímíni quiso mover una mano para abrir la puerta. No pudo. Un peso inmenso lo aplastaba. «Mmmm. Tengo la boca seca», murmuró el cantante, y se inclinó un poco más. Su voz, ahora, parecía nacer entre las piernas de Rímíni, desde donde subía como una súplica. «Di que sí, doctor No. Di que sí», susurró. «Sí», dijo Rímíni. Sintió que le abrían el cierre del pantalón y que un animal fe-

menino, tembloroso y húmedo, se inmiscuía y escarbaba en sus calzoncillos. «Qué pasa: ¿está desanimada?», dijo el cantante, aniñando la voz. «Vamos a ver.» Abrió la guantera. Un chorro de luz iluminó el interior del auto. Rímini bajó los ojos, se miró la verga, que yacía acobardada entre los dedos del cantante, y no pudo evitar mirarle las uñas limadas, brillantes, impecables. El cantante despejó la guantera de casetes hasta dar con un papel de cocaína que se agazapaba en el fondo. Lo abrió con rapidez, con una sola mano, y volcó lo poco que quedaba de droga en el glande de Rímini. «Ahora resucita, vas a ver.» Le estuvo lamiendo un rato la cabeza, se la frotó contra las encías y por fin se metió la verga entera en la boca. Rímini se quedó quieto, muy erguido en el asiento, mirando el túnel de la avenida, barrido cada tanto por los faros de una ambulancia, o leyendo los títulos de los casetes, todos discos del cantante, que habían quedado en la guantera: *Sólo tú, Algo que decirte, Un amor, un adiós, Remedio para melancólicos*. No sentía nada localizado: todo su cuerpo flotaba en una especie de pecera gigantesca. Flotaba y giraba, flotaba y giraba, como probablemente los animales muertos en la inundación de Fortín Tiburcio, primero despacio, arrastrados por la inercia, luego más rápido, a medida que empezaba a atraerlos la fuerza de las profundidades. Llegó a dar sólo unas vueltas, porque el cantante se incorporó de golpe y, guardando atropelladamente los casetes en la guantera, le dijo: «¿Para esto te abrí mi corazón?» Rímini lo miró con aire compungido. «No me servís: no estoy para bombear. Bajate.» Rímini vio sus mejillas arrebatadas, el rojo intenso de sus labios, como de pintura corrida, el brillo de su piel de cera, las olas de pelo lacio que se acomodaban en cámara lenta en su cabeza. Sonrió estúpidamente. El cantante se inclinó sobre él, le abrió la puerta con desdén y empezó a patearlo, como si quisiera arrojarlo a la calle, mientras, temblando de emoción, le decía: «Bajate, infeliz. Sorete. Puto sin pija. Garcho de última. Bajate de una vez o te violo, o te la corto, o te rompo la cara y el orto.»

Hasta las once y media de la noche, cuando volvió la luz y el departamento, el edificio, la cuadra, la ciudad entera parecieron reanimarse, Rímini permaneció tendido en el sillón del living, inmóvil, con los ojos muy abiertos, esperando que se apaciguaran las palpitaciones que atormentaban su corazón. El teléfono sonó un par de veces. Nunca atendió. Vera no apareció, y Rímini, que intuía que la que había llamado podía ser ella, no hizo nada para comprobarlo. A las doce, cuando dejó el sillón para meterse en la cama, sin siquiera tomarse el trabajo de apagar las luces de la casa, ya había dejado de llover, el rojo óxido que cubría el cielo empezaba a resquebrajarse y la gente de los departamentos vecinos volvía a salir a los balcones, esta vez para compartir el privilegio de haber sobrevivido. Miró un poco de televisión. Todo el

noticiero de la medianoche estaba dedicado al desastre meteorológico que había paralizado a Buenos Aires. Rímini vio evacuados con frazadas amontonados en pabellones de hospitales, casas de suburbios prácticamente 'cubiertas por el agua, autos aplastados por árboles, escuelas cerradas o convertidas en refugios, helicópteros, el salvataje de una familia que arrastraba la corriente. Intercalado en esa sucesión de emergencias, le pareció reconocer el frívolo rosa viejo de las paredes del Museo de Bellas Artes y se incorporó un poco en la cama. Haciendo equilibrio en las escaleras, una cámara inestable, perlada de gotas de lluvia, enfocaba a los guardias que cerraban a toda prisa, envueltos en pilotos oscuros, las puertas de vidrio del museo. Rímini los vio forcejear con el viento y las cerraduras, hasta que la cámara, moviéndose un poco, cruzó delante de un inmenso afiche rojo y negro, la combinación de colores preferida de Riltse, y luego se detuvo un segundo junto a la entrada, donde una mujer de piloto amarillo, completamente empapada, a pesar del paraguas que sostenía en una mano, miraba a uno y otro lado con aire esperanzado y una sonrisa desencajada.

¿Lo seguían? Una tarde acababa de entregar una traducción en una editorial de Congreso cuando reconoció en la calle la misma cara torva y lampiña que le había llamado la atención por la mañana, al subir al subte en la estación Carranza, y dos días más tarde, bajo un chaparrón temperamental, demasiado fugaz para arruinar del todo la mañana celeste, se encontró forcejeando por el picaporte de un taxi con una mujer muy parecida a la que lo había abordado la tarde anterior, cargada de paquetes sorprendentemente livianos, muy desconcertada, dijo, porque llevaba horas buscando la calle Paunero, bajo cuyo cartel estaba parada en ese preciso momento.

Incapaz de seguir esquivando una vieja invitación familiar, Vera se había ido cuatro días a las cataratas del Iguazú, ofendida porque Rímini no había aceptado acompañarla. ¿Cómo pudo ser tan imbécil? Extrañaba menos su presencia que la protección de sus celos, el modo incondicional en que mantenían a raya las formas siempre brutales que tenía el mundo de desearlo o de agredirlo cuando se quedaba solo. Bastaba que Vera se fuera para que todo se volviera resbaladizo y amenazante. Como si se hubieran puesto de acuerdo, un par de amigos que había compartido con Sofía, y que habían sobrevivido más o menos ilesos a la ruptura, empezaron a tener dificultades para verlo, incluso para hablar con él por teléfono o contestar sus mensajes, y cuando Rímini por fin los sorprendía, las explicaciones que le daban le resultaban más sospechosas que el silencio o la distancia. Un mediodía particularmente frío, su padre lo dejó plantado en la puerta de un restaurante escandinavo de la calle Paraguay. Cuarenta minutos más tarde llamó a la oficina y su padre lo atendió en persona; tenía el aire entusiasta que adoptaba cada vez que volvían a hablarse después de semanas sin tener noticias uno del otro. Negó, por supuesto, haber acordado la cita a la que no había acudido, pero como no quería discutir dejó todo lo que estaba haciendo y llegó al restaurante dos minutos antes que Rímini, que volvía del teléfono público de enfrente. Se sentaron a una mesa contra la pared, en el paso de una corriente de aire que

venía de la calle, y cuando su padre se levantó para estudiar la mesa de platos calientes, confiando en encontrar el que convenciera a su hijo de que estaban en el lugar correcto, Rímimi quedó enfrentado con el perfil de un hombre joven, prematuramente calvo, que comía solo, alternando una cucharada de sopa con un párrafo del libro que mantenía abierto con la mano junto al plato. Algo en él —su pequeñez, astuta como la de un prófugo, o el sentido de la distancia con que se movía en el perímetro de la mesa— le resultó familiar, familiar y desagradable al mismo tiempo. Pensó en un vecino furtivo de Las Heras, en un empleado de la casa de máquinas de escribir donde solía comprar cintas. No resultó. Entonces, para identificarlo, lo miró una vez más con atención, dispuesto a correr el riesgo de delatarse, y el hombre, que tenía la cuchara en la boca, reprimió en ese momento un ataque de tos, infló las mejillas y se sacudió hacia adelante como si le hubieran palmeado la espalda, y después de dos o tres sacudidas cortas, como accesos de hipo, en las que la cuchara tembló llena de sopa a la altura de su nariz, se puso a toser desenfrenadamente, rociando toda la mesa de gotitas de sopa de tomate. Bajó la cabeza, miró a todos lados con rapidez y ya se escondía detrás de una servilleta, siempre tosiendo, cuando sus ojos fugitivos cruzaron delante de Rímimi, lo dejaron atrás y se detuvieron en vilo. Aunque ya había dejado de mirarlo, Rímimi lo vio igual; intuyó que se arrepentía, que retrocedía y lo buscaba con disimulo, pero su padre, que acababa de volver con las manos vacías, se interpuso entre ellos y dejó sin efecto toda la maniobra. Diez minutos después, Rímimi adivinó que el desconocido cerraba su libro, pedía la cuenta, pagaba y se incorporaba para irse. Quiso mirarlo por última vez, pero unos treinta y cinco japoneses se levantaron al unísono y dejaron su mesa, que zigzagueaba en medio del salón como una inspirada palabra de scrable, y el desconocido se mezcló entre ellos y desapareció.

Rímimi volvió a verlo dos días después, en una fiesta a la que había decidido ir con la esperanza de encontrar a su vendedor, a quien llevaba un día y medio buscando por teléfono. Tampoco estaba allí: alguien le dijo que había pasado, que se había ido, que quizá volviera. Rímimi decidió esperarlo. Se emborrachó muy rápido, bebiendo de vasos que iba olvidando en lugares distintos de la fiesta, de modo que cuando tenía ganas de tomar algo siempre encontraba a mano un vaso que podía ser el suyo y lo vaciaba sin contemplaciones. Acababa de escupir un cóctel de ponche y ceniza cuando lo vio: estaba en el centro de la pista, moviéndose bajo la luz que parpadeaba. Algo en su cuerpo, quizá la curva de su espalda vencida, que el baile estilizaba en una suave joroba, le llamó la atención. Y mientras la música y la gente que bailaba y las botellas y los cuerpos derrumbados en los sillones iban empequeñeciéndose lenta, ine-

xorablemente, víctimas de ese efecto de reducción y lejanía que sus borracheras ejercían sobre el presente, la verdadera identidad del desconocido fue saliendo del fondo oscuro donde dormitaba.

Era el responsable de la mesa dulce en las reuniones que Frida Breitenbach celebraba todos los fines de año con sus discípulos y pacientes. Fue como asistir a la restauración de un viejo mundo sumergido: el perchero cargado de abrigos, las alfombras encimadas, el pequeño living superpoblado de gente quieta que hablaba en voz baja para ocupar menos espacio —y Frida, menuda y maciza, sentada en su trono individual, el único punto del living al que se llegaba por una *decisión*, no por falta de espacio, y los discípulos que se apretujaban en el diván y, enfrente, apilados en el sillón grande, o dispersos en el resto del departamento, los espásticos, los hiperkinéticos, los parkinsonianos, los escoliósicos, los insomnes, los contracturados, los obesos, los pianistas, las bailarinas: la pintoresca y vasta corte de pacientes Breitenbach. Rímini vio la mesa tapizada de budines y tartas, el arsenal de pretzels y panes de cereal, las jarras de jugo de arándano, y volvió a sentir el calor asfixiante que una vez por año, a lo largo de casi doce, solía embrutecerlo de sopor. Entonces dio con la escena que le estaba haciendo falta: Sofía tenía un plato y el desconocido le servía la porción de tarta que Frida acababa de reclamar con su estilo imperial, golpeando el piso con el bastón. Y Sofía, con la dicción un poco didáctica que afea las voces que suenan en la memoria, decía: «Gracias, Javier.» La asociación del desconocido con Sofía lo perturbó. Pero Rímini estaba borracho, y el contexto en el que veía ahora a Javier era tan distinto del contexto en el que estaba acostumbrado a verlo, tan distinto, sobre todo, de los contextos en los que hoy, separado de ella, podía imaginar a Sofía, que no tardó en tranquilizarse.

Hubo una repentina crisis musical. Dos personas debatían el rumbo que debía seguir la fiesta, mientras la gente protestaba en la pista. Rímini, como impulsado por un mero reflejo cooperativo, se abalanzó sobre el equipo de música y chocó con una materia dura, huesuda, forrada de cuero, que se dio vuelta para increparlo y al verlo, en cambio, sonrió. «Javier», dijo Rímini —y se dio cuenta de que sólo lo decía para darse el gusto de oírlo pronunciado ahora, aquí, en el presente. Estuvieron un rato mirándose, asintiendo con la cabeza y palmeándose, muy sonrientes, menos satisfechos por haberse reconocido que por detectar los cambios que el otro había experimentado durante el tiempo que habían pasado sin verse. Se pusieron a examinar discos juntos, a nombrarlos y burlarse y descartarlos, hasta que en algún momento dijeron algo sobre el pasado y empezaron a hablar, y alguien de la fiesta —alguien a quien la fiesta todavía le interesaba— tuvo que apartarlos de mal modo para reanudar la

música.

No, le dijo Javier, con esa segunda edición de vergüenza que se finge cuando se recuerda algo embarazoso, ya no era responsable de la mesa dulce en las reuniones de Frida. Ya ni siquiera era discípulo de Frida. Había entrado en crisis. De golpe había mirado a su alrededor y comprobado hasta qué punto su vida, y no sólo su problema de disco, por el que había sido desahuciado por todos los especialistas que había consultado, sino todo, desde la marca de dentífrico que usaba hasta las razones que había dado para terminar su última relación amorosa, desde los libros que había o no que leer hasta los países que convenía conocer, los medios de transporte en los que viajaba, las prácticas sexuales que prefería, el tipo de relación que tenía con sus padres —hasta qué punto todo en su vida estaba bajo el control de Frida. Aterrado, había decidido tomar distancia para pensar. Pero esa tregua, que él imaginaba momentánea, destinada a poner en claro las ideas, y no como una ruptura, lo que no impidió que Frida, que probablemente adivinara lo que se ocultaba detrás, decidiera combatirla desde el principio, rápidamente había dado lugar a una necesidad de otro orden, más imprecisa pero también más radical. Después de dos meses difíciles, en los que los ejercicios y el tiempo consagrados a tratar sus dolores vertebrales fueron reduciéndose cada vez más, desplazados por un debate interminable sobre una determinación que Frida consideraba hija del miedo y no de la fuerza, a Javier no le había quedado más remedio, perturbado por el ensañamiento de la que él, así como todos los discípulos, incluida Sofía —y al decir Sofía había bajado la voz, como si temiera convocar a un espectro o con el propósito de dejar en claro ante Rímini que Sofía bien podía ser un tema de conversación—, siempre había considerado su única maestra, que irse por las malas, dando un portazo, sencillamente para protegerse, y debiéndole dos meses que nunca le pagó. Y la libertad que había sentido esa misma noche se la debía en buena parte a él. «¿A mí?», preguntó Rímini. A él y a Sofía, o mejor dicho a la separación, que no había coincidido con su crisis personal sino que la había puesto en marcha, demostrándole que hasta las construcciones más sólidas y mejor diseñadas podían derrumbarse y que, contra todo lo que había sostenido hasta ese momento, más allá del desmoronamiento había vida. Rímini se ruborizó. Lo avergonzaba que un acontecimiento de su vida personal cobrara esas dimensiones pedagógicas. «No, en serio», insistió Javier, palmeándole un hombro en señal de gratitud: «¡La separación de ustedes fue la caída de mi muro de Berlín!» Rímini se rió. Después hizo cálculos y con un escalofrío se dio cuenta de que, efectivamente, mientras él hacía las valijas en Belgrano, Buenos Aires, en Berlín, una jauría de alemanes desorbitados se había puesto a demoler a golpes de pico la obra de albañilería más significativa

de la política del siglo XX. Pero luego miró con disimulo la espalda encorvada de Javier y sintió una leve inquietud. Imaginó amigos, gente conocida, incluso perfectos desconocidos que, enterados de la ruptura entre Sofía y él, la habían convertido en una enseñanza, una lección de vida, y se habían encolumnado tras ella con los resultados más desastrosos —en el caso particular de Javier, martirizado desde hacía años por esa hernia de disco, desertar de buenas a primeras del tratamiento Breitenbach, el único que después de años de buscar y probar, ya resignado a pasar por el cuchillo, le había proporcionado algún alivio. Javier lo tranquilizó: su espalda seguía mortificándolo, sí, pero no estaba peor, y la idea de que la prédica de Frida había tenido una porción importante de responsabilidad en su dolor, no ya en mitigarlo sino en provocarlo, seguía resultándole tentadora. No se arrepentía de nada. Al principio se había sentido a la deriva, a solas con su padecer, que, sugestión o realidad física, se había multiplicado de la mañana a la noche. Una especie de paria, autoexiliado de la comunidad que le había dado asilo, y por lo tanto sin posibilidad alguna de volver en caso de arrepentimiento, condenado a vagar con su mal a costas por un mundo que hacía tiempo había dejado de contarle entre los suyos. El costado sociedad secreta del cenáculo Breitenbach recién se le había revelado en el momento de comunicar su decisión de abandonarlo, cuando Frida y su séquito, igual que un sistema inmunológico que se activa ante la presencia de un virus, desplegando todas las armas disponibles para repelerlo, estrecharon filas y lo hicieron blanco de un repudio unánime. Había renunciado a Frida y con ella, sin saberlo, a todas las relaciones que le había tocado entablar a lo largo de diez años, Sofía incluida, dijo Javier, y volvió a bajar la voz. No contestaban sus llamados, lo evitaban, devolvían por correo los discos o libros que alguna vez les había prestado, fingían no verlo al encontrárselo en algún sitio público, y a puertas cerradas, en la intimidad del living de la calle Vidt, las pocas veces que se referían a él y a su caso no lo llamaban por su nombre sino con la expresión «el traidor», acuñada por Frida. Traidor —él, que de muy joven, secuestrado por las fuerzas de seguridad, había resistido dos meses de interrogatorios y tormentos sin abrir la boca, sin entregar uno solo de los nombres que le reclamaban sus verdugos, nombres que la simple inminencia del suplicio, anunciada por el estrépito de las rejas que se abrían y los pasos que se acercaban, bastaba para colocarle en la punta de su lengua. A él, traidor, ese puñado de inválidos físicos pero sobre todo psíquicos que, en el colmo de la autosugestión, compenetrados a fondo con el papel que Frida les había asignado, centinelas del equilibrio emocional profundo, tomaban los desplantes de una anciana déspota por axiomas existenciales sagrados y sus teorías más extravagantes por verdaderas revelaciones terapéuticas, y, lo que era todavía

peor, presentaban y defendían ese malentendido escandaloso como si fuera vaya uno a saber qué forma contemporánea del saber. Javier se detuvo para recuperar el aliento. Tenía la cara de un color púrpura intenso; se le habían hinchado las venas de las sienas. «Bueno, ya está», lo calmó Rímini. «Ya pasó.» Le ofreció ir a buscar bebidas, pero Javier no contestó. Ni siquiera lo miró; tenía los ojos clavados en un punto fijo, remotísimo, del espacio, y las escenas de la fiesta se reflejaban en sus pupilas como en un espejo muerto. Al parecer, lo que más había afectado a Javier era el espíritu de cuerpo con el que lo habían condenado. Ojalá las purgas estalinistas hubieran gozado de una unanimidad parecida. O Jim Jones. O David Koresh, dijo Rímini, confiado en que la enumeración, por su tendencia natural a la comicidad, rescataría la conversación del abismo de amargura en el que se hundía. Eso, dijo Javier, bruscamente animado: ¡Al lado de Vidt, Waco debió ser Mayo del 68! Y sus carcajadas ¡re- tumbaron como truenos sobre la música. Algunas cabezas se volvieron hacia ellos y Rímini, aprovechando la tregua, señaló con un gesto vago una habitación contigua, murmuró «bebida» y prometió volver enseguida. Pero una mano saltó sobre su antebrazo y lo retuvo con fuerza. «Vos te salvaste», le dijo Javier. «Te escapaste a tiempo.» «Bueno», dijo Rímini, «yo sólo acompañaba. Nunca tuve nada que ver.» «Vos sabés lo que quiero decir», lo interrumpió Javier. Rímini notó en su voz un tono de amenaza. «Se te ve genial», dijo Javier. Rímini asintió sin mucha convicción. Y sin embargo, apenas empezó a desplegar las evidencias de su bienestar, no tanto porque creyera en él como para satisfacer la expectativa imprecisa que detectaba en Javier, un extraño entusiasmo lo invadió. Habló de la juventud de Vera y la resurrección del deseo, de los celos de Vera y los huskies del vecino, de los tobillos de Vera y de vivir solo, del viaje de Vera a Iguazú, ya intolerable de tan largo, y del vértigo de las traducciones, de la vivacidad sublime que Vera le había inoculado a su vida. Y cuando terminó, cuando volvió a pasar el peso del cuerpo de una pierna a la otra y se dispuso otra vez a salir en busca de bebidas, Javier volvió a colgarse de su antebrazo, lo miró a los ojos y con una voz frágil dijo: «Todos, ¿entendés? *Todos*. Incluso Sofía, Rímini. *Sofía*. Vos sabés la relación que yo tenía con Sofía. ¿Cómo pudo, Dios mío? ¿Cómo pudo hacerme una cosa así?» Entonces Javier enmudeció —su voz, incapaz de dar cuenta del grado de sufrimiento que lo asolaba, pareció cambiar de estado y se convirtió en un temblor suave, masivo, que abarcaba o nacía de cien puntos de su cuerpo al mismo tiempo. «Bueno», alcanzó a decir Rímini, «no es para tanto. Es el pasado. Lo importante es que estás afuera, ¿no?» Muy despacio, como si el simple acto de alzar los ojos le exigiera un esfuerzo inconcebible, Javier lo miró y Rímini pudo ver cómo el temblor emigraba ahora hacia su rostro y se

desparramaba bajo su piel a gran velocidad, y comprendió que si Javier *seguía* aferrado a su brazo ya no era para impedirle que se fuera: era lo único en el mundo que lo separaba del desmoronamiento total. Rímini empezó a retirar uno por uno sus dedos tensos, entumecidos, que a medida que se retraían dejaban ver los pequeños cráteres que habían dejado sobre la manga. «¿Afuera?», dijo Javier con un hilo de voz. «Quién quiere estar afuera. Me falta el aire. Me salen manchas en el cuerpo. Hago pis con sangre. Se me cae el pelo. Me paso días sin dormir. Es mi vida, Rímini. Quiero estar *adentro*. Es el único lugar donde *puedo* estar.» Se echó a llorar. Estaba pálido, lloraba con los ojos muy abiertos, gimiendo como un animal. «Ayúdame, Rímini. Por favor, te lo pido.» «Qué puedo hacer yo», dijo él, apartando el dedo anular de Javier. «Hablar con Sofía. Hací eso por mí. Decile que quiero volver al grupo.» «Pero... estamos separados.» «No importa.» «Hace mucho que no la veo.» «No importa. Ella te va a escuchar.» Rímini se liberó del meñique. «No creo que quiera. No le contesto las llamadas. La dejo plantada.» Javier no dejó de llorar: salió del llanto como quien sale de una habitación, simplemente abriendo una puerta. Todo su desamparo se desvaneció, tragado por esa dimensión invisible donde se produce la alquimia de los sentimientos, y cuando reapareció era pura hostilidad. «Sofía te adora, Rímini», dijo, sacudiéndolo con violencia. «Haría cualquier cosa que le pidas.» Rímini lo miró con incredulidad, como si la misma razón que él se daba para rehuir todo contacto con Sofía, declarada por otro, sonara extrañamente insultante. Había algo obsceno, en todo caso, en la arrogancia con que ese casi desconocido que no vacilaba en humillarse ante él se jactaba, al mismo tiempo, de tener acceso a las trastiendas más recónditas de su vida sentimental. «Deja-me en paz», dijo Rímini rápido, y dio media vuelta y se alejó. Javier lo siguió. Más de una vez, frenado por un embotellamiento de gente, Rímini sintió sus dedos trémulos pero persistentes pellizcarle una manga, un hombro, una mano, y se los sacudió como a insectos. Por suerte la música y las voces le impidieron oír sus gritos. En un momento, cuando atravesaba el amplio salón donde la gente bailaba bañada en luz negra, Rímini se volvió para medir la distancia que los separaba y se encontró con la imagen grotesca de unas fauces muy abiertas, como de dibujo animado, donde brillaban dos filas de dientes fluorescentes. Cerca de la entrada, medio a ciegas, porque todo estaba en tinieblas, dio con el cuarto de los abrigos. Quiso abrir la puerta, pero Javier se interpuso. «Qué te cuesta», le suplicó, jadeando. «Vos sos fuerte, ya estás salvado. No tenés nada que perder.» «No entendés», contestó Rímini. «No *quiero* pedirle nada.» Javier quedó paralizado, como si lo hubieran golpeado en el estómago. Después, mientras empezaba a crecerle una furia ciega, lo miró y dijo: «Por qué» —no exactamente a Rímini, de quien sabía que

ya no tenía nada más que esperar, sino a algo o a alguien más general, más indefinido, una especie de responsable cósmico de su calvario. «No quiero estar en deuda con Sofía», dijo Rímini. «Ahora ¿me dejás pasar? Quiero irme.» Javier pareció volver en sí y se apartó un poco, apenas lo necesario para que Rímini pudiera abrir la puerta pero tuviera que empujarlo para entrar. Había en la habitación una luz débil, de velador, de modo que los abrigos, acumulados sin orden sobre la cama, habían terminado formando una parva en la que era imposible distinguir nada. Rímini, con los ojos de Javier clavados en su espalda, hundió las manos y tanteó en busca de su campera. Tocó cuero, una lana tosca, algo de metal, un tejido muy abierto en el que se le enredaron los dedos, hasta que algo cálido, suave, inmóvil pero vivo lo hizo retirar las manos con repugnancia. Retrocedió unos pasos. Javier estaba a su lado, sonriendo con aire burlón. «Sabía que eras ingenuo», le dijo, «pero no tanto. ¿Te creés que alcanza con no pedirle nada? Pobrecito. Pobre gil. Hay que ser idiota para no darse cuenta.» Rímini se enderezó despacio y tardó en mirarlo. Tenía miedo, miedo de descubrir todo lo cerca que ese jorobado pusilánime podía estar de una verdad que él desconocía por completo. «Darse cuenta de qué», preguntó. «Ya estás hasta la cabeza, Rímini. Cuánto tiempo estuvieron juntos. ¿Ocho? ¿Diez años?» «Doce», dijo Rímini. «Da igual. Sofía es la Gran Acreedora. Y vos, Rímini oime bien, vos ni siquiera sos el deudor. Sos el rehén. Sos la garantía de que alguien, alguna vez, le va a pagar lo que ella reclama.» Rímini lo miraba ahora con la boca entreabierta, como idiotizado por su crueldad. Javier se echó a reír. «Te miro y me vienen a la cabeza todas palabras viejísimas: *pajarón, lelo, bobaina, chitru*... ¡Y pensar que yo te veía en las reuniones de fin de año y te envidiaba!» Se atragantó con su propia risa y tuvo que dejar de hablar, y Rímini aprovechó para pegarle —primero sin pensar ni apuntar, como si, ciego, lanzara en todas las direcciones una lluvia de golpes preventivos, menos para dañar que para mantener alejado a un enemigo invisible, hasta que lo vio en el piso hecho un ovillo, tapándose la cara con los brazos, y al oírlo gemir tuvo ganas de lastimarlo, y después de examinarlo con atención, cosa de distinguir sus puntos débiles, se puso a darle golpes con los pies en el pecho, el estómago, las costillas, todas zonas que sus brazos, ocupados en protegerle la cara, habían dejado a la vista, y luego, cuando por un simple reflejo los bajó, tratando de bloquear la andanada, le pegó de lleno en la cabeza, y cuando lo tuvo en el piso, inerme, volvió a patearlo una y otra vez, con la regularidad de una máquina de patear, hasta que dejó de sacudirse y Rímini vio que los abrigos empezaban a temblar, resbalaban y caían, arrastrando a su paso a los de más abajo, y que un chico de cuatro o cinco años con una mancha de nacimiento en el cuello se ponía de pie en la cama, muy tieso sobre sus piernas chuecas, y lo

miraba con una soñolienta contrariedad, como el déspota que se pregunta qué
necedad del mundo de los mortales pudo atreverse a arrancarlo de la esfera
perfecta del sueño.

Pero Vera volvió, y cuando Rímini la detectó en el aeropuerto, zigzagueando entre sus compañeros de vuelo para recoger las valijas, y vio cómo su belleza y su gracia recrudescían con la despreocupación, desentendidas de él, que las admiraba a lo lejos, el incidente de la fiesta ya tenía la consistencia débil de un sueño. Todo parecía dudoso, como esas imágenes que entrevemos en la pantalla del televisor un segundo antes de dormirnos y quedan suspendidas para siempre en la incertidumbre. Los padres de Vera salieron primero, ella fumando uno de esos delgados cigarrillos de colores que se hacía traer del exterior, él más atrás, enorme y jadeante, con cara de necesitar vacaciones de las vacaciones. Se detuvieron en el hall, miraron a un lado y otro, buscándolo, hasta que la madre lo reconoció y empezó a caminar sonriendo hacia él. Pero Rímini esquivó su mejilla llena de polvo, esquivó la mano con la que el padre quiso interceptarlo y los dejó atrás y burló también a una mujer policía para abalanzarse sobre Vera, que luchaba con su valija rodante —una ruedita trabada—, para besarla y abrazarla hasta la sofocación, hasta que los demás pasajeros, formados en una larga cola, los exhortaron a despejar la salida, y Vera, asomando la cabeza entre los brazos de Rímini, lo miró por primera vez a los ojos, un poco atónita, y frunciendo los labios dijo que sí, que la había pasado bien, que todo habría sido perfecto de no ser por ciertos contratiempos que jamás habría sufrido si él, Rímini, hubiera aceptado viajar con ella. Sin dejar de abrazarla, Rímini le pidió perdón, se declaró culpable de todo, reclamó para sí la peor de las penas y mal que mal, abismado como estaba en admirar todos sus tesoros recuperados, la ve del pelo en la frente, las manchitas de rubor alrededor de los labios, los labios, tan rojos que era como si alguien acabara de besárselos con furia, se dispuso a escuchar los calvarios que habían ensombrecido a la viajera. La mayoría eran irrelevantes, probablemente inventados: turbulencias en el vuelo de ida, encuentro con algún reptil venenoso en plena selva. Rímini eligió dos: un resfrío alérgico —atracción de frutas exóticas— que le había dejado unas palpaduras deliciosas en

los bordes de las ventanas de la nariz; la «herida terrible» que un ejemplar particularmente agresivo de cactus le había hecho en un muslo mientras caminaba, mareada, para colmo, por un puente suspendido sobre el agua, que cualquier médico sensato —no el inútil del hotel, al parecer menos interesado en la lesión que en las piernas de la paciente— habría cerrado con unos puntos, que la envolvió en una nube de fiebre durante toda una noche —el cactus era venenoso, aunque «por un milagro» no mortal— y que Vera se negó a mostrarle en el taxi, aun cuando las bermudas de safari que llevaba favorecían el examen ocular y la avidez clínica de Rímini estaba en su apogeo, hasta que llegaron a Las Heras, entraron atropellando con valijas y bolsos y, sin cerrar la puerta de calle, se desplomaron en la cama que Rímini, tres horas atrás, al salir hacia el aeropuerto, había desistido de hacer, y donde después de un breve forcejeo con el pantalón pudo observar de cerca y conmoverse y rozar con los labios la «herida terrible» —un rasguño pálido, no más grande que una uña y casi invisible, que cualquier observador ocasional, no Rímini, naturalmente, habría confundido con un desliz de birome roja.

Rímini le dio asilo de inmediato, sin pensarlo. Aceptó una por una todas las exigencias que Vera formulaba con una ofuscación aniñada, sentada muy recta en la cama, mientras él iba y prendía el televisor, ponía la pava al fuego, cerraba los postigos, desconectaba el teléfono, salía en busca de facturas o cigarrillos, masajeara las plantas de sus pies, salía otra vez, ahora a la farmacia, a comprar una pomada para las paspaduras de la nariz, agregaba una almohada, quitaba frazadas, entreabría la ventana y volvía a cerrarla, la dejaba dormir sola, acudía a su llamado, se desnudaba, se deslizaba debajo de las sábanas, le daba calor, se calzaban uno en el otro, las manos de ella entre las piernas de él, las manos de él en las axilas de ella, las piernas enredadas, y, sin hacer el menor esfuerzo, sin siquiera moverse, como si el deseo fuera tan intenso que ya no necesitaba órganos para manifestarse, cruzaban un umbral y se estremecían en millones de espasmos diminutos y caían en el sueño sin separarse.

El asilo duró ocho días: exactamente el doble que el resfrío y que el tiempo —imperdonable— que Rímini la había dejado a merced del flagelo subtropical. Después de dos ardientes días que consagró a redimirse, Rímini interrumpió las traducciones sin el más mínimo remordimiento: su escritorio quedó intacto, como congelado en el tiempo, con los diccionarios y los libros abiertos, los papeles en desorden, una hoja escrita por la mitad en el rodillo de la máquina, y cada vez que pasaba por delante Rímini lo miraba con ojos distantes, los mismos con que habría mirado la misma escena reconstruida en un museo. Se pasaba la mayor parte del día en la calle, llevando a cabo los encargos y ejecutando las instrucciones que Vera le impartía por la mañana

desde la cama, su verdadero cuartel general, tapada hasta el mentón por una sábana rociada con el azúcar y las migas del desayuno. Vera era el motor inmóvil, Rímini la repercusión. O Vera era la fuente de irradiación, un centro absoluto y encaprichado, que hacía valer sus debilidades más primitivas –jugo de naranja exprimido a la mañana, voracidad a la hora de comer, zoquetes blancos, pastel de papas, tobilleras, Patrick Süskind, mucha azúcar en todo, pellejos roídos, zapatos de hombre sin medias– con una impudicia soberana, y Rímini, que era el planeta más próximo y por lo tanto más deslumbrado, una especie de emisario incondicional, incansable, encargado de transportar y difundir su luz por todos los rincones de la galaxia. Una tarde, después de saldarle tres cuotas atrasadas de la Alianza Francesa, Rímini, de pie en un vagón de subte, volvió a saborear el orgullo que había sentido ante la cajera que le cobró –el orgullo de *representar* a Vera ante los representantes desconocidos del mundo de Vera–, se miró de reojo en el vidrio de la puerta y descubrió en su cara una sonrisa idiota, completamente embelesada, que jamás pensó que tendría. El subte paró en Tribunales; subió gente. Un chico pelirrojo y atolondrado, vestido con uniforme escolar, le rozó una mejilla con una esquina de su carpeta de dibujo y Rímini tuvo el impulso, fugaz pero intensísimo, al punto de que debió ponerse de espaldas a su agresor para no obedecerlo, de estrellar su cabeza rojiza contra la puerta.

Era lógico: hacía cuatro días que no se drogaba –cuatro días en que la cocaína había sido literalmente borrada de su vida. Pero esa desintoxicación, llevada a cabo imperceptiblemente, como sólo sucede con las curas por amor, no fue la única evidencia que le deparó su período devocional. Más de una vez, de vuelta de las «misiones» –como las llamaba en su idioma privado– que le encomendaba Vera, entraba a Las Heras y lo asaltaba una sensación inquietante, la extrañeza que se apodera del que deja un lugar y cuando vuelve lo encuentra misteriosamente cambiado. Le costó unos días descubrir cómo, en qué. Pero se dio cuenta de que eran cambios parciales, que un ojo menos suspicaz hubiera podido atribuir a una distracción o una corriente de aire. Después, retrospectivamente, las pistas empezaron a multiplicarse: su agenda no estaba donde la había dejado; los cajones que dejaba cerrados aparecían entreabiertos; el contestador automático no había registrado llamados; algunos libros, disconformes, al parecer, con el orden alfabético, emprendían mudanzas intempestivas en la biblioteca –sobre todo los libros grandes, hospitalarios, ideales para guardar secretos, señaladores, servilletas de bar, trozos de papel, cartas, tarjetas postales, fotos, números de teléfono...

Vera aprovechaba sus salidas para investigarlo. Se sintió un poco imbécil. ¿Cómo no había pensado en la escalada de celos que desencadenaría al negarse

a acompañarla a Iguazú? Pensó en ella. La vio sentada en la cama, despidiéndolo con ese exceso de impaciencia que él solía atribuir al amor, a la relación siempre insatisfactoria que el amor mantiene con las despedidas, y luego, segura ya de haber quedado sola en la casa, la vio lanzarse sobre su agenda y hojearla con desesperación, tratando de desentrañar un nombre, una cita, una huella crucial. La vio frágil, desolada, como consumida por la esterilidad de su afán, y el descubrimiento lo enterneció, haciéndolo sentir más poderoso que nunca. Una noche le propuso que se fuera a vivir con él. Vera se iluminó pero se contuvo enseguida; lo miró a los ojos larga, inquisitivamente, como dándole *a él* la posibilidad de pensarlo mejor. Rímimi no se acobardó, y Vera le preguntó mil veces si estaba seguro, si era de verdad, si eso era lo que quería, si lo había pensado bien, si se lo proponía porque quería o porque —y él dijo sí, sí, sí, y ella, con voz clara y grave, como si leyera un documento legal, pasó a enumerarle todas las taras con las que se comprometía a convivir, distinguiendo las que tenían solución de las irreversibles, las frívolas de las indispensables, y él, abrazándola con gratitud, asintió a todas, agregó incluso algunas que ella había omitido, y mientras la besaba en el cuello le dijo que no creía que hubiera taras con solución. Ella se rió. Él la alejó un poco para mirarla reírse y en eso vio cómo una rápida sombra de miedo la atravesaba y su risa se volvía una mueca de espanto. Se largó a llorar, le suplicaba que no dejara de abrazarla. «No lo puedo evitar», dijo: «cuando todo está bien, siempre pienso que se acerca una tragedia.»

Comieron en el restaurante chino de Paunero, un lugar amplio, sobreluminado, con una flota de helechos que sollozaban sobre las mesas vacías y otra de mozos que miraban aburridos hacia la calle. Comieron es un decir. Después de pulsar con la media lengua del menú, era previsible que los platos que les sirvieran no fueran los que habían pedido, y bastaba echar un vistazo al local, donde, salvo un hombre que comía ensimismado en su plato, de espaldas a ellos, del que resultaba imposible decidir si era un cliente o pertenecía al personal del lugar, no había, no había habido en horas o en días nadie más que ellos, para adivinar hasta qué punto la comida era incomible. De modo que picotearon unas cosas con tentáculos que chapoteaban en una salsa brillante y se dedicaron a beber, a gozar con descaro de la inmunidad que parecía protegerlos de todo lo indeseable, los platos amenazantes, la hostilidad de los mozos, la decoración —dragones, retratos de boxeadores, biombos de papel con fotos de estrellas de televisión recortadas de revistas— y hasta la susceptibilidad del otro comensal, que más de una vez, sobresaltado por sus risas, se había dado vuelta y los había fulminado con sus ojos inyectados en sangre. Salieron borrachos. Vera daba tres pasos y trastabillaba, y Rímimi tenía

que abrazarla para que no se derrumbara. Se quedaban un rato así, abrazados, apoyados contra el tronco de un árbol, hasta que Vera contestaba una, la más simple de las preguntas con que Rímini testeaba su grado de lucidez, y reanudaban juntos la marcha hacia Las Heras.

Doblaron por Cabello, avanzaron encegucidos contra la luz del reflector de cuarzo que iluminaba toda la cuadra. Vera, que no concebía la idea de moverse de un punto a otro sin discutir todos los caminos que tenían a su alcance, objetó el recorrido y quiso dar marcha atrás. «Por Canning. Por Canning», balbuceó. «Vamos *hacia* Canning», dijo Rímini, tomándola de los hombros y obligándola a girar sobre sí misma. «Estoy muy mareada», dijo Vera: «creo que me voy a quedar acá.» «Son dos cuadras», dijo Rímini. «Acá, acá está perfecto», dijo ella, señalando un zaguán oscuro. «No, no», dijo él, «apoyate en mí, yo te llevo.» Dieron unos pasos más, hasta que Vera se detuvo con los ojos muy abiertos, como si recordara algo importante. «Creo que voy a vomitar», dijo. «Respirá hondo», dijo Rímini. Vera inhaló rápido y corto, cerró los ojos y volvió a tambalearse. Rímini la sujetó con fuerza. «Abrí los ojos», dijo; las pestañas barrieron el aire con desdén y los enormes ojos verdes de Vera admiraron la enorme mancha de luz. Algo crujió en la memoria de Rímini — uno de esos recuerdos mecánicos, laterales, que de pronto se desperezan, remueven los escombros y emiten una chispa. «Repetí», le susurró al oído: «relajo la lengua por debajo de la lengua.» «¿Qué?» «Es para relajarte. Repetí: "relajo la lengua por debajo de la lengua".» «Cómo "la lengua *por debajo* de la lengua". Qué decís.» Ésa era la pregunta que Rímini siempre había querido hacerle a Frida Breitenbach —*siempre*, desde la mañana en que oyó esa suerte de mantra por primera vez, de boca de Sofía, en el patio del colegio, segundos después de que Sofía aceptara su propuesta de salir juntos y Rímini, con el corazón descontrolado, casi se desmaya bajo la escalera del patio de primaria, hasta la última, la madrugada en que Rímini, que acababa de reservar el departamento de Las Heras, luchaba contra el insomnio en la cama, a centímetros de la mujer de la que había decidido alejarse para siempre. «Shh, callate y repetí: "relajo la lengua por debajo de la lengua"», insistió él. «No, en serio», dijo ella, cruzando un brazo delante del pecho de él, como frenándolo a centímetros de un abismo. «Voy a vomitar *ahora*.» Se quedaron quietos como estatuas, bañados por la luz despiadada del cuarzo. En un momento algo debió de cruzar por delante del reflector, porque hubo una especie de eclipse y Rímini y Vera sintieron que un bálsamo de oscuridad les aliviaba los ojos. Fue un instante —después el fulgor volvió a golpearlos—, pero alcanzó para alejar la náusea. Vera reanudó la marcha. «Qué papelón, Dios mío», dijo, «nos vamos a vivir juntos y yo debuto vomitándote los zapatos en la calle.» Rímini se rió y

miró hacia adelante, y vio que algo salía de la luz y avanzaba hacia ellos —un contorno humano. «Creo que nunca vomité adelante de un hombre», dijo Vera, entrecerrando los ojos. «Hubiera sido un honor», dijo Rímini. Hizo pantalla contra la luz para ver mejor: una silueta de mujer. Demasiado tarde: reconoció la aureola del pelo envolviendo la cabeza como una corona de fuego, las piernas ligeramente combadas: Sofía. «No quiero. Si vomito me va a dar tanta vergüenza que voy a tener que dejarte», dijo Vera. Rímini empezó a sudar. Pensó en cruzar la calle, pero la idea de hacer cualquier movimiento lo espantaba más que quedarse quieto y esperar. «¿Tenés frío, querido?», oyó que le decía Vera. Se dio cuenta de que más que abrazarla, aterido por el pánico, casi estaba ahogándola. Tuvo la ilusión de que la silueta no venía: iba —y la alentó, *confió* en ella con una voluntad que jamás había puesto en ninguna otra cosa, pero la descartó al instante, al comprender que el latido que crecía en su cabeza no era su pulso sino una cuenta regresiva fatídica. «Querido, querido»: ahora Vera lo abrazaba a él, lo empujaba contra una cortina de metal. «Je gusta que te diga "querido"?» Estaba perdido. Se puso a rumiar un ruego mental: lo repitió para sí una y otra vez, con el tono monótono y supersticioso con que recordaba que Sofía y Frida y todos los discípulos pronunciaban la fórmula, y a medida que Sofía iba acercándose, el volumen interno de sus ruegos crecía, se hacía ensordecedor, más lastimoso que el llanto, y las manos entrelazadas, y la genuflexión —por favor, perdoname la vida, por favor, por favor, hacé eso por mí: perdoname la vida ahora, ahora, ahora —tres, dos, uno —*Abora*. Recién entonces pudo verla bien, cuando el cuerpo pequeño de Sofía, envuelto en una especie de poncho, ya se había acercado lo suficiente para liberarse del efecto contraluz. «Je llamaron *querido* alguna vez, querido?», repetía Vera echando la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados, mientras le recorría la cara con unos dedos torpes. Sofía ya estaba ahí, a medio metro, pero no miró a Rímini sino a Vera, la miró de arriba abajo, como si la tasara, y sonrió y pasó junto a él sin detenerse, sin siquiera aminorar el paso, rozándole apenas un brazo con una mano enguantada, como si fueran dos espías intercambiando una clave secreta en la nariz del enemigo —y todo fue tan rápido, tan incruento, que Rímini tuvo que darse vuelta y mirar por sobre su hombro para convencerse de que no lo había soñado.

Le debía la vida. Y como buen deudor sólo temía una cosa: que reapareciera para cobrársela. Rímini sabía que nunca podría pagarle, pero esa insolvencia, que en un sentido podría haberlo tranquilizado, parecía encaminarlo hacia un extraño patíbulo. Pensaba en las alternativas que Sofía debía de estar barajando para *permitirle* pagar: reunirse para repartir el lote de fotos, por ejemplo, hablar por teléfono una vez por semana, o verse, verse así, como amigos, para comentar tonterías durante los primeros quince minutos y después, luego del primer silencio incómodo, abocarse a remover el pasado; pero no: Sofía no reapareció. Y con el correr de los días Rímini pasó de la vulnerabilidad a un estoicismo digno y agradable, en el que ya no se veía como un cordero, ofreciendo su cuello al golpe de gracia, sino dando razones, alegando, negociando para imponer condiciones de pago convenientes. Y después, cuando sintió disiparse los peligros que pesaban sobre su vida nueva y se vio sólido otra vez, lo suficiente al menos para vivirla con naturalidad, sin miedo a arruinarla él mismo con alguna torpeza culpable, justo cuando se descubrió *deseando* encontrarse con Sofía para probarse que podía sobrevivirlo, comprendió que eso no sucedería, que Sofía había vuelto a desaparecer, y se desmoralizó, como si hubiera ganado una competencia muy exigente y ahora, con el trofeo en su poder, descubriera que sus contrincantes nunca se presentaron a jugar.

A la semana, recién salido de la ducha, Rímini apoyó un pie contra el borde del lavatorio para secárselo y vio que tenía la mitad de la uña del dedo gordo completamente amarilla. Bajó el pie y lo juntó con el otro; la otra uña estaba igual. «Un hongo», le dijo su homeópata. «Es muy común.» Era un hombre vagamente japonés, que a veces usaba el apellido criollo de su esposa y cuyos rasgos se orientalizaban u occidentalizaban en circunstancias bastante imprevisibles. Rímini le tenía tanta confianza que, a pesar de que siempre había sido el médico de los dos, de él y de Sofía, la separación, que tanto había afectado a las cosas comunes, en este caso ni siquiera parecía haberla rozado.

«¿No me va a mirar las uñas?», preguntó Rímini. Se arrepintió enseguida: sabía que el iris de los ojos era lo más lejos a que podía llegar el deseo de ver de un homeópata. «No hace falta», dijo el médico. «A menos que usted esté muy interesado en que se las mire.» «No, no», dijo él, casi disculpándose. «Y qué tengo que hacer.» «Por ahora, nada», dijo el médico. «¿Nada?» Había algo en la administración homeopática del tiempo —una apuesta incondicional al porvenir— que siempre lo sublevaba. «Antibióticos», dijo el homeópata: «es lo único que hay. Pero son tóxicos, y además interferirían con el tratamiento, así que vamos a dejarlos para más adelante.» «Con qué tratamiento», dijo Rímini. «¿Está sin medicación?» «Sí», dijo Rímini: «hace meses que no tomo nada.» «Vamos a empezar, entonces», dijo el médico en un arranque de entusiasmo, echando el cuerpo hacia adelante y acodándose en el escritorio. «¿Qué más?», preguntó, casi desafiándolo. Rímini husmeó en los últimos meses de su vida. «No sé. No se me ocurre», dijo, y volvió a la carga: «No pueden ponerse peor, ¿no?» El médico levantó los ojos de la ficha rayada. «¿Perdón?» «Las uñas.» El médico no contestó; sonrió, volvió a consultar la ficha y alzó los ojos de golpe, como si buscara sorprenderlo, y preguntó: «¿Cómo están las sudoraciones?» «No noté cambios.» «¿Duerme bien?» «Sí.» «No tiene insomnio», dijo el médico. «Nunca tuve insomnio», dijo Rímini. Empezaba a sentirse incómodo. Tuvo la impresión de que el desorden del interrogatorio, típico de la atención flotante de los homeópatas, esta vez era sólo la fachada que disimulaba alguna clase de premeditación. «¿Sigue viendo mosquitas plateadas en el aire?» «Supongo que sí. A veces. No sé, no he prestado mucha atención.» El médico suspiró y posó la ficha con la cara escrita boca abajo. «¿Y de ánimo?» preguntó. «Bien», dijo Rímini. Decidió no agregar más nada. Pero el médico se quedó mirándolo tan largamente, tan impasible, que Rímini tuvo que ceder. «Todo empieza a estar otra vez en su lugar», dijo. «Entiendo», dijo el médico. Y después, como al pasar, preguntó: «¿Algún exceso?» Rímini se puso en guardia. «¿Por qué?» Quiso ser sarcástico, pero la risita que estalló entre las dos palabras era más bien de nervios. «La última vez que nos vimos usted estaba casado», dijo el médico. No lo miraba, y ese detalle, por alguna razón, le daba a su voz una gravedad particular. Rímini sintió que lo esperaba un diagnóstico terrible. «Uno no siempre elige la mejor manera de recobrar el equilibrio», dijo en voz baja, como recitando un axioma de su catecismo privado. Y luego agregó inesperadamente: «¿Algún cambio de hábitos? ¿Drogas? ¿Qué me dice de su vida sexual?» Rímini barrió el consultorio con avidez, buscando la puerta del gabinete secreto por la que Sofía, y probablemente Javier, su magullado informante, debían de haberse escabullido un segundo antes de que Rímini entrara. «¿Tengo cara de libertino?», preguntó, recuperando cierto aplomo.

Pero el médico ignoró su soma y dijo: «¿Se ha pesado últimamente?» «No», dijo él. «¿Me ve más flaco?» «Un poco. Entre tres y cuatro kilos», dijo el médico. Dio vuelta la ficha y escribió algunas palabras rápidas, mientras con la otra mano acercaba el recetario. «¿No me va a pesar?», dijo Rímini. «No», dijo el médico, abocándose ahora a la receta, «a menos que usted esté muy interesado en pesarse.» Rímini vaciló. El médico arrancó la primera hoja del recetario y con un gesto ampuloso la depositó ante los ojos de Rímini. «Lycopodium diez...», empezó a decir, pero Rímini lo interrumpió: «Sí, pensándolo bien, me gustaría pesarme.» El médico volvió a sonreír: «Vamos a tener que dejarlo para otro día», dijo, poniéndose de pie y deslizándole la receta entre los dedos: «Lycopodium diez mil, un...», vaciló y luego aceleró: «... papel. Lo toma antes de acostarse. Sabe cómo, ¿no?» Estrechó la mano de Rímini mientras lo empujaba hacia la puerta, suave pero decididamente. «Se lo vuelca debajo de la lengua y lo deja disolver. Y me llama en quince días.»

De pie en el pasillo, frente al ascensor que acababa de llegar, Rímini sintió que lo invadía una fría desolación, como si la maquinación de la que acababa de ser víctima lo convirtiera en una especie de paria y lo dejara a la intemperie. Retrocedió hasta la puerta del consultorio y llamó. El médico entreabrió la puerta y asomó una cara contrariada. «No creo que pueda seguir atendiéndome con usted», dijo Rímini, devolviéndole la receta. El médico no la aceptó, pero abrió un poco más la puerta y lo invitó a pasar con un gesto paternal. Rímini dio media vuelta y fue hasta el ascensor, que en ese momento alguien llamaba desde abajo. Rímini lo frenó abriendo la puerta de un tirón. «No me parece que sea el momento de tomar una decisión tan importante», dijo el médico. Rímini no contestó. Abrió la puerta. «Usted está en carne viva», dijo el médico. Rímini subió al ascensor; alguien, abajo, se impacientaba. Empezó a bajar; alzó los ojos y vio los zapatos rojizos del médico entrando en cuadro. «Usted necesita ayuda, Rímini.»

Lo sorprendió la noche. Se sintió indefenso, lento, destemplado. Sin pensarlo, se detuvo en el primer teléfono público que encontró y marcó el número de Sofía. No tenía idea de lo que iba a decirle —actuaba con una determinación desesperada. Atendió un voz de hombre que se aflautó un poco, como si llevara un rato largo sin hablar con nadie. Rímini tardó un segundo en reconocer a Rodí, el padre de Sofía. «¿Está Sofía?», preguntó rápido, juntando las dos palabras en una, como si eso lo disfrazara. «¿Rímini, sos vos?», dijo el padre con un asombro esperanzado. Rímini se quedó callado. «¿Hola?» «Sí, soy yo», dijo Rímini. «Soy Rodí, Rímini. Que bueno» —se atragantó; respiró profundo y siguió: «Qué bueno oírte después de tanto tiempo» Rodí se alejó del tubo y murmuró algo, como si hablara con otra persona. «Quería hablar

con Sofía.» «Sí, claro» dijo Rodi, pero su voz sonó débil o asustada, y el silencio que vino después fue demasiado largo para que Rímini no se preocupara. «¿Ella está?», preguntó Rímini. «Eh, no. Ahora no, ¿sabés? Está en la clínica.» Rímini oyó un estrépito, como si el padre hubiera estornudado contra el tubo, y después, durante un buen rato, unos quejidos regulares. El momento se alargó. Rímini tuvo que apoyarse contra el teléfono. «¿En la clínica?» Un silencio. «Sí», dijo el padre, resucitando: «la operaron esta mañana.» Rímini sintió un escalofrío: quiso retroceder, quiso que todo ese día retrocediera con él y volviera a cero. «Ah, pensé que sabías», dijo el padre. «No, no.» «Cómo puede ser, Rímini, que no se hablen.» «No...» «Qué macana, che. Nosotros te queremos tanto. Sofía te quiere tanto...» La otra persona le habló, obligándolo a apartarse del tubo. Rodi discutía y se sonaba la nariz: «¿Y por qué no le voy a decir? Si es la verdad. ¿Por qué me lo voy a guardar?» Luego volvió al teléfono y dijo: «Acá me dicen que no...», chasqueó la lengua en señal de disconformidad. «Pero ¿está bien?», preguntó Rímini. «Bien, sí, al pelo. Más viejo, ¿no? Y medio triste. Qué picardía, Rímini. Doce años. Con lo que le cuesta a la gente estar junta. Decime, ¿no hay posibilidad de que.» «Preguntaba por Sofía», lo interrumpió Rímini: «¿Ella está bien? ¿De qué la operaron?» Rodi volvía a trenzarse en su discusión paralela. «Yo lo invito», decía, «después que él haga lo que quiera.» «¡Hola!», gritó Rímini al vacío. «¡Hola, Rodi!» Rodi reapareció. «Che», dijo moqueando, arrastrado por un entusiasmo fanático: «El 12 inauguro una muestra. En Balderston, la galería de siempre. Unos óleos. Paisajes de playa en días nublados. Se me dio por eso, ahora. Me encantaría que vengas. En serio: para mí, para todos, sería un», sonó un timbre corto, brutal –acababan de irse los últimos cinco centavos– y la voz de Rodi desapareció en el acto, tragada por el teléfono.

No se atrevió a llamar de nuevo. Esa noche, mientras Vera se duchaba, Rímini gritó que bajaba a comprar algo para la cena y fue hasta el teléfono público de la esquina. Se quedó un rato contemplando el reflejo de las luces en el pavimento húmedo, la facilidad con que los autos se deslizaban por la avenida, el parpadeo regular de los semáforos, y esa lógica del mundo, tan ensimismada en su propio mecanismo, lo llenó de una congoja infantil. Llamó a Víctor y lo atendió un contestador automático. «Dios mío», pensó: «Víctor está en la clínica. Todos están en la clínica.» Habló igual: «Víctor, soy yo, Rímini. Si estás ahí, por favor, atendeme. Es importante. Es *my* importante. Víctor...» «¡Señor!», gritó Víctor del otro lado. Se disculpó: estaba cocinando. *Orechiette* con salsa de puerros. ¿Rímini había comido? «¿Qué pasa con Sofía, Víctor?» Víctor no contestó. No me protejas, por favor: decime todo, decime la verdad.» Le contó la conversación que había tenido con Rodi. Pronunció la

palabra «clínica» entre dos silencios ominosos y Víctor, enternecido, lanzó una carcajada. «Pobre ángel.» Hizo una pausa; saboreaba algo. «Demasiada crema. Se operó la nariz, Rímini. No es para tanto. Hablé con ella hace media hora. "Vida nueva, nariz nueva", me dijo. Se la oía feliz. ¿Seguro no querés venir a comer? *Mademoiselle* Vera está invitada, ¿eh?»

Hacía mucho que *Mademoiselle* Vera no recibía tantas propuestas sociales. Rímini la encontró esmaltándose las uñas envuelta en vapor, con un turbante de toalla en la cabeza y un cigarrillo entre los labios. Se arrodilló a su lado y empezó a besarle suavemente las pantorrillas, deteniéndose cada tanto para soplarle las zonas enrojecidas con las que había vuelto esa tarde de depilarse. Vera dio una pitada profunda y echó la cabeza hacia atrás para evitar el humo en los ojos. Rímini le sacó el cigarrillo de la boca. «Gracias», dijo, y exhaló el humo con fuerza, y mientras juntaba los pies para examinarse las uñas en hilera, agregó: «Un señor muy amable acaba de invitarme a una muestra de pintura.» Hizo una pausa y ladeó apenas la cabeza, la mirada clavada en las puntas de sus pies, y detectó una pestaña que había quedado adherida al esmalte. «El 12, creo que dijo. Galería Badmington o Masterson, no sé. Lo anoté en el bloc.» Trató de removerla con la uña de su dedo meñique. «Ah», recordó, «dijo que no había querido preocuparte. Que no es nada: ni siquiera le dieron anestesia total.» Vera desvió los ojos y los dejó caer en Rímini como por casualidad, mientras fruncía la boca en una fugaz mueca de condescendencia. «Le enderezaron un poco la nariz, bah.»

Rímini quedó estupefacto. Vera había atravesado el campo minado sin vacilar, sin equivocarse y sin sufrir, y ahora lo miraba desde el otro lado sana y salva, inaccesible, como miran los que sobreviven a una experiencia terrible. Entonces él le propuso que eligieran un departamento juntos y se mudaran. Al día siguiente, cuando se despertó, Vera ya se había ido: había dejado la mesa del desayuno puesta, el café preparado y el diario abierto en la sección de departamentos para alquilar, con un re-saltador fluorescente encima, de modo que la brisa que entraba por la ventana del living no confundiera las páginas. El café estaba algo quemado, una costra de azúcar reseca recubría la cucharita que le había tocado y la manteca, aunque derretida, conservaba huellas de haber sido apuñalada con saña, pero había ocho departamentos —Rímini contó alarmado varios segundos y terceros pisos por escalera, todos publicitados entre grandes signos de exclamación— que ya flotaban dentro de sus respectivas burbujas fluorescentes.

Dos semanas más tarde, una camioneta estacionaba en una calle desolada del Abasto, y después de un conato de motín que Rímini abortó con la promesa de un dinero extra, dos peones de ojos sanguinolentos cargaban

durante tres interminables pisos de escalera de mármol el fruto variado de dos mudanzas en una: los muebles que Rímini tenía en Las Heras y los fetiches que Vera había decidido traerse de su casa familiar: la casita de muñecas, el armario rosa, el organizador de zapatos –un gigantesco cubo de madera tapizado de calcomanías que iba desarmándose a medida que lo subían–, la banqueta forrada en peluche blanco, el espejo de baño incrustado de bombitas blancas, recuerdo, como Vera le confesó, de cierta fiesta escolar de fin de año en la que había interpretado el papel de una gran diva de la danza que se despedía de su público para siempre. Y el espejo para qué era?», preguntó Rímini, con la esperanza de que por alguna laguna autobiográfica el accesorio no tuviera explicación y quedara afuera. «Formaba parte de la escenografía del camarín», dijo Vera: «todo el número era la bailarina hablando consigo misma frente al espejo.»

Pasaron dos, tres meses, y Sofía, cuya nariz Rímini creyó ver haciendo un par de cameos en sus sueños, una vez encerrada en una caja de vidrio, junto a una rosa roja, otra de perfil, a contraluz, goteando –Sofía siguió sin aparecer. Y la deuda que Rímini había contraído con ella fue perdiendo vigor y languideciendo, como languidecen los objetos perdidos que nadie reclama, hasta que prescribió. Una tarde, mientras esperaba para entrar al consultorio del dentista, hojeando la revista de una medicina prepaga, Rímini se detuvo en una foto de la sección de sociales: Sofía estaba con su padre, los dos muy rígidos, con vasitos de plástico en la mano, flanqueando como granaderos un gran cuadro que representaba un campo anegado, o una playa, o un mar de olas altas donde naufragaban animales o embarcaciones, y que según el epígrafe, que confundía a Sofía con una jefa de promociones de apellido Starosta, el pintor había titulado *Paisaje emocional* Nada en la nariz de Sofía le llamó particularmente la atención, aunque la foto, obra de un aficionado, probablemente, o de alguno de esos buitres que deslumbran gente en los vernissages, estaba algo fuera de foco y virada al verde. Algunos días después, al volver a casa, buscó en el bloc del teléfono los mensajes del día y un nombre desconocido lo puso en guardia: Sonia. El seudónimo era tan flagrante, la cita tan obvia –Sonia, la hermana menor de Riltse, muerta a los dieciséis años en un naufragio–, que habría pasado más inadvertida dejando su nombre verdadero. Pensó que lo que era flagrante para él lo habría sido por partida doble para Vera y se preparó para enfrentar el temporal. «Una amiga de Víctor», se limitó a decir ella, sin suspicacias ni dobles sentidos. «¿Qué quería?», preguntó Rímini. «No sé. Preguntó cuánto hacía que no hablabas con Víctor.» «Qué raro», dijo él. «Yo que vos llamaría», dijo Vera. «Dejó un teléfono?» «A él, lo llamaría a Víctor. Tenía una voz rara, como si quisiera decirte algo importante.» «Por qué no te lo

dijo a vos?», dijo él, y enseguida se espantó ante el modo en que todo parecía invertirse. Vera —por una vez— confiaba, y Rímimi minaba su confianza con sospechas que sólo podían perjudicarlo. «Por eso: porque es importante», dijo ella, mirándolo con los ojos muy abiertos, como si recién ahora reconociera a la criatura asustadiza que sus celos le habían impedido ver. Y le alcanzó el teléfono. Rímimi se sentó y descolgó el tubo, todo en fatídica cámara lenta, y se dio cuenta de que le sudaban las manos. Estaba perdido. Sofía había penetrado en su fortaleza. No sólo había burlado a Vera; la había *reclutado*. Vera era la garantía de que su mensaje llegaría a destino, y era por ella, por Vera, por lo que Rímimi se veía ahora más obligado que nunca a darle una respuesta. La amenaza no estaba afuera sino adentro, y no era una fuerza hostil sino lo que Rímimi más amaba en el mundo, lo único que lo mantenía a flote. Perdido era poco decir. De golpe vio en Vera a un instrumento del mal, un sicario cándido, de una eficacia aterradora. Mientras marcaba el número de Víctor, tuvo la impresión de entrar en una fase nueva, donde las armas y las reglas que conocía ya no tendrían vigencia. Pero Víctor estaba internado. «Tuberculosis», le dijo la chica que atendió, y que un segundo antes le había preguntado su nombre, como si tuviera una lista de las personas autorizadas a recibir el parte médico. «¿Quién habla?», preguntó él. «Sonia», dijo la chica, prima de Víctor. Vivía en Entre Ríos, había venido a Buenos Aires por quince días —un seminario avanzado de algo, cosmetología, cosmología, climatología— y Víctor le había pedido que pasara por su casa para regar las plantas y levantar los mensajes del contestador automático. «Sí, sí, claro», balbuceó Rímimi avergonzado, mientras un coro sarcástico pisoteaba todas sus conjeturas.

Fue a visitarlo sin perder tiempo, ansioso por purgar su culpa. Él entreteniéndose con recelos mientras Víctor escupía sangre postrado en una cama. ¿Cómo podía ser tan miserable? Llegó al Hospital Alemán, entró y evitó mirar hacia la recepción. Siempre que entraba a un hospital, como cuando lo obligaban a parar en una frontera, le parecía que era evidente que no reunía los requisitos para seguir adelante. «Habitación 404», le había dicho Sonia, que existía y era real, mucho más real que ese hall de hospital y que la recepcionista que en ese momento amagaba ponerse de pie para interceptarlo. Subió directamente hasta el cuarto piso. En el ascensor, bajo la luz de un tubo fluorescente, paseó los ojos por el aluminio de las paredes y sintió un ligero vértigo, como si algo se le aflojara en la parte de atrás de las rodillas. Se distrajo observando a su compañero de ascenso, un hombre menudo, mal afeitado, que hacía tamborilear sus dedos sobre la botonera y asomaba la cabeza afuera, mirando a un lado y a otro, cada vez que el ascensor se detenía y las puertas se abrían. En el cuarto, cuando Rímimi salió, el piso brillaba tanto que lo

encegueció. Era como caminar sobre un espejo. Un hombre mayor roncaba tumbado en una larga banqueta, la cabeza echada hacia atrás, mientras un chico sentado a sus pies, en el suelo, le anudaba el cordón de uno de sus zapatos con el del otro.

Rímíni entró sin golpear. Le llamó la atención la temperatura del cuarto, más fría de lo que hubiera esperado, y la calidad áspera, como hiperventilada, del aire, demasiado exigente, pensó, para un enfermo. Pasó en puntas de pie junto a la puerta del baño, de donde salía un rumor de canillas abiertas. Se asomó con cautela y sintió un golpe de pudor, y antes de mirar hacia la cama sus ojos hicieron escala en el sofá del acompañante, donde había un saco de pana negro, una boina y un bolso tejido todavía colgado del hombro del saco, como si la mujer que los llevaba se los hubiera sacado juntos. Por separado, las tres cosas no le dijeron nada. Pero apenas dejó de mirarlas algo las reunió automáticamente, como si fueran gotas de mercurio, y al juntarse emitieron un inconfundible destello familiar. Rímíni miró hacia la cama y vio a una enfermera que giraba hacia él y mientras se ponía de pie le alcanzaba algo. «Tenga. Déle calor», dijo la enfermera. Rímíni vio a Víctor boca arriba en la cama, con los ojos cerrados, y cerca, muy cerca, en la mano de la enfermera, el émbolo de una jeringa lleno de sangre. «Vamos», repitió la enfermera, frotando la vena de Víctor con un pedacito de algodón. «Déle calor.» Rímíni obedeció mientras pensaba: «Para qué, si es sangre. Si ya está caliente.» Sintió que las rodillas se le aflojaban y un vacío helado en el estómago. Los ojos se le nublaron. Lo último que percibió antes de desmayarse fue el ruido de la puerta del baño que se abría, pasos que se detenían a sus espaldas y la boca abierta de la enfermera advirtiéndole algo que no llegó a oír.

Una voz y unas manos invisibles lo rescataron de un sótano profundo. Tendido en el piso, boca arriba, vio una sombra con una aureola brillante, muy rubia, que se acercaba y se alejaba de su rostro. Muy rápido, como si alguien, en el mismo control central desde donde lo habían desconectado, pusiera otra vez en marcha sus sentidos, los sonidos de la habitación volvieron a ocupar su lugar: arriba volvió a ser arriba y abajo abajo, y su cuerpo fue recuperando una tenue tridimensionalidad. Reconoció la voz de la enfermera que protestaba – «Un tubito de sangre. Quién se iba a imaginar...»– mientras frotaba algo contra el piso, cerca de una de sus manos, y de a poco la cabeza que le hacía sombra fue saliendo del anonimato: cejas pobladas y en desorden, ojeras, resabios de tumefacción a los costados de la nariz, el halo luminoso del pelo. Sintió una suave, delicada llovizna musical derramándose sobre él. Sofía cantaba. Le cantaba. Casi no movía los labios, de modo que lo que salía era más bien un susurro muy bajo, que no se propagaba viajando por el aire sino por

proximidad, por contagio físico. «Pobrecito», dijo Sofía, sonriendo al ver que la reconocía. Rímini movió la cabeza y se dio cuenta de que la tenía apoyada sobre su regazo. Quiso incorporarse. Sintió un hormigueo desagradable en la palma de una mano, de donde la enfermera le extraía unas esquiras de vidrio con una pinza. Rímini vio el charquito de sangre y miró a la enfermera. «No es suya, no se asuste», dijo la enfermera. Rímini se acomodó de costado. Víctor lo saludaba sentado en el borde de la cama, las piernas lampiñas colgando en el vacío. Rímini apoyó una mano en el piso, luego una rodilla, hasta ponerse en cuatro patas, mientras sentía las manos de Sofía que lo acompañaban sin tocarlo. «Espacio, de a poco», decía Sofía. Rímini vio la cama y calculó la distancia; manoteó el armazón de metal y falló, al mismo tiempo que patinaba sobre un resto de sangre que la enfermera no había visto. Víctor lanzó una carcajada. «Este muchacho es un peligro», le dijo la enfermera a Sofía: «¿Por qué no se lo lleva al bar de la esquina?»

Cruzaron Pueyrredón –Rímini adelante, el cuerpo apenas ladeado, como rechazando de antemano cualquier oferta de ayuda. Ya empujaba la puerta del bar, un típico café de hospital, con médicos comiendo a deshora y una luz blanca y cruel, cuando Sofía le propuso cambiar. Conocía un lugar cerca, menos sórdido, dijo, con mesas que por lo menos tenían manteles. «Ya estamos acá», protestó Rímini. El confort le importaba menos que las soluciones expeditivas. Entraron. Hubo un breve lapso consagrado a decidir dónde se sentarían. Cada uno por su lado había elegido ya una mesa –Sofía la de cuatro, recién limpia, junto a la ventana; Rímini la de dos, en el paso hacia los baños, poblada de tazas y platos sucios–, y ambos sabían que no era la misma. Se miraron y gesticularon de manera inconsistente, alzando manos y señalando en alguna dirección, como si argumentaran, hasta que Rímini, cuya elección no tenía otro motivo que la desidia, se rindió y fue a sentarse junto a la ventana. Tenía un hambre voraz, como si llevara días sin comer. Los atendió un mozo alto, cansado, con los dedos sucios, que se detuvo junto a la mesa y permaneció en silencio mientras miraba algo en otra dirección. Rímini se decidió por el Súper Pueyrredón, con pepinos y un huevo frito, la última opción de un largo repertorio de sandwiches calientes. «¿Estás seguro?», dijo Sofía. Rímini miró hacia la calle. Sofía alzó los ojos hacia el mozo: «Tráigale un tostado mixto y un whisky solo y para mí una lágrima.» El mozo se fue, y Rímini aprovechó para esbozar una sublevación. «¿Por qué...?», empezó a decir. «Te vas a arrepentir», lo interrumpió Sofía, «yo sé lo que te digo.» Los envolvió un silencio áspero, incómodo, hasta que Sofía alargó una mano intrépida y brusca, esperó que Rímini se echara hacia atrás, cumpliendo con su ritual defensivo, y volviera a acodarse a la mesa, y lo obligó a abrir la suya, la mano

que se había lastimado al desmayarse. «Qué papelón», dijo él, mientras Sofía evaluaba los daños. Se dio cuenta de que no había preguntado nada sobre el estado de Víctor y sintió doble vergüenza. Sofía le pasó un informe detallado. De modo que hablaron de Víctor un rato, no mucho, aunque con una vehemencia sospechosa, como si el caso Víctor fuera un terreno neutral donde podían manifestarse con alguna fluidez, sin sentirse apremiados ni tener que rastrear sobreentendidos inquietantes. El mozo trajo el pedido y Rímini se abalanzó sobre su tostado. «Tomá un trago antes», dijo Sofía, empujando el whisky hacia él. Rímini dudó. «Te va a levantar la presión.» Rímini se acercó el sandwich a la boca y lo rozó, de modo que cuando volvió a posarlo en el plato algunas migas se le habían quedado adheridas a los labios. Bebió un trago rápido, como sacándose de encima un trámite engorroso, y casi al mismo tiempo se metió en la boca un trozo de tostado. Sofía lo miró comer mientras unas chispas empezaban a encenderle los ojos. «Sos lindo, eh», le dijo, sonriendo con tristeza. «No debería decírtelo, ya tenés alguien que se ocupe de eso. Pero te lo digo igual: sos lindo. Es así», suspiró: «estamos separados, vos tenés una novia joven y linda y no soportás ver sangre y los dos tenemos un amigo enfermo y vos seguís sin saber dónde sentarte en los bares ni qué pedir para comer. Y sos lindo. Lindo y rebelde.» Puso una mano sobre la mano de él: «Ya no tenés que rebelarte, lindo. No te voy a hacer nada.» Rímini se rió. Pero se sentía incómodo, disconforme con lo que le había tocado en el reparto. Sofía —con su nariz morada, su estrabismo nervioso, su peinado de recién levantada— actuaba con una seguridad incommovible, como si se lo dictaran todo, mientras él se refugiaba en el silencio para disimular su incompetencia. La miró a los ojos pero al pasar, para evitar que ella tomara su mirada por un gesto significativo, y en las chispas que vio, tan quietas que parecían incrustadas en sus pupilas, le pareció descubrir el secreto de ese reparto desigual. Sofía tenía una causa; él no era más que un desertor. Para ella el encuentro en el hospital, los cortes que Rímini se había hecho en la mano, el bar, el desgano del mozo, las migas en los labios —todo formaba parte de un plan. Para Rímini sólo eran coincidencias; coincidencias ingratas, a lo sumo malévolas, pero tan desprovistas de sentido como cualquier obra del azar, como la bala perdida que hiere al soldado en el momento mismo en que se aleja victorioso del campo de batalla.

Rímini se rió. «¿Rebelarme?», dijo. «Yo no me rebelo. Por qué lo decís.» «Trabajás tanto. Hacés tantos esfuerzos», dijo ella, casi enternecida. «Mirá: hacés esfuerzos para no llamarme, para no venir a buscar tu parte de las fotos, para no contestar mis mensajes, para dejarme plantada en la muestra de Riltse. No descansás nunca, Rímini. Te cortás el pelo muy corto, como sabés que a mí

no me gusta. Tomás cocaína. Usás buzos con capucha (entre paréntesis: la invitaron a la Bruja a dictar un seminario en esa universidad que tenés en el pecho). Salís con chicas jovencitas (me dijo Javier que es terriblemente celosa, ¿es cierto?). Abandonás al homeópata que te curó la soriasis...» Rímini quiso mirarla pero no pudo. Arreaba las migas con un dedo y las distribuía sobre el plato en pequeños asentamientos vecinos. Se encogió de hombros. «Sos como un militante. ¿No es demasiado? Ya está, dejá de luchar tanto», dijo Sofía. «Relajate. No tenés que estar cambiando de vida *todo* el tiempo. Hacé lo que tengas ganas. Y no tengas miedo: nadie te va a obligar a retroceder.» Entonces Rímini levantó la cabeza y clavó los ojos en la parte superior de sus pómulos, donde los hematomas viraban a un amarillo pálido, como de papel viejo. «Qué», dijo ella, tomada de sorpresa y llevándose una mano a la cara. «Qué decís. Qué hijo de puta: no me dijiste nada. ¿Qué te parece? Todavía está todo... No se puede ver bien... Cuando baje la inflamación... Sí. Me operé. Lo hice. Vos te mudaste, yo cambié de nariz. Qué decís: ¿está bien?» «Sí, supongo que sí.» Rímini, esta vez sin alevosía, volvió a mirarla, recordó la cara original y comparó las dos narices, tratando de encontrar alguna diferencia. «Es un cirujano especial, muy sui géneris», dijo Sofía como si le hubiera leído el pensamiento, mientras sus manos revoloteaban alrededor de la nariz. «Enemigo a muerte de la industria de la nariz respingada. Para el tipo cada cara tiene su nariz y cada nariz su cara. Dice que todos los buenos cirujanos plásticos (los verdaderos, no esos carniceros que hacen caras en serie) trabajan sobre esa relación. Qué decís. ¿Notás la diferencia? Porque hay diferencias. Mirá acá, esto, esta parte. No notás una mierda. Hay que esperar, todavía está un poco..., pero hablá, decí algo, por favor. Si no me conocieras, si me vieras hoy por primera vez (bueno, no exactamente así, imaginate mi cara bien, deshinchada, sin todo esto de acá, sin esta mancha amarilla), ¿te enamorarías de mí perdidamente?» Rímini entreabrió la boca, más por desconcierto que para contestar. «Es un chiste, bobo. Una pregunta retórica.» Se rió con altivez, como una reina que indulta a un condenado a muerte dos segundos antes de ejecutarlo. Pero lo miró de costado, envalentonada por un raptó de deseo, y dijo: «Aunque la verdad que sí. Podrías contestar. ¿Te volverías a enamorar de mí? Podés mentir, si querés. Pero me voy a dar cuenta. Viste cómo soy yo...» Rímini metió una mano en un bolsillo, sacó unos billetes y los puso sobre la mesa. «Tengo que irme», dijo. Hubiera querido que su voz sonara firme y sólida –la voz de alguien muy ocupado y muy generoso que, después de donar una porción de su valiosísimo tiempo, alertado por una alarma discreta, debe volver a la rutina imperiosa de sus cosas–, pero sonó trémula, casi interrogativa. Se había internado en el mar con cautela, intercalando entre las

brazadas unos vistazos periódicos hacia la orilla; pero ahora se había vuelto y lo único que veía era la superficie ondulante del agua, el mar que lo acorralaba y recién allá, en el fondo, evaporándose en el aire, el dibujo de la costa, ya inaccesible. «Qué», dijo Sofía. «*De golpe* estás apurado.» Una mueca agria le torcía la boca. «Sí», dijo él. Llamó al mozo con una mano. «A ver: qué tenés que hacer. Qué es tan importante, a ver.» «Nada. Cosas», dijo Rímini. Revisó el ticket, comprobó que el dinero no le alcanzaba y se puso a hurgar en sus bolsillos, mientras Sofía seguía todos sus movimientos con un compasivo desdén. «Sos como la Cenicienta. ¿Para eso te separaste de mí? ¿Para fichar? ¿Para cumplir horario?» «Sofía, por favor...», dijo él, poniendo sobre la mesa sus llaves, una vieja factura de la Oficina del Libro Francés —el *Dictionnaire des injures* de Tchou— con el dorso plagado de números de teléfono, dos entradas de cine y un blíster de aspirinas vacío, con las ventanitas de cada compartimiento abiertas como pestañas, pero del dinero que le hacía falta, nada, ni un centavo. El mozo acudió, y Rímini lo miró con unos ojos implorantes mientras hundía otra vez las manos en los bolsillos: «Estoy seguro de que en algún lado tenía...» «Yo pago», interrumpió Sofía. Después, mirando a Rímini pero hablándole al mozo, dijo: «Pero todavía no. Tráigame otra lágrima.» Rímini miró cómo la espalda blanca del mozo se iba alejando, llevándose su única posibilidad de supervivencia. «Cinco minutos, nada más», dijo Sofía. «Me merezco cinco minutos, ¿no?» «No seas tonta», dijo él, mientras miraba a su alrededor como buscando la salida de emergencia. Algo en el aire, de golpe, lo conmovió, inundándolo de una congoja antiquísima. «Qué pasa», dijo Sofía. «Nada», dijo él. «¿Nada? Estás por llorar, Rímini.» Esa mezcla de olores —café recién molido, desodorante de ambientes, perfume. ¿Dónde había olido antes ese olor? Se frotó los párpados con los nudillos; cuando abrió los ojos vio todo negro, luego una lluvia de alfileres brillantes y la cara de Sofía. «Ese olor. ¿Sentís?» «Sí», dijo ella. Rímini vaciló. Quería evitar a toda costa las confidencias, pero se le ocurrió que ofreciéndole algo personal, una porción modesta pero genuina de su intimidad, Sofía se aplacaría. «Es como si ya lo hubiera sentido antes», dijo. «Ahá. Lo sentiste antes», repitió Sofía. Su tono era tan indescifrable que Rímini tuvo que entrecerrar los ojos para mirarla. «¿Me estás cargando?», dijo ella. «No. ¿Por qué?» Sofía inclinó el cuerpo hacia adelante y clavó los codos en la mesa. «Rímini: estábamos en este mismo bar cuando murió tu abuela. Ahí, en esa mesa. Tu papá salió del hospital y cruzó hasta acá para decírtelo.» Rímini miró a su alrededor sin convicción. Sabía que no encontraría nada y sonrió desalentado. «No habíamos dormido en toda la noche», dijo Sofía. Empezaba a sonreír; se acurrucaba en el recuerdo como en una cama recién hecha, con sábanas nuevas. «Bah, vos sí», le tembló un poco la voz, «en un momento te

quedaste dormido sobre mi hombro. Ahí, en esa mesa. Y después te junté unas sillas y te tiraste a dormir con la cabeza acá, en mis faldas. Como un chico que sale a comer afuera con sus padres y se duerme en el restaurante.» Sofía se detuvo y lo miró. Esperaba algo; esperaba que él recogiera el cabo del que ella acababa de tirar y siguiera desovillando la escena. «Nada. No me acuerdo de nada», dijo él. Bajó los ojos y fingió vergüenza, hasta que oyó que el mozo dejaba la lágrima de Sofía y recién entonces se atrevió a mirarla, como si ese testigo de loza le garantizara inmunidad, y lo que vio en Sofía, más que incredulidad, fue rechazo, la clase de repulsión dolida que provocan esas criaturas angelicales que de la mañana a la noche, sin razón aparente y sin perder, tampoco, nada de su normalidad, se vuelven completamente inhumanas. «Ya veo», dijo Sofía. «Eso es avanzar, para vos. Cada borrón un paso adelante, ¿no? Y así te vas limpiando. Así te vas deshaciendo de lo que no te sirve. Para qué tanto lastre, ¿no? Se junta polvo, se ocupa espacio, siempre hay que estar ordenando. Mejor sacárselo de encima. "Liberarse." Por eso te buscaste esa chica, ¿no? Es joven... No tiene pasado (Vera se llama, ¿no? Vera. Me gusta el nombre). Ideal. Atrás ya no hay nada. Ahora todo está adelante.» Hizo una pausa; el rechazo se había convertido en disgusto, en esa melancolía que suele acompañar a las constataciones objetivas. «¿Ves?», dijo Rímini. «¿Ves por qué me resulta tan difícil verte?» «Veo, sí», dijo ella, apiadándose. «Nunca vi a nadie menos vivo en mi vida.» Sacó un billete arrugado de un bolsillo y lo soltó junto al pocillo intacto. «No te conozco», dijo mientras se incorporaba. «Me das lástima.»

No volvió a saber de Sofía hasta esa noche en el restaurante, la noche de su cumpleaños, cuando Víctor, cuyos pulmones ya no presentaban rastro alguno del bacilo y cada vez menos de tejido sano, a tal punto avanzaba el ejército de células malignas que había empezado a colonizarlos, le deslizó por debajo de la mesa el mensaje en el que maldecía su compulsión a cumplir años sin ella. Para Rímini fue un alivio. Mientras lo leía pudo verla tal como ella misma se describía, en camisón y zapatillas en plena calle, a esa hora precoz que los locos aprovechan para desvariar en público. La imagen, en vez de espantarlo, lo regocijó; era risueña, demasiado pintoresca para que fuera cierta, demasiado cierta para que empalagara. La había robado de Fellini, o más bien de Giulietta Masina, que después de Frida Breitenbach era para Sofía la máxima autoridad sobre la tierra en asuntos sentimentales.

Pero tiempo después fue a visitar a Víctor, confinado por una recaída a su casa, su habitación, su salto de cama escocés, y a la compañía de unos chicos parcos y furtivos que siempre acababan o estaban a punto de darse una ducha, y Víctor, como quien se saca un viejo peso de encima, le ordenó que buscara en el cajón de la cómoda el regalo que Sofía le prometía en su carta y se lo llevara de una vez por todas. Lo encontró enseguida –un paquetito alargado, envuelto en un suntuoso papel metálico–, lo sopesó con alguna inquietud y decidió abrirlo delante de Víctor, como si la presencia de un tercero volviera la situación menos comprometedora.

Era una lapicera: una de esas plumas negras y elegantes que justificaban la pomposa existencia de la palabra *estilográfica* –la clase de pluma con que los médicos escribían en sus recetarios volátiles, perturbando al anochecer el silencio del consultorio con unos rasguídos de otro siglo que hacían temblar a Rímini de placer. «Bueno, bueno», dijo Víctor, impactado por la sonrisa de satisfacción con que Rímini contemplaba el regalo. «Parece que esta vez *Madame* dio en el blanco.» Rímini lo miró con hostilidad, como reprochándole una insolencia. Tenía miedo, en realidad; sabía muy bien el uso que Sofía podía

llegar a hacer de esa sonrisa si Víctor, en un desliz, o tentado por el placer malsano de llevar y traer información, la ponía en sus manos. «Perdón», dijo Víctor. «No te preocupes: esto no sale de acá. Nunca se va a enterar. Le voy a decir que nunca te la di.» Rímini hizo girar la lapicera entre sus dedos. Estaba en éxtasis, efectivamente, pero era un éxtasis sin amor, descarnado. Rímini descubría hasta qué punto momentos como ése, vaciados de la savia amorosa que hubiera debido animarlos, ponían en evidencia algo que para Rímini sólo parecía existir en alguna vaga dimensión metafórica: la idea de que el amor, el amor verdadero, ese amor que estaba más allá de todo estilo, no tenía nada que ver con la efusión, ni con la sensibilidad, ni con el carácter envolvente de los sentimientos, y todo, en cambio, con la precisión, la economía y una facultad antigua, injustamente desprestigiada, llamada *puntería*. El amor no abraza, pensaba Rímini: hiera. No inunda, se clava. ¿Cómo era posible que Sofía siguiera acertando?

Desenroscó el capuchón, se acercó la lapicera a los ojos y estudió la pluma, esas dos patitas unidas que asomaban como una uña de metal en la punta. ¿Cómo se llamaba eso: dar en el centro exacto de un blanco *ausente*? La hizo girar para examinar esa zona oscura, a la vez recóndita y expuesta, por donde debía pasar la tinta antes de volcarse en el papel, y que Rímini recordaba levemente abultada, como un vientre de insecto, opaca cuando estaba seca, muy brillante cuando la humectaba la tinta. Después llevó la pluma a la yema de su dedo índice y la hundió despacio, con cuidado, de modo que la tinta, al brotar, siguiera el dibujo de la huella digital. La yema quedó intacta. Repitió la operación un par de veces, aumentando la presión y ladeando levemente la pluma, sin resultados. Volvió a mirar la pluma de cerca. Seguía seca. Presintió que nunca nadie se había tomado el trabajo de cargarla. Víctor le alcanzó el suplemento deportivo del diario y Rímini sacudió la lapicera sobre dos futbolistas negros, de verde, que trenzaban sus piernas en una coreografía inverosímil, y después de fracasar repitió la operación con más fuerza, golpeando la mesa con el canto de la mano. «Por ahí no está cargada», arriesgó Víctor. La posibilidad era tan obvia, y tan increíble el hecho de que Rímini ni siquiera se hubiera detenido a considerarla, que la rechazó de plano. Y sin embargo, después de ponerla cerca de la luz, Rímini se puso a desenroscar el cuerpo de la lapicera, y el anillito de oro que dividía la cabeza del torso quedó varado a mitad de camino, colgando del tanque de caucho. Rímini sintió una vaga sospecha. Dejó la lapicera sobre el diario, se inclinó sobre el anillito y lo hizo girar despacio, cada vez más despacio, a medida que su pálpito se iba confirmando. Entonces descubrió la letra. Vio la R diminuta grabada en el metal dorado y sintió que el piso vibraba bajo sus pies. Buscó un apoyo; Víctor,

sin moverse de la cama, le acercó una silla. «¿Qué pasa?», preguntó. «Le hizo grabar la inicial de mi nombre», dijo Rímini, alcanzándole la lapicera. «Está loca.» «¿Dónde?» «Fíjate el anillito dorado.» Víctor se acercó la lapicera a los ojos y la alejó de golpe. «Necesito anteojos. Urgente. ¿Qué inicial? ¿Estás seguro?» «¿Qué voy a hacer?», dijo Rímini. No era exactamente una pregunta, era uno de esos suspiros de desaliento íntimos, descarados, con los que empiezan a menudo los monólogos de las obras de teatro, cuando el personaje principal, solo en escena, recapitula su drama en voz alta «¿Devolvérsela? Si me la quedo, acepto todo. La lapicera es lo de menos. Acepto la idea del regalo; acepto como natural la posibilidad de que, estando separados, uno le haga al otro regalos especiales, los mismos que le habría hecho si estuvieran juntos. Acepto no sólo el esfuerzo y la dedicación que puso en encontrar la lapicera – que por otro lado me encanta, como ella sabe bien, aunque ya estoy un poco alejado del rubro–, sino sobre todo la intención que tenía cuando mandó a grabarle la inicial de mi nombre. Acepto todo lo que tendría que haber entre nosotros para que un regalo así fuera algo normal y no lo que es, un gesto completamente desubicado, hecho por alguien que se engaña, o se deja arrastrar por una fantasía delirante, o directamente está loco.» «Haceme el favor», pidió Víctor, «alcanzame el capuchón.» Rímini se lo pasó. Todo sucedió muy rápido, en un segundo plano. «Pero si no la acepto», siguió Rímini, «si a tanto contesto con tan poco, diciendo que no, ¿no estoy alimentando la batalla?»

«Es la marca», dijo Víctor. Hubo un silencio abrupto, como si una especie de grieta se hubiera abierto en el aire. «Reform, ¿ves?» Víctor le alcanzó el capuchón. «Es la R de Reform, la marca de la lapicera.» Rímini aceptó el capuchón a regañadientes. «Fíjate: está también en el broche. La misma R.» Rímini reconoció la mayúscula –tan vanidosa, tan ofendida por el poco espacio que le daba el broche para expandirse– y las otras cinco letras en minúscula, en una cursiva distinguida aunque modesta, y sintió que algo caía dentro de él y se estrellaba contra una superficie quieta, cristalina, muy profunda, como una moneda en el fondo de un pozo. Entonces, como si una ventana se abriera por un golpe de viento, Rímini volvió a ver la escena original en la que esa R y esa marca, Reform, habían irrumpido en su vida y tuvo una noción de la magnitud del error en el que había caído esa tarde, en la estación de tren de Viena, cuando Sofía, ávida por compensar con iniciativas sorpresivas el tiempo y los kilos que le había robado la gripe, se detuvo en el andén, justo cuando Rímini trataba de hacer entrar las valijas en el vagón, y lo obligó a parar todo y a mirarla y a aceptar el estuche de terciopelo negro con el regalo que le había comprado dos días atrás, en la tienda de lapiceras, pipas y tabaco del hotel. Vio

la escena de nuevo; se vio joven, algo femenino, con su pelo largo y lacio, su piel blanca y sus labios paspados por el frío, abriendo el estuche –un lujoso ataúd en miniatura–, descubriendo la Reform acostada en el centro de un lecho rojo, sujeta a la altura de la cintura por un anillo de plástico negro, y pensando –pensando y, coleccionista compulsivo, atesorando el pensamiento mientras lo pensaba– que pasara, estuvieran juntos mil años, diez o un solo día más, nunca en su vida olvidaría ese momento.

Pero lo había olvidado, y ahora que la *misma* lapicera había vuelto a sus manos, como esos objetos que en los cuentos atraviesan una larga serie de pruebas para terminar otra vez, idénticos pero experimentados, en poder de su dueño original, Rímimi, contemplándola con un pavor maravillado, comprendió hasta qué punto lo inolvidable de las cosas, o de ese complejo articulado de hechos, personas, cosas, lugar y tiempo que llamamos momento, es mucho menos una propiedad de las cosas, mucho menos un efecto del modo en que las cosas nos alcanzan, penetran en nosotros y nos afectan, que el resultado de una voluntad de preservación, un deseo que ya entonces, en el instante mismo en que se formula, se sabe amenazado por el fracaso. Decimos que algo será inolvidable no sólo para reforzar, convirtiéndola ya un poco en pasado, la intensidad con que lo experimentamos ahora, en el presente, sino sobre todo para protegerla, custodiarla con todo el celo y el cuidado que consideramos necesarios, de modo de garantizar que dentro de un tiempo, cuando ni el mundo ni nosotros seamos los mismos, esa porción de experiencia siga estando allí, esperándonos, demostrándonos que hay al menos una cosa que pudo resistir a todo. Pero nada era inolvidable. No hay inmunidad contra el olvido. Rímimi volvió a mirar ese cuerpito vertical, sin brazos, vestido de luto. Dos minutos más de mirarla así y ya no la reconocería. ¿Cómo era posible que Sofía le regalara dos veces lo mismo? ¿Y cómo podía regalarle algo que ya era suyo? «Yo que vos no dramatizaría», lo interrumpió Víctor. «Tiene un novio.» Rímimi lo miró como encandilado. «Sofía», dijo Víctor: «tiene un novio. Se llama Cyril, o algo por el estilo. Un nombre como de perverso de película de los setenta. Un buen papel para Pierre Clementi. Un percusionista, creo. Alemán. Vive en Hamburgo. Que es donde debe estar Sofía en este mismo momento. Está de viaje, ¿no sabías? Pa_ rece que se conocieron en uno de esos seminarios que da con la Bruja Breitenbach.»

Rímimi respiró. Fue como si alguien hubiera vaciado con un pase de magia una habitación atiborrada de muebles. Cargó la Reform con tinta negra y la guardó cabeza abajo –señal de que pensaba usarla– con las otras lapiceras de su colección. Pero no la usó. Se topó con ella un par de veces, al elegir otra, y siempre la miró con indiferencia. Un día, embarcado en poner en orden su

estudio, que había instalado en la habitación de servicio, desalojó el vaso donde vivían las lapiceras y las sometió a un chequeo de rutina. La Reform hizo lo que pudo: tuvo un debut sorprendente —el trazo era tan pleno y fluido que daba la impresión de haber sido usada diez minutos atrás—, pero la pluma fue quedándose enseguida sin tinta, tartamudeó, quiso resucitar —el conato dio apenas para que Rímini escribiera la mitad de su nombre—, se peleó con el papel y enmudeció para siempre. Rímini ató las lapiceras reprobadas con una banda elástica —eran seis, todas reliquias fúnebres, y la Reform soportó el traslado apretada entre una Pelikan con la rosca del capuchón falseada y una Tintenkuli cuya punta, distorsionada por alguna caída, tenía la forma de un signo de interrogación— y las tiró al cesto de los papeles. No sintió nada. No era un acto moral sino de higiene. Hacía ya meses que las traducciones escritas —libros, artículos, documentos— estaban en retroceso, desplazadas por pedidos cada vez más frecuentes de interpretación simultánea, y Rímini, turbado por una transición que no había previsto, había empezado a sentir una sensación de abundancia y de inutilidad. Su escritorio era la prueba más flagrante. La variedad de papeles, la profusión de broches y clips, el amplio surtido de carpetas, desde la clásica de tapas negras y duras, con grandes anillos que se cerraban con un chasquido temible, hasta las más modernas, livianas y transparentes, el abanico de lapiceras, lápices mecánicos —único instrumento con el que aceptaba subrayar los originales que debía traducir— y resaltadores: todos los signos de opulencia que antes lo reconfortaban, de los que se consideraba incapaz de prescindir para llevar a cabo su trabajo, habían empezado a perder importancia y a ganar peso, de modo que lo que siempre había tomado por un entorno acogedor ahora se le volvía un paisaje barroco, poblado de cosas innecesarias, en el que resultaba difícil moverse sin causar accidentes trágicos, volcar un tintero sobre una hoja recién tipeada, doblar con un codo veinte páginas de la copia que debía presentar media hora más tarde, tirar al piso un portalápices cargado de lapiceras rebosantes de tinta.

Se deshizo de todo en una tarde. Vera lo sorprendió semidesnudo y en sandalias, como un luchador romano, subiendo y bajando la empinada escalera que llevaba al escritorio, cargando cajas de cartón y grandes bolsas de residuos que los ángulos en punta de las carpetas, las esquinas de una regla o la punta de alguna birome empezarían a desgarrar en cualquier momento. Iba y venía sin descanso, con la constancia y el frenesí de los que temen que cualquier vacilación los haga cambiar de idea y arrepentirse. Sensible, como buena celópata, a todo impulso de limpieza que viniera de Rímini, Vera se sumó sin hacer preguntas. Lo ayudó a bajar las bolsas los tres pisos por escalera y sólo titubeó cuando ya en la vereda, donde Rímini, que volvía a subir en busca de la

última tanda, acababa de dejar la bolsa de las lapiceras, descubrió el agujerito minúsculo que la Reform, desde adentro, desde su cautiverio, había hecho en la piel de polietileno.

Poussiére llegaba la semana siguiente. En el medio, intercalado como un bálsamo preventivo, quedaba un fin de semana largo. Previendo que la visita del lingüista absorbería a Rímini por completo, decidieron aprovechar esos tres días muertos y se recluyeron en la casa que los padres de Vera tenían en Valeria del Mar. Viajaron en micro, de noche, acurrucados uno contra el otro, regocijados por el frío polar que hacía, celebrando como privilegios de lujo los alfajores resecos, el café lavado pero incandescente que una máquina escupía en una serie de accesos de tos —cómo besó él las ampollitas rosadas que el brebaje hizo brotar en el dorso de la mano de ella—, las frazadas ásperas, demasiado cortas, que unos minutos antes de apagar las luces, en una ceremonia vagamente carcelaria, el chofer suplente había repartido entre los pasajeros. A punto de dormirse, Rímini, sentado del lado del pasillo, miró la ruta desierta, oyó el rumor del motor, vio dos filas más adelante un pie con un zapato suelto, a punto de desplomarse, olió y distinguió la mezcla de olores que flotaba en el micro —alfombra húmeda, vahos de pis, la alianza del tabaco y algunos perfumes baratos, desodorante de ambientes de pino— y tuvo la evidencia, no la simple impresión, de que el amor era en efecto la fuerza alquímica más extraordinaria, la única capaz de transformar la pobreza del mundo en un lujo sublime. Y se durmió, arrullado por el ronroneo que Vera exhalaba contra su cuello.

Un rato después lo sacudió una súbita sensación de peligro. Abrió los ojos y un resplandor blanco lo encegueció. Estuvo a punto de gritar, pero la gran mancha de luz pareció concentrarse y ganar nitidez y terminó bifurcándose en los dos haces paralelos de los faros de un micro que avanzaba hacia ellos. Todo quedó a oscuras otra vez. En el monitor que colgaba del techo, un cómico gordo, vestido con un falso equipo de médico, trataba de inyectarle algo a una pelirroja que correteaba en bombacha y corpiño por un pequeño consultorio de tabiques inestables. Rímini no supo si soñaba, pero la imagen lo enardeció. Giró, se abrazó a Vera, que dormía dándole la espalda, y

se frotó contra su cuerpo muy suavemente, dejándose llevar por las vibraciones del micro, hasta que acabó. Fue una descarga inofensiva, que el sueño disimuló con pudor y de la que Rímini recién pudo gozar al día siguiente, cuando la recordó, y durante todo el fin de semana, la media docena de veces que hicieron el amor, siempre en un lugar distinto de la casa, según un programa de actividades entre atlético y turístico del que Vera estaba particularmente orgullosa.

Eso fue en rigor lo único que hicieron, además de usar la terraza de la casa para jugar torneos, no partidos, de paleta, de los que Rímini salía invariablemente exhausto, menos por el fervor con que ella trabajaba cada punto que por las veces que él tenía que bajar y subir la pendiente alfombrada de piñas que unía la terraza con el bosque, donde las pelotas tenían la pésima costumbre de ir a morir. Eso, y caminar descalzos por caminos de tierra, y atracarse de chocolates en una casa de té a la Hansel y Gretel atendida por unas húngaras imperativas, y comer por las noches en una parrilla con paredes de plástico traslúcido y mozos apáticos, disfrazados de gauchos, que después de las once cambiaban las bandejas por los rebenques y las boleadoras y convertían el comedor en un ferviente teatro de destrezas folclóricas. Fueron tres días de una felicidad física idiota, sin impurezas, una dicha siamesa. A tal punto que una o dos veces, asombrado de estar solo, Rímini se abocó con un afán casi maligno a rastrear las fisuras que la plenitud probablemente le impidiera ver. Quería desilusionarse. Pero todo lo que encontró fue de una limpidez inobjetable, como esos cielos turquesas que duran un día entero y parecen invulnerables y eternos. Nada podía dañarlos. Eran inmunes hasta al presentimiento.

Rímini ni siquiera se alteró cuando Vera, a la hora de firmar un cupón de tarjeta de crédito, empuñó como si nada la Reform de la que él se había deshecho días atrás y, para su asombro y su escándalo, conseguía que escribiera sin la menor dificultad. «Me dio pena y me la quedé», dijo ella, sonriendo para ganarse su perdón. «No te molesta, ¿no?» No, no le molestaba. Nada podía molestarlo. El mundo estaba muy lejos y Rímini era como invisible. Hubiera dado todo por poder conjurar la cuota de desgracia, dolor y desencanto que sabía que acechaba en algún compartimiento secreto de su destino. Pensó que nunca volvería a ser tan poderoso como entonces para hacerle frente. Quería aprovechar. Y si no aprovechó fue porque la felicidad es por naturaleza enemiga de toda especulación administrativa. La dicha es pérdida, gasto, dilapidación —y cansancio.

Rímini nunca había sentido las piernas tan lánguidas como cuando abordó el ómnibus de vuelta. No eran sólo las caminatas por la playa, ni los

peloteos encarnizados en la terraza, ni los extraños, incómodos pero estimulantes desafíos gimnásticos que lo habían obligado a enfrentar un par de sesiones de amor a la intemperie. Era el cansancio de lo puro, lo liso, lo homogéneo de la felicidad —el cansancio no de nadar sino de estar inmóvil, flotando en un elemento que siempre es idéntico a sí mismo. De modo que subió y se durmió antes de que el micro partiera, casi al mismo tiempo que se sentaba, único desliz de descortesía en medio de un desempeño irreprochable, y lo primero que volvió a sentir después fue una frenada grande, que lo destapó, y luego dos o tres más, pequeñas y breves como estertores, hasta que el micro se detuvo por completo y, lanzando un ruidoso suspiro, pareció perder altura, como si todas las gomas se hubieran desinflado al mismo tiempo.

Mientras se prendían las luces del techo, Rímini asomó la cabeza por sobre el respaldo del asiento de adelante y vio al chofer a contraluz, desperezándose. Las imágenes volvían más rápido que los sonidos. El chofer suplente estaba de pie en medio del pasillo, las manos apoyadas en las gavetas del equipaje, pero su voz recién le llegó unos segundos después, entrecortada y como envuelta en algodón, cuando ya lo veía abrochándose la campera y bajando al frío de la madrugada. La puerta estaba abierta, pero el largo suspiro que soltó al abrirse recién lo oyó cuando las sombras de los pasajeros empezaron a moverse entre los asientos. Las luces prendidas, las ráfagas heladas que cortaban el aire sofocante, los sonidos del exterior, que destellaban como chispas contra el fondo acolchado del sueño —todo era incómodo y hostil. Y a la vez qué agradable era el modo áspero y brusco en que esas obligaciones —parar, prender, despertar, ponerse en movimiento, bajar— desgarraban el capullo del descanso, y qué excitante la dosis de vigilia que les imponían en medio de la noche, en un parador desierto de una ruta desierta... Rímini vio a los primeros pasajeros bajar en fila, lentos, como si todavía arrastraran las cadenas del sueño, y volviéndose hacia Vera la sacudió con suavidad.

Se instalaron en una mesa del fondo, la más alejada de la puerta, cerca de los choferes, que ya arremetían contra dos gigantescos sandwiches de pan francés, y de una mesa donde una mujer mayor, con un viejo tapado de piel sobre los hombros, despedazaba una factura para la nena que tenía sentada enfrente, siguiendo el trabajo de sus dedos con una concentración de sonámbula. Pidieron café y medialunas. Usando un brazo de Rímini como almohada, Vera se recostó sobre la mesa, bostezó, más que bostezar cantó y se puso a recitar un sueño largo, lleno de peripecias y equívocos que parecían inventados. Y mientras una versión de ella más joven y más pálida, con la mitad de la cara enrojecida por una mancha de nacimiento —uno de los tantos

alardes de imperfección con que en los sueños procuraba ^minimizar su belleza—, bajaba una escalera de caracol sosteniendo el ruedo del camisón con una mano, preocupada por llegar a tiempo a una de esas citas abstractas con las que nos atormentan los sueños, Rímini, que le acariciaba la cabeza, se distrajo y barrió lentamente el lugar con una mirada superficial, la mirada con que miran todo los que, recién despiertos, saben que pronto volverán a dormirse. Pasó por el exhibidor de alfajores, por el de libros, donde una novelita de tapa sanguinolenta se asomaba temerariamente a su balconcito de metal, por el revistero donde languidecían los diarios del día anterior; sobrevoló el contorno irregular de las cabezas de sus compañeros de viaje, y cuando volvía a su propia mesa siguiendo el piso en damero, justo cuando la Vera del sueño, que se había olvidado de algo fundamental, volvía a subir la escalera que acababa de bajar y un viejo teléfono se ponía a sonar en alguna parte del castillo, sus ojos tropezaron con una cara enorme, muy seria, que ocupaba todo su campo visual. El tamaño era un efecto de la proximidad: la nena estaba a su lado. Tenía un bigote de azúcar negra sobre el labio superior, y le ofrecía un trocito de factura. Rímini aceptó sonriendo. La nena se quedó mirándolo inmóvil, casi sin pestañear, como si quisiera cerciorarse de que Rímini no se desharía de su ofrenda, y recién aceptó volver a su mesa, arrastrando una almohadita, cuando vio que se la metía en la boca y empezaba a masticarla. Aprovechó que su abuela no miraba, robó otro pedazo del plato y con pasos cortos, sin despegar del piso la suela de sus zapatos ortopédicos, llegó hasta Rímini y se lo ofreció. «Gracias», dijo él. Era rubia, tenía las mejillas paspadas y un aire general de descuido, como si llevara la misma ropa desde hacía días. «Comé», le dijo la nena. Su voz, asombrosamente baja, parecía venir de otro lado, como si alguien muy lejano hablara a través de su garganta. Rímini se puso a masticar el trozo de vigilante. «Está muy bueno», dijo, exagerando el trabajo de sus mandíbulas. La miró alejarse, con su andar de muñeca averiada y su almohadita-talismán, que barría todo lo que encontraba en el piso, y se le llenaron los ojos de lágrimas. La nena volvió a pellizcar un resto de factura, giró, asintió sin mirarla a su tautológica abuela —«¿Le estás dando de comer al señor?»— y se encaminó hacia la mesa de Rímini con el brazo extendido, mirándolo fijo a los ojos. A medida que le sonreía, Rímini sintió cierta incomodidad, como si algo en la *escena* no fuera del todo genuino, o hubiera sido ensayado, o sucedie^{ra} para alguien, un ojo invisible que la contemplaba en secreto. La nena depositó el muñón de vigilante en el plato y se quedó quieta, mirándolo a él y luego al plato y luego otra vez a él, y de pronto la boca, como una flor que se marchita, se le frunció en un puchero inconsolable. Era el último pedazo; se había dado cuenta de que el juego tenía un final. Conmovido, Rímini estaba a punto de

ejecutar su parte cuando un tenedor, bajando del aire como un relámpago, ensartó el trozo de factura que esperaba en el plato, a cinco centímetros de sus dedos, en el mismo lugar donde segundos antes habían temblado los dedos sucios de la nena. Fue como si un segundo silencio, grave y siniestro, se hubiera abierto en el aire silencioso del parador. Rímini giró hacia Vera y la descubrió empuñando el tenedor, temblando. «Qué más», susurró ella. «Por qué no le chupás la concha, directamente.» Tenía la cara blanca y los ojos enrojecidos; Rímini creyó oír el crujido de sus mandíbulas y ver un destello de espuma en la comisura de sus labios. Todo duró segundos. Después, como si el mismo espíritu susceptible que le había puesto el tenedor en la mano ahora le diera orden de replegarse, se levantó, dejó la mesa, golpeándose la cadera con una de las esquinas, cruzó todo el parador, pegó un portazo y desapareció a bordo del ómnibus, donde inició una huelga de silencio que sostendría a lo largo de las siguientes cuarenta y ocho horas.

Era intolerable. Y sin embargo... Esos dos días de distancia y los cinco que vinieron después, cuando, ya reconciliados, las obligaciones que le imponía la llegada de Poussière empezaron a alejarlo de Vera—, Rímimi los dedicó a pensar casi exclusivamente ese *sin embargo*. Quizás allí residiera el secreto de la fuerza de los celos. Porque ese punto de combustión absoluta, que a él lo reducía a la estupefacción y a ella, literalmente, la despellejaba viva, ¿no era también la máxima garantía de amor que Vera podía ofrecerle? Tal vez por una deformación profesional, agravada, además, por la maratón en la que pronto lo involucraría la agenda del belga en Buenos Aires, Rímimi tendía a pensar los celos como una máquina arbitraria pero implacable, especializada en traducir el idioma diáfano del amor a una jerga de pesadilla: el amor fluía sin problemas hasta que tropezaba con una impureza, la impureza formaba un pliegue, el pliegue generaba un efecto embudo, el flujo del amor se adelgazaba —y todo se invertía y cambiaba de signo, y Rímimi, que un minuto antes encarnaba a un promisorio espécimen de padre, ahora era un descarado y salvaje paidófilo.

¿Qué podía hacer? Lo había intentado todo. Gran preservador sentimental, como todo monógamo, Rímimi, aplicando al pie de la letra el latiguillo con que Vera trataba de justificar sus ataques —«¡Ponete en mi lugar!»—, había hecho la prueba de mirarse y mirar el mundo con los ojos de los celos. No había dudado de sí; no hubo nada que empañara su creencia en ese amor único. Pero el mundo, ese murmullo incesante del que lo preservaba el amor único, poco a poco empezó a hacerse notar, a cargarse de intenciones y emitir mensajes. Rímimi empezó a sentirse desguarnecido, a la intemperie, como un soldado desarmado en medio del campo de batalla, y no tuvo más remedio que recurrir a lo primero que encontró a mano: la suspicacia. Escrutó, desconfió, aprendió a leer entre líneas. Descubrió la mecánica voluptuosa de interpretar y deducir. Él, un presunto verdugo, abrazó la causa de los celos con un fervor que Vera, una víctima probada, jamás alcanzaría. Desarrolló una imaginación prodigiosa. Creía detectar en todo la presencia agazapada del deseo —como si la

espuma inocua de la vida cotidiana siempre estuviera incubando pasiones imperceptibles, efervescentes, unidas por un solo denominador común: hacer de él, de Rímini, su objeto.

¿Por qué de pronto las mujeres se interesaban por él? Le vino a la cabeza una sentencia: «Casado pero no capado.» La había oído siglos atrás en una quinta de Témperley, proferida por un compañero de grupo de estudios, un tipo alto, patizambo, de barba y manos anormalmente pequeñas, que después de jactarse de las excitantes vidas paralelas que cultivaba en los márgenes de su matrimonio, con alguna amargura, le había preguntado por qué no había ido al asado con Sofía. En el caso de Rímini, sin embargo, era al revés. Si las mujeres empezaban a fijarse en él así, de golpe, se debía precisamente a que Rímini era para ellas una causa perdida. Al retirarlo del mercado del amor, Vera lo había prestigiado, había elevado su cotización, lo había convertido en una pieza única. (El drama de todo celópata: secuestra a su objeto de amor y lo confisca del mundo, pero en la soledad del cautiverio, como un coleccionista demente, lo embellece con un escrúpulo y una paciencia de taxidermista, de modo que al final, cuando el trabajo está listo y el objeto de amor es por fin la muñeca deslumbrante y perfecta que el celópata siempre quiso que fuera, el objeto de amor termina de lavarse los dientes, se ata los cordones de los zapatos, acaba su taza de café, besa al celópata y, para su estupefacción, sale al mundo —y sale bello, irresistible, re juvenecido, como si la devoción, los cuidados maniáticos y todo aquello en que el celópata confiaba para asegurarse su propiedad exclusiva, ahora sólo le garantizaran que pronto, muy pronto, lo perderá.) Apenas reconocía las emanaciones del deseo de una mujer, una mujer cualquiera, a la que probablemente no volvería a ver en su vida, Rímini huía, huía como el criminal en una multitud, o como el explorador que fuera de la selva, ya a salvo, sigue tajeando el aire a golpes de machete, y cuando volvía a Vera, al temblor de sus blancos brazos de fantasma, una felicidad inmensa lo ahogaba: la felicidad de ser un soldado del amor.

Luego vino la segunda fase: transformar todas esas acechanzas del mundo en casualidades inocentes. Con algún alivio, Rímini dejó de sospechar y se limitó a cumplir el papel de un espectador amodorrado, que mira sin ver un espectáculo de fuegos artificiales. El mundo seguía cargado de intenciones aviesas y Rímini seguía siendo su blanco privilegiado, pero qué podía importarle. El período épico, de asedio y resistencia, había pasado. Descubría que ya no necesitaba de la obstinación ni del espíritu de sacrificio para saber que su amor estaba seguro. Era un veterano de guerras que nunca había librado. Y así, instalado por fin en un limbo de indiferencia, Rímini, por primera vez en su vida, se dio el lujo de soñar, *sólo* de soñar, como el inválido

sueña con hacer lo que la vida ya nunca le concederá, con las delicias de una aventura secreta, inducida por una de las tantas insinuaciones que antes había vivido previendo y que ahora desdeñaba: una mujer que para hablarle se acercaba demasiado; otra a la que sorprendía mirándolo de lejos; otra que le pedía fuego y, cuando él le acercaba el encendedor, posaba y demoraba demasiado una mano sobre la suya; una conversación trivial que de pronto, como un avión que pierde altura, se internaba en una zona de vertiginosa intimidad; y también el signo astrológico, y el nombre, y el título de una película o un libro predilectos –todas esas coincidencias pueriles que irrumpían en medio de la nada y prometían atarlo, de buenas a primeras, a la vida de la desconocida que acababan de presentarle.

Jeremy Riltse se mató en Londres una madrugada de 1995. Primero mató a Gombrich en la bañera, de un tiro en la cabeza. Luego se apoyó el caño del revólver un centímetro por debajo de la tetilla izquierda y se disparó. Aunque murió en el acto, la bala recién llegó al corazón después de zigzaguear, rebotar contra un par de huesos, cambiar de rumbo, distraerse en rodeos inexplicables. Tenía setenta y ocho años y ningún heredero. Salvo algunos males menores –soriasis, artritis reumatoidea, vértigo, secuelas de las infecciones contraídas con los experimentos del Sick Art–, no había nada en su historia clínica que explicara la decisión de manera convincente. Los años nómades habían quedado atrás, muy atrás, en esa provincia remota de la que no nos separa el tiempo sino el arrepentimiento y cuyos rumores sólo atraen a biógrafos o a chantajistas. Vivía con su perro. Salía muy poco. Reconciliado con su propia celebridad, estaba en la etapa burguesa en que los artistas reivindican su derecho a la inmovilidad y, como gurúes, se limitan a *recibir*, lo que Riltse, que nunca se había tomado el trabajo de arreglar el timbre, ni siquiera hacía. Cada tanto cocinaba perdices, su especialidad, para un puñado de amigos fieles. Riltse tenía el teléfono de ellos, ellos no el de él. Después de Pierre-Gilles (alias Albert Alley, alias Bart Bold, alias Chris Cavenport...), que, tras la ruptura y la célebre automutilación en el sur de Francia, no había dejado de asediarlo, al punto tal que sólo una orden judicial consiguió frenarlo, y eso no con los mejores resultados para su equilibrio mental, Riltse no había vuelto a conocer lo que él mismo llamaba «el espanto del amor». Unos pocos protegidos, en general jóvenes y pobres, que reclutaba en la puerta de los destacamentos militares, en las obras en construcción o en la sección de avisos personales de los diarios, y que usaba de modelos para sus cuadros, donde después aparecían desfigurados por ridículas metamorfosis bestiales, amenizaban su existencia con prestaciones eróticas expeditivas –Riltse odiaba que las cosas duraran– y con hurtos que él mismo planeaba en estado de máxima excitación, ingeniándose las después para poner a la vista del ratero de turno el fajo de

dinero, la alhaja, la cigarrera de plata o la botella de Pomérol que ardía en deseos de sacrificar. Esas satisfacciones esporádicas nunca le crearon problemas; al contrario, quizás estén en el origen de las obras más importantes de sus últimos años de trabajo; las más importantes, no las mejores. Porque si hay algo que el arte contemporáneo tiene que agradecerle al zookitsch, como se conoce la fase final de su carrera, no son obras maestras –para el arte contemporáneo, el maestro ya estaba muerto y enterrado después del Sick Art–: es la aniquilación del gusto como variable de la percepción artística.

Al momento de su muerte biológica, que, superada la conmoción inicial, pasó a integrar la leyenda Riltse con una curiosa naturalidad, como si cualquier otra forma de morir, llegado el caso, hubiera resultado el colmo de lo incongruente, ni sus cuentas de banco ni sus bienes registraban movimientos irregulares, y nada en el escenario donde lo encontraron, la vieja casa de tres pisos de Notting Hill, con su fachada de ladrillos y su jardín trasero amurallado, el mismo donde quedó atrapado una noche de Año Nuevo –un golpe de viento había cerrado la puerta de la casa, que por afuera no tenía picaporte–, apenas vestido con una camiseta de frisa y la tricota de hilo color mostaza, sin mangas, de la que no se separaba por nada del mundo –tenía doce exactamente iguales–, congelándose, mientras en las casas vecinas trinchaban pavos y descorchaban espumantes, hasta que, usando la enredadera a modo de escalera, logró trepar la alta pared y escapar –nada hizo pensar que el suicidio se debiera alguna razón ajena a su propia voluntad. No hubo huellas, salvo las que dejó la mucama india, pero las había dejado después de descubrir el cadáver; no hubo ventanas rotas, ni puertas forzadas, ni amenazas en el contestador automático –Riltse se había jurado no permitir que esa clase de aparatos entraran a su casa–, ni segundas tazas de café todavía humeantes, ni cigarrillos a medio fumar que no fueran los que fumaba Riltse, ni rastros de violencia disimulados a toda velocidad, ninguna pista que delatara un móvil oscuro, una presencia ominosa, una intervención criminal del exterior.

En el fondo del tacho de basura de la cocina, entre una caja de pizza congelada y un viejo tomo de la guía telefónica de Londres, se encontró un fajo considerable de cartas, todas con sus correspondientes sobres, envuelto en una bolsa de residuos. Las cartas estaban repartidas en numerosos mazos pequeños, cada uno identificado por su etiqueta. El criterio de clasificación no era evidente: *Hoteles*, decía una etiqueta; *Preposiciones*, decía otra; *Negros*, una tercera; una cuarta: *Órganos*. Uno de los mazos –el primero que salió a remate, el más barato y el único que no encontró comprador– decía *Argentina*. Las tres cartas que incluía estaban firmadas por el director del Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires, y dos de esas tres habían sido escritas en papel

carta con membrete del museo. La primera, enviada poco después de que Riltse iniciara acciones legales contra el Estado argentino, el museo y la persona física de su director por los daños que un ejército de filtraciones había ocasionado a su obra durante los tres primeros días de la muestra en Buenos Aires, pedía disculpas, enumeraba atenuantes —de los cuarenta renglones de la carta, veinte reproducían un pronóstico meteorológico que anunciaba la misma tormenta para la misma fecha, sólo que para el noroeste del territorio— y prometía toda clase de compensaciones —pero el inglés de la carta era tan pobre que sonaban como amenazas— si el artista reconsideraba su decisión. La segunda llegó una semana más tarde, luego de que el director del museo intentara convencer personalmente a Riltse de las ventajas de la oferta que le había hecho en la primera. Riltse, al parecer, nunca lo recibió. Se limitó a contemplarlo por la ventana del segundo piso de la casa, mientras el argentino montaba guardia apoyado contra la verja de la entrada. «Tendrías que verlo», le dijo el pintor a un amigo con el que hablaba por teléfono: «Hace dos días que está ahí. Creo que anoche incluso acampó. Ya no pretende que retire los cargos. ¡Ahora sólo quiere conocerme! ¡Creo que es el mismo monigote que Rolandine menciona al pasar en el diario de sus patéticas aventuras nocturnas!» En la carta, esta vez en castellano, el director del museo había cambiado de estrategia y se ofrecía él mismo —«cordero del Arte», como se autodefinía— para reparar el perjuicio causado. Tenía una mansión en Punta del Este, la mejor colección de tapices tehuelches del mundo, una hija de diecisiete años en la agencia de modelos Ford. La tercera carta llegó dos meses después, cuando el director del museo disfrutaba en Ascochinga, Córdoba, de la licencia por enfermedad concedida por una junta de psiquiatras luego de un confuso episodio de atrincheramiento y resistencia a la autoridad en su despacho del museo. Irregular como un electrocardiograma, estaba escrita a mano en el dorso manchado —«yerba mate», acotó uno de los protegidos de Riltse, munido del castellano rudimentario que había aprendido en sus dos temporadas como patinador estrella de Holiday On Ice en Buenos Aires—de las gacetillas que promovían las actividades del museo. Riltse dudó. ¿Tírarla o donarla? El jefe de archivo del Hospital de Nerviosos de Londres sabría apreciarla. Ya ni siquiera era una carta. En una docena de páginas inmundas, ese «energúmeno ceniciento» (*ashby monster*), después de anunciar un «ensayo sobre el Mundo Riltse», compaginaba sin lógica alguna una seguidilla de exabruptos y obscenidades, las típicas groserías que se sienten comprometidos a transcribir los que hablan en lenguas, con una sarta de juicios sobre su obra, todos menos admirativos de lo que Riltse hubiera esperado y copiados de un viejo catálogo de la Tate Gallery para una exposición de Lucien Freud.

Además de interrumpir una temprana sesión de aseo –Riltse tenía sólo la mitad de la cara afeitada cuando lo encontraron, y el cepillo de dientes estaba seco–, el disparo mortal dejó inconcluso el cuadro en el que estaba trabajando, *Icy Silence*, una tela apaisada y monumental –seis metros por tres– en la que, a juzgar por los bocetos a lápiz que se encontraron después, el pintor pensaba retratar una pintoresca sesión de *gang bang* canino encabezada por Gombrich, su fiel weimaraner cachorro.

Rímini miró la tarjeta, la rosa acostada, la pequeña placa blanca. «Riltse», leyó. Leyó y pensó, con ese tiempo que se toma el pensamiento cuando también está ocupado en recordar, y después lo dijo un par de veces en voz alta, como para comprobar que todavía sabía cómo pronunciarlo. Pero el cuerpo, al recordar, no es como la memoria: su voluntad de olvidar es cien veces más acérrima. Rímini –o más bien su lengua, fastidiada por ese reto infantil que Rímini la obligaba a aceptar– tomó carrera, buscó envión en la «ð», chocó con las tres consonantes del medio, retrocedió, trató otra vez, fracasó, las embistió con furia y fue repelido. El traspie lo hizo sonreír. Mientras buscaba dónde esconder la tarjeta, se preguntó si habría alguna otra cosa del pasado que su cuerpo, no él, se negaría a aceptar. *Riltse*. Lo deletreó en silencio, con el estupor y la ternura del que se asoma de grande a las precarias maravillas que hechizaron su juventud. Sintió que una extraña crueldad lo invadía. Si la hubiera tenido a mano, habría despedazado toda su adolescencia. Lo veía todo con el desapego con que un cirujano contempla el órgano que debe extirpar, y a la vez no podía evitar reírse. Era tan obvio, ahora, que el enigma Riltse no estaba en sus cuadros –trató de recordar alguno, pero lo único que veía era la rosa acostada y la placa conmemorativa– sino en el efecto extranjero de esas tres consonantes juntas. *Riltse*. Su dicción progresaba.

Pero Riltse estaba muerto y Rímini sintió algo en la boca, algo amargo, como una semilla de limón rota, y creyó que iba a tener una arcada. ¿No estaba muerto *ya*? Desenfocó un poco los ojos y volvió a reconocer la mancha amarillenta que el pelo de Sofía había dejado en la foto. Pensó en cosas vagamente sobrenaturales: apariciones, el santo sudario, casos de catalépticos, una mujer en una isla caminando descalza, en plena noche, bajo la luna, guiada por el eco de unos tambores. ¿Se podía volver muerto de la muerte? Oyó pasos en la escalera, la voz de Vera cantando, sus pasos bailando lo que cantaba, y deslizó la tarjeta de Sofía entre las páginas del

Petit Robert, en la mesa baja del living, junto al original de la conferencia con la que Poussiére inauguraba el ciclo. Cerró el diccionario con el corazón en la boca, justo cuando la llave de Vera escarbaba en la cerradura. No tenía nada que temer, pensó. Si la tarjeta acababa de llegarle y estaba allí con él, Sofía, que la había enviado, debía de estar muy lejos.

Segunda

Desde la cabina de interpretación, mientras se secaba la cara con el pañuelo que Carmen acababa de ponerle en la mano, Rímmini oyó a Poussiére escupir las últimas palabras de una frase larga, sembrada de incisivas y bastardillas invisibles, y, apretándose los auriculares contra las orejas, recitó para sí su desesperado mantra de traductor simultáneo: «Por favor, que repita la frase. Por favor, que repita la frase.» Pero Poussiére estaba completamente ensimismado y no repitió, no repitió nada —y Rímmini tradujo de memoria, mal, y esperó la frase siguiente con la cabeza baja y los ojos cerrados, como si reuniera fuerzas para hacer frente a una catástrofe. Entonces, de golpe, Poussiére enmudeció: no sólo dejó de hablar, sino que pareció llevarse al silencio todos los sonidos del teatro y del mundo. Tal vez fuera sólo una interrupción, una de esas pausas que Rímmini solía recibir con gratitud, como treguas providenciales, y que aprovechaba para recuperar el aliento o adelantar. El escenario estaba ahí abajo; le bastaba echar un vistazo a través del vidrio de la cabina para verlo, pero ya no se animaba a mirar. Tenía miedo. Enmudecer era la versión amenazante de hacer silencio; mucho más cuando abortaba monólogos vertiginosos como el de Poussiére, que llevaba más de cuarenta minutos mordiendo con cada frase los talones de la siguiente. No, se dijo Rímmini, no era un respiro: era un accidente. *Alguien caía en ese pozo*. Juntó valor, levantó la vista y vio a Poussiére sentado, inmóvil, un poco inclinado sobre sus papeles, pero siguió de largo y se detuvo en la jarra de agua que había junto al micrófono. Era la cuarta vez que hablaba en público en una semana, pero era la primera que llegaba hasta la mitad de una conferencia sin haberla tocado.

Era de vidrio, ligeramente combada, con un cuello fino y curvo de cisne. Poussiére la llevaba a todas partes. Fue lo primero que buscó en la valija cuando se instaló en su cuarto de hotel, una hora después de aterrizar en Buenos Aires. Los pormenores del vuelo, el alarde políglota con el que quiso lucirse el oficial de migraciones al leer *Lingüista* en su ficha de entrada, el afiche de lencería femenina que Poussiére quiso seguir mirando aunque el auto lo

dejaba atrás, y que terminó contracturándole el cuello, los secretos del clima del Río de la Plata: Rímini avivaba una conversación banal para mantenerse despierto cuando Poussiére, dándole la espalda, abrió la valija y hundió las manos entre capas de camisas y pulóveres —como cualquier signo de color local, el verano sudamericano sólo le merecía sospechas—, y una vez que llegó al fondo se puso a revolver en círculos desenfrenados, pulverizando el orden en el que su equipaje había cruzado el océano. Cuando las retiró, al cabo de unos segundos, sus manos enarbolaban un paquete precintado. «Yo mismo la empaqueto. No confío en el personal de los aeropuertos», dijo Poussiére, y empezó a despellejar el paquete con fruición, arrancando las tiras de cinta y desgarrando el primer envoltorio de papel madera. Al llegar al segundo, de papel manteca, su furor se aquietó y sus gestos se volvieron delicados. Lentamente fue desembalando la jarra; retiraba cada hoja con la punta de los dedos y la alisaba a un costado, sobre la cama, antes de pasar a la siguiente, y acompañaba los crujidos del papel aspirando una cautelosa ráfaga de aire, como si desactivara una bomba. Rímini sintió una oleada de calor, y un espejo le devolvió su cara ruborizada. Tuvo el impulso de dejarlo a solas, como si la escena fuera demasiado íntima para sus ojos de intruso. Si se quedó, tratando de apartar la vista pero de pie, a medio metro de la cama donde Poussiére terminaba de deshojar su tesoro, fue en parte por curiosidad y en parte por cortesía: después de todo, de los cuatro miembros del comité de recepción —la traidora de Carmen entre ellos—, Rímini era el único que había cumplido su palabra y acudido al aeropuerto. Poussiére desprendió las últimas hojas. El papel quedó un segundo adherido al cristal, melancólicamente, como si le costara despedirse. Poussiére admiró sonriendo ese milagro de la estática; Rímini, con una decepción casi deslumbrada, la jarra. «Es una deformación profesional», gritó el lingüista desde el baño, abriendo la canilla para enjuagarla: «hablar en público me seca la boca.»

El silencio era tan denso que había cambiado la calidad del aire. Carmen evitaba respirar. Muy lentamente, Rímini posó los ojos en el conferencista. Era él, *según* siendo Poussiére, pero había algo artificial en su rigidez, algo en la tensión de su cuerpo que duraba demasiado. Tenía las nalgas suspendidas sobre el borde de la silla, como si un baño de lava lo hubiera petrificado cuando estaba a punto de zambullirse entre las primeras filas. Lo único que todavía lo ataba al mundo era su mano, que aferraba el pie del micrófono, y sus ojos, de un brillo demencial, que miraban fijo algo en medio de la sala. «Un ataque al corazón», pensó Rímini. «Se va a quedar seco en plena conferencia.» Se volvió hacia Carmen y en sus ojos, aterrado, descubrió el mismo brillo fijo que acababa de ver en los del lingüista, como si ambos hubieran sucumbido

simultáneamente al mismo hechizo, y detuvo una mano en el aire, a centímetros del hombro desnudo de Carmen –un hombro tostado por el sol, con una tenue línea blanca que lo dividía en dos mitades cobrizas–. Rímini vaciló; se sintió desamparado, como si el detalle lo hubiera sorprendido en un momento de debilidad; quiso retroceder, buscó en la oscuridad una baranda imaginaria pero patinó, o tropezó con algo, y de golpe se encontró viajando muy rápido hacia el centro secreto del hombro de Carmen. ¿Era eso una huella de bretel? ¿Una vieja cicatriz pulida por el tiempo? ¿Una pincelada japonesa? ¿El caminito que una caravana de hormigas traza en la corteza de un árbol? Sintió escalofríos. Entonces Poussiére, el estupefacto Poussiére, y toda la legión de colegas y discípulos que colmaban la sala, y el calor insoportable, y el teatro de la universidad, con sus telones gastados y sus butacas crujientes –todo estalló en una muda combustión y se comprimió en un punto, una única partícula brillante que se alejó a la velocidad de la luz hasta quedar suspendida en el fondo oscuro del espacio, indefensa pero titilante, como el destello que sobrevive un instante en el televisor inmediatamente después de apagarlo. Había desaparecido todo –todo menos el hombro de Carmen y su despreocupada huella blanca.

Como sucede a menudo con los enamoramientos, que precipitan en un segundo una erosión de días o de años, Rímini sufrió un estremecimiento doble: todo le pareció vertiginoso y lento a la vez. Si el enamoramiento es un colapso fortuito, un suceso tan acuciado por el tiempo y el espacio como un accidente de tránsito, cuya hora y lugar es decisión del azar, nunca de la voluntad de sus protagonistas, Rímini tenía con Carmen la impresión de haber sido impuntual: había llegado demasiado temprano, y también demasiado tarde. Recapituló los cinco días que habían pasado juntos, turnándose para interpretar a Poussiére. Y muchos de los episodios que les había tocado compartir –cenas de traspornoche en restaurantes demasiado iluminados; reuniones de trabajo en el lobby del Hotel Crillon, que Poussiére usaba para bostezar o evaluar a las ascensoristas de uniforme; sesiones de lectura de los textos de las conferencias, que Rímini subrayaba con lápiz mecánico, Carmen con un re-saltador amarillo, y que ambos amenizaban con chistes idiotas; las antesalas de cada conferencia, cuando, refugiados en un camarín, exageraban sus modestos pánicos personales, Rímini sus crisis de fiebre, que ningún termómetro corroboró jamás, Carmen su somnolencia, con el único propósito de atraer la piedad o el consuelo del otro; los comentarios maledicentes sobre Poussiére, sobre la jarra de vidrio, sobre la corbata escocesa que usaba a modo de cinturón, sobre las matas de pelos que le asomaban por las orejas y los orificios de la nariz, sobre las bota-mangas de los pantalones demasiado cortas..., y el hombro, el hombro desnudo de Carmen que irrumpía en cada escena, a veces en primer plano, cuando comían sentados uno al lado del otro, otras veces más atrás, ya fuera de foco, pero siempre, en todos los casos, con el recato y la soberbia con que ciertos atractivos acostumbrados a pasar inadvertidos salen por fin a la luz–, arrancados de la órbita insulsa en la que dormitaban, lo golpearon con una violencia casi física, como vuelve a golpear al transeúnte la señal de peligro que vio y que desdeñó y que recién recuerda ahora, cuando baja a la calle y descubre –demasiado tarde– el peligro que ya se abalanza sobre él.

Rímíni entendió: llevaba cinco días enamorándose de Carmen, y la certeza de que sólo la necesidad o el terror explicaban que no se hubiera dado cuenta incrementó la velocidad con que el dulce veneno se distribuía en su sangre. Ahora, cuando ya no tenía tiempo para retroceder, Rímíni descubría que esa mujer suave, de huesos marcados y boca demasiado chica, que miraba todo con los ojos entrecerrados, como si siempre tuviera viento de frente, experta en idiomas extranjeros y todavía atrapada en la casa de sus padres, era exactamente el tipo de mujer del que cinco días atrás habría jurado que jamás podría enamorarse. Era como si otro hubiera registrado por él, puntillosamente, todo lo que él hubiera podido jactarse de pasar por alto durante cinco días, y se lo hubiese inoculado en dosis imperceptibles, sin llamar la atención, de modo que cuanto más indiferente Rímíni creía ser, cuanto más dueño de sí, más afectado estaba por la enfermedad, y más enajenado. Así, como la medida de profundidad de un enamoramiento no la dicta la intensidad del proceso sino su grado de invisibilidad, Rímíni descubrió que estaba perdido.

Todo amor tiene su instante inaugural, su big bang privado, pero que es por definición un comienzo perdido, del que los amantes, por perspicaces que sean, nunca son contemporáneos. No hay amante que no sea en verdad el heredero tardío de un instante de amor que nunca verá, atrapado como quedó, y para siempre, en la oscuridad de su aparición. Sólo que ahora, con el discernimiento frenético de los que saben que ya están condenados, Rímíni podía volver atrás y buscar esa señal original, tratar de identificarla o darse el lujo, incluso, de elegirla. Podía, por ejemplo, demorarse un instante en una imagen —Carmen apartándose un mechón de pelo con el dorso de una mano para limpiarse la boca con la servilleta—, pero luego la descartaba, decepcionado, para dejarse hechizar por otra —Carmen en el escenario del teatro, con sus zapatos sin taco y sus talones añiados haciendo girar apenas el ruedo del vestido, como en una víspera de danza—, hasta que desechaba el álbum entero y caía de rodillas ante un sonido, uno solo, el sonido de la voz de Carmen en el teléfono, tímida pero siempre inoportuna, recitándole el párrafo de la conferencia de Poussiére que no la dejaba dormir. Y ni siquiera eso. Porque ninguno de esos cristales de pasado era nada al lado del recuerdo que Rímíni tenía de su propia cara la noche de la primera conferencia, cuando, cinco minutos antes de empezar, con Poussiére ya en el escenario y la sala llena, Rímíni, parado en la cabina de interpretación, tuvo el presentimiento de que Carmen no llegaría. Fue una desolación privada, sin testigos, pero a Rímíni se le había quedado grabada con una intensidad extraordinaria, hiperrealista. En realidad había tenido miedo, un miedo inexplicable, que sintió crecer en su

estómago con una avidez suicida, como una gran fauce que se devoraba a sí misma. Ahora, obligado a releer sus últimos días, Rímini tropezaba con páginas que jamás había visto, frases enteras que alguien –sin duda el mismo que había estado inoculándole el veneno del amor– debía de haber agregado en los márgenes, glosas diabólicas que lo alteraban todo. Cada estocada de amor había penetrado en él y lo había herido de muerte y había desaparecido en el acto, como borrada por una cauterización instantánea.

Experto en esa clase de cicatrizaciones, Rímini tenía esta vez una buena razón para practicarlas: Vera, los celos de Vera. Mucho antes incluso del incidente en el parador, tan arbitrario y extravagante que parecía ficción, ¿no había recibido un aviso la mañana en que Bonet lo llamó por teléfono? Vera desayunaba en el piso, sentada en un rectángulo de sol con las piernas cruzadas, mientras leía un diario salpicado de gotas de café. Al segundo timbre del teléfono sonrió con amargura, como si previera una desgracia pero gozara de su capacidad para presentirla. (Nada representaba mejor la dimensión amenazante del pasado de Rímini que el sonido del teléfono.) Vera lo dejó sonar, especulando con que él o la intrusa se arrepintieran a último momento, hasta que se levantó y fue hasta el teléfono con aire de suficiencia y atendió. El sexo, la voz, la edad, el acento extranjero de Bonet –todo la tomó de sorpresa. Rímini, que volvía de la cocina con dos vasos de jugo de naranja, la vio ponerse seria y temió lo peor. «Sí, sí», repetía con una voz de autómatas, mientras bajaba los ojos. «Habla con la mujer. Vera. Está acá. Le paso. Un minuto.» Dejó el tubo sobre la mesa y se derrumbó en el sillón, como si el hecho de haber invertido tanta energía en una falsa alarma la hubiera extenuado. Rímini posó los dos vasos sobre el diario y levantó el auricular conteniendo el aliento. «Lo felicito», le dijo Bonet. «No sabía que se había casado.» Rímini balbuceó un agradecimiento y tuvo la idea, que desechó en el acto, apenas se volvió hacia Vera, de minimizar un poco el estado civil que su viejo profesor de lingüística acababa de atribuirle. Marcel Poussiére llegaba en quince días, invitado por la universidad a dictar un seminario para graduados. ¿Podrían contar con él para la interpretación? Rímini aceptó en el acto, sin siquiera ponerse de acuerdo en las fechas y los honorarios, como si el simple hecho de que el autor del llamado fuera Bonet, un inofensivo ex filólogo de setenta y cinco años, y no cualquier mujer ociosa, salida de las sombras con el único afán de astillar su frágil equilibrio conyugal, bastara para convertirlo en una especie de indultado, alguien que ya no tenía derechos sino una única obligación: la gratitud. «Pensé

en usted y en Carmen», dijo Bonet. Rímini dudó. «Carmen Bosch. Tengo entendido que fueron compañeros de carrera.» «Carmen, claro», repitió él, y no tuvo necesidad de volverse hacia Vera para saber que volvía a sonreír, reconfortada. «Una muchacha muy capaz. La tengo conmigo haciendo un doctorado», agregó Bonet. «Creo que pueden hacer una buena pareja.»

Carmen Bosch. Como a todos su compañeros de facultad, Rímini la había olvidado. Colgó. Durante un segundo, inmóvil junto al teléfono, se puso a forcejear con el cajón donde alguna vez creía haber guardado, con la secreta esperanza de perderlas, todas aquellas caras y apellidos. Fue encontrando y desechando pasillos, paredes de azulejos, tubos de luz tartamudos, baños inundados de apuntes, el rostro sin dientes de un ordenanza apoyado en un escobillón como en un palo de golf, la náusea matinal apagada por el primer cigarrillo del día, la impresión —un minuto antes de comparecer ante una mesa de examen— de tener la cabeza completamente vacía, como si una banda de ladrones la hubiera desvalijado mientras dormía. Unas siluetas pasaron y se desvanecieron. Oyó voces que no reconoció y que lo aturdieron. No vio caras; a lo sumo dos o tres fotos movidas que una nube de polvo empañó y terminó sepultando. Ni rastros de Carmen Bosch.

Pero Vera esperaba. Aunque civilizadamente, la mención de un nombre de mujer desconocido la había puesto en guardia. Rímini ganó tiempo y le habló de Bonet, de sus cejas despeinadas y sus camisas sin botones, y en un insólito arranque de histrionismo llegó a imitar su manera tan típica de caminar —imitación completamente fraudulenta, ya que Rímini, al hacerla, no pensaba en Bonet, que caminaba como cualquier hijo de vecino septuagenario, sino en una criatura que acababa de fabricar, corrido por la emergencia, con pedazos de una media docena de peatones excéntricos. Después, sin hacer pausas, como si hablara con el único propósito de sofocar las sospechas de Vera, Rímini le dio detalles del trabajo que le habían encargado. Incluyó fechas, horarios, lugares —todo lo que había desistido de pedirle a Bonet por teléfono— y hasta una biografía de Bonet tan falsa como su manera de caminar. Vera lo escuchó con paciencia, asintiendo de vez en cuando, como quien detesta los preámbulos pero ha sido educado para respetarlos. Al final, con el ademán furtivo y casual con que un contrabandista disimula un diamante entre baratijas, Rímini dejó caer el nombre de Carmen en medio de una frase cualquiera. Fue apenas una exhalación, las cuatro consonantes apenas llegaron a oírse, pero Vera alzó lentamente la cabeza y lo miró y sonrió, y Rímini reconoció en el fondo de sus ojos un resplandor, el relámpago victorioso que las mujeres sólo despiden cuando confirman una traición y ponen punto final a la tortura de haberla esperado. «¿Quién es?», le preguntó. Rímini notó en su

voz una especie de inocencia frágil, muy trabajada, como la de las ex reinas de la pornografía que se ponen a conducir programas de televisión para chicos. «Alguien de la facultad, supongo», dijo él. «*Supongo*», repitió Vera, con un levisimo matiz interrogativo. «¿No la conocés?»

¿Qué tortura más al corazón que sospecha: la nitidez del recuerdo o la de la amnesia? Rímini sabía que decir la verdad —«No, no la conozco, o al menos no la recuerdo en absoluto»—, para la percepción de Vera, programada por los celos para no reconocer ninguna respuesta negativa *inmediata* como verdadera, sonaría tan sospechoso como cualquier ficción urdida para encubrir un secreto, y por lo tanto equivaldría a inculparse de una traición que no había cometido. Y sabía también que si mentía —«Sí, la conozco, cursamos juntos sociolingüística, era la única en toda la facultad que había leído *de verdad* al último Chomsky»—, su confesión aplacaría un poco, satisfaciéndola, la desconfianza de Vera, pero a la vez encendería el deseo de saber más y despejaría el camino para un interrogatorio que, poniéndolo en peligro de contradecirse —la mentira de Rímini no pretendía borrar nada, sólo evitar que el recelo de Vera se activara: así, sin crimen, Rímini se quedaba también sin libreto para mentir, a merced de todas las incongruencias que acechan al que improvisa—, lo pondría fatalmente en una posición de culpabilidad. Si decía la verdad, desataba una catástrofe; mintiendo ganaba alivio y algo de tiempo, pero tarde o temprano, a fuerza de sostenerla, se volvería esclavo de su mentira y bastaría un simple encadenamiento de imprecisiones para que la tibia admisión inicial diera lugar, en la mente afiebrada de Vera, a la confesión que había temido y buscado desde el principio.

Sin embargo, envalentonado por el éxito de su retrato de Bonet, Rímini volvió a husmear en sus ficheros universitarios y con los datos que encontró, todos sacados de fichas distintas, urdió un currículum de emergencia según el cual Carmen, a lo largo de su vida de estudiante, sólo había brillado en una especialidad: contradecirse. En esos pocos pero coloridos minutos de evocación, Carmen cambió tres veces de apellido —Bosch, Boch, Bohm—, entró a la facultad el mismo año que Rímini y dos años más tarde, se especializó en lingüística y en filosofía antigua y medieval, engordó y adelgazó, fue militante del Frente Santiago Pampillón y cuadro de Franja Morada, fue rica y pobre, jovial y depresiva, una promesa luminosa y una pálida candidata a maestra secundaria. Al terminar, Rímini estaba agotado —agotado y perplejo, como el que cava un pozo para escapar y al final, diminuto entre altas paredes de tierra, descubre que ya no tiene forma de salir. Vera no habló; jamás hablaba cuando sonreía. Se inclinó, y después de recoger los vasos de jugo de naranja le alcanzó a Rímini el suyo. «Genial», dijo por fin, haciendo chocar los vasos y volcando

algunas gotas del vaso de Rímini. «O sea que *tenemos* trabajo.»

La sombra de ese plural lo atormentó durante días. Se imaginaba con Poussiére y Carmen Bosch en el hall de Ezeiza, abriéndose paso entre racimos de remiseros sórdidos, y algo en el andar furtivo de una azafata que merodeaba cerca, quizá demasiado abrigada, le recordaba la premura física que se apoderaba de Vera cuando algo la preocupaba. Se veía en un bar, traduciendo las ideas de Poussiére ante el grabador de un periodista, o aburriéndose en un cóctel de la embajada de Bélgica, o compartiendo largas sobremesas académicas en restaurantes, con Bonet en la cabecera y un atribulado Poussiére en manos de un enjambre de profesoras de idiomas —en todas las escenas creía descubrir a Vera en segundo plano siguiéndoles los pasos, con la persistencia y la timidez de esas admiradoras que no se animan a presentarse ante su ídolo pero tampoco a capitular. En algún momento llegó a verla escondiendo su cara camuflada detrás de una columna, como una agente especial enviada por un comando de antipoussieristas, a tres o cuatro mesas de donde Rímini y Carmen intentaban desentrañar los últimos aportes del lingüista a una disciplina ya moribunda. Fue Vera, sin embargo, la que se encargó de tranquilizarlo. Dio un paso al costado, evitó las preguntas, se volvió leve, casi imperceptible. Unos días antes de la llegada de Poussiére, cuando las reuniones arreciaron y Rímini volvía a casa muy tarde, con la ropa ahumada de cigarrillos y los ojos enrojecidos, Vera lo esperaba despierta y sonriente, con la comida tibia en el horno, muy interesada en él, en sus dolores de cuello y de espalda y en su tos y en reemplazar su ropa maloliente por una bata limpia, y completamente indiferente, en cambio, a las pérfidas nimiedades universitarias que lo habían mantenido alejado de ella durante todo el día. Rímini, azorado y feliz, sintió que su amor rejuvenecía.

Pero Poussiére llegó, el seminario empezó, y Rímini apenas pasaba unas horas en casa. La encontraba dormida —aunque Vera le dio a entender que dormía para no obligarlo a dilapidar sus migajas de tiempo libre con ella—, pero cada vez que abría la puerta, Rímini descubría su devoción en las mil señales de bienvenida que había sembrado en la casa. Dejaba prendidas dos o tres luces tenues, las necesarias para atravesar la casa sin clavarse las esquinas de los muebles en las ingles. La mesa estaba puesta; una línea de flechas fluorescentes unía su plato vacío con la fuente que todavía humeaba en el horno. Cada noche había un nuevo mensaje de amor en el espejo del baño, y al lado del teléfono esperaba la lista de los llamados del día, que Vera iba anotando en papelitos sueltos, como al descuido, y antes de meterse en la cama pasaba en limpio en un bloc cuadriculado, cuyas hojas iba llenando con sus *t* altas, como torres Eiffel en miniatura, y un aparato crítico que florecía alrededor de nombres y

apellidos. «Del videoclub: necesitan urgente *El milagro alemán*. ¿Por qué seguís alquilando películas blanco y negro si sabés que nunca termino de verlas? Iván: 3 y media: algo sobre un diccionario. Hasta las 6 está en su casa. Sé que estuve mal, pero le dije que no soy sorda. De la administración: cuándo pensamos ponernos al día. Puse acento paraguayo y me hice pasar por la mucama.» Y cuando Rímini, ya desvestido, entraba al cuarto en puntas de pie, eludiendo las franjas de piso que crujían, el espectáculo que Vera le había preparado lo conmovía hasta la congoja. El velador estaba prendido, la ventana abierta, una botella nueva de agua mineral lo esperaba en la mesa de luz. Su almohada preferida —la misma que ella solía robarle entre sueños— estaba de su lado, intacta, como protegida por un halo sagrado, y su sector en la cama despedía un aroma de sábanas recién estrenadas. Vera, que incluso se las había ingeniado para dejar de roncar, dormía acurrucada en el otro extremo, dándole la espalda, un detalle que Rímini antes habría interpretado como signo de indiferencia y ahora le resultaba el colmo de la consideración: Vera le daba la espalda para despreocuparlo, para liberarlo del remordimiento que habría sentido si al meterse entre las sábanas, por torpeza, la hubiera despertado. Entonces Rímini exageraba la cautela de sus movimientos y, casi acalambrado, entraba en la cama como quien se interna en un frágil santuario de papel, y la miraba dormir. Le costaba creer que aun entonces, presa en la gruta del sueño, cuyas leyes, por lo general, autorizan los actos más desconsiderados, Vera siguiera irradiando el influjo de su devoción amorosa. Era como si estuviera muerta, o como si, antes de abandonarlo para siempre, hubiera desperdigado por la casa las huellas póstumas de amor por las que quería ser recordada.

Así hasta el día de la última conferencia. A las seis de la tarde, diez minutos antes de la cita que habían fijado con Carmen en un bar cerca del teatro de la universidad, Rímini todavía estaba ocupado zanjando desinteligencias entre su cinturón y las presillas de sus pantalones. Había empezado a sudar. En la cama, envuelta en su bata de toalla blanca, Vera terminaba de pintarse las uñas de los pies mientras un hombre de ojos desorbitados gesticulaba en el televisor sin sonido. Dio una última pincelada, borró un despiste con una punta de algodón y extrajo las pelotitas blancas que mantenían sus dedos separados. Rímini bufó: las presillas eran demasiado estrechas, el cinturón demasiado ancho, y él era incapaz de decidir cuál de los dos inconvenientes eliminar. «¿Qué hora es?», preguntó desesperado. «Dejá el cinturón. No lo necesitás», dijo Vera sin volverse, tapando el frasco de esmalte. Rímini obedeció en el acto. Ya vestido, corrió al living a buscar el texto de la conferencia. En la mesa baja lo esperaba una desalentadora orgía de papeles: fotocopias, páginas de apuntes, variantes de traducción... Se arrodilló en el piso

y metió las manos entre las hojas, a ciegas, como si para reconocer la copia de la conferencia le bastara con tocarla. Dio con un puñado de páginas abrochadas. *Programa de actividades del Prof. Marcel Poussière en Buenos Aires*, decía el encabezamiento. Buscó otra vez, revolvió en círculos: la onda expansiva volteó un vaso vacío, un cenicero lleno, un encendedor. La voz de Vera llegó suave, segura: «¡En la carpeta verde, sobre la mesa del comedor!» Dos minutos más tarde, cuando Rímimi reapareció en el cuarto para despedirse, Vera leía con los ojos entrecerrados, envuelta en el humo de un cigarrillo, y desentumecía los dedos de los pies ante el televisor, muy cerca de la pantalla, como acelerando el secado del esmalte con la luz de las imágenes. Rímimi clavó una rodilla en la cama. Vera lo miró sonriendo y le pasó una mano por la frente, apartándole un mechón de pelo invisible. Rímimi cerró los ojos. No fue una caricia, las yemas de sus dedos no llegaron a tocarlo, pero sintió en la cara un roce imperceptible y remoto, parecido a la súbita diferencia de calor que una sombra hace nacer en el cuerpo sobre el que se proyecta. Cuando abrió los ojos y la vio otra vez enfrascada en sus distracciones, como si nada hubiera sucedido, tuvo la sospecha de que el gesto nunca había tenido lugar, que había sido un espejismo, una premonición o un recuerdo. No, Vera no lo despedía: estaba liberándolo. Una vez más se había sacrificado por él. Ahora sólo le quedaba desaparecer, extinguirse ante sus ojos como una criatura de fábula. Una tristeza inmensa lo invadió. «¿No querés venir?», le propuso, sin esperanzas. «¿Te parece?», dijo ella. «Es la última conferencia», dijo él: «me encantaría que estuvieras.» «¿No te voy a poner nervioso?», preguntó. «No me importa», dijo Rímimi. «Me voy a aburrir: no voy a entender nada», protestó ella. «Hacelo por mí», insistió él. Vera se puso de pie y apagó el televisor. «Me tendría que vestir», suspiró. «¿No estás llegando tardísimo?» «Carmen nunca es puntual», dijo él, yendo hacia el armario. Vera se le adelantó; abrió la puerta, apartó un ejército de abrigos y, lanzando un ensayado grito de sorpresa, dio con lo que buscaba: una percha con una muda de ropa completa, lista para entrar en acción. «Al bar vas solo, ¿eh?», le advirtió mientras se desnudaba: «Yo te espero en el teatro. ¿Te parece que estaré bien con esto?»

Todo volvió de golpe, como después de un corte de luz. Poussiére seguía al borde del colapso. Crujieron un par de butacas, alguien carraspeó, dos cabezas se buscaron para cuchichear en la oscuridad. Pasó el subte y la sala entera se estremeció. Rímini se inclinó sobre Carmen y entró en la órbita perfumada de su rostro. Vainilla o almendras, pensó. Pero dijo: «¿Qué está pasando?» Sin mirarlo, Carmen apuntó con el mentón hacia el público. «Ahí, en la fila cinco», le susurró ella al oído, haciéndole cosquillas con su aliento. Rímini contó, barrió la fila con los ojos y tropezó con Vera, que bostezaba hundida en la última butaca, junto al pasillo. «Cómo se le pudo ocurrir venir», dijo Carmen, escandalizada, «debe estar loca: mirá cómo se vino vestida.» «¿Qué tiene?», preguntó Rímini. «Fíjate: ¡se vino como para seducirlo!» Rímini clavó los ojos en Vera, que ahora se mordisqueaba un pellejo rebelde, mientras revisaba su vestuario con desconcierto. «¿Vera? ¿Seducir a quién?» Carmen lo miró con asombro. «¿Se llama Vera? ¿Como tu mujer?» «Es mi mujer», dijo Rímini. Carmen miró hacia el público y sofocó una carcajada: «¿Tu mujer fue amante de Poussiére?» «¿Qué decís», dijo Rímini. Tuvo ganas de pegarle —de pegarle y besarla y rasparle las mejillas con los labios y desaparecer con ella en algún lujurioso paraíso tropical lleno de plantas carnívoras y hormigas gigantes. «Perdoname: ¿esa de rombos blancos y verdes es tu mujer?» Rímini corrigió la dirección de su mirada y descubrió junto a Vera a una mujer corpulenta, teñida de rubio, que parecía brotar entera por el escote de su traje de arlequín. «No, la que está sentada al lado. ¿Poussiére tiene una amante en Buenos Aires?» «Tuvo. ¿No sabías? Se pelearon hace dos días. Fue todo un escándalo: casi lo echan del hotel», dijo Carmen, y luego le dedicó una mirada misericordiosa: «¿Qué tarambana que sos. No te habías dado cuenta de nada, ¿no?» «No», dijo él, evitándola: «siempre llego tarde, a todo.» «Como buen Tauro», sonrió ella, y algo —una mezcla muy sabia de curiosidad y despecho— la obligó a mirar otra vez hacia la quinta fila de butacas y a sonreír con tristeza. «Es linda tu mujer», dijo. Los dos enmudecieron durante una fracción de segundo, como si una

misma fuerza los hubiera transportado a dos planetas distintos. «Sí», dijo él. Y sin mirarla agregó: «Me parece que estoy enamorado de vos.» Carmen, en silencio, apartó un poco su silla. Cuando se animó a mirarla, Rímini notó la estela que un rubor vertiginoso había dejado en su cara. Quiso decir algo más, algo que corrigiera o atenuara o multiplicara, cualquier cosa con tal de que las cosas no quedaran como estaban, y estaba a punto de hablar cuando Poussiére pareció volver en sí, abrió la boca y rompió el silencio gimiendo contra el micrófono. Hubo un acople ensordecedor. Poussiére saltó hacia atrás, volvió a la carga y manoteó el micrófono como para domesticarlo, pero la jarra de agua se interpuso y gritó. El choque produjo un sonido cristalino, vagamente musical: la jarra vaciló, contoneó unos segundos su panza hinchada y se hizo pedazos contra el piso del escenario.

El caos habrá durado cinco minutos. Poussiére desapareció por una de las patas del escenario, Carmen huyó de la cabina, alguien apareció con un escobillón y se puso a barrer los trozos de vidrio, mientras la gente de la primera fila verificaba los daños en zapatos y cuadernos. La luz de la sala parpadeó, se apagó, volvió a prenderse. Un rumor de excitada consternación planeó sobre el auditorio. Un grupo sentado en el centro amagó levantarse y se arrepintió, intimidado por la mirada hostil que le dirigieron sus vecinos. Rímini miró hacia la quinta fila: Vera, acodada sobre sus rodillas, ahogaba la risa entre las manos, y la ex amante de Poussiére aprovechaba la confusión para retocar su maquillaje. Hasta que un asistente avanzó por el pasillo, se detuvo en el extremo de la fila y le hizo señas. La mujer se incorporó, dejó el neceser abierto en la butaca y salió pasando por encima de las piernas de Vera. Rímini los vio cabildear unos segundos, él demasiado sonriente, ella demasiado razonable. Después, empujándola por un codo, con la delicadeza enérgica con que se guía a los extraviados, el asistente la condujo hacia la salida. A mitad de camino la mujer quiso retroceder, pero el asistente le bloqueó el paso; ella, encolerizada, señaló a lo lejos su asiento. Vera, que había seguido toda la escena, tomó el neceser y lo exhibió en el aire. El asistente se acercó a buscarlo, la mujer se lo arrebató; dieron media vuelta y desaparecieron en un vaivén de puertas batientes.

Poussiére asomó la cabeza por un costado del escenario, echó una mirada amedrentada hacia el público y avanzó bajo la luz. Carmen lo seguía unos pasos atrás, protegiéndolo y bloqueándole el camino de regreso, con un vaso de plástico y una botella de agua en la mano. Se sentaron juntos. El lingüista tapó el micrófono y le susurró algo al oído. Carmen, sonriendo, llenó un vaso de agua y se lo alcanzó prácticamente hasta la boca. Poussiére lo vació de un solo sorbo. Después, mientras lo hacía crujir en la mano hasta romperlo,

posó los ojos en sus papeles y vagó un momento por los renglones, perdido. Carmen miró el texto de reojo y señaló un punto apoyando un dedo amable en la página. Poussiére se aclaró la garganta. Entonces Carmen alzó la cabeza, hechizó a Rímini con sus ojos suplicantes y asintió, como dándole una señal.

Media hora más tarde, la conferencia terminaba en paz, Vera anunciaba a la distancia, en el idioma de los sordomudos, que salía a fumar un cigarrillo, un Poussiére rozagante, ávido –como todo sobreviviente– de enfrentar desafíos nuevos, pretendía barajar sin intérprete las preguntas del público y Rímini y Carmen se besaban a oscuras en el camarín del teatro, recostados contra la pared de un tipi indígena que no tardaría en derrumbarse, puesto que en el western teatral para el que lo habían comprado sólo aparecía como una mera pieza decorativa. Trastabillaron, cayeron, pero nunca dejaron de abrazarse. Una pila de colchonetas y alfombras de cuero de vaca amortiguó la caída. Cuando se incorporaron, mareados por el vértigo del éxtasis, Carmen tenía la cabeza coronada de plumas y Rímini un collar de uñas de gato montés colgado de un hombro. Se rieron a dúo. Carmen, que era alérgica a las plumas, encadenó la risa con una seguidilla de estornudos. Rímini volvió a abrazarla. Tuvo la impresión de que su cuerpo cabía entero entre sus brazos. Y mientras le palmeaba la espalda –una inesperada intuición clínica le decía que la alergia y la tos eran parientes cercanos– se puso a llorar, ebrio de felicidad y de extrañeza.

De pronto oyeron ruidos. «¡Carmen! ¡Rímini!», gritó el asistente desde la escalera. «Poussiére no da pie con bola y hay más de diez preguntas anotadas. ¡Suban! ¡Los necesitamos en la cabina!» Carmen tironeó del collar de uñas y lo rompió. Rímini sopló la cabeza de Carmen: las plumas flotaron unidas en el aire, hasta que una se desprendió del resto y fue a adherirse a la mejilla húmeda de Rímini. «Indiecito mío. Indiecito llorón», dijo Carmen, capturando la pluma con dos dedos asustados, como si fuera el ala de una mariposa, y guardándosela en algún lado: «¿Qué hiciste de nuestra vida?» Camino a la sala, Carmen se detuvo: «No, mejor no salgamos juntos: no soportaría estar al lado tuyo sin besarte», le dijo, y su mano aleteó un segundo, despidiéndolo, antes de desaparecer tras la puerta del baño. De modo que Rímini salió al escenario solo, todavía temblando, y se calzó los auriculares y contempló la sala a media luz, la gente quieta, la butaca en la que Vera había estado alguna vez, doscientos cincuenta millones de años atrás, cuando algo parecido a un mundo crecía y daba vueltas alrededor de su cuerpo. Apoyado sobre el respaldo del asiento de adelante, un estudiante de hombros caídos tartamudeaba una pregunta. Poussiére, de perfil al público, lo apremiaba sin prisa, cortando en tiritas parejas un resto del vaso de plástico. «Todo está igual», pensó Rímini con asombro, mientras traducía el monólogo del estudiante. Había algo impasible y

brutal en el contraste entre la mutación sentimental que sufría y la identidad que seguía reconociéndole al mundo. Todo estaba igual, sólo que más nítido: Rímini lo veía todo y en detalle, como se ve un paisaje después de una lluvia. Pensó que de haber estado afuera, en un parque o en el campo, habría sido capaz de enumerar las nervaduras de cada hoja sin equivocarse. Y a la vez, encandilado por el brillo de lo que veía, le pareció que lo único que se había alterado en el mundo era el tiempo. Percibió una especie de dilatación general. La voz de Poussiére —que ahora desovillaba la pregunta—, la propia voz de Rímini haciéndole eco, ¿no sonaban como si estuvieran quietas? Y lo más sorprendente: ¿cómo podía haber dilatación sin envejecimiento? En su caso lo entendía: estaba enamorado. Pero el fenómeno parecía nacer del corazón mismo del mundo, como si ese estiramiento extraordinario fuera la consecuencia última de su empeño en seguir siendo el mismo mundo de siempre. O quizá todo se prolongaba demasiado simplemente porque Carmen no estaba. Quizá Carmen, en ese mismo instante, acercaba su cara al espejo del baño y no llegaba a contemplarse nunca, aletargada por la misma lentitud...

«... mediante la fórmula», terminó de traducir, «según la cual toda falta de sentido fatalmente se anula.» Rímini hizo silencio. En los auriculares, sin embargo, la voz de Poussiére siguió perdurando unos segundos. El original llegaba más tarde que la interpretación. Rímini estaba estupefacto. Le pareció que nunca el tiempo había sido tan denso. «¿Y ahora qué? ¿Qué más puede haber?», se preguntó, con el escándalo de quien acaba de mudarse y contempla cómo una cuadrilla de peones arruina con muebles y cajas el vacío limpio de una habitación. Abajo, de pie junto a la primera fila, el asistente estudió una lista, consultó su reloj y reclamó la siguiente pregunta. Rímini alcanzó a ver algo que se movía en la penumbra del fondo de la sala: el manchón blanco de una manga, un brazo que asomaba, tímido pero relajado, detrás de una columna de hormigón. El asistente avanzó hasta las últimas filas y entregó el micrófono, que pasó de mano en mano y recorrió toda la hilera de butacas hasta desaparecer detrás de la columna. Hubo un silencio. Después una garganta se aclaró, un dedo imperioso golpeó contra la cabeza del micrófono, la amplia manga agitó su caída en el aire. «No soy lingüista», advirtió la mujer en un francés impecable, teñido de recato y de hostilidad, «y salvo el accidente con la jarra de agua, no estoy segura de haber entendido todo lo que sucedió aquí esta noche. No domino la jerga especializada, así que pido perdón si lo que quería preguntar, por alguna casualidad, ya fue respondido en algún momento de...» «La pregunta, por favor», la conminó el asistente. Rímini sintió en el pecho un vacío brusco, como si su corazón se hubiera saltado un latido. «Éste es un encuentro interdisciplinario, ¿no?», contraatacó la mujer, ahora en

castellano. «Quiero creer que aceptan intervenciones de otros campos, ¿no?» Una risa incómoda serpenteó en el auditorio. Rímini aisló y reconoció el elemento de rencor que palpitaba en esa voz. Miró hacia la columna donde la manga, ahora, parecía hablarle sólo a él, en un idioma privado cuyos restos, sepultados en un lugar remoto de su memoria, empezaban a desperezarse. «Claro que sí», dijo el asistente, «pero es tarde y todavía queda una lista de gente...» «Yo tampoco tengo toda la noche, así que, si me permitís, voy a seguir», dijo la mujer, y aspiró un poco de aire –la ráfaga, amplificada por el micrófono, resonó en el teatro como el preludio de una tormenta de teatro infantil– y cambiando otra vez de lengua empezó a decir: «Yo trabajo con el cuerpo», y Rímini se sintió descubierto, como si uno de esos reflectores de cárcel de máxima seguridad lo clavara contra el fondo oscuro en el que pretendía pasar inadvertido. No tenía adónde ir. Miró hacia el fondo de la sala, vio dos o tres cabezas que giraban hacia la columna, vio la columna, el brazo con la manga –una «túnica hindú»– y la mano sosteniendo el micrófono y después, como la última pieza de dominó que cae, empujada por la caída de todas las anteriores, una llamarada de flagrante pelo rubio: «No sé si el profesor (y sus colegas europeos, o los lingüistas en general, bah) estará al tanto de la escuela Breitenbach, de la escuela o el método (todavía es algo que se discute) de Frida Breitenbach...»

Oyó voces que se afanaban a su alrededor y se despertó. Vio las paredes picadas, un pequeño globo de luz balanceándose sobre su cabeza, los armarios de metal formados en fila, como soldados. Algo muy leve le rozó la nariz y lo hizo estornudar. Una pluma. Quiso incorporarse, una sombra se acercó a ayudarlo y sus manos, al apoyarse en el piso, palparon una textura familiar, húmeda y fría. ¡El plástico del tipi indio! Una oleada de alivio lo inundó, la más intensa que hubiera experimentado en su vida, pero volvieron a aflojarse las piernas y Rímini fue cayendo de espaldas, muy lentamente, mientras contemplaba con una sonrisa beatífica los rostros que se inclinaban sobre él para sostenerlo. Un segundo antes no los había reconocido, obnubilado por el pozo negro del que salía; ahora tampoco, pero porque lo que lo atontaba era la felicidad de comprobar que todo había sido un sueño. Analizó, mientras lo izaban unos brazos, los vestigios de realidad que habían sobrevivido al apagón: había bajado con Carmen al camarín del teatro, se habían besado en la oscuridad, habían perdido pie, siempre abrazados, y él —era evidente— se había golpeado la cabeza contra algo y había perdido el sentido. Lo demás —una secuencia de hechos y detalles menores, que la aparición de Sofía atraía como un imán— parecía flotar en su cabeza, a la deriva, y deshacerse perezosamente, como se disipan las sombras de una pesadilla. «Te desmayaste», le dijo alguien. Rímini reconoció la voz del asistente y sonrió. «Ya estoy bien», dijo, palmeando un hombro que resultó ser de otro. Quiso preguntar por Carmen, pero apenas abrió la boca le vaciaron un sobre de azúcar debajo de la lengua. Subió la escalera sin dificultad, rechazando incluso la ayuda que le ofrecía el asistente, pero cuando llegó al escenario sintió en el pecho un hueco negro y helado que lo obligó a detenerse. Era como si el desmayo, al irrumpir en él, en lo más secreto de él, le hubiera robado parte del aliento que animaba no su cuerpo, ni su organismo, sino su vida misma, no la vida actual, presente, de la que su cuerpo y su organismo eran indistinguibles, sino lo que le quedaba por vivir. Lo que le faltaba, ahora, no eran fuerzas: era *tiempo*. Y si se sentía cansado no

era porque se hubiera excedido; había perdido algo —un segundo, una hora, un año— que no volvería a recuperar.

Cruzó el escenario despacio, a paso de viejo, mirando cómo unos hombres en ropa de trabajo se llevaban la mesa, las sillas, el mantel de felpa, el micrófono, la triste utilería de la conferencia. Hacía rato que todo había terminado. ¿Cuánto tiempo había estado desmayado? Quiso preguntárselo al asistente, pero cuando giró sólo alcanzó a ver su espalda alejándose hacia un costado del escenario. Una llave chasqueó, un farol se apagó y la luz tardó unos segundos en extinguirse. Sorprendido por la penumbra, Rímini se apoyó en una pared. Después de unos segundos, cuando volvía a distinguir el contorno de las cosas, bajó por una escalerita lateral y se encaminó por el pasillo, cabizbajo, hacia la salida. En un momento tuvo miedo de llevarse algo por delante y levantó la cabeza, y unos pasos más allá vio la sombra de dos personas que hablaban. Hablaba una sola, en realidad; la otra, más alta, parecía acorralada contra la pared de ladrillos. En eso la puerta de la sala se abrió, dejando entrar a un empleado del teatro y una franja de luz que iluminó fugazmente el pasillo. Entonces, como aprovechando ese breve instante de desconcierto, la silueta alta se volvió hacia Rímini y Rímini vio que era Pous-sière, una versión desencajada de Poussiére, que lo reconoció, dejó escapar un «¡Ah!» de alivio y, liberándose del asedio de la otra figura, fue hacia él y lo envolvió en un remolino de frases y gestos sobreactuados y lo abrazó una, dos, tres veces, con una euforia de farsante, y huyó a toda velocidad rumbo al escenario. Rímini se quedó inmóvil en el pasillo, atontado por la tromba que acababa de sacudirlo, hasta que un reflejo piadoso lo forzó a mirar a la silueta de la que Poussiére acababa de deshacerse: Sofía. Sofía, que ya estaba a su lado, ya posaba una mano en su antebrazo, ya lo besaba, envolviéndolo en una nube de aromas exóticos, y le preguntaba: «¿Recibiste mi postal?»

Estaban casi a oscuras, pero Rímini la miró larga, fijamente, como si para llegar a ella tuviera que atravesar una distancia eterna. Sintió algo muy extraño, algo que al pensarlo siempre le había parecido el colmo de lo impersonal, al mismo nivel que un teorema, por ejemplo, o una ley física, o uno de esos procesos que sólo se despliegan a lo largo de períodos tan vastos que exceden el entendimiento humano —sintió que vivía en varios mundos al mismo tiempo. En uno se desmayaba; en otro recibía una postal de una ex mujer; en otro se encontraba con la ex mujer que le había enviado la postal; en otro era feliz con una mujer celosa; en otro se enamoraba de una mujer que no era de su tipo. «Me mirás como si vieras un fantasma», le dijo Sofía. Rímini sonrió, tuvo una noción exacta de la debilidad de su sonrisa y miró inquieto hacia la puerta. «Por Vera no te preocupes», dijo ella. «Se fue.» Y embocó un brazo en el ángulo que

formaba el brazo de él y lo guió hacia la salida. «La vi afuera, en el hall (no, no me reconoció, estoy segura), le oí decir que se iba. ¿Es idea mía o está un poco más civilizada?» «¿Por qué?» Rímini hablaba como quien se palpa el cuerpo, sólo para corroborar que todo era real. «Alguien le dijo que se quedara, que iban a ir a comer todos juntos. Él», Sofía señaló al asistente, que se acercaba entre dos filas de butacas y, al verlo, le preguntó si estaba mejor. «Sí», dijo Rímini. «¿Vera está afuera?» «Me parece que se fue», dijo el asistente, y cuando pasó a su lado evitó mirarlo y le susurró: «La que te andaba buscando es Carmen.» Le pareció descortés no retribuir esa muestra de complicidad, pero el asistente ya subía la escalerita hacia el escenario. Y enseguida el hecho de que algo tan prematuro como lo que acababa de suceder entre Carmen y él ya fuera un secreto, un secreto compartido, además, con alguien tan ajeno a los hechos como el asistente —eso, que podría haber atenuado la soledad en la que soportaba su hecatombe sentimental, no sólo el *coup de foudre* con Carmen, cuyo sabor reaparecía una y otra vez en su boca, sino también la aparición sobrenatural de Sofía, le produjo en cambio un inmenso desamparo. Le tironeaban un brazo. «¿Por qué te desmayaste?» —Sofía lo arrastraba hacia la salida. «Eh», protestó Rímini, «me bajó un poco la presión.» «No es la primera vez, y ahora no hubo sangre de por medio. ¿No tendría que verte un neurólogo? ¿O te dio vergüenza la pregunta que hice?» Rímini miró la franja vertical de luz que cortaba en dos la puerta y apuró el paso. «No me contestaste, Rímini. ¿Recibiste mi postal o no?» «¿Cuándo llegaste?», preguntó él, con la ilusión de que cambiar de tema era tomar la iniciativa. «Esta mañana. Compré el diario en Ezeiza, vi anunciada la conferencia en la agenda y decidí venir. No te creas que hago esto por mucha gente, eh. Me caigo de cansancio, Rímini. ¿Cuánto hace que no nos vemos? ¿Por qué los extranjeros que vienen a dar conferencias nunca contestan lo que se les pregunta?»

Se repartieron los paneles de la puerta: Rímini empujó el izquierdo, Sofía el derecho. Salieron al hall y Rímini se decepcionó: esperaba encontrar caras, gente, ruido, la animación exagerada con que la gente compensa el voto de silencio a que los obligan los teatros, pero sólo quedaban dos o tres estudiantes mirando con desgano la cartelera, un viejo rengo, de gorra, que empezaba a encadenar las puertas de calle y una luz blanca y violenta que parecía calcinarlo todo. «¿Vamos a tomar algo?», dijo Sofía. Rímini la miró —primero a la cara, después toda entera, de la cabeza a los pies: el pantalón parecía nuevo, pero el borde de una de las botamangas estaba raído y un gran óvalo oscuro —aceite o grasa— colgaba de un bolsillo como una lágrima; tenía tres o cuatro anillos en cada mano, no joyas, sino las piezas de artesanía que usaba siempre, nobles y austeras, pero una delgada medialuna de mugre coronaba cada uña y todas sus

cutículas estaban en carne viva. No era descuido, ni negligencia; al revés: era el efecto de una autoexigencia extrema, sólo que descarrilada. Rímini tardó en darse cuenta de que el perfume que olía, una mezcla densa y carnosa de chicle y alcohol, emanaba de su maquillaje, y que lo que empezaba ahora a marearlo era la diferencia de tamaño de sus ojos, el derecho mucho más cerrado que el izquierdo, con el párpado, además, salpicado de puntos negros de rímel. «No», dijo Rímini, «no puedo. Es el cierre del seminario: tengo que ir a comer con todos.» Las puertas del teatro se abrieron y Carmen apareció en el hall con una expresión atribulada y un ramo de flores, seguida por un hombre maduro, de piel bronceada y traje príncipe de Gales, que sofocaba en un pañuelo una racha de estornudos. Carmen vio a Rímini y quedó paralizada, el pie derecho adelantado pero todavía en el aire buscando el próximo paso, el izquierdo atrás, apoyado y en tensión, marcando la línea de sus ligamentos, y Rímini se sintió como uno de esos dioses subalternos que, carcomidos por la lujuria, la envidia y las pasiones más bajas, sorprenden en medio del bosque a la bella cazadora que los enloquece de deseo y como no pueden poseerla, porque su precaria jerarquía divina se lo prohíbe o porque algún dios superior ya se ha reservado la presa, deciden convertirla en una estatua de piedra. Pero el pie de Carmen terminó de posarse en el piso, el papel celofán de las flores crepitó y un último estornudo retumbó en el hall del teatro, y cuando pasaron junto a él Rímini creyó detectar en el cuello de Carmen, unos centímetros por debajo del lóbulo de la oreja, una mancha morada, la firma de unos labios vampíricos, y no saber quién la había estampado lo inundó de un ciego furor. Se cruzaron y sonrieron, primer paso de un patético ritual de despedida: alzaban manos que quedaban a mitad de camino, asentían a todas las frases que no decían, amagaban presentaciones que nadie esperaba, rumiando en cuestión de segundos una variedad de estados y emociones que probablemente no les alcanzaría una vida para experimentar. Por fin Carmen se animó. «¿Vas?», preguntó, señalando con un dedo un restaurante imaginario donde Poussiére y los demás ya debían de estar saqueando las paneras. «¿Vos?», preguntó Rímini. «No», dijo ella, y frunció la boca, triste o cansada, y después de rozar a Sofía con los ojos, como si no quisiera desaparecer sin llevarse algo de ella, algo, una imagen en la que más tarde, más serena y a solas, pudiera descargar todas las preguntas que se le apiñaban en la cabeza y no podía formular, volvió a detenerse en Rímini, bajó con timidez los párpados, irresistiblemente, y dijo: «Bueno, nos vemos.» Y se fue. El galán del pañuelo quedó algo descolocado, como si sólo hubiera ensayado la escena hasta ese punto y ahora, sin texto, sin instrucciones, ya no supiera bien qué papel le tocaba interpretar. Hasta que tomó impulso, se aclaró la garganta y mientras guardaba el pañuelo en un bolsillo, declamó un «Buenas

noches» de viejo cine argentino. Tentada de risa, Sofía dijo «¡Adiós! ¡Adiós!» a los gritos, como saludando desde la dársena de un puerto. Y de golpe, como si se arrancara una máscara y todo en ella cambiara en un instante, preguntó: «¿Ésa es Carmen?» «Sí», dijo Rímini. «¿Por qué?» «¿Esa chica te gusta?» «Sofía...» «No está mal. Tiene tu edad. Eso sólo ya es un avance. Lindos tobillos. Muy delicada. Cicatriz de vacuna en un hombro. Un buen partido» —a Rímini le pareció que oía la expresión como en relieve, como si formara parte de un sistema de clasificación científico—: «cariñosa, sensible, *my* femenina.» «Basta, Sofía. Qué te pasa.» «No sé. Estoy como sonámbula. Debe ser el *jet lag*. Pero adelante: es un buen negocio. Perdés pasión pero ganás madurez. Sos consciente, supongo. Mal no te va a venir. Vera ya está. Ya la aprovechaste. Ya tenés tu reserva de hemoglobina. Al final sos como un agente de bolsa: sacás juventud de acá, la invertís allá...»

Ya estaban en la calle. Las luces del teatro fueron apagándose de a una. Un remolino de viento los envolvió. Sofía, de golpe, pareció desamparada. «Tengo frío. Ayer a esta hora yo... ¿Tomamos un café?» «No, Sofía. Te dije: Voy a comer con.» «Para qué», lo interrumpió ella, «si Carmen no va.» «Eso qué tiene que ver.» «Rímini, no me des tanto trabajo. No tenemos que empezar de cero, nosotros, sabés. Y eso es una ventaja. Una *gran* ventaja. Ahí en la esquina hay un bar.» Sofía se acurrucó contra su cuerpo para protegerse del viento y lo obligó a bajar a la calle. «No puedo, Sofía. En serio», dijo él, apartándose, «me están esperando.» Por un segundo no dijeron nada. Una nueva ráfaga de viento pasó, obligándolos a entrecerrar los ojos, y montó un triste revuelo de papeles en la avenida. Sofía tosió; quiso abrigarse, buscó un cuello que no tenía y dejó la mano apoyada en su pecho, mientras con la otra se despegaba los mechones de pelo que el viento le desparramaba sobre la cara. «¿Me acompañás hasta el auto, por lo menos?» «¿Dónde lo dejaste?» «¿Ésa cuál es?» «Uriburu.» Sofía miró a su alrededor, completamente perdida. Sacó unas llaves, dio unos pasos vacilantes y se detuvo junto a un Renault 12 estacionado al lado de Rímini. Metió la llave en la cerradura, se concentró y luego, mientras abría la puerta, dijo: «¿Recibiste la postal, al menos?» Rímini asintió en silencio. Sofía sonrió y se metió en el auto.

Rímini se alejó antes de que arrancara. Sofía estaba en el auto; él en la calle: era una ventaja ínfima, pero hubiera hecho cualquier cosa por no perderla. Se puso a caminar hacia Callao con pasos largos, a buen ritmo, energizado por una sensación general de absolución, pero a medida que se alejaba físicamente de Sofía, a medida que iba dejándola atrás y poniéndose a salvo, justo cuando empezaba a disfrutar de la fortaleza que sentía cada

vez que sobrevivía a un encuentro con ella, todo lo que ella había dicho y hecho durante los diez o quince minutos que habían pasado juntos, gestos, ofertas, reclamos, sobreentendidos —la radiación a la que lo había expuesto y las trampas que le había tendido, que él se las había ingeniado para eludir, toda esa *influencia*, que Rímini creía haber aislado en alguna región blindada de su alma, reaparecía y volvía a acosarlo. Borrada Sofía —como la nota que el pedal deja suspendida en el aire después de que el dedo ha soltado la tecla— quedaban su acción, su efecto, la extraña resonancia que prolongaba la vida de sus palabras cuando, emancipadas de la situación en la que habían sido dichas, se volvían nefastas como oráculos. Sí, Rímini estaba a salvo, pero la amenaza, como un virus, sólo había cambiado de forma: había abandonado a Sofía como quien abandona un medio de transporte que ya no le sirve, y se multiplicaba en una infinidad de partículas aéreas, rapidísimas, que lo seguían de cerca, zumbaban en sus oídos y ya empezaban a lacerarlo con sus diminutas fauces dentadas. Había sobrevivido, pero se había quedado sin defensas. La influencia de Sofía corroía la membrana que lo separaba del mundo; lo volvía transparente, poroso, a tal punto que Rímini, mientras caminaba, ya no sentía los remolinos de viento afuera, alrededor de su cuerpo, sino dentro de su estómago, en los pulmones, congelándole el corazón. Se detuvo. Se balanceó en el cordón de la vereda. Sintió el desánimo inconsolable del que no tiene secretos. Sofía, después de eviscerarlo, lo había dado vuelta como a un guante. Es cierto: Rímini se había enamorado de Carmen. Todavía sentía en las piernas algún temblor, secuela tibia del paroxismo al que habían llegado juntos en el camarín del teatro. Pero ¿qué tenía para ofrecerle? Nada. Esa cadena que lo ataba al otro mundo del pasado —y Vera. Peor que nada. Previó —como en un anticipo de película— la decepción grabada en la cara de Carmen, sus párpados que volvían a cerrarse, ya no para ensortijarlo sino condenarlo —a él, a Rímini, que acababa de asomarse a su vida y ya no podía pensar en vivir sin el calor que le había contagiado. Se sintió tan avergonzado que avanzó con los ojos cerrados, bajó a la calle y cruzó. Un bólido oscuro, sin luces, dobló haciendo chirriar las gomas y lo encerró. Todo fue tan rápido que no tuvo tiempo de asustarse. Sofía ya estaba muy cerca de él. Le gritaba. Al principio sólo la vio mover la boca, la única parte viva de la máscara pálida que era su rostro. Después, de a poco, le fue llegando el sonido: «... de remil putas, ¿quién mierdas te creés que sos? ¿Doce años estuvimos juntos y no tenés tiempo para mí? ¿Cómo podés ser tan basura, tan mierda? ¿Te creés que esto te va a salir gratis? ¿Que vas a seguir así, por la vida, libre, como si nada? ¡Vas a pagar, Rímini! Conmigo podés hacer lo que quieras, pero vos... ¡Vos sos el problema! ¡Vos, tu puto adentro, tu alma! ¡Esa puta piedra aterrorizada que tenés ahí, en lugar del

corazón! ¡Basura, pobre infeliz! Decí algo. ¡Estás enfermo! ¡Te vas a pudrir! ¡Ya te estás pudriendo! Todo fermenta, ¿entendés? Todo. ¡Mirame! ¡Mirame, cagón, cuando te hablo! ¡Soy yo, Sofía! Hablá, decime algo. Ahora, porque cuando te des cuenta va a ser tarde. Yo sé que vas a venir. Arrastrándote, vas a venir. A pedir ayuda. Y yo... Yo, ¿sabés qué, Rímíni? Yo voy a estar muerta. ¿Y qué vas a hacer cuando yo esté muerta? ¿Quién te va a mirar? ¿Quién va a pensar en vos cuando yo esté muerta? ¿Quién va a querer...» —lo besó. Saltó sobre él, lo agarró de las orejas, una mano en cada una, como si fuera a arrancárselas, y le escarbó la boca con los labios y la lengua hasta abrírsele, y una vez sorteada la doble barricada de dientes Rímíni sintió que una ráfaga de aire frío y húmedo, tan inhóspito que parecía venir de las profundidades de la tierra, le escarchaba la boca y la garganta. Estaba aterrado pero se dejó hacer, mientras oía las protestas de los automovilistas bloqueados por el auto de Sofía. Probablemente nunca habría visto el accidente si unos segundos antes, intercalada entre las bocinas y los gritos, milagrosamente nítida, no hubiera oído la voz débil de un hombre que preguntaba: «¿Se siente bien, señorita?» Pero la oyó, y su tono de asombro, su solicitud, su indiferencia al espectáculo que Rímíni, Sofía y el Renault de Sofía ofrecían en medio de la calle, hizo que Rímíni desviara los ojos, reconociera al hombre que acababa de hablar, un viejo alto, muy flaco, envuelto en una frazada y apoyado en un andador de metal, y luego de un rápido paneo por unas fachadas descascaradas, descubriera a Vera en la esquina, mirándolos con una inexpresividad espeluznante por sobre el techo de un auto en el que apoyaba una de sus pequeñas manos blancas. Entonces Rímíni volvió en sí, se liberó del beso de Sofía, y mientras ella reanudaba sus imprecaciones, giró y gritó el nombre de Vera. Pero Vera había desaparecido. Rímíni vio entrar en cuadro al viejo que apuraba la marcha con la boca entreabierta, los ojos muy abiertos, y se quedó un segundo en suspenso, preguntándose si realmente la había visto, hasta que, más por inercia que por otra cosa, con el interés menor con que decidimos no desaprovechar lo que el azar puso delante de nuestros ojos, aunque no sea lo que esperábamos encontrar, siguió la dirección de la mirada del viejo y miró la avenida, el cruce de la avenida y la calle, y vio a Vera que cruzaba la bocacalle corriendo en diagonal, dándole la espalda no sólo a él, y al viejo, y al embotellamiento que seguía produciendo el Renault de Sofía, sino también a los autos que avanzaban por la avenida a toda velocidad, envalentonados por el poco tráfico de la hora, y la trayectoria de Vera le pareció tan caprichosa que no pudo evitar seguirla con una sonrisa, como si lo que veía no fuera algo real, que sucedía en el presente, sino una especie de hipótesis gratuita, sin otro respaldo que la imaginación que acababa de concebirla, hasta que oyó otro chirriar de gomas,

olió el olor del caucho quemado, sintió un impacto sordo y después de un segundo de desconcierto sorprendió a Vera en el aire, describiendo el mismo giro que un rato antes les había visto hacer a los papeles zamarreados por el viento, y luego, mientras Vera parecía flotar en la noche, oyó un estrépito de chapa, vidrios rotos, y cuando Rímini bajó los ojos ya todo había terminado: Vera yacía boca arriba en el pavimento, inmóvil, con un mechón de pelo cruzado sobre la frente, junto a una rueda de camión que giraba en el vacío.

Lo perdía todo. Iba perdiéndolo por partes, sin orden y sin lógica. Una tarde podía perder toda una conjugación del francés, y a los dos o tres días el sistema de acentos, y una semana más tarde el significado de la palabra *blotti*, y a la hora el matiz fonético que distinguía una promesa de alimento *-poisson-* de una de muerte *-poison-*. Era como un cáncer: empezaba por cualquier parte, no respetaba jerarquías, le daban exactamente lo mismo lo simple y lo complejo, lo esencial y lo accesorio, lo arcaico y lo nuevo. Los daños, al menos hasta ese momento, eran irreversibles: las zonas perdidas estaban perdidas para siempre, y cada vez que Rímíni, alentado por alguna esperanza, o por el mismo carácter antojadizo del mal, se tomaba el trabajo de volver sobre alguna de ellas para ver si algo había cambiado, todo lo que encontraba era el mismo páramo que le había helado la sangre la primera vez que se descubrió desvalijado. El deterioro ni siquiera era selectivo con lo que degradaba. No era uniforme ni homogéneo, pero por algún motivo las cuatro lenguas que Rímíni dominaba padecían sus efectos de un modo parejo. A veces alguna se adelantaba y perdía más, pero al poco tiempo las otras se ponían a tiro. La única ventaja del mal era también su máxima iniquidad: era imprevisible.

Los primeros golpes fueron doblemente duros, por el tipo de perturbación que ocasionaron, desde luego, y por sus consecuencias inmediatas, pero sobre todo por el factor sorpresa, que pareció multiplicar la envergadura del perjuicio. Fueron brutales, inesperados, de una crueldad insoportable, como es cruel cualquier golpe que nos sorprende cuando avanzamos por un pasillo que nos es familiar y que está en penumbras: avanzamos a ciegas pero confiados, es decir doblemente ciegos, de modo que cuando nos llevamos por delante la ventana y la punta de hierro se nos hunde en la frente, lo que más nos afecta no es tanto el daño físico en sí, por profundo que sea, como el agravio moral que el accidente le infirió a nuestra fe, que apostaba a un destino *-una travesía fluida, sin contratiempos-* y excluía de plano todos los demás. La primera vez fue en el Teatro Coliseo, ante

seiscientas personas: después de seguir al vicecanciller italiano como una sombra durante cuarenta minutos, Rímíni sintió una especie de crujido seco, parecido al que a veces sentía debajo del oído al morder, y una noche súbita, impenetrable, como la que se forma cuando se apoderan del cielo grandes nubes de tormenta, se interpuso entre la voz del conferencista y él y permaneció allí dos, tres largos minutos, mientras Rímíni, que había enmudecido, ponía los ojos en blanco, el vicecanciller fingía admirar la sobriedad augusta del teatro y el público —la concentración de trajes oscuros más fantástica que Rímíni hubiera visto en su vida— pasaba de un respetuoso desconcierto a la protesta formal. No fue agradable, pero tampoco hubo mayores motivos para alarmarse: esos blancos eran tan frecuentes en los intérpretes como los esguinces en los futbolistas.

A fuerza de repetirla para sí, en voz baja, la analogía le permitió sobreponerse al percance y aceptar, tres semanas más tarde, el encargo de interpretar la primera charla pública de Derrida en Buenos Aires. Todo iba sobre ruedas. El filósofo, que simulaba improvisar, hablaba con una parsimonia exagerada, más para un público de sordomudos que de hispanohablantes. Rímíni *se* sentía liviano, alerta, maleable. Estaba ligeramente excitado por el olor a cuero húmedo del teatro, que le refrescaba los perfumes rancios del teatro universitario donde se había rendido a los encantos de Carmen, y Carmen, desde la platea, lo reconfortaba enviándole señales de amor y de aliento. Todo iba bien, ni rastros del incidente en el Coliseo, hasta que el filósofo, que promediaba una digestión sobre lo que llamaba el *affaire Praga*, su arresto, acusado de traficar cocaína, por parte de la policía checoslovaca, que había ido a buscarlo al aeropuerto donde se disponía, al término del seminario clandestino que había dictado para los estudiantes de la asociación Jan Hus, a embarcar de regreso a París, la misma policía secreta que lo sometería luego a sucesivas y para él inexplicables sesiones fotográficas, retratándolo con su clásica ropa de pensador francés pero también —máxima humillación— desnudo, e incluso vistiendo el típico traje a rayas de presidiario —hasta que Derrida, sonriendo con una sarcástica amargura, dio vuelta una de las páginas que leía sin delatar que las leía, que fingía usar sólo a modo de guía, de manera de preservar la ilusión, tan crucial para los que asisten a esa clase de eventos públicos, de que todo lo que sucede en ellos sucede allí, en ese momento, en su presencia, se quitó los anteojos, primero una patilla y luego la otra, y recordó que a lo largo de los interrogatorios a que lo había sometido la policía secreta mencionó a menudo a Kafka —trabajaba en ese momento en un pequeño comentario sobre el relato *Ante la ley*—, y que sus captores, por una ironía de la que sin duda no eran responsables, debían de haber aprovechado su visita a la

tumba de Kafka, precisamente, para presentarse en el hotel, entrar a su habitación y depositarle la cocaína en la valija, y al oír la palabra *valise* Rímimi sintió otra vez el crujido del Coliseo, tuvo la impresión de que una fuerza extraña lo alejaba de todo y la voz del filósofo, hasta entonces diáfana como un cristal, se le volvió completamente impenetrable. No pudo seguir. Forcejeó con el filósofo larga, interminablemente, tratando de que admitiera que *valise* era otro de los inspirados neologismos en los que se especializaba, y cuando el filósofo decidió soslayar la interrupción y siguió adelante con la conferencia, Rímimi se encontró perdido en un bosque de sonidos misteriosos y lanzó un débil grito de pánico. Fue una suerte que Carmen estuviera ahí para oírlo, para besarlo en los labios mientras se lo llevaban y también para reemplazarlo, como fue una desgracia que al mes siguiente estuviera en Rosario, trabajando, justo cuando Rímimi, en Buenos Aires, avalado por un nuevo lema —«La tercera es la vencida»—, debutaba y se despedía del cargo de jefe de intérpretes de la Alianza Francesa traduciendo el párrafo introductorio del discurso de un ex ministro de cultura de la gestión Mitterrand al idioma secreto, secreto incluso para él, de su perplejidad.

En unos meses Rímimi, de estrella políglota, pasó a ser un caso clínico, casi una curiosidad gremial que sus colegas discutían fervorosamente, como si fuera un mártir de la profesión, en los pasillos de las editoriales y la facultad. Contra lo que él mismo hubiera esperado, el síndrome, como le gustaba llamarlo, no le ocasionaba ningún malestar; más bien al contrario: las pérdidas, además de acotadas al área de la competencia lingüística, eran indoloras, incluso placenteras, de la misma manera en que para Rímimi, en verano, por ejemplo, era placentero excederse con el sol para luego poder pasarse horas arrancándose capas de piel muerta. A instancias de Carmen y su padre, sin embargo, consultó con un neurólogo. El médico, un hombre corpulento que consultaba su reloj a cada minuto, como si hubiese puesto una bomba de tiempo en el consultorio de un competidor, lo tumbó en una camilla, le untó la cabeza con gel, le plantó una docena de electrodos y después de mirar por arriba la larga faja de papel, casi molesto, lo despachó con unas palmadas en la espalda, un diagnóstico de estrés y una receta de ansiolíticos.

Rímimi quiso buscar una segunda opinión y aprovechó para cambiar de homeópata. Víctor le había dicho que Vázquez Holmberg acababa de abrir la conscripción de nuevos pacientes. Era su oportunidad: maestro de médicos, Vázquez, como lo llamaban sus fieles, había formado a su homeópata anterior, gozaba de una fama inquietante, hecha de proporciones iguales de sabiduría y extravagancia, y tenía tantos pacientes que cada nuevo reclutamiento, algo que sólo ocurría una vez cada muerte de obispo, era celebrado como un milagro.

Rímíni esperó cuatro horas y media en la penumbra de un patio techado con un toldo de chapa, durmiéndose y despertándose sobresaltado para comprobar que los pacientes que compartían la sala de espera con él antes de que se durmiera habían sido reemplazados por otros y que la secretaria del doctor, una cuarentona alta y enérgica, con rastros de rouge en los dientes y un aire general de desaseo que lo excitó de inmediato, los hacía pasar al consultorio siguiendo un orden menos convencional, más secreto y seguramente más terapéutico que el prosaico orden de llegada. Por fin entró, precedido por los vahos de la mujer, y avanzó casi a tientas en la sombra hasta que, mientras trataba de disimular una erección fulminante, distinguió el tibio resplandor de una luz y tomó asiento frente a un gnomo muy viejo, sin pelos ni dientes, que parecía empequeñecerse segundo a segundo dentro de un impecable guardapolvo blanco. «Tiene un corazón muy sano», le dijo Vázquez, después de revisar y enredarse con el electroencefalograma. Después dictó unos remedios a la secretaria y a modo de despedida, en su media lengua de desdentado —que Rímíni, irónicamente, entendió a la perfección—, le recomendó que hiciera deporte, mucho deporte, sobre todo rugby.

Rímíni descartó la sugerencia deportiva —contra las protestas de Carmen, que se moría por verlo en pantalón corto y con las rodillas embarradas— pero encargó los glóbulos y los lisados —para intranquilidad de Carmen, que puso los tubitos de vidrio contra la luz, contempló el extraño ballet corpuscular que se desarrollaba en el fondo y estuvo a punto de tirarlos a la basura. Después, en cierto sentido, se retiró. Dejó la arena pública, el vivo, la inmediatez, vicios histriónicos y electrizantes, y volvió al papel, a las traducciones escritas, que no estaban a salvo de las crisis pero permitían administrarlas con discreción, resolverlas con tiempo y a solas, lejos de la presión de una masa anónima de espectadores. Pensó, con una nostalgia que quizá no mereciera, que su estado de ánimo, con esa combinación de plenitud y angustia, no debía de ser muy distinto del que atravesaban los deportistas que decidían retirarse en la cima de sus carreras, después de haber ganado todos los campeonatos, los premios y el dinero del mundo. Rímíni no era rico, y, aunque intensa, su carrera de traductor tampoco le había deparado mayores reconocimientos. Pero tenía a Carmen, tesoro impagable; tenía sus dosis justas de pasión, de levedad y de temple, su compulsión a empequeñecer todo lo que amaba, su extraña, sonriente manera de abrirse paso en el mundo llevándolo siempre de la mano, no como si lo ayudara, sino más bien dando a entender, y haciéndoselo creer, que él, Rímíni, era la verdadera fuerza motriz y ella sólo la encarnación material del movimiento.

Rímíni empezó a traducir en casa y Carmen a salir. El cambio, aunque

motivado por la crisis de Rímíni, se les presentó menos como una reacción a la adversidad que como la elección de una forma de vida diferente, más a tono, quizá, con las necesidades nuevas que iba creando la vida en pareja. Entonces llegó la invitación al congreso de traductores de San Pablo. Carmen dio por sentado desde el principio que irían juntos. Recién se dio cuenta de que Rímíni no pensaba lo mismo cuando, una semana antes de viajar, después de pasar a retirar los dos pasajes, el suyo y el de su acompañante, privilegio que ella misma había conseguido mediante una gestión discreta pero tenaz, volvió a casa y encontró a Rímíni sentado en el piso, barajando las pocas fotos que se habían sacado desde que estaban casados. La escena la conmovió: Rímíni estaba descalzo, llevaba unas medias blancas, cortas, de algodón, y sus pies eran como de niño. «Qué hacés», preguntó ella. «Elijo la foto mía que quiero que te llesves», le dijo él. Convencerlo no fue difícil; no hubo lucha, no tuvieron que negociar. Para Carmen, viajar juntos no era una posibilidad sino un hecho, un hecho consumado, y el pasaje que hizo flamear ante Rímíni no era un argumento de persuasión sino un testimonio irreversible. Rímíni leyó su nombre escrito en la primera página; vio que –una vez más– habían omitido el acento, pero los ojos se le llenaron de lágrimas igual.

Lo que lo enternecía no era tanto la idea de viajar juntos por primera vez; eran más bien el sigilo y la soledad en que Carmen había concebido y ejecutado su complot, y el papel de cosa inerte y voluptuosa al que él había quedado reducido. Y sin embargo esa asimetría, que de algún modo cristalizaba su idea más extrema del amor, también era el signo, todavía invisible pero ya activo, de un mecanismo insidioso que recién se ponía en marcha en alguna región de su alma. La palabra acompañante empezó a rondarlo, molesta como una mosca. Por primera vez se sintió realmente enfermo. Antes incluso de llevarse a cabo, el viaje a San Pablo lograba lo que no habían logrado la invalidez lingüística, los accidentes de su memoria, los papelones públicos, el juicio de sus colegas, la decisión misma de retirarse. La noche antes, con las valijas hechas, la ropa para viajar elegida y Carmen dormida a su lado, Rímíni descubrió en un canal de cable, recién empezada, la versión original de *Nace una estrella*, y se quedó más de dos horas con los ojos pegados a la pantalla, en carne viva. Recién se derrumbó con la primera luz del amanecer.

El viaje duró una hora y cuarto, sólo quince minutos más de lo que le habían anunciado en el hotel y cuarenta y cinco menos de lo que le habría llevado hacerlo en auto, pero a Rímini le pareció interminable. Estuvo todo el tiempo de pie, pegado a la puerta por si descubría tarde, justo antes de que sonara la alarma, que *ésa* era la estación en la que tenía que bajarse, sudando, debatiéndose entre el mapa que había pellizcado al pasar en la recepción, que parecía tener vida propia y se desplegaba solo, interminablemente, y otro, sinóptico, que enhebraba una larga serie de estaciones en la parte alta de las paredes del vagón, mientras sucesivas generaciones de viajeros locales asistían impasibles a su drama y al bajar pasaban a su lado sin mirarlo, la boca torcida por una mueca de fruición.

Ya había empezado a arrepentirse al salir del hotel, cuando se metió en la boca de subte equivocada y el torrente de pasajeros con el que tropezó de frente lo arreó sin contemplaciones otra vez hacia la calle. Siguió arrepintiéndose cuando las puertas del vagón se cerraron y él, ya del lado de adentro, descubrió en el mapa del subte que todas las líneas –incluida la que él acababa de tomar, aunque todavía no supiera bien cuál era– llevaban una vida más o menos recta y previsible hasta que llegaban a un punto, un misterioso *maelstrom* subterráneo, a partir del cual enloquecían y se ramificaban en un delta de afluentes menores, giraban, trazaban recorridos desconcertantes. Se arrepintió en cada una de las estaciones por las que pasó –veintinueve en total–, cada vez que el vagón frenaba y él, atorado entre cuerpos, bultos, peinados, bolsos marineros, trataba de asomarse y leer el cartel de afuera y confirmar que el nombre de la estación que leía coincidiera con el candidato tímido que proponían sus conjeturas. Y se arrepintió cuando después de bajar, feliz por el simple hecho de haber llegado, salió por fin a la calle y un cielo blanco lo enceguenció, y un perfume de frituras y pescado rancio revoloteó a su alrededor, y el paisaje en el que había planeado pasar las próximas horas de su vida terminó de definirse ante sus ojos: avenida desierta, perros, estación de ser-

vicio, autos abandonados, casas pobres y bajas, talleres mecánicos, terrenos baldíos cargados de chatarra. Y en el fondo, temblando en una nube de vapor y gasolina, los dos inmensos galpones a los que la municipalidad de San Pablo había decidido mudar la Feria del Libro.

Qué error, pensó Rímini. Empezó a caminar hacia los galpones, calculando a ojo la distancia y multiplicándola por la intensidad del sol, la humedad, los vahos de gasoil, la pobreza inhóspita del barrio, las bandas de degolladores de turistas que intuía desperezándose al otro lado de la larga muralla de fachadas de ladrillo sin revocar. Nada de la Feria del Libro le interesaba particularmente. Pero ¿qué opciones tenía? ¿Quedarse en el hotel, donde las mucamas y los botones ya empezaban a mirarlo mal, como a una cruz de vividor y de inválido? ¿Acompañarla a Carmen al congreso? Ya lo había hecho. El primer día subió con ella a la kombi, recibió la credencial que la jovial coordinadora del grupo, víctima de la insistencia de Carmen, no había tenido más remedio que conseguirle —era de un tal Idelber Avelar, un traductor de Porto Alegre que nunca había llegado—, asistió a todas las sesiones, almorzó con Carmen y los demás colegas en la cafetería y, algo amodorrado por una caipirinha prematura, hizo con ellos la visita guiada al complejo, siguió paso a paso la sesión vespertina, a veces en compañía de Carmen, que dejaba un instante su puesto para prodigarle unos mimos furtivos, en general solo, cada vez más solo a medida que la tarde caía y el público —traductores, profesores de idiomas, estudiantes, un poeta corpulento y desaliñado, tan desbordantemente vital que Picasso, a su lado, parecía un bibliotecario tísico, que cada tanto, siempre con un vaso en la mano, se ponía de pie y recitaba versos irascibles en varios idiomas— iba raleando, y recién se rindió al final, cuando, siendo prácticamente el único que quedaba en la platea, descabezó un sueño rápido, sin imágenes, del que lo despertó un acople de micrófono. El segundo día fue la réplica triste del primero. En la kombi, un movimiento de pinzas rápido y aparentemente casual de tres traductoras canadienses lo separó de Carmen y lo relegó al asiento más incómodo del fondo, a merced de las emanaciones de un editor dominicano y el aliento a ajo de un agente literario español; un bicho insólito, con algo de cascarudo y de alacrán, irreconocible incluso para los invitados con experiencia amazónica, aprovechó la languidez de la primera mesa después del almuerzo —«Hacia una cibertraducción»— para clavarle en la pantorrilla un agujón invisible pero dolorosísimo; y todos, absolutamente todos, como si se hubieran puesto de acuerdo en un cónclave secreto, pasaron a llamarlo con el nombre que figuraba en su credencial, salvoconducto al que no podía siquiera pensar en renunciar, a tal punto era clave para entrar, circular, comer e incluso usar los sanitarios del complejo: «Idelber esto», «Idelber

aquello», abuso flagrante que los participantes brasileños, de paso, aprovecharon para hablarle directamente en portugués, como si ese insignificante rectángulo plastificado bastara para nacionalizarlo.

Sí, la excursión suburbana había sido un error, pero a esa altura del partido Rímimi prefería cualquiera de sus adversidades a tener que seguir dándose vuelta cada vez que oía un nombre que no era el suyo, o que explicarles a los mozos del restaurante del hotel que si no figuraba en la lista de los autorizados a almorzar era porque formaba parte del congreso de traductores en calidad de acompañante, o a verse obligado a pronunciar el nombre de Carmen, la verdadera titular de la habitación, como constaba en el libro de registros, para que los empleados de la recepción, ya de por sí reacios a satisfacer cualquier necesidad, accedieran a pasarle los mensajes y llamados telefónicos. Un error que Rímimi se disponía a llevar hasta las últimas consecuencias. Caminó diez, quince minutos en una especie de nube incandescente y llegó hasta una explanada de hormigón completamente desierta, donde flameaban banderas de países y el estandarte oficial de la Feria. Otros diez minutos y Rímimi, al pie de un galpón, buscaba en vano una puerta en la larga pared de chapa. Forcejeó con un portoncito precario, trabado con un alambre, y después, alejándose un poco, puso los brazos en jarra y contempló el galpón de arriba abajo, y justo cuando se preguntaba cómo era posible que la entrada a la Feria del Libro de San Pablo pasara tan inadvertida, un empleado de seguridad apareció a bordo de un silencioso monoplaza eléctrico y, mezclando el portugués con un idioma de gestos, sin dejar un segundo de moverse a su alrededor, como si temiera que si se quedaba quieto el autito pudiera apagarse para siempre, le dio una explicación que Rímimi, a su manera, tradujo a un puñado de evidencias más o menos vergonzosas. Estaba en la feria, sí, pero en la parte de atrás; la entrada estaba a la misma altura pero del otro lado, a metros apenas de la boca de subte por la que había salido.

Entró y paladeó la alfombra con los pies, como si esa lengua roja y raída compensara las penurias sufridas, y apenas pasó junto al puesto de la entrada, desechando los jugos de fruta que dos chicas disfrazadas de selva le ofrecían en vasitos de plástico, sintió un frío brusco en el estómago, algo entre la náusea y el vértigo, y tuvo que quedarse unos segundos quieto, los ojos fijos en el techo alto del tinglado, del que descubría que podía ver incluso los detalles más insignificantes, hasta que su cuerpo entendió por fin que el sol y el calor habían quedado atrás y lentamente fue acostumbrándose a la atmósfera abstracta del aire acondicionado. Vagó por los pasillos, se dejó llevar por las corrientes de gente –pocas, dada la hora–, dos o tres veces se detuvo a oír los anuncios que una voz de hombre y otra de mujer, ambas muy deformadas, hacían por los

altavoces. Comió un cachorro quente, dos milhos, se fanatizó por el jugo de maracujá y al pasar por el puesto de Sudáfrica se limpió los dedos en una lujosa revista de relaciones internacionales. En un momento se dejó arrastrar por un contingente de peregrinos y se vio haciendo cola frente a una sala vacía, rodeado de gente que apretaba contra el pecho el último libro de Paulo Coelho. Rímimi, que detestaba a Paulo Coelho como a todos los ex adictos, ex criminales, ex terroristas, ex prostitutas, ex hombres de negocios, ex maridos golpeadores, ex violadores, ex políticos y ex artistas que se dedicaban a la literatura de rehabilitados, ese subgénero del catecismo, se quedó en la cola un rato, y mientras la veía crecer a un ritmo asombroso, se sintió reconfortado por un extraño bienestar, como si, a pesar de la indignación que le dictaban sus principios, agravada, en este caso, por la calaña particular de Paulo Coelho, por la devoción masiva e incondicional que suscitaba y sobre todo por el hecho de que mientras la cola para ver, escuchar y tocar al sumo pontífice de los conversos no hacía más que crecer, en la sala de al lado, sentado a una mesa, un escritor joven y mal afeitado revisaba el texto de la conferencia que nunca llegaría a dar, y esto por una sencilla razón, falta de público, falta *total* de público —a menos que se entienda por público a su traductora, al técnico de sonido, a las dos mujeres de seguridad que bostezaban en la última fila y a la pareja de despistados que entró a último momento y preguntó si ésa era la sala donde Paulo Coelho firmaba ejemplares de su último libro —como si, a pesar de todo, el contacto con esa multitud de desconocidos le proporcionara alguna forma de calor y de amparo. De modo que se quedó y después, cuando la cola empezó a moverse —previendo el tumulto, Coelho debía de haber entrado por una puerta trasera, la misma, probablemente, con la que Rímimi había luchado sin éxito un rato antes— y le llegó el turno de entrar, dio un paso al costado sin decir nada y desertó de la larga caravana de devotos.

Más tarde, martirizado por el dolor de pies y los ríos de gente que inundaban la feria, Rímimi se asiló en una especie de sala de espera fea, amueblada con sillas y una mesa de jardín, y después de deshacerse de la parva de folletos, cuadernillos, fascículos y calcomanías que había cargado en la última media hora, que deslizó disimuladamente bajo el almohadón del asiento de al lado, incapaz ya no de articular una frase en portugués sino simplemente de decir que no o negar con la cabeza, se dejó hipnotizar por un televisor que pasaba un viejo documental en portugués, sin subtítulos, sobre un famoso pintor sin manos. No había pasado así, en ese estado de sopor idiota, más de diez minutos, cuando un rumor grave, múltiple y a la vez uniforme, como el de los cascos de una tropa de caballos galopando, empezó a crecer sobre su cabeza, en el techo del tinglado. Llovía —una de esas tormentas fulminantes,

que anuncian de golpe el fin del mundo y al rato, con la misma brusquedad, enmudecen como si un dios las hubiera reprendido. Pero el estrépito lo había reanimado, así que se sumó otra vez al hormiguero y vio que la gente que unos minutos antes se afanaba sin pausa, andando y desandando pasillos y avenidas, llenando y vaciando salas, comprando, abalanzándose sobre los puestos de comida y los de libros, en ese riguroso orden, ahora se movía con gran lentitud o directamente estaba quieta, de modo que lo que antes del paréntesis que Rímíni, además de descansar, había aprovechado para interiorizarse de la vida y la obra del pintor sin manos, cuyos cuadros posteriores a la mutilación, ejecutados con los pies, no diferían en nada, ni para peor ni para mejor, en nada, de los que había hecho antes con las manos, salvo quizás en el precio, Rímíni había percibido como un flujo y reflujo de cuerpos, colores, voces, ahora, después del desencadenamiento de la tormenta, que seguía castigando la chapa del tinglado con una intensidad feroz, se había convertido en un espectáculo estático en el que las personas, en vez de circular, formaban racimos inmóviles, equidistantes unos de otros, como si posaran para un cuadro gigantesco a las órdenes de un pintor gigantesco.

Rímíni tomó un atajo que se abría a su izquierda, anduvo unos pasos, sintió una pesadez muy agradable en los pies —subía una rampa muy suave— y se encontró en el stand desierto de una editorial brasileña. La luz era exagerada, y las tres chicas que atendían le sonrieron al mismo tiempo. Rímíni no quiso desairarlas yéndose enseguida y decidió dar una vuelta entre los exhibidores, poniendo como condición que ninguna de las chicas se acercara a hablarle. Barrió las mesas con la vista: las tapas satinadas devolvían la luz con unos reflejos hirientes. Rímíni, que ya había perdido toda esperanza con el idioma, se dedicó a contemplar los primeros planos de caras de las portadas de los libros, rostros saludables y luminosos que sonreían recortados contra un infinito negro, mirando al lector con una confianza indestructible. Era como si todos —hombres y mujeres, viejos y jóvenes, blancos, negros y asiáticos, gordos y flacos: esa diversidad calculada, que parecía agotar todas las categorías faciales, debía de ser uno de los atractivos del elenco— se hubieran puesto en manos del mismo equipo de dermatólogos, peluqueros, maquilladores y odontólogos para someterse al mismo programa de embellecimiento. Y sin embargo, a medida que desfilaban ante sus ojos, idénticos y a la vez ligeramente diferentes, como encarnaciones distintas —el empresario de éxito, la misionera, el ajedrecista prodigio, la estrellita de cine, el criminal recuperado, el futbolista, el pálido prócer budista— de un prototipo original, Rímíni empezó a percibir que algo extraño y más o menos persistente alteraba la superficie aparentemente impasible de esos rostros —un detalle menor, que aparecía como de costado y al

descuido, desconcertaba al espectador durante una fracción de segundo y luego volvía a hacerse invisible. Una verruga crecía bajo el lóbulo del ajedrecista precoz; un diente negro o ausente matizaba la sonrisa del empresario, y una mancha muy roja crecía en el ojo derecho de la misionera... Era como si cada una de esas irregularidades restableciera por su cuenta, ajena a la idea de plenitud y armonía que las fotografías trataban de imponer, la conexión entre el rostro saludable en el que aparecían y un pasado, un estado anterior dominado por fuerzas y formas oscuras, donde la radiante vitalidad que el fotógrafo había inmortalizado para las tapas de los libros revelaba de qué amasijo de dolor, sangre e infamia había sido arrancada. Pero justo cuando Rímimi empezaba a detectar al chico abusado detrás del mago de los gambitos, a la alcohólica detrás de la misionera, al cocainómano incurable detrás del multimillonario – tuvo un reflejo de prudencia y se detuvo. Volvió a mirar las tapas, ese exhaustivo *portfolio* de historias de vida, y se dio cuenta de que en esas imperfecciones había tanta regularidad y tanto cálculo como en los signos con que las fotografías representaban la plenitud vital, y que todo lo que él, incauto, pretendía usar *contra* esa repulsiva felicidad fabricada por los profesionales de la cosmética, era en realidad *obra*, y obra sin duda maestra, de esos mismos profesionales, tan expertos en fabricar belleza como monstruosidad. Sonrió, se dio por vencido. Estaba a punto de irse cuando una cara, la última de la mesa, le llamó la atención: la cara de un hombre joven, rubio, de ojos soñadores, casi transparentes de tan claros, y mejillas lampiñas de bebé, con sombras de rubor que el maquillaje no había logrado o querido disimular. Sonreía, como todos los demás; pero su sonrisa tenía una cualidad pálida, como de lejanía en el tiempo, que la volvía un poco vaga, la hacía temblar y estremecerse, como si estuviera a punto de desvanecerse. El efecto era tan raro que Rímimi se quedó un rato mirando la tapa del libro desde una perspectiva casi cenital, esperando que el portento se produjera.

La lluvia seguía martillando el techo del galpón. Tal vez conocía esa cara. Conocía o creía conocer a las demás –eran personajes públicos, muchos de ellos célebres, de modo que entre conocerlos y creer conocerlos no había gran diferencia. Pero esa última cara, a la que Rímimi, aunque el libro pertenecía a la misma colección que los demás, había situado en una dimensión del tiempo y el espacio distinta, Rímimi habría jurado que era la única que realmente no conocía. Quizás esa condición excepcional explicara que le hubiera llamado la atención y que ahora, en vez de irse, recogiera el libro de la mesa, donde los reflejos de la luz le impedían examinar la cara del autor, y se lo acercara a los ojos. Volvió a mirar esa piel tersa, rozagante, como de criatura embalsamada, y luego, atraído por algún enigma interno de la cara, del mismo modo en que a

veces, cuando leía, una frase, un giro, una figura inesperada del texto, tomándolo de sorpresa, lo obligaban a interrumpir la lectura y a examinar la foto del autor en la contratapa, como si el rostro fuera el lugar donde se develaban los misterios del lenguaje, leyó el nombre escrito encima de la foto, Caique de Souza Dantas. Cuando lo pronunció en voz baja, sin embargo, el enigma de la cara se profundizó, y Rímimi, como siguiendo una pista, dio vuelta el libro y encontró, debajo de una réplica en miniatura de la foto que ilustraba la portada, dos o tres renglones que resumían —en un portugués dócil— la vida de Caique de Souza Dantas, nacido en 1957 en Río de Janeiro, actor, estrella de telenovelas, muerto de sida antes de cumplir treinta y ocho años.

Tenía que apoyarse en algo, pronto. Volteó con una mano una pila de libros y oyó cómo los lomos, lejos, golpeaban contra el piso. Mientras una de las chicas se inclinaba para recogerlos, Rímimi sintió que una imagen avanzaba desde el fondo tenebroso de su memoria, precisándose a medida que se acercaba. Volvió a ver la cara del muerto, ya sin tener que mirarla, y enseguida vio cosas contiguas a la cara; vio una oruga de ceniza a punto de caer del extremo de un cigarrillo que humeaba entre dos dedos muy delgados; vio la rama de un árbol, un pie con una sandalia también a punto de caer, una camisa arremangada, el perfil deslumbrado de Sofía, la mitad de una silla de hierro labrado, el juego del sol en el follaje de los árboles, un pedazo de suelo con pedregullo, el borde de un sombrero claro, las puntas cruzadas de dos zapatos abotinados —los suyos— y al final, como si alguien abriera una válvula muy despacio, le fue llegando el sonido, rumor de árboles y de agua, pájaros, voces de fondo de un grupo de turistas bajando de un ómnibus —la voz de Caique hablando en castellano, el castellano sibilante que se había traído de Buenos Aires. Y la risa de Sofía: una risa blanda, irreprimible, confiada —la risa de la felicidad. Crujía una silla y Sofía, doblada por la risa, dejaba caer una mano sobre el antebrazo desnudo de Caique. La misma risa que para Rímimi, que la había provocado dos, a lo sumo tres veces en doce años, era la única prueba cierta —más cierta, incluso, que cualquier evidencia afectiva o sexual— de posesión amorosa.

Le hablaban. Rímimi alzó los ojos y vio la cara de preocupación de la chica del stand, muy cerca de él pero turbia, como si estuviera detrás de un vidrio mojado. Se dio cuenta de que estaba llorando. «Estoy bien, estoy bien», dijo. La chica se apartó para dejarlo pasar, le sonrió y cuando Rímimi pasó a su lado, entorpecido por la tristeza, ella extendió una mano tímida para recuperar el libro y Rímimi, creyendo que volvía a ofrecerle ayuda, ladeó el cuerpo para esquivarla y siguió adelante y se perdió entre la gente.

A la salida de la feria compró por centavos unos lentes oscuros, de

plástico, y así, camuflado de mosca, se pasó todo el viaje de vuelta llorando. Recién descubrió que se había quedado con el libro cuando se volvió para leer el nombre de una estación y sorprendió a su vecino de asiento con la cabeza inclinada, tratando de leer lo que Rímini creyó que era el canto de su mano. Entonces, como quien se atreve a tocar el objeto que un hechizo materializó de la nada, abrió el libro y lo hojeó despacio, asombrado de encontrar letras, hasta que en un arrebato de impaciencia fue directamente al pliego central, donde estaba el álbum fotográfico. Le dedicó a cada foto el mismo tiempo, como si respetara un sagrado y severo protocolo fúnebre. *Río, 1959: Caique –actor precoz– con bigotes de corcho quemado. San Pablo, 1967: Caique abanderado. San Pablo, 1974: Caique como Puck en una versión escolar de Sueño de una noche de verano. Londres, 1975: Caique en Carnaby Street. París, 1975: Caique y Pascal. Amistad. París, 1975: Caique y Pascal. Amistad. Río, 1977: Caique (el segundo de la izquierda, entre Carmen Miranda y Marilyn Monroe) cumple 19. Buenos Aires, 1980: Noches portenbas.* Rímini vio todo con gran claridad, como si las lágrimas le hubieran pulido los ojos. Un Caique sonriente, las pupilas satanizadas por el flash, tiende su copa hacia la cámara. Está en posición de loto sobre una alfombra oscura, descalzo, con una pila de discos entre las piernas; más atrás, sentadas en un gran sofá tapizado de leopardo, dos mujeres hablan y fuman de perfil, sosteniendo copas y cigarrillos con la misma mano, y un chico y una chica más jóvenes, alertados por el relámpago, se vuelven hacia la cámara con aire hostil: la chica es rubia y parece tener llamas en la cabeza; el chico...

Rímini soltó un gemido de dolor, cerró el libro, hundió la cara entre las manos. Se sentía arrasado, y la desproporción que notaba entre la causa y el efecto no hacía más que ahondar su desconuelo. Después de todo, Caique nunca había significado demasiado para él. Era la foto –no tanto el recuerdo– lo que probaba que una noche habían estado a menos de medio metro de distancia. Su recuerdo prefería entretenerse con la pobreza de muebles del departamento, la alfombra mullida –única razón que explicaba la epidemia de pies descalzos–, la antipática obesidad de la dueña de casa. Y después estaba el encuentro en la Floresta de Río de Janeiro, diáfano y apacible gracias a la brisa fresca, el follaje de los árboles y el entusiasmo militante con que Sofía y él no dejaban de alimentar el viaje, pero también lleno de incomodidades, malentendidos, tedio –porque lo que habían compartido con Caique en Buenos Aires no sólo era poco, casi nulo, sino que, como sucede a menudo, tendía inexorablemente a perderse con el cambio de escenario y de papeles. Y aun así... Un alud de sospechas extravagantes atropelló en su cabeza. Tal vez Sofía había estado enamorada de Caique. Tal vez Caique había estado enamorado de Sofía. Tal vez habían tenido un romance clandestino en Buenos Aires, y lo que

Rímíni describía como apacible y diáfano no se debía al ecosistema benévolo de la Floresta sino a la nostálgica, experimentada languidez que Sofía parecía compartir con Caique, tan parecida a la que sienten los ex amantes cuando se encuentran en público y, en presencia de un tercero que ignora la historia, deciden mantener el pasado en secreto. Todas las hipótesis le parecían plausibles e irrelevantes. Desenterrar esos pasados virtuales donde ahora todos –Caique, Sofía, él mismo– desempeñaban otros papeles que los que les había asignado el pasado real, tal vez eso habría sido útil si el motivo de la tristeza de Rímíni hubiera sido Caique, o, en todo caso, la extraña voluntad del azar, que había decidido que Cal que reapareciera en la vida de Rímíni al mismo tiempo que Rímíni se enteraba de que estaba muerto. Para Rímíni, sin embargo, había algo más trágico que mirar el rostro de un muerto joven, algo más inconsolable por más solitario: la evidencia de *no haber muerto con él* con ellos, con Caique, cuya carne maquillada ocupaba toda la tapa del libro, pero también con ese Rímíni y esa Sofía que habían quedado impresos en la foto del interior, momificados para siempre. Rímíni comprendió entonces por qué siempre se había negado a repartir las fotos con Sofía, por qué dos días después del accidente había quemado las que tenía con Vera, por qué había prohibido los fotografías la tarde del civil con Carmen y por qué las historias de vampiros nunca le habían dado miedo sino una especie de pesadumbre íntima, muy familiar. No, miraba una foto y no decía: Esto que miro sucedió; decía: Esto que miro sucedió y ha muerto y yo he sobrevivido.

Volvió al hotel con un impulso: escribirle una carta a Sofía. Cuando salió del subte, el cielo se deshacía en nubes y manchas violáceas. Llegó de noche; Carmen no había vuelto. En la recepción, un empleado nuevo, joven y amable, le entregó la llave del cuarto en una bandejita, envuelta en dos hojas de papel. Rímíni pidió que le subieran a la habitación tres cervezas y una botella de tequila. El empleado se disculpó: sólo los titulares de las habitaciones tenían derecho al servicio de habitación, pero Rímíni, anticipándose a la objeción, ya salía como despedido rumbo al autoservicio de enfrente. Algo en la manera de cargar las provisiones –la botella de tequila debajo de la axila derecha, la de vodka, agregada a último momento, debajo de la izquierda, y las cervezas, seis en vez de tres, colgándole de los dientes de la tira plástica que mantenía las latas unidas– debió de impresionar al dueño del local, que lo miró con una furtiva inquietud mientras le cobraba. Rímíni, menos por gula que para molestarlo, añadió chicles, una barra de coco cubierta de chocolate, dos bolsas de papas fritas. Volvió a entrar al hotel, cruzó ante la recepción enarbolando las botellas con aire desafiante y se metió en el ascensor. Leyó los mensajes bajo la luz que parpadeaba: uno era de Carmen, que avisaba que la sesión de la tarde se

prolongaría y que volvería a llamarlo cuando hubiera terminado; el otro era de Idelber Avelar: estaba en la habitación

A lo largo de las horas que siguieron Rímíni hizo sólo tres cosas, siempre en el mismo orden: beber, escribir, tirar. Bebió: primero dos cervezas, luego, del pico, media botella de tequila, después una cerveza más —el filo de aluminio dejado por la espoleta le lastimó el labio superior— y por fin, usando el vaso del baño, lo que cortó el sabor del vodka con unas suaves pinceladas de menta, la botella casi entera de Stolichnaya. Escribió: una especie de balance de su relación con Sofía, tardío, confuso y —en los pasajes más inspirados— falaz, ya que su propósito no era iluminar el pasado sino conjurar, dándole por fin lo que ella supuestamente le exigía, posibles reapariciones fantasmales como la que acababa de sufrir, disfrazada de *souvenir* carioca; una invitación a reconstruir esa tarde en la Floresta que empezaba con un aplomo maduro, viraba en un momento a la sospecha —«... no sé cuánto tiempo tardaron en volver, vos y Caique, con los jugos de ananá, pero me acuerdo de que fue *demasiado...*»— y terminaba en un interrogatorio amenazante, con preguntas numeradas del 1 al 25; un mea culpa también fraudulento, en el que Rímíni, con intenciones de librarse de Sofía, no de reconciliarla con sus creencias, se desnudaba por primera vez ante ella, haciéndose responsable de todo y hundiéndose en el pantano de sus propias imposibilidades, que no sólo lo habían separado de ella sino también, como empezaba a sospecharlo ahora, de «la posibilidad del amor en general». Y tiró: arrancó, dejó caer sobre la alfombra, hizo bollos de papel y los estrelló contra la ventana entreabierta, rompió y dejó caer los pedazos en el inodoro, bañándolos con chorros burlones de pis, quemó páginas enteras en la bañera del baño. Estaba en eso cuando sorprendió el bochorno de su imagen en el espejo del botiquín: estaba desnudo, bañado en sudor, la cara completamente enrojecida por el alcohol y manchada de tinta.

Habría seguido así durante horas. El fracaso lo enardecía, multiplicando diabólicamente sus intenciones. Quería ahuyentar a Sofía, disculparse, desaparecer para siempre y que ese puñado de renglones fuera lo último que quedara de él, purificarse y a la vez aniquilar, aniquilar algo vivo, cualquier cosa. Quería escribir una carta a la medida de su cuerpo —que fuera como una piel resistente, duradera, y lo protegiera para siempre de todo. Pero sonó el teléfono y Rímíni, que ya lo había oído antes sonar varias veces, largamente, como si lo soñara, se arrastró sobre la cama como un soldado y atendió. Era Idelber Avelar. Se presentó formalmente, repitiendo los tres renglones biográficos que le dedicaba el programa del congreso, y después inició un largo y confuso rodeo que Rímíni interrumpió en seco, antes de que adoptara la forma del reclamo, con una avalancha de groserías indescriptibles. Avelar

colgó, Rímini quedó un segundo a solas con su propio aliento y corrió al baño a vomitar. Sólo consiguió provocarse unas arcadas secas, lo suficientemente profundas, sin embargo, para despejar un poco la bruma que le nublaba los ojos. Volvió al teléfono. Empezó a vestirse y buscó los mensajes que le prometía la luz roja del teléfono. Eran tres, todos de Carmen, todos envueltos en una nube de voces, risas, copas, música. En el primero le dejaba la dirección del restaurante donde estaban festejando el cierre del congreso; en el segundo lo reclamaba con grititos infantiles; en el tercero, inquieta o cansada, repetía la dirección como quien pide auxilio. Rímini buscó algo para escribir, forcejeó con la manga que tenía a medio poner, perdió tiempo, y cuando empezó a copiar el final, el número de la calle, el mensaje se cortó. Quiso escucharlo otra vez, apretó dos botones equivocados, habló con la lavandería – inexplicablemente abierta a esa hora– y con la central de valet parking, y al final, después de tratar en vano de comunicarse con la recepción, la lucecita roja dejó de titilar y se apagó para siempre, y una voz se metió de pronto en la línea, la voz de Idelber Avelar, la voz de una persona de bien que ha decidido hacer de cuenta que lo que sucedió no sucedió, que nunca oyó lo que creyó haber oído, y empezar todo otra vez, de cero. ¿Podía recuperar su credencial?

Rímini lloró, lloró, lloró, hasta que los ojos le ardieron tanto que no tuvo más remedio que dormirse. Soñó con ventiladores de techo que giraban con una lentitud exasperante, con cenizas en agua, con timbres, con el sonido recóndito de un ascensor en movimiento, con un crujido de puerta, con unos dedos que le rozaban la cadera, los muslos, los pies –y entreabrió los ojos y alcanzó a decir, sin saber muy bien si lo decía en el sueño o en el cuarto del hotel, «la luz, la luz», y una mujer muy parecida a Carmen, compadeciéndose, dijo «sí, mi querido, sí, enseguida», y se apartó, se incorporó –tenía sus pantalones en la mano– y apagó la luz, y clavando la rodilla otra vez en la cama empezó a desabrocharle la camisa, y Rímini sintió el roce de los dedos contra su pecho y se estremeció, y oyó que Carmen, riéndose, decía «mm, qué recibimiento tan entusiasta», y cuando sintió que ella se le sentaba encima y empezaba a acomodarse, apretó los párpados y se hundió en una negrura densa, sin fondo. Entonces todas las cosas con las que había estado soñando antes de que Carmen llegara resurgieron proyectadas en esa pantalla negra, las mismas, sólo que en orden inverso, primero los dedos, después el crujido de la puerta, después el ascensor que bajaba, y así sucesivamente, hasta que fue Rímini, no las aspas del ventilador, el que se puso a girar en la cama, y entonces tuvo la impresión de que la luz se apagaba en serio y se desmayó, y sólo resucitó un instante cuando Carmen, volviendo del baño, lo empujó suavemente para que le hiciera lugar, se metió entre las sábanas y,

acurrucándose contra su cuerpo, acercó los labios a su oído y le susurró que sí, que probablemente estuviera loca, que no le preguntara por qué, pero que le parecía que *acababa* de quedar embarazada.

Entró al baño y la vio de pie, de espaldas, con las piernas abiertas, sosteniéndose el ruedo del camisón a la altura de los muslos. Se acercó despacio para no asustarla, y cuando estuvo a su lado vio que tenía la cabeza gacha, hundida entre los hombros, y contemplaba algo en el piso con una fijeza extraordinaria, algo que todavía no sabía si admirar o temer. Rímini le tocó un brazo. Carmen no se movió; ni siquiera se había dado cuenta de que hubiera entrado. Siguiendo la dirección de su mirada, Rímini tropezó con dos charquitos que brillaban en la baldosa negra, junto a sus pies desnudos, y después, subiendo por sus empeines, sus tobillos, sus rodillas hinchadas, descubrió los dos hilos de agua que caían por la parte interna de sus muslos.

Demasiado tarde otra vez –o demasiado temprano. Las cosas no sucedían en los rieles lógicos del tiempo sino en una especie de pliegue traidor, añadido al tiempo por accidente, donde los hechos, como las caras que son viejas en plena juventud, parecían estancarse en una zona de indecisión insoportable. Era poco más de medianoche. La panza de Carmen –pese a su envergadura, que despertaba retos paternos en el obstetra y gemidos de perverso deleite en Rímini– tenía sólo treinta y dos semanas. No tenían nada preparado, ni bolso, ni ropa, ni dinero, ni ninguna reacción idónea para amortiguar el terror cuando llegara el momento, nada de todo lo que les habían prometido que aprenderían a hacer y a tener, en compañía de otra media docena de parejas, en la primera y única sesión del curso de parto a la que les había tocado asistir. Pero ninguna previsión les habría servido de nada: aunque una rotura de bolsa y un parto prematuro no eran acontecimientos incalculables, cada uno parecía haber sido previsto por su lado, en una suerte de esfera de especulación propia, distinta de la esfera del otro, pero nunca en una órbita común, donde pudieran presentarse simultáneamente, de modo que ahora que Carmen se miraba como idiotizada el sexo que lagrimeaba, ahora que Rímini la abrigaba con lo primero que tenía a mano –un tapado viejo, verde, de solapas raídas, con un bolsillo descosido que colgaba como una

lengua y otro lleno de bolitas de naftalina— y trataba de calzarle un par de sandalias en los pies, lo que los conmocionaba no era sólo lo desguarnecidos que estaban, ni el dramatismo de la situación, sino también, y sobre todo, el estrépito con el que esas dos esferas acababan de chocar y se fundían en un único horizonte de miedo.

Tomaron un taxi y viajaron sin hablar. Carmen, con las piernas muy abiertas, ocupaba prácticamente todo el asiento. Rímini iba apretado contra la puerta, debatiéndose entre un pánico sordo, sin forma, y la preocupación puntual por los posibles efectos del líquido amniótico en la cuerina del tapizado del taxi. Se daban la mano, se turnaban para acariciarse, se asilaban mutuamente. Estaban juntos, juntos quizá como nunca antes, porque, además del amor, lo que los reunía en ese momento era el mismo trance de incredulidad y espanto que reúne, en medio de un viaje en avión, a los dos desconocidos que vuelven la cabeza al mismo tiempo y descubren que hay un ala que arde. «¿Molesta la música?», preguntó el taxista, llevando una mano amenazante hacia la radio. Se miraron, ninguno contestó, pero unos minutos después, cuando el taxi cruzaba el tercer semáforo en rojo, Carmen dijo algo en voz muy baja, y Rímini se acercó y preguntó: «¿Cómo?». «Es Virus, ¿no?», dijo ella. Rímini la miró como si desvariara. «Lo que suena», dijo Carmen. «Ah», dijo él, y prestó atención: era Virus. Escucharon en silencio, con una concentración extraordinaria, como si esperaran encontrar, cifrado en una estrofa o un acorde, un mensaje dirigido sólo a ellos. Carmen se puso a tararear la canción. Después se llevó a la nariz la mano con la que acababa de palpase el sexo. «Es agua», dijo, decepcionada, y acercó la mano a la nariz de Rímini. Rímini se abstuvo de oler pero asintió con la cabeza, le besó la mano y la mantuvo apretada contra sus labios todo el resto del viaje, como si fuera un talismán. «¿Por Gascón o por Potosí?», preguntó el taxista unas cuerdas antes de llegar. Rímini dudó, turbado por el tono de superioridad que había detectado en la pregunta. Se volvió hacia Carmen, que miraba por la ventana con la boca entreabierta, y la vio lejos, muy lejos, como si se hubiera embarcado sin avisarle en un viaje muy solitario. «¿Qué diferencia hay?», preguntó Rímini. El taxista lo miró sonriendo por el espejo retrovisor. «Vas a Potosí, querido: Maternidad es Potosí».

Después de sentar a Carmen en una vieja silla de ruedas, el enfermero se alejó, haciendo gemir sus suelas de goma en el piso, y en su lugar apareció una médica joven que los invitó a seguirla por un pasillo. Rímini empujó la silla. Para él, que pensaba que ese instante era un umbral, y que la afiebrada secuencia que se iniciaba al franquearlo recién se interrumpiría con el parto, el trecho fue desconcertantemente breve, apenas unos metros desde el hall, en

cuyos sillones raídos habían esperado unos minutos –Rímini en pie de guerra, indignado hasta por el paso del tiempo, como si Carmen se desangrara a la vista de todo el mundo, *en un hospital* y nadie hiciera nada de lo que había que hacer; Carmen en silencio, con la mandíbula floja, cada vez más hundida en la estupefacción de la que sólo saldría a la mañana siguiente, después de una noche de insomnio y silencio, cuando el obstetra, disfrazando su preocupación de indiferencia, de apuro, de fastidio, como si el cuadro de Carmen, con todos sus riesgos, no fuera lo suficientemente complejo como para ser original, les comunicó que el parto, lo quisiera Carmen o no, no pasaría de esa misma noche–, hasta un consultorio de guardia donde a duras penas cabían una camilla, un perchero y un taburete alto, como de barra de whiskería de los años setenta. La silla entorpeció el traslado; las ruedas delanteras necesitaban aceite y bizqueaban, se empacaban de golpe, perpendiculares a la dirección del avance, de modo que cada dos por tres Rímini tenía que parar, sacudir la silla con cuidado, cosa de destrabar las ruedas sin atormentar a Carmen, y unos metros más adelante todo volvía a empezar. La médica entró al consultorio y los hizo pasar; mientras se colgaba un estetoscopio al cuello le pidió a Carmen que se acostara en la camilla y a Rímini que esperara afuera. Rímini titubeó: no quería perderla de vista. La ayudó a bajar de la silla, la acompañó, sosteniéndola con firmeza, hasta la camilla, donde la obligó a sentarse con una lentitud exasperante, como si tuviera un cuerpo de cristal, y mientras ella se echaba hacia atrás, clavando los codos en el hule negro, él le levantaba las piernas con las dos manos, como un mago que prepara a su asistente para un acto de levitación. Después de acomodarla, Rímini se volvió y tropezó con la médica, que lo miraba con una especie de enternecida intransigencia. «Afuera, por favor», repitió. Rímini sintió una ráfaga de heroísmo estéril, la misma compulsión al sacrificio que solía sentir de chico ante cualquier límite drástico, cuando se daba cuenta de que nada de lo que hiciera cambiaría nada y entonces lo hacía todo por partida doble. Miró a Carmen con desesperación, buscando en ella alguna emoción grave y evidente que justificara sus alardes. «Andá, andá», le dijo ella con voz resignada.

La consulta duró menos de diez minutos. Rímini se quedó montando guardia junto a la puerta. Cada tanto, después de confirmar que el pasillo estuviera desierto, pegaba una oreja contra la puerta y trataba de oír algo. Nunca reconoció nada que no fueran los latidos de su propio corazón. Vio pasar un camillero arreando dos camillas vacías, una monja con anteojos, dos médicos con barbijos al cuello y los pies enfundados en bolsas esterilizadas, una enfermera empujando una silla con un viejo que temblaba dentro de una frazada escocesa y que al pasar junto a Rímini giró apenas la cabeza, sacó una

mano moribunda entre los pliegues de la frazada y la agitó en el aire, como si saludara o pidiera auxilio; y en eso la puerta del consultorio se abrió, y Rímíni, que se había apoyado un momento en ella, por poco no se cae de espaldas sobre la médica. «Vamos a internarla», oyó que le decía. La médica le dio unos papeles. «Usted vaya con esto al primer subsuelo y empiece a tramitar la admisión.» ¿Así de simple? ¿Eso era todo? Rímíni quiso resistir —una reacción infantil pero que tenía su eficacia: le bastaba esbozar una protesta para sentir que la situación perdía su carácter ingobernable y se encauzaba en alguna dirección—, pero la médica, que ya se alejaba dando unos saltitos ágiles —usaba zapatillas, y apenas reconoció el naranja desteñido en los bordes de la suela de goma, Rímíni sintió unas ganas incontenibles de jugar al tenis en una cancha de polvo de ladrillo—, lo dejó gesticulando solo en el corredor.

Entró al consultorio; Carmen estaba acostada en la misma posición en la que Rímíni la había dejado. La habían tapado con una manta gris, y sus brazos pálidos se recortaban sobre la lana como si fueran postizos, piezas delicadas de una exhibición anatómica. Tenía una sonrisa de extraña quietud, la sonrisa de alguien dopado, que si no sufre es porque ya no siente nada, y parecía estar perfectamente cómoda, como si el tapizado de hule negro de la camilla, los tabiques precarios o el tubo fluorescente que zumbaba en el techo no fueran accesorios circunstanciales sino detalles amables de un paisaje en el que pasaría una larga temporada. Y él, que perturbaba ese extraño sosiego con su vehemencia... Quiso arrepentirse, ya era tarde —se llevó por delante la banqueta, se inclinó sobre Carmen y le tomó una mano. Lo sorprendieron la frialdad, el tono azulado con que las venas sombreaban la piel blanca, casi transparente. Le habló en voz muy baja pero firme, al oído, como si ella estuviera muy cerca y muy lejos, y le juró que no se apartaría de su lado, que no haría ningún trámite, que se quedaría con ella hasta que llegara el médico, que no permitiría que..., «Andá», le dijo Carmen, liberando su mano y usándola para palmearle un hombro suavemente, como si lo consolara. «En serio: yo estoy bien acá. No te preocupes. Vas, paseás un poco y después me contás cómo es el hospital, ¿dale?» Rímíni se incorporó, abochornado por la facilidad con que el estoicismo sencillito de Carmen desbarataba sus ímpetus de sobreprotección. Se volvió por última vez para mirarla, y mientras sorprendía en su cara los últimos ecos de la piedad que acababa de inspirarle —él, con su pavor, su desamparo, su enternecedora falta de solvencia—, un rosario de inminencias inquietantes se desplegó en su imaginación. Se iba y Carmen era trasladada y nadie sabía decirle exactamente adónde, en qué pabellón, qué número de cuarto. Se iba y Carmen era operada de urgencia por una enfermedad que le detectaban a último momento. Se iba y Carmen era raptada y paría en

cautiverio y los secuestradores se apropiaban del bebé para venderlo. Se iba y Carmen paría sin él y paría un hijo muerto, o deforme, o de otro. Se iba y Carmen se moría en la sala de partos, lejos de él, sin darse cuenta de que se moría ni de que él no estaba a su lado... Rímini abrió la puerta y agitó una mano lenta y melodramática, perfectamente consciente de que si hacía durar el gesto era para que Carmen pudiera conservarlo en su memoria como el último que le había visto hacer, el que dedicaría el resto de su vida a venerar o a olvidar —hasta que ella alzó su mano, una mano leve y pálida con la que pareció que abofeteaba el aire, y lo echó.

Cerca de la entrada, un ordenanza abría con fruición un caramelo muy pegoteado. Rímini le preguntó cómo llegar hasta la ventanilla de admisiones y recibió unas instrucciones largas, imprecisas, de las que sólo retuvo la primera parte: cómo pasar del edificio en el que estaban, la maternidad, al otro, el original, de 1907, según el ordenanza, donde funcionaban las oficinas administrativas. Le llevó quince minutos llegar. El hospital era inmenso, pero sus dimensiones se multiplicaban gracias a un sistema de señalización diabólico, basado en carteles y flechas hechas a mano, iconos pintados con marcadores con poca tinta, hojas de computadora pegadas a las paredes con plasticola, algunas licencias espaciales (izquierda por derecha y viceversa) y ordinales (planta baja por primer piso, primero por segundo y así sucesivamente) y una cadena de informantes humanos distribuida a lo largo de todo el trayecto, fácilmente reconocibles por su uniforme —musculosa blanca, camisa de trabajo desabrochada, ojotas, algún accesorio de limpieza entre las manos y una especie de dialecto común hecho de gruñidos y onomatopeyas—, que interceptaban al visitante, le sonreían con amabilidad y lo reconfortaban y después, como si empezara a hacerles efecto algún brebaje nefasto, pasaban a ensombrecerlo con diagnósticos lapidarios («Tiene que dar marcha atrás y volver a la puerta por donde entró...»), lo mareaban con indicaciones contradictorias, y cuando el visitante les señalaba alguna incongruencia, se libraban de él de mal modo, bufando, ofendidos por la ingratitude general del mundo, y se enfrascaban en la ocupación imaginaria de la que habían sido arrancados. Además, como las comedias antiguas, el hospital se duplicaba en dos niveles, uno superior, diurno, donde los pisos brillaban, las ventanas daban a la calle, los médicos hablaban en voz baja y las enfermeras caminaban erguidas, y otro inferior, nocturno, de paredes descascaradas y olor a comida, que invertía los valores del primero y alojaba en un vasto subsuelo a una población de esclavos sin esperanzas, enfermeras de menor jerarquía, mucamas, camilleros, empleados de cocina, técnicos de mantenimiento, personal de seguridad y de limpieza, más toda una fauna de marginales, pacientes

crónicos o sin recursos, vendedores de lotería y de baratijas, gente sin techo, chicos de la calle, mendigos que, burlando a las autoridades del hospital o con su anuencia, se habían radicado en ese sótano donde la temperatura, fuera invierno o verano, se mantenía clavada en marcas infernales. Salvo en el caso de los dos atajos que tomó —dos fiascos muy instructivos: el primero lo condujo sin dificultades hasta la morgue; el segundo hasta ese inframundo último que un viejo cartel llamaba la sala de máquinas—, Rímini no se perdió. Recorrió pasillos, atravesó pabellones enteros, subió y bajó escaleras, tomó ascensores, cruzó recepciones y zonas de transición, asombrado por su propia determinación para internarse sin tropiezos en ese mundo desconocido. Sólo se detuvo una vez, unos segundos, cuando reconoció, pese a que había reemplazado el delantal blanco, que llevaba colgado del antebrazo, por un conjunto oscuro, a la médica de guardia que los había recibido, y en un raptó de audacia insólito, del que por otra parte se arrepintió enseguida, se acercó a preguntarle por el estado *real* de Carmen y el bebé, a lo que ella, molesta en parte por el hecho de que la importunaran con asuntos de trabajo cuando ya había terminado su turno, en parte por el tono de confidencialidad de Rímini, que parecía dar por sentado que sus diagnósticos sólo habían sido una seguidilla de falacias, respondió con una cascada de consideraciones técnicas que Rímini no llegó a entender, pero de las que algunas expresiones sugestivas —goteo, contracciones, dilatación cero, cesárea— seguían flotándole en la cabeza cuando reanudó el camino hacia la ventanilla de admisiones.

Era la hora del cambio de turno. A medida que se abría paso por las entrañas del hospital, Rímini creía percibir los signos de un movimiento sutil, difícil de precisar, que sin embargo iba alterando de un modo profundo la fisonomía del paisaje. Era como si pudiera ver el flujo y reflujo de las mareas en el momento mismo en que se producía. Caras estragadas por el cansancio se cruzaban con caras rozagantes, recién afeitadas. Planillas, listas, partes médicos cambiaban de mano. Había luces superfluas que se apagaban, dejando grandes áreas en penumbras, y los pasos, antes confundidos en el rumor general, ahora repercutían con nitidez, amplificados por el vacío. Las puertas se cerraban con llave, la gente se despedía, los altavoces anunciaban el fin del horario de visitas. Rímini tuvo miedo de llegar tarde y se apuró. Sabía que estaba cerca, pero no pudo evitar consultar a una mujer que ponía en orden una pila de papeles. «Allá, bajando la escalera», le dijo. Cuando llegó, casi corriendo, una mujer con una verruga enorme en un labio bloqueaba con un pedazo de cartón apaisado la ranura al pie de la ventanilla. Rímini agitó los papeles frente al paño de vidrio. La mujer ni lo miró. Cabeceó una vez, señalando algo a la derecha de Rímini, y le volvió la espalda. Rímini giró y vio a un par de metros de distancia

a dos mujeres haciendo cola. La segunda escribía sobre el muslo de una pierna que mantenía levantada en el aire. Rímini no la miró bien; se limitó a registrar su silueta de garza encorvada, pero cuando estuvo cerca algo sucedió, la birome con la que llenaba el formulario dejó de escribir, o el papel se desgarró, o su estado civil se inmiscuyó en el casillero del número de teléfono, y la mujer, contrariada, hizo un mal movimiento y trastabilló, y la pila de fotocopias sobre las que había apoyado el formulario se deslizaron una por una, como deshojándose, y cayeron al piso. Rímini se agachó a recogerlas. En cada hoja había un croquis desproporcionado, ligeramente deforme, como dibujado por una mano de niño, de una parte distinta del cuerpo —una cara, un tórax, un par de pies vistos desde abajo, como parados sobre un piso de vidrio— con líneas clavadas como alfileres en ciertos puntos vitales. Cuando se incorporó, con las fotocopias en la mano, Rímini se topó con la cara de Sofía, que lo miraba con los ojos muy abiertos. «No lo puedo creer», dijo ella, y empezó a sonreír mientras lo miraba cada vez más, mientras lo abarcaba por completo, como una máquina de radiografiar, con la mirada. «Estás gordo», dijo Sofía, y repitió: «Gordo», como rindiéndose a una evidencia pasmosa. El asombro era genuino. Rímini sintió que el comentario, con toda su banalidad, lo arrancaba con violencia del presente, como especulaba de chico que debía de sucederles a los protagonistas de *El túnel del tiempo*, Douglas y Tony, cuando desde el control central lograban cambiarlos de época, y lo transportaba a ese escenario nuevo, austero, ligeramente hostil, donde Sofía y él volvían a encontrarse como dos sobrevivientes, los únicos, de un planeta extinguido. Rímini se sintió herido. «Dejé de fumar», dijo, devolviéndole las fotocopias. «Es increíble», repitió Sofía, que no le sacaba los ojos de encima. «¿Por qué? Es como una llave de luz: la apago o la prendo cuando quiero.» «No, eso no. Hace dos minutos estaba hablando de vos, con Frida. La estoy internando. Se desmaya. Se cayó dos veces en el subte. Hoy fui a la casa, tenía clase, no me contestaba nadie. Llamé y llamé y nada. Por suerte tenía una llave. (Cuando se va de viaje yo soy la que le riega las plantas y les da de comer a los gatos. Te acordarás.) La encontré tirada en el baño, desnuda (imaginate), con la ducha corriendo quién sabe desde cuándo. Podría haberse roto la cabeza. No sé si no se la rompió, en realidad. Tiene una herida acá y todo negro alrededor del ojo. Le estaban por hacer radiografías. Sí, perdón.» Dio un paso adelante, sonrió ante la cara que la esperaba del otro lado de la ventanilla y deslizó una credencial y unos papeles por la ranura. El empleado se quedó con la primera hoja y devolvió las tres piezas de arte anatómico que no necesitaba: un aparato reproductor masculino, un abdomen, una zona lumbar. «Lo llamé a Nolting. ¿Te acordás de Nolting? Porque por supuesto ella no tiene médico, nada. Frida *odia* a los médicos.

¿Cómo? Ah, sí, perdóneme. Trece millones ochenta y dos mil... No: trece millones ochenta y, no: ochocientos... ¿Puede ser? No me acuerdo de mi DNI. Trece millones ochenta...» Se volvió hacia Rímini y lo miró espantada. «Trece millones ochenta y dos mil tres veintidós», dijo él, acercándose a la ventanilla. El empleado lo miró. «¿Están juntos?», dijo, y el lápiz sin punta que blandía en una mano fue y vino entre Rímini y Sofía. «Sí», dijo Sofía. Rímini sintió una cálida presión en su antebrazo y entró en una nube de perfume. «Qué bueno: con vos al lado podría dedicarme a olvidarlo todo.» Rímini la miró de reojo, con disimulo. Tenía el pelo más corto, los ojos casi sin pintar y un aire despejado y entusiasta, como de alguien que acaba de hacer deporte. Una costrita rojiza afloraba en el lóbulo de una oreja, burlando el aro que pretendía esconderla. «Recién, hace cinco minutos», siguió Sofía. «No sé qué estaba diciendo yo, algo sobre la habitación (ah, sí: sobre las instrucciones para levantar la cama, viste que están en inglés, ¿no?), y Frida te nombró. Ella, por su cuenta, ¿eh? Yo no había dicho nada.» Después de sellarlos, el empleado guardó el original del formulario en una carpeta, deslizó la copia por la ranura y se levantó de su silla. «Espere», gritó Rímini, abalanzándose sobre la ventanilla. El empleado habló mientras se daba vuelta: «¿No estaban juntos, ustedes?» «No, no», dijo Rímini, cargando contra la ranura con sus formularios, «yo... tengo a mi mujer adelante, en Maternidad. Rompió bolsa.» Rímini miró a Sofía muy rápido y tuvo una visión ampliada, muy nítida, de la mueca de incredulidad que empezaba a deformarle la boca. Sintió que algo se le atoraba en la garganta. Y con un hilo de voz alcanzó a decir: «Voy a tener un hijo.» La frase brotó, viajó, entró en Sofía y se mezcló con su sangre, y recién cuando volvió a asomar en forma de temblor, de palidez, del viejo estrabismo que recrudecía, Rímini se dio cuenta de que era la primera vez que la decía. «Voy a tener un hijo», pensó. Sofía retrocedió. Tal vez se preparaba para huir; tal vez necesitaba tomar distancia para entender lo que acababa de escuchar. «No lo puedo creer», dijo ella. «Yo tampoco», dijo él. Sofía sonrió débilmente, cargó contra él y le golpeó el pecho con la mano abierta. «*Sin mí*. Vas a tener un hijo sin mí», dijo mientras lo golpeaba dos, tres veces sin fuerza, sólo insistiendo, como si buscara una prueba física, material, de la aridez emocional que siempre le había reprochado. Y después se ablandó y alzó los ojos y lo miró. «Hijo de puta», dijo, «así que fuiste capaz.» Y lo abrazó.

Así, abrazados, se alejaron de la ventanilla. Sofía lloraba; Rímini se sentía invadido por una poderosa vitalidad. Le daban ganas de correr por el pasillo subterráneo del hospital a toda velocidad, como un atleta demente; pensaba en todas las escaleras que había subido y bajado y veía sus pies literalmente tragándose escalones de a dos, de a cuatro, de a seis. Sofía lloraba y se secaba

las lágrimas con la manga de la camisa de Rímini. «Hijo de puta. Hijo de puta. Menos mal que estoy bien», dijo. «Me lo decías hace tres meses y me matabas. Ahora estoy feliz. Sos un hijo de puta, pero estoy feliz por vos. Me da... esperanzas. Todo es increíble. Llegué hace dos días de Europa, me voy de nuevo la semana que viene, hoy pasa esto de Frida y ahora me encuentro con vos... ¿No es increíble? Y estoy enamorada.»

Se llamaba Konrad, era alemán, de Munich. Sofía le mostró una foto mientras lo metía en un ascensor que Rímini no recordaba haber tomado: una pared amarilla con estantes, libros, máscaras, y en primer plano, casi quemada por el flash, una silueta que agitaba una mano a cámara, saludando o en señal de protesta. Le pareció que era pelirrojo, que estaba en calzoncillos o con una toalla en la cintura. Prefirió no preguntar. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, después de subir y bajar un par de pisos sin razón, Konrad, que había quedado huérfano —un alud en una estación de esquí—, se iba a vivir con Liselotte, una tía sorda y soltera, a una mansión fastuosa pero muy desmejorada en los suburbios, siete de cuyas trece habitaciones destinaba a alojar estudiantes de todas partes del mundo. Sofía había formado parte de la comunidad, aunque sólo fugazmente. Había recalado en casa de Liselotte —que ahora, mientras Rímini era empujado a través de un hall desierto y Sofía saludaba con familiaridad a una enfermera muy elegante, de cofia y anteojos, no sólo era sorda y soltera sino que usaba zapatos abotinados sin medias, última moda entre las lesbianas de la Selva Negra— en un momento particularmente álgido de su anteúltima gira con Frida, después de abandonar la habitación de hotel que compartían a raíz de una discusión terrible sobre las posibilidades de rehabilitación, que ella, contra la opinión de Frida, consideraba altas, de uno de los chicos del programa de verano, que tenía la mitad del cuerpo paralizada por una forma poco común de histeria de conversión. No era la primera vez y tampoco sería la última. Rímini sabía cómo era Frida, y sabía que nadie que tuviera una relación como la que Sofía tenía con ella desde hacía ya casi veinte años, un lapso más que suficiente para que dos mujeres de edad tan dispar experimentaran prácticamente *todas* las formas posibles de intercambio afectivo, podía considerarse a salvo de esa clase de tensiones, que, lejos de ser accidentales, eran el combustible mismo de la relación, su alimento y su posibilidad de arder. Sofía pasó apenas una semana en la Pensión Liselotte, como la llamaban con Konrad, ya en confianza, a los dos días de llegar. Fue un verdadero flechazo, dijo Sofía tironeándole de una manga. Le bastaron dos días en ese caserón de fines del siglo XIX, trabar con Konrad el tipo de contacto que permite la relación de anfitrión y de huésped —encuentros matutinos en la cocina, alrededor del desayuno, examen conjunto de mapas de la ciudad,

pedido de toallas limpias, trueque de curiosidades idiomáticas de los respectivos países—, para comprender hasta qué punto Konrad, que era bastante más joven que Sofía y llevaba la contabilidad de la Pensión Liselotte, vivía dominado por su tía en un régimen poco menos que de terror, imperceptible o irrelevante para todos menos para Sofía, que, como Rímini bien sabía, tenía un olfato especial para todo lo que fueran procesos subterráneos, y hasta qué punto el caserón donde en ese momento, una temporada no del todo exitosa, convivían doce estudiantes de las regiones más remotas del planeta, de Singapur a Quito y de Vancouver a Atenas, con sus plantas de interiores bien cuidadas, sus comidas típicas, sus discos de música bávara sonando en los pequeños altoparlantes instalados en las habitaciones y sus puntillas impecablemente blancas, tejidas por la misma Liselotte, era en realidad un perfecto loquero. La tía lesbiana y dominante, el frágil sobrino huérfano, la casa que se presenta como un refugio, que recibe con los brazos abiertos y después se cierra como una trampa: Sofía vio la lógica extorsiva de la situación mientras Konrad la enamoraba con su timidez, sus huellas de acné, sus pantuflas de viejo, su pecho lampiño, su tosca, esforzada, conmovedora manera de pronunciar, más bien de acuchillar, palabras como *Argentina, emoción, profundidad y entrañable*. Sí, Sofía era feliz. ¿Hacía falta que le contara todo lo que había encontrado en Konrad de Rímini, del *primer* Rímini? No, no hacía falta, dijo Rímini —y quiso preguntar dónde estaban, si por ese pasillo con puertas numeradas a los costados llegaría a Maternidad, si los cuerpos que entreveía tumbados en las camas eran de mujeres que estaban por parir... En sólo una semana, sin embargo, Sofía había dado vuelta el loquero de la Pensión Liselotte. Todo empezó con un pedido inocente: que bajaran un poco la calefacción. La solicitud —que en cualquiera de las otras cien o ciento veinte casas de familia de Munich que alquilan habitaciones a estudiantes extranjeros ni siquiera habría sido necesaria, considerando que era pleno verano y que la temperatura se mantenía en un promedio de 32 grados, una marca en la que ya el diez por ciento del calor constante que irradiaban las estufas de la Pensión Liselotte habría sido sofocante— fue la chispa que prendió la mecha. Aunque la idea había nacido de Sofía, el responsable de transmitirla a las altas esferas no fue ella sino Konrad, elegido como emisario por Sofía a sabiendas del potencial explosivo de la situación, en parte, como ella misma lo reconocía, porque Liselotte la intimidaba, pero en parte también, y principalmente, por razones terapéuticas, para liberar a Konrad del pacto despótico que su tía le había impuesto. «Nunca le había pedido nada, ¿entendés?», dijo Sofía. «Una locura: la tía era todo lo que tenía en el mundo y él nunca le había pedido nada. Y si seguía sin pedirle nada iba a tener que aceptar todo lo que ella le diera, siempre.

Y ella ¿qué le daba? Nada. Absolutamente nada. O sí: radiadores al rojo vivo en el verano más caluroso de los últimos cincuenta años.»

Fue el principio de una verdadera revolución. En un primer momento Liselotte negó que la calefacción estuviera especialmente alta; llevaba veinte años sin tocar los reguladores de la caldera que ardía ininterrumpidamente en el subsuelo de la casa. Después, ante la insistencia de Konrad —sólo la insistencia, porque al fin de cuentas, loca, déspota y todo, amaba a su tía, y a menos que fuera cuestión de vida o muerte, no hubiera querido ofenderla por nada del mundo—, que le sugirió que afuera era verano y que era probable, por otra parte, que en esos últimos veinte años la temperatura exterior sí hubiera variado, Liselotte, al parecer fuera de sí, en un estado de ira y de violencia en el que Konrad nunca la había visto en su vida, ni siquiera cuando el hijo de uno de sus vecinos, un *skinhead* que, según ella, salía los sábados por la noche con su pandilla de inútiles a manosear mucamas turcas por el barrio, asesinó de un golpe de taekwondo a Kim, el falso fox terrier que llevaba diez años acompañándola en la casa, lo echó poco menos que a patadas de la cocina, después de insultarlo de arriba abajo y acusarlo de andar revolcándose a sus espaldas, en su propia casa, en la casa de la que él, seguramente instigado por ella, criticaba el nivel de la calefacción, con una sudamericana cuya única intención, evidentemente, era destruir el único lazo familiar que había sobrevivido intacto a la tragedia y, de paso, arrastrar a la ruina a ella y su negocio. «Revolcándose, ¿podés creer? ¡Y nosotros, hasta ese momento, nada! ¡Ni un beso, Rímini! Bah, besos sí, hubo algunos, pero no en la pensión sino una vez, en el cine, viendo *Amor sin barreras*... Una enferma, una psicótica total.»

Tuvieron que detenerse. Trasladaban a alguien, una mujer tan flaca que en el camión que vestía había lugar para dos más como ella, y el enfermero no conseguía hacer girar la camilla sin chocar una y otra vez contra las paredes del pasillo. Rímini sintió un vahído de angustia. «Tengo que volver», dijo, o se le escapó, mientras giraba y contemplaba el fondo remoto del pasillo, donde una luz amarillenta —su último recurso— parecía debilitarse lentamente. «Déme una mano», pidió el enfermero, que había dejado de empujar la camilla para acomodar el sachet de suero en el mástil del que amenazaba con descolgarse. La mujer gimió; enseguida, como un rumor se propaga entre presos, una cadena de gemidos empezó a brotar de las habitaciones. «¡Rímini!», gritó Sofía en tono de reproche. Rímini se puso a empujar la camilla mientras barajaba maneras de declarar que desertaba: «Yo no tengo... Debería... Mi mujer... Maternidad...» «Es el otro edificio. El nuevo», dijo el enfermero en el acto, como si lo hubieran entrenado para reaccionar de manera automática ante la sola mención de cualquier palabra del léxico del hospital. Rímini empujaba y

apretaba fuerte los párpados. Le sudaban las manos; soltó la agarradera de aluminio y las apoyó directamente en la superficie de plástico de la camilla, y en el camino rozó con los dedos algo áspero, duro, completamente muerto. Abrió los ojos: era uno de los pies de la mujer, que la sábana, al deslizarse con los sacudones de la camilla, había terminado por dejar al descubierto, un pie como de piedra, forrado en una piel seca y rugosa... Rímini sintió que se mareaba, pero en vez de apartar los ojos hizo foco en los dedos contraídos que se apretujaban todos contra el pulgar, como huyendo de un mismo perseguidor, y buscaban refugio junto a una gran uña amarilla... Levantó la cabeza, vio luz en el fondo, volvía a tener esperanzas. Llegaron a un hall al que daban tres ascensores. Mientras el enfermero maniobraba y la mujer, irguiendo apenas la cabeza, miraba a su alrededor y preguntaba si ése era el quirófano, Rímini sintió que una mano enérgica tironeaba de su ropa y lo alejaba de la camilla. Una puerta se abrió a sus espaldas, una nube de aire caliente lo envolvió. Cuando quiso darse cuenta bajaba escaleras a toda velocidad, perseguido por Sofía. «¿Estás segura de que...?», empezó a preguntar él. Y ella gritó «¡Atajo!» o algo con la palabra «atajo», y cuando llegaban a un descanso saltó cinco o seis escalones a la vez y se adelantó sin siquiera rozarlo, y abriendo una puerta —el aire frío volvió a golpearlo en la cara y el pecho— lo metió en un hall idéntico al que acababan de dejar. «Es por acá», dijo Sofía. Y después, mientras Rímini la seguía, agregó: «Lo echó.» «¿Qué?», dijo Rímini. «Lo dejó en la calle. ¿No te digo que era una psicótica? Nos fuimos a un hotel. Pobrecito: conocía menos de Munich que yo. Era un pichón caído del nido. Mi Kaspar Hauser, dirás vos. Reíte: Konrad era virgen. ¿Sabés de alguien que sea virgen a los veinticinco años? 123, 125, 127: ya estamos. Me enamoré, Rímini. Perdidamente. A vos no podría mentirte. 131... Ahora no me acuerdo si era par o impar. Y lo más genial ¿sabés qué es? Que no hablamos. Yo casi no entiendo alemán, él no sabe una palabra de castellano. Es como estar todo el tiempo desnudos. Amor, Rímini. Vos sabés de qué estoy hablando. Amor puro.» Sofía se detuvo junto a la puerta entreabierta de una habitación. Levantó una mano melancólica y le rozó la cara con el dorso de los dedos: «Por ahí, si nosotros, alguna vez..., ¿no?» Lo besó en los labios muy rápido, como se besa a alguien dormido a quien no se quiere despertar, y después, mientras empujaba la puerta con cuidado: «Todavía es virgen. No nos animamos. Y además: tenemos tiempo, ¿no? Ahora está tomando clases de canto. Lo conocí y le dije: "Vos cantás." "No", me dijo. Le dije: "No puede ser. Vos tenés que cantar."» «¿Sofía?», llamó una voz desde adentro. «Vení, pasá», le susurró Sofía, arrastrándolo hacia el interior de la habitación: «le vas a dar una alegría.»

La recordaba más: más pálida, más grande, más amenazante. Pero así era

como se le aparecían la mayoría de las cosas en el recuerdo —no sólo Frida Breitenbach. Y aunque estaba postrada en la cama pero no tendida del todo, porque, consciente de la imagen de debilidad que habría transmitido acostada, se había tomado el trabajo de convencer primero a Sofía, después a la enfermera, de levantarle un poco el respaldo, de modo que para hablar no tuviera siempre que mirar hacia arriba, como una agonizante, todo su cuerpo, que los años habían reducido, y su rostro magullado por los golpes, y sobre todo sus ojos, siempre claros y vivaces, como incrustados en los pliegues de la carne, y las masas flácidas en las que su rostro, a la altura de la mandíbula, parecía colgar sobre su cuello y, ahora que estaba a medias sentada, la parte superior del pecho —todo en Frida seguía teniendo la arrogancia, la perspicacia maligna, la misma sensibilidad distante, a la vez enérgica y contemplativa, que durante doce años habían mantenido a Rímini en un estado de alerta permanente, hecho de dosis parejas de fascinación, rechazo y prudencia. Golpeada y todo, a merced de los médicos, las enfermeras y las máquinas de diagnosticar, tres cosas en las que nunca había creído y que, en algún sentido, había dedicado su vida a combatir, seguía siendo la misma mujer Buda que durante años, centro inmóvil de una galaxia de sufrientes virtualmente infinita, había animado las veladas del departamento de la calle Vidt.

Rímini asomó la cabeza y la vio antes de que ella pudiera verlo, ocupada como estaba en fulminar a Sofía, que se aproximaba a la cama, con una de sus célebres miradas de reproche y desdén, relámpagos fatídicos que a menudo reducían a sus discípulos, y a veces, cuando por alguna debilidad imperdonable traicionaban los principios de la disciplina, incluso a sus pacientes, a un estado poco menos que de esclavitud que podía durar meses. «¿Se puede saber qué...?», dijo dirigiéndose a Sofía, y a medida que le brotaba la voz, Rímini vio cómo toda su cara vibraba y se ponía a temblar, y sin duda la habría ametrallado a insultos si Rímini, golpeándose una rodilla contra el pie de la cama, no hubiera atraído su atención en medio de la frase. Durante una fracción de segundo, Rímini se encontró en la mira de su furor. Fue sólo un instante —menos: el intervalo entre dos instantes. Porque, apenas lo reconoció, la mueca que le torcía la boca se despejó en una gran sonrisa de beatitud y Frida abrió los brazos para recibirlo. «Querido», dijo emocionada mientras lo sofocaba y Rímini, por su parte, se abrazaba a los costados del colchón y las yemas de sus dedos se demoraban perversamente en las costuras de las sábanas de algodón. «Querido mío», repitió, apartándolo para mirarlo mejor, y él sintió el mismo perfume rancio y húmedo que Sofía le había hecho sentir dos años atrás, al besarlo en plena calle. «Que te separaras de esta arpía no te daba ningún derecho a abandonarme.» Y enseguida, como si volviera en sí y recordara de

pronto, a la vez, su propio aspecto y su sentido de la coquetería: «Salí, no me mires», dijo, escondiendo en la almohada la mitad lastimada de la cara que Rímini, gracias a la luz débil del cuarto, no había llegado a ver. «Debo ser un monstruo.» «¿Te duele?», preguntó Sofía. «No», dijo Frida, «no siento nada. Ni dolor ni nada. ¿Será así el principio de la muerte? Vení», dijo, estirando una mano hacia Rímini y atrayéndolo hacia ella, «¿dónde estuviste todo este tiempo, se puede saber?» Rímini se sentó en el borde de la cama. Sofía contestó: «Va a tener un hijo.» «No digas estupideces», dijo Frida, abofeteando suavemente la mejilla derecha de Rímini. Rímini sintió una extraña inquietud: era como si Frida los hubiera fundido en una criatura única, de la que Sofía era la voz y Rímini el cuerpo. «¿Un hijo? ¿De quién? Qué vas a hacer con un hijo, vos. Tan joven, tan inteligente, tan precioso. ¿Vas a arruinar todo por un hijo?» Lo zamarreó con fuerza; él creyó ver en sus ojos un feroz resplandor de maldad y retrocedió. Frida se desplomó sobre la cama: había empezado a respirar con dificultad. «Llamá a la enfermera», dijo. Sofía se acercó a la cama: «Toquemos el timbre.» «Andá y llamala, no seas mierda», gritó Frida. Pareció que se atoraba; empezó a toser. Apenas Sofía salió, Frida irguió la cabeza y clavó los ojos en Rímini. «Eran tan hermosos. ¿Cuántos años tenían? ¿Diecisiete? ¿Dieciocho? Me acuerdo de que la primera vez que Sofía te trajo a Vidt pensé: "Son tan hermosos que habría que desfigurarlos." Qué idiota. ¿Por qué no lo hice? Hoy seguirían juntos. Sangrar lo justo en el momento justo: ése es el secreto de la inmortalidad. Me dio pena. Siempre fui demasiado sensible a la belleza: ése es mi karma. Pero ustedes, criminales, ¿qué hicieron? Decidieron ser... normales. ¡Normales! Decidieron romper la célula, salir a respirar, enamorarse de otros... Mediocres. No tenían derecho. Eran patrimonio del mundo. Si la sociedad fuera justa, o no justa, digamos inteligente, los jóvenes deberían ser todos esclavos, esclavos de los viejos, y vivir sometidos a sus miradas, sus caprichos, incluso su violencia, hasta que los roce el primer síntoma de corrupción. Recién entonces serían libres. "Libres." Si es que alguien que se pudre puede ser libre. ¿Cuántos años tenés ahora? ¿Treinta? ¿Treinta y dos? Tarde. Muy tarde», se lamentó, y empezó a golpearle el pecho con las dos manos. «¿Qué has hecho de tu vida, desgraciado? ¡Perdiste todo! ¡Despifarraron todo! Y ahora que vas a tener un hijo te creés que vas a rejuvenecer, ¿no? Que vas a volver a vivir. Pobre idiota. ¿Por eso renunciaste? ¿Por un hijo? No hay hijos, oíme bien. *No hay hijos*. Hay fetos —cuando todavía estás a tiempo de arrepentirte— y hay parásitos —cuando ya es tarde. ¿Querés saber dónde están escritos los próximos años de tu vida? En las tetas de tu mujer. En los pezones de las tetas de tu mujer. La carne no miente. Esa carne es tu horóscopo. Acordate de lo que te digo. Todo se seca, Rímini. ¿Viste

cómo queda una ciruela después de ponerla al sol? Lo que era pulpa es polvo. Lo que era piel se desgarró y se rompió. No queda nada que chupar, Rímini. ¿Y la vida?, pensás entonces. La vida se la llevó el crío, pedazo de imbécil. Dios mío, cómo pudieron... Sos precioso, todavía. Podrías pasar por joven, todavía. Pero a mí no me engañás. Yo te conocí cuando eras joven de verdad. Yo gocé de tu juventud, Rímini. Muchas veces, los fines de año, cuando las reuniones habían terminado y todos se habían ido, yo me quedaba tirada en el sillón del living, agotada, y me sacaba los zapatos y me dedicaba a recordarlos: a vos entrando, tan bien vestido, tan antiguo, siempre ya ruborizado, siempre un poco escondido atrás de Sofía, a Sofía, que aceptaba esconderte sin pedir nada a cambio, sin protestar, con su bigotito decolorado con agua oxigenada, con su piel suave, la mejor piel que he visto en mi vida, y así, mientras los recordaba, me hacía la paja tirada en el sillón, con la pollera arremangada, rodeada de platos con restos de comida, ceniceros llenos de colillas, vasos sucios, servilletas con marcas de chocolate, de café, de pintura de labios —sobras tristes de una orgía que nunca había tenido lugar y de la que ustedes dos, ángeles, habían sido mis ídolos, mis verdugos, mis manjares.»

Pero esa noche hubo un hijo, un animalito reluciente, untuoso, morado como una ciruela, que asomó la cabeza entre las piernas de su madre y se deslizó con una fluidez submarina y cayó en las manos de la partera, y luego, mientras Carmen, desquiciada por la anestesia, reclamaba a los gritos que le dijeran de una vez si estaba vivo, fue pasando de mano en 'mano como un objeto mágico, o muy frágil, o muy peligroso, hasta llegar a los brazos del hombre bajo, ligeramente achispado, que velaría por él durante los treinta y cinco días que pasaría internado en la sala de terapia intensiva del hospital, durmiendo en una campana de acrílico bajo la radiación roja, vagamente marciana, de una lámpara dos veces más grande que su cabeza. No lloró, y Rímini estaba demasiado atontado para preguntar por qué. Se resignó a verlo desaparecer con el neonatólogo, como si el operativo, pese a que omitía todos los lugares comunes que Rímini siempre había asociado con la posteridad del parto, formara parte de algún protocolo que él desconocía —tema central, probablemente, de alguno de los capítulos del curso de entrenamiento para futuros padres que la llegada intempestiva del bebé había abreviado—, hermético y eficaz, como cualquier protocolo imperial, y diez minutos después, cuando lo vio reaparecer, ya confinado a su pequeña celda transparente, Rímini sintió que las piernas le temblaban. Buscó algo duro en que apoyarse y lo apretó con fuerza para no trastabillar. «¡Auch!», gritó la anestésista. «¡Ése es mi hombro!» Rímini retiró la mano y contempló al diminuto monarca. Estaba acostado boca abajo, sobre el costado izquierdo de la cara; tenía los ojos extraordinariamente abiertos y brillantes. Rímini se dejó chupar por esas pupilas oscuras: hubiera jurado que el bebé los miraba, y la profundidad y la paciencia que creyó ver en esa mirada, a la vez inexplicables y amenazantes, lo intimidaron de un modo extraño, haciéndole sentir que lo que acababa de presenciar no era un rito común y corriente, que la especie humana ejecutaba a cada segundo, en todas partes, sino algo sagrado, una ceremonia esotérica que comprometía a todos los que la presenciaban a jurar alguna misteriosa clase de

lealtad o de silencio. Los tres permanecieron así, mirándose inmóviles un rato largo. Incluso los médicos bajaron la voz. Hasta que el neonatólogo dijo: «El reflejo del esgrimista.» Rímini lo miró desconcertado; el médico les señaló la postura del bebé: el brazo derecho extendido junto a la cabeza y el izquierdo pegado al cuerpo, la pierna derecha recta y la izquierda plegada en un ángulo de noventa grados. Un perfecto espadachín. «Es cierto», murmuró Carmen, y alzó los ojos hacia Rímini para compartir su comprobación. Rímini no la miró: acababa de descubrir que ésa era la posición en la que él había dormido toda su vida.

Esa noche hizo un calor anormal. El cielo enrojeció de golpe y prometió una tormenta que nunca llegó. Poco después se levantó un viento suave y benigno, la capa rojiza que tapizaba la noche se disolvió y brillaron las estrellas. Era como si el mundo se hubiera renovado íntegro sin el menor alarde, imperceptiblemente, con una buena educación asombrosa. El hospital, por suerte, era tan permisivo con el régimen de visitas como con su sistema de señalización, de modo que la pequeña horda de parientes a la que Rímini alertó desde el teléfono público de la planta baja pudo alborotar la habitación sin mayores impedimentos. Como era de prever, el padre de Rímini tomó a las enfermeras de punto, en particular sus uniformes, sus zapatos bicolors, y desplegó la cuota de generosidad, entusiasmo y negligencia a la que su hijo ya estaba acostumbrado, sólo que potenciada, esta vez, por el matiz dramático que habían aportado el parto prematuro y el kilo con seiscientos setenta gramos que el bebé había pesado al nacer. La botella de champagne —de cinco litros— estaba tibia y sin gas, el chocolate amargo —alemán— era gigantesco pero llegó completamente derretido, y las dos docenas de nardos con las que casi sepulta a Carmen y empalagó el aire del cuarto lucían mustias, deshidratadas, como si para llegar hubiesen tenido que atravesar un largo desierto. (Pero con qué alivio suspiró Rímini cuando su padre, con un gesto confidencial, como de mafioso de barrio o de fullero, se lo llevó aparte, lo encerró en el baño y poniéndose de espaldas a la puerta, de modo de trabajarla y disimular, al mismo tiempo, la operación con su propio cuerpo —un derroche de cautela puramente teatral, puesto que nadie podía verlos—, le entregó un sobre con el dinero para pagar a la anestesista, la partera y el obstetra.) Después llegaron los padres de Carmen. Lloraron un rato, desempolvaron algunas anécdotas de niñez de su hija y cuando estaban pensando en instalarse, al punto de que el padre ya proponía un sigiloso *raid* a una habitación vecina para aprovisionarse de sillas, el entusiasmo del padre de Rímini, siempre sensible al costado deportivo de la emoción, sufrió un incremento súbito y se convirtió en euforia, una euforia juvenil, descarada, en el límite con la procacidad, sembrada de chistes,

complicidades, sarcasmos de actualidad, y los inhibió tanto que los obligó a irse. Poco después irrumpieron dos amigas de Carmen, cargadas con las bandejas de sandwiches de miga y las bebidas que Rímini, media hora antes, les había pedido que llevaran. Comieron, bebieron, se rieron sin control. Hablaron muy poco del bebé y casi nada del parto. Lo poco que se animaron a decir – sobre todo Carmen, subida a la cresta de una ola maníaca– confundía el parto con una especie de hazaña sobrehumana. Carmen había sobrevivido, el resto no tenía la menor importancia. De vez en cuando, menos para reprenderlos que para matizar, porque su presencia solía coincidir con los momentos en que los ánimos festivos cedían al agotamiento, aparecía una enfermera y recordaba ciertas cláusulas del reglamento del hospital, estiraba la colcha que los visitantes habían arrugado al sentarse y se iba, llevándose el papel de las flores, las botellas vacías y los ceniceros llenos de colillas. Decidieron olvidar al bebé, borrarlo, para vivir la ilusión de una noche a solas, probablemente la última. Sólo así, suprimiendo por un momento al monarca, podrían enfrentar la larga vida de súbditos que tenían por delante. Y cuando los visitantes se fueron, la habitación quedó vacía y volvieron a escuchar sus propias voces retumbando, ya desamparadas, entre las cuatro paredes, Carmen se dejó caer en la cama y Rímini, sin desvestirse, se tendió a su lado en sentido inverso, con la cabeza al pie de la cama y los pies en la cabecera, y se quedaron un rato en silencio, rumiando las delicias supremas del cansancio, mientras la primera brisa de la madrugada hacía flamear suavemente la cortina de la ventana y traía el sonido amigable de una conversación entre médicos, una radio, puertas de armarios crujiendo y cerrándose. Olvidaron al bebé y en un momento dado, sin decir una sola palabra, se pusieron a llorar juntos, exactamente al mismo tiempo, con una especie de desconsuelo eufórico, y recordaron en voz alta, con el afán un poco artificial con que elegimos a alguien y le creamos su primer pasado, la imagen del príncipe esgrimista que los escrutaba y les daba la bienvenida desde su trono.

Era tarde, casi amanecía cuando Rímini entreabrió un ojo y vio la cara pálida de Víctor asomada a la puerta. Carmen dormía. Rímini creyó que soñaba y volvió a estrecharse contra sus piernas, hasta que sintió que le sacudían un hombro. «Víctor», dijo. «¿Qué hora es?» «No sé», dijo Víctor. Se abrazaron largamente. Víctor olía a cigarrillo, a encierro, a esa mezcla sórdida que dejan en la ropa los funerales. «Vení, salgamos», dijo Rímini mientras se incorporaba en la cama, haciendo toda clase de contorsiones para no despertar a Carmen. En la penumbra del pasillo, todavía aturdido, Rímini creyó detectar en la cara de Víctor una extraña tensión, el tipo de esfuerzo que delata a los malos simuladores. Lo miró bien. Tenía los ojos rojos, una sombra como de tinta en

una mejilla. «¿Cómo fue?», preguntó Víctor, frotándole el pecho con la palma de una mano. Rímini, desestabilizado por el contacto, se balanceó apenas, rebotó con la espalda contra la pared y volvió a su posición original. «Bien», dijo. Pensó: «¿Bien?» Repitió: «Bien.» Su voz sonaba mecánica. «Debe ser tardísimo. O tempranísimo. No entiendo cómo te dejaron pasar», dijo. «¿Lo tienen ahí, con ustedes?», preguntó Víctor. Rímini negó con la cabeza. «Incubadora», dijo. Víctor oyó la palabra «incubadora» pero no se preocupó: se distrajo. «Todavía no puede respirar solo», explicó Rímini. «Hay algo en los pulmones, una membrana, no sé, que no se le llegó a formar...» Se quedaron un segundo en silencio. Después, con una brusquedad un poco teatral, Víctor volvió a abrazarlo. Rímini, asqueado por el olor de su ropa, tuvo una náusea y se apartó de golpe, casi con hostilidad. «Qué pasa, Víctor.» Víctor vaciló. Rímini se dio cuenta de que calculaba algo. «Víctor», repitió, como acorralándolo. «Me llamó Sofía», dijo Víctor: «Frida murió. Tuvo un infarto cuando la llevaban a rayos. Un infarto masivo. El corazón se te desgarró: una cosa horrible. Sofía estaba sola, me llamó. Tenía que venir. Después cayeron la hermana, algunos alumnos, pacientes. Y después estábamos en el bar, solos, tomando café, y Sofía se pega en la frente y dice: "¡Rímini!" Y me cuenta todo. Suponía que a esa altura el bebé ya habría nacido. Quería venir a verte, Rímini. Con el acta de defunción de Frida en la mano. Le dije que estaba loca. "Tenés razón", me dijo. "Vamos los dos, juntos". Le di dos gotas de rivotril, la metí en un taxi y yo me tomé otro para que creyera que también me iba. A las tres cuabras le dije al tipo que diera la vuelta y me trajera otra vez hasta acá. Como en la puerta ya me conocían me dejaron pasar. ¿Ya decidieron cómo se va a llamar?»

No, todavía no lo habían decidido. Y si diez meses más tarde, sentado al sol en la terraza de un café, Rímini podía darse el lujo de impedir, al grito de «¡Lucio, no!», que Lucio –versión rozagante, amnésica y particularmente terca del príncipe esgrimista que, con el pretexto de combatir la ictericia, se había pasado el primer mes de vida bronceándose en su solarío con rueditas– se metiera en la boca una de sus típicas colaciones combinadas, una colilla de cigarrillo recogida del suelo, un sobrecito de azúcar roto –parte de cuyo contenido ya estaba desparramado en la pechera de su mameluco–, un chupete insulso y el ticket, ya bien macerado en saliva, del café que Rímini llevaba al menos diez minutos tratando de tomar, no era en rigor porque en algún momento se hubieran decidido a decidirlo, y tampoco porque él, promotor principal del nombre Lucio, hubiera logrado imponérselo a Carmen, derrotando a candidatos rivales como Antonio o Vicente, sino más bien porque los días empezaron a pasar, y la tarjetita con marco celeste que colgaba

de la incubadora seguía diciendo simplemente *Rímini*, y Rímini, que solía matar el tiempo que Carmen pasaba encerrada, sacándose leche, en un cuartito de terapia intensiva, entablando conversación con las enfermeras, el neonatólogo, los padres de los demás bebés que dormitaban en las campanas de acrílico vecinas, algunos de los cuales, nacidos con menos de quinientos gramos de peso, a duras penas superaban en tamaño a los ositos de felpa con los que sus padres pretendían animarles la estadía en la incubadora, empezó a usar el nombre Lucio de un modo casual, dejándolo caer en medio de una frase cualquiera, como dando por sentado con todos ellos, que eran los que más tiempo pasaban con el bebé, que siempre se había llamado Lucio, de modo que a las tres semanas de internación, cuando ya Rímini y Carmen sentían que formaban parte de una comunidad nueva y los rituales de la visita a terapia intensiva –tocar el timbre cada mañana para poder entrar, esperar, lavarse las manos con desinfectante, ponerse el delantal y el barbijo y envolverse los zapatos en esas bolsas de tela blanca– se habían convertido en una rutina como cualquier otra, ya no fue necesario que Rímini volviera a la carga para ensalzar las virtudes del nombre que proponía, porque ya todos los demás miembros de la comunidad, perfectos desconocidos cuyas caras y voces, sin embargo, habían terminado por resultarles más familiares, confiables y amistosas que las de sus propios padres o amigos, lo llamaban así, Lucio, con absoluta naturalidad, como si no hubiera ningún otro nombre en el mundo.

Contra sus temores, que el adelantamiento del parto, por otra parte, había profundizado, ser padre resultó para Rímini una de esas facultades secretas que, mientras nada en el mundo que nos rodea las exige, son a menudo irreconocibles para nosotros mismos, pero después, invocadas –o más bien, como le gustaba creer a él, inventadas– por la simple existencia de un estímulo exterior nuevo, saltan a la vista y se despliegan con una eficacia milagrosa, haciendo gala de la idoneidad y la gama de recursos de las que antes nos creíamos completamente desprovistos. Ser padre, pensaba Rímini, era algo tan arbitrario, tan sujeto a una voluntad ajena como hablar en lenguas –lo que no era poco decir para alguien que, al mismo tiempo que deslumbraba a su padre cambiando pañales con una sola mano, con la misma naturalidad y la misma falta de esfuerzo iba renunciando a los idiomas que hasta hacía un tiempo habían sido su vocación, su principal objeto de interés y su fuente de supervivencia. Rímini perdía sus lenguas como quien pierde piel: a veces más, a veces menos, un poco todos los días. El escozor, al principio molesto, no tardaba en disiparse. La piel cicatrizaba, la zona en carne viva quedaba como sellada por una capa de tejido muerto. El proceso, indoloro, era también irreversible. Si los siete meses de embarazo de Carmen habían disimulado la

presencia del mal, que Rímíni, a partir del *affaire* San Pablo, había pasado a llamar *mi precoz Alzheimer lingüístico*, relegándolo a un discreto segundo plano, todo lo que sobrevino después —el nacimiento de Lucio, sí, pero sobre todo la inmersión de sus vidas en un proceso de hospitalización general, cuyas reglas debieron aprender desde cero y padecieron, al principio, como los presos las normas del penal al que acaban de ser confinados, pero que no tardaron en agradecer, ya que todo lo que los padres primerizos normalmente aprenden con la experiencia, reaccionando ante cada emergencia con que los recién nacidos ponen a prueba el equilibrio familiar, acertando por casualidad o equivocándose hasta la catástrofe, o bien heredándolo de quienes ya fueron padres, empezando por sus propios padres, en este caso los abuelos, que, como es lógico, de esa fase inicial de la progenitura, si es que alguna vez supieron algo, ya lo han olvidado absolutamente todo, Rímíni y Carmen, en cambio, lo aprendieron del ejército de profesionales con el que convivieron durante toda la internación de Lucio— prácticamente lo disipó por completo, como si sólo hubiera sido un mal sueño.

Hasta que una tarde estúpida, una de esas tardes que después, vistas a la distancia, podríamos perfectamente capturar entre el pulgar y el índice y retirar de nuestras vidas y dejar caer en el fondo de un cesto, se les ocurrió ir al cine. Acababan de almorzar afuera. La tarde, además de estúpida, era fría y hostil. Lucio había terminado por dormirse contra el pecho de Rímíni. Dieron vueltas por el centro, perdidos, como desentrenados, tomando decisiones que corregían enseguida, hasta que sin querer tropezaron con los bingos, las tiendas de ropa en oferta, el olor a fritura, las promotoras uniformadas, los lisiados de la calle Lavalle. Después de un año y medio de abstinencia, lo único que vieron, maravillados casi hasta las lágrimas, fueron las marquesinas de los cines. Podrían haber entrado a ver cualquier cosa, víctimas de la temeridad, la falta de discernimiento o la gula que las personas normalmente exigentes contraen cuando ponen fin a un largo período de castidad involuntaria. Rímíni, sin embargo, descartó de plano las películas de acción. Lo preocupaba que Lucio, con sus cuatro meses, despertara de algún sueño voluptuoso y el mundo, reducido al formato de una caja oscura y húmeda, le diera la bienvenida con una ráfaga de ametralladora o haciendo volar por el aire una estación de servicio. Después de sucumbir a las tentaciones fraudulentas de la puerta («Lo más atrevido del nuevo cine francés», decía un cartel escrito a mano), entraron a una sala decrepita, guiados por la linterna del acomodador, y haciendo cujir la vieja madera del piso y las butacas se sentaron al unísono en un estado de encantamiento extraordinario, como campesinos trasplantados a la gran ciudad, y cuando se atrevieron a alzar los ojos y vieron, enorme, la imagen de la criada

con su corto delantal negro, a lunares blancos, el plumero calzado debajo de la axila, revisando el único cajón pecaminoso de la cómoda del dormitorio de su patrón —la película ya había empezado—, sus manos se buscaron en la oscuridad, reptando por el apoyabrazos astillado —Carmen sofocó un gemido de dolor— y se trenzaron en un abrazo conmovido, casi al mismo tiempo que allá adelante y arriba, en la pantalla, que cada tanto emitía unos chasquidos de disconformidad, la mujer del patrón, que acababa de entrar subrepticamente al dormitorio, entrelazaba sus dedos con los de la criada dentro del cajón, sobre un sedoso fondo de ropa interior femenina. Pero de golpe la imagen se llenaba de pelos, o de lombrices, o de rayas, y aparecían unas burbujas que se inflaban, y los movimientos de los actores se entrecortaban, como si alguien se hubiera robado las transiciones que enlazaban cada gesto con el siguiente, y cuando la acción entraba en su fase culminante —la criada, después de arrancarle la cruz que le colgaba del cuello, empujaba a la patrona a la cama; la patrona abría las piernas, torcía la boca con una mueca rancia y se arremangaba el ruedo del vestido con una mano, mientras con los dedos ávidos de la otra fruncía el cubrecama floreado—, la proyección parecía tartamudear y cortarse, un cuadro negro enceguecía fugazmente la historia, más rayas, más lombrices, más pelos, golpes —como si alguien escupiera muy cerca de un micrófono—, y cuando algunas formas más o menos reconocibles volvían a dibujarse en la pantalla un poco apuradas, como si fueran conscientes de la emergencia que venían a conjurar, el tiempo ya había pasado, la historia había seguido su curso —silbaba una pava, un bañero en slip patrullaba una playa, dos hombres brindaban en un restaurante lleno de plantas de plástico, salía el sol o caía la noche, un semáforo cambiaba de verde a amarillo, alguien descolgaba un traje gris de una percha. Rímini, que en cualquier otra circunstancia —y por mucho menos— se habría abalanzado sobre la boletería para exigir la devolución del dinero, se acomodó en la butaca, sintió cómo el peso de Lucio se disolvía en el bienestar de su propio cuerpo, paladeó el calor, el encierro y el perfume vencido del cine como si fueran privilegios y se entregó a la marcha errática de la proyección, cuyos contratiempos le parecían tan encantadores como las imperfecciones de un arte primitivo.

Ni siquiera se había dado cuenta de que la película era en francés. Recién lo supo cuando la imagen, bruscamente desencuadrada, extravió sus dos renglones de subtítulos en la base negra de la pantalla. Supo entonces que todo lo que había entendido hasta ese momento lo había entendido gracias al subtítulo. Sin él, a solas con las voces que hablaban, que seguían hablando en francés, Rímini descubría que la lengua ya no le decía absolutamente nada. «¡Cuadro!», gritó alguien dos filas más adelante. Rímini miró a Carmen. Su cara

impasible lo desesperó. «¿Cómo...?» Era obvio: Carmen entendía sin necesidad de leer. El huérfano era él; él, sólo él, era el que lo perdía todo. Se levantó, eludió unas rodillas, una valija abierta, un paraguas, corrió por el pasillo hacia las delgadas rayitas de luz que se abrían entre las puertas, salió —el vendedor de golosinas lo miró con un asombro bovino, en cámara lenta— y diez segundos después, abrazado a su hijo dormido, lloraba a gritos en uno de los compartimientos del baño, contemplando como a través de un parabrisas lluvioso la furtiva inspiración rupestre que habían dejado grabada en la puerta: una verga ancha, vista de frente, de cuyo glande, apuntado hacia Rímini, brotaban unas gotitas de esperma que se unían y dibujaban un número de teléfono.

Fue una crisis puntual, de esas que estallan y se resuelven en el mismo segundo. Lucio, molesto o acaso contagiado, se puso a llorar a su vez, y Rímini se contuvo, por vergüenza, posiblemente, o como si, de acuerdo con una regla misteriosa, que nadie le había impuesto pero que acataba como si fuera sagrada, porque la incluía en esa serie de instrucciones y prohibiciones a la vez vagas y perentorias que se le presentaban cada vez que pensaba en la paternidad, ya no hubiera espacio en el mundo para que un padre llorara al mismo tiempo que su hijo. Sintió nostalgia, nostalgia y miedo. ¿Qué más?, se preguntó. ¿Qué otras cosas ya no volvería a hacer delante de su hijo? ¿A qué clase de clandestinidad había sido condenado? Fue la última crisis. Cuando salieron del baño, Lucio ya sonreía. La película había terminado; Carmen daba vueltas por el hall con aire inquieto —recién se había dado cuenta de que la habían dejado sola cuando las luces de la sala volvieron a prenderse—, mientras dos o tres masturba-dores vespertinos revoloteaban como cuervos a su alrededor. Rímini vio cómo las encías sonrientes y rosadas de su hijo iluminaban en un segundo la cara de su madre y tuvo la impresión de entender por primera vez, en carne propia, como se dice, el sentido de la expresión *carne de mi carne*, que antes, aunque atractiva, siempre lo había mantenido a distancia por su carácter vagamente religioso. Pero lo que creyó entender no fue el sentido corriente de la expresión —la co-carnalidad obvia que une a un hijo con sus padres biológicos— sino algo más secreto y tortuoso, o en todo caso más inesperado: que el mero hecho de haber concebido juntos un hijo los condenaba a ellos, a Rímini y Carmen, a compartir una misma carne, de modo que, a partir de allí —Rímini sintió un vértigo fugaz, no del todo desagradable—, toda acción que Lucio ejerciera sobre Carmen tendría efecto también sobre Rímini, y toda acción ejercida sobre Rímini afectaría igualmente, y al mismo tiempo, a Carmen.

Todo un mundo nuevo se desplegaba ante él y lo envolvía, obligándolo a

aprender y a someterse a una infinidad de leyes desconocidas. Qué lejos quedaban las palabras, los idiomas, las horas gastadas entre diccionarios. Era como si todo eso perteneciera no a otro tiempo sino a otra vida... Rímimi decidió rendirse. Siguió despellejándose, sí, pero ya no le importó, y los últimos jirones de lenguas que dejó en el camino desaparecieron en silencio, casi sin que lo advirtiera, tan imperceptibles como los millones de células que el cuerpo deja cada noche adheridas a las sábanas, carne cadáver, en efecto, pero carne trivial, en parte porque el cuerpo que dejan para siempre jamás supo de su existencia, en parte porque el hecho de que al despertar el cuerpo siga viviendo con toda normalidad sin ellas prueba que eran del todo superfluas. Carne de mi carne.

Aunque estaba en cero, Rímimi se sentía magnánimo, superior, invulnerable. Cuatro meses después del nacimiento de Lucio, cuando Víctor, recién salido del hospital donde había vuelto a someterse a la secuencia de exámenes que al menos dos veces por año lo mantenía quince días en vilo, anulado para cualquier cosa, trabajar, tener vida social, incluso comer, menos para la práctica del sexo que, paradójicamente, solía alcanzar en ese lapso picos de frecuencia, variedad e intensidad rarísimos en él, pasó a visitarlos y, aprovechando una distracción de Carmen, sin decir una palabra, soltó en las manos de Rímimi, como si ardiera, un paquete pequeño, envuelto con lujo. Rímimi reconoció de inmediato *la mano de Sofía*, como en un primer momento, acorralado por sus cartas, sus notas, sus mensajes escritos, había llamado mentalmente a la letra de Sofía y como después, con el correr del tiempo, había terminado llamando al modo inconfundible que tenía Sofía de hacerse presente en su vida a la distancia. Esta vez, para su asombro y su dicha, no sintió la menor zozobra. Reconoció la mano de Sofía en la prudencia y el disimulo de Víctor, desde luego, pero también, experto como era, ahora, en ese sector de la industria que figura en las guías bajo el rubro artículos para bebés, en el estampado del papel que envolvía el regalo, la clase de papel que sólo usaba el negocio más caro de la ciudad, el único, por otra parte, donde a Sofía se le hubiera ocurrido comprar algo para el hijo de Rímimi. Esta vez Rímimi no tembló, ni tuvo taquicardia, ni sintió que se le secaba la boca. Carmen reapareció en la habitación y lo sorprendió con el paquete en las manos. Mientras Víctor, para disimular, se enfrascaba en el examen de un sonajero-efante, Rímimi la miró sin miedo. Se sentía preparado para enfrentar cualquier cosa. Carmen miró el paquete. «¿Lo mandó Sofía?», dijo. «Sí», dijo Rímimi. «Abrilo, qué esperás.» «Eso: abrilo», dijo Víctor, con la soberbia del absuelto. «Llama-la, por favor, y agrádecete», agregó Carmen. Rímimi desgarró el papel y abrió la caja: eran unas zapatillas diminutas, azules, de lona, muy elegantes. Carmen

trajo a Lucio en el cochecito y se las probó, mientras el chico se miraba los pies con una curiosidad deslumbrada, como si le hubieran crecido mientras dormía. Rímini apretó con cautela la puntera de goma; le pareció que eran enormes. «Perfectas», dijo Carmen: «de van a durar», y, volviéndose hacia Rímini, amenazó: «Si no la llamás vos, la llamo yo. No quiero quedar mal, ¿estamos?»

Perfectas. Preso en el arnés del cochecito, Lucio protestó. Todo su cuerpo se arqueó, como sacudido por una descarga eléctrica, y golpeó contra el respaldo acolchado, y sus pequeños pies azules patalearon en el aire. Antes de que estallara en la nota grave y continua con la que solía hacer valer sus derechos, Rímini hizo desaparecer el sobre de azúcar, la colilla y el ticket y volvió a meterle el chupete en la boca. Echó un vistazo al interior del bar y miró el reloj: Sofía llevaba doce minutos tarde. Tuvo dos impulsos fuertísimos: fumar, sacarle a Lucio las zapatillas y esconderlas en un bolsillo. Carmen, con esa deferencia desconcertante que las mujeres sólo despliegan entre mujeres, no importa el grado de rivalidad o de desconfianza que las separe, se había empeinado en aprovechar la cita para estrenarlas. Fue descartando las opciones de zapatos que Rímini le proponía sin siquiera dignarse evaluarlas, asintiendo vagamente con la cabeza, mientras sus dedos, con una indiferencia soberana, se regodeaban trenzando los cordones de las zapatillas azules, y Rímini se dio cuenta de que esa terquedad era en el fondo una forma sutil de retribución, es decir –de algún extraño modo que la etiqueta femenina seguramente debía de contemplar en alguna de sus cláusulas– una forma civilizada de saldar la deuda en la que los había puesto el regalo. Pero hacía calor, y si Sofía no aparecía –quince minutos– la maniobra perdería todo su sentido. Un par de mesas más allá, un mozo convidaba cigarrillos a una pareja de extranjeros. Rímini vio la franjita ocre de los filtros, las volutas de humo deshaciéndose en el aire, la soltura elegante, a la vez cotidiana y excepcional, que el cigarrillo confería a los dedos que lo manipulaban, y sintió una nostalgia incurable.

Resistió. Buscó algo para distraerse y pensó en Sofía, en cómo se decepcionaría él si ella no acudía a la cita. Rímini había terminado llamándola, pero no tanto por la amenaza de Carmen como por una necesidad personal, mucho más urgente: quería poner a prueba su propia invulnerabilidad; ponerla a prueba no con el pensamiento, para sí, como ya lo había hecho una y mil veces, sino ante Sofía, en presencia de la única persona ante la que valía la pena lucirla porque era la única que podía pulverizarla. «No va a venir», pensó. Odiaba ese bar. Odiaba su presuntuosidad, sus revestimientos de falsa madera, el modo en que los mozos perdonaban la vida a los que, como Rímini, no eran clientes habituales. Lo había propuesto Sofía, y Rímini lo aceptó sin discutir,

con la misma despreocupación con que había aceptado llamarla para agradecerle el regalo y la misma magnanimidad, tan dócil y calculada, con que le había contestado que sí, que iría con Lucio, para que ella por fin pudiera conocerlo. Si Rímíni había concedido tanto era porque lo tenía todo, y porque sentía que cada concesión lo fortalecía. Pero ahora que Sofía no llegaba, toda su fortaleza, su inmunidad, su prestigio de padre, todo lo que, al separarlo de Sofía para siempre, pensaba, lo había liberado de la necesidad de escapar de ella –todo eso se volvía fatuo y ridículo, como los músculos y la resistencia y hasta la ropa nueva que luce el gimnasta cuando le comunican que la prueba para la que estuvo meses preparándose se ha suspendido. Rímíni sintió una ola de odio y miró a su alrededor, ávido de venganza. Miró otra vez el reloj: veintidós minutos. Una mujer brasileña lanzó una larga carcajada de fumadora y agitó sus pulseras de oro, que sonaron como cencerros; un convertible amarillo pasó a toda velocidad con el escape abierto; cerca, demasiado cerca, dos hombres en camisa azul, corbata y tiradores gritaban órdenes bursátiles a sus teléfonos celulares. Rímíni se llevó la taza de café a los labios y supo que lo encontraría tibio. No llegó a tomar; Lucio, con un manotazo eufórico, interceptó la taza a mitad de camino y la volcó sobre sus pantalones y su camisa. Rímíni se quedó inmóvil, mirando alternativamente las manchas que crecían en su ropa y la sonrisa extática de Lucio, que las señalaba con un asombro radiante. «Ya está», pensó, como si acabara de cruzar un límite, «vuelvo a fumar.» Vio al mozo que había convidado cigarrillos a la pareja de turistas y le hizo señas. Tenía ojos muy separados, como de tiburón, y una verruga en una mejilla. «¿La cuenta?», preguntó el mozo, mientras evaluaba con disimulo los daños de la ropa de Rímíni. «No», dijo Rímíni. «Quería un cigarrillo.» El mozo sacó un paquete del bolsillo de su chaleco, hizo asomar un cigarrillo sacudiendo apenas el paquete en el aire y lo inmovilizó cuando estuvo medio cuerpo afuera. Rímíni tendió una mano y lo pensó otra vez. Miró el reloj –veinticinco minutos–, dijo: «Sí, está bien: cóbreme.»

Prendió el cigarrillo y soltó el humo enseguida, como reservando el momento de tragarlo para más adelante, cuando el paladar y la lengua, después de un año y medio de castidad, ya hubieran vuelto a familiarizarse con su ardiente cosquilleo. Dio dos pitadas más, cortas; formando una O con la boca, exhaló una larga caravana de anillos que Lucio vio pasar ante sus ojos, primero atónito, como si descubriera una clase nueva de dibujo animado, después con una repentina hostilidad, decepcionado por la indiferencia con que lo trataban esas criaturas circulares, de modo que terminó ahuyentándolas con la mano. Rímíni se rió. Volvió a chupar el cigarrillo y soltó una nueva serie de anillos, apuntando esta vez a la cara del chico. Lucio frenó el primer contingente con la

palma abierta, donde los anillos reventaron; el segundo, ligeramente desviado, se deshizo contra el respaldo acolchado, y los dos siguientes le pegaron directamente en los ojos. Lucio apretó los párpados. Se desesperaba: los anillos de humo eran demasiado rápidos para que pudiera interceptarlos. En cinco segundos explota, pensó Rímini. Pitó una vez más; se prometió que sería la última, que después, por fin, tragaría el humo, y cuando empezaba a ahuecar la boca para fabricar la última ráfaga de disparos, una mano rápida y decidida irrumpió en su campo visual y, cruzándosele por delante, le arrancó limpiamente el cigarrillo de entre los dedos. «Qué crimen», dijo Sofía sentándose a su lado, entre él y el bebé, y aplastando el cigarrillo con el pie. Rímini siguió la operación; le llamó la atención que el botín de Sofía no estuviera atado con cordones sino con un trozo de sogá sucio que empezaba a deshilacharse. «Criminal, débil y estúpido, Rímini: ¡después de un año y medio sin tocar un cigarrillo!», se ensañó Sofía. Su antiguo estrabismo había recrudecido. Clavó los ojos en Lucio y comentó: «Así que éste es tu tesoro. ¿No me lo vas a presentar?» «Son las tres y veinticinco, Sofía», dijo Rímini. «Sí», contestó ella: «tuve algunos problemas de vestuario. Yo todavía me visto para verte.» Y, como dando por terminada la parte adulta del prólogo, se volvió hacia Lucio. «Hola, Lucio. Vos sabés quién soy, ¿no? Supongo que tu papá te habrá hablado de mí», dijo. El chico se limitó a mirarla con una vaga curiosidad. «Soy Sofía. So-fí-a», dijo, introduciendo un dedo manchado de tinta entre los deditos del chico y obligándolo a agarrárselo. «Soy la mujer que le enseñó a tu papá todo lo que sabe.» Se volvió hacia Rímini: «Shht. Un chiste, tonto. Un chiste tonto. No lo sobreprotejas: entiende perfectamente los chistes.» Giró de nuevo hacia Lucio, cuyos ojos viajaban de su cara a sus manos, a ese enorme dedo-tronco al que se abrazaban sus deditos-náufragos. Sofía estiró una mano hacia su cabeza, la mano tembló, corrió paralela a las finas hebras rubias, sin atreverse a tocarlas, y bajó por una mejilla que tampoco llegó a rozar. «Sos lindo», dijo. Lucio festejó que había recuperado su dedo hundiéndoselo en la nariz. «Lindo, blanquito. Y esquivo. Como tu papá. No puedo creer que te hayan puesto Lucio. Fue idea de ella, ¿no? Una idea triste de tu mami, ¿no? Decime la verdad, vamos. Mirá que a Sofía no se le puede mentir, ¿eh? ¿No me creés? Preguntale a tu papá, si no me creés.»

El mozo se acercó; Sofía lo ahuyentó sin hablar, sacudiendo una mano con desdén. «¿No vas a tomar nada?», preguntó Rímini. «Ni loca», dijo ella. «Este lugar es un robo.» Recogió su cartera del piso y quiso abrirla; el broche se le resistió. «¿Por qué me citaste acá, entonces?», dijo Rímini. «¿"Me citaste"?», repitió ella, un poco escandalizada. Lo miró con una piedad altiva. «¿Quién llamó a quién, Rímini?» Forcejeó un poco, logró abrir la cartera y sacó un

frasquito con glóbulos. «Yo», dijo él, «pero vos elegiste este lugar.» «Fue el único que se me ocurrió. ¿Es un crimen?» Hubo un segundo de silencio. «Estaba nerviosa. Además, si vos propusieras algo alguna vez no tendrías tantos motivos para quejarte.» Sofía abrió el frasquito, volcó cinco glóbulos en la tapa —la operación debía de haber emitido una señal secreta, sólo perceptible para la vista infantil, porque Lucio interrumpió lo que lo mantenía ocupado, tratar de meter un dedo dentro del ojal de su zapatilla derecha, ya ocupado por el cordón, para supervisarla con gran interés, completamente erguido en el cochecito— y después de contarlos se los volcó debajo de la lengua. «Seguís con sulphur?», dijo Rímini. Una vez más lo maravilló la concentración que Sofía ponía en un proceso —disolver los glóbulos en la saliva— que, químico como era, no la requería para nada. «Hm, hm», negó ella con la cabeza. Y a modo de explicación se inclinó junto a él y se señaló algo en su propia frente. Rímini sólo vio una espesa capa de maquillaje estriada por unas arrugas paralelas. «Qué», dijo. «Hm», repitió ella, y rascó apenas la zona con una uña —Rímini notó que había vuelto a mordisquearse las cutículas—: parte de la cobertura rosada se desprendió y asomó una cadena de granitos blancos, dispuestos de mayor a menor, como un disciplinado cordón montañoso. «Y te perdiste las aftas, millones. Toda mi boca era una gran llaga blanca», dijo Sofía. Dio por concluida la exhibición y se enderezó en la silla. «Pero ya está. Salir ya salió todo. Ahora *algo* tiene que entrar.»

Rímini sintió un escalofrío fugaz. Oyó ese *algo* y una campana vieja, cansada pero todavía alerta, retumbó en su corazón, alarmada por la desproporción que había entre la timidez de la palabra y la voracidad que acechaba tras ella. Algo, cerca, crujió. Quiso creer que era el asiento de mimbre de su silla. Ya era tarde. Rímini eludió la sombra ominosa de Sofía y buscó a Lucio con los ojos. Muchas veces lo había imaginado en peligro, a merced de una enfermedad, un enchufe diabólico o un perro con rabia, pero en todas esas escenas macabras Rímini siempre solía irrumpir sobre el final, cuando la tragedia era inminente, como los superhéroes de historieta que habían administrado sus emociones a lo largo de su infancia. Ahora, por primera vez, pensaba en su hijo como en alguien —el único— que podía salvarlo a él. Se dio cuenta de que estaba asustado. Lucio, que tomaba todas las expresiones de su padre como variantes de una sola, la torpe, inofensiva ternura, lo miró, infló las mejillas y lo roció con una salva de gotitas de saliva. Sofía propuso caminar y se levantó en el acto, como si la menor dilación le resultara intolerable. Rímini se quedó sentado, buscando la billetera para pagar, y cuando giró hacia ella vio, casi sin querer, que tenía descosido el forro de la pollera y dos grandes agujeros en las medias.

Dos cuadras más tarde, Sofía caminaba raspando las paredes con el costado del cuerpo. Había empezado a llorar. Era un tipo de llanto curiosísimo, que Rímini nunca había visto antes, ni en ella, durante los largos años que habían compartido juntos, ni en nadie: tenía la cara completamente seca y de golpe, en una hemorragia instantánea, estaba empapada en lágrimas. Lloraba y sonreía, desencajada. «No me hagas caso», dijo, escondiendo la boca tras un pañuelito como de muñeca, como si le faltaran dientes. «Soy un ser emocional. Te veo empujando ese cochecito... Tuviste un hijo con otra y sos un traidor. Un hijo de puta traidor. Pero ahora por lo menos sé que cuando te imaginaba como el padre de mis hijos no estaba equivocada. Te queda bien ser padre.» Llegaron a una bocacalle. Rímini detuvo el cochecito en el borde del cordón de la vereda, suspendió en el aire las ruedas delanteras y bajó deslizándolo sobre las traseras. Sofía aplaudió su pericia mientras se lanzaba a cruzar la calle. Rímini vio con el rabllo del ojo la trompa de un bólido amarillo y negro asomando por la cuesta de Ayacucho, pero no hizo más que abrir la boca. Una mujer que cruzaba a la par de Sofía la retuvo de un brazo con suavidad, sin sobresaltarla. El taxi pasó a medio metro, haciendo sonar una larga bocina de reprobación, sin que Sofía se diera por aludida. Cruzaron. El ángel guardián de Sofía se adelantó, giró con disimulo y fulminó a Rímini con una rápida mirada acusadora. Rímini miró su reloj y se sintió en peligro. Tenía por delante — cuánto: ¿quince minutos? ¿Media hora de tortura? Pero se volvió hacia Sofía, la vio revolotear alrededor del coche, acercarse y alejarse de Lucio, desaparecer de su vista y sorprenderlo de golpe, pellizcarle un pie, la panza, una mejilla, y se avergonzó de tener miedo. Ahora Sofía hundía un dedo en el ombligo de Lucio y le arrancaba carcajadas. «Quizá, después de todo...», se dijo, reconfortado por una oleada de optimismo Pensó en su rigidez, en cómo le costaba admitir que los accidentes de las cosas participaban de las cosas y que la lógica de las cosas era la discontinuidad, el vaivén, la alternancia rítmica de momentos accidentales más o menos arbitrarios y momentos de estabilidad más o menos predecibles. Quizá, después de todo, del otro lado de lo que él llamaba «tortura» hubiera siempre otra cosa, no más tortura, como tendía a pensar, preso en la creencia de que el movimiento interno de las cosas sólo obedecía a dos parámetros, disminución e incremento, sino, por ejemplo, remansos de sosiego y felicidad, escenas bucólicas, epifanías de una armonía escandalosamente burguesa, como las que ahora veía. Se reanimó. «¿Tomamos un helado?», propuso con énfasis, con el ímpetu teatral, un poco desubicado, con que siempre trataba de compensar su falta de iniciativa. Sofía sacudía un manajo de llaves entre las manos desesperadas de Lucio. «Podemos sentarnos acá, en la vereda...», agregó. Sofía frunció el ceño y miró su reloj. «¿Tenés que hacer?», preguntó él.

«Algo...», murmuró ella, perdida, mientras Lucio, triunfal, tironeaba de la llave que había conseguido atrapar. Una idea, de pronto, pareció alentarla. «Salvo que me lleves», dijo. «¿Para dónde vas, después?» «A casa», dijo él. «¿Tomás un taxi?» «Supongo que sí», dijo él, algo desconcertado. «Entonces sí», dijo ella, y sonrió y pegó un tirón a las llaves, y Lucio quedó con las manos juntas y extendidas hacia ella, en una pose de súplica o de veneración, como adorando a un dios ausente.

La heladería estaba vacía. Rímini quiso invitar. Sofía vaciló entre formatos y precios mientras el cajero, un hombre comprensivo, con un moderado instinto musical, tamborileaba sobre las teclas de la registradora. Se decidió por un vasito intermedio, pero unos segundos después, enfrentada con el tablero de sabores, la variedad, aunque reavivó el fantasma de la indecisión, pareció infundirle cierta lucidez retrospectiva y se arrepintió, y Rímini terminó cediéndole su cucurucho. Eran los únicos clientes, de modo que los atendieron al mismo tiempo. Pero cuando Rímini decapitó su cumbre de limón con el canto de su cucharita de plástico, Sofía todavía estaba con las manos vacías, ensimismada en su cuarto o quinto dilema –crema rusa o sambayón–, y el empleado de la heladería la contemplaba con una paciencia profesional, las dos manos apoyadas en el mostrador de aluminio donde los tambores, que Sofía le había hecho destapar uno por uno, ofrecían una paleta de acuarelas comestibles. «Ay, no sé», dijo, y se volvió hacia Rímini y miró su helado. «Vos qué pediste.» «Limón», dijo Rímini. «¿Limón solo?», dijo ella, lamiendo de costado la ladera que Rímini se reservaba para más tarde. «Sí.» «Cierto que eras aburridísimo para los helados», dijo ella, y volvió a girar hacia el empleado y dijo: «Limón. Limón solo, por favor.» Se sentaron afuera, al sol. Rímini terminó su helado primero, como de costumbre. No era un problema de voracidad; de hecho, nadie que comiera con él percibía *durante* la comida la velocidad con que liquidaba su plato. Era más bien una constatación retrospectiva: en un momento lo veían relamerse, dejar su servilleta sobre la mesa o cruzar los cubiertos en el plato, y se daban cuenta de que, además de hablar, Rímini había comido, y que por cada bocado que ellos se llevaban a la boca él debía de haberse llevado como mínimo tres. Rímini se levantó para tirar las servilletas con que había limpiado la boca de Lucio, en cuyo planeta lingüístico, al parecer, tragar y escupir pertenecían a una nueva raza de sinónimos. Calculó –vieja deformación sentimental– en qué fase del helado estaría Sofía, y cuando echó el vistazo de rigor, fugaz pero certero, vio que estaba intacto: tenía la misma forma con que lo habían servido, pero el sol, al derretirlo lentamente, lo había empequeñecido, transformándolo en un helado liliputiense. Hilos de limón líquido brillaban en la mano de Sofía y le

pegoteaban el puño de la camisa, la manga del abrigo, la pollera, pero todo eso parecía suceder lejos, muy lejos de ella. Estaba inmóvil, rígida como una inválida; la mano con la que sostenía el helado parecía de piedra. «¿No comés?», preguntó Rímini, pensando que interpelarla con una trivialidad, como aconsejan hacer con los sonámbulos, la sacaría del trance sin violentarla. Sofía parpadeó, sacudió un poco la cabeza, miró azorada, como si lo viera por primera vez, el cono de limón que se le iba licuando en la mano, y se lo llevó a la boca con un gesto automático, resto de una costumbre que alguna vez, en otra vida, había sabido practicar a conciencia. Pero falló, y el helado chocó contra un costado de la boca y le dejó un copo que se mantuvo allí un instante, destellando al sol, inestable, hasta que empezó a chorrear hacia el mentón. Rímini estiró una mano y detuvo con un dedo la estela de limón. Entonces Sofía sonrió con una felicidad instantánea –la sonrisa de una bella durmiente que despiertan el deseo o el rencor– e interceptó su mano justo cuando él trataba de retirarla. «Pensaba...», empezó a decir ella, pero como hacía rato que no hablaba la voz le salió opaca y áspera, irreconocible, y se detuvo para aclararse la garganta. «¿Te acordás a qué hora nació Lucio?», dijo. «A la madrugada», dijo Rímini. «Pero cuándo. A qué hora», se impacientó ella. «A las dos y veinte de la mañana.» «Lo sabía», dijo, triunfal. «Qué», dijo Rímini. «Frida murió a esa misma hora.»

Entonces se reanudó la estación del sollozo, y el pañuelito bordado reapareció, con los restos de lágrimas y mocos que había enjugado durante la crisis anterior, y el llanto llamó al hipo y el hipo al atragantamiento y a la tos, y de pronto Rímini se encontró palmeando la espalda encorvada de Sofía, primero con una mano, luego con las dos, menos para consolarla que para frenar el porvenir convulso que veía acercarse, mientras sentía que un ejército de nubes amenazantes encapotaba la tarde –nubes más bien personales, porque el sol, aunque debilitado por la hora, seguía brillando y el cielo seguía sin una mancha. Lucio, en un misterioso raptó de euforia, festejaba la apoteosis de lágrimas aporreando con sus manos el travesaño acolchado del cochecito. Rímini, queriendo aliviarla, trató de hacerla entrar en razón. Con minuciosa frialdad, como un cirujano, descompuso esa coincidencia en un puñado de elementos banales, completamente intrascendentes, creyendo que así neutralizaría su dramatismo, pero sus argumentos se estrellaron uno tras otro contra la cortina de llanto que velaba los ojos de Sofía. Entonces recordó una frase: *No pretendas convencerme de que no sufro*. Un clásico de Sofía: una de esas esquivas que el amor escupe y deja clavadas en un órgano al que sólo él tiene acceso, de modo que sobreviven a todo, incluso a la extinción del amor, y pasan a ser esenciales para el organismo donde se incrustaron, a tal punto que

nadie podría retirarlas sin poner en peligro la vida de su portador. Cambió de táctica y decidió distraerla. Porque hay estados del alma tan incandescentes que abordarlos es simplemente renovar su ardor y arder, alimentar su capacidad de fuego y dañarse; sólo es posible entonces apartar la mirada, mirar otra cosa, hacer de cuenta que todavía queda algo en el mundo que las llamas no han consumido, hasta que el tiempo, única fuerza realmente invulnerable, capaz de afectar sin ser afectada, haga su trabajo y lo que era llama o brasa viva sea por fin el eco débil de un calor, una ceniza inofensiva.

Rímini logró que renunciara al helado, a esa repulsiva pulpa pegajosa en la que el helado se había convertido, y estuvo a punto de hacerla reír cuando fue a tirarlo y sacudió la mano y el helado, impasible, se le quedó pegado a los dedos como un chasco. Sofía se distendió, y Rímini aprovechó y dijo que tenía frío y la obligó a levantarse del banco y a seguir caminando, con el pretexto de mostrarle algún hallazgo arquitectónico del barrio que le gustaba particularmente. Sofía no aceptó, pero tampoco opuso resistencia. Su cara volvía a secarse con esa rapidez escalofriante. Hasta que apoyó una mano en el manubrio del cochecito y preguntó: «¿Me dejás llevarlo un poco a mí?» Rímini la oyó y sintió que resucitaba. «Sí, claro», dijo. Y después de un silencio: «Tengo que practicar», dijo Sofía. Lo miró con descaro, buscando confirmar en su cara el efecto de la frase. Rímini sonrió y apartó los ojos, pero al cabo de unos segundos se puso a observarla disimuladamente, sin que ella lo notara. Era como un milagro: estaba restaurada; caminaba muy erguida, la cabeza en alto, con una elegancia desafiante. «Es fácil», dijo ella. «¿Qué tal me queda?» Rímini sonrió otra vez, pero no contestó. En cambio Lucio giró, quedó de pie en el cochecito, preso del cinturón de seguridad que le gustaba mellar con el filo de sus encías, y aprobó con una amplia sonrisa a su nuevo chofer. Sofía acercó su nariz a la de Lucio. «¿Eh? ¿Bebé? ¿Cómo me queda? ¿No cierto que bien?», dijo, mientras le proponía un toque de esgrima nasal. Pero Lucio tenía serios problemas de reciprocidad: devolverle algo era desanimarlo. De modo que ignoró la oferta de juego y complicidad y se desplomó en su trono sembrado de migas. Rímini, que se sentía responsable de la resurrección de Sofía, se animó a ir un poco más lejos. «¿Cómo va todo con tu alemán?», preguntó. «Mi alemán», repitió ella, riéndose. «¿Cómo se llamaba? ¿Kurt? ¿Karl?» «Rímini.» «Qué.» «Es el primer hombre con el que estoy desde que nos separamos y no te acordás cómo se llama.» «¿Está mal?» «No, mal no», dijo Sofía, «no te creo.» Hubo un silencio. Se cruzaron con otro cochecito, y Lucio y su colega, un bebé gordo que chupaba con fruición la oreja roída de un oso con tiradores, se siguieron atentamente con la mirada mientras se alejaban, como evaluando si la amistad que estaban desechando valía o no la pena. «¿Kantor?», arriesgó

Rímini. «Konrad», dijo Sofía. «Bueno: con ka era», se defendió él. «Sigue siendo alemán, pero me temo que ya no es más mío. Si es que alguna vez lo fue, claro.» Rímini se maldijo —había abierto la puerta equivocada. Pero la madurez meditada con que Sofía había empezado a hablar del asunto lo tranquilizó, y en vez de retroceder dio otro paso adelante. «¿Se separaron?» «No exactamente. Nadie "se separa", Rímini. Las personas se abandonan. Ésa es la verdad, la verdad verdadera. El amor podrá ser recíproco, pero el fin del amor no, nunca. Los siameses se separan. Y no, tampoco: porque solos no pueden. Los tiene que separar otro, un tercero: un cirujano, que corta por el medio el órgano o el miembro o la membrana que los une con un bisturí y derrama sangre y la mayoría de las veces, dicho sea de paso, mata, mata a uno, por lo menos, y condena al otro, al sobreviviente, a una especie de duelo eterno, porque la parte del cuerpo por la que estaba unido al otro queda sensibilizada y duele, duele siempre, y se encarga de recordarle siempre que no está ni va a estar nunca completo, que eso que le sacaron nunca podrá volver a tenerlo.»

Siguieron caminando en silencio. Sofía suspiró: había hablado muy rápido, casi sin respirar, como el que debe subir una cuesta empinada y, en vez de dosificar sus energías, las invierte todas en una última atropellada. Rímini no se atrevía a mirarla, abochornado, una vez más, por la frivolidad a la que se sentía condenado cada vez que ella le exhibía su densidad emocional. «No sé qué me sorprende», dijo Sofía, más apaciguada, como si una lluvia hubiera caído sobre las llamas de su dolor. «Después de todo hizo lo mismo que vos: aprendió lo que tenía que aprender y se fue, hecho todo un hombre. Un hombre encantador, sensible, curioso, apasionado, que ya estará aprovechando, supongo, alguna alemana inmunda, con matas de pelos en las axilas y sandalias con medias. Pero no me quejo. Es así. Es mi misión en el mundo: inventar, descubrir, embellecer personas... para que las disfruten otros. Es lo que hago con mis enfermos. Llegan a mí inválidos, paralizados, desahuciados por los médicos, y se van felices, caminando. A sus propios familiares les cuesta reconocerlos. Es lo mismo pero con hombres. Esos hombres que las mujeres detectan, seducen, encierran en departamentitos de tres ambientes y convierten en padres de familia, esos hombres que después, con el tiempo, se dan cuenta de que esas mujeres con las que estuvieron toda una vida son unas perfectas extrañas y nunca supieron nada de ellos, nunca, nada, empezando por lo básico, quiénes eran, ellos, quiénes eran *de verdad*, qué los hacía felices, qué los enfermaba, qué los enloquecía de alegría, de qué querían escaparse, con qué paraísos soñaban, y entonces se mueren, y el médico dice "infarto" o "aneurisma", pero en realidad se mueren de amargura... A esos hombres, Rímini, a esos hombres como vos, yo los *veo*. Los veo, y de sólo verlos los *abro*

por el medio, como esos filipinos que operan sin tocar, y les miro el corazón así, a esta distancia, y les leo *todo*, entendés, una por una, todas las heridas y las cicatrices que tienen, las grandes, las que son irreparables, y las que casi no se ven, y también leo todo lo que ese corazón es capaz de hacer, todo lo que ni él, él menos que nadie, en realidad, sospecha que puede hacer, y entonces les digo lo que veo, o no, se los muestro (porque los pobrecitos rajan si les decís las cosas), y entonces, zas, se enamoran de mí, se enamoran perdidamente, y yo de ellos, y cuando empiezan a darse cuenta de que lo que les mostré está ahí, adelante de ellos, adentro de ellos, entonces creen que entienden de qué se enamoraron realmente, no de mí, por supuesto, sino de mi poder, de mi ojo filipino, de mi capacidad de curarlos, y entonces, curados, espléndidos, se van, mucho más guapos que cuando los encontré, rejuvenecidos, en perfectas condiciones para ser felices. Y sin mí, por supuesto.»

Dejaron pasar un auto oscuro, interminable, que salía de una playa barriendo una cortina de flecos de plástico mientras el hombre al volante levantaba su ventanilla. Rímini sintió una ráfaga dulzona, como de jabón barato, que escapaba del interior. «Es así», dijo Sofía. «Y tal vez no esté mal que sea así. No sé si hubiera querido estar siempre con Konrad. Ni siquiera con vos. Yo también me canso. Tratar gente con problemas es difícil. Tratar hombres es sobrehumano. Es como lavar una puerta vieja, viejísima. Hay que ablandar una capa de pintura, después otra, después otra, y otra, y otra, con mucha delicadeza, porque la menor brusquedad puede arruinarlo todo, y sobre todo porque si hay algo de lo que los hombres están orgullosos es justamente de eso, eso que ellos llaman "experiencia", esas capas y capas de pintura vieja, seca, podrida, llena de hongos y de moho, que hay que disolver con mucha paciencia para que al final, después de *años* de trabajo, queden como nacieron: desnudos. Y ahí, cuando todo podría empezar otra vez, de cero, bien, y cuando yo por fin podría descansar, ahí empieza lo peor, lo verdaderamente titánico. Porque, desnudos, los hombres son débiles, inocentes, desvalidos, torpes. Son como animales que no tienen piel: cualquier cosa puede matarlos. De modo que hay que abrazarlos con mucha delicadeza para no lastimarlos, porque tienen el cuerpo muy frágil y son muy asustadizos, y hay que tranquilizarlos, y ayudarlos a levantarse, y mostrarles que sí, que pueden, que pueden caminar y que...» Sofía enmudeció. Alzó un poco el mentón, distraída o muy concentrada, como si tratara de reconocer algo en el aire o una música secreta hubiera irrumpido en su cabeza. Rímini la miró, vio el reflejo de un cartel de neón verde parpadear en su cara, que las lágrimas habían estragado, y se dio cuenta de que anochecía. El frío lo estremeció. Vio las piernas desnudas de Lucio y tuvo miedo de que se enfermara. Iba a decir algo, pero Sofía tendió una mano

hacia él y lo acarició con los nudillos y le dijo: «¿No quieres coger conmigo?» Su voz era de una suavidad casi inhumana. Rímini se rió. «Coger. Ahora, acá. Mirá. ¿Ves? Esto es un hotel», dijo Sofía. «Dale. Un polvo. Un polvo rápido. Subimos, cogemos y listo. Nos despedimos. No quiere decir nada, no tengas miedo. Estoy tan caliente. Hace mucho que no tengo una pija adentro. Estoy tan caliente que me duelen los ovarios. Mirá», le tomó una mano y se la apoyó en el pubis. «Sentí. ¿Sentís cómo late? Un polvo, nada más. Me la metés, me acabás adentro y listo. Te lo pido por favor. Por lo que más quieras.» Rímini sintió vértigo —ni deseo ni rechazo, una especie de movimiento inmóvil hecho de dos fuerzas antagónicas —crecer y achicarse, avanzar y retroceder, subir y bajar: la misma extrañeza que lo asaltaba de chico en medio de la noche, cuando algo lo despertaba y se descubría sentado en una cama inmensa, oceánica, diseñada por un carpintero expresionista fanático de la falsa escuadra— que lo trabajaban al mismo tiempo, y sintió a Sofía temblar a través de sus dedos, que ella mantenía apretados suavemente contra su cuerpo. Y de golpe una idea feroz se le impuso, tan drástica y tan descarnada que no parecía pensada por él sino lanzada desde algún cielo remoto por una inteligencia monstruosa: *acostarme con esta muerta para liberarme para siempre de ella*. Y cuando pudo reaccionar se encontró subiendo en un ascensor estrecho, sofocado de calor, con Lucio en brazos y el cochecito de pie, plegado a las apuradas, y después de acostumbrar sus ojos a la penumbra, a la pecaminosa bruma roja que bajaba del techo, Rímini reconoció en el espejo la cara de Sofía, que miraba muy concentrada la alfombra, y la de Lucio, blanca y sonriente, flotando como una perla inocente en la ciénaga de una pesadilla. El ascensor se detuvo. Sofía abrió la puerta, salió al pasillo y buscó en alguna puerta la réplica del número de la llave que tenía en la mano. Rímini asomó medio cuerpo al pasillo, lo suficiente para que Lucio, que volvía a ver a Sofía pero en un decorado nuevo, celebrara el reencuentro con una salva de explosiones bucales. Quiso salir; una rueda del cochecito se atoró con la puerta y lo obligó a demorarse. Lucio se alarmó por la desaparición de Sofía y la reclamó con vehemencia, golpeándolo en la cabeza y los ojos con sus manitos abiertas. Rímini tuvo que trabajar a ciegas, forcejeando con la puerta y la rueda rebelde y el mecanismo insondable del cochecito que, sacudido una y otra vez por su impaciente brutalidad, se abrió de golpe con una elegancia altiva y ocupó todo el espacio con su esqueleto articulado.

Alguien, abajo, reclamaba el ascensor. Rímini volvió a asomarse al pasillo mientras trataba de liberar su tobillo de la trampa de hierro y plástico que se lo había tragado. Vio a Sofía aparecer al final del pasillo y la obligó a acercarse con gestos desesperados. Cuando vio cuál era el problema lanzó una carcajada

larga, desdeñosa, que quedó retumbando unos segundos en el pasillo. Forcejearon juntos, él sudando, convencido de que si la situación se prolongaba unos segundos más enloquecería por completo, ella fuera de sí, embriagada por su propia risa, hasta que, ensañada con una articulación particularmente renuente del cochecito, se agarró un dedo y gritó de dolor y se desquitó pateando con furia una rueda ante los ojos asustados de Lucio. Una mucama cargada con una pila de toallas blancas apareció en el pasillo y pasó lentamente ante ellos, mirándolos con un estupor interminable. Abajo, unos nudillos impacientes golpearon la puerta de metal. Arrastrándola de un brazo, Rímini obligó a Sofía a meterse en el ascensor y apretó el botón de la planta baja con el codo. Había tan poco lugar que bajaron casi abrazados. Sofía se reía y le soplabla su aliento en el cuello, en la mejilla derecha, en la boca. «Basta, Sofía, por favor», le pidió él. Nunca una risa lo había humillado tanto. Volvió a pedirselo una vez más y después, como no paraba, le pegó un golpe seco con la mano abierta, una de esas cachetadas planas, compasivas, que se usan para cortar ataques de nervios y reanimar borrachos. Sofía quedó con la boca abierta, menos por el dolor que por la sorpresa, y cuando llegaron abajo y abrieron la puerta, como quien vuelve a respirar después de haber estado mucho tiempo bajo el agua, escupió una última bocanada de risa sobre la pareja que esperaba el ascensor entre una selva de helechos iluminados de verde.

Salieron a la calle a los tumbos, como prófugos de un asalto de comedia. Rímini apareció primero; cargaba el cuerpo de Lucio bajo una axila, y remolcaba el cochecito de una rueda, arrastrando el manubrio por el piso, como a un muerto. Bajó a la calle a parar un taxi. Sofía siguió riéndose contra la pared del hotel, el cuerpo inclinado hacia adelante, como si fuera a vomitar, hasta que en un momento, de golpe, se aquietó. Mientras vigilaba la calle con un ojo, Rímini, con el otro, la vio agacharse, barrer la pared con la espalda, acuclillarse y abrir las piernas y entregarse sonriendo al alivio de una cálida y larga meada que fue goteando despacio, filtrada por la bombacha, y que las delgadas vetas de las baldosas encarrilaron hasta la calle. Un viejo 504 frenó junto a él y esperó vibrando, envuelto en una nube de olor a combustible. En otro momento lo habría descartado; ahora no estaba en condiciones de elegir. Abrió la puerta, reprimió una última sublevación del cochecito, y, después de plantarlo entre el asiento trasero y el respaldo del asiento del chofer, se zambulló en el taxi sin la menor compostura, como si huyera de una explosión atómica, apretando a Lucio contra su pecho. La puerta quedó abierta; Rímini se había sentado en el extremo opuesto del asiento, demasiado lejos, de modo que tuvo que esperar que el taxista alargara un brazo para cerrarla, y en ese intervalo giró la cabeza y miró a Sofía creyendo que era la última vez —

prometiéndose que sería la última vez. La vio incorporarse lentamente, como si la escena fuera el reverso perfecto del último recuerdo que conservaba de ella, y, una vez de pie, dar un paso atontado hacia la calle, hacia él, probablemente hacia Lucio, que la señalaba con un dedo regocijado mientras miraba a su padre, como esperando un veredicto. Sofía sonreía con dulzura, la dulzura de los cansados o los moribundos, cuyos músculos se fijan en una expresión que ya no abandonarán, porque ya no son capaces del esfuerzo que les exigiría reemplazarla por otra. Fue hacia el auto, y mientras el taxista tanteaba el picaporte de la puerta para cerrarla, Rímini la vio dar un mal paso, trastabillar y *mirarlo*, mirarlo a los ojos, al mismo tiempo que toda la dignidad de su porte, que un segundo antes parecía sólida, de una pieza, crujió y se desmoronaba. Ser mirado justo ahí, en pleno derrumbe —no estaba preparado para eso. No era en la histeria, ni la coquetería, ni el despecho, ni el instinto maternal, ni en ninguna de las propiedades que el mundo unánimemente les atribuía, donde Rímini reconocía la verdad profunda que las mujeres encarnaban para él, sino en ese punto clave, de una precisión tragicómica —un traspie, un mal movimiento, un desliz de maquillaje—, en el que toda la capacidad de hechizar que tenían era como dinamitada por el ridículo y quedaba reducida a cenizas. O quizás esas caídas, en realidad, no expresaran tanto la verdad de las mujeres como la del efecto que ejercían sobre él, ese rarísimo diferencial que con la velocidad de un gag lo hacía pasar de una forma de sujeción a otra: de la devoción que inspiran las divinidades a la piedad desolada que despiertan cuando se las descubre desparramadas en el piso, con la pollera alzada, las piernas abiertas, las rodillas ensangrentadas y el cuero nuevo de los zapatos mancillado por una raspadura. Rímini la vio trastabillar, Sofía lo vio verla, y algo en los ojos de ella, no hostilidad, porque estaba demasiado ocupada en sobrevivir al traspie para dar cauce a una emoción tan exigente, sino algo más impuro, una mezcla de desnudez y dolor, de llaga y vergüenza, volvió a dejar en él la marca ardiente que le habían impreso todas y cada una de las mujeres a las que alguna vez había sorprendido desmoronándose: la impresión de haber sido testigo de algo que no debía ver.

«Espere», ordenó Rímini, y detuvo la mano del taxista antes de que cerrara la puerta. A mitad de camino entre el hotel y la calle —Rímini leyó el nombre grabado en cursiva en una placa imitación mármol: *L'Interdit*—, Sofía había flexionado una pierna delante de la otra y verificaba algo en el taco de su zapato derecho. «Subí», le gritó Rímini, abriendo de un empujón la puerta del taxi. Sofía prolongó la inspección unos segundos —inútil: el taco estaba sano, y la inspección no tenía otro sentido que transferir al zapato la culpa de su tropiezo. Finalmente subió, mientras rumiaba una vaga represalia contra la

zapatería o la marca, y al oír la dirección que daba Rímini —«Bulnes y Beruti, por favor»— corrigió: «Honduras al 3100.» «Ah», dijo Rímini. Estaba sorprendido, pero no pensaba renunciar a la prudencia. «¿Cuando te llamé no te llamé a Bulnes?», dijo. «Me toman los mensajes. Pero hace meses que ya no vivo ahí. Me desalojaron mientras estaba en Alemania. El dueño vendió el departamento y tenía que entregarlo enseguida, y como yo iba a seguir afuera unos meses sacó todas mis cosas y las metió en un depósito en Barracas que dos semanas después se inundó con una sudestada. Debo de ser la primera persona a la que desalojan simultáneamente en los dos hemisferios: mientras Konrad y la canalla de su tía me denunciaban a Migraciones (mi visa de turista había vencido hacía treinta días), mis muebles flotaban y se pudrían en un sótano lleno de agua por la módica suma de doscientos cincuenta pesos mensuales que el dueño de Bulnes encima pretendía que pagara yo.» Hizo una pausa; pareció revisar su calvario en el cristal de la ventanilla. «Mejor», dijo después. «Me ayudó a deshacerme de muchas cosas. Basura, trastos, todas esas porquerías que una arrastra. Es lo bueno de las desgracias: te obligan a reordenar totalmente tus prioridades. Y conseguí Honduras, que tiene mil veces mejor vista.» Se volvió hacia Rímini. «¿No querés subir?», preguntó. Rímini la miró sin decir nada. Fue suficiente para disuadirla. «No, cierto que es tarde», dijo ella, como pensando en voz alta.

Viajaron unas cuadas en silencio. Parados en un semáforo, Rímini clavó los ojos en un kiosco y pensó que si no fumaba iba a tener un ataque al corazón. Antes, cuando fumaba, las ganas de fumar, por intensas que fueran, siempre tenían el carácter lento y parsimonioso de un lujo. Ahora, después de un año y medio de abstinencia, eran imperiosas como la sed, el hambre o el miedo. Sofía se acomodó en el asiento, como relajándose, y acarició suavemente la cabeza de Lucio, que miraba callado, casi dormido, por la ventanilla. «Ah», dijo de pronto. «A que no sabés a quién vi en Alemania. A Pierre-Gilles.» Rímini pensó que hablaba en broma y la miró. Sofía desvió la cara, buscó algo afuera, en la calle, algo que no encontró, y se volvió hacia él y con los ojos sobrevoló su rostro rápido, muy por encima, como si no lo considerara lo suficientemente digno como para aterrizar y quedarse en él. «¿Lo viste?», le preguntó él. Sofía asintió con la cabeza. «Por la tele, una noche.» «Pensé que había muerto.» «No sé», dijo ella. «Puede ser. ¿Cómo saberlo? Todo lo que aparece por televisión podría estar muerto. En todo caso se lo veía espléndido. Mejor que vos y que yo. Le daban un premio.» «¿De qué?» «No sé. El programa era en alemán, no entendí muy bien. Creo que es productor de cine.» «Productor de cine», repitió Rímini en voz baja. Un poco perplejo, trató de hacer coincidir la silueta del psicótico que había atentado contra el *Spectre's*

portrait con el próspero desconocido que Sofía acababa de introducir en su imaginación. «Es así, Rímini», dijo Sofía, «uno muere, el otro rejuvenece. Rejuvenece y ocupa el lugar del muerto y respira y come y mira y goza por dos. Doble ración de todo. Sobrevivientes, usurpadores. ¿Qué diferencia hay? ¿Qué es el amor sino una forma de la selección natural?» Sofía se inclinó y gesticuló junto a la cara del taxista, confiándole unos atajos que acortarían el camino. Se dio cuenta de que podía verse en el espejo retrovisor y se tocó el borde inferior de los párpados, todavía inflamados. «Yo estaba en la pensión, sabés, en la cocina (la tía tortillera había ido a una de sus reuniones semanales en el consejo vecinal, donde desde hacía meses promovía la idea de bautizar una cortada del barrio con el nombre de su perro muerto, *Kimstrasse*, o algo por el estilo), la tele estaba prendida en el comedor (gente hablando en alemán y, cada tanto, algunas salvas de aplausos) y de golpe oigo unos versos... No lo vas a poder creer. Fue como una alucinación, Rímini.» Alzó los ojos al techo, se mordió un labio. «*Voici de quoi est fait le chant de l'amour*», recitó. «No: *Le chant symphonique de l'amour / Il y a le chant de l'amour de jadis / Le bruit des baisers e'perdus des amants illustres...* ¿Te acordás?» No esperó respuesta, siguió. «*Les cris d'amour des violées, des mortelles violées par les dieux / Il y a aussi les cris d'amour des félins dans les na na na na...* Fui corriendo al comedor y ahí estaba. Era él, Pierre-Gilles, con una estatuilla en la mano, una especie de cilindro terminado en punta, como una gran pija de oro (se veía mal: la avara de la tía decía que la televisión por cable era el demonio), Pierre-Gilles recitando *Les vagues de la mer où naît la vie et la beauté...* ¿No es increíble?» Rímini la miró, sonrió débilmente y desvió los ojos. Sofía se quedó mirándolo fijo, expectante. «Te acordás, ¿no?», dijo. «Sí, sí», dijo Rímini, casi en tono de protesta, «pero...» «Pero no entendés nada.» Rímini suspiró. «No reconocés lo que escuchás», dijo Sofía. «Son ruidos. Chino. Es cierto, entonces.» Se calló un segundo mientras abría los ojos y lo miraba con una mezcla de alarma, curiosidad y excitación, como si el portento que acababa de comprobar pudiera impresionar a cualquiera menos a ella, la única que estaba en poder de su secreto. «Lo del «Alzheimer lingüístico»», dijo: «es cierto.» ¿Cómo lo sabía? Rímini tragó saliva y ensayó una mueca de despreocupación. «Bueno, Alzheimer. Es una palabra un poco dura, ¿no?» «Es la que usás vos, según tengo entendido», dijo Sofía. Rímini quiso seguir fingiendo, pero no pudo. «¿Cómo sabés?», dijo, muy alterado. «¿Me espías? ¿Pagás para que te pasen información? ¿Me pinchaste el teléfono?» Hubo un silencio. Lucio aprovechó para desperezarse; arqueó el cuerpo, estiró al máximo los brazos y, después de apoyar la cabeza contra el pecho de Rímini, clavó en él unos ojos rígidos, muy abiertos. Rímini, como era previsible, ya estaba arrepentido. Cualquier reacción pasional era un peligro: en un segundo podía

revertir todo el progreso acumulado hasta ese momento. «Y qué pensás hacer», dijo Sofía. «Digo: además de enojarte conmigo. Porque estás en problemas, ¿no? ¿Tenés trabajo, por ejemplo?» «No mucho», mintió él. «Igual ya estaba cansado de traducir. A Carmen le va bien, así que decidí tomarme un año sabático.» Rímini esperó. Vio temblar su coartada en el aire y rogó que resistiera. Sofía dejó pasar unos segundos. «Debés estar feliz», dijo por fin. «Se te cumplió el sueño.» «¿El sueño?» «Ser un gigoló. Era una de tus fantasías, ¿no?» Rímini no pudo reprimir una sonrisa. «Farsante», dijo ella golpeándole un brazo, «¿te creés que soy idiota? Sos vos el que tiene Alzheimer, no yo. Yo me acuerdo de todo.» «Ya sé», dijo él, «y nunca entendí cómo hacés para no cansarte.» «Quién te dijo. A veces no doy más. Por ejemplo, cuando me doy cuenta de que soy la única. De que a mi alrededor todo el mundo se da el lujo de olvidar porque saben que estoy yo. Los tranquilizo: saben que si estoy yo las cosas no se pierden. Soy una especie de archivo biológico. Entre paréntesis, ¿sabés qué fue lo único que no se arruinó con la inundación?» «No tengo idea», dijo Rímini, mientras su dedo índice bajaba por el tabique de la nariz de Lucio, saltaba al vacío y aterrizaba sano y salvo en la suave zanja que había entre los labios. «Adiviná», dijo ella. «No sé: ni siquiera sé qué cosas tenías...» «*¿Adivinar, Rímini!*», lo interrumpió ella con dureza. «Para adivinar no hay que saber. Adivinar es *lo contrario* de saber.» «No sé: ¿la ropa?», arriesgó él. «La ropa», repitió ella pensativa, como evaluando la respuesta en una mesa de examen. «Supongamos que fuera la ropa», concedió, resignada. «Supongamos que se arruinaron los sillones, los libros, las luces, los cuadros, las cortinas, las sábanas, y que lo único que se salvó fue la ropa. Si fuera así, querido mío, ¿me querés decir para qué mierdas te lo voy a comentar justamente a vos? ¿Qué podrías decirme? ¿"Qué lástima"? ¿"Mirá vos"?» «No fue la ropa.» «No. Las fotos, Rímini. Esa colección de retratos de muertos con la que me condenaste a vivir desde que nos separamos. Las conté: son mil quinientas sesenta y cuatro. Sofía y Rímini en la rambla de Mar del Plata. Sofía y Rímini en la pensión Merano, recién despiertos, desayunando. Sofía y Rímini comiendo en La Cárcoya. Sofía y Rímini al lado de la Gioconda. Fue lo primero que vi cuando bajé al depósito de muebles: la caja enorme flotando en el agua, con las fotos adentro, intactas, como náufragos en una balsa.» Abrió la boca grande, como si le faltara el aire, y se puso a llorar. «Basta», dijo. «Se acabó, Rímini. Dejame en paz, por favor. Devolveme mi vida.»

Lloraba mirando hacia adelante, muy erguida, con la dignidad escalofriante de una condenada que rechaza toda conmiseración. Rímini se dio cuenta de que no buscaba consuelo, ni calor, ni comprensión, ni siquiera la satisfacción demencial por la que diez minutos antes habían pagado a medias

una habitación de hotel que no habían llegado a usar. No vio astucia, ni cálculo, ni seducción. Rímini sintió que por primera vez se enfrentaba con un deseo puro, completamente descarnado. Quería su vida de vuelta. Eso era todo. Y esa voluntad desnuda le resultó insoportable. Se sintió mal. Tuvo la impresión de que iba a vomitar. Entonces, sorteando la cabeza de Lucio, se inclinó hacia el asiento de adelante y le preguntó al taxista si no tenía un cigarrillo. Sofía se interpuso. «No», dijo, «ni se te ocurra. No le haga caso. No puede fumar.» «Igual no tengo», dijo sonriendo el taxista, «dejé hace dos años.» Rímini se ahogaba. Bajó la ventanilla y ladeó un poco la cara, de modo de recibir de frente el aire del anochecer, y cuando la primera ráfaga le pegó en la cara, congelando instantáneamente el sudor que la bañaba desde hacía dos minutos, Lucio se puso rígido, pateó con sus zapatillas azules el respaldo del asiento delantero y estalló en un sollozo largo y agudo. Aullaba entre dientes, como si mordiera su dolor, agitando los brazos como aspas frenéticas. Rímini lo alzó de las axilas, lo dio vuelta en el aire y vio que se frotaba un ojo con el puño cerrado. Le pidió al taxista que prendiera la luz. «Le debe haber entrado algo», dijo Sofía. Rímini lo examinó a la luz: estaba pálido, tenía los ojos envueltos por dos profundos círculos de sombra. «Está agotado», dijo Rímini. «¿Y si probás con el chupete?» «Es lo que estoy buscando», dijo él, molesto por el hecho de que ella lo hubiera sugerido antes que él, y se puso a buscar el chupete mientras sentía los diez surcos de fuego que las uñas de Lucio le cavaban en las mejillas. «Pará, Lucio, no», protestó. El ardor le llenó los ojos de lágrimas. Metió una mano en el cochecito y la retiró impregnada de restos de helado y migas viejas. Revisó sus bolsillos. Luchaba para librarse de las pelusas que revoloteaban alrededor de sus dedos, atraídas por el dulzor del helado, cuando Sofía hizo girar el deshilachado cordón celeste que colgaba del cuello de Lucio y el chupete reapareció, acomodándose entre el conejo y la ardilla que negociaban algo sobre el pecho de su remera. Rímini lo miró con desconfianza, dando por sentado que todo había sido una maniobra de Sofía, y atrajo a Lucio contra su cuerpo para ponérselo. «Esperá», dijo ella, y tomó el chupete con dos dedos, se lo metió en la boca —Lucio, consternado por la visión, dejó de llorar en el acto— y se puso a chuparlo lentamente, y después de unos segundos lo sacó limpio, reluciente, y lo acercó a la boca entreabierta del chico. «¿Puedo?», preguntó. Lucio giró hacia su padre y lo miró con aire expectante. Rímini asintió. Avergonzado, desvió los ojos y vio un kiosco que brillaba en la vereda de enfrente. «Pare», dijo. El taxista lo miró por el espejo retrovisor. «¡Pare acá!», gritó. Volvió a levantar a Lucio de las axilas y se lo alcanzó a Sofía. «Tomá. Tenelo», dijo. Lucio se acomodó sin protestar; la miraba fijo, como a una especie de diosa. «Hola, Lucio», dijo Sofía. Lucio se sacó el chupete y se lo

ofreció. Sofía negó con la cabeza y miró a Rímini sonriendo tristemente. «¿Y?», preguntó, posando con Lucio para una foto: «¿cómo me queda?» Pero Rímini ya bajaba y cruzaba la calle a la carrera, eludiendo con una destreza desafiante las trompas de los autos. Llegó hasta el kiosco, metió una mano en un bolsillo para buscar dinero y durante un segundo toda su cabeza se pobló de marcas de cigarrillos: la marca que fumaba su madre en la época en que él, a los trece años, acechaba sus sobremesas con el paquete y el encendedor listos, esperando el momento en que decidiera fumar un cigarrillo para prendérselo; la marca que fumaba su padre, importada, cuyos avisos prometían playas, veleros, fiordos y mil otras recompensas exóticas; la marca de cigarrillos negros con a que Rímini había debutado, en parte seducido por su estirpe francesa, en parte por el aura de virilidad pulmonar que conferían; la marca rubia en la que no tardó en caer, primero para «descansar», como se decía entonces, del efecto devastador de los cigarrillos negros, después, de manera un poco más irracional, emulando al Polanski de *El inquilino*, una de las pocas películas, además de *Rocco y sus hermanos*, que Rímini había visto con Sofía más de media docena de veces, que la pedía cada vez que entraba al bar de enfrente de su casa de París, capital del imperio del tabaco negro. Vio marcas, vio desfilar toda su vida entre marcas, y con una vaga sensación de angustia se preguntó qué iba a fumar ahora, después de un año y medio de abstinencia, como si en la elección de la marca estuviera cifrado su destino. Se dio cuenta de que ni siquiera sabía cuánto costaba un paquete de cigarrillos. Pidió Marlboro y una caja de fósforos, y el simple hecho de pronunciar de nuevo esa fórmula de años bastó para llenarle los pulmones de humo. El kiosquero —un gordo inmenso y lampiño que, sentado en un taburete giratorio, parecía dominar los exhibidores de su kiosco como si fueran prolongaciones de su cuerpo— abrió los brazos en señal de impotencia. «Cigarrillos nada», dijo. «Los distribuidores están de huelga y no entregan.» Rímini sonrió. Se quedó quieto, esperando que el otro le guiñara un ojo cómplice y escarbara en los casilleros de acrílico en busca de un paquete, pero levantó la vista y vio que todos estaban vacíos. Entonces, mientras el kiosquero, deslizándose en su taburete con ruedas, volvía al bar de paso que prolongaba el kiosco y sumergía una pinza de acero en una olla de agua hirviendo, Rímini, sin fuerzas, como si lo hubieran vaciado, se volvió hacia la calle, vio la suave llovizna que caía sobre el pavimento y buscó el taxi con unos ojos desamparados. Ahí estaba, con el motor en marcha y las luces prendidas, parpadeando, las dos manitos de Lucio pegadas al vidrio de atrás, como calcomanías. Rímini bajó a la calle y resbaló. Abrió los brazos para mantener el equilibrio y sobre la marcha pensó en Lucio, que debía de estar mirándolo desde el taxi, y se le ocurrió estilizar el resbalón para convertirse en

un aeroplano humano y llegar así hasta el auto, hasta él, y mientras atravesaba el aire lluvioso con los brazos desplegados como alas, emitiendo un suave zumbido de motor, volvió a mirar hacia el taxi y lo vio arrancar muy despacio, doblar en la primera esquina y perderse de vista.

Con algo tuyo tenía que quedarme. Algo más, algo mejor que esas pobres lágrimas de leche tibia que me dejaste adentro en el hotel. Qué triste todo, Rímimi. Era tan fácil. Estaba tan caliente. Me merecía algo mejor. Pero ni siquiera así, Rímimi. (Esa misma noche, mientras Lucio me encastraba las sábanas con compota de manzana, tuve una revelación: ¿no habíamos ido ya alguna vez a ese mismo hotel? Me acordé por el nombre, porque la vez que creo que fuimos (hacé memoria, Alzheimer, aunque sea por última vez: fue hace mucho, éramos otros y creo incluso que no se te llegó a parar) me acuerdo que pensé que L'Interdît (en aquel momento vi el nombre escrito en una caja de fósforos) también era el nombre de la casa donde se compraba ropa tu madre, la ropa que yo le envidiaba cuando empezamos a estar juntos, ¿te acordás?, y que después ella me regaló y que creo que todavía debo de tener en algún lado.) Lucio, en cambio, es nuevo y es adorable. Quería que lo supieras. (Vos también, Carmen: qué bueno saber que no tengo nada que esconderte.) Una delicia de persona. Sale a su madre, seguro, porque de vos lo único que tiene son los ojos. No tiene ni tu terror, ni tu «prudencia», ni tu patética avaricia emocional. No te lo merecés, Rímimi. Pero ya supongo que te encargarás de arruinarlo. Creo que hicimos buenas migas. Ojalá le quede un recuerdo lindo de su tía Sofía. Le gustaron los Simpson, el ruido de las llaves, el reloj de arena en miniatura que uso de llavero, la lucecita verde de mi reloj despertador y el falso Calder que cuelga sobre mi cama y que me mira siempre que me hago la paja pensando en vos (me traje de Alemania una pija Van Dam, una pija negra, gigante, con doble cabeza, para doblarla en U y metérmela en la concha y el culo al mismo tiempo), pensando en el día en que por fin puedas rendirte a la evidencia de que me amás y que el amor es una corriente continua. Lucio está bañado, perfumado y comido, listo para irse a la cama. En la bolsa vas a encontrar la ropita que traía puesta. Sí, la camiseta que le compré le queda un poco grande. No había talle, era tarde, los negocios cerraban. Perdón. Nadie es perfecto.

Tercera

Llegó diez minutos tarde, después de equivocarse de cuerpo (la primera vez) y de ala (la segunda) y de invertir la mitad del retraso en convencer al ascensorista de que incluso sin afeitarse ni peinar, con la camisa manchada de café y un zapato sin cordones, decía la verdad y *tenía* una cita con el estudio Estebecorena. Tocó un timbre y esperó unos segundos, mirando su propia sombra en el vidrio esmerilado de la puerta, hasta que una voz impaciente le exigió su nombre a través de un intercomunicador. Sonó una chicharra opaca. Rímini empujó una, dos, tres veces, cada vez más fuerte, sin el menor éxito, y descubrió el cartelito que decía *Pull* al mismo tiempo que la voz, ya resignada a tratar con idiotas, le sugería que probara tirando de la puerta hacia él. Una secretaria alta y fría lo condujo por un largo pasillo alfombrado —Rímini, sensible al olor del pegamento, se pasó estornudando todo el trayecto— y lo depositó en una sala de espera amplia y clara, con cuatro sillones de cuero y una mesa baja abrumada por revistas deportivas y catálogos de remates dispuestos en abanico, donde un cuarentón con canas hojeaba la Memoria 1992 del colegio Lasalle.

«¿Café, té, agua mineral?», preguntó la secretaria. Rímini alzó los ojos para contestar y vio que se dirigía al otro. «No, gracias», contestó el hombre de canas. «¿Seguro?», insistió ella, recogiendo una taza sucia de la mesa. «No, no, muy amable.» «El doctor lo va a atender enseguida», agregó la mujer antes de irse, esquivando muebles imaginarios con las caderas. Rímini cruzó las piernas para relajarse. Al rato se dio cuenta de que el zapato que balanceaba con desparpajo en el aire era el que no tenía cordones y lo escondió bajo la mesa ratona, golpeándose la tibia con el canto de madera. Poco después la secretaria reapareció y se llevó al cliente canoso y Rímini se sintió más intimidado que antes, como si el lujo sobrio y altanero de la oficina aprovechara que se habían quedado solos para enseñarse con él. Todo era silencioso y desértico. Las alfombras amortiguaban los pasos, las paredes revestidas de madera el sonido de los teléfonos y las voces. Rímini reconoció una sirena de barco y fue como

si el mundo enviara una última señal antes de desaparecer para siempre. Una puerta se abrió, se oyó la voz segura y estentórea de un hombre que repartía saludos para toda una familia, y después Rímimi vio la cabeza blanca del cuarentón cruzar frente a la sala de espera. Era su turno. Se puso de pie; repasó mentalmente lo que había pensado decir. Unos harapos de argumentación cruzaron por su memoria como nubes acobardadas. «Es absolutamente falso que...» «Yo fui tan víctima como ella...» «Una personalidad desequilibrada...» «Mitómana incurable...» Todo le sonó frágil, forzado. Bastaba que se detuviera a evaluar cualquier atenuante para que un enjambre de objeciones se abalanzara sobre él y en segundos lo descarnara a dentelladas, entero. Volvió a sentarse.

Estaba cansado, le dolía el cuerpo, tenía cosquilleos desagradables en las manos y los pies y un zumbido continuo en la parte de atrás de las orejas, como si una pareja de insectos lo siguiera a sol y a sombra. Llevaba días durmiendo mal. El sofá cama que le había cedido su padre era viejo, tenía el colchón vencido y los flejes del elástico se le clavaban en la espalda dejándole en la piel unas franjas azuladas. Su padre, para colmo, se despertaba todos los días con la primera luz. Había sufrido una angina de pecho leve, uno de esos sustos que los médicos saben cómo convertir en encrucijadas de vida o muerte gracias a una cartera reducida pero eficaz de perspectivas sombrías. Su organismo había salido intacto, no su moral. Arrepentido de los excesos y la negligencia con que siempre había maltratado su salud, había aceptado someterse a esa forma moderna de penitencia que es la actividad física sistemática, que empezaba todos los días en el living de su casa, muy cerca del sofá cama donde Rímimi, después de atravesar la pesadilla del insomnio, recién vislumbraba la posibilidad de dormirse, y seguía más tarde en el Rosedal, donde, cualquiera fuera la temperatura ambiente, corría prácticamente desnudo y se rociaba el cuerpo con botellitas de agua mineral, seguido de cerca por su entrenador personal, un ex colega que había reemplazado el mundo del turismo por el de los anabólicos y adquirido cierta fama haciendo flexiones en un par de programas de televisión por cable.

Rímimi bostezó y olió su propio aliento; si hubiera sido de otro habría apartado la cara. Decidió que se sentaría lejos del abogado: la distancia disimularía su indignancia. La idea, extrañamente, lo serenó. Era como si hubiera dado con una clave; como cuando un actor, después de merodear en vano su personaje, descubre de golpe un detalle, una manera de caminar, de sostener un vaso o un cigarrillo, de sonarse la nariz, y todo lo que antes se le resistía, psicología, motivaciones, historia personal, valores, ahora se abre ante él, flechado por ese descubrimiento ínfimo, y se despliega con una absoluta transparencia. Eligió una revista de golf, la cambió por una de polo, y cuando

acababa de abrirla en la doble página central, donde seis caballos se apiñaban con sus jinetes alrededor de la copa Intercountries 1999, la secretaria apareció en el marco de la puerta y lo miró unos segundos sin decir nada, como si viera en Rímini el único obstáculo que la separaba de alguna forma más o menos definitiva de felicidad.

Lo hicieron pasar a una gran sala de reuniones, con una mesa ovalada en el centro y un único cuadro en las paredes: galgos saltando en primer plano, un jinete demasiado joven soplando su cuerno, dos Amazonas con breeches y casquitos lanzándose tras su presa, nubes en el cielo, follaje y, en el fondo, un castillo jibarizado por la perspectiva pero poblado de detalles. La escena de caza lo distrajo. Rímini buscó alguna señal del zorro, el extremo de su cola, algo, y cuando no la encontró comprendió que si el zorro brillaba por su ausencia era porque todo en el cuadro iba hacia él, que si la escena sobrevivía a su modesta existencia pictórica e irrumpía en el mundo real, entre las cuatro paredes de esa oficina, los galgos, los caballos y las cazadoras caerían sobre él, aplastándolo con sus patas y sus cascos y rematándolo con sus escopetitas de juguete. Él, Rímini, era el zorro. Sentado en la cabecera de la mesa, a contraluz, con el río a sus espaldas, Estebecorena, el hombre de la voz estentórea, piloteaba una delicada negociación telefónica con alguien llamado Fico. Rímini comprobó que la secretaria no había cerrado la puerta. Iba a subsanar el olvido cuando Estebecorena levantó una mano y, sin dejar de hablar, lo detuvo en vilo. Rímini se quedó quieto. Lo vio girar en su silla y agacharse un poco –su voz también bajó, adoptando un tono más confidencial, y después estalló en una carcajada– para buscar algo en una gaveta. Rímini apartó una silla de la mesa. Se disponía a sentarse bien lejos, fiel al plan que se había trazado, pero Estebecorena, que ya estaba de frente otra vez, volvió a detenerlo con un gesto y arrojó sobre la mesa unas hojas tamaño oficio que se deslizaron limpiamente sobre la madera y frenaron a un centímetro de la mano izquierda de Rímini. Estebecorena tapó el auricular con una mano. «No perdamos tiempo», dijo, echándose hacia atrás y señalando los papeles. «Es leer y firmar: ni falta hace que se siente», dijo, y reanudó su conversación. Estebecorena defendía las pelotas Wilson; Fico, al parecer, las Slazenger. La controversia se dirimiría el fin de semana en una cancha de golf de Pilar, a nueve hoyos. Rímini, de pie, leyó la primera hoja por encima, como dando por descontado que no entendería nada, pero pensó: «Voy a firmar, y si voy a firmar tengo que leer, y si no estoy de acuerdo con lo que lea voy a protestar...» Empezó a leer concentrado, y al décimo renglón, cuando acababa de dejar atrás la presentación de las partes en litigio –leyó el nombre de Carmen y luego, en el renglón de abajo, exactamente debajo del de Carmen, el suyo, y supo que eso

era lo más cerca de ella que volvería a estar hasta el fin de sus días—, los ojos se le nublaron y las frases empezaron a disolverse en el papel, como si no las hubieran impreso con tinta sino con humo. Disimuló y apoyó las dos manos en la mesa, a los costados de las páginas, y se quedó así unos segundos, encorvado, sin ninguna esperanza, sobre esos cuatro o cinco folios que resumían buena parte del destino que lo esperaba, mientras la voz de Estebecorena, como un rumor sin sentido pero no desagradable, seguía desbaratando sus últimos intentos de concentrarse. «Ah. *Va a leer*», oyó Rímini que le decía el abogado. No era una pregunta sino una constatación, una constatación perpleja. Rímini lo miró; lo único que vio fue el contorno en punta de su cráneo recortado contra el horizonte. «¿Me esperarás un segundito?», pidió Estebecorena al teléfono, y volvió a tapar el auricular y le dijo a Rímini: «Le ahorro el trámite. Firmando ese escrito, usted se compromete legalmente a: uno» —y Rímini vio contra el cuadrado de cielo el pulgar erguido con el que enfatizaba la enumeración—, «no acercarse a más de cincuenta metros de mi cliente; dos, no acercarse a más de cincuenta metros del hijo de mi cliente; tres, renunciar a todo derecho sobre todos y cada uno de los bienes cuya propiedad compartía hasta ahora con mi cliente; y cuatro, pasarle a mi cliente una cuota de alimentos equivalente al valor de tres canastas familiares, sin perjuicio de que la cuota sufra los incrementos del caso si la salud mental del hijo de mi cliente, como consecuencia de la privación de libertad de que fue víctima, requiere de aquí en adelante cuidados o tratamientos especiales, cuyas costas quedarán a cargo de usted por todo el tiempo en que los mismos se extiendan. Eso es todo. *Si firma*. Y yo *francamente* le aconsejo que firme.» Volvió al teléfono: «*Sorry*, che: ¿dónde andábamos? Ah, sí: los flecos. No puedo creer que todavía sigas con eso. Estamos casi en el 2000, Fico. ¡Los flecos dejaron de usarse con Arnold Palmer!»

¿Cliente? ¿Hijo de cliente? Los había visto llorar, los había bañado y olfateado, los había mirado dormir en la oscuridad... Les había besado los labios, los lóbulos de las orejas, las ingles... Rímini buscó en los bolsillos algo para escribir mientras repasaba los reparos que tenía para oponer a los términos del convenio, empezando por esa palabra, «convenio»... Encontró un capuchón lleno de tinta —pero ni rastros de la birome que lo había embadurnado—, el ticket, sucio de mostaza, de los dos panchos que había almorzado media hora antes, la credencial plastificada que el portero del edificio le había dado al entrar a cambio de su cédula de identidad. Un botín modesto —pero lo puso sobre la mesa con un gesto ceremonioso y ya cansado, como si esas tres chucherías, una de las cuales ni siquiera le pertenecía, fueran sólo las primeras de una vasta colección que dormitaba en el fondo de sus

bolsillos, de modo que Estebecorena, previendo el volumen de daños que el desembarco del resto podía ocasionar a su impecable mesa de reuniones, sus impecables documentos y, en caso de rodar y caer al piso, como acababa de hacer el capuchón, a su impecable alfombra, metió una mano en el bolsillo interior del saco, sacó uno de esos bolígrafos color ciruela, un original de ochenta y cinco pesos, no las burdas imitaciones taiwanesas que Rímini había estado admirando como diamantes en los puestos de la calle Florida, y después de oprimir el botoncito del extremo superior, dejándola lista para usar, la apoyó sobre la mesa y la lanzó hacia Rímini sin siquiera mirarlo, con la misma puntería y precisión con que antes le había lanzado los folios del convenio. Y Rímini, aunque con pulso lamentable, firmó. Firmó la primera hoja y después, instruido desde la otra punta de la mesa por los saltitos que pegaba en el aire el dedo índice de Estebecorena, firmó la segunda, y la tercera, y la cuarta, y cuando terminó, cuando ya la repetición había rebajado al tedio la desolada solemnidad de la primera vez, la mano de Estebecorena, lo único de sí que Estebecorena parecía dispuesto a invertir en la escena, le ordenó que se acercara, y Rímini se encaminó hacia él —la mano le recordó los papeles, Rímini retrocedió para recogerlos— y luego de examinarlos, tildando con una mirada arrogante los garabatos que Rímini había estampado al pie de cada uno, Estebecorena, que ahora exaltaba al teléfono las virtudes de su *caddy* personal, que se había hecho traer especialmente del Golf Club de Mar del Plata, le tendió una mano desganada que Rímini estrechó sin pensar, como narcotizado, y volvió a agitarla en el aire después, en señal de despedida. Rímini dio media vuelta y, camino a la puerta, se detuvo. Volvió a girar y miró al abogado, que alzó hacia él unos ojos sorprendidos. «La carta», dijo Rímini, señalando la carpeta de la que Estebecorena había sacado las hojas del convenio. Estebecorena volvió a tapar el teléfono. «¿Perdón?», dijo. «La carta de Sofía. Quisiera leerla.» «No veo para qué.» «Quiero leerla. Está dirigida a mí: técnicamente es mía.» «Técnicamente, señor, esa carta es evidencia legal. Y si optáramos por iniciarle una demanda —opción de la que mi cliente, por el momento y contra mi consejo, ha decidido desistir—, no creo que mejore mucho su situación legal.» Rímini no se movió. «No me importa. Es mía igual. Tengo derecho a leerla.» Estebecorena lanzó un suspiro de hartazgo. Tenía ojos saltones, tan celestes que parecían transparentes, la piel de las mejillas muy roja, como recién afeitada, y la nuez más prominente que Rímini jamás hubiera visto. «Me disculpás, viejo», dijo al teléfono, y abrió la carpeta y extrajo una hoja cuadriculada, arrancada de un cuaderno de espiral. «Muy amable», dijo Rímini. «Después me la deja sobre la mesa», dijo Estebecorena, mientras giraba en la silla y quedaba de frente al ventanal, dándole la espalda. «Y cuando sale

me hace el favor de cerrar la puerta.»

Era la primera vez que la leía, pero el contenido ya le era perfectamente familiar. Y sin embargo, recién ahora, que la tenía ante los ojos, Rímini podía imaginar lo que Carmen habría experimentado al recibirla. La noche del secuestro, muy tarde, mientras Rímini, acobardado por la culpa, multiplicaba las adversidades para postergar su regreso a casa, confiando en que un accidente, una pelea callejera, cualquier contratiempo pudieran servirle de coartada, Carmen, que ya llevaba horas hablando por teléfono con hospitales y comisarías, atendió el portero eléctrico y oyó la voz de su hijo balbuceando entre los ruidos de la calle. Creyó que alucinaba. Se lanzó escaleras abajo sin pensar, a la carrera, en bata y pantuflas, la cara hinchada de llorar, y cuando llegó al hall vio a Lucio través de la puerta de vidrio, sentado en el cochecito, contemplando la entrada de su propia casa con ojos soñolientos. Parecía recién bañado: tenía el pelo húmedo y peinado al costado con un esmero como de comunión, y su ropa, salvo las zapatillas azules, todavía tenía las etiquetas con los precios del supermercado donde la habían comprado. Sólo más tarde, después de secarle el pelo con el secador eléctrico, como si, no del todo satisfecha con haber quemado la ropa nueva, también hubiera querido borrar del cuerpo de su hijo la humedad, el frío, y el perfume, y hasta la menor huella que el contacto con Sofía pudiera haber dejado en él, Carmen descubrió el mechón de pelo que le faltaba detrás de la oreja derecha. La carta estaba pegada a la pechera del mameluco, abrochada con una abrochadora de papeles. Tres horas después, cuando Rímini apareció, completamente ebrio, arrastrado por el repartidor de pizza con el que había intentado pelearse, Carmen, ya instruida por Estebecorena, al que había sacado de la cama, había tomado la precaución de guardarla bajo llave. No habló. Dejó que Rímini se derrumbara sobre la alfombra y lo oyó vomitar mientras deslizaba unas monedas en la mano del repartidor de pizza. Rímini se arrastró, tartamudeó un reguero de disculpas. Vio el aire impasible con que Carmen lo miraba y trató de pronunciar el nombre de su hijo. Le salió Luz, Luis, Laz –hasta que una abeja a cuerda con un ala levemente mellada irrumpió en el living deslizándose sobre la alfombra y chocó sordamente contra su cuerpo, y más atrás apareció Lucio en cuatro patas, persiguiéndola o ahuyentándola con unos aullidos de karateca. Entonces, mientras Carmen le derramaba encima, transformado en una especie de lava fatídica, el contenido de la carta de Sofía, Rímini sintió que se le vencían los brazos, apoyó una mejilla contra la alfombra y se puso a llorar, y después de llorar largamente, mientras oía el dúo insensato que su llanto formaba con la abeja prófuga, un peso inmenso cayó sobre su espalda y se desmayó.

A un mes de esa noche, Rímimi leía la carta una vez, una sola, y la recordaba instantáneamente, entera, con una exhaustividad estremecedora. Como se dio cuenta después, la recordó para atesorarla. Después de todo, esa carta, que lo había sepultado, era el único lazo que seguía comunicándolo con el mundo del que acababa de ser desterrado. Durante los meses que siguieron volvió a ella, a esa especie de vitrina imaginaria en la que la había guardado, cada vez que la necesidad de saber algo de Lucio se le volvía insoportable. Sabía que el Lucio que Sofía describía en esas líneas probablemente no existiera más, y que sus gustos, los últimos de los que Rímimi había sido testigo, ya habían sido reemplazados por otros, que Rímimi podía imaginar pero que no compartiría. Ese anacronismo era el secreto de su atracción. Para él, Lucio había quedado detenido en el tiempo, como embalsamado por la prosa de Sofía, y Rímimi podía usar la carta para violar las restricciones impuestas sin sufrir consecuencias; leyéndola, podía visitar a su hijo y estar cerca de él y celebrar la eterna, intacta belleza de momia que había adquirido, y hasta podía regocijarse en secreto contemplando también a Carmen, la Carmen dulce y valiente que el ojo sagaz de Sofía había sabido detectar en los rasgos de Lucio. La carta —o más bien su facsímil mental, de una perfección fotográfica, porque a menudo Rímimi quiso transcribirla y a los dos o tres renglones, enfurecido, destruía la hoja, que reproducía el texto pero omitía los titubeos, las palabras tachadas, las imperfecciones del papel, todo lo que la volvía única—, esa carta fue su refugio, su altar, su capilla ardiente.

Una noche la recitó en sueños, completa, mientras trataba de ahuyentar a unos súcubos que lo acechaban desde el aire. (Fue el primero de una serie de sueños políglotas: Rímíni soñaba con la carta y, después de reproducir en voz alta el texto original, la *veía* traducida al inglés, al francés, al italiano, proyectada en la bóveda del sueño en versiones sucesivas, a la vez fieles al original y descaradamente poéticas, pero siempre perfectas. Entonces, inundado por una felicidad vertiginosa, porque esos trances nocturnos lo devolvían a lo que alguna vez había sido, Rímíni, como un fogonero ávido, alimentaba el sueño para perpetuarlo, se aferraba a sus elementos y conjuraba cualquier irrupción, cualquier detalle nuevo que pudieran perturbarlo, confiado en que, si lo hacía durar lo suficiente, el sueño terminaría restituyéndole *todas* las facultades que el día le había confiscado...) Su padre, que miraba televisión a su lado, en la oscuridad del living, apreció el rigor sonámbulo de su pronunciación, lo vio retorcerse y gritar y a la mañana siguiente, mientras desayunaban, poco después de que Rímíni, ansioso por volver a gozar de los frutos de su acelerado aprendizaje nocturno, comprendiera que su memoria seguía tan seca y diezmada como siempre, le dio un ultimátum: tenía que rehacer su vida; por mucho que le costara, no le quedaba otro remedio. Cumpliendo por fin con un viejo anhelo, que su angina de pecho y su cambio de vida habían reavivado, su padre, harto del frenesí de Buenos Aires, había decidido vender los pocos bienes que tenía —entre ellos el pequeño dos ambientes que compartían desde hacía tres meses— y radicarse en Uruguay. Rímíni sintió que el mundo se desmoronaba y le pidió que se lo llevara con él. El padre se negó. Dijo que no serviría de nada. Entonces Rímíni dejó caer su cuchara en el plato de cereales, rociándose de leche la camiseta que su padre le había prestado para dormir, y empezó a mordisquear la punta de la servilleta que retorció entre las manos: «Por favor», suplicó, «llevame con vos.» «No. Quiero ayudarte», le dijo su padre, «no ser cómplice de tu degradación.» «Por favor. Puedo trabajar. Puedo pagar cuentas. Puedo limpiar la casa, cocinar, lavar ropa. Puedo ser tu chofer.

Llévame, por favor.» «Basta», lo interrumpió su padre. «¿No te das cuenta de que me avergonzás?»

No, por supuesto que no se daba cuenta. Había días en que el horizonte de las cosas que reconocía se le estrechaba hasta extremos inauditos. Era incapaz de saber si la luz estaba prendida o apagada, si estaba vestido o desnudo, si había alguien con él o si estaba solo. Había accedido a un olvido de sí extraordinario —uno de esos estados de suspensión de conciencia a los que los monjes budistas llegaban después de décadas de disciplina, y por los cuales los devotos de Occidente que cada año visitaban a esos mismos monjes en sus templos estaban dispuestos a pagar fortunas. Había dejado de salir a la calle. El mundo exterior —incluso las réplicas que transmitían la televisión, la radio, los diarios o el teléfono— había ido dejando de existir, se había convertido en un recuerdo vago y equívoco, como implantado. En un día especialmente sensible, por ejemplo, por «mundo exterior» Rímini podía entender a lo sumo el elenco de objetos exteriores a su cuerpo con los que tenía contacto en su vida de recluso: su uniforme de dormir y de vivir en primer lugar —la camiseta del padre, el pantalón del pijama a rayas y un par de viejas medias de lana por cuyos extremos solían asomar, burlonas, completamente emancipadas de su voluntad, las uñas de sus dedos gordos—; algún que otro interruptor de luz, al que muy de vez en cuando aceptaba recurrir para trasladarse de un ambiente a otro; el agua, que sólo toleraba para beberla, nunca para higienizarse; un mínimo de alimento: salchichas, puré de papas instantáneo, huevos fritos, docenas de cajas de tejas de chocolate amargo rellenas de menta, cuyos sobrecitos, desparramados por el departamento, su padre solía usar como pistas para reconstruir sus movimientos durante su ausencia; el sofá cama en el que permanecía prácticamente todo el día; las sábanas y mantas en las que se envolvía; la almohada a la que se abrazaba... Incluso la carta, que a su manera parecía probar que más allá había vida, una vida donde flotaban un mundo y unos seres perdidos, incluso ese trozo de papel escolar, reducido ahora a una despojada imagen mental, era para Rímini algo más interno que sus pensamientos, el sabor de su saliva o los crujidos con que el hambre resonaba en su estómago. No era que tuviera mucho mundo interior; tampoco que su mundo interior hubiera crecido. Rímini *era* puro mundo interior, pero no era obvio que ese mundo fuera *suyo*.

Para su padre sólo había una solución: inyectarle mundo exterior; una buena dosis, aunque —era vital— administrada con extrema prudencia. En el estado de ensimismamiento en el que estaba Rímini, cualquier negligencia podía resultar fatal, tan fatal como exponer a un albino a la luz del sol en un mediodía de verano. En ese sentido, el plan Uruguay parecía ideal, al menos en

teoría. Pondría en venta el departamento; Rímini seguiría habitándolo y se encargaría de mostrarlo, mientras el padre buscaba algo para comprar en Montevideo. Habría que sincronizar dos transacciones en dos mercados distintos, cada uno de los cuales seguramente tenía reglas y dinámicas propias, de modo que la operación insumiría algún tiempo, un par de meses como mínimo, lo suficiente, según las previsiones del padre, para que la válvula se abriera de manera gradual y Rímini, forzado a establecer contacto con los posibles compradores, emisarios del mundo exterior ideales, porque así como requieren una atención específica no exigen el menor compromiso, recibiera de a poco, en dosis homeopáticas, una radiación vital que aplicada de otro modo podía destruirlo. No iba a dejarlo en la calle, pero tampoco estaba dispuesto, con el pretexto de compadecerlo, a consolidar su indiferencia ante el mundo. En dos meses, pensaba el padre, Rímini estaría otra vez entero, sólido, en condiciones de conseguir trabajo y, con alguna ayuda de su parte, que, aun cuando eso lo obligara a moderar sus pretensiones en Montevideo, planeaba cederle algo del dinero que le pagaran por el departamento, una casa propia.

El día de la partida Rímini se despertó temprano, se bañó, se lavó los dientes, se vistió, hizo la cama, preparó el desayuno, despertó a su padre, lo ayudó a terminar de hacer la valija y lo acompañó al puerto. Su padre se entusiasmó: el remedio no había sido administrado y ya surtía efecto. A bordo del ferry, miró por la ventana y lo vio, no a la par del barco sino un poco más atrás, parado contra los falsos ojos de buey de la estación, sonriendo con una extraña luminosidad, una mano alzada a la altura de la cara, como jurando, completamente indiferente a los viajeros que se afanaban a su alrededor. El padre agitó una mano. Rímini no respondió. ¿Miraba hacia él o...? El padre se levantó y salió al pasillo. Tal vez sentándose unas filas más atrás se pondría en la misma línea que Rímini; podría saludarlo y sacarse la duda. Empezó a retroceder, pero en el camino lo frenó un aluvión de pasajeros que venían en sentido contrario, vomitados por las puertas que daban a la bodega donde viajaban los autos. La marea terminó devolviéndolo a su asiento original, justo cuando el ferry empezaba a alejarse de la dársena. Giró y miró: Rímini seguía en el mismo lugar, en la misma posición, sólo que la mano que tenía alzada se movía a uno y otro lado con una regularidad mecánica. Eran las once de la mañana. El barco se fue empequeñeciendo, la estación quedó desierta y Rímini volvió a sentarse a la mesa del bar en la que había estado tomando café con su padre poco antes de la partida. Se cruzó de piernas, apoyó el índice sobre el asa de su propio pocillo vacío y lo hizo girar, regocijándose en secreto cada vez que el logotipo de una marca de café italiano volvía a desfilarse ante sus ojos. A las nueve y media de la noche, después de pensarlo un largo rato, un mozo se

acercó, le tocó un hombro con suavidad, como si temiera despertarlo, y el mareado pocillo se quedó quieto, aunque el dedo de Rímini seguía calzado en el asa. Cerraban, le explicó el mozo. Rímini sacó el dedo de golpe, como si la taza quemara; descruzó las piernas, se incorporó, hundió las manos en los bolsillos del sobretodo y se fue.

Volvió caminando. No era la primera vez que hacía cuarenta cuadras a pie, pero nunca antes las había hecho en ese estado de disponibilidad. Su trayectoria era una mezcla perfecta de determinación y de azar: la línea general estaba trazada de antemano, pero cada uno de sus puntos encerraba la posibilidad de un desvío, una fuga, una aventura fortuita. Cualquier cosa lo distraía. Sabía cuál era su rumbo, cómo llegar, incluso las maneras de acortar camino, pero cada lugar por el que pasaba representaba una tentación a la que fatalmente terminaba cediendo. Tomó la avenida que bordea el puerto, iluminada pero desierta a esa hora de la noche, y en una estación de servicio se detuvo a observar cómo un empleado muy flaco, abrumado por el peso de su gorra, llenaba el tanque de una camioneta oscura, como blindada, que parecía latir al ritmo de una música demencial. Después, inmóvil contra un surtidor, miró hacia el 24 horas y vio a un hombre y una mujer con las cabezas apoyadas contra el vidrio, tomando café y leyéndose en voz alta lo que cada uno había leído antes en silencio en su revista, y se quedó mirándolos un rato, envuelto en los remolinos de viento que se formaban en la playa de la estación, hasta que un ciclomotor que acababa de cargar gasoil lo sobresaltó a bocinazos y lo obligó a despejar el paso. Rímini decidió seguirlo y reanudó la marcha por la avenida. Estuvo una hora en la terminal de ómnibus de Retiro. Entró a todos los negocios que quedaban abiertos, se detuvo en todos los kioscos de revistas y se sentó en tres bares distintos, el cuerpo un poco ladeado, sin pedir nada, y las tres veces se dejó cautivar por las imágenes sin sonido que veía en el televisor, una sucesión de tornados brutales, un concurso de preguntas y respuestas, un crucero por un archipiélago griego. Pasó otra hora examinando los puestos de baratijas que acordonaban la estación de trenes. Nunca habló. Los puesteros voceaban precios, exhibían ante él productos extraídos de compartimientos secretos, ponían a funcionar toda clase de electrodomésticos, cuyas funciones ejecutaban en sus narices e incluso, en algún caso, usando como campo de prueba una manga de su sobretodo; Rímini se limitaba a sonreír y asentía con la cabeza y pasaba al puesto siguiente, donde volvían a interceptarlo radios portátiles, cepillos de dientes eléctricos, bolígrafos, paraguas. Una pelea de borrachos con botellas rotas, tropiezos y un pobre perro que titubeaba entre los dos bandos lo entretuvo otros veinte minutos. Después, a medida que se alejaba del Bajo, las atracciones fueron raleando.

Entró unos minutos en la onda expansiva de una fiesta elegante, sin música pero con una banda sonora llena de voces, tintineos de cristal y risas, y admiró desde la calle unos hombros de mujer desnudos que se recortaban contra la luz de una ventana de un primer piso. Vio a dos chicas muy jóvenes apretando todos los botones de un portero eléctrico y caminó unos metros marcha atrás, sin sacarles los ojos de encima. En un cajero automático, un hombre calvo, muy sudado, leía frunciendo el ceño el ticket que la ranura acababa de escupir. Pasó una ambulancia, un grupo de hombres salió de un restaurante, un muñeco inflable se bamboleaba junto a un garaje, zarandeado por el viento. Eran las dos de la mañana cuando llegó al departamento. Avanzó en la oscuridad, sin prender las luces. Aunque su padre lo había autorizado a usar el dormitorio, la cama, las sábanas, todo, de modo que, al menos durante el tiempo que insumiera la venta, se sintiera realmente el dueño del lugar, Rímini se sacó los zapatos con los pies, se acostó vestido en el sofá cama y se durmió.

Como le pasaría con cierta regularidad a lo largo de las semanas siguientes, a media mañana lo despertó el portero eléctrico. Atendió dormido, con la cabeza llena de arena, y si decidió abrir fue por pura indolencia, para no contradecir. Su mano buscó a ciegas el botón y en el camino volteó una botella de agua mineral que se hizo pedazos contra el piso. Rímini volvió a hundirse en su ciénaga de sábanas. Tuvo un sueño velocísimo, lleno de imágenes mudas y brillantes, y cuando pasaba a una fase más estable, donde esas postales insensatas empezaban a disciplinarse en una víspera de relato, el timbre aulló en el interior de su cabeza y tuvo que levantarse otra vez para abrir la puerta. Un hombre mayor, con media cara ocupada por una mancha de nacimiento, lo miró desconcertado; quiso confirmar algo en el trozo de diario que llevaba en la mano, miró de soslayo los rastros de sangre que las plantas de los pies de Rímini acababan de dejar en el felpudo y retrocedió para dar unas vueltas por el hall, como si se hubiera equivocado de puerta o buscara una salida de emergencia. Rímini lo hizo pasar. El hombre —pionero de una larga lista de incautos que Rímini martirizaría con el espectáculo de su decadencia— entró y avanzó con timidez por el living en penumbras, mientras Rímini corría bostezando a refugiarse en su nido maloliente. Desde allí, tapado hasta el mentón y con los ojos cerrados, como si las memorizara en ese mismo momento, fue enumerando las características del departamento.

Las persianas bajas, la atmósfera densa, casi sólida, del encierro, la ropa sucia desparramada por el piso, la voz de Rímini resonando en la casa como el haz de sonido de un faro moribundo, guiando en las tinieblas a hombres y mujeres desconfiados que se golpeaban con muebles y puertas y trataban de escapar y volvían a golpearse: el mismo ritual se repitió durante dos meses. Lo

único que progresaba era la envergadura del desastre: las manchas de humedad en las paredes, el goteo de una canilla, la podredumbre de un bajoventana de madera, la fuga de gas en la cocina. Algunos huían ni bien Rímini les abría la puerta. Una vez, una mujer —él no la miró, no dijo nada, no hizo el menor gesto de invitarla a pasar: se limitó a abrirla y dio media vuelta y volvió al sofá cama arrastrando los pies, a terminar frente al televisor, que había quedado prendido durante toda la noche, sintonizado en un programa especial sobre el sorgo o la alfalfa en el canal rural, los restos de una vieja pizza que despedazaba lentamente con los dedos. Cuando volvió a mirar hacia la puerta, alertado por una súbita corriente de aire, la mujer había desaparecido. Otra vez atendió a una pareja joven, recién casados, le pareció oír, o sólo comprometidos, que lo vieron joven, o más accesible que la mayoría de los empleados de inmobiliarias que les habían tocado hasta entonces, y pasaron a resumirle los tres años de amor que llevaban acumulados, los viajes que habían hecho, el cuadro sinóptico de sus afinidades y diferencias, y después de retenerlo junto a la puerta, algo a todas luces excepcional, la chica se interrumpió de golpe en medio de una frase, algo sobre flores, o dolores, o pobres, y lanzó una carcajada, y cuando Rímini iba a dejarlos entrar, reblandecido por tanto ímpetu romántico, se dio cuenta de que ya no estaban, de que ya la puerta del ascensor se cerraba, arrastrando consigo la risa de la chica y también la del chico, y recién cuando emprendía el regreso al sofá cama descubrió la verga asomándole por la bragueta del pijama. La mayoría entraba, fruncía la nariz y recorría el departamento siguiendo las instrucciones que les dictaba la voz inmóvil de Rímini, decepcionados por lo poco que alcanzaban a ver en la penumbra pero también con una especie de mórbida ansiedad, porque el estado ruinoso en el que encontraban las habitaciones, los pisos, la pintura de techos y paredes, que deprimía sus expectativas estéticas, excitaba al mismo tiempo su sentido de la oportunidad comercial, instándolos a invocar todos esos problemas para bajar el precio. Para Rímini, sin embargo, el precio era lo intocable por excelencia. En el trance vegetativo en el que estaba, vender o no vender, que el departamento produjera buena impresión o defraudara, que los compradores potenciales se entusiasmaran más o menos —todo eso le resultaba indiferente. Y esa indiferencia lo convertía en un vendedor imbatible. La relación de desapego que tenía con el departamento lo inmunizaba contra todos los argumentos —arquitectónicos, financieros, emocionales— que suelen usarse para torcer la voluntad de los vendedores tradicionales. «Sesenta y cinco mil», decía Rímini, y su voz, opaca y monótona a la hora de describir la vista del contrafrente o el cerramiento del patio trasero, ahora, de golpe, parecía cobrar vida. «Sesenta y cinco mil. Ni un peso más, ni un peso menos.»

Salvo un par de casos de caridad espontánea, ambos femeninos —una mujer que se ofreció a subir las persianas; otra que, alarmada por sus arcadas, quiso bajar a comprarle un jarabe para la tos—, en dos meses Rímíni no recibió una sola oferta. A su padre, que llamaba una vez por semana desde Montevideo, donde había alquilado un piso en Pocitos, frente al río, le contestaba que todo iba bien, que mostraba el departamento a un promedio de cuatro candidatos por semana, que la venta sólo era cuestión de tiempo. «Ahá. ¿Alguna oferta?» «Varias.» Y cuando su padre lo presionaba, envalentonado por el parte que acababa de recibir, Rímíni lo mareaba con la retórica esotérica pero eficaz —subas, bajas, la lógica aleatoria del mercado— de un avezado agente inmobiliario. «¿Por qué malvender?», decía por teléfono, acurrucado en un ángulo del sofá cama, mientras se rascaba frenéticamente la cabeza y una nube de caspa se posaba sobre sus hombros. «No, por supuesto», decía su padre un poco avergonzado, como si, comparado con el aplomo comercial de Rímíni, su interés por vender fuera una señal de insensata rapacidad, y a la vez conmovido por el celo con que su hijo velaba por el valor de su propiedad. Entonces, creyéndose autorizado justamente por esa confianza, le confesó que extrañaba sus cosas y le preguntó tímidamente si creía que podía recuperar sus muebles. «Algunos, al menos», se corrigió, afligido por la imagen de su hijo viviendo solo en un departamento desmantelado. Él se ocuparía de todo; Rímíni sólo tendría que atender a la empresa de mudanzas.

Se había entregado al paso del tiempo. Vivía en una especie de grado cero, como si todo lo que no fuera su ensimismamiento le resultara intolerablemente frívolo. Había perdido el hambre y la sed; no añoraba la calle, ni el trabajo, ni leer libros, ni ver películas —una madrugada había sorprendido el perfil y un hombro desnudo de Annie Girardot en el televisor y se había quedado contemplándolos unos segundos, sólo lo necesario para desdeñarlos, como secuelas de una vieja vida indigna—, y hasta los rostros de Lucio y de Carmen empezaban a confundírsele con caras de chicos y de mujeres anónimas entrevistas en comerciales de golosinas, en las páginas de diario que usaba, a veces, a modo de servilleta. Pero podía describir el ritmo al que le crecían las uñas, el pelo o la barba, y también la intensidad del olor que empezaba a despedir su cuerpo. Rímíni *era* el paso del tiempo —la vida desnuda. Una obra maestra de la inercia, sin dirección ni propósito: vida inmanente, vida en caída libre.

Una mañana entreabrió los ojos y se encontró con los pectorales esculpidos del entrenador personal de su padre, que lo zamarreaba para despertarlo. Creyó que soñaba y miró bien. Vio la remera blanca —una gacela negra saltaba estilizadamente encima de la tetilla izquierda—, el tostado parejo de los antebrazos y la pulsera de cobre —con sus enigmáticas secreciones verdes— en una muñeca, las zapatillas sin medias; se dejó embriagar por el vaho de salud que lo envolvió —una mezcla sabiamente dosificada de solución bucal y loción para después de afeitarse— y suspiró aliviado, como si esa especie de ángel deportivo fuera no sólo su mesías personal, el hombre que lo rescataría del pozo sin fondo del sofá cama, sino también un antídoto que neutralizaría retrospectivamente sus últimos padecimientos. Tapándose la nariz y la boca con la mano, el entrenador abrió de par en par la ventana del living, consiguió que la persiana dejara entrar unas franjas de luz y contempló la devastación del departamento con un aplomo impasible. Era un hombre simple y decidido; lo habían alertado el portero del edificio, testigo, un par de días antes, de la fruición con que dos emisarios de la compañía de gas habían desconectado el medidor del departamento —la misma fruición, por otra parte, que una semana atrás habían exhibido los de la compañía de electricidad—, y un par de llamados telefónicos del padre de Rímini desde Montevideo, confesándole su entusiasmo por lo bien que iba el asunto de la venta del departamento. Rímini no era para él mucho más que el hijo de un cliente. Pero el padre de Rímini, aprovechando los entreactos confesionales que solían abrirse, por ejemplo, entre los abdominales y los ejercicios de elongación, le había contado con algún detalle el episodio del secuestro de Lucio y la serie de desgracias que había desencadenado, y el relato, tan teñido del dolor del padre, que, como suele suceder, veía en el desastre de su hijo la prueba de su fracaso como padre, lo había conmovido de una extraña manera. Ató algunos cabos, sospechó algo turbio y suspendió una semana entera de sesiones de entrenamiento para tener tiempo libre y hacerse cargo del problema. No tenía hijos; vivía solo. El cui-

dado de su cuerpo lo obligaba a cultivar un estilo de vida muy personal, cuyos hábitos y precauciones difícilmente fueran compartibles; sólo alguien como él, una entrenadora personal, por ejemplo, los habría considerado algo más que caprichos —las entrenadoras personales no eran su tipo. Pero estaba acostumbrado a tratar con gente *caída*. Moneda corriente, el abandono de sí, la degradación física, la discapacidad, el reblandecimiento de la voluntad —y todos sus correlatos psicológicos—eran los problemas a los que, ya maduro, después de unas décadas de cierta prosperidad en el turismo, donde le había tocado conocerlos, había decidido dedicar su vida. El estado de Rímini era serio, pero tampoco estaba tan lejos de los cuadros de los que solía rescatar a sus clientes. Temblaba como una hoja. El entrenador pensó en bañarlo. Recordó que no había gas y por lo tanto tampoco agua caliente, pero fue al baño igual, pensando que un shock de agua fría probablemente fuera más eficaz. Abrió una canilla, luego otra, y otra, y por fin todas, y se sentó en el borde del bidet a esperar. Hubo una especie de canon de eructos, completamente seco, humeante en algún caso, y una seguidilla de anémicas gotas rojizas se descolgó de la canilla de la bañera y cayó sobre una alfombra de goma devorada por el moho. Volvió al living, envolvió bien el cuerpo de Rímini con la manta, lo alzó de un solo envión, sin el menor esfuerzo, y se lo llevó lejos, muy lejos de la zona de desastre.

Vivía en Núñez, en el piso veintidós de un edificio en torre que los días de viento, cuando caía la tarde, parecía oscilar apenas, como mecido por la fuerza de los aviones que, muy cerca, cruzaban el cielo. Rímini pasó la primera fase de su rehabilitación —la más trabajosa, según el entrenador, pero no la más difícil, porque para el que está en el fondo del pozo no hay progresos pequeños, mientras que para el que ya ha salido a flote el progreso más insignificante representa una empresa titánica—en lo que el entrenador llamaba el templo, un amplio ambiente rectangular, con vista al río, sin otros muebles que una colchoneta de goma del espesor de una alfombra, el wat-ni, un aparato de barras paralelas, una cinta aeróbica y dos máquinas de pesas, todos duplicados por el espejo que cubría de extremo a extremo una de las paredes principales. Era el lugar ideal, y Rímini fue el paciente perfecto. El entrenador le diseñó una rutina especial, de una exigencia progresiva, que incluía un programa completo de ejercicios físicos pero también una dieta, complejos vitamínicos escalonados, sesiones de hidroterapia y masajes, y él se entregó sin pensar, como a una especie de religión práctica que encauzaba su vida en un carril único, como cualquier religión, y le evitaba el extenuante trabajo de tomar decisiones, pero que al mismo tiempo, a diferencia de cualquier religión, no le exigía ningún tipo de comunión intelectual o filosófica. Rímini obedecía

con escrúpulo, y las horas que el entrenador pasaba trabajando fuera del departamento, que cualquier paciente habría aprovechado para burlar o al menos relajar la disciplina, aunque fuera matizándola con pasatiempos como ver televisión, hablar por teléfono, leer, en él, en cambio, sólo reforzaban su sentido de la responsabilidad y su encarnizamiento —en parte por esa combinación de voluntad y de inercia que promueve la disciplina física, en parte, también, porque en el departamento, fuera del espectáculo del río, que la mayor parte del día era casi invisible, o bien porque el sol y el máximo despojamiento del horizonte lo reducían a un resplandor blanco, sin líneas ni colores, que ennegecía, o bien porque quedaba empañado por un vasto velo de bruma, no había mayores distracciones disponibles: el entrenador no tenía equipo de música ni radio —era algo sordo—, sólo consumía publicaciones especializadas como *Muscle Today*, *True Fitness* o *Everybody* —que se hacía traducir por una colega bilingüe y que tenía la precaución de guardar bajo llave en un cajón— y aunque tenía televisor —veía un rato por la noche, para dormirse, o sintonizaba el canal de ventas a distancia para estar al tanto de los últimos tonificadores musculares portátiles, los elongadores programables, los liporreductores manuales, los modeladores de silueta y todas las estafas de lo que llamaba, entre divertido y furioso, «la gran industria del fraude corporal»—, había bloqueado el acceso al aparato mediante una clave secreta, de modo que Rímini no pudiera derrochar en él el menor resto de energía. Para el entrenador, el deterioro de Rímini era un caso típico de entropía energética: primero el desorden y luego la fuga, caótica y en masa, del aliento vital. Había que bloquear esos escapes; concentrar y, una vez concentrado, cuando el complejo orgánico recuperara lo que de algún modo era su combustible propio, su alimento, ahí sí: ir desde el interior al exterior, abrir y proyectar otra vez el yo restaurado hacia el mundo y esperar el *feedback*. Rímini, aunque las ignoraba, no tardó en ilustrar esas razones y mejoró asombrosamente. No tenía nada en que pensar. Su mente, su imaginación, incluso su recuerdo —todo era tan blanco y liso como las paredes del templo, donde, salvo el espejo y un retrato de Charles Atlas en el dormitorio del entrenador, versión ampliada de la foto que solía acompañar en las viejas revistas de historietas los cupones del método Atlas por correspondencia, el entrenador, iconoclasta espontáneo, se negaba a colgar nada, convencido de que las imágenes eran vehículos de debilidad y amenazaban la única representación que valía la pena: la imagen del propio cuerpo. Era como estar en una cárcel o un templo budista. Todo era regla, ritmo, repetición. Le llevó menos de una semana asomar la cabeza por entre los escombros. Fue como si a una criatura invertebrada, una ameba, supongamos, o una medusa, le creciera de pronto una columna vertebral, un

eje, todo un sistema óseo, y la masa trémula y fláccida que era se irguiera y cobrara forma y empezara a moverse de manera articulada por primera vez en meses.

Una mañana, a los diez días de internarlo, el entrenador lo despertó anormalmente tarde –las ocho en vez de las seis y media– con un desayuno anormalmente permisivo: jugo de naranja en vez de agua, té en vez de agua, una tostada de pan de centeno en vez de agua. Entraban en una fase nueva. Usando –no sin algún tropiezo– el índice de una mano y los cinco dedos de la otra a modo de contador, el entrenador fue enumerando los puntos más importantes del futuro inmediato mientras Rímini, sentado a la mesa, contemplaba extasiado los tres lujos matinales con que acababan de recompensarlo. Punto uno: empezaría a salir. El templo ya había cumplido su función principal –corte con el afuera, amparo y concentración–: si prolongaban el confinamiento, sobre todo con los progresos que había hecho Rímini, corrían el riesgo de despertar las reservas tóxicas que acechan en todo ecosistema artificial, aun los más benéficos. La etapa de concentrar llegaba a su fin; era hora de irradiar lo concentrado y, llegado el caso, pero sólo en condiciones de óptimo control, de intercambiarlo con el afuera: hora de reanudar relaciones con el mundo. Punto dos: salir no interrumpiría el tratamiento, sólo modificaría su programa. De la rehabilitación, que podía darse por concluida, Rímini pasaría a la etapa biosocial del entrenamiento, incorporándose a alguno de los grupos que todas las mañanas trotaban a las órdenes del entrenador en los bosques de Palermo. Punto tres: Rímini se desentendería del departamento de su padre, cuya limpieza y venta el entrenador había delegado en el portero a cambio de una propina y una promesa de comisión. Punto cuatro, fundamental: el entrenador se comprometía a mantener el punto tres –y también, naturalmente, el lastimoso descenso a los infiernos que lo había hecho indispensable– lejos del conocimiento del padre, para quien la operación seguía su curso en los términos pactados antes de su partida a Montevideo, y Rímini, a su vez, se comprometía a hacer todo lo que estuviera a su alcance para llevar a buen puerto la nueva fase del tratamiento. «Y punto cinco...», dijo el entrenador, mordisqueando la esquina de una tostada chamuscada. Una lluvia de miguitas carbonizadas mancilló el blanco impecable de su remera. Recapacitó: el punto cinco quedaría para más adelante. Sorpresa: le había comprado ropa –y después de despejar la mesa de platos y tazas apoyó encima una gran bolsa con el logotipo de una tienda deportiva.

De allí sacó Rímini el uniforme que vestiría durante una larga temporada: zapatillas y medias de tenis, pantalón largo de algodón gris, remera blanca de cuello con botones, lo que el entrenador llamaba chomba, y una prenda

desconcertante, hecha de tres fajas elásticas entrelazadas y una especie de taparrabos triangular, que Rímini asoció primero con un extravagante accesorio medieval, a mitad de camino entre la armadura y el cinturón de castidad, y luego, en una iluminación súbita, fruto a medias de su memoria, que empezaba a desentumecerse, y a medias de la palabra suspensor, que el entrenador, mientras lo exhibía ante él, había pronunciado con una pompa ligeramente reivindicativa, terminó reconociendo como el calzoncillo de cavernícola que tantas veces, siendo chico, le había visto ponerse a su padre en el vestuario del club. Ése fue el uniforme con el que una mañana, sin aviso, y sin que el entrenador considerara necesaria ninguna presentación especial, Rímini se entremezcló con los cinco miembros del grupo Azul –martes y jueves– y siguió cumpliendo al pie de la letra con su programa de recuperación. Como antes el templo, con su despojamiento y su falta de tentaciones, la ropa y el grupo le resultaron perfectos. Eran el colmo de lo común: ninguna particularidad, nada que los distinguiera. Respondían tan bien al estereotipo que se mimetizaban con el contexto y pasaban completamente inadvertidos. Aunque eran cinco, de los dos sexos y de condiciones físicas dispares, y sus edades andaban entre los treinta y los sesenta y cinco años, todas las posibilidades que prometía la combinación de ese puñado de variables quedaban neutralizadas por el objetivo común que los reunía. No había tiempo para los acercamientos personales: cualquier expresión o intercambio subjetivos estaban de más. Hacían sólo lo que decían (mientras lo decían), sólo hablaban de lo que hacían (después de hacerlo). Iban de la consigna («manos a la cintura y... ¡un!») al comentario («me tira un poco el gemelo») y viceversa, los dos únicos registros que parecían autorizados a usar. Reducidos al presente, y a esa forma particularmente reducida del presente que son los caprichos y las contrariedades del cuerpo, eran a su manera unos fundamentalistas de la actualidad, para quienes pasado y futuro no eran sino ficciones nocivas, diseñadas con el único fin de corromper su ensimismamiento con el veneno del sentido histórico. Todo era ahora, ya, aquí. Un mundo miope, inmediato, cuyas leyes sólo toleraban un tipo de dilación: la que mediaba entre un ejercicio mal hecho y su versión corregida. No había que lidiar con orígenes, ni con remanencias, ni con anticipaciones. No había restos; todo estaba en su lugar. Había, en el peor de los casos, que mejorar, pero la parodia de porvenir que insinuaba esa exigencia, lejos de alterarla, no hacía más que ratificar la homogeneidad del mundo. Y Rímini, tenaz, mejoraba –de clase a clase, por supuesto, pero también dentro de cada clase. Mejoraba a cada hora y cada segundo, como si temiera desaparecer si se estancaba, y a medida que recobraba el control, la fuerza, la elasticidad, la misma voluntad que reanimaba

sus músculos iba despejando la selva de maleza, hiedras, plantas salvajes y yuyos venenosos que llevaba meses, tal vez años, colonizando su cabeza. Acaso por la clase de abismo del que provenía, la perfección, que para sus compañeros de grupo parecía ser un objetivo a largo plazo, crucial pero remoto, Rímini la alcanzó muy pronto, al menos en la medida razonable en que aceptaba ser alcanzada. No se sorprendió; estaba demasiado ocupado ejecutando sus rutinas para gozar de la distancia que exige la sorpresa. Su conciencia —ese resto mínimo de conciencia que el entrenamiento había exceptuado del rastrillaje general— medía los hechos día a día, en los términos estrictos de ese ejercicio de contabilidad cotidiana que es toda actividad física —cantidad de minutos, respiraciones, flexiones, cantidad de vueltas al lago—, y carecía por lo tanto de una imagen general, panorámica, de la evolución de su estado. De modo que al mismo tiempo que la perfección, Rímini conquistaba la inocencia. Sólo el entrenador, instalado en el borde, a la vez adentro y afuera, de la relación de compromiso que su discípulo tenía con la meta del bienestar físico —sólo él, capaz de comparar a los dos Ríminis, al náufrago que había encontrado en un sofá cama apolillado con el atleta infatigable que ahora lo deslumbraba bajo el sol, podía ver el punto de perfección al que había llegado Rímini y comprender que la hora de dar el salto había llegado.

Una mañana, mientras el grupo, acostado boca arriba en el pasto, trataba de completar la última serie de abdominales, Rímini, que la había terminado hacía rato, se quedó unos segundos tendido, mirando cómo dos árboles acercaban y sacudían juntos sus copas, y después se incorporó y se puso a caminar por el sendero de polvo de ladrillo que rodeaba el parque. El entrenador, que sostenía unos tobillos contra el pasto, lo siguió con la mirada. Lo vio apoyarse contra el tronco de un árbol, flexionar una pierna, tomarse el empeine del pie con una mano y repetir la operación con la otra pierna. Lo vio caminar sacudiendo brazos y piernas en el aire, imitando a un muñeco desarticulado, y hacer girar los brazos como aspas. Y de pronto lo vio detenerse. Estaba de espaldas; parecía examinar algo en la suela de una de sus zapatillas. El entrenador lanzó una consigna en voz muy alta y fue hacia Rímini, que se revisaba la suela de la otra zapatilla. Rímini deslizó un dedo sobre la goma, del talón hasta la punta y de un lado y del otro, como afilando una navaja, y luego llevó el dedo a la altura de sus ojos, demasiado cerca, obligándose casi a bizquear, y al contemplarlo —estaba cubierto de una suave capa de polvo de ladrillo— una sonrisa de beatitud le iluminó la cara.

Hacía mucho que no pisaba una cancha de tenis —diez, quizá doce años. Y la última vez, cuyo recuerdo iba restaurándose ahora de a pedazos irregulares —árboles, eucaliptus, parte de un cerco de alambre tejido, chapoteos en el agua,

una toalla tirada en el pasto, el destello del sol en el agua, en la película de aceite que se mueve con el agua—, no, la última vez no había habido polvo de ladrillo: Rímimi corría descalzo sobre un piso de cemento cuarteado, esquivando las matas de yuyos que brotaban de las viejas juntas asfálticas, los ojos clavados en la pelota que su rival, una chica sin rostro, en traje de baño, acababa de devolverle de revés, mientras iba llevando el brazo hacia atrás y con una saña imprevista, fruto de una larga sobremesa alcoholizada o, tal vez, de las emociones confusas que le despertaba la risa de su rival, que acompañaba todos sus movimientos, incluso los más insignificantes, preparaba el golpe más deliberadamente artero que podía permitirle la raqueta con la que había tropezado en la casilla de las herramientas del jardín, disimulada entre sombrillas, una Sirmueva de madera, de mujer, sin duda, o quizá de niño, con la empuñadura en carne viva y las cuerdas abiertas y despellejadas.

Juzgada con la vara drástica de la ortodoxia, esa intromisión del pasado, con sus detalles de color y su peculiar temperatura afectiva, podría haber propiciado una recaída, con todas sus consecuencias: vuelta a cero, límites estrictos, endurecimiento del control. Pero el entrenador no era tan obtuso: la posibilidad de una reminiscencia figuraba en el diseño original de sus planes. Así, la epifanía tenística que había conmovido a Rímimi resultó ser menos una parte de su pasado que de su futuro, del futuro que el entrenador sigilosamente había previsto para él. «Lo hubieras visto jugar: era un talento», le había dicho el padre alguna vez, acaso para matizar el panorama sombrío que estaba dando de su hijo. Y aunque de algún modo lo ensombrecía todavía más, porque el talento que evocaba parecía irremediabilmente perdido en el tiempo, el entrenador había tomado nota del detalle, enternecido por la manera en que ese sencillo antecedente deportivo parecía humanizar a Rímimi, y lo archivó en el arcón donde solía guardar las armas que usaría en el futuro. Era el momento de recuperarlo. «El punto cinco...», dijo. Pasaban a la tercera fase; la más compleja, según el entrenador, porque exigía del rehabilitado cierta independencia. El control tendía a relajarse, y las amenazas se multiplicaban de manera proporcional.

El punto cinco era el trabajo. El entrenador habló muy rápido —a mayor explicación, menor efecto de autoridad: no quería que Rímimi, en vísperas de una nueva fase, se sintiera demasiado importante. Tenía este colega... profesor... Club Argentino de tenis... clientela selecta... una mala rotación de piernas... rotura de ligamentos... seis meses mínimo de inactividad... otros profesores del Club podían... pero alguien recomendado especialmente por él... alguien joven... el Club se avendría a aceptar... Empezaría el martes. Era absurdo, pensó Rímimi. Tuvo un impulso salvaje: reírse. Pero se reprimió, y una

fracción de segundo después el asunto le pareció tan razonable, tan diáfano... Otros, para ser otros, se aventuraban en mundos de lo más amenazantes: viajaban miles de kilómetros, se perdían en países insalubres, falsificaban documentos, se inyectaban plástico en la cara, se entregaban a toda clase de mutilaciones e implantes sexuales, sucumbían al síndrome de personalidad múltiple. Él sólo necesitaba una segunda muda de ropa, menos «deportiva» y más «tenística» que la primera, una raqueta doble T –titanio y teflón–, una colección de videos australianos algo pasados de moda –el empleado que se los vendió leyó en la contratapa los nombres de Laver, Newcombe y Rosevall y emitió una risita despectiva, pero Rímini sentía que tocaba con las manos algo más precioso y remoto que una era gloriosa de la historia del tenis: su propia infancia–, una provisión de resina inútil (la película que recubría la empuñadura de la raqueta la volvía completamente innecesaria) y dos cajas de pastillas de carbón –créase o no, el punto más polémico de su nueva identidad. El entrenador no quería comprarlas; estaba convencido de que sólo servirían para atraer la desgracia que pretendían conjurar. Rímini, que en cuatro años de interclubes las había llevado todas las mañanas en el bolsillo, recién logró que cediera cuando le prometió que sólo las usaría durante la primera semana de clases, y en casos de urgencia extrema.

No hicieron falta, ni la primera semana ni nunca. Rímini, en efecto, era un talento, y ninguno de los privilegiados que ese martes fueron testigos de su *rentrée* hubiera dicho que llevaba más de una década sin pisar una cancha –salvo, tal vez, por la llamativa insistencia con que, *antes* de pisarla, se golpeó con el canto de la raqueta las zapatillas para aligerarlas de los terroncitos de polvo húmedo que sólo *después* quedarían atrapados en los dibujos de la suela. Pero además, como sucede a veces con las habilidades que renacen tras una larga latencia, el talento de Rímini volvía no sólo intacto sino depurado, como si ese período de hibernación, además de conservarlo, lo hubiera limpiado del nerviosismo, el miedo, las vacilaciones, los escrúpulos, la necedad, toda esa hojarasca de vicios que siempre lo habían malogrado pero de los que muy rápidamente, al cabo de los primeros torneos, o incluso de los campeonatos internos que jugaba para foguearse, había resultado casi imposible distinguirlo. Es cierto: ahora no competía –enseñaba. Pero sus viejos desplantes de jugador torturado siempre se las habían arreglado para perpetuarse sin árbitros, sin planillas oficiales, sin público, sin rivales, que los estimulaban y a veces hasta los explicaban, pero jamás los causaban. Se ponía a gritar ante el menor error –una volea demasiado larga, una astucia del contrincante que preveía pero no lograba contrarrestar, una pelota que le regalaban y él, engolosinado, enviaba mansa a la red. Para rematar sus dobles faltas estrellaba la raqueta de cabeza

contra el piso, recuperándola en el acto, después de hacerla rebotar, si el punto no era decisivo, o, si la pérdida del punto era la pérdida del juego, dejándola unos segundos en el piso, en penitencia, mientras permanecía agachado con las manos en las rodillas, buscando menos el origen de su error que el de la injusticia cósmica de la que se sentía víctima. Moralmente era intachable: nunca discutía con los jueces, jamás una pelota robada. Y bastaba que algún pique despertara dudas en su rival, aun cuando él no tuviera ninguna y el pique lo favoreciera, para que ofreciera repetir el tanto o se lo cediera sin más al enemigo. Pero sus modales y su comportamiento eran aterradores. Entre tanto y tanto, cuando iba perdiendo y le tocaba sacar al otro, Rímini solía alcanzar las pelotas de rastrón, enviándolas a las esquinas de la cancha de las que su rival estuviera más lejos, obligándolo a dar largos rodeos para recogerlas. Fallaba un golpe de manera infantil y apuntaba al cielo y, con toda la fuerza de la que era capaz, lanzaba la pelota que lo había humillado a la cancha de al lado, adonde sin embargo salía a buscarla de inmediato, completamente abochornado, a toda carrera. Martirizaba redes, flejes y alambrados con raquetazos feroces; pateaba pelotas sin mirar, a cualquier parte, pelotas que fatalmente terminaban perdiéndose en canaletas o se escabullían por orificios secretos hacia la calle, hacia los charcos de agua podrida de los que debía rescatarlas después, completamente asqueado. Tenía un escueto repertorio de autorreproches – epítetos ofensivos pero legales, «¡bestia!», «¡imbécil!», «¡tarado!», «¡inútil!», el extravagante «¡nulo!», siempre tan pintoresco, que podía exclamar una cantidad respetable de veces sin ser penalizado por los árbitros, y con el tiempo, sin proponérselo realmente, porque lo que lo empujaba a ese furor asocial no era una voluntad de perturbar –moneda corriente de esos tenistas subversivos en quienes talento y ultraje son sólo dos manifestaciones de una misma energía–, sino más bien la falta absoluta de toda voluntad, que ni bien pisaba una cancha era abolida por la constelación de variables a las que tenía que hacer frente en el partido, había llegado a refinar una técnica bastante ingeniosa, que los parásitos de siempre no tardaron en plagiarle, para ridiculizar con alguna impunidad a sus rivales, consistente en maldecirse a sí mismo a viva voz pero aclarando, también a viva voz, las razones por las cuales se maldecía, y reduciendo esas razones a una –haber desaprovechado la pelota débil, torpe, patética, digna de un principiante, que su contrincante le había dejado servida. Y mientras iba ganándose la peor de las famas, jugador anímicamente inestable, fama que muy pronto lo precedió dondequiera que jugara y que todos sus adversarios, incorporándola a su identikit deportivo al mismo nivel que sus debilidades técnicas, procedieron a explotar –mientras tanto, Rímini *sufría*. Jugar era un trance, un arrebató que lo enajenaba, arrancándole pasiones que ni

siquiera sabía que tuviera. Su padre, que alguna vez, envalentonado por uno de los raros momentos de gracia en que Rímini parecía inventar el tenis con cada golpe, había alentado la idea de encaminarlo hacia el profesionalismo, buscó por todos los medios curarlo de su mal, sin duda el peor, el más perjudicial para cualquier carrera deportiva. Le habló; lo invitó a buscar traumas, causas. Jugaban juntos y lo imitaba, creyendo que si se veía en un espejo el espanto lo purgaría. Se puso firme, lo amenazó, llegó a interrumpir una final de interclubes en Deportes Racionales para retarlo en público, delante de trescientas cincuenta personas, entre ellas una novia de ominosas axilas peludas que no soportó la tensión y prefirió huir antes que verlo derrotado. Llegó a negociar en secreto con el entrenador del club su exclusión temporaria del equipo, a manera de escarmiento. Todo fue inútil. «Era un talento», el único diagnóstico certero. Rímini sufría el síndrome del dotado. Incurable. Porque el talentoso lo recibe todo de entrada, sensibilidad, fuerza, inteligencia, velocidad, inventiva, pero lo recibe en abstracto, en estado de máxima pureza, como si ya no hubiera nada más que hacer, nada que no sea regodearse con ese don o contemplarlo, o como si el horizonte en el que está llamado a desplegarse fuera un limbo inaccesible, autosuficiente, en equilibrio y armonía eternas, y no un mundo arbitrario, desprolijo, brutal, donde un día hace calor y otro frío, hay viento, puede llover, a los trenes se les ocurre pasar justo en medio del segundo saque, los ligustros se agitan, los cordones de las zapatillas se desatan, salen ampollas, las novias se ríen con desconocidos en las gradas, ruedan vasitos de plástico en la cancha de al lado, una bandera flamea demasiado, una pelota pica menos que otra, los rivales no paran de correr, el sudor se mete en los ojos.

Ahora todo eso había quedado atrás. Si Rímini —el *Prof. Rímini*, como leyó la mañana de su debut, letras blancas sobre pañolenci verde, en la cartelera del vestíbulo del club, todavía dormido, acariciando en el fondo de un bolsillo el blíster con las pastillas de carbón— había conservado su talento, era sencillamente porque su talento era una antigüedad, una antigüedad superflua, que su nueva función no exigía en absoluto y que Rímini añadía al ritual pedagógico como un valor fuera de programa. No había futuro para el talento; perdida la juventud, de la que de algún modo era un sinónimo perverso, ya no tenía nada con que hacer juego. Y esa condición solitaria, que suele deprimir cuando afecta a virtudes mal distribuidas, en el caso de Rímini, al contrario, le daba a su talento un carácter especialmente atractivo, como el que de pronto poseen ciertas joyas, genuinas pero poco requeridas, que por un golpe de suerte dejan el alhajero en el que se aburrían y pasan a pavonearse sobre la carne todavía vital que decidió exhibirlas. Era un lujo, huérfano, aislado y, como todo lujo, de una elegancia anacrónica. Y era el signo de una pasión por el derroche que la

raza de los jugadores sólo comparte con la de los *dandies*. Nadie –ni siquiera el mismo Rímini– llegó a intuir todos estos entretelones, pero el día del debut, con los nervios del caso, afligido, además, por la rotura de un cordón de sus zapatillas, una señal que no presagiaba nada bueno, Rímini, después de dar cuatro horas y media de clase, le devolvió al tenis el espíritu que quince años de anabólicos, marcas y transmisiones televisivas habían reemplazado por la triste mística del sacrificio. Su sobriedad era casi una insolencia. Jugaba con naturalidad, sin esfuerzo, como si la raqueta no fuera un arma ni una prótesis sino la intérprete atenta y delicada de su brazo. Pegaba con una sola mano. Quince años más tarde seguía contrariando a sus maestros: en vez de «atacar» la pelota prefería esperarla, lo que le daba a su juego un aire de aristocrático desinterés, como si siempre tuviera algo mejor que hacer que estar ahí; la tomaba un poco más abajo de lo normal, casi en cuchara, a la manera de los tenistas de antes de la era de los efectos. Corría poco, caminaba, más bien, y no ocupaba la cancha con el cuerpo sino con la inteligencia, anticipándose siempre a los golpes del otro. Y entre los suyos, generalmente planos, lo raro era que no parecía haber pausas: formaban una secuencia fluida, como las figuras sutilmente ligadas que trazan en el aire ciertas artes marciales, que continuaba incluso cuando la pelota estaba del otro lado de la red y sólo se interrumpía cuando el tanto terminaba. Y después estaba la ropa, prácticamente una declaración de principios: todo blanco, de algodón –única excepción: las dos franjas azules que bordeaban el escote en ve del pulóver sin mangas–, pantalones cortos con bolsillos, zapatillas de lona, por supuesto, y un sombrero de tela cruda, liviano, de modo que al mojarlo no le pesara, para protegerse del sol

Fue, jugó, venció –en términos simbólicos, porque, dado el penoso nivel de su alumnado, que sólo permitía que las pelotas cruzaran la red sin contratiempos cinco, seis veces, diez en los casos más aventajados, Nancy entre ellos, pensar en jugar un partido con todas las letras era una ambición insensata. Fue un éxito más cultural que deportivo. Tomándose su tiempo, como si el aire de anacronismo afectara tanto a su cuerpo, que ahora se movía con una extraña *nonchalance*, como a su ropa, se puso su flamante uniforme de profesor en el vestuario, y el encargado de las toallas y jabones, después de un segundo de asombro, lo premió con una sonrisa radiante. Salió. Llevaba el cesto metálico con la dotación de pelotas amarillas que le había cedido su malogrado antecesor. Atravesó medio club bajo el sol, buscando la cancha que le habían asignado, y en el camino un grupo de nativos –un hombre en delantal de cocina, un jardinero que rociaba un cantero de rosas con una regadera vacía, alguien que luchaba con una enorme escalera– lo saludó con simpatía,

asintiendo con la cabeza como los perritos en las lunetas traseras de los autos. El portón de la cancha gimió, Rímini se golpeó por cuarta vez las suelas de las zapatillas con la raqueta —esta vez no era de desubicado, como las tres anteriores, sino de puro supersticioso— y entró. Sintió una extraña sensación de plenitud. Sabía que era un impostor, pero la banalidad y eficacia de la impostura lo maravillaron. Estaba por pisar el polvo de ladrillo cuando, pasando por alto una ligera depresión del terreno, su pie quedó un instante pisando el vacío, desconcertado, y todo su cuerpo se desequilibró, y una pelota, una sola, la que ocupaba la punta de la pirámide, rodó suavemente, saltó del cesto y aterrizó en la cancha donde picó una, dos, tres veces con arrogancia, alejándose, hasta que Rímini le cerró el paso con la raqueta, la aplastó un par de veces con el encordado, volvió a hacerla picar, como reanimándola, la recogió —usando la raqueta como bandeja— y la depositó en el mismo lugar de donde había tratado de fugarse. Entró a la cancha y vio al canchero que lo miraba del otro lado de la red, con la rastra colgándole de una mano y la otra mano alzada, saludándolo.

Después llegó el turno de los alumnos, que se fueron presentando progresivamente a lo largo de la primera semana de clases. Eran seis, y, salvo dos —un niño irritable, Damián, ex alumno de una escuela privada cuyos padres pretendían compensarle la pérdida de la doble escolaridad con mañanas saturadas de idiomas y deportes que detestaba; Boni, un adolescente escuálido, con la cara estrellada de acné y las puntas de los dedos amarillas de nicotina, cuya madre, que lo tenía prácticamente a su cargo, suponía que un poco de ejercicio físico encauzaría sus efervescencias hormonales—, todas eran mujeres, algo perfectamente natural, dada la hora y los días de las clases. Lo recibieron sin mayor efusión: la dosis justa de desconfianza y curiosidad que despiertan los reemplazantes, sobre todo cuando son inesperados. Damián solía dedicar algunos segundos de burla a sus zapatillas de lona, que al lado de las que él usaba, monstruosas, como reptiles mutantes, eran de una austeridad casi rupestre; y el fumador Boni —que, con la anuencia tácita de Rímini, faltaba a una de cada dos clases— nunca logró pronunciar el nombre de su nuevo profesor sin equivocarse. Pero eran poco exigentes, se distraían fácilmente y Rímini descubrió muy pronto que acortándoles la clase los hacía felices. Las mujeres le dieron un poco más de trabajo. Eran muy parecidas entre sí: maduras, ociosas, bien conservadas, equipadas con los últimos gritos de la moda y la tecnología deportiva. Corrían mucho, siempre: primero con dignidad, displicentemente, luego con una ciega desesperación, como si se flagelaran. Rímini quedó sorprendido por un detalle: todas, al pegar, soltaban unos aullidos agudos, como de samurai, aun cuando golpearan la pelota con el

canto de la raqueta o no la golpearan en absoluto. Durante la primera semana lo sometieron a las clásicas encuestas comparativas, confrontando cada una de sus indicaciones, sus fórmulas, sus principios, con los que les había inoculado su antecesor —el grito samurai era uno: se lo reveló el profesor lesionado la tarde en que Rímini, a instancias del entrenador, fue a la clínica para agradecerle la oportunidad que le había dado. «Se desahogan», le explicó, metiendo una aguja de tejer en la armadura ortopédica que inmovilizaba su pierna herida, «y de paso se sienten superprofesionales»—, y se entregaban a las comparaciones sin emitir juicios, con un prurito de neutralidad, como si les preocupara menos haber perdido una cara familiar que el bien supremo y objetivo del tenis. En todo encontraban una virtud y un defecto. La juventud de Rímini, por ejemplo: quince años menor que su antepasado, era a la vez una señal de renovación, lo que las entusiasmaba, y de inexperiencia, lo que las hacía recelar. Su tenis suelto y simple las aliviaba, liberándolas del peso de las exigencias técnicas, pero al mismo tiempo las atemorizaba, porque sin toda la parafernalia de efectos se sentían desamparadas. Pero pasada esa fase inaugural, de estudio y calibración recíprocos, todo se fue aquietando, las sorpresas (junto con las expectativas) languidecieron y la tediosa eficacia del mecanismo deportivo terminó disipando todas las incertidumbres.

Entonces, como en esos concursos de belleza en los que las aspirantes al trono esperan el veredicto en fila, multiplicando por diez una sola y misma ansiedad, y el jurado lo anuncia y una de ellas, una sola, da un paso al frente y estalla en lágrimas y mientras una corte de ex princesas y ex reinas se le abalanza con cetros y coronas de laureles, todas las demás, de las que hasta ese momento nada parecía distinguirla, pasan a formar parte de un magma indiferenciado y borroso, en el que se pierden y que no las regurgitará jamás, así, con esa misma arbitrariedad, Nancy dio un paso adelante, dejó atrás el rebaño en el que pastaba con el resto de las alumnas y entró con altivez, haciendo sonar todas sus pulseras de oro, en el desierto de la vida de Rímini. Tomaba la clase con las pulseras puestas, seis en cada muñeca, finitas como cabellos de ángel, un detalle que Rímini adjudicó, con alguna ingenuidad, como descubriría poco más tarde, a la debilidad o la indolencia del profesor anterior, y que decidió corregir a la tercera clase, después de que Nancy propulsara la sexta pelota de la mañana al cementerio natural de pelotas que funcionaba del otro lado del alambrado, junto a las vías del tren. Cruzó la red de un salto —un impulso excepcional porque, todavía algo inseguro en el plano físico de su relación con los alumnos, rara vez cambiaba de lado, y si le daba por hacerlo pasaba siempre por el costado, el camino más largo pero también el más protocolar— y se acercó a ella dando unos saltitos displicentes, como si el alarde

de agilidad que acababa de hacer no le hubiera costado el menor esfuerzo. Nancy lo esperaba con los brazos flojos; la raqueta colgaba muerta de su mano izquierda. Se había quedado quieta, clavada en la pequeña porción de cancha donde había pegado su revés, como si alguna cláusula del reglamento le prohibiera moverse. Rímini no pudo verle los ojos, ocultos, como siempre, detrás de unos grandes anteojos de sol hexagonales, pero la vio cabizbaja y advirtió su desánimo. «Vaaamos a ver», dijo, como hablándole a un chico. Se paró detrás y cuando se acercó, dispuesto a guiar paso a paso sus movimientos, como un marionetista a su muñeco, una ráfaga de perfume lo envolvió en una nube dulce y fulminante, mezcla de damascos maduros y bronceador, que parecían despedir todos los poros de su cuerpo, y, un poco atontado, vio en la base de su nuca, de la que nunca antes había estado tan cerca, una hilera de gotitas de sudor perfectamente alineadas, todas del mismo tamaño, brillando como un collar de perlas sobre la piel tostada. Entonces, mientras ponía su pie izquierdo a la par del de ella, acortando aún más la distancia que los separaba, Rímini le tocó el codo izquierdo suavemente, con decisión y delicadeza, y Nancy respondió de inmediato, como si ese codo fuese el centro de su capacidad receptiva: cruzó el brazo sobre su pecho y lo llevó hacia atrás, ensayando la primera fase del revés, y su cortejo de pulseras, que hasta entonces languidecían alrededor de su muñeca, se agitaron y revivieron, emitiendo un susurro opaco, levísimo, y confabuladas con el perfume hicieron blanco en el oído de Rímini. Tuvo una erección instantánea, tan intensa y abrupta que por poco no grita. Se apartó instintivamente. Le reprochó —maniobra distractiva— que no se hubiera sacado las pulseras para jugar, mientras bajaba los ojos y evaluaba el vértice tenso de su pantalón. «Es oro», dijo Nancy, «soy adicta al oro», y dio un paso atrás, un paso innecesario, que Rímini, que ahora la perfilaba tomándola de los hombros, no había previsto, y lo rozó con su cadera. Eso fue todo. Rímini alzó los ojos, vio las copas de los árboles que giraban contra el cielo y ahogó un gemido en su muñequera de toalla. Su cuerpo se estremeció en un escalofrío fugacísimo, como un relámpago, que lo atravesó de pies a cabeza y lo hizo arder, literalmente. Las piernas se le aflojaron. Habría caído ahí mismo, de rodillas, en el piso de polvo de ladrillo, si Nancy, que, a menos de veinte centímetros de distancia, parecía sin embargo formar parte de otra dimensión, del mundo antiguo, remotísimo, de lo real, no hubiera llevado la raqueta hacia atrás —segunda fase del golpe que buscaba mejorar— y tropezado con el inesperado obstáculo de su cara. Un accidente providencial. El dolor lo reanimó. Nancy, avergonzada, dejó caer su raqueta y estiró una mano hacia su pómulo, que empezaba a enrojecer, como si tocarlo fuera una forma de pedirle perdón —una mano que temblaba. Temblaba, pensó

Rímíni, como sólo había visto temblar a viejos, a enfermos, a personas estragadas por el alcohol. Y antes de que llegara a tocarlo, o más bien para que no lo tocara, Rímíni se agachó, levantó la raqueta —operación que aprovechó para examinarse de soslayo el pantalón, el área donde el éxtasis había dejado su triste recuerdo— y se la alcanzó. «No se preocupe», dijo, «no es nada. Vamos a repetir el revés pero peloteando.» Y volvió a su lado de la cancha, recogiendo de paso —atrapándolas entre la raqueta y la cara externa de su pie derecho— algunas de las pelotas que descansaban junto a la red.

Sí, Nancy temblaba como una hoja, como era natural que temblara una hoja que pasados los cincuenta años, intoxicada por toneladas de tranquilizantes, pastillas para adelgazar y suplementos dietarios, seguía fumando un promedio de cuarenta cigarrillos de cien milímetros por día —uno, infaltable, después de cada clase, que prendía con un encendedor Dunhill de oro al dejarse caer en el banco de la cancha con la raqueta todavía en la mano— y, luego de desechar con un gesto despectivo la botella de agua mineral que Rímíni le ofrecía, sin pasar por el vestuario y sin bañarse, se sentaba a una mesa en la terraza del club, bajo el sol mortífero del mediodía, extendía sus piernas fibrosas sobre una silla vecina y despachaba dos gin tonics y otros dos cigarrillos en el mismo tiempo que a Rímíni, cuyos movimientos dominaba con todo detalle desde su puesto de observación, le llevaba reunir las pelotas que ella misma acababa de desperdigar por toda la cancha. Y en un momento, con ese esmero misterioso que el azar consagra a los hechos más insignificantes, todo se sincronizaba: el cesto estaba casi lleno, la tranquerita metálica de la cancha volvía a chirriar, empujada con desgano por la cadera de Boni, y Rímíni, sorprendido en el acto de recoger la última pelota, alzaba los ojos y miraba hacia la terraza donde Nancy, que acababa de limpiar el fondo de su segundo vaso, recogía las piernas en el aire, se levantaba y rumbeaba con alguna vacilación hacia la salida del club, arrastrando la raqueta por el piso como la cola de un vestido que no volvería a usar. Temblaba, y los accesorios de los que se pertrechaba, los anteojos hexagonales, el oro, el maquillaje, los cortes de pelo, tan versátiles como su guardarropas deportivo, el auto japonés que la esperaba siempre en la playa de estacionamiento del club, todos los signos de riqueza, que tendrían que haberlo disimulado, no hacían más que ponerlo en evidencia.

Temblaba de desesperación porque estaba vacía. Ese mismo raspaje exhaustivo a que los cirujanos someten a veces el útero enfermo de ciertas mujeres, Nancy parecía haberlo sufrido no en el cuerpo, cuya vitalidad, aunque muy deliberada, no dejaba de ser genuina, sino en el alma, que alguna herramienta monstruosa, mucho más radical que las cucharas de los cirujanos,

parecía haber rasqueteado hasta el último fondo. Era como un estuche seco, sin interior, condenado a un envejecimiento inapelable. Y como no tenía secretos, nada que retirar de la superficie del mundo, lo único que Nancy podía hacer era multiplicar, reemplazando la discreción, la reticencia y el pudor por la lógica de la avidez y la abundancia, dos compulsiones que ejercía todo el tiempo, sin darse cuenta, incluso en formas invertidas y contradictorias, como cuando a principios de mes, por ejemplo, redondeaba los honorarios de Rímini con una propina insultante, y quince minutos más tarde, en la terraza del bar del club, recompensaba la insípida atención del mozo de siempre con una suma que duplicaba el precio de lo que había consumido. Y aunque, hablando en términos estrictamente técnicos, la descarga sexual de Rímini fue fugaz como una exhalación, y sus frutos, si es que los hubo, se extinguieron muy rápidamente al contacto con la tela del pantalón, fue allí, en el lecho de la avidez de Nancy, tierra amarga, sin duda, pero de una fertilidad excepcional, donde encontraron una descendencia duradera. Para Rímini, todo había nacido y muerto prácticamente al mismo tiempo: un éxtasis suicida, como el que deparan las estrellas fugaces, que sólo existen cuando se desvanecen. (En el horóscopo sexual Rímini era dromedario; no gozaba: se preparaba para la escasez, el único horizonte que reconocía su deseo.) Había disfrutado del estremecimiento, hasta donde algo que dura segundos puede disfrutarse. Pero lo que el trance sexual hacía con él, en él, no era predisponerlo para un porvenir de reincidencias —algo por otra parte muy difícil de imaginar, dado el carácter extremadamente casual del episodio—, sino poner punto final a una larga temporada de castidad, a lo sumo proporcionarle las reservas de satisfacción necesarias, en su caso más que modestas, para atravesar sin mayores tensiones la distancia que lo separaría del trance siguiente.

Así, mientras Rímini volvía aliviado a su nido de indiferencia, Nancy, por su parte, entraba en uno de esos estados de ebullición que sólo pasan inadvertidos a quienes los padecen. No es seguro que esa mañana, en la cancha, de espaldas como estaba, y dada la eficacia con que Rímini disimuló todas las evidencias, llegara a darse cuenta de lo que había pasado. No había visto la erección; tampoco la secuela húmeda que la descarga, una vez burlada la resistencia del suspensor, había dejado impresa en el pantalón. Pero todo lo demás le había llegado: el aumento súbito de la temperatura, el cambio de ritmo en la respiración, la inminencia de una pérdida de control, que Rímini llegó a neutralizar pero cuyos ecos siguieron flotando a su alrededor. Lo había percibido de un modo indirecto pero palpable, como se perciben una presión o los movimientos que tienen lugar a los costados del campo visual, que, aunque invisibles, muchas veces tienen más presencia que los que se despliegan delante

de los ojos. Y, por imprecisas que fueran sus causas, esa especie de «enloquecimiento atmosférico», del que Rímini sin duda había sido el foco de irradiación, bastó para encenderla. Entonces le tocó temblar también de deseo.

Sólo hay un espectáculo más penoso que el del amor contrariado: el del deseo no correspondido. Porque en el amor nadan tanto el que ama como el que no, pero el que no desea —el que no desea está fuera del deseo, y no hay nada que pueda restituirlo al mundo del que se ha excluido. El no del que no desea es absoluto, no tiene retorno y convierte al que desea en alguien radicalmente ajeno, no diferente sino heterogéneo: no alguien que está en otro «estado», del que finalmente, pasado cierto tiempo, cambiadas ciertas circunstancias, podría «salir» o «pasar» a otro, sino alguien que pertenece a otro reino. Un perro alzado, digamos, patrulla una plaza. Detecta a un perro como él, incluso de su misma raza, y antes de saber si es macho o hembra, si el diminuto sexo que tiene entre las piernas encontrará un hueco donde desahogarse, se abalanza sobre él, lo sorprende por detrás, se encarama sobre sus ancas y arremete con su ciego, frenético vaivén. Pero he aquí que el otro no quiere. No quiere y punto. Su no querer es todo: es tan puro, tan de una pieza como el querer del otro. Se queda quieto, la lengua colgándole entre los dientes, mirando algún punto a lo lejos, hasta que le llama la atención otra cosa y mueve un poco la cabeza y sigue mirando, mientras el otro, el alzado, multiplica sus asedios y se afana inútilmente. ¿Quién no sufrió alguna vez con esa estampa patética? Porque ¿hay dos perros? ¿O hay más bien uno, el alzado, que desea, y luego su presa imposible, que no desea y que por no desear ya no es perro sino otra cosa: algo inerte, un pedazo de piedra, una planta, un tronco con forma de perro? Así, entre el que desea y el que no, el que hace el ridículo siempre es el primero, porque abalanzándose sobre la criatura que no le corresponde no comete un error de apreciación, ni de cálculo, ni de oportunidad: se equivoca de especie.

Ésa fue la tragicomedia que les tocó presenciar, en las dos semanas que siguieron, a los empleados más madrugadores y leales del club. Nancy cargaba contra Rímini, Rímini, distraído, miraba para otro lado —como si a lo lejos sonara uno de esos silbatos que los humanos no oyen y los perros no pueden dejar de contestar. De cultivar una especie de indiferencia funcional, que sólo le permitía interesarse por los asuntos deportivos, Nancy pasó a moverse en el plano de esa simpatía inestable y desconcertada que, a falta de un recurso mejor, la urgencia del deseo a menudo emplea como vehículo y disfraz para abordar a su objeto sin espantarlo. Saludaba con entusiasmo. Ya no se limitaba a ofrecerle una mejilla distante, sino que, tomándolo primero de un brazo, luego de un hombro y finalmente de la nuca, lo atraía hacia sí y lo besaba

rápido, de modo que el beso de él llegaba siempre un segundo tarde y más que un saludo protocolar, que era lo que era para Rímimi, parecía en realidad una respuesta tímida y turbada al beso de ella. Empezó a hablar más, de cualquier cosa, con una avidez infantil, como si hubiera estado meses amordazada, y todo lo que decía parecía decirlo a pesar de sí, delatándose, con una especie de sinceridad involuntaria. Cada frase era un caos privado donde coexistían sin problemas un recuerdo escolar, un chisme de peluquería, unos renglones procaces de una biografía novelada de Mariquita Sánchez de Thompson, una alabanza del jardinero de la casa de veraneo que tenían con su marido en Punta del Este, la colección de pelucas de una amiga íntima —recientemente aligerada de un tumor cerebral del tamaño de un melón rosado—, los sudores fríos de la menopausia, un dilema crucial —¿eutonía o ashtanga yoga?, ¿pesas o tanques de flotación?—, ciertas sospechas sobre el uso que la mucama hacía de su tiempo libre —y siempre, traspapelada como por azar entre todas esas inquietudes, alguna pregunta sobre la vida personal de Rímimi, que Nancy formulaba bajando el tono de voz, como si, pese al atolondramiento de su deseo de saber, todavía tuviera la conciencia necesaria para detenerse y subrayar con algún matiz especial el verdadero blanco de sus afanes.

Su tenis no tardó en sufrir las consecuencias. Ya era malo; ahora se volvía imprevisible. Perdió toda noción de distancia: corría tarde o se precipitaba demasiado. Aceleraba cuando tenía que esperar, retrocedía cuando había que avanzar. Empezó a fallar en los golpes que más dominaba; de un día para el otro, como si un accidente la hubiera dejado amnésica, el *drive* con *slice* pegado de arriba hacia abajo, al «estilo guadaña», como lo había bautizado Rímimi al experimentarlo por primera vez en carne propia, desapareció sin dejar rastros de su modesto repertorio de alevosías autodidactas. Recaía en vicios de los que parecía haberse curado: se desconcentraba, se enfurruñaba, perdía tiempo: enviaba una pelota a la red, por ejemplo, y en vez de buscar alguna de las miles que florecían a su alrededor, iba a recogerla a paso lento, arrastrando los pies, en una especie de peregrinación fúnebre. Y todo lo que hacía —intencionalmente en el diez por ciento de los casos, arrebatada por la violencia del deseo en el noventa por ciento restante— lo hacía con una sola meta: obligar a Rímimi a cruzar la red, atraerlo y resucitar, con el pretexto de una corrección cuerpo a cuerpo, aquel vertiginoso momento de combustión. Y Rímimi cruzaba la red y repetía la rutina del titiritero y su marioneta una y otra vez, con paciencia y dedicación, atento a la rectitud del torso de su alumna, a la firmeza de su antebrazo, a la sincronización de sus piernas, pero completamente indiferente a sus escotes abismales, al brillo de su vello erizado y a sus bombachas transparentes.

Hasta que una mañana, como se dice, pasó lo que tenía que pasar. Rímini alternaba pelotas largas y cortas, que mantenían a Nancy en el fondo de la cancha, a la defensiva, y de pronto, sorpresivamente, la obligaban a «subir» hasta la red, donde tenía la consigna, además, de definir el tanto a su favor, en lo posible sin apelaciones. Arrinconada contra el ligustro, Nancy devolvió un profundo golpe de Rímini con todas sus fuerzas, sin otra esperanza que la de archivar la pelota en el agujero negro de la vía, pero, primero para su propio asombro, después para el de Rímini, la mezcla de desesperación y desaliento con que pegó hizo de su golpe un disparo mortífero. La pelota peinó apenas la faja de la red, viajó al ras del piso y picó justo sobre el fleje del fondo, donde Rímini, esforzándose al máximo, logró detenerla. No la golpeó; llegaba sin margen, de modo que simplemente opuso su raqueta con firmeza y la detuvo. Pero la pelota ya no necesitaba más impulso; le alcanzaba con el envión brutal que Nancy le había dado, así que rebotó contra el encordado de la raqueta de Rímini y se elevó y emprendió un lento regreso mareado hacia el campo rival, pero en el camino tropezó con una brisa de frente y se demoró y, como quedándose sin combustible, se desplomó de golpe, casi en forma vertical, y después de golpear contra la faja de la red cayó del lado de Nancy y picó sin fuerzas, como si cumpliera con una mera obligación reglamentaria. Pero Nancy no iba a renunciar. Traducido a desesperación —es decir, convertido en puro amor propio—, el ardor del deseo le había pellizcado los talones y, mientras veía la pelota volver, todavía incrédula por la fuerza de su propio golpe, la había lanzado hacia adelante como una flecha. Corrió, corrió como nunca, como si quisiera extenuar de una vez por todas ese hormigueo que llevaba días acosándola. Oyó la voz de Rímini que la alentaba, oyó el sonido de sus propios pasos duplicado por el eco, extendió el brazo, la mano, la raqueta hacia adelante, en busca de la pelota que, ahora en cámara lenta, estaba a punto de volver a picar, y le pareció que la tocaba, que estaba devolviéndola, cuando sintió que algo —no la garra masculina que hubiera deseado, sino el fleje un poco levantado de la línea de saque— le retenía un pie derecho, único nexo, en esa situación crítica, que unía su cuerpo a la tierra, y se derrumbó. Rímini la vio caer, consultó un viejo archivo de accidentes tenísticos, comprendió que el caso no era grave y soltó una risita, la misma risa risueña que solía soltar su padre —«para tranquilizarte», según decía cuando Rímini, furioso, se la reprochaba— cuando él, en medio de un partido, perdía pie y aterrizaba en el polvo de ladrillo. Así y todo corrió a su encuentro. Nancy, tendida boca abajo, no podía verlo, pero lo imaginó saltando la red y sintió que el hormigueo le mordisqueaba la cara interna de los muslos, y cuando volvió a oír que se reía lo detestó con toda su alma. «No pasó nada», dijo Rímini mientras la ayudaba a

incorporarse. Una vez más, quería calmarla y sólo la desdeñaba. Nancy, dispuesta a jugar su última carta, aceptó olvidar el golpe, el ridículo, el tanto perdido. Le mostró una diminuta porción de rodilla despellejada y la adelantó un poco hacia él, como ofreciéndosela. «Es un raspón, nada más», dijo Rímini, recogiendo la raqueta de Nancy y alcanzándosela. «Déjelo así, al aire, así respira.»

Al rato la clase había terminado y Nancy, la despechada Nancy, después de dejar caer los billetes del mes sobre la funda de la raqueta de Rímini y saludarlo a la distancia, se había ido rengueando rumbo al club house, más sedienta que nunca de su consuelo alcohólico matutino. Rímini se quedó sentado en el banco de la cancha, con la toalla alrededor del cuello. Gozaba particularmente de esos intervalos solitarios entre clase y clase, cuando el esfuerzo físico invertido en el juego se sedimentaba en sus piernas, primero martirizándolas con un dolor delicado, luego adormeciéndolas ligeramente, y una corriente de aire fresco y transparente, versión introspectiva de la que, afuera, iba enfriándole el sudor del cuello, la cara y los brazos, parecía soplar, limpiándolos, en los amplios salones de su cabeza. Después de un rato se dio cuenta de que algo faltaba. Miró su reloj, calculó, dedujo que Boni había vuelto a desertar, tragado por otra de las noches de disipación de las que Rímini, a fuerza de no denunciarlas, había terminado volviéndose cómplice. Rímini pensó en irse, pero era una bella mañana de sol, fresca y límpida, el club estaba desierto y los pocos sonidos que se oían —el agua de los regadores, la rastra alisando una cancha cercana, una podadora intermitente— eran tan nítidos y perfectos que parecían irreales. Se desesperó. Acabó de un trago una botellita de agua mineral. Miró hacia la terraza, donde un mozo corpulento, con la chaqueta desabotonada, levantaba la mesa de Nancy, y en un raptó de opulencia decidió dar un paseo por el club. Se colgó el bolso de un hombro y anduvo un rato entre las canchas; pasó por la piletta vacía —cuyo fondo cepillaba un hombre en cuatro patas—, cruzó delante de la cancha de fútbol, trepó una cuesta muy suave, atravesó la glorieta, todavía engalanada por los restos de un cumpleaños infantil, y bordeó la playa de estacionamiento del lado de adentro, perseguido por el dulzor un poco pútrido de los jazmines. Miraba todo como desde lejos, con una especie de gratitud desapegada. Iba a entrar al club house cuando oyó un ruido sordo —un golpe acolchado— y una melodía familiar lo sobresaltó. Era una versión mecánica, como de autómatas, de *Para Elisa*, más acelerada que el original, como la que las empresas usan a menudo en sus centrales telefónicas para distraer la espera de sus clientes: una alarma de auto. Rímini acercó la cara al alambrado, abrió un claro en la enredadera y miró hacia la playa. Vio el Mazda blanco en su lugar, medio auto dentro del rectángulo

amarillo que le correspondía, medio auto afuera, invadiendo el del vecino, y después vio a Nancy de pie junto al auto, con los anteojos puestos y uno de sus largos cigarrillos oscuros en la boca, destrozando una ventanilla con la raqueta enfundada. Rímini entró al club, esquivó un carrito rodante lleno de toallas blancas y salió eyectado por la puerta principal. Cuando llegó hasta el Mazda, Nancy, con el cigarrillo apagado por las lágrimas, ya había desenfundado y se ensañaba ahora con el espejo retrovisor. Miles de vidrios destellaban en el asiento del auto, en el piso, sobre el tablero. «Se me quedó la llave adentro», dijo Nancy, hachando con el canto de la raqueta el brazo de metal del espejito. El llanto la ahogaba, pero su voz tenía un aplomo helado, completamente impersonal. «Adentro», repitió. «La llave adentro.» Rímini se asomó y vio la llave colgada del encendido, oscilando como si se burlara. «Cómo se corta», preguntó Rímini. Nancy, que sostenía la raqueta con las dos manos sobre su cabeza, apuntando al techo, giró hacia él, como si recién entonces notara su presencia. «¿Qué?», dijo. «La alarma», dijo él, «cómo se corta.» Nancy sacudió la cabeza a un lado y a otro, como si tuviera algo flojo adentro o agua en los oídos, repitió una vez más su estribillo —«La llave. Adentro»— y asestó por fin el raquetazo que venía postergando. El techo, sorprendentemente, ni se inmutó. Rímini metió un brazo por la ventanilla, arrancó la llave y se puso a apretar de cualquier manera, juntos, de a dos, por separado, los cuatro botones del aparatito que hacía las veces de llavero, hasta que *Para Elisa* hizo una especie de hipo y enmudeció, y Nancy, como sincronizada con la alarma, soltó la raqueta y se desplomó en sus brazos, mientras su voz de moribunda le suplicaba al oído que la sacara de ahí.

La acomodó como pudo en el asiento trasero. Mientras la oía llorar, Rímini espantó con la toalla los pedazos de vidrio, se sentó al volante, hizo girar la llave y miles de luces de colores se prendieron, acompañadas por una explosión de señales sonoras, en el cielo hasta entonces tenebroso del tablero. Durante un rato manejó como un autómatas, entregado al simple alivio de estar en marcha. Buscó un par de veces a Nancy en el espejo retrovisor: lo único que vio, siempre, fue un plano detalle de su rodilla herida, recortada con mórbido realismo contra la cuerina negra del tapizado. Pronto, muy pronto descubrió que se habían perdido. Avanzaba despacio por una calle muy angosta, flanqueada de árboles. Dos mujeres trotaban en ropa deportiva. Rímini tocó la bocina, sobresaltándolas, y las mujeres se abrieron y lo miraron pasar con ojos hostiles. Un perro vagabundo confundió las ruedas del Mazda con tobillos y lo persiguió ladrando hasta el siguiente semáforo, donde un micro de escolares que venía de frente lo ametralló con juegos de luces. Se dio cuenta de que iba en contramano. Se subió al cordón, luego al pasto, donde las gomas patinaron;

esquivó unos árboles dispuestos en zigzag, como obstáculos de entrenamiento, y después de esperar a una vieja prostituta que montaba guardia junto a un eucalipto retomó el pavimento. Su sentido de la orientación era esencialmente urbano; la naturaleza, aun en sus formas más domesticadas, bosques, parques, lagos, le parecía un reino de repeticiones sutiles, el laberinto por excelencia. De modo que dio vueltas, tomó avenidas, cruzó puentes y en un momento, ensordecido por los gritos de Nancy, quiso con todas sus fuerzas que apareciera otra vez la fachada del club, con sus viejos ladrillos marrones, sus banderas, sus postigos verdes —el club que quince minutos atrás sólo pensaba en abandonar. Pero lo que apareció no fue el club sino el globo del Planetario, con sus miles de poros, sus patas abiertas, su vetusto aire futurista, y no una vez sino varias, demasiadas, de modo que Rímini buscó la baliza, renunció a encontrarla —después de activar el limpiaparabrisas, los faros rompenieblas, el desempañador, el aire acondicionado— y estacionó. El llanto de Nancy era ahora un lamento débil y añorado, el grito de auxilio de una criatura encerrada en un cuerpo equivocado. No, dijo, no quería ir a su casa —intercalando las palabras entre suspiros. Quería ver a su psiquiatra. Muy bien, dijo Rímini. Dejaban atrás el Rosedal cuando su cara tumefacta asomó por detrás del respaldo del asiento. Había cambiado de opinión: quería ver a su quiropráctico. Pero unas cuadras más adelante, cuando pasaban junto a un enorme complejo comercial, Rímini la sorprendió por el retrovisor y vio que tenía la cara pegada contra la ventanilla: se había sacado los anteojos y miraba en calma, con un éxtasis soñador, una larga oruga de carritos que un chico de uniforme empujaba por la vereda.

Recorrieron el supermercado con altivez, como si vinieran de un planeta donde hacer las compras vestidos de tenistas, con la ropa sudada y las zapatillas llenas de polvo de ladrillo, fuera el colmo de lo cotidiano. Rímini iba atrás, empujando el carrito; Nancy, milagrosamente recuperada, marchaba adelante a paso jovial, una mano posada en la parte delantera del carrito, del que simulaba tirar, la otra suspendida en el aire, señalando y descartando góndolas a medida que avanzaba. Así, sin elegir nada, atravesaron «Productos de Limpieza», cruzaron «Carnes», dejaron atrás «Frutas y Verduras» —un repositor dejó de apilar choclos en un cajón para saborear el vaivén de la pollera tableada de Nancy— y fueron directamente a «Bebidas», donde a instancias de Nancy, que de pronto impartía órdenes precisas, como si el saqueo al que ahora se entregaban respondiera a un plan y no a los caprichos de la desesperación, llenaron el carrito de toda clase de botellas de alcohol, de las más comunes, gin, whisky, vodka, de las que Nancy invariablemente elegía las marcas más caras, a las más extravagantes, combinaciones de sidra y frutas, por ejemplo, o mezclas

de alcoholes ya preparadas, de colores brillantes, que parecían iluminados por dentro y que Rímini jamás hubiera sospechado que existían, y después, cuando Rímini enfilaba con el carrito hacia la zona de las cajas, calculando el tiempo o la cantidad de invitados que Nancy necesitaría para liquidar ese stock, dieron un rodeo por el sector de «Snacks», donde Nancy relleno los claros del carrito con todas las variedades y tamaños posibles de productos de copetín. Mientras estudiaba intrigada la etiqueta de un espumante griego, la cajera preguntó si la compra era para enviar a domicilio. Nancy negó con la cabeza; tenía la boca llena de papas fritas: ya había terminado su primer paquete –cebollín, pimentón– y arremetía con el segundo –jamón ahumado. Buscó y le entregó a la cajera una tarjeta de crédito; sus huellas digitales quedaron estampadas como hologramas en el plástico dorado.

Más tarde, poco después de arrastrar quince kilos de alcohol por el garaje subterráneo del edificio de Nancy, Rímini sufría en carne propia la avidez de esos dedos engrasados. Se encontró en una cocina, acostado boca arriba sobre una mesa de madera, aplastando con los riñones los paquetes de papas que acababa de liberar de las bolsas de supermercado, mientras Nancy reptaba encima de él y se frotaba contra su cuerpo y le hundía en la boca media mano llena de sal. Todo duró muy poco. Rímini, tomado de sorpresa, soportó el principio del asalto distrayéndose con unas telarañas que crecían en los ángulos del techo, y recién reaccionó cuando la mano libre de Nancy, después de perder parte de su valiosísimo tiempo con los pliegues del suspensor, consiguió abrirse paso hasta el retiro donde dormitaba su verga. Entonces, sin que nada lo hiciera prever –porque la urgencia es enemiga del placer y los dedos de Nancy, recubiertos de minúsculos cristales de papas fritas, no eran un modelo de suavidad–, todo su cuerpo tembló y se estremeció y su verga, que ni siquiera había terminado de desperezarse, estalló en un vértigo precario, embadurnando con unas pocas gotas tristes los dedos ásperos que acababan de despertarla. Fue una descarga casi irreal, como las que a veces lo sacudían en medio de un sueño, que no le deparaban verdadera satisfacción –porque eran tan fugaces que no dejaban huellas– pero que, después de sobresaltarlos, lo devolvían a los brazos del sueño en un estado de agradable languidez. Sólo que esta vez no dormía, no soñaba, no estaba solo. Abrió los ojos y vio la cara de Nancy muy cerca, completamente desorbitada, con la boca abierta y los dedos adentro, entorpecidos por el furor, untándose de semen las encías como Rímini alguna vez se había untado las suyas con sobras de droga. La visión lo espantó, pero no tuvo tiempo de reaccionar. Con una fuerza de posesa, Nancy lo apartó y rápidamente ocupó su lugar; se recostó boca abajo sobre la mesa, tironeó de su bombacha, liberando la entrada de su sexo, y luego, aferrándose a los bordes de

la mesa con las manos, como un náufrago a una balsa, empezó a temblar y a sacudirse, golpeando con el pecho la superficie de madera. «Ahora», gimió entre dientes, «adentro, ya, metémela.» Rímini se acercó y se apoyó tímidamente sobre sus nalgas, y Nancy se frotó contra él, buscando una dureza que no encontró, y fuera de sí se puso a tantear las bolsas de compras que yacían en el piso, alrededor de la mesa. «Algo, hijo de puta», gritó, mientras su mano palpaba el aire desesperada, «llename la concha ya o te mato, hijo de remilputas.» Rímini no pensó; estaba como en medio de una emergencia médica. Se agachó, metió una mano entre las bolsas, sacó una botella al azar – ananá fizz– y embutió el cuello completo, con el corcho, el alambre y el forro de papel dorado, en el sexo de Nancy. La oyó lanzar un gemido largo, de placer y de asombro; sintió cómo se contraía en un espasmo, electrizada por el cuerpo extraño que acababa de irrumpir en ella, y luego, en parte quizá para evitar el dolor, en parte para hacer durar el deleite, cómo empezaba a moverse con extremada lentitud, tragando y devolviendo la botella rítmicamente. Rímini se quedó quieto, ligeramente inclinado sobre el cuerpo de Nancy, sujetando la base de la botella con una mano firme, inanimado y sin embargo vital, como esos mástiles que los acróbatas usan para desplegar las contorsiones más audaces, que no son nada y lo son todo, porque cualquier defección podría malograr sin remedio todo el número, y mientras Nancy se movía, incrementando de a poco la intensidad de sus embestidas, se puso a contemplar la cocina. Miró el ventanal que tenía enfrente, con la sombra verdosa de la enredadera que iba colonizándolo del lado de afuera; miró las láminas de madera falsa que revestían las paredes, los herrajes dorados, los azulejos con relieve, la reproducción de Magritte, el mármol de la mesada – probablemente falso, también, con incrustaciones como de fruta abrigada– donde una formación de electrodomésticos de avanzada esperaba el momento de entrar en acción; miró el reloj, la efusión de flores en la fórmica de las alacenas, los repasadores con motivos animales, el zarpullido de imanes que iba extendiéndose por la puerta de la heladera...; y mientras barría con los ojos ese paisaje doméstico sintió que saltaba, como se dice que saltan los discos cuando el ojo encargado de leerlos falla, y se vio trasplantado a una película pornográfica, a una de esas escenas en las que el género renuncia por fin al esbozo de argumento con el que coqueteaba y decide de golpe ir al grano de una vez, con la misma avidez atrasada con que sus protagonistas abandonan los personajes de ficción que les asignaba el guión y se entregan al anonimato de la cópula, donde no son otra cosa que masas de carne, órganos, fluidos en estado de intercambio mecánico. Sí, reconocía el decorado, la crudeza de la luz, la precipitación con que el contexto cotidiano había sido desgarrado por la

escalada sexual... Pero de todos esos elementos familiares, que reproducían casi al pie de la letra lugares comunes mil veces vistos en fotos, revistas, videos, lo que más instalaba a Rímini en la convención de la pornografía no era tanto el carácter sexual, explícito, de la situación que le tocaba vivir, como la capacidad de disyunción, que le permitía demorarse en detalles insignificantes, la fórmica de las alacenas, los revestimientos, *mientras* seguía respondiendo, a su modo, es cierto, a las ansias de Nancy. Era eso lo que siempre lo había fascinado de la pornografía: esa especie de estereofonía sobrenatural, verdadera evidencia del profesionalismo de los actores y actrices del porno, que a Rímini sólo le parecía comparable con la capacidad disociativa de los pianistas —eso, mucho más que el largo o el grosor de las vergas, las destrezas de manos y lenguas, las eyaculaciones múltiples, la gestión de tiempos, cambios y velocidades. Era como si Rímini funcionara en dos circuitos independientes pero paralelos, con la salvedad, además, de que uno de ellos, el circuito sexual, por definición el más absorbente y ensimismado de todos los circuitos humanos, era el menos susceptible de admitir la coexistencia simultánea con otro, por superfluo que fuera. Se excitó, como le sucedía a veces cuando acababa de cortarse el pelo y, de vuelta en su casa, se miraba en el espejo del baño y tenía una erección instantánea. Entonces, mientras sus ojos completaban el *tour* por la cocina, Rímini aprovechó que Nancy, tentada por el contacto accidental entre su pubis y el borde de la mesa, se desprendía momentáneamente de la botella, y se colocó tras ella y esperó que volviera, de modo que, después de frotarse con furia, cuando retrocedió para buscarla de nuevo, lo que Nancy se hundió entre las piernas no fue el cuello del envase sino la carne palpitante de Rímini. La sorpresa le arrancó un aullido bestial, quizás un poco exagerado, que Rímini incorporó rápidamente a la banda sonora de su película casera. Y mientras la embestía con fuerza, guiado menos por el deseo que por las imágenes que desfilaban por su cabeza, que, como la métrica y la rima para los poetas, parecían dictarle todos sus movimientos, su mirada siguió paseándose por el decorado de la cocina, contó al pasar los platos formados en el secaplatos, en los que todavía brillaban algunas gotas de agua, y se zambulló en la piletta, donde tropezó con un colador lleno de hojas de lechuga recién lavadas. Luego vio la gota pobre pero periódica que la canilla, como saciando a un sediento con cautela, seguía dejando caer sobre ellas. Tuvo un presentimiento inquietante; le pareció que no veía todo lo que había para ver, que algo vital se le escapaba. Del otro circuito le llegaron la voz ronca de Nancy y sus propios jadeos encaminándose hacia el desenlace, pero ya Rímini volvía sobre sus pasos y miraba por segunda vez todo lo que ya había mirado, y al verlo con los ojos de la sospecha, en todo le parecía encontrar el rastro de una presencia que,

ahora invisible, tal vez... Nancy golpeó la mesa con las palmas de las manos y acabó con un rugido de ultratumba. Rímini acabó unos segundos después, más por contagio que por otra cosa, y posó la botella y volvió la cabeza, alertado por el crujido de una cerradura. Rechinando larga, lentamente, una puerta se abrió y una mano asomó desde adentro y trató, sin éxito, de frenarla. «El baño de servicio», musitó Nancy, la cara apoyada de costado contra la mesa. La puerta terminó de abrirse y Rímini descubrió a una mujer joven sentada en un inodoro. Tenía los ojos en blanco y las piernas abiertas, apoyadas contra las paredes del baño, y la punta de una lengua morada asomándole entre los dientes; una de sus manos seguía posada sobre el picaporte; la otra, abriéndose paso a través del uniforme, escarbaba entre sus piernas. Todo siguió así unos segundos, como si esa mano frenética fuera el único signo de vida que quedara en el mundo, hasta que la mujer acabó con unos espasmos mudos. «Es Reina, la muchacha», dijo Nancy. Se incorporó, se acomodó el pelo y los anteojos y apartó a Rímini con un frío gesto de hartazgo. «Para mí agua con gas, Reina. En vaso alto», pidió. «¿El señor?», preguntó Reina mientras se ponía de pie, golpeándose con el tónder suspendido sobre su cabeza. «No sé. Servile lo que quiera», dijo Nancy, y salió de la cocina. Reina emergió del baño acomodándose el uniforme. «Señor. ¿Té, café, agua?», preguntó al pasar. Pero Rímini ya no la escuchaba. Algo en la pared del baño le había llamado la atención: un rectángulo vertical, con un pequeño círculo en el centro, que se movía entre la tapa del depósito y la del inodoro, como si la mucama, al levantarse, lo hubiera hecho oscilar rozándolo con la espalda. Se fue acercando despacio, demorado por el estupor. «¿Señor?», volvió a preguntar Reina. Rímini dio unos pasos más y entró al baño. Era un cuadro –un Riltse. Y era original.

El agujero postizo es uno de los borradores de la serie «Historia clínica», que Jeremy Riltse debe de haber pintado —o sólo imaginado— en algún momento de 1991, año en que se lo dio por muerto al menos tres veces, en alguno de los talleres nómades en los que se asilaba compulsivamente cada vez que lo asaltaba la náusea Londres. Es un borrador *porque* todo en él está perfectamente acabado: en la carta que Riltse le envía desde Hamburgo al mayordomo de su marchand, a través de quien, luego de la última pelea, ha decidido comunicarse de allí en más con su marchand y con el mundo, único testimonio, por lo demás, de la existencia de un proyecto llamado «Historia clínica», el pintor deja bien en claro que se propone invertir la relación entre borrador y obra definitiva. Borradores se conocen cuatro, pero las obras definitivas —las únicas concebidas para exhibirse en público, según palabras expresas de Riltse— nunca aparecieron. Puede que se perdieran víctima de los viajes, las lagunas mentales —cada vez más frecuentes—o la precariedad que por entonces signaba la vida del artista. Puede simplemente que nunca llegaran a existir, ya sea porque Riltse supo desde el principio que no las realizaría jamás —y sólo las mencionó por una razón táctica, para revitalizar el fuego de su fama, por entonces algo debilitado— o porque algo sucedió en el camino que le impidió o lo disuadió de llevarlas a cabo.

(Dos biografías que disienten en todo coinciden, sin embargo, en lo que liquidó el proyecto fue el reencuentro fortuito de Riltse con Pierre-Gilles en la estación central de tren de Frankfurt, en el severísimo noviembre de 1991. Pierre-Gilles, que desconfiaba de los aviones casi tanto como de los bancos, venía de Amsterdam, de la vigésima sexta entrega de los Hot d'Or, donde acababa de alzarse con media docena de estatuillas unánimes —entre ellas la más codiciada de la industria, el Gran Hot d'Or al Primer Productor de Cine Pornográfico de Europa— y de pasmar a la audiencia con los versos de Paul Éluard que había elegido para agradecerlas. Riltse llevaba doce días sin salir de la estación, viviendo en el anonimato de una vida de mendigo. De día iba de

café en café con un viejo anotador rayado y un lápiz —que despuntaba con la uña del dedo pulgar—, ofreciendo retratos a parroquianos susceptibles. De noche dormía en un rincón del depósito de equipajes, sobre uno de esos grandes carros que transportan valijas, tapado con cajas de cartón y hojas de periódicos y usando el anotadorcito a modo de almohada. Pierre-Gilles lo reconoció en el acto; no por el aspecto, que la barba, la mugre y las placas de soriasis —además de la acción del tiempo, naturalmente— disimulaban demasiado bien, sino por la tos, que seguía siendo apocalíptica, y por los zapatos —botas negras, con cierre al costado, estilo beatle, que Riltse, para alcanzar la única estatura que no lo acomplejaba, retocaba desde hacía cuarenta años con unos sobretacos especiales. Lo vio y lo reconoció y, según los dos biógrafos, que aquí suspenden las hostilidades y aceptan cantar al mismo tiempo, se arrodilló ante él y entre sollozos le pidió perdón —y los dos biógrafos, a dúo, se preguntan por qué—, le declaró su amor, le ofreció amparo, cuidados, dinero, un castillo medieval en la Selva Negra, en cuyos sótanos reciclados funcionaban los estudios de la productora, una casa de verano en Torremolinos, con su cortejo de estrellas superdotadas, a las que entre rodaje y rodaje, para evitar lucros cesantes, Pierre-Gilles obligaba a trabajar para él como entrenadores personales, empleados domésticos, jardineros, choferes. Le ofreció todo, hasta el último bien que había acumulado desde la última vez que se habían visto en los tribunales de Londres, la tarde, casi medio siglo atrás, en que Pierre-Gilles, con chaleco de fuerza, esposado y custodiado por dos policías, oyó de boca del juez la sentencia que lo condenaba a mantenerse a no menos de dos kilómetros de distancia de Riltse y de boca de Riltse, sentado a dos filas pero libre, sin otra incomodidad en sus muñecas que no fuera la malla de un Movado de platino, la larga carcajada sarcástica con la que creía despedirse de él para siempre. Pero Riltse se apartó un mechón de pelo de la cara y lo miró, miró con el fondo de sus ojos vidriosos a ese hombre inmenso que, arrodillándose ante él como un devoto ante su dios, acababa de hundir el ruedo de su tapado de visión en un charco de agua y aceite y orina, y le palmeó un hombro una, dos, tres veces, como consolando a un loco, con una mano grave y paternal, y se puso de pie y se alejó por la estación un poco tambaleante, sonriendo, como quien paladea por anticipado el efecto que producirá al contar el pequeño milagro de insensatez que acaba de tocarle en suerte.

¿Farsa? ¿Despecho? ¿O Riltse, enajenado por su enésima estadía en la patria de la intemperie, realmente no reconoció a Pierre-Gilles? Aunque comparten las mismas preguntas, ninguno de los dos biógrafos da con una respuesta satisfactoria. Es cierto que tampoco se afanan demasiado por

buscarlas: uno con un rústico y expeditivo punto y aparte, el otro con dos renglones llenos de adverbios y una ilustración borrosa –Riltse internado en el hospital de Bloomsbury– a modo de separador, ambos vuelven a Londres y avanzan un año y ya arremeten con los hitos principales de 1992: incendio (¿intencional?) del cottage, tuberculosis, descubrimiento de la homeopatía, adquisición de Gombrich, frustrado proyecto de ópera electrónica con Brian Eno –y esto (la frase, exactamente la misma en las dos biografías, fue causa de un litigio legal que todavía hoy perdura) es todo lo que agregarán sobre la enigmática serie: «Tal vez para borrar la desafortunada experiencia de "Historia clínica", Riltse da un giro de 180 grados, anula la calefacción en toda la casa de Notting Hill y decide...»)

Aunque ¿por qué seguir una pista sabrosa pero decididamente conjetural, cuando el dato del supuesto encuentro de Riltse con Pierre-Gilles, que reconcilia por un momento a dos biógrafos enemigos, brilla por su ausencia en todos los demás?, y por qué seguir una pista psicológica, cuando la *orgánica* es tan flagrante? Si la serie «Historia clínica» nunca llegó a ver la luz, fue quizá porque sucumbió al mismo elemento –o, mejor dicho, a una evolución inesperada del mismo elemento– en el que originalmente se había inspirado: la enfermedad. *Afta*, *Herpes* y *Placa*, los tres borradores que sobrevivieron junto con *Agujero postizo*, prueban hasta qué punto Riltse eligió ese año –1991– y ese proyecto de serie para llevar hasta las últimas consecuencias la idea antigua, extraordinariamente persistente, de que arte y desequilibrio orgánico son consustanciales. El neologismo Sick Art, después tan célebre y tan mal interpretado, debuta en los papeles de Riltse a mediados de los años cuarenta, en los alrededores del episodio de automutilación de Pierre-Gilles, tal vez como su inspiración, tal vez como su cínico corolario artístico. Pero viendo la impresionante placa de *Placa*, que Riltse se rebanó de un muslo sin otra ayuda que un *cutter* aseptizado sobre la llama de un calentador, es imposible o es necio no pensar de inmediato en *Glande*, la otra gran obra-leyenda de la carrera del pintor, nunca hallada y motivo, hasta el día de hoy, de las más extravagantes elucubraciones. Es cierto que entre las obras –suponiendo que la segunda realmente exista– hay diferencias esenciales. *Placa* exhibe una muestra de tejido enfermo, pero el mal que lo afecta ya existía y había sido diagnosticado antes de que el artista decidiera incluirlo en un cuadro. Pese a las imputaciones de Riltse –«dolorosas supuraciones blenorragicas»–, que Pierre-Gilles contestó con una fórmula célebre, «Riltse es el virus», ninguna afección comprobada pudo achacársele al glande de *Glande* –más allá del portento de su tamaño, que Riltse, de acuerdo con los comentarios que le dedica en sus cartas previas al conflicto, nunca parece haber considerado realmente un problema. Cuando

llegó a manos de Riltse estaba básicamente sano, como puede estar sano un tejido muerto, naturalmente, con los daños lógicos que un largo recorrido postal, efectuado, para colmo, en pésimas condiciones de embalaje, puede ocasionar a las partes del cuerpo humano que no han sido diseñadas para viajar por correo. Pero haya obra o no, no importa si se la tragó el incendio del *cottage* o si PierreGilles, tras comprarla por una cifra millonaria en un remate de la Red Clandestina de Arte Porno, como circula por ahí, la mantiene cautiva en una caja de seguridad del Deutsche Bank, la idea de *Glande* ya es una primera cristalización del Sick Art, y si aún persisten las dudas, allí están *Afta*, *Herpes*, *Placa* y el pequeño, intenso, implosivo *Agujero postizo* para darle al hallazgo su certificación retroactiva.

La secuencia parece clara: Riltse vaga por Europa «coleccionando miserias, peligros, enfermedades, todo lo que pueda servirme de materia prima». Cada tanto, cuando el stock alcanza cierto umbral y la necesidad de trabajar se vuelve irresistible, recalca en un sótano, una casa tomada, cualquier pocilga que hacine inmigrantes y allí, en esos famosos «talleres nómades», se pone a producir los borradores de la serie. Hace los cuatro que hoy conocemos (y tal vez un quinto, cronológicamente el primero, *Uña con hongo*, que por algún motivo destruye) y termina por elaborar el diseño conceptual de la serie de obras definitivas, algunos de cuyos títulos (*Próstata*, *Vejiga*, *Recto*) permiten vislumbrar el rumbo que perseguía su imaginación. El Sick Art, «al revés que la homeopatía», procede de afuera hacia adentro. Es razonable pensar que, tras agotar las afecciones que sufría en la piel, Riltse se proponía pasar directamente al interior, a lo invisible, a ese reino –lo orgánico–cuyo nombre no podía pronunciar sin largar un suspiro de voluptuosa nostalgia. Y la bisagra que aseguraría ese pasaje era *Agujero postizo*.

A riesgo de ofuscar a los historiadores del arte, tan dispuestos a sacrificarlo todo –siempre y cuando el todo sea ajeno–con tal de asegurarles una ración de excentricidad a las fauces de sus glosas, es una suerte que la empresa quedara varada en su etapa más superficial. Si ya *Placa*, *Herpes* o *Afta*, trabajos sangrientos, sí, pero al fin y al cabo epidérmicos, bastaron para poner en peligro la integridad física de Riltse, es fácil imaginar lo que habría sucedido de haberse dado el paso siguiente. Clavar con una grapadora sobre una tela una placa soriásica, un borde de lengua con una llaga amarillenta o el pimpollo color ciruela que un virus hace crecer sobre un labio ya es una determinación audaz; ni que decir un pedazo de próstata, de vejiga o de recto. Sin embargo, por demencial que pueda parecer, el riesgo físico implícito en el proyecto es directamente proporcional a su ambición estética. Contra Fonrouge, contra Peiping, contra el dúo de payasos Gelly & Obersztern, «artistas» que, saquean-

do sin el menor escrúpulo el puñado de encuentros personales con Riltse con que los bendijo la suerte, promovieron la versión lavada del Sick Art que llamaron «propia», y que básicamente, bajo una torpe fachada de provocación, no hacía sino restaurar la vieja función curativa –y por lo tanto religiosa– del arte –Fonrouge recupera la visión cromática después de *Retinae*, Peiping «pinta» el tríptico *Gluten* y se despide de toda una vida de celíaco, Gelly & Obersztern instalan *Wise Blood* en el corazón de Hyde Park y la excepcional variante de diabetes geminada que padecen entra en remisión–, contra esa adulteración del concepto original, que confina la enfermedad en el arte para restaurar la salud del artista, Riltse concibe y practica el Sick Art como un vaivén, un intercambio continuo, una celebración de la reciprocidad. Si Riltse se extirpa una llaga de la lengua y la estampa contra una tela no es para curarse; es para que la enfermedad de su lengua *cambie*, derive, pase a otro estado. La llaga ya no está, es cierto, pero eso no basta para que los Peiping y los Fonrouge y los Gelly & Obersztern canten victoria, porque la enfermedad sigue allí, persistiendo y alterándose a la vez: la enfermedad es ahora la *insición* que ocupó el lugar de la llaga. («¿Qué es curarse un órgano comparado con enfermárselo?»), se pregunta el artista parafraseando a Brecht, a quien jamás ha leído pero cuyas chaquetas proletarias siempre le despertaron envidia.) El triunfo del Sick Art no es, *no puede* ser la salud del artista, como lo entiende ese rebaño de evangelistas patéticos, sino la renovación perpetua de su enfermedad y de su arte. El Sick Art como economía de *doble don*, como infección cruzada: no donar enfermedad al arte sin donar arte a la enfermedad y viceversa; «artistizar» la enfermedad no sin enfermar al arte. Estas premisas definen el programa pero no lo agotan; aunque radicales, siguen siendo demasiado «internas», demasiado gremiales, todavía, para alguien que sólo concibe la revolución del arte como la revolución de la *institución* del arte. Entre *Afta* y *Herpes* –¿mayo?, ¿julio?–, en algún momento particularmente beligerante de la tregua que le toca vivir entre el alta del hospital de infecciosas de Hamburgo y la internación de urgencia en la clínica Hasselhoff de Ginebra, Riltse escribe al mayordomo de su marchand, y por elevación a su marchand, al mundo en general y especialmente a los Fonrouge, los Peiping, etc.: «Que los asuntos artísticos sean patrimonio exclusivo de artistas, críticos, historiadores y toda esa caterva de impostores que se hacen llamar "especialistas", ¿no es acaso la prueba más contundente de que el arte está en decadencia, y en decadencia terminal?» Se podrá sonreír ante la literalidad con que Riltse da rienda suelta a su indignación, pero ¡qué ejemplares resultan hoy, para los payasos anémicos que somos, su entusiasmo, su intransigencia y su éxito, sobre todo su éxito! El borrador no es la obra. *Herpes* –el bastidor en falsa escuadra, 15 por 17, técnica mixta, que hoy cuelga

en las oficinas del líder de una banda de rock satánico— no es la obra; es apenas un punto, impactante, sí, pero sin ningún privilegio jerárquico, en la vasta, informe, definitivamente incompleta red de puntos que componen la experiencia *Herpes*, y que entre otras muchas cosas incluye el frasco de Rhoipnol que el artista terminó media hora antes de ponerse a trabajar, el *cutter* Staedler que usó para extraerse la muestra de tejido y la grapadora Black and Decker con que la clavó contra la tela, el trozo de manga de pulóver con que trató de detener la hemorragia, la tarjeta del único taxi vienés que aceptó llevarlo hasta el hospital en ese estado, desnudo, apenas tapado con su viejo montgomery imitación pelo de camello, en sandalias y con la boca como un grifo sangrante, la planilla de la sala de urgencias, con su firma temblorosa y sus huellas digitales impresas en sangre, el material estéril de las primeras curaciones, las colillas de los dos cigarrillos que logró fumar mientras esperaba, antes de que lo sorprendieran en el baño y amenazaran con echarlo, el prospecto de remedio con el número de teléfono del joven médico residente que lo reconoció, que le pidió un autógrafo casi de rodillas y que, de rodillas, en el mismo baño que cinco minutos atrás Riltse había usado como fumadero clandestino, le arrancó con una chupada larga e incómoda «las gotas de guasca más reconfortantes de toda mi vida vienesa», el envase de las sales con que lo reanimaron, la orden de internación, la orden de biopsia recetada por el médico, los resultados de los primeros análisis de sangre... (Todo eso es *Herpes* —todo eso *hasta el momento*, porque ¿qué puede impedir que aparezca otro de esos sabuesos incansables, acostumbrados a hurgar en los tachos de basura de las vidas ilustres, y descubra alguna de las millones de preciosas nimiedades — boletos de subte, billetes manchados, dos o tres millones de glóbulos rojos encerrados en un tubo de ensayo enmohecido— que acechan todavía entre las partes ya nombradas de la obra?)

«Victoria a la Pirro», dictamina una biografía, con la prescindencia y la soberbia ya clásicas del género. Es posible. Pero el tipo de cálculo de ganancias y pérdidas que exige ese dictamen está tan viciado de toxinas contables, y es tan extraño al programa artístico de Riltse, que el solo hecho de tomarlo en consideración representa un malentendido garrafal, imperdonable, como lo sería reprochar a Matisse que no dé volumen a las figuras sombreando sus superficies cromáticas. Esa clase de balances, donde la guerra y el dinero muestran la hilacha y se confunden, se justificaría en un artista desvelado por la cuestión del equilibrio, como De Vane, o, como Bowitt, por el ahorro absoluto. Pero Riltse no es De Vane, a quien despreciaba, y mucho menos Bowitt, con quien compartió un episodio bastante confuso en la sala de máquinas de un gimnasio, con correas de cuero, máscaras y un largo objeto de

caucho coronado por dos cabezas, pero cuyos preceptos estéticos le parecían de «una pobreza inconmensurable». Lo que persigue Riltse con el Sick Art es justamente lo contrario: la alteración del balance, de todo balance, por medio de la *desproporción*. Y la desproporción, esa combinación letal de heterogeneidad y cambio de escala, es la fuerza que le permite romper el «cerco perverso del arte» y «derramarse» —la metáfora reaparece en sus cartas una y otra vez— en los «lugares comunes de la vida social». *Éxito* es el nombre —profecía autocumplida— de la desproporción riltseana y la evidencia flagrante a la que fatalmente terminan rindiéndose *todas* las biografías, aun, o sobre todo, las que despilfarran páginas y páginas en ridículas tablas de debe y de haber. (La verdad, como sucede a menudo con los grandes artistas, no se dice en las biografías que encabezan las listas de libros más vendidos; aparece como un relámpago en publicaciones modestas, secretas, que se destintan en las yemas de nuestros dedos y desaparecen pronto, muy pronto, antes de haber logrado infligir su ínfima pero preciosa cuota de daño: «Quizá la verdadera obra de Riltze [*sic*], la obra maestra, la única, esa que con el artista en vida se nos escabulle pero que aparece con toda nitidez cuando su cuerpo nos abandona, no en sus obras sino en ese hilo de oro, invisible y deslumbrante a la vez, que lo hilvana y le da un sentido a todo, haya sido la invención del éxito *como desproporción*, formación monstruosa que suprime toda relación racional entre causas y efectos y suspende, como la enfermedad en un cuerpo, las leyes que rigen el sistema de intercambio de bienes humanos».) ¿Qué son, en efecto, los dos millones y medio que pagó el rockero satánico por *Herpes* —una operación ya desproporcionada— comparados con el cuarto de millón que desembolsaron en Sotheby's para llevarse el *cutter* que desfiguró para siempre el labio superior de su autor? ¿Y qué son, llegados a este punto, comparados con las ochenta y cinco libras en que el dueño de la pensión en la que vivía, después de un largo regateo, aceptó cotizar *Spectre's portrait*, el cuadro que Riltse le ofrecía para saldar cuatro meses de alquiler impagos? (En ese sentido, el *Éxito*, obra cumbre y tardía de ese laboratorio de desproporción llamado Sick Art, no era estrictamente una novedad; era la versión invertida de *Fracaso*, con la que había experimentado durante los primeros treinta años de carrera.) Pero los idiotas dicen que el dinero va y viene y los idiotas tienen razón: si Riltse tuvo éxito con *Éxito* —una proeza que evoca en más de un aspecto la de Warhol, de la que fue contemporánea pero cuyo conceptualismo seco, «deshidratado», «típico del protestantismo capitalista», Riltse parece criticar implícitamente con sus desbordes sangrientos y su compulsión kamikaze—, no fue tanto por cuestiones monetarias, de las que, para beneficio de los partenaires con los que compartía camas, mingitorios o asientos traseros de autos más de una semana seguida, a

quienes, con la sola excepción, escandalosa pero romántica, de Pierre-Gilles, legaba automáticamente porciones variables de su fortuna que calculaba siempre según el mismo procedimiento, multiplicando la longitud de sus vergas por la cantidad de polvos que se habían echado juntos y agregando al resultado una cantidad de ceros elegida al azar, siempre se desentendió, como por el hecho, prácticamente único en el arte del siglo XX, de que los libros que abordan su trayectoria, puestos a reseñar los últimos diez años de su vida, desdeñan la voz de los especialistas de arte, que sólo aparecen gesticulando desafortadamente en sextos o séptimos planos, como los representantes de la parte italiana de la coproducción en el *travelling* junto a la ruta embotellada de *weekend*, para evitar que el lector los pase por alto, como efectivamente hará, y se desvanezcan para siempre sin haberse hecho oír, y en cambio multiplican los testimonios de médicos y enfermeros, los partes y las historias clínicas, las constancias de hospitales, las radiografías, los memorándums de delegaciones policiales, los informes judiciales —todas esas instancias que a juicio del mismo Riltse, contra la experiencia general de los artistas y en particular de los Fonrouge, los Peiping, etc., cuyas biografías suelen reducirse a «un coro de burócratas sindicales del arte que, como todo coro de sindicato, sólo conoce la letra de una canción y sólo es capaz de cantarla completamente desafinada», terminarían por consagrarlo como él aspiraba a ser consagrado, no como el autor del Sick Art, ni como su representante más cabal, sino como su principal y más devoto paciente y aun como su víctima.

Pero la condición del goce de la víctima es el verdugo. No cualquiera: un verdugo que sepa estar a la altura, que se abisme en la herida de la víctima con la misma devoción con que la víctima, si pudiera, se dejaría perder en ella. Riltse probó ser ambas cosas y no le fue mal: *Herpes*, *Placa* y *Afta* son obras de víctima tanto como de verdugo. El artista es al mismo tiempo la mente que concibe la idea, la mano que la ejecuta y la materia que sufre. Por lo que sabemos, esa convicción autárquica fue satisfactoria durante unos meses, en gran medida gracias a su comodidad, virtud desacreditada que sólo encuentra una ponderación justa en los grandes artistas perezosos, pero hay un momento en que no da más y se vuelve mecánica, amarga, de una tristeza simiesca, como las sacudidas que el masturbador, ya vaciado por la repetición, sigue infligiéndose frente al espejo. Recién salido de su última internación (*Afta*), debilitado al extremo por el arsenal de fármacos con que los médicos, alarmados por la infección de la lengua pero también, y sobre todo, por la septicemia que parece avanzar desde hace meses sobre su organismo, lo han ametrallado durante semanas, Riltse acepta (no tiene otro remedio) la oferta de Lumière, un oso aterrador pero absolutamente inofensivo que conoció y sedujo de manera

instantánea en la clínica, en el pabellón de desintoxicados adonde, aprovechando una distracción de sus enfermeras, había ido a robar un poco de dopamina, y recalca en la trastienda del Song Parnass, el bar-disco en el que Lumière vive y trabaja como portero. La situación es complicada. Lumière le cede su cama, le cocina, se encarga de las curaciones que su lengua, que todavía supura, sigue reclamando, pero a las siete en punto de la tarde, inflexiblemente, porque Sachs, el dueño del lugar, un suizo hiperkinético cuyo máximo orgullo, además del Song, es decirse *medio* hermano del Gunther Sachs que fuera novio de Brigitte Bardot, exige de todos sus empleados una puntualidad fanática, lo abandona para ocupar su puesto en la puerta del bar, de donde recién vuelve a las siete de la mañana siguiente. Para Riltse son doce horas diarias de pesadilla; no tanto por la cuota de soledad, que no le disgusta y que, por el contrario, cuando Lumière, mortificado por la culpa de haberlo descuidado, multiplica sus atenciones, «sofocándome con el afecto babeante, ingenuo, toscamente incondicional que los osos han convertido en el logotipo de su patética cofradía sexual», desearía ver incrementada, como por el estrépito que llega del Song, latido incesante y monótono de la música en primer lugar, pero también ruidos de vajilla y cubiertos, risas y coros de borrachos, golpes, peleas, desmanes, con el corolario inevitable de las sirenas policiales, los disparos y a veces, incluso, los gases, que la pared medianera que separa la trastienda del bar, contra la cual está apoyada la cama, no sólo no llega a atenuar sino todo lo contrario, transmite y hasta recrudece, traduciéndolo al «idioma insoportable de la vibración, el temblor, el estremecimiento, que además de oírse se experimentan en todo el cuerpo». Riltse se desespera. No puede pensar siquiera en trabajar, pero tampoco puede pensar en otra cosa. *Herpes, Afta, Placa* —ya hechas, ya perdidas— resplandecen en su mente como demonios afiebrados. Parecen hablar, parecen estar reclamándole algo —pero ¿qué? De golpe se despierta; no sabe si es de día o de noche; ni siquiera sabe si realmente dormía. Como una prueba de realidad (la única), o acaso como su contraprueba, siente una presión que insiste entre sus nalgas. Gira suavemente en la cama, descubre a Lumière adherido a su espalda, dormido, ebrio, drogado, vaya uno a saber, y comprende que eso que carga con delicada tenacidad contra su puerta trasera es la verga tesa, cuadruplicada, de su amigo. Y esa solicitud, a la que en otro momento habría respondido abriéndose como una flor, ahora sólo le inspira repelencia. Discuten. El que discute, más bien, es Riltse, que disfraza cierto pavor lógico, derivado de la desproporción —la ironía es atinada pero inoportuna— que descubre entre su debilidad física y las dimensiones viriles de su amigo, con un encendido y poco convincente escrúpulo moral; Lumière, como un viejo esclavo herido, agacha la cabeza y se encierra en el baño.

Algunos días más tarde, cuando el buen esclavo intenta tímidamente volver a la carga, Riltse, que en el ínterin, además de arrepentirse de su desaire, ha vuelto a sentir las estocadas del deseo, improvisa rápidamente una alternativa. Apila diez bastidores y los ata; abre en el centro de las telas superpuestas un agujero más o menos redondo, del diámetro de la verga de Lumière, que las atraviesa como un túnel, y lo rellena con una abundante ración de pintura al óleo. Luego, desafiante, como el entrenador de circo que blande el aro ante el perro amaestrado, Riltse planta el desconcertante artefacto delante de Lumière y lo invita a inaugurarlo. Sin embargo, aunque no hay cavidad en el mundo, por desconocida, hedionda o amenazante que sea, que lo haya arredrado, el oso vacila. Y si, después de unos segundos en que el tiempo se suspende y Lumière y Riltse se miran, miran el orificio embadurnado en el corazón de las telas y vuelven a mirarse, Lumière cierra los ojos y hunde por fin la verga en esa caverna aceitosa, es menos por placer o por audacia que por algo que acaso conozca ahora por primera vez en su vida, por amor, porque descubre que por ese viejo débil, irascible, estragado por el vicio y la enfermedad, del que entiende a duras penas el diez por ciento de lo que dice, un porcentaje hecho por otra parte de insultos y expresiones injuriosas contra su persona —descubre que haría *cualquier cosa* por él, incluso —y aquí la sombra de Pierre-Gilles pasa en vuelo rasante y fumiga de carcajadas la escena romántica— castrarse. Y entre que mete la pija y acaba qué pasan: ¿tres segundos? ¿Cinco? Tiembla con todo el cuerpo al mismo tiempo, como si lo electrocutaran, como tiembla una montaña que incubaba una catástrofe, y Riltse, parado a su lado, sosteniendo el dispositivo en el que ha quedado ensartada la verga, juraría que siente temblar toda la casa. Es la acabada más fulminante y más larga que Lumière jamás haya experimentado. *Ejaculatio praecox*, interpreta no sin desdén un testimonio de la época, seguramente más guiado por el despecho o la envidia que por la objetividad clínica. Combustión parece una palabra más atinada. Combustión, incandescencia, la idea —probablemente pionera y aun hoy, pese al olvido en el que parece haber caído, de rigurosa actualidad— de un goce sin protocolos ni preparación, instantáneo —pero la pregunta es: ¿importa realmente? ¿Importa afinar tanto el lápiz para desmenuzar la fisiología sexual de un personaje secundario, por otra parte llamado —pero esto también es secundario— a abandonar la escena en breve, y no de la manera más elegante del mundo, cuando ahí mismo, a menos de un paso, el hombre que hizo de la fisiología un arte (y viceversa) incubaba en su fuero más íntimo el germen de lo que vendrá? Lumière acaba y *en el momento mismo* en que acaba —la sincronidad es tan pasmosa, dice el artista, que «debe haber quedado registrada en algún anal cósmico»— Riltse, a su lado, siente una puntada que parece perforarle el recto y

acaba también, sin que su sexo haya pasado siquiera por el «engorroso trámite de endurecerse». Riltse bautiza el milagro con el nombre, convengamos que un poco pomposo, de telefornicación instantánea. Pero si lo nombra es sólo para olvidarlo, para pasar a «otra cosa». Más allá del deleite peculiar que le ha procurado, ideal, por otra parte, para un estado de salud todavía precario, el agujero en la tela y la puntada rectal son signos, signos y a la vez mensajeros que reactivan su sensibilidad, su vigor creativo, su inspiración, y los proyectan hacia esa extraña dimensión que por primera vez empieza a desplegarse ante sus ojos: la interioridad. (Una vez más, salvo que medien problemas neurológicos de difícil solución, no hay ningún motivo válido para reemplazar «interioridad» por «profundidad», palabra que Riltse confesaba «detestar más que nada en el mundo».) No hay arte verdadero que no franquee el acceso a nuevas dimensiones de la experiencia. La sentencia no es de Riltse ni de nadie y por eso no admite discusión. Con *Herpes*, *Afta* y *Placa*, tan fulgurantes alguna vez y ahora, sólo unos meses después, tan antiguas, el artista había comunicado con la mutación en su aspecto exterior, visible, fenomenológico. Con *El agujero postizo* —la expresión es de Lumière, quizá la cumbre poética más alta a la que jamás llegara en su vida, pero el pobre ni siquiera llegó a leerla en el dorso de las diez telas, donde la escribió su ingrato amado—, Riltse se prepara para «entrar adentro», para «internarse en las galerías de esa madriguera secreta y dar vuelta mi organismo como un guante».

El primer paso para entrar es salir. Aprovecha que Lumière se va a trabajar —y con qué satisfecho candor le sonrío el oso al despedirlo, ajeno por completo al futuro que ya lo roza con sus dedos crueles— y huye del Song Parnass mientras anochece, am. parado por esa zozobra de luz —una que muere, otras, mille brillando ya como luciérnagas— que lo vuelve todo irreal, equipado con el pequeño bolso Polvani que alcanzó a robar —per Riltse no lo llama robo sino *souvenir*— y donde ha guardado, después de reducirlas a cuchilladas al formato con el que circularán, porque enteras le resultó imposible hacerlas entrar, las diez telas que componen *El agujero postizo*. Después, quién sabe. El Prater, los baños del Prater, la estación de subte del Jardín Zoológico... Perdemos las huellas que dejan sus pasos, no las de su mente. Como un eco deliberado de la estructura de los borradores, concibe una nueva serie, un tríptico, con los órganos, dice, que tiene «más a mano». Primer objetivo: el recto. Después vendrán próstata y vejiga, y más tarde, probablemente, hígado. ¿Qué no encontrará, piensa, en esa Atlántida a la que recién está asomándose? Pero no es fácil. Urgido por la necesidad de asistencia — «¡Verdugos!», le escribe al mayordomo en el dorso de un volante, seguramente recogido en el Prater, que exalta los seiscientos platos de un tenedor libre

chino, «mientras miles de monstruos anónimos salen todos los días a la calle en busca de víctimas, yo salía en busca de verdugos»—, hace una *tournée* por los hospitales que lo alojaron durante la etapa «superficial». Se entrevista con los mismos médicos que alguna vez lo atendieron, que lo conocen y que, en algunos casos, saben de su prestigio y hasta lo admiran, pero el plan, que a sus ojos suena perfectamente razonable, casi pueril, porque es la coronación natural del Sick Art, resulta más difícil de imponer de lo que había previsto. Aun para sus admiradores, Riltse no es lo que se dice un paciente sencillo, y el recuerdo de sus desplantes está demasiado fresco como para darle asilo así no más, sin una razón clínica que lo justifique, sólo porque una nueva extravagancia sangrienta acaba de cruzársele por la cabeza. Para colmo, Riltse es de una franqueza extrema, y el grado de detalle con que despliega su plan, sumado al aire desorbitado que tiene al exponerlo, contribuye menos a persuadir a los médicos que a espantarlos. Uno por uno, los que aceptan recibirlo —menos del diez por ciento de los que lo atendieron— le niegan su apoyo, invocando motivos de ética humanitaria. Riltse, en quien la expresión «ética humanitaria» produce el efecto de un vomitivo, intenta embarcarlos en un debate estético, la única clase de argumentación, razona, que puede contrarrestar ese «chantaje moral, el más canalla de todos». Arrastra en la discusión a unos pocos, a dos, a quienes sorprende en momentos de debilidad, después de un día feroz, transcurrido entre el quirófano y la sala de guardia, las operaciones a corazón abierto y los accidentes de tránsito, cuando asentir ante un demente no es lo más aconsejable pero sí lo más fácil, pero cuando se sale con la suya y tiene las «razones humanitarias» a sus pies, reducidas a escombros, como las siembras bajo los cascos del caballo de Atila, los médicos anteponen razones jurídicas —sin una necesidad médica que la justifique, una intervención mil veces menos comprometida que la que reclama Riltse podría costarles el puesto, el título y hasta la cárcel— y dan por terminada la negociación. Todas las puertas conocidas se le cierran. El recto, sin embargo, sigue llamándolo, y la intensidad con que lo sacuden sus voces punzantes es inversamente proporcional a las dificultades que encuentra para saciarlas. Busca médicos de jerarquía menor, confiado en que con un poco de carisma y de dinero, que no tiene, hará con ellos lo que la sinceridad no pudo hacer con los otros. Es inútil: todos saben quién es, todos han recibido y obedecen la orden de evitarlo. Desesperado, convencido de que su marchand ha orquestado un complot para sabotear su obra y obligarlo a volver a Londres, ya piensa en dejar la ciudad, ir a Praga, a Budapest, a Varsovia, a cualquier lugar sin ley donde florezca la mano de obra que Viena le niega, cuando una noche, la misma noche —por una de esas circunstancias completamente fortuitas que los

biógrafos, todos los biógrafos, transforman con una fruición triunfal en un irónico arabesco del destino— en que Lumière, que por primera y única vez llegará tarde a su puesto en la puerta del Song Parnass, se arroja desde el Praterbrücke al Danubio con piedras en los bolsillos y un frasco de somníferos en el estómago, lo que habla a las claras de su temperamento desconfiado, tropieza en una recova con el joven residente que, gracias a su «experta hospitalidad bucal», ha quedado en su recuerdo asociado para siempre, y del modo más feliz, con la experiencia de *Herpes*. En rigor de verdad es al revés: es el médico el que tropieza con Riltse, cuyos pies —el artista lleva horas tumbado debajo de los arcos—, enfrascado como está en sus asuntos, se lleva por delante. El traspíe le cuesta un par de anteojos —los mismos que dejó resbalar sobre su nariz para mirar, en un alarde de ancianidad precoz que hizo estremecer a Riltse de placer, cómo el sexo del artista iba inflamándose— y algunas escoriaciones en las palmas de las manos: nada que el asombro (primero) y la dicha (después) de volver a ver a Riltse no puedan pagar. Ahora, para colmo, la situación se ha invertido. Riltse es el necesitado y él, cuya lengua atesora un ácido eco de la savia del otro, puede ser su salvación. El joven médico es todo oídos. Experimenta una felicidad insólita; reconoce que los designios de Riltse son descabellados, pero así y todo decide ayudarlo. No ha terminado de fijar el precio de su colaboración, y ya se escabullen los dos por la escalera que lleva al pasaje subterráneo, ya se detienen a mitad de camino, el joven de pie, con las piernas apenas flexionadas, el artista de rodillas, empeñado en devolverle con un enérgico y rápido bombeo las atenciones recibidas en ocasión de *Herpes*. Es fácil deducir que el encuentro, como sostiene uno de los biógrafos, demasiado identificado, quizás, con la escena, «no fue lo que se dice una apoteosis erótica». Pero el médico, como es obvio, no busca sexo sino gloria, y si sugirió la chupada como condición no fue tanto porque estuviera realmente decidido a imponerla como para experimentar el goce único de tener a sus pies a ese monstruo sagrado.

Comprende, sin embargo, que la faena excede sus posibilidades. Después de todo, *Recto*, tal como la concibe Riltse, supone cirugía, anestesiista, monitoreo cardíaco y cierto tiempo pos-operatorio, abreviable pero no suprimible, en condiciones de esterilidad más o menos garantizadas. Demasiado riesgo para alguien que recién promedia su residencia y cuyas ambiciones, ajenas por completo al campo del arte, apuntan directo a la cima de la pirámide de la institución de la medicina pública vienesa. Sólo que, además de sus academias, su sistema de honores, sus reglamentos y sus panteones, que forman la cara visible de la institución, la pirámide, previsiblemente, también tiene una cara secreta, mucho menos honorable, sin duda, que sólo sonríe entre

bastidores, en subsuelos sombríos, para los pocos iniciados que tienen el privilegio de contemplarla. Por suerte para Riltse, nuestro joven médico es uno de ellos. Prodigio anfibio, se mueve con la misma destreza en los gabinetes relucientes de la universidad, donde se promueven carreras y se reparten cargos, y en esos pasillos con paredes de azulejos, apenas iluminados por bombitas parpadeantes, donde se ejecutan operaciones ilegales concertadas entre susurros y los recién nacidos y las ampollas químicas alcanzan cotizaciones inconcebibles. Allí, en ese submundo al que ahora vuelve a bajar, no para aprender los resortes silenciosos de la contramedicina, como antes, sino para cosechar los frutos de un aprendizaje que le llevó años, muchos más, a decir verdad, que los muchos que le exigió la carrera formal de medicina, cuya versión vienesa es famosa en todo el mundo por su rigor, su severidad y los sacrificios que impone —allí, después de sondear a enfermeros, parteras y cirujanos con el mayor tacto del mundo, porque ese mundo clandestino que pervierte todas las leyes de la práctica médica oficial preserva y cultiva una, la discreción, probablemente, en ese contexto, la más inútil de todas, con una devoción que el mundo oficial seguramente envidiaría —allí detecta al candidato ideal. Se llama Sándor Salgo, es húngaro y nadie ha llegado a leer, tan rápido vuelve a guardárselo, ese viejo trozo de papel lleno de estampillas que agita en el aire cada vez que alguien, sólo para provocarlo, pone en duda que haya terminado sus estudios universitarios. Pero en la morgue forma parte del paisaje casi tanto como los piletos de aluminio, es famoso por su destreza para cortar, probablemente contraída durante sus dos años de aprendiz en una carnicería del centro de Budapest, y su especialidad, en la que goza de un reconocimiento unánime, es el tráfico de órganos. La madrugada en que, todavía con alguna duda, decide exponerle el proyecto, nuestro joven médico, que ha ido a lavarse las manos —hereda esa manía de la tía que lo crió, que al parecer vivía enguantada—, sorprende a Salgo en el baño, defecando con la puerta abierta. La escena no es agradable. Salgo, a quien nuestro médico conoce sólo de vista, porque un allegado común, después de proporcionarle una versión sucinta pero convincente de su currículum, se lo señaló de lejos en un pasillo, es un hombre bajo, rollizo, con todo el cuerpo cubierto de pelos, que gruñe para sus adentros todo el tiempo, como si siempre tuviera algún fastidio que rumiar; los pantalones de franela gris que ahora se arrugan alrededor de sus tobillos, empapándose en el piso encharcado, son los mismos que vestía una semana atrás, cuando nuestro médico lo vio por primera vez, y todo hace pensar que serán también los que usará en los próximos seis meses. Salgo alza los ojos del periódico que está leyendo y lo ve. Nuestro médico retrocede con vergüenza, con asco —aunque ve que el periódico es *The Nation* y el dato, que lo

desconcierta, porque el currículum que posee de Salgo no declaraba que fuera bilingüe, deja en su mente una estela tenue de misterio. Salgo gruñe y reanuda la lectura; un segundo antes de arrepentirse, de irse, nuestro médico hace foco y descubre que eso que Salgo lee en un estado de concentración extrema, como otros, en los mejores cafés de Viena, leen la sección bursátil o los obituarios, es la página de artes plásticas del crítico Arthur C. Danto. Salgo es – decididamente– el candidato.

Ya estamos en octubre de 1991. (Pierre-Gilles debe de andar por ahí, merodeando en las inmediaciones, pero los biógrafos fingen ignorarlo para no malograr el *coup de théâtre* de su irrupción posterior.) El otoño es un borrador del invierno que se avecina. A instancias del joven médico, Riltse y Salgo se encuentran en un café una tarde bella y fría. El médico, que a duras penas disimula su euforia, señala una mesa a la intemperie. Como si se hubieran puesto de acuerdo, Riltse y Salgo dan vuelta la cara al mismo tiempo, golpeados no por el sol sino sólo por su posibilidad. El artista y el carnicero. Parecen escapados de un circo, *freaks* coléricos y desvalidos que no saben si agredirse, por lo idénticos que son, o si echarse uno en los brazos del otro, tanto es lo que los separa. Riltse aferra contra el pecho el bolso Polvani, donde la salsa de un frasco de chauchas al tomate mal cerrado acaba de dañar irreparablemente dos de los diez *Agujero postizo*. Salgo, para no ser menos, sostiene entre las rodillas un maletín oscuro y rígido, como los maletines de médico, donde descansan algunas melladas herramientas de carpintería. Al unísono, una vez más, como si alguna vez hubieran sido hermanos siameses, se vuelven hacia el joven médico y con una sola mirada, que en realidad son dos, lo excluyen de la entrevista. El médico ni mosquea. Parece haber previsto la escena o, incluso, haberla preparado en secreto, porque sonríe, se pone de pie y, sin decir una palabra, deja un dinero generoso sobre la mesa –nadie ha pedido nada todavía– y empieza a alejarse de la mesa lentamente, de frente a ellos, sin dejar de mirarlos ni de sonreír, caminando marcha atrás, con la tolerancia exultante y la falsa modestia con que los dioses perdonan los desplantes de las criaturas que acaban de crear, hasta que lo sorprende el cordón de la vereda y trastabilla y por poco no lo atropella una motocicleta con el logotipo de una empresa de lavado a seco impreso en el tanque de nafta. Y así como se aleja de *esa* mesa *esa* tarde, empequeñeciéndose lentamente, tan satisfecho de sí, tan ingenuo, pobre, que da pena, así se aleja el joven médico del relato, o así, para ser justos, lo alejan sus narradores, que aprovechan ese breve lapso de éxtasis personal en el que el médico, por el mero hecho de dejar a solas a la pareja que él, y sólo él, ha contribuido a formar, se siente el dueño del mundo, para apartarlo del centro, para radiarlo y extinguirlo, como se dice de

un fuego o de una especie, definitivamente. Porque apenas el joven médico empieza a retroceder, la luz se pone a cambiar en la tarde helada, el sol que encandilaba el cielo se eclipsa y todo, como en vísperas de una tormenta, parece hundirse en la sombra, el café, la amplia terraza adoquinada, la calle, la plaza con su fuente —todo menos la mesa donde Riltse y Salgo, inmóviles, llevan algún rato estudiándose en silencio, que ahora flota como una burbuja luminosa en el negro absoluto del espacio.

Entonces, de golpe, como si recibieran la misma orden, los dos cobran vida y se reparten en partes iguales los billetes que el médico les ha dejado. En un párrafo largo y anhelante, que ni siquiera interrumpe para respirar, Riltse vomita la idea de *Recto* y el plan para ejecutarla. Salgo lo escucha con atención, gruñendo, como siempre, y escarbándose cada tanto la nariz con un dedo mugriento, y cuando el otro termina, en un inglés de ultratumba, pregunta: «Cuánto dinero.» «Nada», dice Riltse, y abre el bolso Polvani y extrae el primer *Agujero postizo* que encuentra, que por suerte no es el que arruinó la salsa. Salgo adelanta un poco la mandíbula inferior, muerde, y mientras Riltse, al mirarlo, piensa de un modo instantáneo en la Bestia de *La Bella y la Bestia*, se acoda en la mesa, ahuyenta con un gruñido al mozo que se ha acercado a importunarlos y se pone a examinar el cuadro. Después de unos segundos lo señala con el mismo dedo con que se excavaba antes la nariz y con un tono apremiante pero inexpresivo dice: «Cinco. Iguales.» Por un momento se quedan en silencio, muy quietos. Riltse no lo puede creer; siente, literalmente, que toca el cielo con las manos. «Hay nueve», dice después, triunfal, alcanzándole la tela. «Éste es nada más que el anticipo.» Salgo asiente con la cabeza, abre su maletín y mete el cuadro, que excede largamente sus dimensiones, entre una lima de hierro y un serrucho.

Riltse está impresionado. No son sólo la velocidad, la absoluta falta de reparos y la limpidez con que ha cerrado el trato; es también la figura misma de Salgo, tan exterior y tan material que se vuelve el colmo de lo enigmático. «Una criatura prehistórica. En mi vida he visto nada tan heterosexual», escribe en una servilleta que se lleva del café y que el mayordomo de su marchand leerá quince días más tarde en medio del más feroz ataque de celos. «Pero —una de cal, una de arena— no me atrevería a decir que es un hombre. Llamarlo *Esó* no sólo es más prudente sino también más atinado. Si Dios —ese parásito disfrazado de demiurgo— decidiera hacer una criatura con los restos de cosas que se acumulan en el fondo de los bolsillos de los hombres, estoy seguro de que el resultado sería muy parecido a eso: un Salgo. También pensé en el Odradek de Kafka. Quería releerlo. Quise robarme el volumen de sus cuentos de una librería y me sorprendieron in fraganti. No estaría acá, escribiéndote, si no fuera

por la intercesión de uno de los librereros, un imbécil con problemas de vista que dijo reconocerme y consiguió que me dejaran ir. Me había confundido, al parecer, con un escritorzuelo local que acostumbra andar disfrazado de mendigo.» Riltse está tan impresionado que, acaso por primera vez en su vida, hace todo lo que el otro le pide. Pero todo es mucho decir: en realidad, lo único que Salgo le pide es que *espere*. Esperar qué, no lo sabe muy bien. Una parte de las explicaciones se diluye en la aureola de clandestinidad que envuelve a la intervención, y que parece autorizar la abundancia de anacolutos, frases inconclusas o simplemente inaudibles; la otra parte naufraga en la media lengua de Salgo, que es indescifrable pero en la que cada tanto destellan ráfagas de un lirismo rústico y contrahecho. Pero Riltse espera. ¿Cómo no va a esperar, si *Recto* está casi al alcance de sus manos, y después de *Recto Próstata*, e *Hígado*, y todas las obras de «Historia clínica» que ya ha pensado y que ya *ve*, cuyas vocecitas, titilando en los pliegues más recónditos de su organismo, ya están urgiéndolo?

Una noche acaban de echarlo de la Asociación Cristiana de Jóvenes — nada del otro mundo: la típica hipersensibilidad de los creyentes sumada a un asuntito menor en las duchas con un conscripto, «insulso, para peor, como una de esas galletas de arroz que te enloquecen y cuyas migas enloquecen a tu jefe», le escribe al mayordomo— cuando en la calle, adonde ha ido a parar rodando, propulsado a patadas por una turba de enardecidos padrillos católicos, choca con un hombre de uniforme, un portero, quizás, o un mecánico, o tal vez un médico, al que no llega a ver bien —la luz es pobre— pero que se detiene, lo ayuda a incorporarse y mientras le sacude el polvo del abrigo aprovecha para deslizarle algo en un bolsillo. Riltse se da cuenta de la maniobra cuando ya es tarde: el hombre ha desaparecido. Mete la mano en el bolsillo y saca un billete nuevo, flamante, de cien schillings. Despliega el billete; adentro encuentra un pedazo de papel con una fecha, una hora, la dirección del hospital en cuyo subsuelo trabaja Salgo —todo escrito con unas toscas mayúsculas de alfabeto rupestre. La suerte está echada. Riltse, entonces, espera por partida doble: espera porque salvo buscarse algo para engañar el estómago y un techo que lo cobije durante la noche, y salvo esos escándalos banales, que parecen revitalizarlo mientras tienen lugar pero después, una vez consumados, lo hunden en un hastío inconsolable, la clase de *spleen* que sobreviene a la saciedad o al ridículo, no tiene nada que hacer; y espera porque acaban de fijarle un plazo, de modo que la espera, que antes era como un mar, virtualmente infinita, ahora, con la otra orilla a la vista, se convierte en una cuenta regresiva. Contar, sí, contar para atrás, piensa Riltse, pero ¿cómo? ¿Cuánto? Aún tiene fiebre, hace días que no come, está mareado y en su mano derecha —la misma

que quiso ponerse de guante al concripto— late todo un polvorín de dolor. Ve *Recto*. La ve con toda claridad, ya hecha, *cosa mentale*, pero ni siquiera tiene la fuerza para contar los segundos que lo separan de ella. De modo que se acurruca en un zaguán, abrazado a su bolso Polvani, y previendo un largo páramo de insomnio, más para conciliar el sueño que para acelerar el tiempo, como quien se canta una canción de cuna, se pone a murmurar: mil, novecientos noventa y nueve, novecientos noventa y ocho, novecientos noventa y...

La pregunta es: ¿qué importa más, el hombre que está solo y espera o el que lo hace esperar, el que lo hará esperar más de lo que espera, el que quizá lo deje esperando para siempre? La decisión no es moral sino dramática, es decir: completamente amoral. Vemos el cielo nocturno gracias al brillo de las estrellas, pero no hay espectáculo más conmovedor, más macabramente atractivo, que el que una estrella ofrece al extinguirse en medio de esa inmensa bóveda de felpa negra que durante siglos y siglos le debió su luz. Y en el momento decisivo, cuando asistimos a la extinción y un hilo invisible pero larguísimo, que de tanto atravesar espacios pega un salto y atraviesa tiempos, eras completas, parece unir directamente el parpadeo de la estrella con nuestro asombro, ¿quién de nosotros recuerda todo lo que esa moribunda sin nombre hizo para que nuestras noches no fueran un abismo sin fondo sino una fresca, incomparable, esperanzada delicia? ¿Por qué, por lo demás, habríamos de recordarlo, cuando al mismo tiempo que esa estrella se extingue hay millones de otras que persisten en brillar, indiferentes, y entre todas ellas habrá tal vez una, una sola, que pronto nos hechizará con su color, con su manera singular de destellar, con la forma que dibuja en confabulación con sus vecinas, y al hechizarnos consolidará de un modo definitivo el olvido en el que ya estamos sumiendo a la que muere ante nuestros ojos? Allá Riltse, allá la estrella con su séquito de biógrafos, perritos falderos que en nombre de la «vida» niegan la lógica de la vida, no sólo su multiplicidad, sino el régimen de brillos y extinciones y nuevos brillos —sin ninguna jerarquía: alternancia pura, rotación cósmica— que la socavan y la renuevan, y se arrastran jadeantes, persiguiendo siempre las mismas botamangas. El hombre se extingue para que brille su obra. ¿No es ésa la ley última del arte? Y antes de extinguirse definitivamente, igual que la estrella que, ya débil, disminuye la frecuencia de sus parpadeos pero intensifica su resplandor, como si extrajera de su propia agonía una reserva de fuerza, el artista, que ya arrastra sus pies, que a duras penas puede alzar los ojos de las baldosas de la vereda, alcanza sin embargo a enviar unas últimas señales que no desoiemos. Papel en mano, como el niño que comparece en el almacén por primera vez solo, con la lista de compras que le hizo su madre, orgulloso y

aterrado a la vez, Riltse se presenta en el subsuelo del hospital el día y a la hora convenidas. Llega hasta una puerta de hierro comida a medias por el óxido, disimulada detrás del cadáver de una vieja heladera, y golpea. La puerta cruje y se entreabre; Riltse pregunta por Salgo. «¿Quién?», dice del otro lado una cara que no ve. «Salgo», repite, «Sándor Salgo.» Y agrega, como deslizándose una contraseña: «Soy Jeremy Riltse.» «Y yo Christian Barnard», le dicen entre risas, antes de que la puerta vuelva a cerrarse con un estrépito de cadenas. Riltse golpea otra vez. Al cabo de unos instantes la situación se repite casi idéntica, sólo que con otra voz, más agresiva, y otra celebridad cardiovascular (Riltse cree oír «Vamalon» o «Fafalolo») en vez del famoso playboy sudafricano. Riltse se impacienta, vuelve a golpear, le abren, etcétera. En un momento intercala el bolsito Polvani en la puerta entreabierta, hace palanca —confiado en la rigidez de los *Agujero postizo*, dos de los cuales, ay, se rasgan en la maniobra—, forcejea con el enésimo médico inhóspito que acude a sus golpes y consigue entrar y pide por Salgo a viva voz. Nadie conoce a Salgo. «¡Soy Jeremy Riltse!», exclama, como si esa afirmación fuera la fórmula mágica que hará existir al húngaro. Todos conocen a Riltse —lo que habla muy bien del standard de cultura general del elenco médico del hospital—, pero nadie cree ni creerá jamás que ese espectro consumido, andrajoso y maloliente, que arde de fiebre y tiembla de la cabeza a los pies, y para quien pronunciar el grupo consonántico *lls* parece representar el mismo esfuerzo que escalar el Himalaya, pueda ser el artista plástico más famoso de Inglaterra. Riltse retrocede, espantado; dedica un fugacísimo pensamiento a su marchand, uno solo, vertiginoso y letal como un veneno de diseño, que no sólo confirma y deshace el complot en su contra sino también aniquila en el acto a su autor, y luego, empujado por un furor casi divino, da hacia adelante los mismos pasos que dio recién hacia atrás y, agitando el bolso Polvani, por cuya abertura, como alarmados por el escándalo, asoman peligrosamente los dos *Agujero postizo* dañados, pasa a narrar a los gritos, con lujo de detalles y cierta confusión en el orden de la secuencia, el plan que lo ha llevado hasta allí, *Herpes*, la necesidad imperativa de extraerse una muestra rectal, la cara del conscripto aplastada contra la pared de azulejos de la sala de duchas, la tela entregada a Salgo a manera de adelanto, el Sick Art, la intercesión del médico joven, *Próstata*, *Hígado* y todas las obras que vendrán, el billete de cien schillings, el roce celestial de su verga contra el paladar del médico joven, la hostilidad del sol esa tarde, en la terraza del café, el accidentado *check out* de la Asociación Cristiana de Jóvenes... Pero estamos —por más que sea un decir— en un hospital, en el subsuelo de uno de los hospitales más concurridos de Viena, y para los médicos hay cosas mucho más apremiantes, aunque también mucho menos divertidas, que repatriar a un

mugriento enajenado del limbo de alucinaciones vehementes en el que flota. En resumen: a la seña discreta de un médico, dos enfermeros monumentales avanzan con determinación, como peones de ajedrez o soldados, y encierran a Riltse en un tortuoso cepo de músculos, mientras un tercero le arremanga un brazo y después de dos o tres intentos fallidos le inyecta en la vena una dosis de sedante que calmaría a un caballo.

Ése –sucio, narcotizado, los ojos en blanco y una espuma verdosa asomándole por la comisura de los labios, pero sobre todo con el corazón y los sueños pulverizados por la traición de un perfecto desconocido–, ése es el Riltse que Viena vuelve a acoger en sus calles –y el menú de bienvenida incluye una tormenta de granizo, cuarenta y ocho horas ininterrumpidas de lluvia, una nevada histórica y una semana de temperaturas polares que obligan a las autoridades municipales a declarar la ciudad en estado de emergencia. Ése es el Riltse que, casi petrificado por el frío, como un acróbata demente, hace equilibrio sobre la baranda este del Praterbrücke, poniendo el talón de un pie donde termina la punta del otro, como si estuviera midiéndolo, y de golpe, siguiendo sin saberlo la estela dejada por Lumière, que unos días atrás puso fin a su vida en ese mismo lugar («Marx, siempre Marx: la historia se escribe dos veces...»), cae al vacío –accidente o determinación, quién sabe: Riltse dice que lo distrajo en el cielo «una nube que le recordó a la tercera lámina del test de Rorschach»– e inicia otra cuenta regresiva, esta vez más breve, y cuando su cuerpo se relaja, paladeando por anticipado la mezcla de resistencia y elasticidad a la que se confía, las aguas del Danubio, golpea, para su completo asombro, no para el de las legiones de patinadores adolescentes que, devueltos a sus hogares por sus escuelas, llevan días trazando anillos, ochos y vistosos espirales dos o tres puentes más allá del Praterbrücke, contra una gruesa y rígida lámina de hielo que lo soporta impassible, mientras, muy cerca, el bolsito Polvani, que Riltse ha debido soltar por el impacto, abre una pequeña grieta y empieza a hundirse, él sí, como Lumière, con su precioso cargamento de *Agujero postizo*, en las profundidades de un agua negra. Y ése es el Riltse con el que tropieza Pierre-Gilles en la estación central de tren –sombra de hombre, genio desahuciado que es apenas una ilustración vulgar, en clave cómica, de la gran obra que había concebido: con *El agujero postizo* en manos de Salgo, tragados los demás por el Danubio –donde, años más tarde, una nueva generación de riltsonianos fanáticos, preocupados por restituirle al arte la cualidad de aventura que dicen ha perdido, se zambullirá a buscarlos enfundada en trajes de hombre rana–, con *Herpes*, *Afta* y *Placa* ya arrastrados por la diáspora de la compra y de la venta, casi todo lo que queda del Sick Art está en Riltse. Es Riltse.

Ése es el Riltse que dejamos. Y lo único que mitiga la desazón de despedirlo es saber que pudimos dejarlo antes y no lo hicimos. Antes: cuando el artista, por ejemplo, atareado en arrancarle una nueva extremidad a su monótono milpiés mental para paliar la ansiedad de la espera —«setecientos veintitrés, setecientos veintidós, setecientos veint...»—, era incapaz de adivinar que Sándor Salgo, en el otro extremo de la ciudad, embutía en una valija todo su patrimonio personal —el *Agujero postizo* en primer lugar, evidentemente, aunque el estatuto legal de su adquisición fuera discutible— y huía de Viena. No era la primera vez. Budapest, Moscú, Zagreb...: todas las ciudades en las que había ejercido su tenebrosa profesión lo habían visto desaparecer así, a las apuradas, con lo puesto, como se dice, y al amparo de la noche —que era también, por supuesto, la forma en la que invariablemente llegaba a ellas. Un hígado en mal estado, la cadena de frío interrumpida, una negligencia en el cálculo de compatibilidades entre donante y trasplantado... ¿Quién puede saberlo? Lo cierto es que alguien hizo una denuncia, en alguna oficina pública una computadora escupió la ristra de atrocidades salguianas que tenía atragantada y la red de informantes del crápula volvió a funcionar a la perfección. Mientras la policía empezaba a orquestar los allanamientos y el arresto, el traficante cruzaba los suburbios de Viena a bordo del taxi de un ex alemán del Este, un cliente apocado y optimista cuyas córneas, proporcionadas por Salgo a un precio irrisorio, pronto empezarían a jugarle malas pasadas.

Ahí va, pues, ahí se pierde en la noche fugitiva el único *Agujero postizo* que no sucumbió a la desgracia. ¿Sabe Salgo lo que lleva en su valija? Tomemos con pinzas el ejemplar de *The Nation* y el nombre de Arthur C. Danto, como hacemos con los títulos de nobleza, halagadores pero completamente inadecuados, con que a menudo nos premian los sueños. Todo eso puede mentir, no la rapidez ni la falta de vacilación con que Salgo, que sin esos títulos vuelve a ser lo que fue siempre, una bestia insensible y hambrienta, acepta el cuadro como única forma de pago y más tarde, con la premura de la fuga, cuando se supone que de todos los efectos personales que acopió en Viena debe elegir unos pocos, los más valiosos o, en todo caso, los más susceptibles de hacerse dinero, vuelve a no vacilar y lo incluye en el reducido equipaje que atina a llevarse. No, eso no miente. Pero tampoco miente la condición en la que lo condena a viajar, sofocado entre una tricota color mostaza y dos camisetas de frisa roídas por las polillas, mientras la hebilla de un cinturón vecino, envalentonada por los barquinazos que pega el taxi, se pone a curiosear en el orificio que alguna vez extasió a Lumière. No, Salgo no sabe. No tiene la menor idea. Nunca ha leído inglés —a duras penas está alfabetizado en húngaro—, el nombre de Arthur C. Danto no le dice absolutamente nada, y si

un observador menos indolente que nosotros se hubiera tomado el trabajo de examinar de cerca la página de diario que lo ensimismaba cuando el joven médico lo encontró, habría descubierto, a centímetros de la firma de Danto, el aviso de media página de Turbulence, con sus dos ninfas gemelas desnudas besándose en la boca bajo un sol incandescente, lo que habría explicado, además del ensimismamiento de la bestia, el entusiasmo con que la punta de su verga enhiesta asomaba por debajo del ruedo del guardapolvo, un detalle que el médico joven, muy sensible, por lo general, a esa clase de efusiones, sólo pudo pasar por alto por la conmoción que le produjo creerse ante un verdadero *connaisseur*. Lo poco que Salgo sabe no lo sabe él sino su urgencia, su necesidad, su desesperación de fugitivo. Sí, en la valija lleva algo y no nada —algo que para él es un mamarracho, una pérdida de tiempo o un misterio insondable, pero que el respeto, la admiración o la codicia de los otros tiñen de un inesperado valor, algo que puede estar en lugar de otra cosa, algo de lo que por lo tanto le conviene no desprenderse, no, al menos, hasta descubrir de qué puede hacer las veces.

El romance, como es obvio, no está llamado a durar. Si sobrevive a los primeros trasbordos es porque Salgo, aun cuando huye, todavía tiene algo de dinero y opera en territorio conocido, donde no le faltan contactos ni gente que le deba favores y puede, pues, despreocuparse por completo del cuadro. Así, siempre dentro de la valija, siempre oprimido por sus compañeros de cautiverio, el *Agujero post-izo* pasa del baúl del taxi al depósito de equipajes de un ómnibus de línea —donde contrae el persistente olor a aceite y gasolina que más tarde será uno de sus valores agregados— y de allí a la caja descubierta de una furgoneta Volkswagen con algunos problemas en el tren delantero, donde, si pudiera, si no se lo impidieran la tapa de cuero de la valija y esas capas y capas de ropa inmundas, que ni el más indigente aceptaría llevar puesta un solo segundo, podría contemplar, consuelo tibio pero de un incomparable romanticismo, cómo el negro cielo austríaco, hasta entonces constelado de miles y miles de chispas de plata, empieza a poblarse de nubes, de fogonazos remotos, de fulminantes cicatrices de luz. Algo sucede cerca de la frontera. Ya llovizna, los limpiaparabrisas se han roto, el chofer de la furgoneta se acobarda. Estacionados en la banquina, deliberan —como se puede deliberar con alguien como Salgo, para quien más de tres palabras seguidas ya forman un párrafo y el párrafo es la forma más gráfica que adopta lo imposible. Deciden un nuevo trasbordo, el último en territorio austríaco, para evitar riesgos inútiles. Media hora más tarde, cuando la lluvia ha parado y el negro limpio y puro de la noche buena vuelve a abrirse paso entre las motas de nubes, un Audi A4 gris metalizado frena casi inaudible junto a la furgoneta y espera con la baliza

encendida, mientras atrás suena un crujido sordo, levisimo, y la tapa del baúl se abre como por milagro. Salgo arrastra la valija —uno de cuyos costados cava en el tramo de barro que lo separa del pavimento la huella que luego desvelará a los investigadores— y vacila, de pie ante las expectantes fauces traseras del Audi. «Vamos!», le gritan desde la furgoneta. Refunfuñando contra su peso, Salgo levanta la maleta, la deja caer en el interior, con torpeza o con desdén, y luego la empuja hacia la pared del fondo del baúl, a la que tarda un tiempo extraordinario en llegar. Entonces se mete él, él mismo, y se acuesta sobre la alfombra sintética y dándonos la espalda, en un gesto de pudor que no sabríamos explicar, se abraza a la valija como a alguna clase de talismán nocturno, mientras la tapa del baúl va cerrándose lentamente sobre él. Eso es lo más cerca que la Bestia Salgo estará jamás del *Agujero postizo*. Así, de hecho, cruza la frontera, aferrado al cuero húmedo de la valija y adormecido por las vibraciones futuristas del auto, mientras afuera, con sólo dos minutos de diferencia entre uno y otro —el tiempo que le lleva al Audi recorrer el tramo que media entre los dos puestos—, dos oficiales de migraciones, uno austríaco, el otro checoslovaco, ambos enfrascados en sus respectivos ejemplares del mismo número atrasado de *Fleisch*, uno de los múltiples negocios paralelos de la productora de Pierre-Gilles, confirman con el rabllo del ojo la chapa del Audi en los pequeños monitores que tienen en las cabinas y, al mismo tiempo que levantan las barreras, saludan a su conductor, que los vidrios polarizados difuminan en una tiniebla reluciente, con la misma venia desgana de siempre.

Checoslovaquia tiene una sola ventaja: no es Austria. El resto es casi pura contrariedad. Si quiere adelantarse a la acción coordinada de las dos policías, Salgo debe moverse rápido. Necesita dinero, un boleto de avión, un pasaporte nuevo. La suerte no lo acompaña. Como un Midas de tira cómica, contacto que toca, contacto que se le deshace entre los dedos. Algunos están presos; otros, que lo estuvieron, se rehabilitaron y amenazan con delatarlo; uno abandonó a su mujer y sus tres hijos y deambula por la India materializando un *jibuthi* «mucho mejor que el de Sai Baba»; otro pesa veintitrés kilos y boquea en un hospital público. Salgo, a regañadientes, apela a su último recurso y contacta a Teun Van Dam, un apátrida alto, salpicado de pecas, que alguna vez fue su mejor amigo y su socio en el tráfico de órganos y luego, en una drástica conversión moral de la que Salgo nunca terminó de recuperarse, renunció al negocio e invirtió sus utilidades en abrir la fábrica de prótesis de avanzada a la que ahora debía su renombre. Van Dam es un hombre próspero y decente; como todo ex delincuente, subactúa su prosperidad y sobreactúa su decencia, pero a diferencia de Salgo, en quien la nueva vida de su antiguo socio nunca despertó más que resentimiento, tiene con su propio pasado, y por lo tanto con

Salgo, una actitud de comprensión casi cristiana, donde la tolerancia coexiste con una extravagante evangelización científica y la comercialización ilegal de hígados, riñones y corazones humanos no es repudiable por sí misma, por el ultraje a la ética que representa, sino por el grado de atraso civilizatorio que delata cuando se la compara con los adelantos de lo que Van Dam llama —con una expresión que ya cuenta con la venia entusiasta de media docena de coloquios europeos— la industria del reemplazo orgánico. De modo que Salgo llama y después de resumir en una seguidilla de números equivocados las últimas cuatro mudanzas del *entrepreneur*, da con él, por fin, en su oficina, y aunque la amistosa jovialidad con que lo atiende lo inquieta, porque Salgo es una bestia pero, como sucede a menudo con las bestias, tiene muy buena memoria, y los éxitos del reeducado Van Dam, por deslumbrantes que sean, jamás borrarán de su recuerdo la falta de escrúpulos, la codicia y la fenomenal duplicidad que distinguieron siempre al Van Dam traficante, termina aceptando el asilo provisorio que el otro le ofrece, una casa de fin de semana en las afueras de Brno, pequeña pero absolutamente encantadora, «mi *dacha*», como le gusta llamarla, donde acostumbra recibir, única rémora de su pasado de ilegalidad, a las secretarías asiáticas, en lo posible menudas y crueles, que elige como amantes.

Todo está muy bien: las alfombras velludas, la piscina climatizada, el hidromasaje, la pantalla gigante, la subrepticia generosidad con que alguien, por las noches, vuelve a colmar de delicias la heladera que él ha desvalijado, incluso las insinuaciones nocturnas de la joven vietnamita que Van Dam, con proverbial mal gusto, ha contratado *ad hoc*, que fracasan sólo porque Salgo, que en el fondo revienta de deseo, es incapaz de interpretarlas y prefiere atribuir las ventanas misteriosamente corridas, las volutas vaporosas del *voile*, los rayos de luna que trazan dos iniciales muy similares en la pared (¿su nombre?), el sigilo mudo con que la chica parece atravesar, no sortear, los muebles del living, envuelta en una burbuja de luz y todos los portentos de sugestión kitsch que Van Dam logró imaginar —limitándose, en realidad, a reproducir los mismos que dos veces por semana pone en escena con su harén de arroceras en el exilio— a alguna voluntad superior, mágica, cuyas manifestaciones Salgo agradece pero no se atreve a aceptar, a tal punto su carácter sagrado lo perturba... Todo está muy bien, pero al cabo de tres días, entre el asilo y la cárcel no hay diferencia alguna. Salgo se siente ahogado. Tiene pesadillas. Lo asaltan pensamientos persecutorios. En la grácil diosa vietnamita, que se le aparece una vez por noche, desnuda y con el pubis completamente afeitado, un particularismo cuya simple visión, en momentos menos tensos, habría vaciado los testículos del húngaro hasta de la última gota de espermatozoos, cree ver a una

espía, una agente de la policía checa de incógnito, una emisaria fantasmal de algún cliente que jadea de más, culpa de un pulmón inapropiado, y ahora quiere venganza. (Ironía trivial: sólo el nombre de Riltse, el único con verdadero derecho a protagonizarla, brilla por su ausencia en esa primaveral eclosión de ideas paranoicas.) Van Dam, alarmado, lo visita. Salgo depone todo recelo y expone con atropellada franqueza sus necesidades: pasaporte falso, pasaje de avión, etc. Una vez que logra entenderlo, Van Dam prende un cigarrillo de mujer con un enorme encendedor de acrílico –el mismo con el que Salgo intentó en vano encender una hornalla de la cocina– y medita, envuelto en una aureola de humo perfumado. «Hmmm...», medita, y después dice: «¿De cuánto dinero estamos hablando?» Salgo vacila. Van Dam clava los ojos en él, y es la primera vez, realmente la primera, que experimenta con su viejo amigo algo parecido al deleite del sadismo. Salgo se mira los pies desnudos. «No sos un principiante, Sándor: ¿cuántas vidas hay que borrar? ¿Diez? ¿Veinte?», dice Van Dam, ahuecando la palma de una mano bajo la oruga de ceniza que amenaza desprenderse del cigarrillo. Entonces, zas: Salgo se ilumina, como se dice, y corre hasta su valija y la abre y saca todas sus baratijas afuera y por fin se vuelve hacia Van Dam con el *Agujero postizo* aferrado contra el pecho. Van Dam, con algún desconcierto, enarca sus crueles cejas depiladas. Salgo baja la vista, ve que lo que está mostrándole es la espalda del cuadro y se apresura a darlo vuelta, pasando completamente por alto el cosquilleo de codicia que la firma de Riltse, perfectamente legible en el dorso de la tela, acaba de hacer nacer en Van Dam.

Adiós, Salgo. Adiós. Éste es el momento en que la lucecita verde (Salgo) y la lucecita roja (*El agujero postizo*), que recorrieron juntas, inseparables, aunque con las salvedades del caso, el tramo que une Viena con Brno, permanecen un instante inmóviles, probablemente despidiéndose, y luego empiezan a separarse. El dibujo cambia; se parece mucho a esas ves cortas, de patas desaparejas, con que los presentadores de televisión tildan en sus rutinas las noticias que van dejando atrás: la lucecita roja se mueve apenas unos centímetros hacia la izquierda, hacia el noroeste (Praga); la verde, más ambiciosa o más desesperada, sale despedida hacia arriba y hacia la derecha, hacia el noreste (Lodz), dejando en el tablero la estela radiante de una cañita voladora navideña. Y mientras Salgo, con esa disposición para la amnesia que sólo permite la imbecilidad, lo olvida todo –el subsuelo del hospital de Viena, la media docena de transacciones orgánicas que lo alimentaron durante dos años, el encuentro con el médico joven, Riltse y, por supuesto, ese agujero payasesco con forma de cuadro que, dicho sea de paso, aprovechó su breve concubinato con la tricota mostaza en la valija para mancharle una axila de

azul— y descubre, gracias a un curso en la escuela de cine de Lodz en el que aparece por error, creyendo, víctima de una lengua que no termina de desentrañar, que asiste a una sesión de reclutamiento de personal de enfermería, que filmar órganos es más simple y menos peligroso que traficarlos y emprende una efímera pero exitosa carrera de documentalista quirúrgico que lo llevará de Lodz a Varsovia, de Varsovia otra vez a Moscú y de Moscú —del Hyatt Moscú, donde se hospeda a todo lujo, invitado de honor al XIII Encuentro Mundial de Documentalistas Científicos—, luego de un confuso episodio vinculado con los riñones de un adolescente decapitado por un accidente de tránsito, que la policía moscovita alega haber encontrado envueltos en papel de aluminio en el frigobar de su habitación, a la cárcel de Minsk, verdadera ciudadela amurallada donde un elenco de jefes de la mafia rusa, asesinos seriales y traficantes de niños, sus principales huéspedes, le dispensan la bienvenida que se merece —y la luz de Salgo, ese verde latido de vida que atravesó con fervor media Europa oriental, obnubilado por los encantos de una vida nueva, titila por primera vez, se debilita y empieza a apagarse, ahora irremediablemente. Y mientras Salgo olvida y es olvidado, *El agujero postizo*, que después del brutal secuestro del húngaro vuelve a flotar, en manos de Van Dam, en una órbita afín a lo que es, a la sensibilidad que lo concibió, se apoltrona en uno de esos remansos de quietud que, una vez más, complacen al arte y desesperan a los biógrafos mediocres.

Se queda en Praga, en el *penthouse* que Van Dam le compró por chirolas a un zar de la prostitución infantil acorralado por la justicia, colgado entre el Freud y el Hockney —incomodándolos también un poco— en la galería privada que ocupa todo el piso superior del departamento. Sedentario y todo, es un período de gran agitación social. Recibe toda clase de visitas. Es, al menos durante unos meses, la atracción principal de las fiestas con que Van Dam acostumbra mitigar la dureza del invierno, y la única razón que explica que el magnate de las prótesis infrinja la ley, dictada por él mismo y observada hasta entonces a rajatabla, incluso en ocasión de la compra del Bacon, tan comentada, que prohíbe que las fiestas, llamadas a transcurrir en el amplio piso inferior, se propaguen al piso que atesora y exhibe la colección. La repercusión es dispar, como corresponde a toda estrella genuina y, quizás en mayor medida, a la heterogeneidad que caracteriza al público de las *soirées* de Van Dam, donde es común que los coleccionistas de arte discutan de política internacional con los fabricantes de instrumental quirúrgico y ex prostitutas ascendidas a modelos de pasarela brinden con jugadores de fútbol recién vendidos a clubes españoles o napolitanos. Por curioso que suene, muchos expertos contemplan el cuadro y asienten con énfasis en presencia de Van Dam, pero cuando Van

Dam se da vuelta para robar una copa de la bandeja que casi decapita a Ute Ulme, la modelo-jirafa, esos mismos entusiastas intercambian una furtiva mirada de sorna y sofocan al unísono algunas risitas despectivas. Y del mismo modo pero al revés, muchas *mannequins*, licenciarios de marcas de ropa, *chefs* y hasta uno que otro diplomático o funcionario gubernamental, que a priori no tienen por qué tener relación alguna con las aventuras del arte contemporáneo, pasan frente al cuadro y se detienen, misteriosamente interpelados, y por unos instantes enmudecen, ellos, que un minuto antes eclipsaban la música de la fiesta con sus chistes, sus risas, sus saludos estridentes, como si el Riltse, más que ser un objeto de contemplación pasivo, como se dice, emitiera una extraña radiación paralizante. Para cualquier paladar familiarizado con el credo estético de Riltse, ese efecto de estrabismo es perfectamente previsible; para Riltse – para la vocación última del Sick Art: inocular arte en organismos no artísticos–, más aún, es la coronación lógica de su obra, la única que interpreta con fidelidad los postulados de su proyecto y la única, por otra parte, que él, como autor de la obra, está dispuesto a reconocer. Pero para alguien como Teun Van Dam, que nada literalmente en dinero, que si aceptó quedarse con el cuadro fue por un malentendido, uno de esos *quid pro quos* que tanto regocijan a las hienas de la historia del arte, porque al leer el nombre de Riltse en el dorso de la tela que Salgo le presentaba, lo asoció de inmediato con el de un pintor al que su revista de negocios favorita, *Goodbuy*, había dedicado diez páginas de su edición especial sobre nuevas inversiones, describiéndolo como un artista «prestigioso pero aún no incorporado al *mainstream* del mercado internacional del arte» y, por lo tanto, como una oportunidad –un pintor que, y ésta era la pérfida nimiedad que explicaba la sorna *sotto voce* de los *connaisseurs* en las fiestas de Van Dam, no era Riltse sino Pilsen, el mexicano Arturo Pilsen, del que se decía que era hijo natural de Frida Kahlo y León Trotski –para alguien como Van Dam, que para colmo, como todo advenedizo, es extremadamente susceptible a cualquier amenaza de descrédito social, en particular a los comentarios desfavorables de los que él mismo llama, escoltando la expresión con un par de comillas digitales, «los especialistas», que su nueva adquisición divide así el campo de los gustos y los disgustos no puede no resultar inquietante.

Enseguida –típico– piensa que lo han estafado. Para *El agujero postizo* es el fin de la temporada social, con sus burbujas, sus vestidos de noche, sus glosas, y el comienzo de un penoso calvario médico. A lo largo de un mes agotador, media docena de expertos, los más caros, naturalmente, y también los más inescrupulosos, desfilan por el *penthouse* sometiendo el cuadro de Riltse a toda clase de exámenes y pruebas, mientras Van Dam, que sabe que sus cheques pueden alquilar saber pero no necesariamente acallar suspicacias, inventa

fábulas inverosímiles para maquillar las circunstancias que lo hicieron llegar a sus manos. El veredicto no es unánime pero sí unánimemente ingrato: los que no dicen que el cuadro es falso dicen que es pésimo y por lo tanto invendible, y los que, más prudentes, se abstienen de apreciarlo en términos tan drásticos deciden que es tan descabellado que difícilmente encuentre un lugar, *cualquier* lugar, en el mercado.

Van Dam se deprime. No es la primera vez que le sucede, pero para su espíritu de nuevo rico, que se niega a aprender de la experiencia porque eso equivaldría automáticamente a reconocer su condición de nuevo rico, algo que no está dispuesto a hacer, según sus propias palabras, «ni por todo el oro del mundo», siempre es como si fuera la primera vez. Su ceguera es tan completa como su desamparo, y el enojo con que reacciona ante los sucesivos veredictos, que los expertos, por otra parte, ya han decidido de común acuerdo antes de analizar el cuadro, en conciliábulos poblados de carcajadas y obnubilados por el humo de las pipas, como otra de las bromas privadas con que cada tanto, imbuidos de un sentido de la pureza artística que parece abandonarlos misteriosamente cada vez que, contratados por algún verdadero coleccionista en apuros, prestan su firma para las tasaciones y autenticaciones más escandalosas, pretendían vengar al arte «en su batalla siempre desigual contra el despotismo del dinero», no es un síntoma de que los ponga en cuestión, como estaría en condiciones de hacer, dadas las múltiples irregularidades que los invalidan, sino del modo patético en que se rinde ante ellos. Esa misma tarde, ensombrecido por el mal trago pero incapaz, todavía, de tomar una decisión con respecto al cuadro, que sin embargo se toma el trabajo de embalar y meter en el baúl de su auto, casi sin pensar llama a una de las chicas de su harén asiático, la primera que encuentra en su agenda –porque en el estado en que está todos los nombres vietnamitas le suenan igual y le resulta imposible asignar a cada uno el recuerdo distintivo de un rostro, un cuerpo o una destreza fornicatoria–, simula un viaje relámpago a un congreso de fabricantes de prótesis («El fin del hueso: ¿pesadilla o utopía?») y se refugia en la *dacha* de Brno, confiando en que dos o tres días de alegre desenfreno disiparán la nube de ofuscación que lo tiene preso. Se equivoca –de medio a medio. Pero se equivoca y –por uno de esos *tours de force* con que el destino, inexplicablemente condescendiente con la vulnerabilidad de los nuevos ricos, suele indemnizarlos por los traspies a los que los empuja su persistencia– resuelve el problema. De golpe, todo en la *dacha* parece recordarle la presencia de Salgo. Descubre la mata de pelos que obstruye el desagüe de la ducha, la rajadura en la porcelana de la jabonera, el frasco de café sin su tapa, el cementerio de uñas amarillentas disimulado entre los mechones de la alfombra

del living y a cada vez cree ver en un rincón distinto de la casa la sombra del húngaro estafador doblándose de risa. Es el colmo. Ya no está deprimido; ahora, fuera de sí, sólo quiere vengarse. En eso está —pensando cómo— cuando la chica vietnamita aparece en el comedor diario y ensaya, para estimularlo, una pose de almanaque en el marco de la puerta. Se ha puesto uno de los pijamas de seda de Van Dam; la camisa, desabrochada, deja ver la carne firme y dorada de su vientre y parte de las aureolas blancas de los pechos; una víspera de vello púbico asoma como por casualidad por sobre la línea del pantalón, demasiado holgado para sus caderas de chico huesudo. Los signos están allí y son flagrantes y repiten con lealtad las reglas del protocolo sensual que él mismo definió alguna vez para enardecerse; pero a Van Dam, como al que, amnésico, los rostros, los nombres y las voces más íntimas dejan en la más completa indiferencia, no le dicen absolutamente nada. Porque él, Van Dam, ve *otra cosa*: ve la mancha rojiza que ultraja el color arena brillante del pijama, la ve salpicar de ignominia el monograma en helvética que lleva bordado y la imagen bestial de Salgo volcándose encima el puré de tomate que devora directamente de una lata de conservas frente al televisor le revuelve el estómago. Pero la chica vietnamita, cuyo profesionalismo le impide registrar nada que no sea del orden del deseo, desarma con gracia su pose de reina de belleza y da unos pasos en puntas de pie hacia Van Dam, sin darse cuenta de que el ruedo de la camisa del pijama queda enganchado en el picaporte de la puerta y se desgarrar. Bingo. «Campesina ignorante», dice Van Dam mientras va poniéndose de pie lenta, muy lentamente. «Cosechadora vulgar, mierda asiática, menos que argolla, feto achinado, esclava.» Sí, es en ella, la pobre chica vietnamita, donde van pegándose una por una, como lapidándola, esas etiquetas infames, pero lo que las inspira no es ella, que ahora, congelada por el aluvión de obscenidades, se detiene, se cierra instintivamente la camisa del pijama y la desgarrar todavía más, sino la figura definitivamente abominable de Salgo, a quien Van Dam, si pudiera sustraerse del presente puro de su humillación, responsabilizaría seguramente de todas las desgracias de su existencia, desde el asedio al que el fisco holandés viene someténdolo desde hace años —la única razón que explica su establecimiento en la república checa, «ese salón de fiestas infantiles regentado por poetas y almas bellas en general» al que detesta con todo su corazón, pero cuyas virtudes de paraíso fiscal le vienen como anillo al dedo— hasta la esclerosis en placas que acabó, después de macerarla en el dolor más inconcebible, con la vida de su segunda esposa, en cuyo cuerpo, con todo, Van Dam había alcanzado a testear sus primeras piezas —algo experimentales, es cierto— de reemplazo orgánico.

Es el prelude de una noche atroz, interminable. Después del maltrato

verbal, que roza cimas inauditas («concha en descomposición», «aborto», «forúnculo humano») y se multiplica, viene el programa originalmente pactado, la sesión de desenfreno, de la que Van Dam no piensa privarse y que sólo quiere adaptar a las urgencias de su furor. Comienzan las palmadas, los cacheteos en las nalgas, la tortuosa manipulación de miembros. La chica, confundiendo esas vejaciones con los rituales de brutalidad a los que Van Dam la tiene acostumbrada, violentos pero controlados, parece tolerarlas sin mayor dificultad, entrenada como está para amortiguar, traduciéndolos a la retórica de la excitación, sus efectos dolorosos, y sobre todo obligada a padecerlos en silencio por el régimen casi esclavista –un no, una protesta y es la deportación– en el que Van Dam mantiene a todo su harén. Pero qué rápido abandona Van Dam esos jugueteos preliminares, cuyas huellas resplandecen un instante sobre la piel de la chica y luego, como espejismos, desaparecen, y qué rápido la languidez indolente con que la chica se sometía a ellos se transforma en inquietud, en temor, en pánico, cuando Van Dam, después de atarla de pies y manos a la parrilla que se hizo diseñar especialmente por un herrero de confianza, se pone a desplegar ante sus narices la colección de rebenques, varas, correas, bastones de goma, cuchillas, broches metálicos y punzones con que un cliente, por lo demás viejo amigo de estas páginas, le pagó alguna vez la prótesis *high tech* que lo reincorporaría a la actividad genital después de décadas de consuelos extravagantes pero bastante poco satisfactorios, y que Van Dam hasta entonces nunca se atrevió a usar, espantado –él, que en materia de experimentación erótica no se deja arredrar por escrúpulo alguno– por las posibilidades que le inspiraba la sola contemplación de esos accesorios. Lo que sigue –tajos, golpes, mutilación: un verdadero festival del tormento– no desentonaría en la imaginación del libertino más feroz. Inmovilizada, la chica recién entrevé el horizonte de espanto que le espera y ya aúlla de dolor, ya se retuerce en la parrilla, ahondando las muescas que el hilo sisal cava en sus muñecas y tobillos, y ya pierde el conocimiento. El mismo ciclo se repite durante horas con la monotonía de un ceremonial macabro, sin otra variación que la intensidad con que Van Dam, siempre enceguecido por la imagen de Salgo, su *bête noire*, ejecuta una y otra vez su programa de suplicios, que crece a cada paso y no parece tener límite. Ya de madrugada, después de padecer varias rondas de violencia propiamente sexual, martirizada al extremo, sangrante y horadada –literalmente– por el set de vibradores de acero inoxidable que su verdugo, para matizar, terminó incorporando a su arsenal, piezas más bien artesanales, diseñadas por el mismo Van Dam para la Exposición Universal de la Pornografía de Copenhague de 1978, que, provistas de una batería en miniatura, complementan con súbitas descargas eléctricas las laceraciones que sus

filos infligen a la carne, la pobre chica exhala un suspiro débil y se desmaya, y nada de lo que Van Dam haga para reanimarla —y hace todo, absolutamente todo, porque el animal sediento de venganza en el que se ha convertido puede admitir que su presa se le resista, lo desprecie, se rebele o le pague incluso con la misma moneda, nunca que se sustraiga a su influencia— conseguirá ya rescatarla del pozo en el que se ha refugiado. Van Dam deja la cámara de tormentos, se desploma exhausto en el colchón de agua y se duerme boca arriba, semidesnudo como un gladiador, con el torso cruzado de correas, dos bastones de caucho olvidados entre la ingle y el elástico del slip y, en la mano, una verga de acero con la punta coronada de sangre. Se duerme —se duerme tan profundamente que a las seis y media de la mañana, cuando la chica, reanimada vaya uno a saber por qué recóndita fuerza vital vietnamita, despierta, consigue liberarse de sus ataduras y huye, llevándose el Mercedes que en su estado, prácticamente desangrada, y con su experiencia en el manejo de vehículos, que a duras penas incluye algún *ricksshaw* o un ciclomotor prestado, sólo consigue sacar a la ruta después de estrellarlo contra uno de los dos viejos olmos que presiden la *dacha* de Brno, Van Dam frunce la nariz, se espanta de una mejilla una mosca invisible y, recostándose sobre su lado derecho, sonríe como un bebé, como el bebé radiante y diáfano que alguna vez fue, y sigue durmiendo.

Todos a sus puestos. Una vez más, la lucecita roja ha vuelto a brillar, *El agujero postizo* se despereza y empieza a moverse en el mapa. Los primeros pasos, previsiblemente, son cortos y torpes; van y vienen, dibujan círculos, hacen marchas y contramarchas, siguiendo el errático itinerario que la chica vietnamita improvisa mientras escapa a bordo del Mercedes. Hasta que en un momento se detienen —frontera con Alemania—, pegan un salto —la chica abre el baúl para recuperar su equipaje, ve el cuadro embalado, desgarrar el envoltorio, reconoce la obra que tanto alborotó las últimas veladas mundanas en el *penthouse* de Van Dam y sin pensarlo demasiado decide llevárselo, abandonando el Mercedes junto a un fétido criadero de pollos—, franquean la línea punteada de la frontera —una interrupción breve, lo suficientemente larga, sin embargo, para pagarle al guardia fronterizo el sórdido diezmo carnal que exige para permitirle pasar del otro lado— y en Munich, a pocas cuadras de la colchonería que dos semanas atrás despachó rumbo a Brno el colchón de agua último modelo que Van Dam, en ese mismo instante pero a muchos kilómetros de allí, todavía dormido, está agujereando sin darse cuenta con la punta de la verga de acero, arruinándolo sin remedio, inauguran la larga, ininterrumpida recta vertical —una vieja van Volkswagen poblada de hippies apáticos y ecologistas belicosos con una sola cosa entre ceja y ceja: el sol— que tropezará con la costa yugoslava y, después de bordear kilómetros y kilómetros de costa, se detendrá

en el sur de Francia, en Cannes, en el tibio mes de mayo, cuando florecen las lilas, cuando las aspirantes a *starlets* se pavonean con los pechos al aire por el bulevar de la Croisette y los iconos del cine norteamericano apagan sus cigarrillos sobre la alfombra que el Palacio del Festival escupe como una roja lengua de batracio, ametrallados por un ejército de *paparazzi*.

Es fácil imaginar a la chica vietnamita envuelta en nubes de marihuana, abrazada a la tela (que ha tenido la osadía, o la prudencia, de liberar de su bastidor) y pisando con una sandalia vacilante el estribo de la van, mientras el primer sol de la primavera atraviesa con sus rayos las copas de las palmeras y hierde sus ojos soñolientos. Nunca ha estado en Cannes, no conoce a nadie, recién empezaba a balbucear algunos monosílabos en checo y ya se enfrenta con otro idioma nuevo que, a diferencia del checo, *no perdona* que lo pronuncien mal. Pero ¿a quién pueden importarle esas nimiedades? Es jovencísima, tiene diecisiete años, y a la edad en que cualquier tarambana occidental compra temblando su primer cigarrillo de droga, ella ya ha sobrevivido a los contratiempos más extremos. Además es bella y exótica —lo que, durante los primeros días, sumado a la visión, en el televisor de un bar, de una escena particularmente sangrienta de *Un hombre llamado caballo*, donde Richard Harris es literalmente *izado* en el aire con los garfios con que los indios le han ensartado las tetillas, le da la idea de convencer con gestos a sus benefactoras de que las marcas que Van Dam le dejó en el cuerpo son inscripciones rituales típicas de su aldea natal—, y el tipo asiático, en mujeres pero también en gastronomía, en ropa, en turismo y por supuesto en cine, es de algún modo el tema principal, no explícito pero flagrante, del festival de ese año. Es fácil imaginar la fruición con que los cazadores de carne la miran desfilar, con la torpeza y el desaliño irresistibles que tienen las bellezas en bruto, por las calles de una ciudad suntuosa hasta la vulgaridad. Le salen al cruce hombres con largas manos enjovadas y cuellos de camisas volcados sobre las solapas del saco. Ella, recién salida del infierno, rechaza sus proposiciones, aun cuando la menos generosa le permitiría resolver con holgura sus necesidades inmediatas. Nada de eso es nuevo para ella. Ya en Saigón ha visto ese brillo rapaz en los ojos y oído ese tono de voz bajo pero persistente que ahora siente en la nuca dos o tres veces por cuadra, y que combina deseo y asedio con amenaza. Después de vagabundear toda la mañana, recalca en una playa lejos del centro, uno de los pocos balnearios populares que la pompa internacional de la ciudad no ha desvirtuado del todo, donde descubre a una banda de mujeres jóvenes que comparten un almuerzo bajo el sol. Las ve, la ven, la invitan a sumarse. No necesitan hablar; como los vampiros, se reconocen por medio de una jerga secreta y silenciosa cuyas contraseñas son

una vieja cicatriz, un hematoma, el pequeño círculo de piel muerta que dejó la brasa de un cigarrillo. Una hora después, los mismos proxenetas que antes le soplaron cifras al oído la ven pasar de regreso, victoriosa, más bella que nunca, porque, de todos los estados con los que la belleza puede entrar en combinación, ninguno la realza tanto como la indiferencia, y amparada por la corte de muchachas en flor a la que acaba de incorporarse. Tiene casa —un petit hotel en un barrio discreto, que comparte con las demás pero donde tiene su propio cuarto— y trabajo —Luxe, calme et volupté, una agencia de acompañantes regentada por una sosias obesa de Fanny Ardant— y en un futuro más o menos próximo, según le prometen, probablemente papeles.

Golpean a la puerta. ¿Y *El agujero postizo?*, dice, impaciente, una vocecita como de gnomo. Ya, ya. Todo sucede tan rápido. Todo va a suceder tan rápido. Al principio —destino de paria, como si la chica le contagiara la condición clandestina de la que ella misma empieza a alejarse— se limita a vegetar. Pasa unas semanas de incomodidad, enrollado como un polizón en la caja de cartón que la chica, a los pocos días de desembarcar en el Luxe, pateó con el costado del pie y escondió bajo la cama justo a tiempo, segundos antes de que Fanny Ardant, en una de sus rondas de supervisión, golpeará a su puerta e irrumpiera en el cuarto, como era su costumbre, antes de recibir una respuesta. Comparado con el tipo de promiscuo cautiverio que le tocó en la valija de Salgo, sin embargo, esas semanas de reclusión parecen casi vacaciones en un spa a orillas del mar. El Riltse sigue preso, sí, pero ya no tiene que compartir celda con nada, y aunque el zócalo contra el cual descansa en su caja suele ser el lugar de reunión favorito de pelusas, insectos, horquillas y hasta uñas postizas —un accesorio al que las chicas vietnamitas, al parecer, son particularmente afectas, en parte porque les sirven para disimular el estado lastimoso en que traen sus uñas verdaderas de Vietnam, en parte también por el papel que les confieren en las artes del amor, donde las usan con insólita destreza—, que por lo general terminan reunidas en el centro de una telaraña, el cuarto es fresco y soleado y sus ventanas dan al sur, al mar, de donde suele soplar la brisa que luego, cada vez que la chica se asoma para llenarse los pulmones de aire y agradecerle su cambio de suerte a la remota deidad a la que le reza todas las noches, arrastra las pelusas y los insectos y las horquillas y las uñas postizas y las arrincona debajo de la cama. Una tarde, buscando en vano, en el *intermezzo* ocioso entre dos clientes, el aro de peltre que luego, para su asombro y su furia, encontrará en el estuche de joyas de su vecina de cuarto, una chica de Cabo Verde que debe agachar la cabeza cada vez que entra o sale de una habitación, despega la cama de la pared y da con la caja y la

contempla como si no fuera de ella, y en la alegría del descubrimiento —que es la alegría del olvido, la única fuerza que vuelve nuevo todo lo que toca— la abre y extrae la tela y, después de desenrollarla, la aplica contra la pared y se queda contemplándola unos minutos así, como imaginando el efecto estético que produciría en la habitación, y también en su propio ánimo, si pudiera dejarla colgada. Qué serán —tres, cuatro minutos, no más. Pero esa ráfaga de libertad, de una intensidad extraordinaria, es para la tela de Riltse lo mismo que las pocas, milagrosas gotas de agua que un alma caritativa vierte en la lengua del viajero que lleva días perdido en el desierto.

Pronto la chica se encumbra. Reconoce, aun a su pesar, que la obligación de responder a las extravagancias de Van Dam fue, además de un calvario, el mejor de los entrenamientos. Es raro que su cuarto en el Luxe esté vacío y son raros, rarísimos, en medio del desfile de hombres que lo visitan, los clientes modestos, mal afeitados, que a la hora de pagar deban bucear en el fondo de sus bolsillos el billete que les permitirá completar la tarifa, tan abundantes, en cambio, en las agendas de sus colegas. Los hombres que la piden —porque llegan al Luxe con su nombre a flor de labios, dispuestos a esperar, si es preciso, en el pequeño salón que la casa reserva para esos fines, pero nunca a canjearla por otra pupila, no importa la fama con que Fanny la envuelva para persuadirlos de aceptarla— son solventes, muy seguros de sí, de una elegancia reservada, y la prueba más flagrante del poder que tienen es el trato ecuánime, como de igual a igual, que le dispensan a la chica, que sólo tolera la presencia del dinero cuando resulta impostergable, al final, en un *tête á tête* privado con Fanny —nunca con la vietnamita— y mediante el recurso del cheque o la tarjeta de crédito —nunca efectivo—, y que incluye, en cambio, los mismos flirteos agradables, la misma conversación y la misma curiosidad personal con que se relacionan con las mujeres de su misma condición que conocieron en la fiesta mundana que acaban de dejar, en un estado de excitación inenarrable, para regalarse dos horas de vértigo físico. Pronto su nombre, como sus habilidades, se convierte en un secreto a voces, y el ambiente del festival, con su carácter cerrado, como de microcosmos autosuficiente, y a la vez con su fenomenal porosidad cosmopolita, funciona como una formidable caja de resonancia. La chica cambia de estatuto. Ya no se limita a recibir en el Luxe; ahora también la solicitan de afuera, para que acompañe en cócteles, *vernissages* y fiestas privadas a los mismos potentados que vienen pagando por ensartar su cuerpo menudo entre cuatro paredes. Fanny acepta, aun contrariando por primera vez en años la política de puertas adentro con que siempre rigió su casa y sus chicas. Es una decisión crucial, aunque no tanto para la chica, que a lo sumo lo que hace, mucho más que «liberarse», es extender el radio de su

cautiverio, hasta entonces circunscripto al Luxe, a toda la ciudad, a sus suntuosas periferias, incluso a los yates que se mecen junto al puerto, donde el desenfreno, bendecido por la impunidad que da estar en el agua, se prolonga a lo largo de días y noches enteros, y que más tarde, cuando todo haya pasado, volverá a su confinamiento en el Luxe —a una habitación considerablemente más chica, menos aireada que la que había ocupado hasta entonces— «con la frente marchita», según la expresión que habrá aprendido del hombre que fue, a la vez, su víctima y su verdugo. Es una decisión crucial para el destino de *El agujero postizo*.

Porque el festival de cine pasa y con él pasan la embriaguez, el *glamour*, la fiebre monstruosa que funde, juntos, al dinero y al arte, y algunas semanas después, cuando la chica vietnamita recién acaba de poner en orden el botín que la temporada de pesca le dejó, cediendo —a instancias de Fannyun modesto porcentaje a sus compañeras para neutralizar la inquina con que la miran en el comedor, en las duchas, en la sala de espera de la revisión médica, una nueva celebración circense, el festival del mercado publicitario, instala sus carpas sobre las ruinas dejadas por la anterior. Fiestas, agasajos, banquetes: todo vuelve a empezar —y «todo» incluye, naturalmente, ese delicioso y excitante escozor que brota en el carnet de baile, todavía tibio, de la chica vietnamita. Pero al mismo tiempo todo es más vulgar, hermético y ostentoso. Porque las estrellas de la publicidad, a diferencia de las del cine, cuyo resplandor, por fraudulento que sea, suele llegar hasta las regiones más remotas, sólo brillan en el mundo de la publicidad, donde en el mejor de los casos coexisten con las marcas de ropa o las golosinas de avanzada a cuyos nombres quedará eternamente ligada su fama, y de la alquimia arte-dinero ahora ya no queda más que el dinero. Nada de todo eso parece afectar a la pupila más solicitada del Luxe, que reanuda sus rutinas extenuantes y vuelve a hacer uso, ahora más que nunca, del privilegio ambulatorio que Fanny le otorgó. Del brazo de japoneses, suecos, mexicanos, va a salas de proyección, a restaurantes de lujo, a bares, a clubes nocturnos, a hoteles, a palacios amurallados, otra vez a yates, donde el personal estable, desde los gerentes hasta los mozos, pasando por los *croupiers*, las encargadas del guardarropa y la gente de seguridad, celebra su reaparición con reverencias y una complicidad sigilosa, el tipo de connivencia que une entre sí, por más diferentes que sean, a las víctimas de un enemigo común, y termina la noche con ellos, a veces con más de uno, en cuartos de hotel del tamaño de un piso entero, con piletas de natación climatizadas en la terraza, cortinas que se activan por control remoto y heladeras atiborradas de lujos cuyo valor, suponiendo que se los canjeara por moneda, alcanzaría para mantener a una familia vietnamita, la suya propia, sin

ir más lejos, de la que sólo esporádicamente le llegan señales de vida, durante dos años como mínimo. No hay noche, casi, que no salga. Asiste a lanzamientos de productos, concursos de belleza, competencias de jingles. Le presentan banqueros, dobles de riesgo, diseñadores de moda, secretarios de comunicaciones. Y con el tiempo y el hastío, empalagada de ostras, de perfumes y de imágenes, lo único que termina llamándole la atención, a ella, que por su condición y su inexperiencia todo lo contempla con los ojos distantes de una extranjera, es la delegación argentina, que fue —lo recuerda ahora, cuando sus caras ya le resultan más o menos familiares— la primera en llegar, la que más equipaje llevó —pronto se enteraría de que la mitad de todas esas valijas estaban vacías— y la única que exigió, bajo amenaza de cambiar de hotel en el acto, que la alojaran en un mismo piso y en habitaciones contiguas. Es también la más numerosa, la más escasa en mujeres, la más estridente, la más proclive a protestar, la primera en abalanzarse sobre las mesas. Pero de esa comunidad desconcertante, sin embargo, lo que más la intriga es la figura de un hombre maduro, de bigotes rubios, con la cara estrellada de pecas y el pelo siempre en desorden, como si acabara de bajarse de una motocicleta, que —por lo que el oído de la vietnamita alcanza a apreciar— habla el mismo idioma que los argentinos, usa el mismo tono de indignación y de orgullo herido que ellos y por lo tanto parece ser un integrante más de la delegación, pero al mismo tiempo siempre llega a los eventos solo, demasiado temprano o demasiado tarde, irrumpe en el salón con los ojos muy abiertos, los dientes apretados y el mentón un poco alzado, como un mascarón de proa, y se mantiene apartado, de pie —cuando todos están sentados— o sentado —cuando todos se ponen de pie—, fumando unos cigarrillos que aligera de tabaco haciéndolos girar entre dos dedos, en el estado de ansiedad perpetua de alguien que espera una señal, en medio de una reunión multitudinaria, para detonar el explosivo que la hará volar por el aire, y sólo sale de ese acecho impaciente para lanzar exclamaciones súbitas, siempre solitarias, contra el discurso que alguien está leyendo, la película que proyectan, el premio que se preparan para conferir. La chica se lo cruza en varias ocasiones. Una vez lo descubre en la esquina del salón principal del Palacio de Festivales, limpiándose un sorete de perro del zapato con el ruedo de una cortina de terciopelo. (Usa zapatos náuticos siempre, aun con smoking.) Una madrugada cree reconocerlo en una sombra que se afana en el interior de un cajero automático. Lo ve una vez en el restaurante más caro de Cannes, garabateando unos planos ante los ojos atónitos del dueño, mientras se rasca el pie derecho, previamente descalzado, con un tenedor de plata, y otra en el puesto más sórdido de la estación de trenes, comiendo con una mano reluciente de grasa una parva de *crêpes* mientras se

ensimisma en el suplemento financiero de un diario de Londres. La chica, que conoce y ha estado en todos los hoteles, jamás lo ha sorprendido entrando o saliendo de ninguno. Averigua. Alguien le dice que el argentino no para en tierra sino en el velero *Evita Capitana*, con el que, aprovechando que debía competir en la regata Buenos Aires-Punta del Este, donde su papel, dicho sea de paso, parece haber dejado bastante que desear, había decidido viajar desde Sudamérica, solo.

Entonces sucede lo inevitable: el argentino —que, según ella, en todo ese tiempo ni siquiera la ha mirado— la contrata. y cuando llega al Luxe, desaliñado como siempre, con las solapas del viejo saco manchadas de ceniza, rechaza las copas, la música, la conversación, todos los prólogos amables con los que Fanny acostumbra agasajar a sus clientes, y sube y, como si lo persiguiera la justicia, se encierra en el cuarto de la chica. Una vez allí, con el saco siempre puesto, el argentino saca un cigarrillo, lo hace girar un rato entre dos dedos, lo prende —la llama, envalentonada por la mata de hebras de tabaco que se agolpan en la punta, parece consumir en el acto la mitad del cigarrillo—, se sienta en el piso, saca un par de hojas de un bolsillo y con una voz grave, bella y marcial, mezcla de barítono y de oficial del ejército, casi cantándolos, le lee los poemas que compondrán *Drogar*, su próximo libro. Eso es lo que hará en los próximos seis días: leerle, y recitarle de memoria cosas de otros, en idiomas que ignora por completo y que pronuncia a la perfección, y cantarle —Wagner, los *lieder* de Schumann, todo *El caballero de la Rosa*—, y deslumbrarla con su enciclopedia de conocimientos inútiles, compilada a lo largo de su carrera de investigador de mercado y publicista, de los que siempre se las ingenia para extraer el dato lateral, la estadística o el porcentaje que, completamente insignificantes en sí mismos, explican, *bien razonados*, la caída del muro de Berlín, la forma de los pechos de las mujeres africanas, el sida, la Primera Guerra Mundial o la expansión de la Sony. El sexo es lo último que le importa. Puede estar una hora y cincuenta minutos desarrollando una teoría —por ejemplo, para congraciarse con la chica, el papel decisivo del sistema de riego de los campos de cultivo en la estrategia defensiva de la guerrilla vietnamita y la derrota de las tropas norteamericanas— y dedicar sólo los diez minutos que le quedan a una satisfacción sexual que, por lo demás, también presenta sus particularidades: diez minutos de masaje anal, por ejemplo, o una paja consumada de pie mientras se deja pinchar las tetillas con la pluma de oro de su estilográfica Montblanc, o un polvo rápido, «de obrero», como lo llama él, con los pantalones por las rodillas y el cinturón ajustado alrededor del cuello. Y a los seis días una sola pregunta ocupa toda la cabeza de la chica vietnamita: ¿quién es este hombre?

Es amor –no hay otra respuesta. Fanny se lo anuncia de entrada, cuando empieza a sorprenderla en esos trances de ausencia que de golpe, sin razón aparente, la asaltan en cualquier momento, mientras se baña, bajando al comedor, junto a una ventana, cuando se lleva una taza a la boca, y la mantienen inmóvil, como en suspenso, durante unos segundos en los que deja de existir, literalmente, para el mundo que la rodea. Pero la chica recién se da cuenta cuando una tarde, después de haber asistido a la lectura de unos sonetos eróticos y oído, sin entender demasiado, porque el inglés del argentino es tan malo como el suyo, algo sobre la relación entre la esterilidad de las abejas, el poliéster, la multiplicación de las alergias y los *lobbies* de las transnacionales farmacéuticas, ella misma, sin siquiera pensarlo, se sorprende haciendo lo que nunca hizo con nadie: contándole su vida. No le lleva mucho tiempo: es una vida breve, y sus peripecias, aunque sean muchas, se dejan reducir con facilidad a dos o tres categorías recurrentes. Pero en un momento dado, ya sobre el final de la cita, la chica aparta la cama de la pared, exhuma la caja de cartón y despliega ante el argentino *El agujero postizo*, confiando en que la presencia del cuadro le dará al capítulo de su huida de la órbita Van Dam el realismo y la convicción que sus palabras, a juzgar por la expresión del argentino, no han llegado a transmitir. El efecto es instantáneo, aunque no tiene el signo que la vietnamita se esperaba. Como el vicioso experimentado que descubre una debilidad que ignoraba que tenía, comparadas con la cual todas las demás, incluso sus favoritas, ahora se reducen a consuelos o a juegos de niños, el argentino se baja el cierre de la bragueta y libera su verga, que la simple visión del cuadro ha endurecido, y dos segundos después ya está arrodillado en el piso, acoplado a la posición perruna de la vietnamita, hundiéndose en las profundidades de su carne mientras ensarta, fiel a la lógica del genio insensato que lo concibió, un *chef d'œuvre inconnu* del arte de nuestro tiempo. Detengámonos en esto, por favor, antes de que los biógrafos lo exhiban, debidamente bastardeado, en sus marquesinas escabrosas. El argentino, como se dice, capta al vuelo el secreto de la obra de Riltse; lo capta incluso antes de saber que es un Riltse y acaso que es un cuadro, y no es él, a decir verdad, quien lo capta, sino su sexo, «mi poronga lectora», como escribe en el soneto que abre *Drogar*, una larga y por momentos entretenidísima disquisición sobre todas las cosas ciegas que se han puesto a leer en la vida contemporánea. Y esa captación milagrosa, esa telecaptación, que «baja» la experiencia estética a las profundidades de lo orgánico, ¿no es acaso el broche de oro que evoca –en uno de esos ecos que si no fueran reales darían asco– la eyaculación instantánea con que Lumière bautizó *El agujero postizo*, origen último del estímulo rectal y la acabada que encaminaron a Riltse hacia las formas más radicales del Sick Art?

¡Ah, quién fuera Riltse, quién estuviera en su piel para saber si en el momento decisivo, cuando el argentino, después de arremeter contra la raja de la vietnamita, derrama su jugo en los bordes del agujero de *El agujero postizo* —si él, Riltse, no sintió, no volvió a sentir la sagrada puntada en el recto, confirmando la naturaleza teletransmisible de su arte!

Lo sepan o no —y todo indica que no lo saben—, la chica y el cuadro tienen los días contados. Enajenado de su autor, *El agujero postizo* tiene un dueño natural, un único dueño, y es el argentino. Se podrá protestar, se invocará el estatuto legal de la obra, que desde su mismo nacimiento no ha hecho más que sufrir irregularidades, pero el reconocimiento genital, muy superior, por su espontaneidad, su inmediatez y su desdén de todo cálculo, a todas las formas de reconocimiento que proponen la percepción, el gusto y el saber estéticos, como la prueba del círculo de tiza que, en la pieza de Brecht, determina cuál es la auténtica maternidad, no admite objeción alguna. Los acontecimientos se precipitan. El argentino da vuelta la tela y descubre y reconoce la firma de Riltse. La chica, que por primera vez, gracias a ese excéntrico que le paga, según le ha contado Fanny, juntando billetes de seis países distintos que convierte a francos con la calculadora infalible de su mente, ha visto desfilar ante sus ojos su propia vida, empieza a bajar los brazos y a languidecer, empieza a conmovirse y a soñar con otra. Se ríe por cualquier cosa. La visión, en los zapatos de él, de los cordones desatados, con las puntas mojadas por el último charco en el que se bañaron, la hace llorar. Su erudición —hay toda una tarde dedicada a la etimología— la deslumbra. Sus regalos —modestos, fatalmente pasados de moda, con ese aire veloz, desprolijo, que tienen las cosas robadas— la enternecen. Pero es casado. Él, que no ha tenido ningún empacho en confesárselo, tampoco lo tiene ahora para descartar el obstáculo con una carcajada despectiva. Se divorciará, dice, o acaso la mate. Ella no le cree, por supuesto, aunque no es del todo insensible a la determinación con que anuncia esas alternativas disparatadas. Está bien, dice él, cuyo entusiasmo, contra lo que se podría esperar, aumenta con la razonabilidad de sus propuestas, y la invita a vivir con él, en su misma casa, en Argentina, como mucama. Parece tenerlo todo pensado: las ventajas de una bigamia encubierta, el delantal azul oscuro a lunares blancos, la cofia —sobre la que acabará cuando ella esté de franco, ebria, bailando como una poseída en las discotecas de Plaza Italia o de Flores... La vietnamita retrocede. «Argentina»: la sola mención de la palabra le provoca escalofríos. Huyó de Pnom Peh... ¿para terminar en Argentina? Y para él, como suele suceder, ese retroceso es el estímulo más excitante. Dobra la apuesta, como se dice, y cambia el horizonte doméstico que le prometía, cómodo para él pero, por falso que fuera,

demasiado exigente para ella, por un libreto de vidas dobles en el que la chica tiene papeles, trabajo, un departamento en una zona residencial, incluso una mucama con un delantal azul a lunares blancos y cofia... Pero el argentino no entiende: el problema es el país, es Argentina, es *esa cosa última* —como cree entender que le dice, de pronto, en medio de un atardecer especialmente triste. Siguen horas difíciles: tras los raptos de osadía, infalibles, vienen los arrepentimientos. Algo en el argentino cambia; disminuye su tolerancia, que antes se confundía con la distracción, y una especie de rencor malvado empieza a gobernarlo. Todo se pone más sexual —como si el amor, que existe y es verdadero, recrudesciera, adoptando la forma de la violencia. Una noche, en el Luxe, él, en el colmo de la desesperación, le dice que no la perderá sin antes haberle «roto el culo», una prerrogativa que la vietnamita había puesto a su disposición desde el primer día y que él había rechazado con escándalo. Ahora, sin embargo, la chica se niega. No, dice, no se dejará. Pero la cuestión es: *¿puede negarse?* Porque el argentino no ha dejado de pagar nunca, ni siquiera en las ocasiones en que el amor más los transportó, asilándolos en alguno de esos reinos donde el dinero, dicen, no tiene derecho de ciudadanía, y la mera vigencia de ese contrato económico, en efecto, parece autorizarlo a pedir y, sobre todo, a recibir todo. Discuten. Ella, de pronto, se echa a llorar y tiembla, tiembla como una flor sobre la que cae una sola gota de agua. Entonces él, con los modales atentos que le dicta el peor de los despechos, la acomoda a su antojo, la sosiega, y cuando ya no llora, o —más bien— cuando del llanto ya no le queda sino el temblor, esa condición de florcita húmeda y huérfana, tan propicia para los placeres de la carne, trata de obtener por adelante lo que no ha conseguido por atrás y le entierra la verga en la boca.

Hasta ahí, al menos, lo que se puede saber. Después, si fue con los dientes o las uñas... Lo cierto es que de pronto un alarido raja el silencio del Luxe, y cuando Fanny irrumpe en la habitación de la chica, el argentino yace en el piso boca arriba, desnudo, con las manos entre las piernas, tratando de frenar la hemorragia. Los contactos de Fanny, el buen nombre de su establecimiento y sobre todo las numerosas eminencias clínicas de la zona que figuran en su clientela ayudan a resolver discretamente la emergencia médica. Pero ¿y la emergencia legal? El argentino puede hablar y siempre —incluso en Cannes— habrá un juez sensible o hipócrita que quiera usufructuar de una historia sucia para hacer méritos y obtener el traslado a París. Y si habla, en efecto, puede ser la clausura, la cárcel, ¡la ruina! Las partes se reúnen en el Luxe. Fanny, que ha tenido la precaución de encerrar a la vietnamita en el sótano, donde de allí en más atenderá, toma la iniciativa y ofrece alguna clase de reparación, la que el argentino, que se mantiene toda la reunión de pie, la

mano derecha en el bolsillo, acariciándose por adentro el vendaje, considere adecuada. Pero el argentino no quiere dinero, ni un *voucher* vitalicio para gastar en el Luxe, ni las facilidades que Fanny, con sólo levantar el teléfono, puede conseguirle en los círculos más selectos de la ciudad. Quiere *El agujero postizo*.

Lo quiere y lo tendrá, porque Fanny, que recién descubre el cuadro cuando el argentino la arrastra a la ex habitación de la vietnamita y se lo muestra, colgado en la pared, no termina de creer que ese mamarracho cualquiera, que ni siquiera le costó un centavo, le permitirá sortear uno de los trances más críticos de toda su carrera de madama, y el argentino acabará llevándose a Buenos Aires en su única valija, en una promiscuidad parecida a la que el cuadro conoció cuando huía con Salgo sólo que más sofisticada, porque los vestidos, chales, camperas, botas de cuero y carteras con las que ahora se roza son todas de primeras marcas y cuestan de mil quinientos dólares para arriba. Pero si se lo lleva no es con la ambición de quedárselo él, que conoce a Riltse, desde luego, pero que, salvo por la erección que sufrió al contemplarlo por primera vez, y que él prefiere atribuir a alguna clase de empatía o de influencia química, demuestra una perfecta insensibilidad ante cualquier manifestación pictórica, de Riltse como de cualquiera, negado como se considera para toda forma de expresión que no sean las palabras y la música, sino para «cerrarle el pico» —son sus palabras—a Nancy, su mujer desde hace doce años, propietaria o más bien heredera de la fortuna que le permitió a su marido, entre otras cosas, escribir poesía y publicarla, regentear una agencia de publicidad que en cinco años sólo produjo dos piezas gráficas, dos modestos pies de página que el cliente, una importadora de whisky escocés, retiró de circulación, en abierta disconformidad con el resultado, al día siguiente de publicados, navegar y disputar regatas, viajar a Cannes a bordo de su velero, pasarse quince días en el Luxe, calme et volupté y —para cerrar el círculo— adquirir la provisión de ropa, maquillajes y perfumes que su mujer exige que le traiga, condición *sine qua non*, cada vez que él pretende salir al exterior sin ella. Ya lo planea todo, ya sabe qué hará, cómo usará el Riltse para amordazar a su mujer, tan propensa, pese al cuidado que pone él en cumplir con sus encargos, al reproche de despilfarro y a la sospecha en general. Con suerte, con viento a favor, llega a Buenos Aires dos días antes de cumplir trece años de casados, tiempo justo pero suficiente, si actúa bien, para enmarcar la tela y empaquetarla y, la noche de la celebración, hacérsela traer a la mesa por un *maitre* falsamente sorprendido que, apartando por un momento una entrada demasiado precoz —carpaccio de salmón o cóctel de camarones, sus dos clásicos—, lo depositará ante ella como si se hubiera descolgado del cielo. Sí, recién zarpa y ya la ve. Ya ve la mueca de asombro y entusiasmo que el regalo todavía envuelto le dibuja

en la cara, y luego, cuando el cuadro queda desnudo, la decepción, el fastidio que la desfiguran; pero ve también cómo se sorprende y se alivia cuando él, anticipándose al reparo que ya afloraba en su boca, le revela lo que pagó por él —ni un centavo, nada de nada—, y cómo un brillo de felicidad casi asesina se apodera de su rostro al enterarse de lo que Sotheby's o Christie's les pagarán tarde o temprano, cuando decidan deshacerse de él, y mientras timonea con una mano el *Evita Capitana*, levantándose con la otra el cuello del pulóver hasta el mentón, el argentino no ve, tanto lo deslumbra el horizonte que ha maquinado, el trozo de porvenir *real* que se ha deslizado imperceptiblemente entre sus visiones, no para desmentirlas, no, sólo para matizarlas con una escena íntima, como de bucólico retrato de interiores, donde Nancy, la bella madura, que ya confinó su regalo al baño de servicio, donde, dice, ya no podrá fastidiarla, yace dormida y exhausta en brazos de Rímimi, el hombre joven que no duerme, que piensa en *El agujero postizo* con una especie de codicia sentimental, desconocida sobre todo para él mismo, mientras dos de sus dedos, después de apartar un mechón de pelo que amenaza el sueño de la mujer, le acarician un pómulo, una oreja y luego, incapaces de resistirse, recorren la delgada línea blanca que van descubriendo junto a la orilla de su cuero cabelludo, ese caminito como de hormigas que la mano maestra de su cirujano fue dibujándole en secreto a lo largo de los años.

Nunca volvieron a alcanzar la cumbre de aquella primera vez, pero sus encuentros, esclavos de los días y las horas en que Nancy tomaba sus clases, pasaron a tener la regularidad de una dieta o un tratamiento médico. Se cruzaban en el vestíbulo del club, antes de la clase, y se saludaban de un modo convencional, a la vez con intimidad y pudor, como todos los maestros y discípulos que comparten una actividad física, pero mientras Rímimi rozaba con sus labios la mejilla encremada de Nancy, reprochándole de paso que hubiera llegado unos minutos tarde, ella, que solía evitar tocarlo en público, le clavaba sus largas uñas moradas en el antebrazo y Rímimi se descubría siguiéndola rumbo al vestuario de mujeres, desierto, como todo el club, a esa hora de la mañana, donde dos minutos después embestían enlazados la pared de lockers de madera, ella de espaldas, con los brazos extendidos y la cabeza prácticamente hundida en el hueco de su propio armario, él sujetándola de la cintura, laborioso y ausente al mismo tiempo, mientras contemplaba el rostro salpicado de pecas, ligeramente desorbitado, de su marido, que le sonreía desde una foto pegada en la parte interna de la puerta. O se encontraban después de la clase, cuando Rímimi, abandonado una vez más por Boni, se ponía a vagar por el club y miraba de lejos la terraza del bar, distraído, tratando de disipar la irritación que le producía la impuntualidad de su alumno, y Nancy, que, vaso en mano, estaba levantándose de su mesa, lo encandilaba con sus ojos encendidos de deseo. Él seguía su camino y ella el suyo, como resignados a formar parte de órbitas independientes, pero él sólo fingía deambular y ella sólo hacía que se iba, porque unos segundos después, con una sincronización que, de haberle prestado alguna atención, los habría asombrado, prácticamente tropezaban uno con el otro junto a alguna de las otras sedes que habían elegido para celebrar sus escaramuzas, el auto de ella, disimulado por la sombra de un enorme palo borracho, con el confort de sus asientos reclinables y la incomodidad de su asiento trasero, o la casilla de chapas, hallazgo de Rímimi, donde el club guardaba sin mayor celo –hasta Rímimi era capaz de abrir el

candado— las herramientas de mantenimiento.

Esos dos chispazos apremiantes —las uñas hundidas en la piel, los ojos de Nancy atravesándolo como un alfiler a una abeja— eran todo lo que había sobrevivido de la erupción inicial. El resto, tan breve, por otra parte, que ni siquiera les exigía sudar, era un trámite fisiológico que consumaban dos veces por semana con un desapego profesional, como si participaran de alguna clase de experimento estadístico. Rímini no se engañaba. Más allá de la pizca de orgullo que le producía responder con alguna eficacia a una situación de la que era sólo un objeto, y un objeto completamente inexperto, sabía que su desempeño era apenas satisfactorio —razón por la cual agradecía en secreto la monotonía de los encuentros, limitados siempre a las formas más expeditivas del apareamiento—, y sabía también que la cima frenética a la que Nancy había llegado esa tarde en la cocina no se debía a él, ni a sus encantos personales, ni a su destreza sexual, sino a algo que existía mucho antes que él, que lo excedía por completo y que sólo lo había elegido a él por azar. Pero aceptaba su papel con resignación, como quien descubre demasiado tarde el servicio suplementario a que lo obliga el contrato que leyó mal, demasiado rápido, y que ya firmó. Era como si esas dosis periódicas de satisfacción, menos ligadas al placer que a la descarga, formaran parte de su función de profesor de tenis, al mismo título que otras mucho más previsibles como los ejercicios de precalentamiento, las prácticas de elongación o la teoría, que sin embargo jamás se le habían cruzado por la cabeza y nadie, y Nancy menos que nadie, le había reclamado. De modo que no opuso resistencia y se dejó llevar, como otros, en un viaje, por ejemplo, por una música que no aprueban, que jamás elegirían escuchar pero que precisamente por su vulgaridad, o su falta de ambición, o su sencillez, cumple a la perfección con el efecto narcótico que necesitan para conciliar el sueño.

Una tarde volvió a su asilo en el piso veintidós de Núñez, exhausto — porque, después de galopar con Nancy en el asiento trasero del Mazda, Boni, como sucedía de tanto en tanto, había convertido su efervescencia hormonal en agresividad y lo había exigido a fondo—, y todas sus hipótesis parecieron confirmarse. Su antecesor, el profesor de tenis que le había cedido su puesto, yacía tendido en una colchoneta, en pantalones cortos, con su pierna de robot apoyada en una barra de pesas, mientras el entrenador, arrodillado a su lado, le masajeaba la pierna sana. Al ver a Rímini, el profesor tuvo un raptó de nostalgia, preguntó por sus viejos alumnos y oyó el parte con atención. Festejó los progresos de Damián —que Rímini acababa de inventar para darse corte—, exculpó a Boni, que era su debilidad, y completó con algunas anécdotas compasivas el informe sobre «las señoras», de las que extrañaba el

atolondramiento y, pronto, los regalos de fin de año. Cuando Rímini llegó a Nancy —la había dejado para el final a propósito, suponiendo que dándole ese lugar el otro sabría apreciar la importancia que le concedía—, el profesor alzó los ojos y lo miró con asombro. «¿Nancy?», preguntó. «¿Nancy sigue?» Rímini asintió. «Debés estar agotado. Y ¿cuántas veces?» «Dos por semana.» «Ah», dijo el profesor: «sos un privilegiado. Conmigo eran cuatro.»

Con eso, y la seña de complicidad que los dos hombres intercambiaron entonces, era suficiente: Rímini comprendió en el acto *todo* lo que había heredado. Pero la insinuación, que para él era una forma de la verdad, elusiva pero completa, y por lo tanto excluía por redundante cualquier agregado ulterior, para el profesor era sólo el aperitivo. Lo que importaba era lo que venía después: los ejemplos, la ilustración exhaustiva —y contó, contó sin pensar, sin siquiera tener que hacer el esfuerzo de recordar, como si la historia de su intimidad con Nancy no estuviera alojada en su memoria sino en una gaveta mucho más cercana y menos exigente, de la que podía extraerla con sólo estirar una mano: Nancy en las duchas, enjabonada, la cara estampada contra los azulejos; Nancy con el *grip* de su nueva raqueta de grafito entre las piernas; Nancy en cuatro patas, con la vincha de toalla entre los dientes; Nancy contra el ligustro; Nancy colgada de las barras paralelas del gimnasio; Nancy con la boca llena; Nancy salpicada... —y mientras la imagen de Nancy se dibujaba en el relato, precisada por alardes de brutalidad gráfica como «sopapa humana», «pozo sin fondo», «enferma de la concha», y el entrenador, palmeándose las rodillas, celebraba una picaresca a la que parecía acceder por primera vez, cuando era evidente que ya había oído y repetido sus pormenores mil veces, con lujo de detalles, Rímini sintió un ardor intenso en el fondo de los ojos, la boca seca, los labios que se le hinchaban y algo oscuro y denso que le cerraba la garganta. Aferró el bolso, que llevaba aún colgado del hombro, como si sólo así pudiera mantenerse en pie. Pero se dio cuenta de que el ardor eran lágrimas y se disculpó —las carcajadas de los dos hombres se tragaron su disculpa— y corrió a encerrarse en el baño. Y fue ahí, en esa soledad de prófugo, donde terminó de recibir la revelación que la víspera de llanto acababa de anunciarle: todas esas anécdotas, que parecían condenar a Nancy a un infierno de vulgaridad, en realidad no hacían más que absolverla. Y él, que antes, de haber tenido que hacerlo, la habría evocado con el mismo desprecio con que la evocaba el profesor de tenis, ahora, de golpe, tenía la impresión de que no hablaban de la misma persona, como si la Nancy original, cuyo nombre, pronunciado por Rímini, había desencadenado ese increíble reguero de infidencias obscenas, hubiera engendrado, por el simple contacto con el escarnio, a dos mujeres distintas, una de las cuales, indefensa, seguía

debatíendose en manos de su verdugo, mientras la otra, como purificada, empezaba a entrar en el único lugar de Rímini donde nadie, y Rímini menos que nadie, hubiera sospechado que podía entrar: el corazón.

No, no la amaba, porque cualquier clase de amor lo habría empujado a exigirle cambios, a querer redimirla, a violentar su duplicidad con la esperanza de que una de las dos mujeres que era derrotara y suprimiera a la otra. Y la emoción que Rímini empezó a experimentar al verla, ese temblor íntimo y como inconfesable que el profesor de tenis y el entrenador, en caso de percibirlo, sin duda habrían descartado como una alucinación pasajera, a tal punto estaban convencidos de que Nancy, la Nancy insaciable y vana con la que se regocijaban, podía despertar en un hombre cualquier tipo de efecto menos una emoción –su emoción nacía justamente de esa duplicidad, de ese contraste inconcebible, como la belleza que, en ciertos casos muy raros, nace y brota y se abre paso en el chiquero más pútrido y que, si la extirparan de allí para trasplantarla a otro medio, más sensible a sus necesidades o, al menos, menos hostil a su ser, su medio «natural», como normalmente se dice, no sobreviviría un solo segundo. La que lo conmovía no era «otra» Nancy sino la misma de siempre: la Nancy hueca, vaciada de todo sentimiento por su propia mezquindad, por su rencor, por su relación de rapacidad con el mundo –la misma que en el profesor de tenis sólo despertaba erecciones, desprecio, violencia. Sí, tal vez la compadecía. Y tal vez esa fidelidad que Nancy tenía consigo misma, esa manera de perseverar en la baja, fuera justamente lo que había permitido que Rímini cambiara. No, no la amaba: iba –imperceptiblemente– convirtiéndose en su santo. Y así como los santos, cuando besan una llaga, besan la injusticia, el calvario y por lo tanto la reserva de humanidad más pura que aflora en ese rostro o esa piel enfermos, así Rímini retribuía –con el silencio de besos secretos, porque uno de los fundamentos más sólidos de la emoción que sentía era su incomunicabilidad– la avidez, la descortesía, la insensibilidad, la prepotencia que Nancy descargaba sobre él dos veces por semana.

Era el mismo prodigio dissociativo que lo había sorprendido semanas atrás, la tarde en la cocina, sólo que promovido a una fase superior, que reemplazaba las distracciones egocéntricas por una vaga pero persistente voluntad caritativa. Rímini, que antes se dejaba arrastrar, delegando en la inercia las decisiones que ni él ni su cuerpo se atrevían a tomar, ahora, de algún modo, asumía sus responsabilidades. Ahora *estaba ahí*, en el sentido más moral –más generoso– de la expresión. Y estaba ahí no porque acatara las urgencias del deseo, lo que, al fin de cuentas, no habría significado más que sustituir una inercia por otra, sino para contrabandear, en la economía carnal de la que

participaban, una dimensión extra, anticarnal, en la que Nancy, sin saberlo, exhibía ante Rímini la desnudez de su alma seca, raspada hasta el fondo, y Rímini, en vez de dar vuelta la cara y eludir ese espectáculo, el horror mismo, el horror puro, sin imagen –Rímini la contemplaba, y por el simple hecho de contemplarla, de *estar ahí*, no sólo comprendía su desnudez sino que la abrigaba, aliviando, aunque sólo fuera durante el lapso frenético del coito, el frío glacial que debía de hacer en su reino. Pero Nancy no tenía que saberlo. Rímini extremaba el principio de discreción de muchos filántropos, que sólo donan si se les garantiza el anonimato, llevándolo a un más allá casi incongruente: no era la identidad del donante, en su caso, lo que exigía mantener bajo secreto, sino la donación misma. Ése era su único privilegio.

Estaba ahí. Su contribución era su disponibilidad y tenía el don, rarísimo, por otra parte, de lo invisible y lo casual. Era casi una tautología: para estar ahí, Rímini no tenía que hacer nada, nada que no fuera estar ahí. Y lo extraordinario es que para que esa dádiva llegara a destino –y, a diferencia de las dádivas en general, que nunca van de un lado a otro sin sufrir, sin perder algo, sin dar pie a alguna duda, sospecha o malentendido, ésta, como no necesitaba viajar, llegaba a destino intacta–ni siquiera tenía que adoptar la forma de una dádiva. No era personal, no era única; cualquiera podía tomarla por cualquier otra cosa, en cualquier momento, y con todo derecho –y así, sin forma, no tenía nada que imponerle a su destinataria, ningún pago que reclamar.

La inercia no produce cambios. No produce nada, en realidad. A lo sumo da lugar –a la degradación, por ejemplo, o a la entropía. El cambio sí: el cambio produce cosas –inercia, por decir algo. Ahora bien, ¿quién se animaría a afirmar que la diferencia entre lo que cambia y lo que se degrada, entre una señal de alteración y otra de deterioro, es una diferencia *real*? Rímini estaba ahí para Nancy, quieto, sólido, así como su raqueta estaba siempre ahí, en la red, sacándole ampollas y callos en la base de los dedos, para devolver, sólo devolver, no acelerar ni desviar, una tras otra, las pelotas que Nancy golpeaba gimiendo, con un esfuerzo que la ponía siempre al borde del colapso, como si a cada golpe tuviera que reabastecerse de energía otra vez, de cero, y buscar nuevas fuerzas en una fuente muy remota y prácticamente agotada. Rímini cumplía, lo que para un convaleciente no estaba mal. No trataba de ir más lejos; no quería añadir ni conseguir nada. No esperaba de Nancy nada que ella misma no decidiera darle o pedirle. Y Nancy, que en más de un sentido había alcanzado un extraño estado de perfección, al punto tal que la satisfacción –ese ejercicio mecánico que practicaba con Rímini todos los martes y jueves de cada semana– había barrido en ella con las ideas de goce, felicidad, dolor, soledad,

todos los dilemas insolubles que por lo general le impedían vivir o la ponían en carne viva –Nancy también seguía en su lugar, el único, por otra parte, donde podía jactarse de ser una buena alumna, porque en la cancha seguía corriendo en línea recta –lo que explicaba las costras en sus rodillas–, seguía sin clavar la vista en la pelota –y sus golpes se perdían en el vacío– y seguía empeñada en no flexionar las rodillas –de modo que dos de cada tres pelotas iban a morir en la red.

Sin embargo, como toda fuerza sin motor, la inercia da lugar a movimientos subrepticios, temblores que aparecen, se hacen sentir un momento y se llaman a silencio, hasta que el estímulo casual que los convocó vuelve a repetirse y reaparecen, en un ciclo cuyas secuencias, tomadas cada una en sí misma, individualmente, nunca llegan a cambiar el mundo al que afectan pero dejan en él, resonando, los ecos de un murmullo donde, bien escuchado, se lee el recuerdo o la profecía de un cambio. Así, como el viajero indolente que se duerme en la cubierta de un barco y de pronto despierta, golpeado por una luz o el grito de un pájaro, y mira a su alrededor y, en el desconcierto del despertar, al mismo tiempo que reconoce lo que ve, el mar, el horizonte infinito, el cielo, cree ver algo que ha cambiado, algo sutil pero indescriptible, y sólo después, al ponerse de pie y trastabillar, descubre la inclinación del piso de la cubierta, y comprende que lo que había cambiado en el paisaje no estaba en el paisaje sino en ese «antes» desde el cual lo contemplaba, ahora afectado por una inestabilidad nueva, inducida por el oleaje, que no recordaba haber experimentado al dormirse, así Rímini tuvo la impresión, en algún momento, de que ese «estar ahí» para Nancy, por su mera obstinación, daba lugar a una cierta inclinación, un deslizamiento que amenazaba con comunicarlo con otra cosa... En la casilla, después de aparearse, Rímini se inclinaba, por ejemplo, y le ataba los cordones de las zapatillas. O en el auto, dolorido por las contorsiones que le había obligado a hacer el asiento trasero, se ponía a recoger del piso unos viejos tickets de estacionamiento. O le acomodaba la ropa y le alisaba las arrugas con las palmas de las manos. O le daba vuelta el cuello de la remera, retraído hacia adentro en un raptó de pudor. O, recostado en el suave declive de césped alrededor de la pileta, adonde, envalentonados por una inspiración telepática completamente repentina, se habían internado antes de la clase, le limpiaba la espalda de briznas de pasto. O le llevaba hasta el auto el bolso que minutos antes ella se había calzado bajo la cintura para que sus cuerpos estuvieran a la misma altura. O le compraba cigarrillos en la máquina del bar. O pagaba por ella, con el dinero que ella le daba, el trago que había dejado por la mitad en la mesa de la terraza.

Con el paso de los días, las funciones de Rímini se fueron multiplicando:

chofer, mensajero, encargado de compras... Fue un proceso gradual, sutil, y Nancy lo tomó con naturalidad, como si la presencia de esa sombra que empezaba a seguirla a todas partes no fuera un privilegio sorpresivo sino el reconocimiento de un derecho que la asistía desde siempre, y que sólo una injusticia inadmisibile había podido negarle. Pero, contra lo que se podía esperar, esa ampliación de funciones, que también extendía las áreas de la vida de Nancy con las que Rímini entraba en contacto, no acortó la distancia entre ellos, ni llegó a disfrazarla con la espuma circunstancial –charlas triviales, complicidades– que a menudo lubrica esa clase de relaciones. Viéndola en acción fuera del club, reducido a esa altura a un decorado artificial, tan propicio que parecía montado para ellos, para las dos únicas actividades a las que se libraban en él, Rímini comprendió hasta qué punto Nancy era una inválida social, alguien a quien el vínculo más circunstancial sumía en un estado de profundo desamparo. Era como si, del lenguaje, en esas situaciones en que el roce cotidiano se vuelve inevitable, sólo conociera un repertorio muy restringido de funciones, ordenar, protestar, enfurruñarse –todas signadas por la misma hostilidad, todas físicas–, mientras que todas las demás, las más usadas, precisamente, en las transacciones de la vida cotidiana, preguntar, pedir, dudar, convenir, le eran ajenas, ajenas radicalmente, a tal punto que no sólo jamás afloraban a sus labios sino que nada la desconcertaba más que el hecho, por lo demás muy frecuente, de que los demás las ejercitaran con ella. (Y qué rápido pasaba del desconcierto al furor cuando alguien, una cajera, un taxista, un oficial de banco, le repetía la pregunta que ella, incapaz de comprenderla, porque sonaba a sus oídos como dicha en un idioma extranjero, acababa de pasar por alto, como si la insistencia del otro, no importa cuál fuera el contenido de la pregunta, la incluyera automáticamente en una categoría que la humillaba.)

Así, una visita a la peluquería, una salida de compras o una sesión en el gimnasio, todas actividades que por su regularidad hubieran debido serle perfectamente familiares, eran para ella, y ahora para Rímini, que no le perdía pisada, situaciones de una extraordinaria conflictividad potencial. En cada contacto –una duda sobre un talle o un precio, una pregunta sobre un color, una demora en el procesamiento de una tarjeta de crédito, el extravío de un ticket de estacionamiento– se agazapaban mil posibilidades de catástrofe. Aislada por la vehemencia, la voracidad y la naturaleza reivindicativa de sus caprichos, que hacían de la menor contrariedad una ofensa intolerable y eran la columna vertebral de su comportamiento, Nancy era tosca, prepotente, de una insolencia monárquica. Rímini ya sufría esos vicios dos veces por semana y por partida doble, dentro de la cancha de tenis, donde cualquier observación

técnica le era devuelta bajo la forma de un desplante, una discusión o, directamente, la renuncia a seguir con la clase, y también en la casilla, el auto o la lomita de pasto junto a la pileta, donde Nancy, como aquella vez en la mesa de la cocina, marcaba con sus exigencias el ritmo y la progresión de las sesiones carnales. Pero ahora, inesperadamente, saboreaba cierta revancha al ver cómo esas mismas ráfagas de desprecio azotaban también a empleadas de tiendas, encargados de lavado de peluquerías, ascensoristas, mozos. Y era difícil entender cómo la sangre nunca llegaba al río. Rímini, al menos, tenía la coartada de la descarga sexual. Quizá la condición de «cliente» obrara como un límite, refrenando la tensión de la escena antes de que todo desbarrancara sin remedio, en parte por la sumisión que todo patrón inculca en sus empleados cuando los entrena en el arte de atender, en parte por las expectativas que despertaba Nancy cada vez que mostraba el interior de su abultada billetera y la falta total de criterio con que desparramaba su dinero sobre el mostrador.

Al cabo de un tiempo, por contraste, Rímini, que carecía de toda vocación social, se fue convirtiendo en una persona atenta y afable, llena de recursos, capaz de tolerarlo todo, como un diplomático o un experto en relaciones públicas, con tal de evitar una fricción mundana. Nancy husmeaba, palpaba, probaba, elegía, pagaba o firmaba; Rímini era el que hablaba, hacía las preguntas, negociaba, reclamaba o agradecía, el que evitaba que esas transacciones no degeneraran en batallas sangrientas y mantuvieran, al mismo tiempo, un aspecto razonablemente humano. Ya sin conocerlos, vistos de lejos, era evidente que eran amantes, o que el lazo invisible que los unía, porque en público evitaban todo contacto físico y prácticamente no se dirigían la palabra, era de naturaleza sexual, lo que, como Rímini comprobaba cada tanto, cuando volvía de improviso a la caja en la que acababan de pagar y sorprendía a las cajeras cuchicheando, solía despertar una emoción confusa, mezcla de asco, envidia y excitación, pero había algo en la imagen que daban, quizá la funcionalidad, cada vez más aceptada, o cierto aire higiénico, que los emparentaba con una pareja de extranjeros o con uno de esos dúos, dispares pero unidos por necesidades profundas, que forman, por ejemplo, una embajadora extranjera y su secretario local, ella siempre un poco aparte, aislada por su condición forastera pero dueña, al mismo tiempo, de todas las decisiones, él apostado como un vigía en la frontera de esa condición, un ojo vuelto hacia el interior y otro hacia el exterior, siempre solícito y activo, como si tratara de compensar, multiplicando las iniciativas, el déficit de movimientos de su patrona. Y como sucede con esa clase de parejas, que quedan como congeladas por los protocolos en que se desenvuelven, Rímini y Nancy no progresaban: estaban siempre en el mismo punto. Ella era una reina en el exilio, reina de un

reino menor, fruto de uno de esos golpes de suerte –una mina de diamantes, un yacimiento de petróleo– con que la naturaleza bendice a países hasta entonces condenados a la miseria, y exiliada en una tierra más desesperanzada que la que acababa de dejar atrás. Él era su esclavo.

Una mañana radiante, en un supermercado de las afueras adonde habían llegado, vestidos de tenis, atraídos por una de esas promociones espectaculares, llenas de precios gigantescos y signos de exclamación, que ejercían sobre Nancy un efecto casi religioso, Rímini, que empujaba un carrito colmado, levantó la vista y la vio parada en la caja, el pubis golpeando suavemente contra el canto de la mesada de aluminio. El contraste entre la blancura de la pollera tableada, la piel dorada de sus muslos y el gris acero de la mesada le produjo un cosquilleo confuso. Pensó que era incomodidad, o pudor, o la señal de un arrepentimiento que pretendía borrar todo lo que había vivido con Nancy en los últimos meses. Era deseo. Y si se dio cuenta no fue por su capacidad de introspección, que le habría exigido una franqueza muy por encima de sus medios, sino porque lo vio en Nancy, reflejado en sus ojos, que se habían puesto a mirarlo con aire intrigado. Antes de que pudiera disimular, Rímini comprendió que se había ruborizado.

Bajaron, cargaron el auto. Nancy quería manejar. Rímini dejó caer las llaves en la palma de su mano abierta y cruzó delante del auto mientras la miraba largamente, como vigilándola. Hicieron algunas cuadas en silencio. Iban por una calle estrecha, techada de árboles, cuando Nancy clavó los frenos, torció el volante a la izquierda y se metió en la playa de un hotel. Estaba casi desierta, pero recién después de una media docena de maniobras consiguió estacionar al lado de un Falcon familiar azul, tan cerca, por otra parte, que Rímini, cuando bajó, tuvo que cuidarse de no rayarle la puerta. Más que bajar se escurrió, haciéndose muy flaco, y al pasar junto al Falcon echó un vistazo distraído hacia el interior, probablemente atraído por el carácter histórico que ese modelo tenía para él, y descubrió en el asiento trasero una colección de recipientes de telgopor ordenados de mayor a menor, cuadrados, redondos, rectangulares, que parecían flotar en un lecho de nieve granulada. Y a pesar de que tenía cosas importantes en que pensar, o por lo menos inmediatas, el significado, por ejemplo, de la digresión sexual que estaba a punto de emprender con Nancy, que alteraba de la manera más inesperada una rutina hasta entonces inflexible, la imagen de ese paisaje blanco, parecido a los pueblos en miniatura que viven en el interior de esas esferas de vidrio, siempre expuestos a los silenciosos temporales de nieve que se abaten sobre ellos cada vez que alguien da vuelta o agita la esfera, lo acompañó mientras cruzaba la playa de estacionamiento. Unas flechas fluorescentes los llevaron hasta un

pasillo. Empujaron una puerta acolchada y salieron, o entraron, a una recepción donde todo, pisos, paredes, techo, incluso el pedestal que sostenía a una opulenta Venus de yeso sorprendida en plena fuga, estaba alfombrado. Sorprendentemente, Nancy se encargó de todo: pidió la habitación más barata y sólo aceptó el control remoto del televisor cuando le aseguraron que estaba incluido en la tarifa. Rímini, mientras tanto, había llamado el ascensor y trataba de reconocer la canción que competía con el rumor de la cascada. Roberto Carlos. Roberto Carlos en español, con las erres débiles y las eses marcadas que Rímini, que de adolescente las había escuchado sin parar a lo largo de todo un verano, una de esas temporadas de ocio, calor tórrido y reclusión que aprovechaba para masturbarse hasta cuatro veces por día, parecía haber guardado en alguna región especialmente inviolable o inútil de su memoria. Roberto Carlos, sí —pero ¿qué canción? ¿*Detalles*? ¿*Palabras*? Abrió la puerta, dejó que Nancy pasara primero y le miró los pies, las zapatillas teñidas de polvo de ladrillo, los pompones de las medias que, un poco corridos, parecían brotarle de los tobillos, y vio algunos granitos de telgopor que pretendían entorpecer el riel de la puerta. Arriba encontró más, desparramados como rastros en la alfombra del pasillo. Nancy entró a la habitación. Rímini se demoró un segundo y siguió con los ojos ese intermitente reguero blanco. Tres puertas más allá, en pasillo, una pareja discutía bañada en una luz sanguinolenta. La mujer era grande, masculina, de gestos lentos y pesados; el hombre era calvo y menudo; más que hablar, parecía aletear alrededor de la mujer como una avispa frenética. Se sintieron descubiertos y enmudecieron de golpe, volviéndose hacia Rímini, que, sin pensar, descartó a la mujer y clavó los ojos en la cara del hombre. Vio sus ojos oscuros, rodeados de ojeras, y el modo brusco en que sus chispazos ansiosos se extinguían en una mueca de asombro y luego de vergüenza, y por fin el Falcon, los recipientes en el asiento trasero, los glóbulos de telgopor, todas las piezas se precipitaron hacia un punto central, como atraídas por un imán invisible, y terminaron de encajar: Rodi, el padre de Sofía. El zar del telgopor. Lo impresionaron —otra vez— la pequeñez, las proporciones perfectas, de saltimbanqui o de jockey, de su cuerpo. Rímini alcanzó a ver que levantaba una mano en el aire y se metió en la habitación.

Se embistieron de pie, vestidos, sin detenerse a prender ni apagar una luz, con una urgencia que Rímini, salvo la primera vez, nunca había experimentado, y que por unos segundos alcanzó para borrar de su cabeza el rostro del padre de Sofía. Diez minutos más tarde —Nancy se duchaba, Rímini se empalagaba con una orgía multirracial en blanco y negro— golpearon a la puerta. Rímini levantó la tapa de madera de la gaveta, pensando que Nancy habría encargado algo para tomar, y descubrió la cara de Rodi, inquieta y

sonriente como la de un títere. Estuvieron un rato así, puerta de por medio, mirándose y midiéndose a través de esa ventanita que se abría en la puerta como una malformación. Rodi balbuceaba, sacudido por unos arranques de vivacidad que ya nacían muertos, y Rímini sintió que lo invadía un fastidio inmemorial, padecido durante años y nunca debidamente recompensado. Recordó cómo lo habían crispado siempre esa impaciencia, esa dispersión permanente, esa imposibilidad para ceñirse a una sola cosa y llevarla hasta su término sin cambiar sobre la marcha, distraerse o desfallecer. Recordó largos viajes en auto rumbo a la costa, travesías de seis, siete y hasta ocho horas que Rodi, sentado al volante, un puesto del que jamás aceptaba que lo relevaran, se las ingeniaba para transformar en verdaderos calvarios gracias a un manojo de compulsiones como prender la radio, por ejemplo, recorrer todo el dial en un sentido y luego en otro, sin detenerse en cada estación más que uno o dos segundos, apenas lo necesario para que cualquier música, aun la más inocua, fuera sinónimo de hostilidad, y por fin apagarla con un gesto brusco y desencantado, como si la culpa fuera de los programadores de las veinte o treinta estaciones por las que acababa de pasar y no de la celeridad maniática con que las había atravesado, para, cinco minutos más tarde, cuando sus compañeros de viaje empezaban a disfrutar del silencio reconquistado, volver a prenderla con entusiasmo, como si en ese lapso mínimo algo pudiera haber cambiado, o bien acelerar el auto de golpe, llevarlo a velocidad máxima, pegar un volantazo brutal y adelantarse al camión cuya marcha lenta llevaba quince minutos maldiciendo en voz alta, para luego, inmediatamente, como acobardado por su propia osadía, retirar el pie del pedal y desacelerar, dejarse estar, abandonarse a la velocidad media a la que viajaba antes y a las maldiciones con las que había acosado al chofer del camión, que ahora, naturalmente, se le adelantaba otra vez —calvarios de los que todos los viajeros sin excepción, su mujer incluida, emergían invariablemente con los nervios de punta, mareados hasta la náusea, comprometiéndose en secreto a recordar el tormento que acababan de sufrir, recordarlo y atesorarlo así, intacto, para no tener que volver a sufrirlo nunca más.

Rímini se envolvió en una toalla y salió al pasillo. En calzoncillos y musculosa blanca, con el ruedo de la camisa desabrochada a la altura de las rodillas, Rodi se abalanzó sobre él y, colgándose de su cuerpo, lo abrazó con una avidez animal, y Rímini sintió que sus breves brazos lo recorrían un poco a ciegas, como palpándolo de armas. Se apartaron. Rodi respiraba agitado, echándole cada tanto unas miradas rápidas y golpeándole un brazo como para cerciorarse de que era real. «Perdido», le dijo. «Ya no te vemos más. Lo bien que hacés: tenernos de suegros a nosotros... Cuánto fue: ¿trece años? Qué

aguante, Dios mío. Con lo mucho que te queremos.» Por un segundo, Rímmini se sintió tocado por algo de su emoción, que lo empujaba a querer decirlo todo al mismo tiempo y redimía, dándole un sentido, el desorden de sus atropelladas. Lo vio así, casi desnudo, empequeñecido por los años y sin embargo vital, dotado de la misma energía juvenil que, huérfana, sin brújula alguna, solía empujarlo, a los sesenta años, a aventurarse en las más variadas alternativas existenciales, desde el yor-ei y la ceremonia del té hasta el tai chi chuan y las terapias nudistas, pasando por los retiros espirituales, la expresión corporal y la reflexología, y, libre ya del marco un poco protocolar, de suegro y yerno, en el que se había acostumbrado a percibirlo y tratarlo, Rímmini sintió que se enternecía. Pero lo miró bien y le pareció que había algo más, que la emoción, cuya pureza un poco infantil tanto lo había afectado, estaba como *cortada* por un sentimiento de otro orden, menos desinteresado, que la emoción, por genuina que fuera, contribuía a disfrazar —el miedo. Rodi estaba aterrado: su ex yerno acababa de descubrirlo en un hotel con una mujer que no era su esposa. Rímmini lo acomodó bajo esa nueva lente, y a medida que iba poniendo en foco todo lo que un segundo antes se veía borroso, a medida que la agitación, las sonrisas, la alegre tribulación, los golpecitos en el brazo y el brillo húmedo que titilaba en sus ojos perdían espontaneidad y se iban convirtiendo en técnicas de disuasión, de amordazamiento o de soborno, destinadas a conseguir su silencio, Rímmini, que hasta entonces se había mantenido relativamente neutral, más como el testigo de una situación insólita que como su protagonista, sintió que se deslizaba hacia un lento abismo de melancolía. Recordó las veces que Sofía, en un estado de furor y desengaño extremos, le había confesado la sospecha de que su padre tenía una doble vida. Desconfiaba de sus secretarías, de las empleadas de la fábrica, de las jóvenes promotoras que contrataba para lanzar nuevas líneas de productos. Todos los *hobbies* grupales a los que consagraba su tiempo libre —todo el tiempo que le negaba a su madre—, que abrazaba siempre con un entusiasmo incondicional, como si, después de haberse pasado años buscándola en vano, hubiera encontrado por fin la panacea para todos sus males, y que a los quince días abandonaba sin pena ni gloria, en medio del más profundo desinterés, atribuyendo su deserción a detalles triviales, un problema de horarios, una desinteligencia con un compañero de grupo, una pequeña molestia física que de causa, filtrada por la extraña alquimia de Rodi, pasaba a ser efecto —todas las disciplinas y prácticas de las que se fanatizaba, siempre ligadas al «mundo interior» del que decía, quejándose, que adolecía, todos los grupos que integraba, plagados de mujeres solas, doloridas, y de maestras carismáticas, expertas en los secretos más recónditos del cuerpo y del alma —todo ese mundo de seminarios, cursos,

laboratorios, maratones, cuyo *elemento de desesperación*, como ella misma lo llamaba, Sofía conocía perfectamente bien, puesto que también se dedicaba a ellos, todo eso era para ella, y también para su madre, con la que a menudo, a veces incluso en presencia de Rímíni, compartía sus sospechas, una gran pantalla, una cortina de humo o tal vez la verdadera matriz de una vida clandestina. Y ahora que la verdad salía a la luz, o al menos a ese resplandor pecaminoso que los bañaba de rojo en el pasillo del hotel, Rímíni, que nunca antes había demostrado mayor interés por descubrirla, en parte porque la categoría de adúltero, aun en sus versiones más patéticas, le parecía completamente desproporcionada para ese hombre asustadizo, que desconfiaba por principio de todo lo que fuera nuevo, a tal punto que prefería seguir usando sus viejos pulóveres zurcidos, con el riesgo de que sus clientes lo tomaran por un zaparrastroso, antes que ir a una tienda y comprarse nuevos, en parte porque atribuía las sospechas de Sofía a una especie de axiomática femenina universal, descubría en carne propia la tristeza que destila la historia cuando decide ser irónica. Porque esa verdad que Sofía y su madre habían buscado durante tanto tiempo, y por la que en su momento, cuando Rímíni todavía formaba parte de sus vidas, hubieran hecho cualquier sacrificio —esa verdad demostraba ser doblemente inútil: aparecía ahora, cuando era demasiado tarde, y se le aparecía a él, que nunca la había buscado y ya no tenía relación alguna con el mundo que venía a perturbar. Y mientras empezaba a pensar que quizás eso explicara la suerte catastrófica de la verdad humana —eso: no el hecho de que no hubiera verdad, como sostenían muchos, sino el hecho de que la verdad caía siempre a destiempo, cuando el enigma al que daba respuesta ya había sido olvidado, y nunca caía en manos de quienes la buscaban o la necesitaban—, Rímíni oyó un sonido extraño, un frote de cueros, un tintineo opaco, y vio a la mujer que se asomaba al pasillo con aire impaciente, una cadena en el cuello, el torso desnudo atravesado de correas negras y una delgada fusta de goma temblándole en la mano. Lejos de Rodi ya no parecía tan inmensa. Rodi no se volvió. «Eh. Tengo que irme, qué se le va a hacer», dijo, y sacó una tarjeta del bolsillo de la camisa y lo obligó casi a aceptarla. «Venime a ver. Puedo tener algo para vos. Sé que anduviste con unos problemitas... Sofía es Sofía, nosotros somos nosotros. Nosotros te queremos, ¿sabés? Mucho, te queremos. Siempre nos preguntamos... O pasate por casa. Nos vas a dar una alegría.» Le puso las dos manos en el pecho, lo golpeó con las palmas suavemente, como masajeándolo, y empezó a caminar marcha atrás, sin dejar de mirarlo, mientras la mujer desaparecía dentro del cuarto. Rímíni tuvo la impresión de que lloraba. «Pasate, dale. ¿Vas a pasar? Prometeme. ¿Vas a pasar?», decía, mientras sus pequeños pies de niño viejo retrocedían desnudos sobre la alfombra turquesa.

Las dos noches siguientes durmió mal. Le costaba encontrar la posición adecuada; ensayaba las tradicionales y le sonaban falsas, incómodas, como ropa dos talles más chica, y las posturas que estrenaba le procuraban un confort pasajero del que emergía a los pocos minutos, doblemente irritado, para volver a cambiar. Y cuando por fin se dormía, más por fastidio que por cansancio, la capa de sueño era tan delgada y tenue, y él tan consciente de su fragilidad, que dormía en un estado de alerta permanente, restringiendo al máximo sus movimientos, como si estuviera acostado sobre una lámina de cristal. El jueves se despertó de madrugada, destapado. Le dolía todo el cuerpo, estaba aterido de frío. Apenas abrió los ojos repitió en voz alta una frase desconocida, traída de un sueño que no recordaba haber tenido: «Querer es lo que hacen los cuerpos, y nosotros ahora sólo somos fantasmas.» Un resto perdido de alguna traducción, pensó. Se le ocurrió tomarse la mañana, faltar al club, pero cometió el error de confesarlo en el desayuno. El entrenador lo disuadió con uno de esos argumentos de terrorismo gimnástico que solía usar para aplastar toda rebelión nacida de la debilidad, y para que la disuasión no fuera tan flagrante le sirvió doble ración de cereales. Después vino la rutina de ejercicios matinales, que Rímini ejecutó con desgano. Hizo trampa por primera vez: aprovechó que el entrenador se concentraba en sus propias secuencias para abreviar las suyas, saltarse fases, adulterar cómputos. En un momento se detuvo y miró al costado, y en vez de ver al entrenador, en vez de reconocerlo, es decir: no exactamente verlo sino adherir de manera instantánea a la idea que ya tenía de él antes de mirarlo, lo que vio, como en una lámina de anatomía, fue una pura estructura muscular, tendones y ligamentos trenzados sobre un soporte invisible, un juego de formas y brillos, de contracciones y dilataciones, que acompañaba una monótona música pulmonar, y la visión, sangrienta como una escena de carnicería, le arrancó una arcada que disimuló dándose vuelta en la colchoneta. Algo en la obediente maquinaria de su vida se había averiado.

Todo se precipitó en el club. Abrumado por el cansancio, que lo volvía

lento y doliente, Rímini tuvo que apurarse. Comprimió el tiempo todo lo que pudo y, con los nervios crispados por la prisa, logró llegar puntual a la primera clase. Pero Damián llegó tarde —lo que obligó a Rímini, todavía impulsado por una voluntad de aceleración, a multiplicar los esfuerzos para frenar, para adaptarse al tiempo muerto que se abría ante él—, llegó en el momento exacto en que Rímini había decidido levantar la clase —otro cambio de ritmo—, para colmo más irascible que nunca, y durante una hora y media —era principio de mes, y el chico amenazó con no pagarle si Rímini no le daba la clase entera— jamás dejó de mascar chicle ni de cantar, dos licencias que Rímini jamás toleraba en sus alumnos. Sobre el final, en medio de un peloteo, un poco fuera de sí, lo que explicaba el insólito encarnizamiento con que le exigía al chico que llegara a las pelotas más exigentes, Rímini redujo un poco la intensidad del juego y sin dejar de pelotear, mientras le anunciaba que pasarían a practicar voleas, empezó a atraer al chico a la red con pelotas cada vez más cortas. Damián se envalentonó; subió pegando palazos que Rímini devolvió con golpes planos, no muy fuertes pero bien colocados, hacia las paralelas, alertándolo sobre esos puntos débiles. El chico bloqueó tres *passings* seguidos, uno sobre la derecha, otro sobre la izquierda, otro sobre la derecha otra vez, y cuando se preparaba para saltar de nuevo hacia la izquierda, hacia donde parecía llevarlo el patrón lógico de la secuencia, Rímini pegó un planazo bestial, de una potencia desbocada, tan recto que parecía trazado con regla, y la pelota se estrelló de lleno en la cara de Damián, entre los ojos, en la intersección de las cejas. Sin soltar la raqueta, el chico cayó sentado, miró con asombro y se desmayó. Rímini saltó la red y se inclinó para asistirlo. El chicle le asomaba por un costado de la boca como un tímido insecto rosado. Cinco minutos después, Damián lloraba en el banco, apoyándose una servilleta con hielo contra la protuberancia rojiza que despuntaba en la zona golpeada, mientras Rímini, que trataba de reprimir nuevas formas de represalia, vagaba con la vista por la terraza del club y veía, primero con sorpresa, después con una impaciencia perturbadora, a los dos alumnos que tenían clase con él después, a Nancy y a Boni saliendo *juntos* al sol —le pareció que él cargaba con el bolso de ella— y sentándose a la mesa en la que Nancy solía beber sus tragos al sol. Los vio intercambiar unas palabras y quedarse en silencio, alejar al mozo que había acudido a atenderlos y después, por fin, señalarlo a él, a Rímini, o algo que estaba cerca de él. Rímini despachó a Damián sin rodeos. Todo sucedía tarde, muy tarde, y sin embargo el apuro que lo apremiaba no tenía nada que ver con el tiempo. Pero cuando el chico se fue, unicornio malherido, arrastrando el bolso y la raqueta y dejando dos largos surcos en el piso, lo primero que hizo Rímini, después de llamar con señas a Boni para que bajara a la cancha, fue

consultar su reloj, hacer cuentas, demostrarse hasta qué punto la imagen de ellos dos juntos a esa hora –solían cruzarse después de la clase, nunca antes– era no una novedad sino una aberración.

Al revés que Damián, Boni fue pura languidez. Se arrastraba por la cancha como un enfermo, el pecho hundido, cabizbajo, y en vez de correr se limitaba a extender la raqueta con indolencia, no exactamente hacia la pelota, cosa que habría hecho si se hubiera propuesto devolverla, sino hacia la zona general, muy vaga, calculada más en función de su pereza que de la trayectoria de la pelota, en la que se suponía que debía picar. Y después, cuando condescendía a mover la raqueta y a duras penas agitaba un poco el aire, mientras la pelota seguía su curso y se estrellaba contra la pared de alambre del fondo, alzaba los ojos al cielo, lanzaba un grito ahogado de autorreproche y se quedaba un rato apoyado contra la red, la cara contra el hombro, secándose en la manga de la remera las gotas de un sudor que sólo existía en su imaginación. Fue en uno de esos momentos de desasosiego, que el adolescente, por supuesto, sabía improvisar como nadie y que Rímini pretendía disipar arrojándole pelotas desde muy cerca, como si probara puntería con uno de esos blancos antropomórficos de los viejos parques de diversiones –fue entonces cuando Rímini, que acababa de proponerle cambiar de lado, confiado, no sin alguna maldad, en que el sol de frente lo despabilaría, le detectó una marca morada en un costado del cuello. Se cruzaban junto a la red, y Rímini, buscando su complicidad, le susurró algo sobre «una noche salvaje». Boni no contestó y cambió de lado con la raqueta apoyada en el hombro, como si fuera una pala. Rímini dedicó los diez últimos minutos de la clase a vengarse del desaire. Primero lo martirizaba con pelotas muy altas, que forzaban a Boni a mirar el sol y a enceguecerse, y después lo fusilaba con golpes rasantes a las esquinas. Y cuando todo terminó lo obligó a recoger las pelotas que habían quedado de su lado de la cancha. Boni, todavía obnubilado, miró a su alrededor y se descubrió acorralado por un mar amarillo: *todas* las pelotas estaban de su lado. «Para cuando vuelva las quiero todas en el canasto», dijo Rímini. Boni alzó los ojos, unos ojos suplicantes, pero Rímini ya se alejaba rumbo al edificio del club.

Subió las escaleras de tres en tres, cruzó la terraza, entró al bar buscando a Nancy. El salón estaba vacío. Salió al hall, donde un electricista empalmaba cables en la cima de una escalera. Alcanzó a ver de reojo su nombre mutilado en el tablero: las dos primeras letras se habían desprendido y yacían al pie del tablero, atrapadas entre la felpa y el marco. Investigó el vestuario de damas, desierto y reluciente, recién desinfectado, y volvió al bar, atraído por el sonido de una puerta que se cerraba. Nadie. Empezó a preocuparse: sentía que las

cosas se movían apenas les daba la espalda, y apenas las miraba volvían a quedarse quietas. Salió a la terraza, hizo visera con la mano y paneó con una lenta desesperación por todo el club, las canchas de paleta, los frontones, el depósito de herramientas, la pileta, las canchas de tenis, y demoró todo lo que pudo en llegar hasta su cancha para ahorrarse la imagen del chico pescando las pelotas una por una con su indolencia de garza. Pero la cancha estaba limpia, todas las pelotas dormían en el canasto, y Nancy y Boni parecían enfrascados en una conversación muy animada, ella de pie, de espaldas a Rímini, recogiendo el ruedo de la pollera para rascarse el dorso de un muslo, él sentado en el banco, cabizbajo, dibujando figuras geométricas en el polvo con la empuñadura de su raqueta. Rímini parpadeó; tuvo que cerrar los ojos y abrirlos y volver a mirar para convencerse de que la escena estaba sucediendo. ¿Era posible? Trazó mentalmente los caminos que conectaban la cancha con el edificio del club: era rarísimo que Nancy y él no se hubieran cruzado. Bajó las escaleras a los saltos, sin sacarles los ojos de encima. Tuvo la impresión de que Nancy se ponía en guardia, como si hubiera adivinado su presencia. Boni dejó sus garabatos, guardó la raqueta en su funda y abandonó la cancha, alejándose rápidamente por el camino paralelo a las vías del tren.

Rímini dudó: ¿perseguir al agresor o asistir a la víctima? Pensó en salir tras el chico, en interrogarlo, pero vio a Nancy fumando uno de sus cigarrillos kilométricos, practicando golpes en el aire, sin pelota, y la descarada saciedad que leyó en su rostro lo decidió a entrar a la cancha. Balbuceó un saludo, se sentó en el banco, tomó una toalla y la dejó, revolvió el fondo de su bolso sin buscar nada, sólo para hacer tiempo, y después de volverse y ver al chico empequeñeciéndose a la distancia se incorporó de un salto y se abalanzó sobre Nancy y trató de besarla. Lo único que consiguió fue engancharse una mano en un bretel y arrancarle un botón. Se arrodilló para buscarlo, hizo que examinaba el piso un segundo y de golpe se abrazó a sus piernas como pidiendo clemencia. Nancy lo apartó con la raqueta. «Haceme el favor: no hagas papelones», le dijo. «Vamos ya a la casilla», dijo Rímini. «No.» «Al auto, vamos al auto.» «No.» «A la loma.» «No, hoy no», dijo ella, «estoy agotada.» Aplastó el cigarrillo contra el piso, robó dos pelotas del canasto y, rejuvenecida y leve, corrió hasta el fondo de la cancha y dando unos saltitos de precalentamiento hizo picar las pelotas, como desafiándolo. Unos minutos después peloteaban, y Rímini, cambiando el ritmo de golpe, aprovechó un revés bajo y profundo para subir a la red. Pero esta vez Nancy no esperó; salió a buscar la pelota, la interceptó y la devolvió de sobrepique. La pelota se elevó, trazando una alta curva envenenada. Tomado de sorpresa, Rímini trató de descolgarla con un *smash* de revés, pero el sol lo deslumbró y la pelota siguió su curso, indiferente,

hacia el fleje del fondo. Herido en su orgullo, Rímini decidió correrla. Llegó a los tumbos, casi sin control. La pelota mordió el fleje, que sobresalía un poco, y se desvió, eludiendo el golpe con el que Rímini trataba de devolverla, y fue a morir blandamente contra el alambrado –mientras Rímini se llevaba el fleje por delante y aterrizaba boca abajo en el polvo de ladrillo.

Nancy estaba inspirada. Era como si hubiera despertado de un prolongado letargo, hambrienta, pura concentración: no paraba de moverse, peleaba cada pelota como si jugara una final de campeonato. Rímini, desconcertado, empezó a entrecortar la clase. Interrumpía los peloteos para corregirle algo, cualquier minucia, con el mismo escrúpulo que solía sacrificar para preservar la continuidad del juego. A la tercera o cuarta observación, formuladas siempre con una parsimonia irritante, como si se dirigiera a una infradotada, Nancy contraatacó. Objetaba cada corrección invocando los preceptos del antecesor de Rímini, y de ahí, de ese litigio técnico, fue deslizándose con el correr de los minutos a un terreno más personal, donde los problemas eran de «clima», de «comunicación», incluso de «piel», y Nancy los planteaba sonriendo, con un aire pensativo que parecía transportarla lejos, muy lejos de allí. Rímini no tuvo que pensar mucho para saber exactamente adónde. Conocía ese país. Recordaba muy bien las vistas parciales que su antecesor le había mostrado aquella tarde en el departamento de Núñez. Y ahora, mientras contemplaba el rubor, la secreta añoranza que brillaban en la cara de Nancy, Rímini las veía desfilar otra vez, postales de un mundo de delicias que aquella vez lo habían asqueado y ahora lo herían sin piedad: «buche de poronga», «ventosa», «planta carnívora», «máquina de bombear»... La clase siguió un rato más pero siguió sola, sin ellos: Nancy nunca volvió del ensueño que la había raptado, y Rímini tampoco del infierno. El espectáculo que lo martirizaba tenía demasiadas capas; cada vez que desprendía una, creyendo aliviarse, otra aparecía enseguida, todavía más obscena y repulsiva, en la que el profesor y Nancy y Boni, con el entusiasmo típico del recién llegado, se trenzaban en una serie de atroces contorsiones circenses. No pudo más y dio por terminada la clase. Nancy miró su reloj y, sin dejar de sonreír, le hizo notar que todavía faltaban doce minutos. Pero Rímini ya no estaba allí para escucharla.

Volvió al piso de Núñez en un estado desesperante. Le latían las sienes, tenía la boca seca, temblaba tanto que estuvo cinco minutos tratando de embocar la llave en la cerradura. Por fin, cuando logró entrar, la claridad que inundaba el departamento vacío lo envolvió en un torbellino de lucidez. Se desplomó en un sillón y permaneció unos segundos inmóvil, mirando aturdido la brillante cortina de bruma que borroneaba el horizonte. Después descolgó el teléfono y marcó el número de Sofía, y mientras esperaba repasó los detalles

con toda minuciosidad, de adelante para atrás, como si rebobinara una cinta: los pies diminutos, como de muñeco, alejándose sobre la alfombra, la voz trémula con la que Rodi había querido sobornarlo, la mujer reclamándolo en el pasillo con la fusta en la mano, la musculosa bajo la camisa —sí, pensó, le contaría todo, todo de un golpe, sin pensar y sin prólogos, como si enviara un mensaje anónimo. Atendieron, y Rímini se ofuscó. Estaba tan absorto en lo que había decidido decir que sintió que lo interrumpían. Le llegó el final de una frase: «... pasar la noche en el sanatorio», uno de esos jirones de vida privada que se sorprenden a veces por teléfono, y luego una voz que se impacientaba: «¿Hola? ¿Hola?» Rímini esperó. «¿Hola?», repitieron. «¿Sofía?», dijo Rímini. Hubo un silencio. «¿Rímini? ¿Sos vos?» Iba a decir que sí —oyó un ruido seco multiplicado por tres, como si el auricular rodara por una escalera, y después, por unos segundos, los indicios de una negociación de emergencia: la madre trataba de convencer a Sofía de que la dejara hablar a ella —«Perdoname, pero no estás en condiciones»—, Sofía se resistía —«Vos menos, mamá»—, forcejeos alrededor del teléfono, más golpes, gritos histéricos —«¡Dejame sola! ¡Sola, dije!»—, un portazo, y todo quedó en silencio. Hubo un largo suspiro, el respingo de un hipo y la voz quebrada de Sofía reapareció: «Rímini, no lo puedo creer. Es un milagro. Estuve a punto de llamarte... Necesitaba tanto hablar con vos. ¿Cómo te enteraste? ¿Víctor te dijo? Qué raro: hablamos hace media hora y no me contó nada. Es increíble. La vida es increíble, Rímini. ¿Sabés de quién hablaba papá un minuto antes de tener el infarto? De vos. Decía que te extrañaba. Pobrecito. Se puso medio a llorar. Me dijo que quería verte. Te extrañaba.»

Recién en el taxi, cuando el juego de la luz en las copas de los plátanos, el ancho de la avenida y la elegancia discreta y funcional de los edificios —con la vieja óptica que dominaba toda una ochava— ya lo devolvían a esa provincia de su vida que sus archivos llamaban «Hospital Alemán» y que, inmóvil, atravesaba sin embargo épocas distintas, todas enlazadas alrededor de la tristeza y la muerte, Rímini se dio cuenta de que no se había cambiado de ropa. Había colgado y salido. Apenas había tenido tiempo de recoger las llaves y un poco de dinero. Y ahora que se miraba las zapatillas, las piernas al aire —que el tapizado de cuero del auto desnudaba por partida doble—, la muñequera húmeda de sudor, el short de algodón y toalla, no podía evitar sentirse incómodo, como si fuera a un funeral vestido de payaso. Tuvo el impulso de volver. Pero asomó la cabeza por la ventanilla, vio que ya estaba cerca del sanatorio y se tranquilizó cuando, para su propia sorpresa, la incongruencia de su vestuario empezó a enorgullecerlo. Ya no era una insolencia sino una señal de preocupación; la noticia del ataque de Rodi le había llegado cuando menos se la esperaba, y lo había conmocionado tanto que no había vacilado en dejarlo todo en ese mismo momento, al recibirla, para ir a sumarse a la vigilia de Sofía y su madre en el hospital.

Sofía lo esperaba en la puerta. Tenía el pelo largo, en desorden, con una gran franja oscura al costado, como si hubiera decidido teñirse y se hubiera arrepentido en el camino, pero no lo suficiente para volver a su color original. Estaba muy pálida, y cuando corrió hacia él, que bajaba del taxi, y se le colgó del cuello, casi desvaneciéndose en sus brazos, Rímini olió el perfume espeso de su maquillaje, un vaho dulce, tibio y rancio que lo sofocaba, y tuvo que apartarla. La miró; Sofía lloraba. Tuvo la impresión de que su rostro ya no era humano, no estaba hecho de huesos, carne y piel sino de una especie de pasta rosada compuesta de cremas, polvos y ungüentos que con el correr de los segundos se degradaba rápidamente. «Gracias por venir. Gracias, gracias, gracias», le susurró Sofía al oído mientras volvía a abrazarlo y lo besaba en el

mentón, en el cuello, en el lóbulo de la oreja, con besos cortos y febriles que subían, bajaban y volvían a subir. «Me moría de ganas de llamarte, pero no me animaba. No sabía adónde, además. Después de todo lo que pasó, pensé que no íbas a querer verme nunca más. Perdona-me, Rímini. Perdoname, por favor. No sé qué me agarró. Debo haberme vuelto loca. Tengo una laguna, sabés. No me acuerdo de nada. Me acuerdo del hotel, del taxi, y después, nada, blanco total, hasta que estoy en casa y me miro la mano y... (lloro porque todavía no lo puedo creer: es como si hablara de otra vida, de otra persona) y en la mano encuentro ese mechoncito de pelo...» Rímini la consoló con una caricia en la espalda, volvió a apartarla y le preguntó, impostando una sequedad profesional, cómo estaba su padre. Sofía enmudeció, lo miró sin verlo y pestañeó varias veces seguidas, como saliendo de una especie de trance. Después sonrió y lo acarició suave, tiernamente, con ese aire comprensivo que Rímini conocía tan bien, como si aceptara, magnánima, las razones por las que él decidía cambiar de tema, pero pusiera al mismo tiempo en evidencia que no las compartía, incluso que las juzgaba infantiles, hijas no de la voluntad sino del miedo, es decir de un deseo que Rímini seguía sin atreverse a admitir, y por lo tanto candidatas a una fácil refutación; y Rímini sintió una vez más hasta qué punto la *comprensión*, con su prodigiosa capacidad para capturar, absorber, asimilar, era el verdadero talismán de Sofía, el antídoto que le permitía reconstituirse con una eficacia y una velocidad extraordinarias, dejar atrás la torpeza, el desastre, la locura, y transformarlas en grandes hazañas malditas que ponían en evidencia la insensibilidad o la idiotez del mundo. Pero en vez de ir más allá, en vez de coronar, como había sido siempre su costumbre, ese diagnóstico perspicaz con las maniobras necesarias para imponer el tratamiento correspondiente, Sofía volvió a sonreír, meneó la cabeza un par de veces, como si renunciara por superfluos a cualquiera de los litigios que se agolpaban en su cabeza, y, colgándose de su brazo, lo empujó lentamente hacia la entrada del sanatorio.

Rodi no estaba bien. Llevaba dos días en terapia intensiva y los pronósticos no eran buenos. Mientras subían en el ascensor, Rímini, con una pizca de culpa, quiso saber exactamente cuándo había sufrido el ataque. «El martes a la noche», dijo Sofía. Todo lo que sabía, en realidad, lo sabía por su madre. Esa noche Sofía estaba en el Adela H., trabajando sin parar en los preparativos de la inauguración. Rodi había llegado de la fábrica más tarde que de costumbre, agotado, con dolores en todo el cuerpo, «como si le hubieran dado una paliza», y en un estado de ansiedad alarmante. Tomó una pastilla y se dio un baño de inmersión, cosa rara en él, que lo consideraba un hábito femenino. Se acostó, pidió que le llevaran la comida a la cama. Apenas la probó; se

quejaba de tener un gusto desagradable en la boca. Dormitó un cuarto de hora. A eso de las diez, de golpe, como si recordara algo importante, se incorporó en la cama y se puso a hablar de Rímini, a evocarlo, a reprocharse la indolencia con que habían dejado que la relación se extinguiera. La madre de Sofía lo dejó hablar. Todo le parecía un poco tirado de los pelos, pero la complacía ver que algo lo entusiasmaba. Vieron un poco de televisión, al voleo. Rodi, como de costumbre, sintonizaba un canal y a los cinco segundos ya estaba ajusticiándolo con el control remoto, y cuando una imagen conseguía atraerlo se quedaba un rato en silencio, arrobado, hasta que algo que veía o escuchaba en el programa le recordaba a Rímini y se distraía, perdía interés, volvía a cambiar de canal.

A la media hora, cuando su mujer, viendo que su ansiedad no decaía, entraba al cuarto con un vaso de agua y una segunda pastilla, Rodi estaba en un pico de euforia, señalando con el control remoto el televisor, donde en ese momento, con *La mitad del acontecimiento* como imagen de fondo, empezaba un documental sobre los años juveniles de Riltse. «¡Hay que avisarle a Sofía!», gritó. «¡Y a Rímini!», gritó. «¡A Rímini también!» La mujer fue a hablar al living para no molestarlo. Dejó el mensaje en el contestador de Sofía y por las dudas, para tenerlo, anotó el teléfono del Adela H. Cuando volvió al cuarto encontró a Rodi caído a un costado de la cama, inconsciente. Era el primer ataque. Los otros dos, que no lo mataron de milagro, los sufrió en la ambulancia, cuando iban al hospital.

No, Rímini no sabía nada del Adela H. Tampoco había visto ni conocía el documental sobre los años de juventud de Riltse. Sofía lo miró con alguna desconfianza, como si juntas las dos negativas resultaran sospechosas. El ascensor se detuvo. Recién cuando salieron al hall —uno de esos espacios precarios, en permanente remodelación, con que los hospitales anuncian la entrada a sus sectores más críticos y desalientan al público de visitarlos—, Sofía notó su vestuario deportivo, que ahora, extemporáneo como era, parecía rimar con los delantales blancos de las enfermeras. Volvió a preguntarle cómo se había enterado. Rímini vaciló. El día, el encuentro en el hotel alojamiento, la turbación de Rodi, el temor, probablemente, de que Rímini revelara el secreto, y después, como si no bastara con todo eso, la sesión con la mujer de las correas —todo cerraba. Imaginó a Rodi desnudo, hundiéndose en la bañera ardiente, los hematomas y las marcas de la fusta ondulando y deformándose bajo la lupa del agua, la verga que se empequeñecía hasta volverse casi invisible, réplica irrisoria del órgano que cuarenta y ocho horas atrás había embestido por última vez alguna entrada, probablemente heterodoxa, de esa mujer aterradora. «¿Cómo se te ocurrió llamarme?», le preguntó Sofía. Rímini se encogió de hombros y sonrió con una falta de convicción que parecía mo-

destia. Entonces Sofía lo miró, lo miró largamente, con un encarnizamiento amoroso, como lo miraba cada vez que se proponía desenterrar todo lo que suponía que él escondía en su silencio, y no sólo desenterrarlo sino leerlo y descifrarlo hasta el fondo, no como lo habría descifrado él –suponiendo que tuviera consciencia de estar escondiendo algo y valor para sacarlo a la luz y enfrentarlo–, sino como *sólo* ella podía hacerlo, ella, que en unos años más tal vez ya no fuera dueña de su cuerpo ni de su corazón, pero sí de algo que Rímini jamás podría negarle sencillamente porque no le pertenecía: las llaves de su alma, las llaves maestras ante las que se rendían todos sus secretos. Y después de mirarlo se puso en puntas de pie, le tomó la cabeza y cuando su cara estuvo tan cerca que a Rímini le costó ponerla en foco, antes de besarlo, le dijo, para tranquilizarlo, que no, que no era necesario que le contestara, que sabía que él jamás pronunciaría la palabra «telepatía» pero que tampoco hacía falta, porque la telepatía era justamente eso: poder no hablar, hacer desaparecer las palabras en otra cosa, una cosa inmensa, más grande, mucho más grande que las palabras, una cosa donde cabía todo, una casa, la casa donde habían vivido y donde seguían viviendo ahora, donde seguirían viviendo siempre, no importaba lo que hicieran.

Después de besarlo, Sofía saludó a las dos enfermeras que los contemplaban del otro lado del vidrio, empujó una puerta batiente y lo arrastró hasta el cuartel general que había instalado con su madre para el tiempo que durara la vigilia, un cuartito estrecho, empequeñecido por media docena de percheros metálicos para suero, pilas y pilas de cajas de cartón, una camilla convertida en cama, perfectamente arreglada –Rímini reconoció la vieja manta uruguaya que veinte años atrás, un ventoso atardecer de marzo o de diciembre, les había permitido retozar en la playa sin rasparse con la arena–, y filas de estantes combados por el peso de un arsenal de accesorios de enfermería. Atontado todavía por la escena del hall, el malentendido, el beso, Rímini se dejó hacer y recién reaccionó cuando sintió el roce de sus dedos con la tela áspera de la bata. «Qué. No», alcanzó a decir, pero miró hacia abajo y vio con pavor que sus zapatillas ya estaban envueltas en fundas esterilizadas. «Le va a hacer bien verte», dijo Sofía, acomodándole la bata en los hombros y dando la vuelta para anudársela a la espalda. «Está con oxígeno, no puede hablar mucho, pero con que te vea ya es suficiente. Se va a poner tan contento.» «Pero –está en terapia intensiva», protestó él. «Los familiares podemos entrar. Tenemos dos horas de visita por día», dijo Sofía. «Y vos, quieras o no, sos de la familia.» «No sé», dijo él, «soy muy impresionable. Acordate de...» «No te preocupes. No vas a ver nada», lo interrumpió Sofía. Retrocedió un paso y lo estudió de pies a cabeza, como si estuviera a punto de empujarlo a la pasarela de un desfile de

modas, hasta que la puerta se abrió y le golpeó un costado del cuerpo. Un médico asomó un mentón afeitado y se disculpó. Llevaba el barbijo al cuello, como un collar. «¿Vas a entrar?», le preguntó a Sofía. Sofía negó sonriendo y señaló a Rímini. El médico lo miró y extendió hacia él una mano lánguida. «El es Rímini», dijo ella. Rímini sintió que a la mención de su nombre la mano del médico cobraba vida. «Ah, el famoso Rímini. Muy bien, muy bien», dijo, dándole la mano con énfasis, como si evaluara un tratamiento poco convencional pero promisorio. «¿Lo llevás vos?», dijo Sofía. «Sí, claro», dijo el médico. «Vení por acá, por favor.» Rímini se perfiló para poder pasar y antes de salir, cuando cruzaba delante de Sofía, le dirigió una última mirada dubitativa. «Momento», dijo ella después de estudiarlo una última vez. Estiró una mano hacia la pila de ropa de hospital que descansaba en un canasto y le alcanzó un barbijo. Y después, modulando exageradamente, articuló un lento «gracias» sin sonido.

El médico lo condujo por un pasillo iluminado por tubos fluorescentes. Rímini se sentía débil, acobardado, alerta. Tenía la lucidez un poco sobrenatural de los que, después de pasar un par de noches en vela, salen a la calle y perciben luces, colores y formas con una nitidez casi dolorosa. El médico le hablaba dándole la espalda, en voz alta, demasiado alta, pensó Rímini, para la sensibilidad del plantel de moribundos que adivinaba del otro lado de los tabiques pintados de verde. Enalzaba las virtudes terapéuticas del afecto, tan eficaces o más, de acuerdo con su experiencia, que los de cualquier tratamiento clínico. Pero Rímini lo escuchaba de lejos, con un solo oído, el mismo con el que oía las toses, los latidos de los aparatos, la fricción de las sábanas, mientras concentraba el otro en una especie de zumbido continuo, muy bajo, que lo acompañaba a medida que avanzaba por el pasillo. El médico se detuvo junto a una puerta a esperarlo, y Rímini sintió que el zumbido se interrumpía de golpe, como si fuera un ruido que el otro emitía al caminar. Pero alzó los ojos y vio contra el techo un tubo fluorescente apagado. El médico abrió la puerta, le señaló el barbijo para que se lo pusiera y lo invitó a pasar.

No había sangre ni agujas, ninguna de las amenazas que más temía. Rodi estaba en la cama, de costado, sosteniéndose la máscara de oxígeno a centímetros de la boca. Rímini tuvo la impresión de que dormía. Un cableado conectaba su pecho con dos monitores suspendidos junto a la cama, y un generoso vendaje escondía la vena del antebrazo por la que lo alimentaban. Rímini se acercó con cuidado, dando pasos largos y lentos, como de astronauta en un mundo ingrávito, y cuando posó uno de sus pies en el suelo oyó un chillido que lo sobresaltó. Se miró la planta del pie: un glóbulo de telgopor se le

había incrustado en una ranura de la suela de la zapatilla, por encima de la funda estéril. Cuando se volvió hacia la cama, Rodi lo contemplaba con los ojos muy abiertos. Rímini sonrió. Se puso a arreglarle la cama sin hablar, imitando los gestos que había aprendido alguna vez en una escena de transición de un programa de emergencias médicas. Rescató la frazada de los pies de la cama, donde yacía arrumbada, la emparejó cuidadosamente con la sábana y después, haciendo coincidir los dos bordes superiores, lo tapó hasta el cuello. Rodi sonrió con gratitud. Seguía mirándolo; tenía los ojos rígidos y brillantes de un pez recién sacado del agua. Después, con una brusquedad que lo alarmó, sacó un brazo afuera y la sábana y la frazada levitaron un segundo sobre la cama y cayeron al piso. Rímini tuvo una visión fugaz de su desnudez —dos piernas flacas y encogidas, con amplias zonas sin vello y nudos venosos a la altura de las pantorrillas— y apartó los ojos. Rodi se quejó del calor: se asaba. Hablaba con una voz áspera, sin brillo y casi sin timbre, una voz hecha sólo de aire. Se abrió la camisa del pijama y, acomodándose boca arriba, le ofreció el paisaje de su pecho lampiño emparchado de electrodos. Lo agarró de un brazo, con una fuerza que Rímini jamás le hubiera imaginado, y lo obligó a inclinarse sobre él. «Rímini», le dijo. «Rímini», repitió, como si en esa única palabra resumiera todo lo que la situación exigía que dijera pero no pensaba decir. «Ahora que estás acá», dijo, «me vas a hacer un favor. ¿Sí?» Rímini lo miró en silencio unos segundos, y recién asintió cuando Rodi le cacheteó suavemente una mejilla, como despertándolo. «Vas a anotarte este teléfono, ¿dale? 981-8725». Rímini se llevó las manos al pecho, como buscando algo para escribir, y lo miró con aire contrariado. «Acordátele. Es fácil: 981-8725. Nueve: septiembre, el cumpleaños de Sofía. Nueve menos uno: ocho. Y uno: el uno que le sacaste al nueve. Ocho otra vez, menos uno otra vez: siete, dos, y cinco: o sea siete menos dos. A ver, repetí.» Rímini obedeció, y a cada vacilación, cada vez que decía un número por otro, los dedos de Rodi se cerraban como una garra mecánica sobre su antebrazo. Cuando terminó de memorizarlo, Rodi murmuró una aprobación inaudible, sonrió otra vez y lo atrajo nuevamente hacia sí, ya sin fuerzas —porque la tensión de verlo memorizar el número parecía haberlo extenuado más que a Rímini— pero reconciliado, como si, al sortear el examen, Rímini, además de demostrar la solvencia de su memoria, hubiera avanzado un número decisivo de casilleros en el camino de su confianza, la cantidad exacta, por otra parte, que necesitaba para dar el próximo paso. «Rímini. Oíme bien», dijo, incorporando la cabeza y olvidando algunas hebras de pelo en el hueco de la almohada. «Ahora te vas a ir, vas a salir a la calle y vas a llamar a ese teléfono. ¿Cómo era?» «981-8725», dijo Rímini. «Eso es. Vas a llamar —¿qué hora es ahora?» «Las dos. Dos y cuarto.» «Perfecto. Vas

a llamar, te va a atender una mujer. Se llama Ida. Como Ida Lupino. Es la mujer con la que me viste el otro día. Y le vas a decir que llamás de parte mía, de Rodi, para avisarle que no voy a poder ir hoy al paraíso. Le decís así: Rodi no va a poder ir hoy al paraíso. Le decís que tuve un problema, que no se asuste, que todo está bien, y que ya me voy a comunicar con ella. Eso: nada más. Qué problema, vos no sabés, no tenés idea. Cuándo me voy a comunicar, pronto. Yo te pedí que le dieras ese mensaje: eso es todo lo que sabés. Ahora repetí conmigo: "Ida, la llamo de parte de Rodi..." Vamos, repetí.» Repitieron juntos, muy a la par, y Rodi asentía con la cabeza a medida que las frases quedaban atrás. Rímini sintió una vieja congoja. «Bien. Muy bien», suspiró Rodi, ya en paz, y dejó caer la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos. Rímini lo miró. Tenía la impresión de que se alejaba rápido, muy rápido de todo: de él, de la habitación, incluso de su propio cuerpo. Pensó que se moría y tuvo el impulso de huir, como si temiera que alguien entrara y, encontrándolo allí, junto a la cama, lo acusara de haber acelerado su agonía. Estaba por irse cuando sintió que le tironeaban del brazo. «Rímini» —la voz volvió lenta, penosamente del abismo. «Pensé mucho en nosotros. En nuestro encuentro en el hotel. Algo quiere decir, estoy seguro. No sé bien qué, nunca supe encontrarles sentido a las cosas. Podría haber consultado con Sofía —vos sabés: ella es una especialista—, pero no sé: me dio miedo decir algo de más, que se enterara... Pero vos, algo te puso a vos en mi camino. Algo quiso que fueras vos el que supiera. El único, Rímini: sos el único que lo sabe. Ida es la mujer de mi vida. La conozco desde hace treinta años y no hay nada, absolutamente nada de mí que no sepa» —el tirón se hizo más intenso—. «Oíme. Oíme bien. Hay días que me despierto temblando. Abro los ojos y tiemblo, me doy cuenta de que estoy temblando y entonces sé que voy a verla, y me paso el día así, temblando, hasta que se hace la hora de encontrarnos. Así desde hace treinta años, tres veces por semana. Y los días que la veo no puedo hacer nada, nada que no sea esperar el momento de verla. Digo que voy a la fábrica pero me quedo en el auto, dando vueltas, o me meto en un cine. Tengo miedo. Pienso en todo lo que tiene que pasar para que podamos encontrarnos y me parece imposible que algo no falle, que no haya un problema —y soy feliz, Rímini. Feliz, feliz como un chico, como un idiota. Como seguro que no es feliz el ser más feliz de la tierra. Y todo lo que tengo se me vuelve un lastre y se lo daría al primero que se me cruce por delante. La fábrica, los autos, la casa de Valeria. Todo. Tengo sesenta y ocho años, Rímini. ¿Sabés qué hace la gente a mi edad? Se despide. Todos los días hay algo de que despedirse para siempre. Pero yo» —colgado del delantal de Rímini, Rodi había incorporado la cabeza y le hablaba de muy cerca, con un entusiasmo rabioso—, «yo, Rímini, pienso en Ida —pienso: no digo verla, ni

siquiera mirar una foto. Pienso en ella y mirá. ¿Creés en milagros, vos? Mirá lo que es esto.» Rímini lo vio hundir una mano en el calzoncillo –uno de esos viejos suspensores blancos de algodón, de tiro muy alto– y liberar una verga pequeña y tiesa, como de juguete. Rímini oyó un latido que aceleraba el paso: uno de los monitores se encabritaba. Rodi soltó un gemido y se desplomó sobre la cama. «Tranquilo», dijo Rímini poniéndose de pie. «Tranquilo». «No, no», protestó Rodi. Rímini empezó a asustarse. «Qué», dijo, «qué pasa.» «Demasiado tarde.» Rímini ofreció llamar al médico. Rodi cerró los ojos, apretó los párpados con fuerza y negó con la cabeza. «Una vez que empieza», dijo, «hay que seguir.» Rímini lo miró, trató de descifrar la mueca que le contraía la boca y, alertado por un roce de sábanas, adivinó la clase de manipulación a la que Rodi empezaba a abandonarse. Las palpitations recrudecieron. En el monitor, la cadena de montañas se volvió más escarpada, más irregular. «Qué está haciendo», objetó Rímini, siguiendo el ritmo de las líneas en la pantalla, «Rodi, tranquilo, no creo que esto sea lo más...» «¡Lo más!», gritó Rodi, y un brillo húmedo asomó por la rendija de sus párpados. Las fricciones cesaron, pero su cuerpo seguía en tensión, rígido. Lloraba, desconsolado. «Por favor», dijo, aferrándose otra vez al brazo de Rímini: «ayúdame.» «Sí, claro, sí», dijo él, y se inclinó para recibir instrucciones. Sin querer le apoyó una mano en el pecho. Rodi aspiró una larga bocanada de aire, la retuvo larga, inexplicablemente, y recién la exhaló en medio de un ataque de tos, cuando su cara empezaba a ponerse morada. «Voy a llamar al médico», dijo Rímini. «Uno de estos botones debe servir.» «No, no», imploró Rodi. «Necesito una mano, Rímini. Una piel ajena. Dame tu mano y todo va a estar bien, vas a ver. Es un segundo. Tu mano, por favor. Tu mano me va a liberar.»

Lo encontraron en el piso de Núñez y no se resistió. No hubiera tenido fuerzas. Cuando los dos oficiales entraron y se detuvieron junto a la bicicleta fija, uno de cada lado, como custodiándola, deslumbrados por la luz blanca del lugar, los restos de sus últimas energías, tibios todavía, goteaban sobre la cuerina negra de la banqueta de pesas. Los policías giraron a dúo y le dieron la espalda a la ventana, menos por pudor o asco que para protegerse de la claridad. Rímini aprovechó para traer un trapo de la cocina y limpiar con cuidado las zonas manchadas. Una vez repuestos, los policías le mostraron la orden del juez, que Rímini no se tomó el trabajo de mirar, y le preguntaron por el Riltse. Rímini se limitó a señalarlo con la cabeza y siguió frotando la misma zona del piso una y otra vez, en círculos. El cuadro estaba suspendido sobre la banqueta, sostenido por los travesaños de dos pesas, como preparado para que alguien lo partiera de un golpe de karate. Uno de los policías lo observó a cierta distancia, con la cautela de quien estudia un objeto desconocido que puede ser peligroso. Sacó una foto de un bolsillo, la miró y la comparó con el original. El resultado no lo convenció. «¿Dónde está la firma?», preguntó. Rímini se puso de pie con el trapo en la mano, dio vuelta el cuadro y exhibió su reverso ante el policía, que trató en vano de descifrar las pinceladas. «Me deletrea, por favor», pidió. «R-i-l-t-s-e», dijo Rímini, y el policía, a medida que Rímini las pronunciaba, iba tildando cada letra en el dorso de la foto. Cuando Rímini le alcanzó el cuadro, dos gotas tardías chorrearon de los bordes del orificio, trazaron dos verticales paralelas sobre el color pastoso de la tela y, dilatándose en el aire, cayeron en cámara lenta. «¿Está fresco, todavía?», preguntó el oficial, poniendo la tela a la luz. Su socio se arrodilló y recogió una muestra. «Fresco está», diagnosticó, «pero pintura no es», mientras se miraba la yema del índice y una lenta mueca de repugnancia le desfiguraba la boca. Rímini reanudó la limpieza. Tenía que dejar todo perfectamente limpio para cuando llegara el entrenador, dijo. Los policías se miraron desconcertados. «Está detenido», dijeron.

Una vez, dijo Rímíni, frotando con saña el canto de la banquetta, era la época en que se masturbaba dos y hasta tres veces por día, generalmente al caer la tarde, porque había estado tomando cocaína y su novia de entonces, con la que después viviría y que más tarde moriría en un accidente de tránsito en la esquina de Corrientes y Ayacucho, a la salida de un seminario en el que él trabajaba como intérprete, poco antes de que una enfermedad rarísima fuera limpiando su cerebro de la pequeña pero sorprendente enciclopedia lingüística que había desarrollado a lo largo de su vida, estaba a punto de llegar, y él no quería que lo sorprendiera en el estado de anestesia en el que solía hundirlo la cocaína, una vez, en el momento de eyacular, había perdido el control de la verga, lo que le pasaba muy rara vez, y en lugar de salpicar sólo los azulejos, como de costumbre, derramó unas gotas sobre la tabla del inodoro, una tabla vieja, de madera, que la dueña del departamento siempre se había negado a reemplazar. Uno de los policías se inclinó, lo tomó de un brazo y lo ayudó a ponerse de pie. El otro, que sostenía el cuadro lejos de su cuerpo, como si estuviera apestando, le leyó en voz alta la orden del juez. Rímíni asintió con la cabeza y dijo, mientras doblaba el trapo en cuatro partes iguales, que apenas acabó, esa vez, había limpiado las salpicaduras con el trapo rejilla que escondía detrás del inodoro, colgado del caño que lo unía a la pared, las salpicaduras de los azulejos y las de la tabla, que, aunque lo alarmaron, terminaron desapareciendo con unos minutos de cuidadosa fricción, y su novia de entonces, a la que nunca le había rendido el tributo que merece una novia muerta, nunca una visita al cementerio, por ejemplo, nunca flores, nunca una visita a su familia, nunca un recuerdo, borrada de una vez y para siempre, como si nunca hubiera existido, para su asombro y también su satisfacción, no se había dado cuenta de nada, no sólo de su adicción a la cocaína, cuyos rastros, que solían llamarle la atención cuando lo besaba y le recorría las encías con la lengua, tenía la costumbre de confundir con algún anestésico usado por los dentistas, sino también de su adicción a la paja, pero al día siguiente, otra vez solo, cuando, después de haber tomado la quinta raya de la jornada fue al baño a pajearse por primera vez y, puesto que había aprendido la lección, levantó la tabla del inodoro, descubrió en el canto de la tabla, del lado de adentro, una salpicadura que evidentemente le había pasado inadvertida y que, al cabo de un trabajo de erosión de casi veinticuatro horas, había dejado impreso en la madera un óvalo blanco del tamaño de una moneda de cinco centavos, una mancha indeleble, pensó entonces, una mancha para siempre, como lo comprobaría al rato cuando, munido de trapo rejilla y, enseguida, de toda clase de productos de limpieza, intentara en vano borrarla. Le dijeron que estaba detenido, acusado de robar una obra de arte. Podía llamar a un abogado y

llevarse algo de ropa. Rímini volvió la cabeza hacia el ventanal y pareció buscar algo en la lámina blanca del cielo. Después bajó la cabeza, meditó unos segundos y preguntó: «¿Quieren café? ¿Té? ¿Una Gatorade?»

Durmió cuatro horas corridas en un colchón estrecho, como de fakir, acurrucado contra la pared húmeda de la celda de las diez de la noche se incorporó, hizo una pregunta en voz muy alta, con la estridencia muy modulada de los sonámbulos —«¿Con hidromasaje o sin hidromasaje?»—, y volvió a posar la cabeza sobre las zapatillas que usaba a manera de almohada. Se despertó a las once, comió en silencio con el ratero que en el ínterin le habían metido en la celda, un hombre joven, vestido con un conjunto de gimnasia y zapatos carísimos, que se volcaba la sopa en el pecho, y volvió a dormirse. A las dos de la mañana estaba otra vez en pie, lúcido, desbordante de energía, como si le hubieran hecho una transfusión de sangre. El ratero había desaparecido. Dio vueltas impacientes por la celda. Cuando ya conocía de memoria hasta las rajaduras de la última baldosa del piso se puso a hacer gimnasia. Retomó la rutina que el entrenador le había dado al principio, en la fase de la convalecencia, la más severa, y la ejecutó multiplicando las series por seis, sin permitirse un segundo de descanso, para admiración de un ordenanza que arrastraba unos botines deformados y llevaba y traía bandejas con café en vasitos de plástico. Más tarde, alertado seguramente por el ordenanza, un oficial se apiadó de él, le abrió la puerta de la celda y le dio un escobillón para que barriera la trastienda de la comisaría. En veinte minutos no había un solo papel en el piso.

Mandaron traer lavandina y Rímini se abocó a los baños y la cocina, donde el ordenanza preparaba café y lo dejaba quemar. Lentamente, como si, a medida que la faena iba cansándolo, un velo opaco se resquebrajara, Rímini empezó a entrever algunos pedazos sueltos de ese misterio en el que se habían convertido los últimos días de su vida: un letrero luminoso con todas las vocales apagadas, una máscara de goma, un cuerpo caído... No eran exactamente recuerdos. Rímini los veía con demasiada nitidez, con el grado de detalle que normalmente tienen las imágenes o las impresiones más íntimas, pero le costaba reconocerlos como propios, libres como estaban de las manchas, las veladuras, las zonas de sombra que casi siempre empañan los recuerdos personales, y también porque no parecían llegarle por adentro, de la memoria, sino del exterior, de un archivo anónimo o una oficina de objetos perdidos. Más tarde, mientras tomaba café con el ordenanza, Rímini vio pasar a un oficial que empujaba un carrito de supermercado cargado con estéreos, parlantes, espejos retrovisores, armas, carteras de mujer, bolsos, portafolios, zapatillas, electrodomésticos. En la cima de ese montículo de tesoros, envuelto

en una bolsa de plástico, como todos los demás objetos, y apoyado contra la pared delantera del carrito, como si liderara el contingente de tesoros recuperados, vio el cuadro de Riltse, y apenas lo vio el cuadro se acopló con naturalidad a la serie de ramalazos que una hora atrás lo habían sorprendido. Vio el cuadro y se quedó mirándolo mientras se lo llevaban. Y cuando el oficial y el carrito y el Riltse desaparecieron detrás de la puerta, Rímini bajó la cabeza y volvió a quemarse los labios con el café.

Un cansancio inmenso lo paralizó. No era una cuestión de sueño; tampoco tenía que ver con que hubiera liquidado en dos horas el trabajo que a la profesional de limpieza más expeditiva le habría llevado seis. Era una fatiga inmemorial, histórica, que traducía a eras el puñado de décadas que llevaba vividas y sus últimos días a siglos. Tal vez ése fuera el verdadero cansancio mortal, el único que justificaba la expresión *Estoy muerto* —el tipo de cansancio en el que se embarcaban los viejos para ir hacia el fin, o que los empujaba a desearlo con las pocas fuerzas que les quedaban. Sí: era un octogenario —y recordó una escena del final de *2001 Odisea del espacio*, cuando, sin nada que lo anticipe, por un simple corte de montaje, el viaje del astronauta y la aceleración psicodélica que lo arrebatara dan lugar a un silencioso plano general de una habitación amplia, de paredes muy blancas, tanto que parecen rellenas de luz, en cuyo centro hay una cama y en la cama un hombre, un hombre sentado, inmóvil, en bata y tapado hasta la cintura, cuya cara recién vemos en el plano que sigue, cuando la cámara se acerca y revela el laberinto de estrías en el que el tiempo la ha transformado. Rímini sintió por primera vez que tenía una vida —tenía por fin la riqueza, la variedad, la complejidad, la sedimentación que siempre había buscado en vano en su propia experiencia y que veía florecer con una opulencia insultante en la experiencia de los demás, de cualquiera. Y exactamente en ese momento, cuando podía decir *mi vida* en voz alta, sin mentir, descubriría también que ya no le pertenecía, que esa vida había quedado atrás y formaba parte del pasado y ahora, perdida, amenazaba con sepultarlo. Tenía una vida, pero la comprensión de esa evidencia podía matarlo. Como todos, Rímini había tardado bastante en entender de qué modo la enfermedad o las contingencias del mundo ponían término a las vidas de las personas. Ahora, a esas dos posibilidades —y tal vez todo el misterio del asunto residiera en que eran *sólo* dos—, tenía que sumar una tercera: el cansancio. Tuvo la impresión de que ya no podría sostener nada, ni siquiera el vaso de plástico que tenía en la mano. Quiso dejarlo en un estante; la mano no le respondió, o le respondió con un temblor, derramándole encima unas gotas de café. No gritó —demasiado cansado, incluso, para sentir dolor. El ordenanza le sacó el vaso de entre los dedos y le aplicó un trapo húmedo en la zona quemada. Rímini lo

miró. Podría haber sido, en una película, uno de esos personajes secundarios, parientes lejanos del protagonista —un tío muerto prematuramente, un primo que vive en otro país—, que, a pesar de la fugacidad, la intermitencia, la falta de compromiso que supone esa clase de relación, o precisamente por eso, dejó en él una huella imborrable, cuyas circunstancias no se pueden reconstruir pero cuyos ecos perduran, preservados por una suerte de halo mágico que nunca se sabrá si realmente estuvo presente en la relación o si lo agregó, con el correr del tiempo, el recuerdo. Tenía una nariz muy fina, anormalmente respingada, y un peluquín lacio color ladrillo, que le cubría una sola oreja y que se acomodaba cada tanto simulando que se peinaba. Rímini sintió que nunca había estado en una situación de tanta intimidación —con nadie. Estaba cansado. Estaba muerto. Podía recordar.

Había huido del hospital. Todavía tenía en la cabeza el jadeo moribundo de Rodi, sus viscosos estertores entre los dedos, cuando se encontró frente al edificio de Nancy. Era una locura: presentarse así, de improviso, sin siquiera el pretexto del tenis... Iba a tocar el portero eléctrico pero lo detuvo una ráfaga de terror. Empezaba a arrepentirse. Vio que el ascensor, hasta entonces clavado, según el indicador, en el piso de Nancy, bajaba, y esperó, alertado por un oscuro presentimiento. El ascensor llegó a la planta baja; la puerta se abrió con violencia. Era una de esas puertas-fuelle que cuando se abren se pliegan y a veces, si se las maltrata, rebotan y quedan a medio abrir y entorpecen la salida.

Confundido por las refracciones de la luz, que saltaban del vidrio al cromo y del cromo a los espejos del palier, Rímini sólo vio el contorno de un hombre que acarreaba una máquina grande, incómoda, y trataba de abrir la puerta con el hombro. Estuvo forcejeando hasta que, ayudándose con un talón, logró abrir la puerta del todo y al ver que había alguien en la puerta de calle, esperando para entrar, decidió dejarla abierta. Rímini bajó los ojos, reconoció la máquina —una IBM eléctrica, verde, con bocha— y después fue directo a los zapatos —náuticos, con las costuras un poco abiertas y los cordones desatados. «Entonces...», pensó, y antes de seguir adelante tuvo un pantallazo de la cantidad de elementos dispares, remotísimos, que tendría que poner en contacto si realmente quería pensar, y renunció. No tenía tiempo. Se puso de perfil y apoyó el mentón contra el pecho, como si ése fuera su truco secreto para volverse invisible, y se apartó para dejarlo salir. Y aunque apretó los párpados y se encogió al máximo, Rímini no pudo evitar encontrarse con la misma cara rubia, tostada, con las cejas desordenadas y el bigote teñido de nicotina que veinte años atrás había visto inclinarse sobre un espejo y aspirar las rayas de cocaína que después, ante el azoramiento de Rímini, describió como un remedio, un remedio para la sinusitis crónica que sufría. Y cuando

pasó por delante, cuidando con un pie que la puerta no se cerrara, como invitándolo a entrar, y rozándolo al mismo tiempo con uno de los ángulos de la máquina, el hombre no sólo no lo miró —ni siquiera lo *consideró*. Simplemente se hizo eco del recuerdo que acababa de asaltar a Rímini y se limitó a barrer con la nariz la porción de espacio que ocupaba. Se limitó a olerlo —con la insolencia propia del olfato, que, a diferencia de los otros sentidos, percibe de manera indiscriminada, sin elegir, sin pensar, sin ninguna moral, y reduce todo lo que huele a una pasividad absoluta—, a olerlo y a seguir su camino.

Rímini subió, tocó el timbre, golpeó. Nancy entreabrió la puerta, aturdida de sueño. Estaba en bata, sin pintura; tenía marcas de sábana en la frente y la mejilla, los ojos hinchados y el aire intocable de una diva que emerge de una noche desastrosa. Y cuando ella empezaba a reconocer a su desorbitado visitante, Rímini cargó contra la puerta, hizo saltar la cadena de seguridad y se la llevó literalmente por delante, y después de cruzar todo el hall atropellándola la acorraló contra una pared acolchada. Nancy ensayó una resistencia perezosa, tan teatral como sus rastros de resaca, y después cedió y se aflojó y casi se desmaya en sus brazos. Y mientras le reprochaba su actitud distante, su frialdad, la conducta equívoca que había tenido con él en los últimos días, apareciendo y desapareciendo sin razón, sólo para atormentarlo, Rímini la levantó contra la pared, tiró al piso unos cuadros y fue ubicándola con una rara, maniática precisión, hasta que dio con la altura que buscaba, y después de quedarse quieto un segundo la penetró con una única, larga, lenta estocada. Nancy, como muerta, se dejó hacer. Hasta que, dolorida por la punta del Fader que se le clavaba en la clavícula, le suplicó que fueran a la habitación.

Se la cogió con la paciencia y la dedicación de un orfebre, las mismas que había invertido a lo largo de los últimos meses en ser su sombra y protegerla del mundo. Se la cogió con exhaustividad, con un sentido demente del detalle, atento a las menores señales que encontraba mientras exploraba el interior de su cuerpo, como un rastreador. Se la cogió para que nunca lo olvidara, para hacerla su esclava. Y cuando pegó una serie de corcoveos y acabó, a años luz de ella, que se roía las cutículas con los ojos clavados en las molduras del cielorraso, Rímini se hizo a un lado pero la mantuvo enlazada con un brazo, muy consciente, en su papel de amante profesional, del alivio que le proporcionaría al liberarla de su peso, pero también del desamparo que experimentan las mujeres después del sexo, cuando la satisfacción devuelve los cuerpos a la soledad. Sacándose el brazo de encima como si fuera una servilleta, Nancy se incorporó, se envolvió de nuevo en la bata, buscó algo en su cartera y mientras le hacía un cheque por quinientos pesos, suma que cubría holgadamente las clases que quedaban en el mes, que por supuesto no tomaría,

y también todas las prestaciones extra —incluida la que él, sin duda por última vez, acababa de suministrarle—, le dijo con una voz impasible que ya no le servía, que con la pija impetuosa de Boni tenía más que suficiente y que se llevara el cheque ya, antes de que se arrepintiera de haberlo firmado. Se iba a bañar; no quería encontrárselo cuando saliera del baño.

Rímimi se quedó en la cama completamente atontado. Hasta que el sonido de la ducha lo reanimó y se puso de pie con un ímpetu marcial. Sabía lo que tenía que hacer —era como si una voz se lo dictara. Buscó la zapatilla que le faltaba, y cuando se agachó a recogerla, sus ojos tropezaron con una foto enmarcada en la que Nancy hacía equilibrio sobre un par de esquíes mientras su marido, en el fondo, desafiaba el frío en musculosa y ensayaba una pose de fisiculturista. Se tranquilizó: supo que el encuentro abajo, en la puerta de calle, no había sido una alucinación, ni un espejismo de su memoria. Fue a la cocina, abrió la puerta del baño, descolgó el Riltse y lo envolvió en papel de diario. Luego bebió de la botella un largo trago de champagne sin gas, volvió a colgar los cuadros que había derribado y abandonó el departamento.

Y justo ahí, cuando Rímimi, con *El agujero postizo* bajo el brazo, saltaba a la calle, la imagen se interrumpía y un blanco deslumbrante invadía toda la pantalla. Y después de unos segundos de espera, cuando las primeras cabezas se volvían hacia la cabina de proyección con la esperanza, casi con la superstición, de que identificar la raíz del problema quizás alcanzara para solucionarlo, la película saltó, tembló el celeste de un cielo purísimo y aparecieron árboles, el empedrado de una calle, la cola de un auto alejándose y la fachada de un hotel alojamiento, con su letrero de neón verde prendido y todas las vocales de su nombre apagadas. Rímimi estaba ahí. Era él, él mismo; montaba guardia con su ropa de tenis, acurrucado como un paria en un sórdido zaguán. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí, esperando a una mujer que no lo esperaba, a la que apenas había visto unos segundos bajo la luz púrpura de un pasillo de hotel, y a la que, suponiendo que llegara a verla, no tenía nada que decirle —nada que no fuera: Váyase, Ida, vuélvase a su casa, Rodi no vendrá hoy al paraíso, ni hoy, ni mañana, ni nunca, nunca más? Estaba ahí; quería verla. Había sentido esa necesidad ya en la sala de terapia intensiva, cuando Rodi trataba de hacerle retener el número de teléfono. No, había pensado, hablarle no. *Verla*. Rodi, agonizante, dedicaba sus últimos espasmos a la mujer de su vida, mientras la mujer de su vida vivía, simplemente seguía viviendo, inconsciente, protegida por la ignorancia —y Rímimi era el único ser sobre la tierra que podía conectar esos dos mundos paralelos y poner fin a ese escándalo de indiferencia. No le habían dado un encargo sino una misión, y las misiones se cumplían en persona. De modo que volvió al hotel a la hora a la que había ido con Nancy

días atrás y esperó, esperó mientras atardecía, y se fue adormeciendo sentado en el zaguán, hasta que el brazo en el que tenía apoyada la cabeza se le durmió y se puso a sacudirlo. Miró hacia el hotel y no vio nada, pero echó un vistazo escéptico hacia la avenida y le pareció distinguir a una mujer que bajaba de un colectivo. Se puso de pie. Sin darse cuenta, como atraído por una fuerza invisible, empezó a caminar despacio hacia la esquina, hacia la mujer, que iba rumbo al hotel, mientras la estudiaba con una avidez creciente. Era redonda, corpulenta, o quizá simplemente estuviera sobreabrigada. Tenía un pañuelo floreado en la cabeza y caminaba con pasos cortos y rápidos, casi dando saltitos, aferrando contra el cuerpo una valija de cuero. Ya estaban cerca. Sólo los separaba la calle. Mientras cruzaba, Rímimi descubrió el corte pasado de moda, el brillo gastado, los colores tristes de la ropa. Ida se detuvo a metros del hotel y miró inquieta a su alrededor. Buscaba a Rodi. Se encontraban así, pensó Rímimi. Pero Rodi no había llegado, y ese hecho tan simple, que bien podía revertirse con sólo esperar unos segundos, la golpeó como un augurio nefasto. Miró su reloj, inspeccionó de nuevo las dos puntas de la calle. Luego, con una mezcla de impaciencia y decepción, se recostó suavemente contra una pared y esperó. Podía ser una viuda, una madre abrumada por una epidemia de desgracias familiares, una enfermera que daba inyecciones a domicilio —cualquier cosa, pensó Rímimi, menos esa amazona sedienta que se había asomado al pasillo buscando a su presa. Rímimi se sintió débil, debilitado por la tristeza, pero siguió cruzando la calle y llamó a la mujer por su nombre. Ida lo miró desconfiada y miró una vez más a su alrededor, urgida y esperanzada, como si el desconocido que acababa de gritarle fuera una amenaza y también alguien a quien le convenía escuchar, el emisario de algo que estaba por llegar, algo que ella esperaba con el corazón en la boca —el único milagro que había logrado arrancarla tres veces por semana, durante treinta años, de su mortífera vida de viuda, de madre atribulada, de enfermera a domicilio. Pero la calle, los autos estacionados, los árboles, los negocios de la cuadra —todo lo que vio la descorazonó, porque si podía verlo, y verlo así, con esa nitidez, era precisamente porque estaba *vacío*, porque el hombre que borraba para ella todo lo que los rodeaba no había llegado, no llegaba, no llegaría nunca, y cuando Rímimi, que lo sabía y empezaba a sentir esa superioridad como un peso intolerable, volvió a gritarle, Ida apretó la valija contra el pecho, dio media vuelta y empezó a alejarse, primero lentamente, fingiendo cierta naturalidad, como si algo trivial la hubiera hecho cambiar de idea, después, viendo que Rímimi salía tras ella, más rápido. «¡Ida!», gritó Rímimi. Pero la mujer, asustada, abortaba toda la operación y se echaba a correr. Corrió y corrió, hasta que unos metros antes de llegar a la esquina, traicionada por sus propios zapatos, que usaba a

manera de pantuflas, aplastándoles la parte de atrás con los talones, tropezó con algo, o resbaló, o se dobló un tobillo, y aterrizó boca abajo en la vereda. La valija voló, golpeó contra el tronco de un árbol raquíutico y se abrió al caer, escupiendo una fusta, una máscara de goma, un corpiño de cuero, correas. Rímini se inclinó para ayudarla; la mujer lo espantó a los alaridos. Dos hombres que cruzaban la avenida volvieron la cabeza y se desviaron en dirección a ellos. Rímini retrocedió. Tuvo una última visión de la mujer: tendida en el piso, siempre aullando, Ida trataba de guardar su modesto arsenal de lujuria. Quería guardarlo todo a la vez, y la valija se le resistía. La fusta chocó contra un borde, se dobló y al tensarse de nuevo le azotó la cara, arrancándole un grito de dolor. Rímini contempló la piel lechosa de sus piernas, que la caída, al arremangarle el abrigo y la pollera, había puesto al descubierto, y quedó demudado: no usaba bombacha. Tuvo que volver a mirar para asegurarse de que no deliraba —nalgas, nalgas blancas, sí, completamente desnudas, desnudas en plena calle, al atardecer, extemporáneas como un sillón o una lámpara de pie en medio del campo. De modo que ése —la incongruencia— era el secreto de treinta años de felicidad, pensó Rímini mientras se alejaba corriendo: una suerte de contrailusión, de estafa benéfica, incluso de envilecimiento... Pensó: Como las mujeres que usan zapatos sin medias —el cuero y la piel, la manufactura y la carne. Y mientras corría se le cruzó de golpe un detalle, vívido pero amplificado, como los detalles de los cuadros cuando se reproducen aparte: un ruedo de encaje sobresaliendo bajo la tela de una pollera —una adusta pollera de maestra primaria.

Entonces, como si la memoria se rigiera por una ley de fuerzas propia, según la cual los elementos más ínfimos son capaces no sólo de suscitar sino también de liberar, mover, desplazar sin problemas a las masas más grávidas y densas, ese recuerdo de nada, basado en algo tan poco memorable como un contraste de telas y un error de cálculo en el largo de los ruedos, repatrió en un instante la única verdadera epifanía erótica que Rímini reconocía haber tenido en su infancia —el bloque todo, entero: no sólo el nombre de su protagonista, la señorita Sanz, ni sus sedados ojos celestes, ni su piel de muñeca, joven, pálida, enfermiza, ni el rojo sangre con el que se embadurnaba la boca, no sólo la postura que adoptaba para dar clase, sentada sobre el borde de su escritorio, medio de perfil y con las piernas cruzadas, las manos entrelazadas alrededor de la rodilla, la punta de un pie apoyada en el piso, el otro suspendido en el aire con el mocasín desprendido del talón, sino también las mañanas de lluvia y sueño, la madera húmeda del escritorio, los pisos cubiertos de aserrín, el aire viciado por las estufas de gas y sobre todo la revelación, proporcionada por un informante que por alguna razón, no de idoneidad, sin duda, nadie en el

colegio se había atrevido a poner en duda, que explicaba aquel recurrente número de exhibicionismo mañanero: la señorita Sanz vivía muy lejos –tomaba pastillas para dormir –tenía problemas para despertarse –vivía de las horas de clase que dictaba –podía perderlas si llegaba tarde –necesitaba tiempo, tiempo, y todas las mañanas, para recuperar los dos o tres minutos preciosos que le habían arrebatado los somníferos, se ponía la ropa directamente *sobre* el camisón.

Como sólo le importa vivir y reproducir vida, la infancia es ciega y cruel. Sólo reconoce aquello que la alimenta, pero sólo lo reconoce en calidad de alimento; todo lo demás, todo lo que alude a la «vida» del alimento, la vida que vive cuando no alimenta a la infancia, es más que irrelevante –es un estorbo. Arrojado al dominio público, una vez que los dos parlamentos de la infancia escolar, el baño y el recreo, empezaron a debatirlo, el drama social de la señorita Sanz podría haber atenuado el efecto erótico de sus negligencias de vestuario. Si no fue así, si en cambio lo intensificó, envolviéndolo en una suerte de bruma sórdida y voluptuosa en la que el dinero, o la falta de él, y la figura de un hombre ausente, siempre de viaje, que Rímini y sus compañeros imaginaban como un yeti de dibujo animado, muy bebedor y sexualmente omnipotente, pero más interesado en dilapidar sus energías en nativas de países exóticos que en esa mujer rubia, casi transparente, que nunca dejaba de esperarlo en su casa, eran factores esenciales, fue porque el mundo social sólo irrumpió en la órbita de la infancia a condición de someterse a sus reglas y servir a sus fines, porque la piedad, la lástima, la comprensión –cualquiera de las emociones lógicas que el mundo social debió despertar entonces en los adoradores del ruedo del camisón de la señorita Sanz– sólo tenían derecho de estadía entre ellos si formaban parte del trance erótico que se supone estaban llamadas a apaciguar, y, por fin, porque la infancia sólo tolera eso que llamamos una explicación cuando añade algo, cuando va en el mismo sentido del efecto producido por el fenómeno que pretende explicar, a tal punto que si la explicación, como en el caso del ruedo del camisón de la señorita Sanz, lo matiza, lo atenúa o trata de subordinarlo a algún otro efecto superior, la infancia siempre se las arreglará para faenarla de acuerdo con sus propios intereses, hasta ponerla al servicio del efecto original, del que pasa a formar parte, y si no, si contradice el efecto original, entonces la infancia descartará la explicación de plano y actuará como si nunca hubiera existido. Así, el sadismo de la infancia, que es el goce de hacer sufrir pero sobre todo el de usar, para hacer sufrir, todas las razones morales por las cuales se alega que hacer sufrir es malo, no es otra cosa que una moral trasmutada en alimento para la pulsión. Que el origen de la excitación provocada por el ruedo del camisón de la señorita Sanz fuera una situación de

estrechez económica –y no, por ejemplo, la intención de la señorita Sanz de perturbar a sus alumnos con un espectáculo inquietante– no hacía sino expandir y enriquecer esa excitación, en la medida en que la introducía en ciertas dimensiones sociales, y por lo tanto antiescolares, con las que de otro modo le hubiera resultado difícil entrar en contacto. Que la señorita Sanz fuera pobre no era un atenuante –era una razón *más*, incluso de las mejores, para seguir mirando de reojo el pedazo de camisión que sobresalía debajo de la pollera, esa módica pero irresistible franja de intimidad que la señorita Sanz paseaba con toda inocencia entre los bancos. Como los inconclusos peinados matutinos –la mitad del pelo bien sujeta con horquillas, la otra mitad, víctima del apuro, siempre librada al azar–, los botones fuera de sus ojales, los cordones de los zapatos desatados o los olvidos –el reloj, el libro de texto, las lapiceras de colores, las láminas– que cada tanto la sorprendían en medio de la clase, ruborizándola y hundiéndola en una vergüenza de la que sólo la sacaban los ataques de ira, razonables pero desmedidos, contra los dos o tres infaltables agitadores de la división, ese tímido borde de tela, además de ser un talismán sexual poderoso, era una especie de umbral, la ventana a la que Rímini y sus compañeros podían asomarse –ellos, reclusos en esa interioridad total que era la *escuela*– para atisbar el mundo exterior, toda la ebullición, los rumores y movimientos que las primeras campanadas de la mañana siempre dejaban afuera. Inmóviles en sus pupitres, viajaban. Seguían con avidez el rastro del cordón del zapato en el aserrín, detectaban el lóbulo sin aro, el estuche sin anteojos, la lapicera con el cartucho vacío que había olvidado reemplazar; se extasiaban ante el roce leve del camisión y la rodilla, y salían al mundo y aterrizaban invisibles en ese mundo dentro del mundo, el único, en rigor, que les interesaba, que eran la cuadra, el edificio, el departamento, el cuarto, la cama deshecha y todavía tibia de la señorita Sanz y, a partir de la cama, destino último de la expedición, donde todos coincidían en imaginarla dormida, en camisión, debatiéndose en un sopor farmacológico sembrado de pesadillas, se lanzaban a curiosear los detalles más crudos de los alrededores, la colcha manchada de salsa o aceite, los zapatos bajo la cama, atrapados en una trampa de viejas pelusas y telarañas, los platos, vasos y tazas sucios desperdigados por la habitación, los cajones abiertos, el televisor y la luz prendidos a toda hora, el caos de maquillajes en el estante del baño, la jarra de café quemado, las persianas siempre bajas, diarios viejos por todas partes –todo un decorado social en el que permanecían absortos largamente, embriagados por el realismo de sus detalles pero también, sin duda, por el espeso dulzor del gas de la estufa del aula, un perfume que Rímini asociaría durante años con las horas de la mañana, y del que recién volvían cuando la señorita Sanz, cansada de invitarlos

de buena manera, con la amabilidad demasiado parsimoniosa a la que inducen los tranquilizantes, a que sacaran una hoja y escribieran en el ángulo superior izquierdo sus nombres y la fecha, sin obtener otra respuesta que el cabeceo adormecido con que acompañaban sus ensoñaciones, se ponía a golpear el escritorio con el borrador y a los gritos, literalmente fuera de sí, como si algo en ella hubiera estallado, transformaba la invitación en una orden, una amenaza, un castigo, de los que se arrepentía muy poco después, cuando se dejaba caer en su silla, agotada por el esfuerzo que le había exigido enfurecerse, y volvía en sí, ella también, y sacaba de la cartera el pañuelo arrugado con el que fingía sonarse la nariz para disimular que lloraba. Iban y venían todas las mañanas con una regularidad de adictos, transportados por el ruedo de su camión o por sus medias, a menudo de dos pares distintos, y cuando faltaba a clase, un hecho muy temido pero infrecuente, que Rímini podía adivinar con sólo ver al director del colegio apostado junto a la puerta del aula, supervisando la entrada de los chicos, con el aire grave y fatuo de quien se prepara para anunciar una mala noticia, algo en la mañana se ensombrecía sin remedio, todos languidecían y el día de escuela que tenían por delante, aun con el consuelo de las horas libres, la clase extra de gimnasia o la excursión a la biblioteca, se convertía en un tormento interminable.

La señorita Sanz. Rímini volvía a quedar prendado de sus labios flojos y entreabiertos, suspendidos entre el asombro y la voluntad —pero no la fuerza— de hablar, la piel blanquísima, casi azulada, salpicada de la variedad de lunares más extraordinaria que Rímini jamás hubiera visto, que iba de los perfectamente lisos, como pintados, hasta los protuberantes, parecidos a verrugas, como los que exhibía el dorso de sus manos y que Rímini veía irrumpir en su campo visual cada vez que la señorita Sanz, con una alevosía inesperada, le arrebatava la hoja donde a duras penas había conseguido transcribir —por otra parte mal, a tal punto las habían tergiversado la distancia y los nervios— el diez por ciento de las respuestas leídas de reojo en la hoja de su vecino de banco, la delgadez general de su cuerpo, cuyas formas verdaderas, disimuladas por las capas y capas de ropa que se ponía —Rímini sólo tenía de ella una imagen invernal—, siempre permanecieron en el misterio, y el tamaño excepcionalmente chico de sus pies, más propios de una niña —y una niña más niña que las niñas a las que educaba todas las mañanas— o de una muñeca que de una mujer de ¿cuántos años? ¿Veintiocho? ¿Treinta? ¿Treinta y cinco? (Pero qué irrelevante, qué estéril sonaba la posibilidad de que los adultos se distribuyeran en edades a los ojos de un chico para quien la adultez, el reino amurallado de los «grandes», era una playa que empezaba un poco más allá, digamos a los diecisiete años, precisamente el límite donde concluía la escuela, y se extendía homogénea, sin

matices, hasta perderse de vista.) Y, sin embargo, la condición deseable de la señorita Sanz era independiente de sus características, sus atributos, incluso de su tipo, que Rímimi se daba ahora el lujo de describir, más que nada, en virtud de una operación retrospectiva, envalentonado además por la presencia del ordenanza, un interlocutor completamente ajeno a la historia que oía, pero que, confrontados con algún otro testimonio, una fotografía de la época, por ejemplo, o la evocación de algún otro testigo, no hubiera sorprendido en lo más mínimo que fueran fantasiosos o falsos, lisa y llanamente. En realidad, pensaba Rímimi ahora, si había un secreto para esa atracción, si había algo con nombre, algo localizable que explicara por qué el ruedo del camisón de la señorita Sanz había ejercido esa influencia sobre él a lo largo de todo un año, era más bien una idea: la idea de inminencia —la idea de que una mujer no era nada en particular, con lo que parámetros como belleza, gracia, bondad, inteligencia, tan cotizados en la ciudadela de los adultos, dejaban automáticamente de tener vigencia: una mujer estaba siempre *a punto de* —en el caso de la señorita Sanz, a punto de estallar, herirse, aullar, romper a llorar, desmoronarse. Era eso, ella: un principio de suspenso. De hecho, más de una vez, enfrentada con alguna inclemencia típica de una división de escuela primaria, un motín, un acto de vandalismo o de sabotaje, los cuchicheos de una conspiración, o atormentada por alguno de esos dramas que latían en su pecho y venían de allá, del mismo mundo sórdido y solitario del que el ruedo del camisón era un embajador, al borde de la cornisa, entonces, cuando el derumbe era cosa de segundos, como lo anunciaban los sarpullidos, los problemas para respirar, la violencia con que las manos se frotaban entre sí, Rímimi había tenido la impresión, deliciosa y aterradora a la vez, alentada sin duda por el título de un libro que había descubierto en la biblioteca de su madre, *La mujer rota*, de que pronto vería el cuerpo de la señorita Sanz literalmente en pedazos, desmembrado, como el de una marioneta descuartizada por un loco o dinamitada, y el trance en el que caía entonces, al temer y abocarse a adivinar el desastre inminente, hacía crecer en él una excitación demencial, muy parecida, por otra parte, a la que sentía frente al televisor al final de cada capítulo de su serie favorita, cuando los superhéroes que idolatraba enfrentaban inermes la perspectiva de una muerte atroz, sofisticadamente atroz, sumergidos en una enorme probeta llena de ácido, devorados por pitones famélicas o aserrados por cuchillas giratorias, mientras un locutor muy preocupado, cuyas inflexiones irónicas Rímimi había tardado veinte años en detectar, se hacía en voz alta las mismas preguntas de vida y de muerte que Rímimi se hacía en silencio, todavía con el uniforme de la escuela puesto, sentado en el piso alfombrado de su habitación. Sin embargo, pese a la

frecuencia con que a lo largo de todo ese año amenazó con estallar, la señorita Sanz siempre se las había arreglado para detenerse antes y postergar lo que parecía un hecho. No estalló ahí, al menos, en el escenario matinal del teatro escolar, en presencia de esa legión de espectadores ansiosos, lo que frustró las expectativas de Rímimi pero al mismo tiempo dilató al máximo el deseo que seguía animándolas, y a la luz de lo que sucedió después es posible pensar que tal vez el origen de esa continencia no estuviera tanto en la señorita Sanz, en su fuerza de voluntad, de la que parecía carecer por completo, o en su pudor, que, en los estados de crisis emocional a los que llegaba, le habría servido de muy poco, como en el ecosistema de la institución escolar, que por su misma naturaleza autosuficiente filtraba y de algún modo asordina cualquier desplante psíquico cuyas causas fueran exteriores a él. Pero hacia finales de año, a tono con la distensión general que parecían traer las mañanas cada vez más cálidas y los días cada vez más largos, el colegio —en una de esas iniciativas por las cuales las escuelas de hace cuarenta años parecían conceder, aunque bajo protesta, la posibilidad de que más allá de las viejas paredes de sus edificios también hubiera alguna forma de vida— decidió enviar a la división de Rímimi en excursión al mundo real, o más bien a uno de los selectos submundos —una fábrica de golosinas: las otras opciones del menú eran una biblioteca municipal de pisos crujientes y *vitraux* empañados por el polvo, la casa-museo de un prócer con una verruga en la nuez de Adán, el planetario, con su *glamour* de monumento de ciencia ficción urbana, y, dos o tres años más tarde, un teatro también municipal en el que hordas de preadolescentes separados por todo, clase social, situación familiar, nivel educativo, uniforme, hacían causa común durante una hora y media para fusilar con una ingeniosa variedad de proyectiles caseros al pobre Tenorio, a la Julieta o a la Victoria que intentaban concluir ilesos sus parlamentos sobre el escenario— en que el colegio dividía al mundo real cuando aceptaba salir a conocerlo.

La noche anterior, Rímimi casi no durmió. Dio vueltas en la cama, desesperado de impaciencia, y ni bien clareó, dos largas horas antes de que le tocara despertarse, pegó un salto y en un abrir y cerrar de ojos se vistió con la ropa que él mismo, para sorpresa de su madre, había elegido y colgado del respaldo de una silla. Pero lo que lo había desvelado no era la perspectiva de volver de la excursión con el estómago y los bolsillos llenos de golosinas. Por primera vez vería a la señorita Sanz *fuera* del colegio, una alternativa que, de habersele ocurrido antes, lo que nunca había sucedido, a tal punto era extravagante, le habría sonado de una audacia impensable. ¡Ni siquiera sabía si *existía* fuera del colegio! Sí: la vería hablar, en el idioma de todos los días, con personas desconocidas, la vería moverse en lugares extraños y protagonizar

situaciones inéditas... ¿Resistiría? ¿O se haría polvo al contacto con esa atmósfera ajena? Se reunieron en la puerta de la escuela, donde abordaron un ómnibus que los esperaba con el motor en marcha. El viaje fue largo; la fábrica estaba en la frontera entre la capital y la provincia, en un barrio de casas bajas patrullado por perros. A los cinco minutos de zarpar, los viajeros, electrizados por esa suerte de vigilia doble que inoculan las aventuras excepcionales, se entregaron a un eufórico torneo de gritos, obscenidades y atletismo de pasillo. Rímíni, sentado en la segunda fila, se mantuvo al margen. Se pasó todo el viaje con los ojos clavados en la fila de adelante, en el asiento donde, tan pronto como subió al micro, la señorita Sanz se había dejado caer visiblemente agotada, con los párpados muy enrojecidos, y donde, tras delegar la custodia de los alumnos en un celador —el mismo viejo encorvado e inoperante del que solían burlarse durante los recreos—, no tardó en hundirse en un sueño profundo, la cabeza apoyada contra la ventana, las manos aferradas a su pequeña cartera imitación víbora, del que recién emergió, con el pelo achatado por el vidrio y un reguero de baba brillándole en la comisura de la boca, cuando el chofer del micro maniobraba en el playón de la fábrica. Apenas iniciada la visita, Rímíni se dio cuenta de la clase de trampa en la que habían caído. Habían asociado la expresión «fábrica de golosinas» con un reino fantástico, ideal, suerte de majestuoso kiosco privado cuyos tesoros, a diferencia de los de los kioscos normales, serían gratuitos y estarían reservados sólo para ellos. Habían pensado en «golosinas», no en «fábrica», y lo que la excursión finalmente les imponía era un largo y monótono recorrido por una serie de galpones donde un elenco de trabajadores taciturnos operaba una serie de máquinas más o menos ruidosas que procesaban materias primas que nadie, ni el adicto al azúcar más recalcitrante de la división, con su mejor buena voluntad, habría emparentado con las pequeñas drogas de colores que compraban legalmente todos los días por la calle. A la cabeza del pelotón, para colmo, un guía de guardapolvo gris, sin duda elegido por su facilidad de palabra, su disposición a sonreír y su histrionismo, agravaba el suplicio hasta límites intolerables. Tenía una voz aguda que en los raptos de entusiasmo rozaba el falsete, y alternaba precisiones técnicas completamente inverosímiles —al punto de que los mismos operarios, mientras hablaba, solían intercambiar a sus espaldas miradas de burla que luego compartían subrepticamente con los chicos— con momentos de «participación» intercalados estratégicamente, de modo de achispar un poco el fárrago de las explicaciones industriales, en los que invitaba a los visitantes a resolver acertijos, completar chistes o contar detalles de su relación personal con las golosinas, todo en una jerga de animador de fiestas infantiles, como si oficiara de guía, en realidad, fuera sólo la

antesala de su salto inminente a los escenarios o los estudios de televisión. En cuestión de minutos, la excitación que los visitantes habían desahogado en el ómnibus quedó sepultada por el tedio. Avanzaban como autómatas, miraban todo con los párpados bajos y, salvo los dos o tres obsecuentes de rigor, sedientos, como siempre, de congraciarse con cualquier criatura humana que midiera diez centímetros más que ellos y tuviera sombra de vello en las mejillas, rechazaban los estímulos del guía con un silencio compacto, del que sólo salían tímidamente para agradecer la dosis mínima de pastillas o caramelos de goma que les repartían cada tanto, único soborno, por otra parte, capaz de impedir que desertaran en masa. Durante un tiempo Rímini se mantuvo despierto espionando a la señorita Sanz: estaba allí, acompañando la procesión, pero siempre a un costado, un poco apartada del grupo, y cuando el guía terminaba alguna de sus incomprensibles exégesis técnicas y, con un gesto demasiado enérgico, como de boy scout pasado de edad, los invitaba a descubrir las siguientes atracciones de la fábrica, ella era siempre la última en moverse, como si, ajena por completo a las instrucciones del guía, sólo reaccionara por un tardío instinto grupal, cuando el temor a quedarse sola podía más que la incomodidad de tener que seguir caminando. Pero lo que aceptaba sumar al rebaño era sólo la carcasa vacía de su cuerpo; todo lo demás —su alma, sus sentidos, su imaginación— estaba lejos, muy lejos de allí, no en un punto fijo del tiempo y del espacio, lo que al menos habría asentado su ausencia en algún lado, sino en una encrucijada de fuerzas en pugna, muy parejas pero excluyentes, que parecían sumirla en una incertidumbre desoladora. Caminaba lentamente, pero lo que parecía desgano, cansancio o aburrimiento era en realidad la inercia a la que se abandona el que no sabe qué hacer, el que, sintiéndose amenazado por *todas* las alternativas que se le presentan, no se atreve a elegir ninguna y ve cómo las pierde todas, o tan pronto como elige una, arrancándola con el mayor esfuerzo de la maraña de dudas que la amordazaba, se arrepiente en el acto y se deja llevar, incapaz de elegir una segunda, por el movimiento general del mundo. Rímini la veía llevarse una mano a la boca, como si reprimiera un alarido o hubiera visto algo espeluznante, y después dejarla caer muerta junto al cuerpo, y enseguida entrelazarla nerviosamente con la otra y hacerla desaparecer en un bolsillo, y sacarla y alzarla otra vez hasta su pelo, donde acomodaba un mechón que no se había movido —como enjaulada.

A media mañana les sirvieron un desayuno. Se reunieron en el comedor de la fábrica, un salón amplio, con ventanales que miraban a la playa de estacionamiento donde esperaba el ómnibus, y mientras el guía se paseaba entre las mesas y narraba la historia de la marca, describiendo una curva que en los últimos treinta años, según decía, no había hecho otra cosa que ascender, a

tal punto que su logotipo —una sonrisa con una lengua relamiéndose— y sus productos ya inundaban los kioscos de varios países limítrofes, dos empleadas vestidas con delantales de cocina distribuían entre los visitantes unas bandejas de plástico como de avión, con una gaseosa de naranja y un diminuto alfajor de maizena. No habían pasado cinco minutos cuando la división, después de arrasar con el contenido de las bandejas, pareció despertar de golpe, revitalizada por el desayuno pero sobre todo por el cambio de situación, que no los había liberado del guía pero sí, al menos, del yugo itinerante de la recorrida, y en cuestión de segundos transformó el comedor industrial en un campo de batalla. Rímini, urgido por ir al baño, tuvo que abandonarlo agachado para evitar el impacto de los proyectiles. Meó de pie, largamente, mientras leía las recomendaciones de higiene que tapizaban las paredes del baño, y después de desoírlas sin escrúpulo, porque su estatuto, después de todo, era el de un extranjero, salió, y a la salida del baño descubrió a la señorita Sanz de espaldas, hablando por teléfono en uno de los dos teléfonos públicos que la empresa, como el guía no había perdido la oportunidad de destacarlo, acababa de instalar para sus empleados en el interior de la fábrica. Rímini quedó paralizado. Sintió que la suerte, hasta entonces esquiva, por fin lo recompensaba y le ofrecía a él, *a él solo*, asistir a una de las escenas con las que probablemente hubieran soñado todos los varones de su clase. El privilegio lo aturdió, como si no lo mereciera. Después, hechizado por la asimetría de la situación, que le permitía ver sin ser visto, sintió que su cuerpo se agigantaba lentamente, con la misma lentitud con que el de la señorita Sanz iba empequeñeciéndose, hasta que en un momento le pareció que si extendía una mano, como recordaba haber visto un sábado a la tarde en una película de ciencia ficción, con un inmenso gato de angora en su lugar y un hombre microscópico, casi inaudible, en el de la señorita Sanz, podría jugar y hacer con ella lo que se le antojara. Lo inundaba una exaltación nueva, intensísima, tan desconocida como el tipo de intimidad adulta al que asistía. Y todo lo que hasta entonces lo había estremecido, todas las negligencias matinales —el ruedo del camión en primer lugar— que transportaban a la señorita Sanz, y al jadeante Rímini con ella, a la tibia voluptuosidad de su cama y la exhibían allí ante él, más desnuda que si estuviera realmente desnuda, todo eso parecía tan infantil, tan superfluo y débil, comparado con lo que le tocaba presenciar ahora... Sin embargo, en vez de extender una de sus zarpas y rasgarle el vestido, descubriendo el hombro más blanco y delicado que jamás hubiera visto ese hall de fábrica de golosinas, Rímini se abstrajo del estrépito que llegaba del comedor, donde sus compañeros, algunos incluso subidos a las mesas, como expedicionarios en la cima de un pico, se tiroteaban con las municiones que

habían llevado ocultas en el bolsillo, a la espera de la coyuntura oportuna para usarlas, y trató de concentrarse en la conversación telefónica. Durante un largo rato no llegó a oír nada. Apenas más alta que el teléfono, la señorita Sanz permanecía en silencio con el auricular pegado a la oreja, el cuerpo en tensión, cohesionado, de algún modo, por la voz que le llegaba a través del aparato. Cada tanto asentía, y después de unos cuantos cabeceos rítmicos dejaba la cabeza baja y con la punta de su pie derecho se ponía a aplastar en el suelo un cigarrillo inexistente. Habrían pasado dos, tres minutos, cuando el alboroto del comedor se detuvo de golpe, como si bruscamente hubieran entornado la puerta, y el cuerpo de la señorita Sanz empezó a sacudirse. Vista de espaldas, como la veía Rímíni, era difícil decir si lloraba o se reía. «Por favor...», la oyó decir por fin con una voz quebrada, mientras trataba de frenar el aire con la mano abierta, en uno de esos gestos que parecen puramente retóricos, destinados a subrayar cierta intención del que habla, pero que en el fondo, ejecutados en vivo, como si su destinatario pudiera verlos, sólo buscan abolir la distancia en la que están llamados a perderse. Lloraba –y la vergüenza que sentía al llorar le provocaba un dolor tan intenso como el que la hacía llorar. «Por favor...», dijo, «decime qué querés que haga. Decime y yo lo hago. Lo que sea. Querés que me arrastre, me arrastro. Lo hago. No me importa. No me importa nada. Hace tiempo que me acostumbré a estar muerta. Pero no me dejes, por favor. Perdoname. Sí, por favor, perdoname. No lo voy a volver a hacer. Pero ¿cómo puedo saber que te pasan los mensajes? ¡Si me contestaras, al menos! ¿Ves? Ahora que estamos hablando... Ya me siento mejor. Es tan poco lo que necesito. Tu voz me da calor. ¿Estás escuchando música? Parece lindo. ¿Qué es? Ah, tiene buen gusto. Esperá. ¿Cómo estás vestido? Quiero saber: no te veo, pero me puedo imaginar... ¿Cuál, la verde con rombos? Me gusta más la azul, pero sí, te queda bien. ¿Ves qué fácil es? Con ella vivís, salís, te divertís, tenés hijos, vas al club, te vas de vacaciones. Y conmigo hacés lo que quieras. Todo, lo que se te ocurra. Querés pegarme, me pegás. Querés... No, esperá. No cuelgues. Por favor. Si colgás no sé qué soy capaz de hacer. No, perdoname: no quise decir eso. No entendés: no me importa ser feliz. No quiero ser feliz. No tiene sentido. Lo único que quiero es que me digas qué querés que haga. Lo que quieras. Querés verme de rodillas, me arrodillo. Querés que te espere, te espero. Así sí tiene sentido. Querés que deje todo... No, esperá. Quedémonos así un poco más. Te siento tan cerca. Decime: ¿me extrañás? ¡No cuelgues! Decime que pensás en mí, que me amás, que soy la mujer de tu vida. Por favor. Te lo suplico. No cuelgues. Bueno: cuelgo yo. Sí, ya, ahora, pero antes decime que me amás. Decí: "Te amo." Son dos palabras, dos palabras tan cortas... Qué te puede costar. Aunque sea mentira, quiero

óirtelo decir. Por favor. Ah. Mi amor, mi amor, mi amor, mi amor... No, yo no puedo. Vas a tener que colgar vos. *Me* quedaría así toda la vida. Vos, sí: colgá. Colgá, por favor. Te amo. Sí, ahora. Ya. Colgá. Te amo, te amo, te amo. Colgá, por Dios, colgá...»

Quedó cabizbaja, con el tubo contra la oreja, y contuvo la respiración, como si confiara en que la comunicación no había terminado y buscara salvar sus últimos restos de la extinción. «¿Hola?», dijo después de unos segundos, tímidamente. «¿Hola?», repitió, «¿hola?», con voz cada vez más débil, hasta que colgó y se volvió —tenía la cara desfigurada por el llanto— y se encaminó hacia el baño, y Rímini sintió que si no se hubiera apartado se lo habría llevado por delante. Ése fue el fin de su primera epifanía erótica. El primer fin, en realidad, porque así como todo acontecimiento sucede siempre dos veces, la primera como acontecimiento, incidente, marca, la segunda como percepción y registro, así también todo proceso concluye por dos, y nada que haya tenido un solo punto final, por drástico e inapelable que sea, puede considerarse realmente concluido. Sólo que entre el primer fin y el segundo, como sucede a menudo, pasó un tiempo considerable, suficiente, en todo caso, para interponer entre ambos no sólo una respetable masa de hechos ajenos al caso de la señorita Sanz, sino también, y sobre todo, la distancia del olvido, debilitando al máximo la relación que los unía, y si el segundo fin no hubiera tenido sobre Rímini la repercusión que tuvo, muy similar, en fuerza y profundidad, a la que esa mañana, en la fábrica de golosinas, había tenido el primero, muy probablemente no habría quedado grabado en él como una conclusión —ese candado que sella para siempre la habitación cuya puerta, aunque no la oyéramos, seguía golpeándose—, sino como una de esas informaciones que llegan cuando ya nadie las necesita, en el mejor de los casos para rematar, ni siquiera para reavivar, un recuerdo ya borroso con un detalle puramente anecdótico. Porque ese viernes, el viernes de la visita, Rímini volvió a la escuela y volvió a su otra maestra, la maestra del segundo turno, volvió al comedor, con sus colas eternas, sus vahos de fritura y sus ollas humeantes, a la clase de gimnasia, de la que intentó salvarse fingiendo un tirón en la pantorrilla, y vio cómo el mezuquino tejido de la experiencia escolar, que la excursión a la fábrica de golosinas había desgarrado, haciéndole creer que ya nada volvería a ser como antes, cicatrizaba y se restauraba rápida, milagrosamente, sin que nada ni nadie se tomara siquiera el trabajo de acusar recibo del desgarramiento. Y después vino el fin de semana, con su clásico repertorio de embrutecimientos, y el calor empezó a apretar, y las últimas semanas de clase se fueron dilapidando entre exámenes, actos escolares y preparativos de vacaciones. Y después llegó la diáspora feliz del verano y en marzo, cuando Rímini volvió a la

escuela, agotado, porque no había pegado un ojo en toda la noche, pero en el colmo de la excitación, con su par de zapatos nuevos y su media docena de proezas de vacaciones en la punta de la lengua, todas inventadas y listas para deslumbrar a sus compañeros, estaba tan obsesionado por absorber las novedades que regirían sus próximos nueve meses de vida, que ni siquiera se dio cuenta de que la señorita Sanz ya no estaba en el colegio. Más que olvidarla, la había desterrado de su vida, así nomás, sin ninguna premeditación, porque en la infancia no hay hábito más natural que el ostracismo, pero también sin apelaciones, con la misma firmeza impasible con que cualquiera que acaba de ascender unos milímetros en la pirámide de la riqueza destierra de su vida, de su conversación y hasta de su pasado las costumbres que tenía cuando era más pobre. Y así hasta que seis o siete años después, cuando nadie –salvo los más perspicaces de sus familiares cercanos– hubiera dicho que ese adolescente que ya dominaba cuatro idiomas y practicaba con su novia una variante particularmente sacrificada de coitus interruptus era la misma persona que el chico tímido y anhelante que sobrevive, mientras reprime una mueca de dolor, en la fotografía de cuarto grado, a la derecha de Goberman, que con total alevosía le pisa un pie con sus zapatos abotinados, Rímini, hablando con Sofía debajo de la escalera del patio, el incomodísimo aguantadero donde, para escándalo de sus compañeros, se pasaban todos los recreos abrazados, tuvo la revelación y recibió el golpe de gracia que ni siquiera sabía que había estado esperando desde la visita a la fábrica de golosinas, a los nueve años. Más que hablar, en realidad, discutían, con el fervor y la obcecación típicas de los flamantes enamorados, que cultivan por principio cualquier ejercicio que les depare alguna intensidad siempre que sea recíproca, y discutían también sobre el tema que más intriga y apasiona a los enamorados flamantes: cómo era la vida y el mundo *antes* de que se enamoraran –no la vida y el mundo en general, que los tenía perfectamente sin cuidado, sino cómo eran ellos, dónde estaba uno cuando el otro estaba aquí o allá, qué estaba haciendo el otro cuando uno hacía tal o cual cosa –los pormenores de un pasado de vidas paralelas que les parecía el colmo de lo inconcebible y lo fascinante, porque, reconstruidos desde el presente, es decir desde la actualidad del amor, de un amor tan absoluto que no podían comprender cómo podían haber vivido sin él, tenían una calidad de extrañeza que los volvía irreconocibles, como si fueran episodios de vidas de otros, y a la vez no dejaban de atraerlos y hechizarlos, como los habría hechizado, por ejemplo, el registro de sus comportamientos durante una sesión de hipnosis o de sonambulismo. Pero por supuesto, dentro de esa amplia región del pasado que excavaban con regularidad, lo que les interesaba no era el efecto de la simultaneidad *per se*, que tenía su intensidad

pero no duraba, sino los puntos en los que sus dos trayectorias paralelas, desviadas de sus cursos por algún hecho fortuito, se acercaban, se encontraban y se rozaban, sin que ese punto común pudiera ser llamado amor, o más bien como acontecimientos de amor nunca reconocidos como tales y por lo tanto irremediamente pasados por alto, abandonados, abortados, y luego volvían a abrirse y seguían sus caminos individuales. Pero esos puntos, presos como estaban del pasado, aun cuando una memoria exhaustiva pudiera recuperarlos con todo detalle, eran cualquier cosa menos unánimes. Esa tarde, por ejemplo, inaugurando una divergencia que no tardarían en convertir en coquetería, actuándola en público a menudo, como una de esas escenas íntimas, indecisas entre el afecto y la hostilidad, que las parejas exhiben con orgullo, como sello de autenticidad del amor que se profesan, Sofía sostenía que habían hecho cuarto grado juntos, que el primer recuerdo que tenía de Rímini —cordones desatados, pantalones agujereados en las dos rodillas, una valija desbordante de libros y cuadernos arrastrada a los tumbos por las escaleras— se remontaba a esa época. Rímini la oía con reticencia. No podía decir que no y tampoco que sí, pero por alguna razón la imposibilidad de afirmar le resultaba mucho más convincente que la de negar. Estaba enamorado de Sofía; si era así, si efectivamente habían compartido cuarto grado, ¿cómo podía haberlo olvidado? Debía de ser un falso recuerdo, una tras-posición, una de esas sobreimpresiones en las que la memoria, orientada por un interés puntual del presente, usa un mismo elemento —una persona, un decorado— para enlazar y confundir dos épocas distintas. Sofía insistió; no recordaba el número del aula pero sí el piso, la playa de estacionamiento a la que daban las ventanas, la manchas de humedad en los ángulos del techo. Rímini sonrió con aire burlón; la empujó y la atrajo hacia sí y, abrazándola, la sepultó bajo una lluvia de besos. Cualquiera podía recordar eso, dijo riéndose, de cualquier año y cualquier aula. Quiso provocarla; le exigió algo más preciso: dónde se sentaba, por ejemplo. Atrás, dijo Sofía: atrás, como siempre, y contra la pared de la puerta, no la de las ventanas. «Como siempre», repitió Rímini, y negó con la cabeza, desilusionado. Él quería precisión, ella contestaba con generalidades. Para Sofía, sin embargo, ése no era el verdadero problema. Según ella, era imposible que Rímini la recordara individualmente, ni a ella ni, por otra parte, a ninguna de las chicas con las que había compartido la división por esos años, pero no por mala voluntad, ni por algún desperfecto de su memoria, sino por la sencilla razón de que, en cuarto grado, las chicas, para los varones, eran mucho menos que figurantes o que objetos, con los que compartían sin embargo cierta obvia inferioridad existencial y, por lo tanto, la obligación natural de pasar más o menos inadvertidos, pero de los que también se distinguían por la costumbre

contraria, la compulsión, inadmisibles para cualquier varón de la clase, de hacerse ver, interponerse, entrar en cuadro intempestivamente y llamar la atención, lo que evidentemente obligaba a la población varonil, y también a Rímini, por mucho que Sofía lo amara, como representante de esa población, a duplicar el esfuerzo para olvidarlas, directamente suprimiéndolas de los registros del pasado, en los casos más drásticos, o bien subsumiéndolas a todas en una suerte de presencia general, extremadamente difusa, donde no había lugar para las identidades individuales y cuya función, en última instancia, eran el estorbo o la vaga amenaza. Rímini se rió, como si lo hubieran sorprendido en flagrante delito. «Sí», reconoció, «estaba el mundo de los detalles: el mapa de la Argentina con la mancha de tinta en el Chaco, las rugosidades del pizarrón, la rajadura en el último vidrio —y después estaban ustedes, "las chicas", como una cortina de nubes en el fondo del cielo...» «Y estaba la señorita Sanz», dijo Sofía. «Sí», dijo él, todavía riéndose. «La señorita Sanz», repitió, y sintió que al evocarla el recuerdo lo envolvía y lo aislaba. «La señorita Sanz», siguió diciendo ella, «que el día de Georgalos se puso a llorar por el teléfono público.» La revelación fue tan sorpresiva que Rímini se sintió traicionado, o violado. Era como si le hubieran robado algo muy íntimo. Pero pensó, para defenderse, que eso no probaba nada. Tal vez Sofía se había enterado por otro, por alguien de la división, un testigo en el que Rímini, absorto en la escena que tenía lugar ante sus ojos, no había reparado. Pero ahora eso tampoco tenía la menor importancia. Atontado y todo, Rímini retrocedió, volvió al hall de la fábrica y revisó la salida de los baños, la pared con los teléfonos, el pasillo que doblaba y se perdía rumbo al comedor, y aunque no vio a nadie —nadie que no fueran él, inmóvil, con el corazón en la boca y un extraño escozor creciéndole entre las piernas, y la señorita Sanz, adúltera flamante, bañada en lágrimas, más irresistible que nunca, tratando de arrancar a su amante del paraíso conyugal que lo mantenía cautivo— se dio cuenta de que ya era tarde, de que la escena, a simple vista intacta, había sido radicalmente alterada: ahora que Sofía le había revelado que la conocía, sabía que había alguien más, no necesariamente una persona, un cuerpo con nombre y apellido, los de Sofía o de cualquiera, sino simplemente *otros ojos—pero* era más que suficiente. Ya la escena era otra. Y Rímini, que había podido gozar de ella gracias a un privilegio del azar, el de contemplar a la señorita Sanz sin que ella lo supiera, ahora descubría que en la escena real, no la que recordaba sino la que acababa de descubrir que había protagonizado, él no había desempeñado un papel muy distinto del de la señorita Sanz, y que otros ojos habían gozado de su estupor de la misma manera en que él había gozado del derrumbe de la señorita Sanz. Era exactamente el tipo de descubrimiento para el que no tenía defensa, que, por

nimio que fuera, podía hacerlo polvo, literalmente. Pero si sobrevivió, y si, además de sobrevivir, pudo cerrar la extraña puerta que, sin que él mismo lo supiera, llevaba ocho años abierta, fue porque Sofía, acaso arrepentida de la conmoción que acababa de provocarle, muy eficaz, sin duda, pero también viciada por un rencor infantil, fue más allá, mucho más allá, con ese talento que tienen ciertas mujeres para aliviar las heridas de la crueldad con una crueldad mayor, y le comentó, dejando atrás el efecto explosivo de la revelación con toda naturalidad, como quien renuncia a usar un arma mortal, que al año siguiente del episodio de Georgalos la señorita Sanz no había vuelto al colegio. Rímini detectó una leve suspicacia en su voz y la miró. «Cierto», dijo, «ahora que lo decís...» —y sintió que una sombra siniestra se cernía sobre él.

Todo lo que Sofía sabía, en realidad, lo sabía por su madre, que era profesora de inglés, daba clases en un instituto privado del barrio de Belgrano y, por una de esas casualidades, había tenido a la señorita Sanz de alumna. Al cabo de seis meses, de agosto a febrero, la madre de Sofía no podía decir que se hubieran hecho amigas, porque el grupo era numeroso, lo que limitaba los contactos personales, y la señorita Sanz, que llegaba indefectiblemente tarde y era la primera en irse, parecía estar siempre muy apurada y jamás participaba de esos epílogos en que alumnos y profesores, liberados del protocolo pedagógico, se avienen a explorar zonas más informales de la relación, pero sí que habían establecido una cierta corriente de confianza, fundada, más que nada, en la paciencia y la dedicación especiales que la madre de Sofía ponía en supervisar el aprendizaje de su alumna. La señorita Sanz no progresaba, o no progresaba todo lo que habría sido deseable, no por falta de interés, ni de capacidad, ni de condiciones, sino por las enormes dificultades que tenía para concentrarse, seguir la marcha de las lecciones y hacer foco en los ejercicios. Siempre parecía estar en otra parte, pero sus ausencias no tenían un carácter soñador sino más bien tenso, contrariado, como si estuviera pendiente menos de las bellezas del mundo exterior que allí, sentada bajo esos tubos fluorescentes, estaba perdiéndose, que del contratiempo, el accidente o la amenaza terrible que la acechaban, y la atención que no conseguía fijar en clase, donde todo la estimulaba a hacerlo, en su casa, a solas, debía de disiparse sin remedio, como lo demostraban a la clase siguiente sus cuadernos, con los ejercicios siempre sin hacer, y las páginas de lectura obligatoria de los libros de texto, tan impecablemente limpias y nuevas que era evidente que ni siquiera se había tomado el trabajo de mirarlas. Qué la mantenía en ese estado de crispación, siempre al borde del ataque o la huida, la madre de Sofía nunca llegó a saberlo. «Tengo problemas», le dijo la señorita Sanz alguna vez, en uno de los apartes personales que la madre de Sofía, compadeciéndose de su

malestar, le dedicaba en plena clase, y la timidez, la torpeza y la falta de solvencia social de la señorita Sanz solían ser tan fenomenales que esa fórmula genérica, «tengo problemas», usada por lo general con propósitos de reticencia, para satisfacer la curiosidad del interlocutor y negarle, al mismo tiempo, los detalles tortuosos que espera oír, en su caso sonaba íntima, dramática y elocuente como la más minuciosa de las confesiones. En diciembre, con el calor, los preparativos de las fiestas y —factor esencial, ya que el grupo estaba compuesto íntegramente por docentes— los exámenes de fin de año y la confección de boletines, que les reclamaban la modesta reserva de energías que les quedaba, el grupo no tardó en disolverse. Pero lo que sorprendió a la madre de Sofía no fue la brusquedad de la diáspora, a la que años de docencia en el instituto la habían acostumbrado, sino el hecho de que una tarde, en la oficina de administración a la que había acudido para pagar, tarde, como era su costumbre, tanto le costaba afrontarla, la última cuota del año, la señorita Sanz le propusiera seguir adelante con el curso —ella, que, además de sus problemas personales, padecía el mismo régimen de exigencias escolares que el resto de sus compañeros de grupo. La madre de Sofía tuvo que explicarle que era imposible: más allá de la estampida general, que en rigor sólo había precipitado unos días el final de las clases, estaba estipulado que el curso terminara a mediados de diciembre. y viendo el efecto de pesadumbre que la explicación producía en la señorita Sanz, agregó, para consolarla, que sólo tendría que esperar dos meses, puesto que el curso, como todos los cursos anuales, volvería a empezar en marzo y que tal vez podría aprovechar el tiempo libre del verano para despejarse y reponer energías, algo que, a la luz de los hechos, parecía tan necesario o más, para ella, que el estudio de cualquier lengua extranjera... Pero la señorita Sanz ya no la escuchaba. Había oído hasta la expresión «tiempo libre», y ahí, como estremecida, bajó de pronto la cabeza y de pie en la oficina de administración, en presencia de la contadora del instituto, que ponía en orden unas facturas, y del cadete, que vaciaba un armario de biblioratos, se puso a llorar sin consuelo, entrecortando los sollozos con gemidos desgarradores, como si la madre de Sofía acabara de ponerla al tanto de una noticia inesperada y terrible, un desalojo, la muerte de un ser querido, una enfermedad fatal, que deja a quien la recibe en el desamparo más atroz. No fue la madre de Sofía, demasiado ocupada en consolarla, a tal punto la consideraba su responsabilidad, sino la contadora del instituto la que, conmovida por esa mujer que se deshacía en lágrimas ante ella sin la menor vergüenza, y no porque le faltara pudor sino simplemente porque no podía más, como si la noticia de que esos dos meses que soñaba dedicar a las clases de inglés los pasaría en realidad en el vacío fuera la gota que hace rebalsar el

vaso, tuvo de pronto, en un raptó de inspiración providencial, la idea de los cursos intensivos de verano. Para la madre de Sofía fue una verdadera salvación; al menos eso fue lo que pensó entonces, mientras acariciaba una y otra vez el pelo de la señorita Sanz, que el llanto había humedecido. Duraban dos meses, no requerían mayores conocimientos previos, y aunque el plazo de inscripción ya había caducado, siempre se podía hacer una excepción.

La madre de Sofía nunca tuvo una alumna más dedicada, más atenta, más perseverante. En poco menos de dos meses, a un ritmo de cinco clases por semana, sin una sola falta, la señorita Sanz había superado no sólo su propio rendimiento de todo el año, lo que no representaba un desafío particularmente exigente, sino el de sus mejores compañeros de curso. Era tanta su devoción, tanta su avidez de aprender, que la madre de Sofía se veía obligada a quedarse con ella después de hora, cuando todos los demás habían huido del instituto, para asignarle lecturas y ejercicios extra que la señorita Sanz recibía siempre con radiante felicidad, como un cachorro su premio, y que devolvía perfectamente ejecutados mucho antes de que se cumpliera el plazo que le habían dado para hacerlos. Pero lo más gratificante no eran la fabulosa contracción al trabajo que demostraba, ni la comprensión íntima del idioma que iba profundizando cada día, ni el entusiasmo con que atacaba cada nueva fase del aprendizaje, que la empujaba a devolver siempre más de lo que se le pedía, era la forma en que esa dedicación, menos propia de una estudiante que de una misionera, para quien no hay nada en el mundo capaz no ya de reemplazar sino de hacerle sombra a la causa que ha abrazado, había borrado por completo, al parecer, los problemas que la habían martirizado a lo largo de todo el año. Según la madre de Sofía, era otra persona –irreconocible. Había cambiado hasta físicamente. El color, que sólo la visitaba de vez en cuando y por accidente, cuando algo escapaba a su control o la avergonzaba, ahora resplandecía en sus mejillas, dándole un aire de agitación juvenil que contrariaba el estilo pasado de moda de su vestuario, y su cuerpo enjuto y frágil parecía más sólido, más resistente, como si hubiera ganado un par de kilos. Por eso, esa mañana de lunes de mediados de febrero, cuando la madre de Sofía cerró la puerta del aula, se volvió hacia los alumnos y vio por primera vez su lugar vacío, el único lugar, por otra parte, como lo descubrió entonces, que día tras día le había importado encontrar ocupado, un mal presentimiento la ensombreció. La señorita Sanz faltó también el martes, y el miércoles, y todo el resto de una semana que se hizo intolerablemente larga, sin avisar y sin que sus compañeros, con quienes se daba poco, apenas lo suficiente para saludarse, despedirse y en el medio, eventualmente, consultar alguna cuestión técnica de la clase, pudieran aportar ningún dato revelador. El lunes siguiente la silla y el

pupitre de la señorita Sanz seguían vacíos. En un raptó de lucidez y terror, la madre de Sofía entrevió la posibilidad de que la prodigiosa mejoría a la que había asistido en apenas cuarenta días fuera sólo uno de esos trances de salud y vigor en los que entran ciertos enfermos antes de hundirse en el desastre definitivo. Dio la clase como pudo, aferrándose, para no entregarse a la preocupación, a la rutina que había preparado en su casa, y aunque los reflejos le respondieron bien, disimulando con una solvencia profesional las defecciones de su ánimo, más de una vez le sucedió levantar la cabeza en medio de la clase, como saliendo de un sopor profundo, y descubrir a sus alumnos mirándola todos al mismo tiempo, esperando la respuesta a una pregunta que ella ni siquiera había registrado. Apenas terminó, bajó a la administración, pidió la ficha de la señorita Sanz y marcó su número de teléfono, ajena por completo al aire intrigado con que la contemplaba la contadora. Nadie contestó. Copió su dirección sin pensar. Cinco minutos después, cuando logró descifrar su propia letra, se la leía con el corazón encabritado al taxista que la miraba por el espejo retrovisor. Era en el otro extremo de la ciudad, una zona de casas bajas, pasajes empedrados, baldíos. La señorita Sanz vivía en un edificio de cinco pisos, una de las pocas construcciones modernas de las que el barrio podía jactarse. La puerta de calle estaba abierta. La madre de Sofía entró, subió y, después de tocar el timbre en vano, golpeó a la puerta. Pasaron unos segundos hasta que le abrieron. Golpeada por el asombro, la madre de Sofía retrocedió unos pasos: la mujer que tenía enfrente era una réplica perfecta de la señorita Sanz, pero fumaba, tenía diez años más y el pelo envuelto en un pañuelo, y todo lo que en la señorita Sanz era vacilante, vulnerable, delicado, su réplica lo había ahogado con una espesa pátina de insensibilidad y malhumor. La mujer se apoyó en un escobillón, entrecerró los ojos —le colgaba un cigarrillo de los labios— y la estudió con una despectiva curiosidad. La madre de Sofía se presentó. Entonces la mujer dio media vuelta y reanudó sus tareas de limpieza sin decir nada, sin siquiera cerrar la puerta, menos invitando a la madre de Sofía a entrar que desentendiéndose de su presencia. La madre de Sofía entró. Incómoda, la miró trabajar unos segundos en el pequeño departamento desmantelado: barría con mucha energía, casi con furia, apartando los pocos muebles que quedaban de mala manera, como si la estorbaran. La madre de Sofía buscó en el lugar algo que le hablara de la señorita Sanz. No encontró nada; sólo el olor del encierro que persistía en el aire, aun con las ventanas abiertas. Por fin se decidió a preguntar. Pero apenas había empezado a despegar los labios para hablar, la mujer, como leyéndole el pensamiento, interrumpió otra vez el trabajo y se volvió hacia ella, no por deferencia, porque era evidente que la

madre de Sofía y todo lo que tuviera que ver con ese departamento –y, como es lógico, con la persona que lo había ocupado– sólo podían ser para ella un motivo de fastidio, una carga que nunca se cansaría de maldecir, sino para reforzar con toda su hostilidad el efecto de lo que estaba a punto de decir, de modo de asegurarse de que la madre de Sofía jamás volviera a cruzársele por el camino, y con una voz neutra, sin la menor señal no ya de dolor o de piedad sino de dramatismo, le contó que la señorita Sanz, a la que llamó «la reverenda pendeja de mi hermana», había muerto la semana pasada en una clínica clandestina de Saavedra, no sabía bien si antes, después o durante el aborto que había resuelto hacerse, después de mucho deliberar, para retener al hombre que la había dejado preñada, el único, por lo que ella supiera, que le había puesto un dedo encima en su vida, un profesional casado y con hijos que le había advertido, al descubrir la trampa en la que lo habían hecho caer, trampa típica, por lo demás, de las mujeres que saben que los hombres no se les acercarán a menos que estén muertas, que si quería tener el chico lo tuviera, pero que en ese caso no volvería a verlo nunca, ni en fotos, y se olvidara de él para siempre.

Al amanecer lo despertaron y lo hicieron pasar a una oficina helada, más estrecha que su celda, donde un desconocido de traje y sobretodo le tendió una mano de cortesía y empujó hacia él la caja de cartón rectangular, como de zapatos, sin tapa, con el número diecinueve escrito en el frente, que el mismo oficial que a la noche le había tomado las huellas digitales acababa de descolgar de un viejo mueble de madera dividido en casilleros. Rímini reconoció el reloj, el cinturón, los cordones de las zapatillas, la billetera, el juego de llaves, y ese botín, que veinte horas antes, obligado a desprenderse de él por el oficial que lo ingresaba, le había parecido un capital inapreciable, que nunca recuperaría, ahora, que por fin lo recobraba, le pareció de una pobreza desoladora. Estuvo mirándolo unos segundos sin moverse, sin ver, como quien mira el nadar insulso de unos peces en una pecera, y si el abogado, más que nada por el fastidio de la hora, el tiempo que las vacilaciones de Rímini le hacían perder, la clase completamente infructuosa de cliente que Rímini era para él, no hubiera intervenido con la brusquedad con la que intervino, dando vuelta la caja como un cubilete de dados y volcando los efectos personales sobre el escritorio, probablemente Rímini los habría dejado allí sin ningún pesar, hasta con satisfacción, pensando que un patrimonio tan modesto difícilmente encontraría un hábitat más adecuado que esas cuatro paredes de cartón ni un custodio más responsable que el oficial que ahora, dándole la espalda, volvía a meter la caja vacía en su casilla correspondiente.

«¿Está todo?», preguntó el abogado. Rímini asintió, firmó un formulario en la línea de puntos que el abogado señalaba con un dedo teñido de nicotina y, en vez de ponérselos, lo que hubiera sido de esperar al menos en el caso del cinturón, el reloj, los cordones, se los guardó lentamente, como si fueran muchos, hasta abultarse desagradablemente los bolsillos del pantalón. Apareció otro formulario. El abogado dijo «acá» en el mismo momento en que Rímini volvía a ver la yema amarillenta señalando un espacio en blanco en el papel, como si la voz brotara de la punta del dedo. Rímini lo miró con una mezcla de

sorpresa y desconfianza. «Es la salida», explicó el abogado. Como todo especialista, se daba el lujo, en presencia de un neófito, de reemplazar frases completas, fatigosas y no siempre eficaces, por palabras sueltas que parecían actuar como portavoces imperativos, en representación de todo lo que omitía. Rímini firmó sin entender del todo lo que firmaba. Recuperaba la libertad con la misma resignación con que la había perdido. Todo le resultaba nuevo, como una de esas escenas de sueño en que los objetos lucen intactos, flamantes, como si los hubieran comprado a último momento para la escena, y parecen anunciar una farsa o una trampa. Arrugándola como un pañuelo, el abogado se guardó la copia del formulario en un bolsillo. «Vamos», dijo, y lo tomó del codo con los dedos y lo empujó suavemente hacia la puerta, donde empezaba a sonar una chicharra. Salieron, cruzaron el hall de la comisaría, donde una mujer en pantuflas y batón esperaba sentada, aplicándose una lata fría de gaseosa sobre un ojo en compota, y antes de que el abogado pudiera abrir la puerta, Rímini se retrasó unos pasos, burlando un segundo su escolta, y exclamó con voz débil, como si todavía durmiera: «¡El Riltse!» —pero, sin saber bien cómo, probablemente arreado por la mirada de estupor que le asestó el abogado, ya estaba afuera.

Afuera eran la calle, los autos con las puertas encintadas, el pequeño local de fotos carnet, el bar de paso cuya cortina metálica se desperezaba con estrépito en ese momento, los mismos signos del mundo que Rímini debía de haber visto el día anterior, cuando lo traían a bordo del patrullero, pero que ahora, con un cosquilleo molesto en los ojos, menos atontado por las intermitencias del sueño que por la brusquedad, la falta de contratiempos con que acababan de arrancarlo de su cautiverio, le parecía ver por primera vez. Sofía estaba allí, en la vereda de enfrente, despegándose de la pared contra la que había estado esperando, deslizándose de perfil entre los paragolpes de dos autos y cruzando la calle hacia él, hacia ellos, con su cabellera en llamas, envuelta en esa eterna aureola de claridad que le ensombrecía la cara, como a contraluz. Era lo último que hubiera esperado ver. Y sin embargo, apenas la vio, una vez más, sintió que su aparición era tan natural, tan previsible como la luz rojiza del amanecer, el aire fresco o cualquiera de las evidencias indiferentes con que el mundo persuadía de su existencia a cualquiera que la hubiera olvidado. La vio y todo encajó en su lugar, como las piezas de un rompecabezas deshecho que, proyectadas al revés, reconstruyeran sin una sola vacilación el diáfano paisaje original. Pollera escocesa, pulóver oscuro de cuello alto, un abrigo de cuero forrado con cordero: Rímini hubiera jurado que llevaba puesta la misma ropa que —¿cuándo? ¿El último día de clase, veinte años atrás? ¿Más lejos? ¿La noche en que, atrapados entre el borde de una mesa

ratona y un sofá de dos cuerpos, deliciosamente incómodos, aprovecharon una tregua en la vigilancia de Rodi para husmearse por primera vez en la alfombra del living, primero con un hambre de náufragos, después, enseguida, con la torpeza de los culpables, mientras Yves Montand, cortesía de un inesperado bache en el vinilo, repetía una y otra vez el mismo verso de *Les feuilles mortes*? Pero ¿importaba cuándo? Si el pasado era ese mar terso, regular, sin límites visibles, y Sofía su único rostro, a tal punto que bastaba invocar su nombre para invocarlo entero, ¿qué podían importar los hechos, las fechas? Y, en ese sentido, ¿era «afuera», Sofía? ¿Un elemento de «afuera»? ¿Estaba *incluida*? ¿Por qué entonces, a medida que iba acercándose a él, todo lo que había a su alrededor, el fondo y los accesorios que la situaban y le daban realidad, por qué de golpe todo temblaba como un reflejo en el agua y se desvanecía, y lo único que seguía siendo visible era ella, intacta y sola en medio del vacío?

La vio cruzar, subir a la vereda. Una vez más lo asombraron la solvencia, la naturalidad casi suicida con que Sofía se movía en esa situación excepcional, sin dejarse abrumar por ella pero también sin aplacarla, como si esa excepcionalidad, que para Rímini era un factor central, fuera sólo un accesorio destinado a realzar su soberanía. Sí, ahora creía entender: Sofía —esa Sofía viva, orgánica, tan presente que ni aun suprimiéndola habría dejado vacante el espacio físico que ocupaba en el mundo—estaba hecha del mismo material que la señorita Sanz, que el ruedo de su camión verde agua, que el aula que seguían viciando de gas las estufas, que el aserrín de las escaleras, que las caras de sueño de sus compañeros, que él mismo, Rímini, en su versión infantil, con los pantalones de franela gris empatchados en las rodillas y los cordones de los zapatos siempre desatados, estudiando con macabro deleite el temblor que sacudía la espalda de una maestra desdeñada por su amante casado —el mismo material del que estaban hechos, uno por uno, todos los espectros del pasado que lo habían visitado durante la noche en la comisaría. Un material plano, sin dimensiones, pero incesante, y sobre todo indestructible: el material de que están hechos los muertos.

El abogado se interpuso, le tendió una mano a Sofía y dijo: «Todo suyo.» Lo dijo con alivio, como haciéndole entrega de un animalito díscolo, de uñas pequeñas pero muy filosas. Pero después, antes de irse, se volvió hacia Rímini y le echó una última mirada —inquietud o escrúpulo profesional—, y giró hacia Sofía y con voz algo preocupada, como si una nubecita inoportuna acabara de arruinar el cielo de su alivio, agregó: «Cualquier cosita me llama.» Sofía no dijo nada; ni siquiera asintió. Ahora que la tenía más cerca, y que el halo de llamas que envolvía su cabeza se había aquietado un poco, Rímini descubrió que su pelo, que la última vez, en el sanatorio, seguía siendo rubio, rubio como la miel,

como recordaba que había sido siempre, ahora era gris, de un gris claro y uniforme, como de ceniza. Ella se adelantó unos pasos –Rímimi sintió cómo el abogado se volatilizaba en la madrugada– y se abrazaron, o más bien Sofía lo abarcó íntegro con sus brazos, inexplicablemente, no sólo porque Rímimi era el doble de grande sino porque el abrigo de cuero debía de restringir considerablemente su margen de maniobra, como si por fin se reintegrara lo que alguna injusticia divina le había arrebatado. Y así, en medio del abrazo, sofocado por esa especie de cepo de humedad y calor que formaban los alientos, los mechones de pelo, el cuero del abrigo, el forro de cordero, la lana del pulóver, los antebrazos, Rímimi oyó su voz débil pero clara, perfectamente nítida, que se abrió paso hacia él con suavidad y cautela, resuelta incluso a desistir con tal de no amedrentarlo, y le susurraba una sola palabra, «Basta», como calmándolo, y después, mientras lo sacudía despacio, como si quisiera despertarlo, la repetía una y otra vez, «Basta, Basta, Basta», hasta que Rímimi sintió que la voz se adensaba, precipitaba y cambiaba de estado, se volvía química, menos una voz que una dosis, y le entraba directamente en la sangre y empezaba a viajar por él sin apuro, guiada por un solo deseo ciego: llegar hasta su corazón, y tomarlo, y fecundarlo.

Cuarta

¿Cuánto hacía que no te miraba dormir? ¿Cuánto hacía que no me regalabas ese espectáculo? (Recién, una gota de agua —acabo de bañarme, son las doce y cuarto, estoy llegando tarde, llevás treinta horas durmiendo sin parar— resbaló por mi brazo, quedó suspendida del codo, como dudando, y cayó y explotó en tu mejilla, dos milímetros por arriba de la marca que te dejó la sábana, y después se dividió en un ramo de gotitas menores, y una bajó y bajó por la piel de tu cara enorme, siguiendo el declive de la mejilla, y desapareció en una esquina de tu boca. Abí se asomó tu lengua, como un animal que sale de su cueva, pero ya era tarde: no quedaba nada para beber.) Como ves, me sigue gustando escribir. Y los paréntesis. No lo puedo remediar. No hay remedio, Rímini. No tenemos remedio. Ése podría ser nuestro lema. Yo sigo metiendo frases adentro de frases, y vos seguís... ¿Es demasiado pronto? Vas a decir que sí (pero no decís nada, estás mudo, y yo puedo hablarte horas y horas, como si fuera una hipnotizadora, y lavarte el cerebro, y cuando te despertaras no te acordarías de nada). Pero yo, Rímini, yo sigo viendo. Y lo que ahora veo (lo poco que vas a saber por ahora de todo lo que veo al mirarte dormir) es que, aunque hace años que dormís sin mí, lejos de mí, contra mí, seguís durmiendo con los brazos aplastados bajo la almohada (quisiera poder ver tu cara de espanto cuando te despiertes y no los sientas y creas por un segundo que ya no los tenés, que alguien —yo, por supuesto, la mujer-monstruo, la mujer-cuchilla— te los arrancó mientras dormías, pero no. Error: yo, si quisiera tus brazos, Rímini, yo te los petrificaría), seguís durmiendo con medias, seguís frotándote un pie con el otro mientras dormís, seguís mojando la funda de la almohada con saliva, seguís hablando en sueños (a propósito, ¿sabías que en sueños hablás un francés falso y perfecto?), seguís moviéndote demasiado y llevándote las sábanas para tu lado (nada que con un poco de trabajo no podamos arreglar), seguís tapándote los ojos con el antebrazo, como si algo terrible te afligiera o te encandilara el sol, seguís sentándote en la cama en medio de la noche, completamente dormido pero con los ojos abiertos, alarmado, como me contaste que hacías de chico (pero ya estás mayor, ya no te levantás a recorrer la casa: ahora mirás fijo dos puntos en la oscuridad, el ventilador de techo, digamos, y mi rodilla, que, con los pliegues que dibuja en la sábana, parece de piedra, y después de ir de uno al otro varias veces, cuando ya agotaste el terror que te sobresaltó, volvés a recostarte de un solo movimiento, como se vuelcan,

apretando un botón, los respaldos de las camas articuladas, y es como si no hubiera pasado nada). La lección de anatomía. Seguís temblando, Rímini. Mi pobre, pobrecito Rímini. Mi naufrago. Pero ya está, ya pasó, ya estás en casa. Hablé con el abogado: le entregaron el cuadro y la mujer retiró la denuncia. Hubo que darle unos pesos, también. Mi abogado se resistía. No te quiere. (Creo incluso que piensa que papá murió por tu culpa.) Me dijo que nunca en su vida había visto a una mujer tan vulgar. ¿Tan bajo caíste? Sabía que sin mí estabas perdido, pero ¿tanto? (Una cincuentona teñida y llena de oro —sí, hablo de oídas: no tuve el gusto—, un... ¿cómo se llaman? ¿Personal trainer? Hablo del que me llamó por teléfono para avisarme. Y vos... Verte saliendo de la comisaría con esas zapatillas... No me hubiera sorprendido que te volvieras alcohólico, o cocainómano, o puto. Pero ¿caer en el deporte?) Podría haberte dejado preso, ¿sabés? No creas que no se me ocurrió. Pero no por venganza (me hiciste mal, te hice mal: nos hicimos la misma cantidad de mal, como pasa sólo entre dos personas que no tienen remedio). Fue por amor. Me imaginé visitándote en la cárcel, llevándote cosas, como en las películas. Como si estuvieras preso por mí. Un crimen pasional. Como si hubieras matado a mi amante, al marido que me pegaba, al patrón que me violó. Yo sé que robaste el Riltse por mí, por amor a mí. (No son cosas que se le puedan explicar a un abogado.) Te lo digo así, ahora, mientras estás dormido, porque despierto sé que nunca te vas a atrever a admitirlo. (¿Qué de hombres es guardar secretos!) Y también se me ocurrió (dirás que estoy loca) ir a juicio. Agarrar a esa yegua y demandarla. Porque lo que hiciste no fue un robo: fue una expropiación, un acto de justicia. Robar robó ella. Roban los que compran Riltse. No importa quiénes sean. Riltse es nuestro. Estuve buscando el cuadro en los libros; no lo encontré. Después, estúpida, me di cuenta de que los libros llegan hasta 1976, hasta donde llegó nuestra juventud, y que no tengo nada que vaya más allá. Y ahora que te miro dormido, por primera vez me impresiona ver lo igual que estás. No, ya sé que no es algo nuevo. Siempre fuiste Dorian Grey. Pero cuando estábamos juntos yo no lo podía entender. Nos amábamos = éramos iguales = no envejecíamos. Ninguno de los dos. (Pero mi padre murió, murió con esa sonrisa en la cara, la sonrisa que vos le dejaste antes de huir, y a la mañana siguiente yo tenía el pelo gris.) Ahora vos sos Dorian Grey y yo el retrato. ¿Querías que cambiáramos? ¿Pedías eso: un amor maleable, que supiera pasar a otro estado? Ya está. «Podría ser tu madre.» Perdoname, tuve que atender. Era Víctor, desde el hospital. Le conté. Le dije: «A que no sabés a quién tengo durmiendo en mi cama.» ¿Te creés que se sorprendió? Nadie se sorprende. (Venimos de tan lejos, Rímini. Tenemos millones de años. El nuestro es un amor geológico. Las separaciones, los encuentros, las peleas, todo lo que pasa y lo que se ve, lo que tiene fecha, 1976, todo eso tiene tanto sentido como una baldosa quebrada comparada con el temblor que lleva milenios haciendo vibrar el centro de la tierra.) Se muere. Creo que alguien le sostenía el teléfono para que hablara. Él también te extrañó. Me preguntó si íbamos a hacer una fiesta. Le dije que no. Le dije que se pusiera bien para la inauguración del Adela H Tengo que irme. Las mujeres me van a matar. Hay café en la cocina, hay pan, hay toallas limpias en el baño. Te dejo acá la caja

con las fotos. Está intacta, esperándote desde hace años. No, no tuve tiempo de hacer otro juego de llaves. (Ahora que lo pienso, no sé si quiero que tengas un juego de llaves.) ¿Estás acá? ¿Sos vos, realmente, el que protesta en sueños en esa cama? Adiós, mi bello durmiente. Adiós, mi Prisionero.

Se despertaba por cualquier cosa: el goteo de una canilla mal cerrada, las carreras furtivas en los caños de la calefacción, el esfuerzo con que reaccionaba el ascensor, cinco pisos más abajo, cada vez que lo llamaba algún noctámbulo. Y, por supuesto, la respiración de Sofía. No roncaba. Era un boceto: presagiaba el ronquido pero nunca llegaba a él, como esos esbozos de cuadros que prometen figuras, formas y colores y después languidecen y se olvidan de cumplir. Respiraba con una intensidad insólita, largamente, como si los pulmones nunca terminaran de llenarse de aire. Las primeras veces, sobresaltado pero todavía dormido, Rímini creyó que al volverse en la cama encontraría una especie de animal enfurecido, con los ojos llameantes y dos columnas de vapor brotándole de la nariz. Pero se acostumbró, y con los días el rostro de Sofía boca arriba, sorbiendo y exhalando una y otra vez, completamente relajado, esas increíbles cantidades de aire, sin hacer ruido, apenas con esas sibilaciones tenues que aparecían de vez en cuando, muy en segundo plano, y matizaban la impasible opacidad de su respiración —ese rostro pasó a ser el espectáculo con que el mundo recompensaba sus primeros instantes de desvelo. Porque se despertaba y, luego de unos segundos de estupor, saltaba sin solución de continuidad a un estado de alerta, una vigilia absoluta, sin fisuras, tan tersa y homogénea que parecía el fruto laborioso de años y años de no dormir, y de inmediato, como quien recuerda algo que dejó a medio hacer y cede a la culpa de no haberlo concluido, sentía la necesidad imperiosa de ponerse en acción, hacer algo *ya*, consumir de alguna manera la extraordinaria cantidad de energía con la que se había despertado. Entonces, antes de escabullirse de la cama y sentarse, enfundado en la bata de Sofía, a la mesa del comedor, rodeado de sus fichas y sus lápices, a redactar los epígrafes de las fotos, una tarea a la que se le había ocurrido abocarse muy pronto, al poco tiempo de volver a vivir con Sofía, y que, reservada primero a esas horas tempranas del día, poco a poco había ido expandiéndose, tomando también la mañana y ocupando, por fin, gran parte de su jornada, tantas eran las fotos y

tantos, también, los recuerdos que se arremolinaban con sólo mirarlas, como para salir ordenadamente del sueño, se dedicaba un rato largo a mirar a Sofía dormir, a estudiarla, tan inmóvil él como ella o aún más, porque era normal que Sofía, al destaparse con un gesto demasiado brusco, o reaccionando de golpe al estímulo de un sueño, cambiara de posición, se alejara o se acercara a Rímimi intempestivamente, a veces perdiéndose de vista, cuando se envolvía íntegra, por ejemplo, y desaparecía debajo de las sábanas, a veces, también, casi adhiriéndose a él, a su rostro, forzándolo a bizquear, mientras que él, acaso por un escrúpulo de observador, que teme que cualquier movimiento que haga pueda incidir y desvirtuar, por lo tanto, la espontaneidad de la experiencia observada, se obligaba a permanecer quieto, a contener el aliento y a soportar incluso en silencio las posturas más incómodas, las superposiciones corporales más extravagantes, con tal de preservar esa quietud. La miraba dormir mientras él mismo iba despertándose, como si sus ojos extrajeran de ella, del pozo profundo en el que yacía, el elemento que le hacía falta a él, que acababa de salir del suyo, para despejarse del todo. La miraba primero con una ternura distante, convencional, como se mira cualquier cosa programada para enternecer, la foto de una mascota, o de un chico, o de un chico con su mascota; después, superada esa fase inicial, entraba en un estado de máxima concentración y la contemplación cobraba un carácter inquisitivo y expectante: la miraba esperando algo, como quien monta guardia. Y una y otra vez, cada madrugada, con la decepción, porque si en algún momento Sofía se dignaba responder a la expectativa de Rímimi era con los típicos movimientos reflejos de los durmientes, girar, dar una patada, rascarse, apoderarse con vehemencia de un pedazo de sábana, nunca con la gran revelación que Rímimi parecía estar acechando, Rímimi descubría que lo que lo demoraba junto a ese cuerpo dormido, lo que lo intrigaba y maravillaba a la vez, al punto tal que llegaba a pasarse a su lado una hora o más, tiempo suficiente para que la noche cerrada en medio de la cual había empezado a mirarla se fuera aclarando, y el silencio se fuera poblando de los primeros, tímidos sonidos del día, no era tanto la posibilidad de que, dormido, emitiera alguna señal inesperada, capaz de articular los secretos que ocultaba durante la vigilia, como la manera natural, completamente despreocupada, en que, dormida, Sofía se las arreglaba para estar allí, a centímetros de él, inerte, tan abandonada que Rímimi la tenía a su entera merced, y al mismo tiempo lejos, muy lejos, a una distancia que ninguna unidad de longitud podía medir, encerrada en la órbita de su sueño, esa esfera que Rímimi podía perturbar, acariciándola, por ejemplo, o besándola, y también destruir, si la despertaba, pero nunca, hiciera lo que hiciera, compartir con ella.

Sofía tenía razón: nadie se sorprendió demasiado. Empezando por el

mismo Rímini. Saliendo esa madrugada de la comisaría, al ver a Sofía se le había ocurrido pensar, con una especie de perplejidad maravillada, en la facilidad y la rapidez con que el mundo introducía en su vida cambios que a él, de haberse propuesto producirlos por su cuenta, le habrían llevado siglos, pero le habrían exigido una determinación que sabía que no tendría jamás. Pero eso había sido todo: un relámpago de lucidez que brilló y lo deslumbró –borrando en el fogonazo blanco las presencias de Sofía y el abogado– y se apagó apenas se sintió desaparecer en el abrazo de Sofía. Aceptó su nueva vida sin protestar, con la impasible docilidad de un huérfano, y su nueva vida lo acogió con hospitalidad y benevolencia: no estaba dispuesta a olvidar sus desaires, pero sí a desactivarlos minimizándolos, reduciéndolos a la categoría de pecados de juventud, graves pero atolondrados, sin intención, y que, como lo demostraba el hecho de que hubiera vuelto, nunca habían representado una amenaza verdadera. Por lo demás, todo le resultaba tan familiar... No conocía el departamento de Sofía, pero le bastó entrar, respirar el perfume que flotaba en el aire –un olor denso, dulce, que cualquiera hubiera atribuido al encierro y Sofía al calor del hogar– y adivinar la primacía abrumadora de la madera, madera clara, con vetas finas, roble añejo, el único material que Sofía consideraba suficientemente *experimentado* para convivir con ella, para sentir que lo conocía de memoria, y que si en ese mismo momento un corte de luz los hubiera sumergido en la más negra oscuridad, él habría podido orientarse a ciegas, por su cuenta, guiado solamente por las instrucciones del recuerdo. Fiel a sus principios, que le ordenaban apegarse a todo lo que tuviera una historia, Sofía, por otra parte, no había tirado nada. Rímini se dejó envolver por ese *déjà-vu* general, atmosférico, y no tardó en identificar el elenco de reliquias en el que descansaba, la mesa de comedor, las sillas, la biblioteca y los sillones de mimbre –que Sofía había logrado heredar de la abuela de Rímini con el argumento, al parecer irresistible, de que Rímini los deseaba como nada en el mundo, sólo que *no lo sabía*–, la gran alfombra blanca y peluda, como un oso polar aplastado boca abajo, la vieja mesa con ruedas, originalmente para botellas, que Sofía seguía usando para el teléfono, las lámparas con pantalla de falso pergamino, los edredones –uno cubriendo la cama, la misma cama, el otro encima del sillón del living–, los posavasos de corcho, las láminas de plantas y pájaros en la cocina, la radio a válvula, siempre milagrosamente en forma... Y todo eso, que había sido de él, rechazado y olvidado por él, todo eso, ahora, volvía a acogerlo sin condiciones y sin rencor, incluso con cierta misericordia, como se acoge al enfermo que vuelve a casa después de haber pasado semanas internado en un hospital. Y cuando Sofía abrió ante él todos sus placares, tiñendo la naturalidad de su gesto, esta vez sí, con una pincelada de solemnidad, como si le fran-

queara el acceso a una cámara secreta, centro último de su soberanía, y Rímini empezó a acomodar, en el espacio que ella misma se había encargado de despejarle, la ropa que había logrado sobrevivir a los vaivenes de sus últimos años —dos o tres mudas gastadas, casi idénticas, de las que Sofía se había tomado el trabajo de extirpar la última, la que Rímini vestía al salir de la comisaría, para donarla de inmediato a la asociación de asistencia al huérfano con la que contribuía regularmente, convencida, por una profesión de fe animista con la que Rímini ya estaba familiarizado, de que la ropa, como los objetos personales en general y sobre todo los lugares, quedaba marcada por las circunstancias en las que era usada y, marcada, retenía, de esas circunstancias, una suerte de aura mágica que quedaba como archivada, en estado de latencia, y que en contacto con los estímulos apropiados siempre podía liberarse de nuevo—, le pareció que entre la ropa de Sofía no había absolutamente nada que él no hubiera visto ya antes, en los placares de la última casa que habían compartido, nada, ni una prenda, ni un material, ni un color, ni una moda —empezando, lógicamente, por el aroma que parecía envolver toda la ropa, lavanda, bolsitas de lavanda intercaladas entre los pulóveres, colgadas de las perchas, sembradas en el cajón de las medias, y que había saltado sobre Rímini apenas Sofía había abierto las puertas. No, no volvía a una casa, ni al amor de una mujer, ni siquiera a un pasado —porque la casa, y el amor de una mujer y hasta el pasado nunca son del todo inmunes a la acción del tiempo. Volvía a un museo: el museo en el que había nacido, que lo había formado, del que había sido robado y que, a lo largo de los años, no sólo se había negado a llenar su lugar con otra pieza sino que lo había preservado así, vacío, contra todo, como se preserva el sitio donde ocurrió un milagro, con la esperanza, la certidumbre, más bien, de que tarde o temprano él, Rímini, volvería a ocuparlo, y el milagro se produciría otra vez.

Habló con su padre. La noticia de su vuelta no sólo no lo sorprendía sino que parecía aliviarlo, como si él también tuviera intereses en el museo y la repatriación de la pieza pusiera fin a una larga temporada de incertidumbres. Después, para explicar una naturalidad que podía resultar sospechosa, Sofía le confesó que ella ya le había anticipado algo. Con esa curiosa mezcla de sorpresa, escándalo y orgullo que provocan las formas benignas de la traición, Rímini se dio cuenta de que ni el exilio de su padre en Montevideo, ni la vida errática de Sofía, ni la lejanía de Rímini, equidistante de ambos, nada de todo eso había impedido nunca que su padre y Sofía siguieran en contacto a sus espaldas. Entonces él, que años atrás, reflexionando, había llegado a comparar la ruptura con Sofía con el estallido de un planeta, del *planeta todo*, un estallido tan formidable y masivo que era impensable que sus pedazos, Rímini y Sofía en

primer lugar, pero también el padre de Rímini, Víctor y todos los que a su manera habían participado de él, pudieran volver a unirse algún día, y mucho menos reproducir el tipo de unión en el que habían vivido antes del estallido – Rímini descubrió hasta qué punto todo eso era una ilusión, y hasta qué punto él había sido su víctima. Porque era evidente que o el planeta no había estallado en absoluto y era Rímini, en cambio, el que simplemente se había excluido de él, el *único*, lo que por otra parte explicaba que ahora, al volver, encontrara todo igual que antes, o había estallado, sí, pero los pedazos, después de vagar un tiempo sin dirección, habían terminado por reunirse otra vez y recomponer el planeta original y soldarse, y sólo la lentitud de Rímini, que de todos los pedazos, después de todo, quizá fuera, en el fondo, el que menos lejos había llegado, había permitido que al volver todas las fallas del planeta estuvieran ya cicatrizadas.

No, no era Ulises volviendo a Ítaca después de sobrevivir al cíclope, a Circe, al canto de las sirenas. Era uno de esos seres débiles y tercos, malogrados por una enfermedad especialmente perversa, el alcohol, por ejemplo, o los trastornos de la memoria, que de tanto en tanto, con una regularidad que sus familiares conocen muy bien, tan bien como las señales que ya han aprendido a descifrar para saber a qué atenerse, se mandan mudar y con la anuencia o la indiferencia de sus seres queridos, que ya probaron disuadirlos, resistírseles o confinarlos a la fuerza y ya fracasaron, desaparecen sin dejar rastros y unos días después vuelven exhaustos, con las zarzas de la excursión marcadas en la ropa y el cuerpo, y golpean a la puerta –vaya a saber en qué zanjón perdieron sus llaves– y cuando les abren alzan los ojos hacia el rostro amado, avergonzados pero llenos de un anhelo febril, buscando la bienvenida exultante y dramática que creían garantizarse al desaparecer, y lo que encuentran, en el mejor de los casos, es una sonrisa tenue, como de manual de misericordia, palmadas en la espalda, palabras de aliento dichas en voz alta para disimular el ruido que hace la doble vuelta de llave con que se cierra la puerta de calle, o bien una mueca de hastío, una especie de fastidio largamente cultivado y una lista con todas las obligaciones que el prófugo fue acumulando durante su desaparición y que ahora lo esperan. No, no hubo ninguna épica en su regreso; ni siquiera la del fracaso o la venganza. Y sin embargo, después de una ligera decepción, Rímini sintió que era mejor así, que en esa falta de sorpresa y emoción también había algo dulce, balsámico, que amortiguaba los peligros de la intensidad y lo acompañaba, arrullándolo, en el tránsito hacia una vida que era nueva y vieja a la vez, del mismo modo en que de chico, en vísperas de una operación, media pastilla administrada por su madre bastaba para empañar el trance más temido, el viaje en camilla de la habitación al quiró-

fano, con un velo de indiferencia casi voluptuoso.

Consuelo inesperado, la curiosidad –¡la curiosidad!, ya no la dicha, ni el asombro, ni la conmoción– que no encontró en su propio padre, ni en Víctor, ni por supuesto en Sofía, pero tampoco en quienes nunca antes lo habían visto en persona, satélites incorporados a la órbita de Sofía durante su ausencia, para los cuales Rímini, por mucho que Sofía les hubiera contado de él, no era alguien que volvía sino simplemente un desconocido, una aparición, una *primera vez* –esa curiosidad, Rímini terminó encontrándola en las mujeres del Adela H. Salvo el albañil y el gasista que participaron de los trabajos de refacción del local, para los cuales la arquitecta no pudo encontrar los equivalentes femeninos que sí había conseguido para la electricidad, la pintura o la carpintería, Rímini había sido el primer hombre en pisar el Adela H. En parte por eso, que ya le confería cierta aura de rareza, en parte por la expectativa que las infidencias de Sofía habían despertado en sus socias, en parte, también, porque apenas traspuso la puerta, obnubilado por el contraste entre la luz del día y la oscuridad del interior, no vio los escalones que bajaban y trastabilló, y, de no ser por Sofía, que lo sostuvo de un brazo, casi aterriza sobre una plancha de vidrio rectangular que transportaban dos de las mujeres del grupo, la entrada de Rímini no podía haber pasado menos inadvertida, y habría sido cómica, cómica hasta la carcajada, si las mujeres no la hubieran «apagado» echándole encima el manto de sus ojos distantes, como Rímini, con el tiempo, frecuentándolas allí, en el Adela H., o cuando las acompañaba a hacer las compras, o en las reuniones quincenales que Sofía convocaba en su departamento, donde Rímini recibía, servía el café y las masas, leía el orden del día y llevaba las actas, descubriría que contemplaban todas las cosas del mundo. ¿Cuántas eran? ¿Ocho? ¿Diez? ¿Doce? Nunca llegó a saberlo, a tal punto el número era siempre irregular, las caras siempre parecidas y el efecto grupal uniforme. Esa tarde, la tarde de su presentación en sociedad, según el giro que Sofía usó, entrecomillándolo con ironía, para romper el hielo luego del tropiezo inicial, Rímini besó y sonrió a una media docena de mujeres formadas en semicírculo, mientras oía y olvidaba en el acto los nombres con que Sofía iba identificándolas, y cuando terminó cruzó las manos sobre el pubis, como si estuviera desnudo, y bajó la cabeza y se dejó evaluar en silencio, largamente, mientras le llegaba desde la cocina el zumbido encarnizado de un taladro. Lo aprobaron.

Más que aprobado, en realidad, Rímini se sintió adoptado. Extinguida la curiosidad inicial, que duró lo suficiente para que las mujeres corroboraran con él, sobre él, las versiones que les había anticipado Sofía, lo invitaron a pasar, a ponerse cómodo –lo que no era fácil, dado que la única silla que no estaba

recién pintada hacía las veces de escalera para una mujer en mamelucoque aislaba con cinta, en puntas de pie, unos pedazos de cable—, y le hablaron en voz baja, siempre de muy cerca, con una suavidad y una lentitud que parecían compartir todas, como si las hubiesen adquirido en el mismo curso de protocolo. El sorprendido fue él. Por alguna razón, no era el trato con el que esperaba encontrarse. Sabía del Adela H.; sabía, también, de la existencia de la sociedad con la que Sofía venía trabajando desde hacía dos años, la sociedad de Mujeres que Aman Demasiado, y que había terminado por reemplazar, para la felicidad definitiva de Sofía, la inagotable colección de seminarios, laboratorios y talleres a la que había entregado la mayor parte de los últimos veinte años de su vida. Pero eso era todo. Si Sofía no le dio mayores precisiones no fue por discreción ni por reticencia, sino porque Rímimi no se atrevió a pedir las, o porque Sofía entendía que así, dándolo todo por sentado, Rímimi se incorporaría al proyecto, como les gustaba llamarlo, de una manera limpia, expeditiva, y se ahorrarían el trámite siempre engorroso de las transiciones. Es cierto que el nombre del grupo lo intimidaba un poco, y que cuando Sofía le mostró el logotipo con la sigla que una de las mujeres había diseñado para la papelería interna, le costó disimular cierta incomodidad. «¿No es perfecto?», dijo Sofía, haciéndose un ovillo contra él, admirando cómo las tres mayúsculas se clavaban, haciéndolo sangrar, en un pequeño corazón púrpura.

Aun así, el recibimiento lo desconcertó. Eran corteses, de una amabilidad untuosa. Hablaban con delicadeza y paladeando, como si acariciaran, y no sólo cuando se dirigían a él, a quien, después de todo, por ser el hombre de Sofía, era lógico que le debieran alguna consideración especial, sino con cualquiera, siempre, cuando hablaban entre ellas, daban órdenes al personal que deambulaba por el Adela H. o discutían —si fuera posible deducir de la palabra la carga de agresividad que encierra— algún problema candente de la causa en una reunión de grupo. Levantar la voz parecía ser entre ellas una mezcla de despilfarro y vulgaridad, de ineficacia y ultraje. Y lo mismo sucedía con los movimientos, los gestos, la manera tan peculiar que tenían de administrar sus presencias físicas: todo era blando, curvo, fluido. Más que caminar, siempre envueltas en túnicas o vestidos holgados, parecían resbalar, deslizarse, un poco como esas geishas que, miradas sólo de la cintura para arriba, dan la impresión de avanzar en forma continua, como sobre una alfombra mecánica, y el mismo dominio que ejercían sobre sus cuerpos parecían extenderlo también al espacio, a los objetos y a los cuerpos de los otros, de modo que entre ellas y el mundo desaparecía toda posibilidad de violencia, de azar, incluso de intercambio involuntario, a tal punto que, impulsadas por esa especie de infalible aliento coreográfico, fruto, sin duda, pensaba Rímimi, de las decenas de disciplinas

corporales que habían ido mezclándose y fermentando en ellas a lo largo de los años, no sólo era rarísimo verlas tropezar, golpearse con las cosas, quedar, como se dice, físicamente pagando, sino que, por un efecto mágico, o técnico, como el que se produce cuando eliminamos de golpe el sonido de un televisor y la imagen sigue desfilando muda, parecían no hacer ruido, ningún ruido, en todo caso, que superara el umbral íntimo del roce, y volverse extrañamente inmateriales. Y sin embargo, en el fondo de esa fluidez, que Sofía, interrogada alguna vez por Rímini, había atribuido a una de las pasiones unánimemente compartidas por el grupo, la pasión del ligado, enemiga por definición de todas las fuerzas que buscaban entrecortar la continuidad de la vida –apuntalando la naturalidad de ese mundo mullido, libre de estrépito y de colapsos, Rímini no tardó en reconocer el rumor inconfundible del esfuerzo. ¡Cómo trabajaban! ¡Cuánta disciplina!, pensó, y el único elemento del cuadro que hasta ese momento lo contrariaba, la sombra de malestar o amargura que por momentos le parecía ver sobrevolar los rostros de esas mujeres tan dueñas de sí mismas, de golpe, recortado contra ese fondo laborioso, adquirió todo su sentido. Trabajaban, trabajaban a tiempo completo, las veinticuatro horas del día, porque el ramo al que se dedicaban, la armonía entre el cuerpo y el mundo, no paraba para descansar ni siquiera durante el sueño, y el trabajo, no importa el efecto de gracia o de ingravidez que produjera, las consumía sin remedio, igual que un tormento o que una enfermedad invisible. Eran mujeres cansadas, y quizá de ese cansancio vinieran el aire mustio, un poco pasado de moda, que lucían, no sólo en la ropa, los gustos o los anacronismos verbales que cada tanto coloreaban sus frases, sino también en sus mismos cuerpos, en los racimos de arrugas junto a los ojos, las estrías a los costados de la nariz, el desorden con que llevaban el pelo, que parecía siempre recién despegado de la almohada, en la ignorancia, casi el desdén, que profesaban por el maquillaje, y también en la distancia narcotizada desde la que contemplaban el mundo, al parecer respetándolo, con una tolerancia que a primera vista no excluía cierta curiosidad, cuando en realidad, al contrario, lo descalificaban de la manera más drástica y le negaban toda posibilidad de sorprenderlas, como si no tuvieran treinta, cuarenta, cincuenta años, las edades que figuraban en sus documentos, sino siglos o milenios, la edad sobrehumana que se jactan de tener los que dicen haberlo visto todo.

Esa tarde, una mujer en particular le llamó la atención. A diferencia de las demás, que se habían quedado quietas en el semicírculo, obligándolo a ir a su encuentro para saludarlas, dio dos pasos al frente, casi interceptándolo, y se apoderó de la mano que él, sólo por comodidad, dado que aún le quedaban cinco o seis por saludar, llevaba suspendida en el aire. La retuvo entre las suyas

algún tiempo, demasiado, comparado con el contacto fugaz que habían preferido sus colegas, mientras sonreía con un solo costado de la boca y lo miraba fijo con unos ojos grises, aguachentos, como al borde del llanto, y luego, al cabo de unos minutos en los que Rímíni sintió que esperaba algo de él, algo que él, turbado por la dedicación que ella le concedía, era incapaz de adivinar, lo atrajo hacia ella y se las ingenió, por medio de una misteriosa combinación de maniobras y presiones, para que se reunieran en un abrazo íntimo y se besaran largamente, como viejos amigos que por fin se reencuentran, pero haciendo de cuenta que era él, Rímíni, y no ella, el que había decidido ese nivel de efusividad. «Querido mío», oyó él que la mujer le susurraba al oído. «¡Toda la vuelta que diste!» Y sintió que la mujer de pronto lo apartaba, como poniendo fin a una insistencia que Rímíni no ejercía en absoluto, y volvía a mirarlo con sus ojos nublados, satisfecha y conmovida a la vez, como si con el reencuentro hubiera saldado una deuda que siempre había considerado impagable. «¿Viste, Isabel?», dijo Sofía con tono triunfal. «Y vos decías que no se iba a acordar.» «Isabel», pensó Rímíni. Ya iba hacia la mujer siguiente, cumpliendo con los pasos de una ceremonia que desconocía pero que había entrevisto alguna vez, distraído, por televisión, un traspaso de cargos diplomáticos o un besamanos en el Vaticano, y junto con el nombre que acababa de oír, que, para su sorpresa, ya empezaba a repercutir en alguna secreta pared de su memoria, retuvo unos segundos la imagen de la cara que dejaba atrás —la piel blanca, los párpados caídos, el gris casi transparente de los ojos— y la recordó, y le bastó rejuvenecerla un poco, devolverle al pelo el color que las canas habían opacado, limpiar su voz de la aspereza de los años, a tal punto todo el resto, la camisola hindú, las calzas negras, el cuerpo firme, más joven, siempre, que todo el resto, se mantenía exactamente igual, para volver a verla donde la había visto por última vez, sentada en el sofá del living del departamento de la calle Vidt, con un plato de strudel de manzana sobre las rodillas, manjar infalible, cocinado con sus propias manos, del que iba desprendiendo delicadamente los bocados que llevaba con el tenedor, manteniendo la otra mano abajo, palma hacia arriba, a manera de red, hasta los labios de Frida Breitenbach. Entonces todas las caras se le volvieron familiares, como si, iluminadas por las resonancias que Isabel había conseguido desencadenar en él, salieran de golpe de la oscuridad. Creyó identificar a algunas; se dio el lujo, incluso, de nombrarlas mentalmente, usando los viejos nombres dolientes que empezaban a despertar en su memoria. Milagros, Rocío, Mercedes. Las vio a todas con un platito de strudel en las rodillas, turnándose para mantener entretenidas las fauces de la maestra, y las oyó a todas, sin excepción, confesándose entre susurros, en alguna de las zonas francas del de-

partamento —un pasillo, el cuarto de los abrigos, el ascensor o la puerta de calle, siempre cerrada con llave, cuando bajaban a abrirla a alguna que se iba y aprovechaban—, los últimos pormenores de sus accidentadas vidas sentimentales. Último era un decir; lo mismo hubiera dado que fueran los primeros, a tal punto se hacía difícil distinguir, en esas mujeres, los amores de madurez de las pasiones juveniles, todos signados por la misma sombra de insatisfacción y desdicha, amores no correspondidos, abortados o nunca expresados, pasiones desesperadas, sin salida, que se lo llevaban todo —las víctimas del amor, como les decía Frida en la cara, con un ligero temblor de burla en la voz que más tarde, en privado, cuando el grueso de los invitados se había ido y un círculo de íntimos prolongaba la velada en la cocina, al calor del fuego de las hornallas, reunidos alrededor de los despojos del banquete, Sofía entre ellos, naturalmente, y también Rímini, se convertía en un desprecio sin atenuantes, brutal, sin duda, pero mucho más apropiado que la burla para acompañar las expresiones que usaba, ahora que estaban ausentes, para designarlas, y que afloraban a sus labios en cascada, corderitos de cuarta, carne para sacrificio, viudas vocacionales, etcétera, descripciones insultantes de las que los demás, pensaba Rímini, podían sentirse a salvo sólo porque estaban presentes y porque suponían, con una credulidad que Frida, pese a todos sus intentos, no conseguía desactivar, que el hecho de haber sido elegidos por Frida como confidentes de su furor los eximía de ser alguna vez sus destinatarios. Era huyendo de las descalificaciones de Frida, de su vigilancia o sólo de su mirada, como las Milagros, las Rocíos, las Isabeles, valiéndose de los pretextos más triviales y más inverosímiles, abandonaban el living y aprovechaban los menores cruces para comentar sin dar nombres, en frases cuchicheadas por la urgencia y la amenaza, el último abandono, la última traición, la última noche en vela, la última llamada no respondida, los últimos sueños esfumados, y era allí, en esas escaramuzas clandestinas, como de conspiración, donde Rímini solía encontrárselas por casualidad, cuando iba al baño o llevaba a la cocina un par de botellas vacías, en pareja, a veces de a tres, las cabezas juntas, los cuerpos un poco encorvados, como si buscaran proteger los secretos que compartían, y al verlo sonreían turbadas y deshacían instantáneamente la reunión, dispersándose o abocándose a la tarea que se habían adjudicado originalmente para dejar el salón, como si vieran en Rímini no sólo al testigo indeseado, al intruso, sino al delator que podía perderlas.

Aunque la frase que le había susurrado al oído lo perturbó, obligándolo a pensar si alguna vez no habría habido entre ellos algo más que la intimidad un poco forzada del cenáculo Breitenbach, fue gracias a Isabel, sin embargo, y a la efusividad con la que había alterado las reglas del protocolo, como Rímini

pudo comprender en qué medida la benevolencia de la bienvenida era personal, estaba dirigida a él en particular y obedecía incluso a cierta gratitud. Descubrió que si su vuelta era un hecho feliz para las mujeres del Adela H., no era sólo porque reanudaba algo interrumpido y cauterizaba las heridas de la interrupción, abonando una vez más la creencia, tan vital para cierta clase de fe amorosa, de que en materia de sentimientos no hay manera de establecer límites rigurosos, no hay fin, nunca nada termina realmente, todo permanece en suspenso, abierto, en estado de espera, y aun en el caso de que una relación termine, en el sentido de que se rompa y cada miembro salga eyectado en una dirección distinta y todo lo que puedan haber compartido se desgarre y divida en dos mitades irreconciliables, aun en ese caso, por más que uno o ambos miembros de la relación reivindiquen la ruptura en el momento mismo en que se consuma, justificándola con hechos, causas, argumentos convincentes, ninguno de los dos estará nunca en condiciones de saber positivamente si eso a cuyo fin dicen asistir finaliza de verdad o sólo hace una pausa para entrar en otra fase, por ejemplo de latencia. Había algo más: la vuelta de Rímini era un caso testigo, la prueba, quizá la primera realmente cabal, de que la causa de las mujeres que amaban demasiado podía tener un desenlace feliz, distinto, por no decir diametralmente opuesto, al tipo de desenlaces que solían coronarla y que, como lo demostraban las Isabeles, las Mercedes, las Rocíos, como lo había demostrado la misma Sofía antes de que la historia sufriera el vuelco que había sufrido, no eran otra cosa que un extenso catálogo de infortunios. Hasta entonces, hasta el momento en que Sofía le comunicó al grupo que Rímini volvía al redil, la causa —como llamaban las fundadoras del Adela H. a una pasión que ya no estaban dispuestas a esconder, como cuando la confundían con una enfermedad, ni a experimentar con vergüenza, pero tampoco a mantener dentro del marco de una experiencia personal— sólo había conocido una forma y una sola: el calvario, que deparaba intensidades satisfactorias pero siempre parecía garantizar el mismo final de pesadumbre y desasosiego. No era sólo una mística del sufrimiento; era una mística de la derrota. Amar en exceso *no podía* tener éxito. Pero era justamente ese fracaso inexorable, con toda su carga de tristeza y desolación, lo que le daba a la causa su valor profundo de verdad — como si en la angustia, la desesperación o cualquiera de los abismos a los que esas mujeres eran condenadas a bajar por un amor desproporcionado, y de los que solían volver a la superficie poco después, arrasadas por el dolor pero con el estandarte de la causa más en alto que nunca, aunque no siempre, a juzgar por las tentativas de suicidio, las internaciones, los acompañantes terapéuticos, los fármacos que muchas veces, consumidos en cantidades aterradoras, las únicas, por otra parte, capaces a esa altura de surtir algún efecto, eran los

verdaderos responsables del aire distante con que miraban el mundo —como si instalándose en ese infierno sentimental, vecino de la destrucción y de la muerte, esas mujeres pudieran tocar el corazón de la verdad con sólo extender una mano.

Tal vez ahora pudieran tenerlo todo, como lo había pasado en limpio Sofía en una de las primeras reuniones del grupo tras el regreso de Rímimi. Tenerlo todo: el exceso de amor, el calvario, la verdad —y la dicha. Y tenerlo todo sin ceder en nada, eso era lo más importante, el motivo de orgullo que en esa misma reunión, celebrada en la cocina todavía en obras del Adela H., en medio del frío y la humedad más espantosas, había devuelto a esas mujeres toda la vitalidad, el brío emocional de los que parecían haber sido privadas. Y en ese punto, mal que les pesara, todas —no sólo Sofía, que en última instancia, gracias a los años de relación estable que había pasado con Rímimi, era la única que podía jactarse de no haber sido blanco del desprecio de Frida en ese sentido— tuvieron que deponer el encono, los rencores que la muerte de Frida, lejos de aplacar, había multiplicado, y rendirse a la evidencia de que la prédica Breitenbach, prédica sin duda extrema que ellas, incluyéndola en la larga militancia de Frida contra todo lo que representara debilidad femenina, siempre habían resistido, no sólo no tenía nada de descabellado sino que revelaba ser extraordinariamente certera y daba de lleno en el blanco, en el centro mismo del blanco a cuyos pies habían ido a morir, a lo largo de los años, las flechas torpes, tristes, trémulas, con las que ellas habían intentado ensartarlo. Era así, llevando al exceso el exceso de amor, como las mujeres que amaban demasiado podían conquistar lo que perseguían, poseerlo y franquearse el acceso a alguna forma de felicidad amorosa. Así —y no limitando el exceso, ni refrenándolo, ni enmascarándolo con todas esas formas presentables que sólo le darían una existencia social al precio de traicionarlo sin remedio.

Hasta qué punto se habrán rendido a la evidencia que esa misma tarde, sentadas en bancos armados con pilas de ladrillos, empeñadas en combatir el frío de la obra con el calentador que usaban los albañiles, dos de las mujeres del grupo llegaron a poner en duda lo único que hasta ese momento, dos años después del funeral de Frida, cuna de la idea del Adela H., se había mantenido intacto: el nombre. Si era así, si la vuelta de Rímimi probaba, en efecto, que ni la derrota ni la amargura de la soledad eran factores esenciales a la causa sino contingencias, y que el exceso de amor, además de ser lo que siempre había sido —principio de no correspondencia y de despilfarro, sinónimo de la más irreversible bancarrota emocional—, también podía ser un motor, una fuerza de atracción formidable, tanto más poderosa, en verdad, cuanto más intransigente, elegir a la hija menor de Victor Hugo como musa no sólo era un error sino una

severa desinteligencia ideológica. Ahora, en la era pos-Rímmini del grupo –según la expresión que Sofía dejó caer esa misma tarde, sin pensar, naturalmente, en el debate que suscitaría poco después, mientras despejaba la plancha de madera que usaban de mesa para distribuir los platos, los cubiertos, las porciones de strudel y las raciones de Cointreau, todas las vicisitudes de la malograda Adela parecían remitir a una prehistoria superada: no sólo su pasión por el teniente Pinson, al que había conocido en su propia casa, en una de las célebres sesiones de espiritismo organizadas por su padre –pasión única, verdaderamente devoradora, por la que Adela, después de rechazar al único hombre que la amaba de verdad, el pobre Auguste Vacquerie, y que tenía las más serias intenciones de hacerla su esposa, lo había abandonado todo, había abandonado a su padre enfermo, que sólo volvería a verla mucho tiempo después, sumida en la demencia, para internarla en la clínica de Saint Mandé, donde permanecería los últimos cuarenta años de su vida tocando el piano, haciendo jardinería y escribiendo su diario en clave, a su madre, cuyo nombre había heredado, a sus dos hermanos, Charles, traductor de Shakespeare, y François-Victor, aprendiz de fotógrafo, y por fin a Guernsey, la isla insignificante en la que su padre, el poeta más grande de Francia, había sido empujado a exiliarse por el golpe de Estado de Napoleón III. Todo, Adela lo dejó absolutamente todo para emprender sola los viajes más extraños y, dada la época, segunda mitad del siglo XIX, sin duda menos recomendables para una mujer de apenas treinta años, primero Halifax, Nueva Escocia, Canadá, donde se había enterado de que tenía asiento el regimiento en el que revistaba Pinson, después Barbados, siempre tras las huellas de Pinson, a quien ya entonces, aunque vagabundea por las calles usando su apellido, como si efectivamente fuera su esposa, ni siquiera reconoce cuando se lo cruza –no, no sólo eso, el *affaire* Pinson, ese amor solitario que la lleva a mentir, a vestirse de hombre, a cambiar de identidad, a hacerse pasar por Leopoldine, su hermana muerta, a contratar a un hipnotizador para arrancarle a su amado dormido el voto de amor que se obstina en negarle despierto, todo eso para sostener el lema del que no la distraerán el fracaso, ni el sufrimiento, ni el desprecio, ni siquiera el más profundo desquicio mental, sino la muerte, sólo la muerte: *el amor es mi religión* –sino también la extraordinaria desproporción entre su sacrificio y su anonimato, entre su talento musical y las escasísimas huellas que lo atestiguan, entre la intensidad con la que vivió y el desdén con que la historia le pagó – Adela, Adela H., eternamente eclipsada por la tragedia de su hermana Leopoldine, muerta con su marido en el mar de Villequier. Adela H.: tragada para siempre, al morir, en 1915, por el fragor de la Primera Guerra Mundial.

La discusión fue viva pero no prosperó: uno de esos chisporroteos

súbitos que sobresaltan un paisaje quieto, amenazan con revolucionarlo todo y luego se extinguen con la misma velocidad con que irrumpieron. Nada cambió, en parte por el rigor de las condiciones en que se llevaba a cabo la reunión, que no pedían estancarse sino seguir, avanzar, abreviar lo más rápido posible el tiempo que las separaba de la inauguración, en parte por el estado de apatía en el que había caído la mayoría del grupo, que, salvo en el caso de Sofía, Isabel y las dos objetoras, lo ignoraban todo sobre Adela H., y por lo tanto cualquier discusión al respecto sólo podía dejarlas completamente indiferentes, en parte por la muñeca firme, sutil y a primera vista desinteresada, aprendida sin duda de los años pasados junto a Frida Breitenbach, esa artista de la manipulación, con la que Sofía defendió la necesidad de mantener el nombre original, alegando, entre otras cosas, que ya figuraba en todas partes, no sólo en el enorme cartel de la entrada, escrito en una vaga réplica en neón de la cursiva del siglo (IX, y en los más pequeños del interior, que, encargados con dos meses de anticipación, ya estaban a punto de llegar, sino también en los menús, las servilletas, las cajas de fósforos, los posavasos, los platos, las copas de vino y, por supuesto, la papelería en la que habían impreso las gacetillas con las que venían inundando desde hacía semanas el mercado de las mujeres solas. Sin embargo, esa noche, cuando Sofía, con la punta de la nariz enrojecida y la voz un poco tomada, volvió del Adela H. y le contó el incidente, Rímimi se dio cuenta de que esas razones prácticas, por atendibles que fueran, no bastaban para explicar una defensa del nombre tan tenaz. Como desde el primer día de su vuelta, se había pasado toda la tarde revisando fotos, los mismos centenares de fotos que tendrían que haberse repartido al separarse, que Rímimi, incapaz siquiera de mirarlas, por miedo a que lo arrastraran en uno de esos remolinos emocionales en los que siempre temía ahogarse, había ido «olvidando», sin proponérselo pero con total deliberación, en casa de Sofía, y que Sofía había conservado en dos grandes cajas rectangulares a lo largo de los años, protegiéndolas de todo, de los accidentes de las mudanzas, por ejemplo, pero también de la curiosidad malsana y amenazante de algunos hombres y sobre todo de su propio rencor, que más de una vez la había tentado con descargar sobre ellas todas las represalias que no podía descargar sobre Rímimi. Había estado mirándolas, tratando de darles un orden cronológico, y aunque no había avanzado mucho, porque apenas caía sobre una foto, una foto cualquiera, en vez de limitarse a registrar los detalles que le habrían servido para situarla en el tiempo, edad de los personajes, ropa, autos, lugares, por no decir, en caso de que la hubiera, la constancia de fecha y hora que a veces figuraba en el dorso de algunas copias, se dejaba abismar por señales ínfimas, privadas, que sólo él y eventualmente Sofía podían reconocer y que lo transportaban a una forma

extraña y pura del pasado, donde los pliegues internos del tiempo eran borrados por una oceánica continuidad sentimental, al cabo de unas horas, casi sin darse cuenta, había empezado a numerar las fotos y a escribir en un cuaderno, debajo del número que correspondía a cada foto, las impresiones que iba irradiando su memoria a medida que la contemplaba. Había estado, como le dijo a Sofía cuando la vio llegar, alzando los ojos y disipando la bruma que los velaba para poder verla, flotando durante horas en el pasado. Tal vez por eso, porque el relato de la controversia sobre el nombre lo sorprendió a mitad de camino, con un pie en el presente y otro todavía en el terreno de las excavaciones, de donde, como era evidente, no le resultaba fácil salir, tal vez por eso descartó las razones prácticas y salió en busca de las verdaderas. Se puso a husmear entre las fotos. Había visto una al pasar, no le había dado importancia, pero la imagen, en lugar de desvanecerse, le había dejado un residuo, esa especie de veneno mnémico que más tarde, cuando algún estímulo inesperado lo excita, ilumina de golpe la imagen que creíamos intrascendente y la preña de un extraño presentimiento. La encontró: era una mala foto de plaza. Una pareja de adolescentes se abrazaba en un banco de piedra contra un fondo de tentáculos de ombú o de palo borracho. Las ramas del árbol, en todo caso, eran más nítidas que las figuras, borroneadas por el error de cálculo del fotógrafo y por la velocidad del gesto con que el chico, si era un chico, trataba de consolar a la chica, si era una chica, cargando con la media tonelada de cuero y lana de oveja que se acumulaba en la manga de su gamulán. Barrancas de Belgrano, invierno, empezó a decir Rímíni mientras le alcanzaba la foto, *Adela H.* —una de las primeras películas que habían visto juntos. La primera, creía. Se habían citado en la puerta del cine, una sala de la avenida Cabildo, hoy desaparecida y ya entonces decrepita, estragada por la humedad y el olor a pis de gato, que si sobrevivía era gracias a un documental sobre un legendario festival de rock norteamericano y, por supuesto, a las sucesivas generaciones de jóvenes que desde hacía años colmaban las funciones de trasnoche para verlo, completamente indiferentes, en parte por fanatismo, en parte por el estado de estupefacción colectiva en el que entraban, al deterioro cada vez más serio de la copia, cuyos saltos, obnubilaciones y empalmes de emergencia ya habían dejado simplemente de entorpecer la fluidez de la película para empezar, en una selección arbitraria pero no siempre descabellada, a extirparle canciones y hasta bandas enteras, al punto tal que lo que distinguía entre sí a las generaciones de jóvenes que desfilaban por el cine, además de la edad, eran los diferentes elencos de músicos que el tiempo y la degradación del celuloide les habían deparado. No era sólo la primera película que veían juntos; era quizá la primera vez que salían, la primera vez que —demasiado audaces, demasiado

cándidos- trasplantaban su modesto, tímido, todavía imperfecto libreto amoroso del mundo del colegio, donde había nacido y donde, mal que mal, funcionaba con alguna naturalidad, a la selva del mundo exterior, que por el solo hecho de serles desconocida les resultaría seguramente hostil. Ni bien entraron, por lo pronto, en la boletería, Rímini, que, previsor, tenía en la mano el dinero justo, cosa de abreviar al máximo el trámite de la compra de las entradas, tuvo que soportar, sin embargo, el escrutinio de los ojos del boleterero, que Sofía interrumpió sin proponérselo cuando, saliendo del segundo plano en el que esperaba, dio un paso adelante e, inclinándose para verificar el horario de la función, interpuso su bella mano de fumadora precoz entre la mirada del verdugo y el cuerpo inerme de su víctima. Había ganado una batalla, no la guerra. Unos segundos después, feliz, o al menos desahogado, Rímini le alcanzó las entradas al acomodador y siguió adelante, arrastrado por el empujón de su optimismo, como para entrar a la sala en penumbras sin más, sin esperar que se las devolviera cortadas, y tuvo que detenerse en seco, frenado por el brazo del acomodador, que había bajado como una barrera mecánica, y por su voz neutra, como de máquina, que le preguntaba su edad. Soy mayor, protestó Rímini, mientras una ola de rubor le hacía arder la cara. ¿Cuántos años tenés?, insistió el hombre. Dieciséis, dijo. Se envalentonó. ¿Quiere que le muestre la cédula? Sí, dijo el acomodador. Entonces, ya humillado, sin nada que perder, Rímini se dio el lujo de resoplar con una vehemencia exagerada, una señal de indignación cívica que probablemente había aprendido de su padre, que jamás pasaba por una ventanilla, una cabina de peaje o un puesto de aduanas sin desencadenar algún escándalo, un motín privado, en miniatura, cuyos rastros, imperceptibles para todo el mundo, atesoraba luego como trofeos de una guerra interminable, y buscó su documento con toda la indolencia de la que se sentía capaz, como enrostrándole al acomodador el tiempo precioso que les hacía perder con su desconfianza. Y cuando lo encontró, después de palpar una alarmante serie de bolsillos vacíos y ver cómo su seguridad y su aplomo, dobles, porque eran la seguridad y el aplomo del que está dentro de la ley y aun así ha sido humillado, empezaban a resquebrajarse, se lo mostró con furia, prácticamente se lo estampó en la cara. Pero el acomodador había perdido todo interés. Pasó por alto la cédula, se limitó a darle un golpecito en un hombro, empujándolo hacia la sala, y, haciendo chasquear los dedos con impaciencia, a pedir a los pocos espectadores que deambulaban por el hall del cine que hicieran la cola con las entradas en la mano. Todo había pasado, ya estaban adentro, sentados donde querían, sin vecinos, pero Rímini seguía aturdido por el vértigo de incertidumbre que acababa de vivir, envuelto en una nube de insensibilidad donde los besos, las caricias y la excitación de Sofía se

deshacían como volutas de humo, y de la que recién pudo salir unos minutos después, cuando las luces de la sala empezaron a apagarse y, anticipándose a la oscuridad total, como en un ataque de impaciencia, los colores de los paisajes pintados por Victor Hugo ocuparon toda la pantalla. *La historia de Adela H es una historia real. Trata de hechos que realmente ocurrieron y de gente que realmente existió.* Desde la aparición de esa leyenda, segundos después de las acuarelas, hasta la escena en que Adela, sola en su cuarto de pensión, en Halifax, escribe por primera vez en su diario, siguieron la película juntos, en silencio, acurrucados uno contra el otro, como si la sala oscura fuera una intemperie hostil, primer avatar de un simulacro de naufragio a dúo que repetirían hasta el hartazgo en los años siguientes.

Adela desembarca en el puerto, de noche, la única mujer en un contingente de hombres. En busca de habitación, hace una parada en el Hotel Halifax, pero el gentío la acobarda y termina ahuyentándola. El cochero la deja en una pequeña pensión familiar, ante cuya dueña, la señora Saunders, se presenta como Miss Lewly, la primera de la serie de identidades falsas que usará a lo largo de su vida. Se duerme. Al día siguiente visita a un notario público y le encarga —elevando un poco la voz, porque el doctor Lenoir es, como se dice, un poco duro de oído— que busque a un teniente inglés llamado Pinson, del regimiento XVI de Húsares. Inventa una historia, la primera, también, de una larga serie, según la cual es una sobrina, una sobrina muy romántica —no ella, que, según declara dos veces, una después de la otra, no tiene el menor interés por ese teniente, la que, perdidamente enamorada de Pinson, fue separada de él, contrariando la voluntad de los dos, por la repentina mudanza de su regimiento a Halifax. Minutos después, en la calle, Adela se detiene en vilo ante la vidriera de un negocio, la librería Whistler, donde, escoltado por una bella joven que lleva en brazos a una pareja de perritos, el teniente Pinson —Rímini y Sofía saben que es él: lo sabían antes de verle la cara por el modo en que Adela lo mira y sus ojos, al mirarlo, parecen palidecer, perder color, volverse literalmente transparentes, como ojos de ciega— se despide del librero. Adela, para no ser vista, se aparta de la ventana. Espera que Pinson y su acompañante salgan y se alejen y recién entonces entra a la librería. Improvisa un pretexto plausible —necesita papel: debe redactar un «testimonio» y le hace falta, más que unas hojas, una resma entera— para trabar conversación con el librero. El hombre que acababa de salir, ¿no era el teniente Pinson? En efecto, un buen cliente: no lleva mucho tiempo en Halifax y ya tiene su reputación, dice el señor Whistler. Al menos eso es lo que dicen. ¿Ah, sí? ¿Y qué más dicen?, pregunta Adela. También dicen que tiene muchas deudas, pero aquí siempre paga en efectivo. Disculpe, señora..., Señorita. Señorita: ¿es usted pariente de

Pinson? Sí, dice Adela, es mi cuñado, pero nos vemos muy poco: no estoy en buenas relaciones con mi hermana. Antes de despedirse, visiblemente interesado en Adela, el librero le ofrece los servicios de su biblioteca circulante, que Adela promete considerar.

Anochece. Adela vuelve a la pensión; la señora Saunders la invita a compartir la cena con ella; su marido ha tenido que salir: lo han contratado para servir en el banquete del Club de Oficiales. Adela, en la cima ya de la escalera, se detiene para preguntar si asistirán los oficiales británicos. Por supuesto, dice la señora Saunders: ¡el banquete es en honor al regimiento de Húsares! Adela se queda pensativa. Entonces, dice, como pensando en voz alta, mi primo estará allí. ¿Tiene usted un primo en Halifax? Sí, el teniente Pinson. Una idea súbita destella en los ojos de Adela. Lo llamo mi primo, pero en realidad no somos parientes. Nos criamos juntos: es hijo del vicario del pueblo. A decir verdad, ha estado enamorado de mí desde que éramos niños. Y eso que jamás le permití alentar la menor esperanza. ¡Hace tanto que no nos vemos! Tal vez ésta sea una buena ocasión para reencontrarnos. Si le diera una carta para él, ¿podría usted hacérsela llegar? Adela se encierra en su habitación. Nuestra separación me destruyó, escribe, alumbrada por una lámpara de aceite; he pensado en ti cada día desde que te fuiste, y sé que sufres tanto como yo. Nunca recibí ninguna de las cartas que me enviaste, y estoy segura de que tú tampoco ninguna de las mías. Pero ahora estoy aquí, Albert, del mismo lado del océano que tú, y todo será como antes. Pronto volveré a sentir tus brazos envolviéndome. Estoy muy cerca, Albert. Te espero y te amo. Tu Adela.

Más tarde, la señora Saunders admira el álbum de dibujos de Adela. Los ha hecho mi hermano, dice Adela. Hermoso retrato, dice la mujer. ¿Es usted? No, es mi hermana mayor. ¿Vive en Europa? No, murió hace mucho tiempo. Dios mío, dice la señora Saunders, cuánto lo siento. Leopoldine se ahogó meses después de que nuestra madre le hiciera este retrato. Tenía diecinueve años, acababa de casarse. Habían salido a pasear en bote. Su marido murió con ella. Nuestro padre estaba de viaje, muy lejos. Se enteró por casualidad, por el diario, y casi enloqueció de dolor. ¿Y usted?, dice la señora Saunders. Debe haber sentido una gran tristeza. Adela no desvía los ojos del retrato de su hermana. Leopoldine era la preferida de todos, dice. ¡Qué adorable que parece! Adela abre un alhajero y extrae un collar. Este collar era de ella. Siempre lo llevo conmigo. Después de contemplarlo, la señora Saunders trata de ponérselo a Adela, que se aparta bruscamente. No, no, dice, jamás podría usarlo. La entiendo, señorita Adela: siempre he querido tener hermanos y hermanas, ¿sabe? ¡No!, dice Adela, intimidando a la mujer con su vehemencia, ¡usted no me entiende! ¡Usted no sabe la suerte que tiene de ser hija única! Esa noche,

cuando el señor Saunders vuelve del banquete, Adela prácticamente lo ametralla a preguntas: si vio a su primo, cómo estaba vestido, de qué habló. ¿Y la carta?, pregunta la señora Saunders. ¿Le entregó la carta? Sí, claro, dice el señor Saunders. Bien, qué estás esperando, dice la señora: entrégale su respuesta a la señorita Lewly. No, dice el señor Saunders: no hubo respuesta. El teniente leyó la carta, pero no quiso responderla. Oh, no importa, dice Adela, reprimiendo una expresión de desaliento, en realidad no esperaba una respuesta. Mientras Adela se aleja y sube las escaleras, la señora Saunders interroga a su marido sobre el menú. El chef del general Doylee se encargó de la comida. Hubo sopa de tortuga, curry de pollo... Desde arriba les llega el sonido de la puerta del cuarto de Adela, que se cierra. La carta, sabes, dice el señor Saunders, el teniente ni siquiera llegó a abrirla. Se limitó a mirar el sobre, se encogió de hombros y se la guardó en un bolsillo sin abrirla. Raro, ¿no? En un hombre enamorado... La imagen funde a negro; cuando vuelve a aclararse, Adela se debate en medio de una pesadilla: está en camisón, tendida boca arriba en la cama, pero hay agua por todas partes, como si la habitación entera estuviera naufragando, y ella lucha desesperadamente por mantener la cabeza a flote.

Al día siguiente pasa por el banco, donde un empleado le entrega una carta. Adela parece decepcionada. Esperaba algo más, un giro de dinero. El empleado niega con la cabeza: tal vez en un par de semanas. Otra vez en su cuarto, Adela corta en dos una hoja de papel que extrae de la resma y escribe: Queridos padres: si me fui sin avisar fue para evitar otra de esas discusiones que en nuestra familia encienden hasta las cosas más insignificantes. Si el teniente Pinson dejara su puesto en este momento estaría dilapidando toda su carrera. De modo que no puedo abandonarlo ahora. Como ustedes saben, lo amo, y él me ama. Queremos casarnos. Pero no haré nada sin el consentimiento de ustedes y espero de ambos una respuesta. Con el amor más profundo, Adela. P.S. Padre, me debe usted las mensualidades de mayo y junio. Sé que parte del dinero está siendo girada a través del British Bank de Norteamérica, pero necesitaré la totalidad de la suma, dado que la vida en Halifax es muy cara.

Mientras espera, Adela mata el tiempo vagabundeando por la costanera de la ciudad. Se cruza con un oficial y da media vuelta y corre a alcanzarlo. Lo toca en un hombro. El oficial se detiene y la mira con aire desconcertado. Ella baja los ojos, avergonzada, y se aleja. Se encierra en su cuarto. Debemos considerar las pequeñas cosas de la vida como si tuvieran importancia, escribe en su diario. Sé que las batallas morales se libran a solas. A miles de millas de mi familia, veo la vida de un modo diferente. Puedo aprenderlo todo sola, por mi

cuenta, pero para amar lo necesito a él.

Entonces Sofía se estremeció, como electrizada, y se puso a llorar en silencio. Lloró tanto y de una manera tan continua que al poco tiempo, cuando Rímini, que de tanto estrecharla ya tenía los antebrazos completamente empapados, comprendió que el episodio dejaba de ser un accidente favorable, uno de esos pretextos que promueven, disfrazados de contrariedad, la aceleración de una cercanía que la timidez, el pudor o la inseguridad a menudo postergan, para ser algo más, algo de un orden que no conocía pero que le exigía tomar de inmediato una decisión, se le hizo imposible seguir viendo la película, a tal punto ya no podía abrir los ojos, inflamados por la congestión, sin que un ardor terrible la obligara a cerrarlos en el acto, y a tal punto era densa, cuando conseguía mantenerlos abiertos unos segundos, la cortina de lágrimas que velaba las imágenes en la pantalla. Fue un llanto récord —cuarenta minutos por reloj, contando desde la frase de Adela H. que lo había desencadenado hasta el momento en que, ya en Barrancas de Belgrano, adonde Rímini, luego de sacarla del cine por la fuerza, había conseguido arrastrarla, segundos después de que el fotógrafo de la plaza, sorprendiéndolos en el banco, les tomara la foto que Rímini le mostraba ahora, los interceptó una pareja de gitanas que brotaron de la nada, de los troncos de los árboles, de la glorieta, de alguna de las múltiples madrigueras que tenían disimuladas en la plaza, y los aturdieron con gestos vagamente hechiceros, susurros amenazantes, promesas, tocándolos, dándoles pequeños empujones en el pecho y los hombros, y cuando Rímini y Sofía quisieron darse cuenta ya estaban separados, ella a un costado del camino, los pies hundidos en la tierra de un cantero, con la gitana casi encima, como colgada de su ropa, él del otro lado, tratando de retomar el control de la mano en la que su gitana leía los atisbos de un porvenir cualquiera. Sólo un terror como el que les despertó esa pareja de monstruos polícromos, en quienes el arte de la adivinación ya no era un patrimonio étnico sino un trámite que parecían ejecutar de memoria, dosis mínima de exotismo requerida para poder pasar sin más, de manera cada vez más rápida, por otra parte, a la verdadera y única instancia atractiva de la situación, el pedido de dinero —sólo un terror así, recordó Rímini, podía hacer que Sofía saliera del trance y dejara de llorar, como efectivamente había sucedido. Rímini tironeó de su propio brazo, se sacudió el acoso de la gitana y fue al rescate de Sofía, que hurgaba en sus bolsillos en busca de alguna moneda, y cuando escapaban corriendo camino arriba, en dirección al banco donde habían estado sentados y donde el fotógrafo, ahora, los esperaba para venderles la foto, Rímini la miró, le miró la cara con atención, como verificando que la emboscada gitana no le hubiera dejado rastros, y descubrió que tenía las mejillas blancas, frescas,

relucientes, con ese brillo que despiden las calles cuando el sol vuelve a iluminarlas después de una lluvia torrencial.

Pero Sofía no terminaba de reconocerse en la evocación. Además de la facilidad para el llanto, que no había cambiado y siempre había enarbolado como prueba de una sensibilidad sobrenatural, todos los elementos del cuadro le resultaban familiares, la película sobre el caso Adela H., por supuesto, el cine de la avenida Cabildo, la primera salida con Rímini, y el pedido de documentos, y la plaza, y las gitanas –pero no el orden en el que Rímini los había dispuesto, y menos todavía la unidad de tiempo que los reunía. La foto, sin ir más lejos: era ella, sí, Sofía, y el banco era de madera verde claro y tenía un respaldo ligeramente combado, sí, y la plaza era Barrancas, sí, y el chico que la abrazaba, que parecía, en realidad, querer teparle la cara con su abrazo, como protegiéndola de la lente del fotógrafo, tenía en efecto un gamulán –pero habría jurado que no era Rímini, con quien Sofía, por otra parte, no recordaba haber ido jamás a Barrancas, sino su más inmediato antecesor, un chico llamado Moacyr, hijo descarriado de un diplomático brasileño, bastante menor que ella y también mucho más experimentado, cuyo currículum, a los trece años, ostentaba una serie de alardes envidiables como haber viajado en avión, haber asistido a dos o tres conciertos masivos de rock, haber tenido un par de noviazgos adultos –sexo incluido–, codearse con una variada gama de drogas, soportar a una madre bella y alcohólica y ser pariente lejano de un fundador de la bossa nova, y que en la escena de la foto, si mal no recordaba, se empeñaba en convencerla de las virtudes del amor libre tal como lo comulgaban en el palacete que ocupaba con su padre y una colonia de choferes y sirvientes en uno de los barrios más exclusivos de la ciudad; el mismo, por otra parte, donde estaba la plaza seca en la que Rímini, de chico, según le había confesado alguna vez a Sofía, recién iniciado en el arte de andar en bicicleta, se había estrellado de cara contra un mástil en cuyo extremo flameaba la bandera argentina.

No se pondrían de acuerdo, pero tampoco parecía importarles demasiado, alejados como estaban de la órbita en la que esa clase de desinteligencias suelen surtir algún efecto negativo. Sofía, por lo pronto, celebró el equívoco como una victoria: el pormenorizado epígrafe que Rímini había estampado al pie de la foto era para ella un síntoma inobjetable de salud. Rímini no sólo había vuelto: también había vuelto a recordar, y esa resurrección de la memoria, en alguien como él, convencido, durante tantos años, de que todas sus posibilidades de sobrevivir dependían de su capacidad de olvidar, y de que no habría para él destino sentimental alguno si no se desembarazaba antes del lastre del pasado, era para ella un logro inapreciable, en el fondo el único logro verdadero, tanto que, en comparación, el retorno

físico de Rímíni, su presencia en su casa, en su cama, entre sus cosas, incluso en el Adela H., aun cumpliendo las funciones que efectivamente cumplía, en primer lugar restablecer de a poco un equilibrio que llevaba años alterado, y luego encarnar, por el simple hecho de estar allí, en todos esos lugares donde antes había brillado por su ausencia, la evidencia de que la vuelta de los hombres era efectivamente posible, ser la prueba viviente de esa evidencia, se convertía para Sofía en un hecho menor, que la enorgullecía pero del que podía, llegado el caso, prescindir. Volver a recordar era la clave del volver verdadero, la base primera, todo —como desentenderse de la memoria, perder o aplazar recuerdos, dejar escurrir y olvidar eran la clave, el principio, el modelo de toda pérdida y desaparición. ¿Y no era así, en el fondo, como el exceso de amor solía hacerse visible por primera vez: recortándose contra un fondo de amnesia como un exceso de memoria? El aniversario olvidado, el detalle que se pasa por alto, el contexto que rodeó a un hecho y que ahora se resiste a volver: ¿no era así, en efecto, como empezaban las tragedias?

Fue recién esa tarde extraña, poblada de pequeños portentos desconcertantes, en que Rímíni, de manera totalmente espontánea, había tenido la idea de sacar a la luz la trastienda de una foto de plaza, cuando Sofía tuvo la certidumbre de que Rímíni realmente había vuelto a su lado. Lo vio recordar, fue testigo de la convicción y la naturalidad con que desplegó esas imágenes, tan vívidas, por otra parte, que nadie hubiera creído que tenían más de veinte años de vida, y mucho menos que siete de esos veinte los habían pasado enterradas en un sótano, y ese ensimismamiento lo volvió más real, a sus ojos, que todo aquello a lo que había estado aferrándose para cerciorarse de que lo había recuperado: su olor, sus raptos de rubor, el sonido de sus pasos, la brusquedad con que abría una ventana o hacía retroceder una silla, el relámpago de miedo que seguía cruzando por sus ojos cada vez que la miraba —signos que, al lado de la densidad y el peso de su evocación, parecían leves, frívolos, provisorios. Por eso lo dejó hablar hasta el final, reprimiendo una a una todas las objeciones que se le iban ocurriendo mientras examinaba la foto. Y si de todos modos decidió confesarlas, abriendo entre ellos ese intervalo de zozobra que luego, rápidamente, disolvieron riéndose, fue sólo por la confianza absoluta que sentía que la animaba. Preservar la memoria de unos reparos que, por otro lado, de ningún modo podían ponerla en peligro —eso no era honrarla; era desmerecerla. La memoria era la garantía, la única. Todo lo demás era aire o polvo y tarde o temprano estaba llamado a extinguirse.

Como Rímíni lo comprobaría poco después, cuando, irrumpiendo en medio de una reunión para servir café, anunciar un llamado telefónico o la llegada de una integrante, o presentarle un cheque a Sofía para que lo firmara,

sorprendía algún retazo de los debates que enfervorizaban al grupo, la famosa resurrección de la memoria no tardó en reemplazar, en la nómina de objetivos de la causa, el blanco que hasta entonces los había abarcado a todos: la vuelta del hombre. Tal vez fuera un simple problema de medios y fines, pero durante un tiempo, entrara al principio o al final de la reunión, las tomara de sorpresa o les diera tiempo a disimular, bajar la voz o cambiar de tema, Rímimi casi no las oyó usar otras expresiones que no fueran *archivo*, *capital mnémico*, *administración del pasado*, ni discutir otro problema que el de los modos de —según el curioso giro que Sofía usó una vez en su presencia— *hacerles* una memoria a los hombres. Todo lo demás había pasado a segundo plano: las técnicas de reconquista, la seducción, los ardides sexuales, el mimetismo emocional, los chantajes —todo era efímero, insuficiente, ineficaz, como lo demostraban con creces los episodios de falsos retornos que poblaban las historias sentimentales de las mujeres del Adela H.: hombres que volvían después de días, meses o años de separación, movidos por los motores más típicos y supuestamente más probados, arrepentimiento, búsqueda de amparo, deseo, añoranza de intimidad y comunión, que eran acogidos con la hospitalidad de todas las reconciliaciones —mezcla de incondicionalidad, romanticismo a ultranza, osadía, tolerancia, disposición permanente a negociar y voluntad de complacer— y que días, meses o años más tarde, fatalmente, volvían a hacerse humo, dilapidando todo el capital invertido y dejando seco, en la más completa esterilidad, el pozo que les había dado de beber. Pero la plenitud, el anudamiento, la permanencia, la gravidez, todo lo que los métodos convencionales de reconciliación sólo deparaban en forma incompleta y momentánea, con las desilusiones del caso, la memoria, en cambio, podía hacerlo posible. Hacerles a los hombres una memoria, le oyó decir a Sofía en la inauguración, hablando para un puñado de periodistas desconcertadas mientras el rostro inmenso y pálido de Adela H. se proyectaba en todas las paredes del bar, como los hombres se pasaron siglos haciéndoles hijos a las mujeres. En algunos casos, el de Rímimi, por ejemplo, bastaría con reavivar la memoria ya existente, despertarla del sueño en el que vegetaba y azuzarla por todos los medios hasta devolverle la dinámica, los reflejos, la pasión por el detalle y la dulce, complaciente, abrigada domesticidad que la volvían irremplazable a la hora de sedimentar el amor; en otros, donde el tiempo de separación o el rencor hubieran arrasado con todo, habría que implantarla. Como sucede con algunos especímenes vegetales que, una vez trasplantados, se marchitan y agonizan, pero parecen revivir milagrosamente apenas sus raíces vuelven a estar en contacto con la tierra original, no tanto por una razón biológica, porque las propiedades de la tierra en la que se intentó plantarlas, después de todo, no difieren tanto de las de su cuna, y si difieren

siempre sería posible emparejarlas –pero así y todo, fatalmente, el trasplante fracasaría–, sino porque ese mero contacto es como una chispa y basta para reconstruir de inmediato, en toda su complejidad, el tejido vital en el que había madurado hasta entonces, ese contexto sutil en el que ciertas propiedades de la tierra, el aire, la luz y la humedad son decisivas, pero si, y sólo si, se las combina con un factor esencial, el tiempo, el período de tiempo que la planta pasó en contacto con ellas, sufriendo su influencia benéfica pero también, a su vez, influenciándolas –así pasaba según Sofía con los hombres perdidos: exactamente igual. De acuerdo con lo que Rímimi leyó en una de las primeras actas de reuniones del Adela H. que le tocó transcribir, el recuerdo de amor era la unidad mínima del amor, la nervadura que permitía re constituir toda la hoja, y la hoja con su flor, y la planta entera, y no sólo la planta y su lugar en la tierra sino todo el ecosistema del que la planta era, en última instancia, el fruto. El hombre inconstante, el desapegado, el adúltero, el fauno incontinente, el esquivo eran figuras problemáticas, huesos duros de roer, desafíos inciertos; pero el amnésico –ése era el punto ciego, la quintaesencia de la refracción. Al hombre que ama y que olvida, tan engañoso, tan común, preferían sin duda el que odia y recuerda, el que atesora cada recuerdo porque es la razón de su odio y no piensa dejar de recordar porque quiere seguir, y odiar hasta el final. El horizonte del primero es el desamor, la desaparición; el del segundo, como mínimo, una voluntad encarnizada de estar y persistir, y como máximo, quién sabe, la posibilidad de recaer, de hundirse en las redes del amor si, en medio del furor revisionista, una reminiscencia agradable –un gesto de amparo, una chispa de calor, una escena que lo hace reír– lo toma de sorpresa y lo flecha otra vez.

La inauguración fue un éxito. Sofía y su séquito de mujeres fueron las heroínas de la noche; Rímimi, a su manera asordinada y servil, la estrella. La asistencia triplicó las previsiones más optimistas y Rímimi se vio obligado a salir en medio de la fiesta para buscar con qué reabastecer las heladeras. Cuando volvió, empujando con dificultad un rebosante carrito de supermercado, con botellas hasta en los bolsillos, Sofía lo interceptó en la boca del pasadizo de los proveedores y, endulzando la voz a último momento, amenazó con despedirlo si volvía a desaparecer sin avisar. Lo había estado buscando por todas partes. Una nueva marea de invitadas acababa de llegar, y la facción más radical se le había plantado para exigirle, en un airado tono de reclamo gremial, que lo sacara del sótano donde lo tenía guardado y lo prestara un rato. Sofía no lo había encontrado; las mujeres, considerándose estafadas, amenazaban no sólo con irse sino también con difamar al Adela H. en el reducido pero influyente círculo de las terapias vivenciales. Rímimi tardó un poco en entender que el

fenómeno de feria del que hablaban era él. Podía haberse dado el lujo de no entenderlo. Sofía lo tomó de la mano y lo condujo casi a la rastra hasta el salón, donde detectó de inmediato, en medio del tumulto, a un puñado de mujeres delgadas y cenicientas, con pañuelos anudados al cuello, las muñecas y los tobillos, como si fueran regalos, que resoplaban a coro ante los vasitos de plástico –tampoco la vajilla había dado abasto– donde alguien había vertido las últimas gotas de alguna última botella. «Chicas, *voilà*», dijo Sofía, y lo empujó hacia ellas con suavidad, como se empuja a un niño tímido hacia la pandilla de *baby sitters* que se encargarán de cuidarlo. Las mujeres se volvieron hacia él, también a coro, y mientras Rímini, sólo para atenuar la incomodidad, se ocupaba de llenarles los vasos, lo examinaron con los ojos muy abiertos, con nostalgia y azoramiento, como si fuera el último ejemplar de una especie extinguida o el primero de otra que estaba por nacer. Todo duró nada, segundos, hasta que el efecto hipnótico se disipó y las mujeres volvieron en sí y lanzaron unas risitas nerviosas y se ruborizaron, como si cayeran en la cuenta de que el hipnotizador había aprovechado el trance para desnudarse o desnudarlas.

Recién entonces Rímini terminó de entender. Estaba en un lugar atestado de gente, donde –salvo Sofía, Isabel y las demás, que por otra parte siempre tendían a mezclársele– no conocía a nadie y donde todo el mundo lo conocía, y el único nombre que se le ocurrió para bautizar esa vertiginosa asimetría fue *fama*. Rímini era una celebridad. Y contra sus prevenciones, nacidas, como las de cualquier persona común, de la envidia y la fruición con que seguía por los diarios o la televisión las ingratitudes que la fama depara a los famosos, no tenía nada de desagradable. Era como flotar. Enseguida pensó en el éxtasis que parecía inundar a las estrellas de rock cuando se lanzaban de espaldas sobre su público y se dejaban transportar así, crucificados boca arriba, por cientos y cientos de brazos anónimos. Es cierto que, abandonado a su suerte por la brigada de mozas que debían asistirlo –bailarinas, estudiantes de psicopedagogía, maestras jardineras, la mayoría hijas más o menos díscolas de las mismas mujeres a las que se suponía que debían servir–, que, por desconcertante que les resultara, habían aprovechado la popularidad de Rímini para desertar de sus funciones y mataban el tiempo en la cocina, picoteando las sobras del catering, o en el baño, fumando –los únicos humos permitidos en el salón eran los de los sahumeros– y hablando de hombres, obligado por lo tanto a multiplicarse en todos los puntos del Adela H. donde alguien necesitara algo, Rímini no tenía tiempo ni fuerzas para detenerse y encarnar, aunque más no fuera por unos minutos, la nueva personalidad que le atribuían las miradas fugaces pero evidentemente intencionadas de las invitadas. Iba y venía

incansablemente, hasta que de pronto le parecía sentir una presión puntual en alguna parte del cuerpo, la nuca, la espalda, el costado de la cara, como si lo tocara un dedo invisible y delicado o un hilo tironeara apenas de él, y se daba vuelta, siempre sin detenerse, y todas las cabezas que se agolpaban en su campo visual temblaban y se iban de foco —todas menos una, la de la desconocida que acababa de tocarlo a la distancia con sus ojos, que seguía mirándolo y se recortaba nítida en el paisaje borroneado. Podían sonreírle o no, ofrecerle su complicidad o su altivez, pero lo que todas esas miradas compartían, además del interés, que las obligaba a quedarse en él siempre más de la cuenta, era una cierta ascendencia. Lo miraban para confirmar en él, en su rostro, sus aires, su manera de moverse o vestirse, lo que ya sabían de él, y también simplemente para hacerle saber que lo sabían, aunque cuidándose muy bien de traslucir cualquier pista que pudiera revelar en qué consistía exactamente ese saber. Era una situación puramente abstracta: el colmo de la antirreciprocidad. Lo importante no era tanto el secreto —porque ¿qué podía saber una desconocida de Rímini que Rímini no supiera ya?— como la *forma secreto*; es decir: la relación de fuerzas desigual, el sentido ambiguo, a mitad de camino entre el chantaje y la curiosidad lasciva, que esas miradas instituían apenas Rímini, devolviéndolas, las convalidaba.

Promediaba la velada, sin embargo, cuando ese régimen asimétrico, llamado por su misma abstracción, al menos en teoría, a ser eterno, se desequilibró. Ya había menos gente; se respiraba mejor. Un rato antes, con el Adela H. a pleno, Sofía había aprovechado un breve remanso de quietud para subir al escenario, donde, probando sobre su propia persona el seguidor —el único accesorio teatral que las finanzas del grupo habían permitido comprar—, que la recortó contra la oscuridad y le arrancó una risita aguda, como si la luz le hiciera cosquillas, anunció el programa que coronaría la inauguración. Tal como estaba previsto, el anuncio provocó cierto éxodo, lo justo para airear un poco el ambiente y decantar el público. Fieles a la causa, muchas se fueron alegando que era tarde: si se quedaban terminarían acostándose de madrugada, y a la mañana temprano se presentarían mal dormidas ante sus pequeños ejércitos de mujeres sufrientes, a las que no querían desalentar con el triste espectáculo de sus ojeras, sus migrañas, su rigidez corporal. Quedándose infringirían la autodisciplina que regulaba sus vidas, contradiciendo todas las razones por las cuales esa noche estaban allí, en el Adela H., y no en otro lado. Muchas, también, se fueron por creer que lo mejor ya había pasado, por frivolidad. La música cambió, se abrieron de par en par las ventanas y el público se distribuyó en grupos más íntimos. Algunas siguieron conversando en voz baja; otras contemplaron en silencio, abanicándose con el menú, cómo la pobre

Adela volvía a soñar que era Leopoldine y se ahogaba sobre la gran pared blanca del fondo; otras, ahora que podían, se dedicaron a explorar el lugar por primera vez y observaron, de paso, que así como el cambio de clima de la velada había obligado a reemplazar la vitalidad de las panderetas griegas —un viejo souvenir que Isabel se había traído de un *workshop* en París, donde la había sorprendido el estreno de *Zorba el griego*— por un repertorio de dolientes canciones sefardíes —aporte de Sofía, que seguía fiel a sus ídolos de la adolescencia—, también era hora de renovar la bebida. «¡Cointreau!», ordenó Sofía —y Rímimi salió disparado al sótano, donde el grupo atesoraba una exclusiva provisión de alcohol para las sobremesas íntimas. Venía de allí, subía la estrecha escalera de cemento con dos botellas de licor en la mano cuando vio aparecer en lo alto a una mujer joven, la más joven, probablemente, que hubiera visto a lo largo de toda la noche, tan joven que parecía de otro mundo, que cerró la puerta a sus espaldas y bajó —y Rímimi tuvo la impresión de que o estaba desnuda o vestía una malla color carne perfecta, de un realismo estremecedor, y que la cuerda oscura que tenía enrollada alrededor del cuello y bajaba hasta envolver su cuerpo como una tela de araña era realmente eso: un cable de teléfono— y saltando como una amazona se colgó literalmente de él, estrechándole la cintura con la firmeza de sus muslos entrenados y empezó a besarlo con avidez y devoción, desesperadamente, como si quisiera empapelarlo de besos, mientras entre beso y beso intercalaba unos susurros agonizantes. «Sí», decía, «yo también me arrodillé en Londres ante la rosa de Riltse.» «Sí», decía, «yo también detesto Austria con todas mis fuerzas.» «Sí», decía, «yo también volé de fiebre en Viena y me dejé palpar por un médico del Hospital Británico.» «Sí», decía, «yo también tuve un sarpullido de alergia en Río de Janeiro y me embadurné la cara con jaleas que no me hicieron nada.» «Sí», decía, «yo también oí llover sobre un techo de zinc mientras abortaba.» «Sí», decía, «yo también lloro hasta enneguercerme con el encuentro de Rocco y Nadia en la terraza de la catedral.» No rodaron de milagro. Rímimi aguantó el peso y los besos de la chica sin moverse, apuntalado por su propia sorpresa, pero dejó caer una de las botellas de licor, que se decapitó contra el filo de un escalón y empezó a vaciarse. «Casate conmigo», le susurró la chica, rozándole el cuello con los colmillos húmedos de sus labios. Rímimi se rió y la apartó un poco para mirarla. Quería ver si era real; quería ver si todavía podía mirar a una mujer real a los ojos. Tenía una piel muy fina y muy blanca, un bigote de gotitas de sudor bordeándole el labio superior y un cráter minúsculo entre las cejas, recuerdo de una de las varicelas más astutas que él hubiera visto en su vida. Rímimi tuvo ganas de llorar. La abrazó. «No seas cobarde: casate conmigo», oyó que repetía la chica, mientras sentía cómo su joven mentón iba

acomodándose en el hueco de su hombro como en una cuna, la vieja cuna que siempre había estado esperándolo.

¿Cuántos años le había llevado conquistar esa cobardía? ¿Veinte? ¿Treinta? ¿Para dilapidarla así, con una mujer capaz de recitar los dos o tres momentos cumbre de su vida —la de él— de memoria, sin un solo error, y cuya sola juventud bastaba para extenuarlo? Se sintió tan viejo que la imagen del anciano agonizante de *2001 Odisea del espacio* lo asaltó como si fuera un recuerdo personal, otra de las fotos al pie de las cuales redactaba todos los días los epígrafes autobiográficos que Sofía ya ni siquiera leía. Redactó: *Rímimi en su lecho de muerte, solemne y feliz, después de recibir y rechazar la última oferta de redención sentimental de su vida*. Más tarde, en plena función —una Penteseilea excedida de peso, desbordante de entusiasmo, acababa de declararle su amor a un Aquiles invisible, encaramado a la barra, en algún punto entre los whiskies y los tequilas—, cuando la emboscada en la escalera del sótano empezaba a adoptar la forma con que probablemente la recordaría durante los próximos veinte años, Rímimi, que zigzagueaba encorvado entre las mesas para no entorpecer la visión del público, volvió la cabeza y reconoció a su acrobática pretendiente arriba del escenario, clavada contra el cortinado del fondo por la luz del seguidor, recitando un pasaje de *La voz humana* o más bien vociferándolo al tubo de teléfono que sostenía a la altura de sus ojos, como si fuera la cabeza cortada del hombre que una vez más la había abandonado, y adonde iba a morir, atado con un nudo desesperado, como Rímimi descubrió en ese instante, el cable que le envolvía el cuello, bufanda mortal, y serpenteaba por todo su cuerpo. Y cuando llegó hasta Sofía, que contemplaba la escena con la boca abierta, le dijo: «Es alumna tuya, ¿no?» Sofía asintió con la cabeza. «¿Qué edad tiene?», le preguntó Rímimi. Sofía condescendió a inclinar la cabeza hacia él, pero no apartó los ojos del escenario: «No sé: es *incalculable*», dijo, o eso fue lo que Rímimi dedujo del largo bostezo alcoholizado que exhaló. Estaba tan borracha que cuando la chica terminó ni siquiera pudo aplaudir: juntó las manos en el aire, las miró fijo, en uno de esos alardes de concentración conmovedores de los que suelen hacer gala los borrachos, y, como si quisiera evitarles una humillación innecesaria, las dejó caer sobre sus muslos, muertas, hasta que la chica bajó del escenario y una mujer más grande, cuya edad, en todo caso, ya era calculable, subió a ocupar su lugar y, haciendo crujir junto al micrófono unas páginas de bordes carcomidos, maltratadas a propósito para que parecieran antiguas, fingió leer —*Queridos padres: acabo de casarme con el teniente Pinson. La ceremonia tuvo lugar el sábado en una iglesia de Halifax. En el futuro deberán dirigirse a mí de esta manera: «Señora Pinson, 33 North Street, Halifax, Nueva Escocia»*— y en quince minutos de monótona intensidad despachó una versión abreviada

del epistolario de Adela H. Entonces, cuando las cien sombras que habían seguido inmóviles el espectáculo se pusieron de pie y alzaron las manos al cielo, a ese cielo próximo donde las aspas del ventilador nunca terminaban de girar, lanzando alaridos eufóricos como fuegos de artificio, Sofía no quiso quedarse atrás. Empezó a incorporarse lentamente, con prudencia; quiso gritar, sumar su voz al estrépito general, pero apenas abrió la boca sintió un gusto amargo que le subía desde el fondo del estómago y las rodillas le fallaron. Rímini la sostuvo antes de que se desplomara. Sofía quedó tendida en sus brazos, boca arriba, y él inclinado sobre ella, mirándola de muy cerca, como una pareja de baile petrificada. Isabel, Rocío, Mercedes –alguien los vio, alguna de las bacantes que bailaban a su alrededor, en trance, debió de reparar en el pequeño cuadro de cuento de hadas en el que habían quedado congelados, porque de pronto una voz gritó, otra pronunció sus nombres, algunos dedos los señalaron y el haz de luz del seguidor, todavía excitado por la salida de escena de Adela H., se apartó del escenario, tachó con una enérgica raya blanca los cuerpos que se agolpaban para contemplar el prodigio y cayó por fin sobre ellos, nimbándolos con el resplandor mágico que le hacía falta al hechizo para ser irresistible. Los aplausos y gritos se hicieron ensordecedores; el cerco de mujeres se estrechó. Más que bacantes, ahora, eran amazonas, las amazonas que la rolliza Pentesilea que media hora antes vomitaba su pasión por Aquiles no había hecho subir al escenario por temor a que se desfondara, y que ahora, literalmente fuera de sí, transportadas menos por el alcohol que por el fervor acumulado a lo largo de la noche y la conciencia –tan típica de las borracheras, tan sospechosa– de protagonizar un momento único, que no se repetirá, que lo cambiará todo, se tomaban su revancha, estrechando filas para celebrar la alegoría en vivo que Sofía interpretaba, inconsciente, en los brazos de su hombre. Subida a una silla, una mujer propuso pintarlos; otra, más impaciente, hizo relampaguear su cámara de fotos sobre los bailarines inmóviles. Rímini miró a Sofía y la vio pálida, ojerosa, con los labios casi morados. Le pareció incluso que temblaba. La alzó y se la llevó, mientras el seguidor se desesperaba por iluminarlos y alguien empezaba a cantar una versión en italiano de *My man*.

Siguieron siendo príncipe y bella durmiente en la calle, en el taxi –alentados por el chofer, un pelirrojo sentimental que los confundió con una pareja de recién casados– y en la escalera del edificio de Sofía, donde Rímini, preocupado por no despertarla, pisó el largo cinturón del vestido que acababa de desatarle en el taxi para que estuviera más cómoda y casi se desnucan. «Menos luz, menos luz», gimió Sofía. Rímini pensó en ir así hasta la cama, menos por afán de romanticismo que por miedo a no soportar más su peso, y eso hicieron, después de un breve rodeo por el baño, donde Sofía se liberó en

tres veces, civilizadamente, de buena parte del alcohol que había bebido durante la noche. Después Rímimi la transportó hasta el cuarto, se encargó de desvestirla y desvestirse y entraron en el paraíso fresco de las sábanas. Durante unos segundos la oyó respirar, deslizarse en el sueño, y cuando quiso darse cuenta estaban adheridos uno al otro como ventosas. Hicieron el amor casi dormidos, sin despegarse, frotándose con una ebria indolencia. Rímimi ni siquiera estaba seguro de haberla penetrado. Acabó rápido, más rápido que ella, en todo caso, y mientras lo sacudían las convulsiones tuvo la certeza, inexplicable pero muy convincente, de que esa ración de semen que expulsaba a ciegas, sin saber muy bien dónde, era la última. Sintió un alivio inmenso, universal, como el que alguna vez había experimentado después de una tormenta salvaje, cuando la lluvia se detuvo y el estrépito del viento volvió a ser un murmullo suave y amigable. Pensó en Lucio; le hubiera gustado ser capaz de medir su altura poniéndose la mano de canto contra su propio cuerpo, como había visto que hacían muchos padres. Ya no recordaba su cara. Sintió uñas en la espalda, lo abrazaban, Sofía acababa. Entre sus gemidos, cortos y sobresaltados, Rímimi creyó oír que decía algo, nombraba a alguien, una de esas estelas que deja la lengua del sueño cuando atraviesa el aire de la vigilia; después, nada.

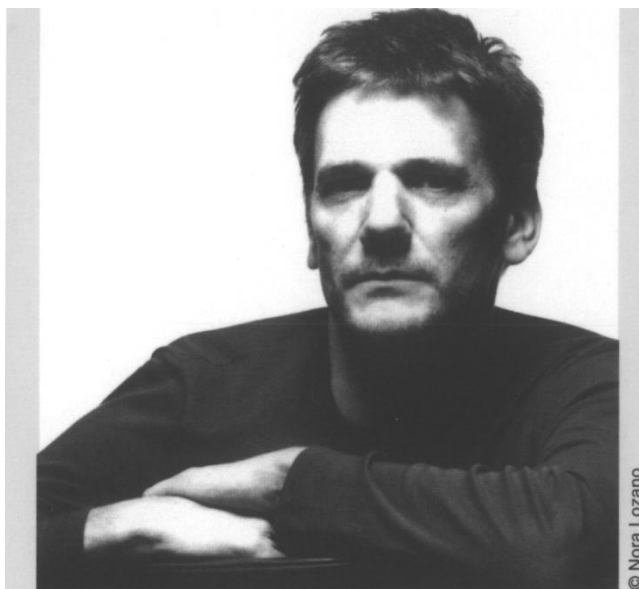
Rímimi supo pronto que no dormiría y lo asombró, una vez más, la atracción que el insomnio ejercía sobre él. Todos dormían menos él, y esa excepcionalidad banal lo hacía sentirse extrañamente superior, le daba poder, inmunidad, tiempo –no sólo el tiempo que le robaba a su propio sueño sino el que, por un singular mecanismo vampírico, extraía del sueño unánime de los demás. Tenía la impresión de correr con ventaja, como si el suplemento de vigilia que se abría ante él fuera una de esas oportunidades únicas, absolutamente privilegiadas, que, bien aprovechadas, pueden establecer entre el que las recibe y los que duermen una diferencia irreversible. Se apartó de Sofía, se incorporó en la cama y permaneció un rato quieto, mirando la oscuridad, aturdido por la infinidad de posibilidades que parecían pelearse por ocupar esas inesperadas horas de ocio. Se puso a evaluarlas una por una, de modo, pensó, de explotar responsablemente su condición privilegiada, pero enseguida descubrió que todas estaban en pie de igualdad, que ofrecían el mismo interés y tenían los mismos derechos. Terminó tomando la decisión más conservadora: se puso una bata y se sentó en la alfombra del living a trabajar en la clasificación de las fotos. Los preparativos de la inauguración habían interrumpido la tarea cuando entraba en 1976; apenas había tenido tiempo de escribir el año con lápiz blanco en una de las hojas de canson negro que usaba a modo de separador. Volcó un sobre, el menos abultado de los ocho enormes

sobres de papel madera, y una cascada de fotos cayó sobre sus rodillas. Las distribuyó un poco al azar sobre la alfombra, para evitar que se superpusieran, y aprovechó para separar y agrupar a un costado las fotos que tenían las esquinas redondeadas, señal de que habían sido tomadas con una cámara Instamatic y pertenecían, por lo pronto, a la década del setenta. Y de pronto, mientras las sobrevolaba de un modo general, aproximativo, como solemos hacer, para que el impacto no sea tan brutal, cuando emprendemos una tarea que exigirá toda nuestra atención, tuvo la impresión de que algo en él, en las fotos, en la relación entre las fotos y él, había cambiado, de manera sutil pero definitiva. Casi todas las fotos que separó tenían los colores completamente alterados. Nunca habían sido buenas; ni siquiera entonces, cuando eran contemporáneas de la felicidad que retrataban: eran viejas, pero los autos, las casas, los muebles, la ropa —todo parecía nuevo, flamante, como si cada foto retratara algo que sucedía por primera vez. Ahora, encima, todo estaba virado al amarillo o al rojo sucio, agrisado, de la luz que se usa en los cuartos oscuros de los fotógrafos. Pero esa corrupción cromática fue lo que menos lo perturbó. Al fin y al cabo, ¿no era algo propio de todas las fotografías? ¿Y no era ésa la razón última que explicaba la supervivencia de algo tan primitivo como la fotografía: el deseo de ver cómo ese trozo de papel, llamado en teoría a inmortalizar un rostro, un cuerpo, un lugar, un instante de amor, *también* se deterioraba, envejecía, era mortal? No: lo perturbó mirar diez, veinte fotos, y darse cuenta de que, salvo a ellos dos, a Sofía, a él mismo, desfigurados por la época y la distancia pero irreductibles, *ya no reconocía a nadie*. Hasta los lugares donde posaban —un balcón terraza contra un fondo de árboles, el frente de una librería, una carpa de playa, un ventanal quemado por el sol— le resultaban desconocidos. Ellos dos estaban en foco, siempre, pero todo el resto, los decorados, las personas con las que compartían el cuadro, los objetos, incluso el perro salchicha que, en una foto tan manchada que parecía sacada por una cámara psicodélica, husmeaba con el hocico una de las botamangas acampanadas de Sofía —todo parecía nublarse y replegarse y enmudecer detrás de un velo opaco. Rímini buscó a sus padres, a los padres de Sofía, a algún Víctor joven y saludable que agitara una mano desde ese pasado inocente. Vio caras, edades, gestos, ropas, y se detuvo en ellos con avidez esperanzada. Después, como nada lo flechó, y sólo el flechazo podía saciarlo, se resignó a mirarlas con indolencia, desengañado, como quien pone a prueba a una serie de actores para elegir a los que interpretarán los papeles principales de una obra de teatro. Ahí estaban ellos, Rímini, Sofía, traspapelados en un mundo falso, construido especialmente para la foto, o enviados por error a una tierra paralela de la que habían sido suprimidos todos los signos de familiaridad... ¿Era posible? Volvió

al álbum, retrocedió y, como quien busca tierra firme, se puso a hojear los capítulos que ya había ordenado. Miró las fotos, devoró literalmente los epígrafes. Sí, ya las había visto antes. Sí, la reconocía. Era su propia letra, pero — ¿quiénes eran todas esas personas sonrientes que alzaban sus copas hacia a la cámara? ¿De dónde había salido ese Fiat 600? ¿A quién exhibía sus pobres bíceps raquíuticos esa mujer de anteojos negros y turbante? Leyó: «En el muelle, con Lucrecia y Cinthia, diez minutos después de almorzar mejillones a la provenzal y cinco antes de viajar por primera vez en ambulancia.» Se frotó los ojos, se obligó a releer. ¿Lucrecia? ¿Cinthia? ¿Ambulancia? Ya era suficiente con no entender lo que estaba escrito; y encima todos esos sobreentendidos... ¿De qué clase de trance habían nacido esas líneas? Se puso de pie y miró con desconfianza a su alrededor, como si temiera que en esos diez o quince minutos de azoramiento todo hubiera cambiado. Quietos en la penumbra, los objetos lo tranquilizaron. Se le ocurrió que tal vez Sofía podría poner las cosas en su lugar. Fue hasta el cuarto y se sentó en el borde de la cama, pero recién se atrevió a tocarla cuando logró dejar de temblar. Sofía gruñó, dio una vuelta entera en la cama, destapándose por completo, y siguió durmiendo de cara a la otra pared, en la misma posición en la que Rímini la había sorprendido. Iba a taparla, tenía el edredón suspendido sobre su cuerpo, cuando vio una línea de sombra que salía de su sexo y serpenteaba en la sábana blanca. Se inclinó y rozó la sábana con la yema de los dedos. Era sangre. Y enseguida, inclinándose un poco más, acercó la cara y pudo verla brotar de la hendidura de su sexo — primero un brillo súbito, como si la piel se humedeciera de golpe, después una burbuja, una pompa minúscula que no había terminado de inflarse y ya había estallado, y al final un hilo, un hilo rojo, brillante, que dejó su rastro sobre la piel y fue a morir en la gran mancha que Rímini acababa de descubrir en la sábana. Entonces Rímini entreabrió su bata y vio que también su sexo goteaba sangre. Retrocedió, rehízo en sentido inverso el camino que lo había llevado del living al cuarto y fue borroneando con las plantas de los pies el reguero de gotitas que había soltado en el piso. Volvió al cuarto, se acostó junto a Sofía, se durmió. Soñó con una ciudad de casas bajas y pobres, ensordecidora, donde los policías dirigían el tránsito haciendo sonar silbatos y había por lo menos media docena de ópticas y negocios de anteojos por cuadra. Óptica 10, leyó —o quizá, en el mismo sueño, ya estuviera recordando. Óptica Luz, Óptica Carron, Óptica Mia, Óptica Universal, Óptica Exprés, Óptica Jesucristo, Óptica Nessi, Óptica Paraná, Óptica Americana. Vio sus dos pies descalzos pisando una alfombra de césped artificial que rodeaba una pileta en el último piso de un edificio castigado por el sol. Cuando despertó, una luz débil entraba por la persiana. Ningún cambio. Seguían desangrándose.

Después de trece años de amor –uno de esos amores *absolutos* que nacen en la adolescencia, modelan el mundo a su imagen y parecen condenados a la inmortalidad–, Rímini y Sofía se separan. Para él, que ya ronda los 30, todo vuelve a ser nuevo y brillante, como el pavimento de una calle tras un aguacero. Redescubre el deseo y se lanza desenfrenadamente –con la eficaz ayuda de algunas sustancias ilícitas– a recuperar el tiempo perdido. Pero su relación con Sofía no ha muerto, o sólo ha hecho lo que hace el amor cuando finge haber terminado: *cambiar de forma*. Y cuando vuelve y lo sorprende, emboscándolo en un recodo oscuro, el amor tiene el rostro del espanto. Mujer-zombi, espectro vengador, enamorada insomne, Sofía reaparece una y otra vez en el horizonte de Rímini para reconquistarlo, martirizarlo o salvarle la vida, enarbolando las banderas de una pasión amorosa que no se arredra ante nada y pretende gobernarlo todo. Así, Rímini, que en la separación había vislumbrado la posibilidad de un renacimiento, va hundiéndose poco a poco en un abismo de pesadilla o de comedia, un infierno en el que el chantaje sentimental, la traición y hasta el crimen son moneda corriente. Irá perdiéndolo todo: trabajo, salud, nuevas parejas, incluso un hijo, y su calvario sufrirá un vuelco inesperado –acaso porque ha llegado a su perfección– cuando conozca a las Mujeres que Aman Demasiado, una célula de terrorismo emocional que se reúne a conspirar, liderada por Sofía, en un bar llamado *Adela H.* Entre el analítico Stendhal de *Del amor* y las feroces psicopatías matrimoniales de Philip Roth, *El pasado* es, a su manera viciosa e hilarante, un tratado moderno de educación sentimental, un relato ejemplar sobre las metamorfosis que sufren las pasiones cuando entran en el agujero negro de su posteridad. Una novela de amor-horror, que pone al desnudo el *otro lado*, a la vez sórdido y revelador, siniestro y desopilante, de esa comedia que los seres humanos llaman «pareja».

El pasado es, sin duda, la más lograda y ambiciosa novela de uno de los mejores escritores latinoamericanos de su generación, de quien Ricardo Piglia escribió: «El surgimiento de Alan Pauls es lo mejor que podría haberle pasado a la literatura argentina desde la estrella de Manuel Puig». Roberto Bolaño, quien le dedicó el último texto de *El gaucho insufrible*, afirmó: «Uno de los mejores escritores latinoamericanos vivos».



© Nora Lozano

Alan Pauls (Buenos Aires,1959) ha enseñado teoría literaria en la universidad, ha sido guionista y crítico de cine y actualmente trabaja como periodista en Radar, suplemento dominical del diario porteño *Página/12*. Ha publicado tres libros de ficción: *El pudor del pornógrafo*, *El coloquio* y *Wasabi* (que Anagrama reeditará en 2004), con traducciones al francés y al portugués, así como ensayos sobre la obra de Manuel Puig, sobre Lino Palacio, el clásico del humor gráfico argentino, sobre el género del diario, y sobre la obra de Jorge Luis Borges (*El factor Borges*). Su relato «El caso Berciani» forma parte de *Buenos Aires*, la antología de nueva ficción argentina compilada por Juan Forn, publicada por Anagrama.